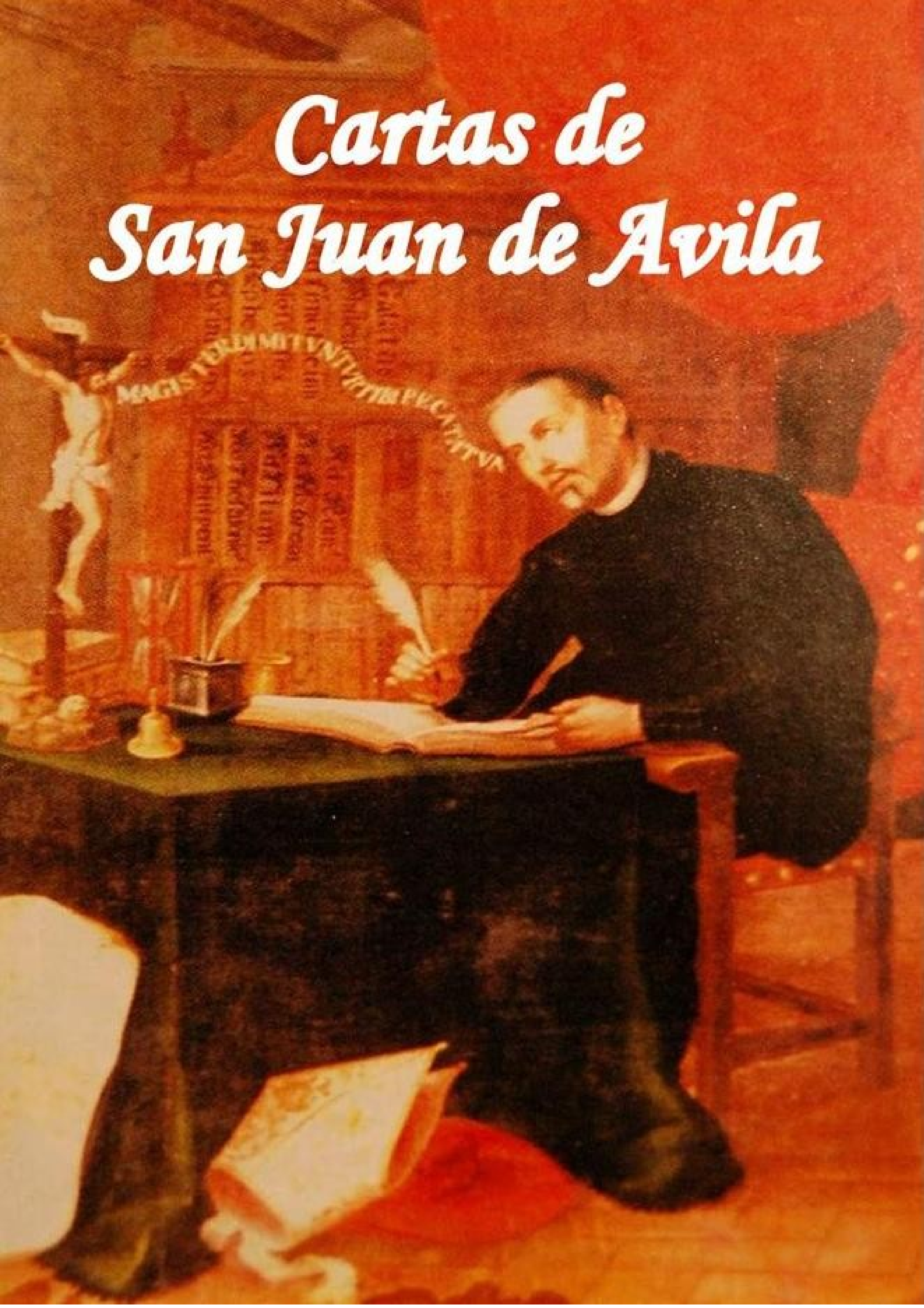

Cartas de
San Juan de Avila
MAGISTER DIMITVNTVR TIBI PECCATA TVA

Cartas de San Juan de Ávila

Maestro, predicador y apóstol de Andalucía



San Juan de Ávila
será proclamado
Doctor de la Iglesia Universal
el día 7 de octubre de 2012,
por el Santo Padre, Benedicto XVI.

ÍNDICE

ÍNDICE TEMÁTICO

Capítulos que tratan sobre:

NOTA DEL EDITOR:

Para facilitar la lectura, en esta edición digital se han actualizado formas gramaticales arcaicas, que ya están en desuso. Así, por ejemplo, se ha cambiado: *fué* por *fue*; *vió* por *vio*; *habemos* por *hemos*; *lo haber* por *haberlo*; *puédese* por *se puede; conviéneos* por *os conviene*; *habéislos* por *los habéis*; *curarte ha* por *te curará*; *alegraríades* por *alegraríais*; etc.

Una gran parte de las citas en latín se han traducido al español, y para indicarlo, estas citas vienen en cursiva y entre [ ].

10 de mayo de 2012, fiesta de San Juan de Avila

EPISTOLARIO ESPIRITUAL DE SAN JUAN DE AVILA

1.— A un predicador

De la alteza a que los tales son levantados, y de cómo se han de haber con Dios y con las almas; de lo mucho que le han de costar, y del ánimo que para ello han de tener.

CHARISSIME:

1. Dos cartas de V. R. he recibido, en las cuales me hace saber el nuevo llamamiento con que nuestro Señor lo ha llamado para engendrarle hijos a gloria suya: [*Sea Él bendito por los siglos*], que no se desprecia de tomar por instrumento de tan gloriosa cosa a una cosa tan baja, y hablar, siendo Dios, por una lengua de carne, y levantar al hombre a que sea órgano de la divina voz y oráculo del Espíritu Santo. Cristo Hombre fue el primero en quien este espíritu lleno y vivificativo de los oyentes se aposentó, engendrando por la palabra hijos de Dios, y muriendo por ellos, por lo cual mereció ser llamado (*Is* 9) [*Padre del siglo futuro*]. Y porque de Él y de sus bienes hay comunicación con nosotros, así como nos hizo hijos siendo Él Hijo, y sacerdotes siendo Él Sacerdote, nos hizo Él, siendo gracioso, graciosos [agradables]; Él, amado y bendito, semejables a Él; y siendo heredero del reino del Padre, lo somos nosotros también en Él y por Él, si estamos en gracia (*Rom* 8, 29); así, porque no quedase en el tesoro de su riqueza cosa de la cual no nos diese parte, teniendo Él espíritu para ganar los perdidos, compasión para ganar las ánimas enajenadas de su Criador, palabra viva y eficaz para dar vida a los que la oyeren, consoladora para los contritos de corazón; [*lengua de discípulo, para que haga saber al cansado una palabra de aliento*] (*Is* 50, 4): quiso poner de este espíritu y de esta lengua en algunos, para que, a gloria suya, puedan gozar del título de Padres del espiritual ser, como Él es llamado, según que San Pablo osadamente afirma (1 *Cor* 4. 15): [*Por el Evangelio, os engendré.*] Quiere el amado San Juan (1 *Jn* 3, 7) que veamos [*qué caridad nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!*] Razón es que con ella agradezcamos y seamos Padres de los hijos de Dios: y por la una y la otra sea conocido Dios en ser largo y bueno sobre los hijos de los hombres.

2. Debe, pues, V. R para el oficio a que ha sido llamado, atender mucho que no se amortigüe en el espíritu de hijo para con Dios, Padre común; y en el espíritu de Padre para con los que Dios le diere por hijos. Por lo primero será reverenciadísima aquella altísima Majestad, adorándola con humildad muy profunda, no haciendo cuenta de su propio ser, metiéndolo en el inefable abismo del suyo, y serle fiel, buscando en todo y por todo la gloria de Él, renunciando y abjurando [*de todo corazón*] la propia, diciendo con José (*Gen* 39. 4): *Todas las cosas que mí Señor tiene, me dio en las manos, salvo a ti, que eres su mujer*. La gloria de Dios sea para Dios, pues que son para en uno: que si a otro la queremos dar, ¿qué cosa más mal casada ni mayor adulterio, que la gloria del Criador con la criatura? Esposa buscamos, no nos alcemos con ella, ánimas, en las cuales sea aposentado Cristo, y nosotros olvidados, porque más se acuerden de Él, salvo en cuanto Él ve que es necesario, para que por nuestra memoria y estima le estimen y amen a Él. Este deseo de la honra de Dios ha de mover al buen hijo para nunca cansarse a, con palabras y obras, publicar la fama y renombre de este gran Padre, y no tener aquí otro descanso, sino cuando le hubiere hallado algún lugar, en el cual, como en templo, sea adorado, y reverenciado, y amado; como el único y natural Hijo, que al cabo de esta jornada, notificó a lo que había sido enviado y lo que había hecho en toda su vida (*Jn* 17, 6): [*He manifestado tu Nombre a los hombres*] *Y no dio sueño a sus ojos ni entró en el descanso, hasta que halló descanso para el Señor, y morada para el Dios de Jacob* (*Sal* 131, 3-5). Esta reverencia y celo de la honra del Padre, y esta obra hasta la muerte de cruz, no se aparte de la memoria del que es llamado para el oficio de publicar la gloria de Dios como fiel hijo.

3. Teniendo, pues, *el espíritu de su Hijo* para con Dios, *con el cual* (*Rom* 8) [*clamamos*]: *Abba! (Pater)*; teniendo en nuestras entrañas reverencia, confianza y amor puro para con Dios, como un hijo fiel para con su padre: resta pedirle el espíritu de padre para con sus hijos que hubiéremos de engendrar. Porque no basta para un buen padre engendrar él y dar la carga de educación a otro; mas con perseverante amor sufrir todos los trabajos que en criarlos se pasan, hasta verlos presentados en las manos de Dios, sacándolos de este lugar de peligro, como el padre suele tener gran cuidado del bien de la hija hasta que la ve casada. Y este cuidado tan perseverante es una particular dádiva de Dios, y una expresa imagen del paternal y cuidadoso amor que nos tiene. De arte, que yo no sé libro, ni palabra, ni pintura, ni semejanza que así lleve al conocimiento del amor de Dios con los hombres, como este cuidadoso y fuerte amor que Él pone en un hijo suyo con otros hombres, por extraños que sean; y ¡qué digo extraños!:

los ama, aunque sea desamado; les busca la vida, aunque ellos le busquen la muerte; y los ama más fuertemente en el bien, que ningún hombre, por obstinado y endurecido que estuviese con otros, los desama en el mal. Más fuerte es Dios que el pecado; y por eso mayor pone a los espirituales padres, que el pecado puede poner desamor a los hijos malos. Y de aquí es también que amamos más a los que por el Evangelio engendramos, que a los que naturaleza y carne engendra, porque es más fuerte que ella, y la gracia que la carne. Y también este cuidadoso amor del bien de los otros pone muy gran confianza al que lo tiene, que Dios lo tiene de él mismo; porque viendo él en su corazón, tan pequeño y miserable, y tan inclinado al propio provecho, arder un fuego vivísimo, y muy más fuerte que todas las aguas, aunque sean de la muerte, para con los otros, le parece que más arderá el fuego de amor en el corazón bueno de Dios, cuánto va de bondad a maldad, y de fuego a frialdad. Y muy necesario es que quien a este oficio se ciñe, que tenga este amor; porque así como los trabajos de criar los hijos, así chicos como cuando son grandes, no se podrían llevar como se deben, sino de corazón de padre o madre, así tampoco los sinsabores, peligros y cargas de esta crianza no se podrían llevar si este espíritu faltase.

Con atención y casi sonriéndome leí la palabra que V. R. en su carta dice: que le parece dulce cosa engendrar hijos y traer ánimas al conocimiento de su Criador; y respondí entre mí: [*la inexperiencia es dulce y bella*]. El engendrar no más confieso que no tiene mucho trabajo, aunque no carece de él; porque si bien hecho ha de ir este negocio, los hijos que hemos por la palabra de engendrar, no tanto han de ser hijos de voz, cuanto hijos de lágrimas porque si uno llora por las ánimas, y otro predicando las convierte, no dudaría yo de llamar padre de los así ganados al que con dolores y con gemidos de parto lo alcanzó del Señor, antes que al que con palabra pomposa y compuesta los llamó por defuera. A llorar aprenda quien toma oficio de padre, para que le responda la palabra y respuesta divina, que fue dicha a la madre de San Agustín por boca de San Ambrosio: «Hijo de tantas lágrimas no se perderá.» A peso de gemidos y ofrecimiento de vida da Dios los hijos a los que son verdaderos padres; y no una, sino muchas veces ofrecen su vida porque Dios dé vida a sus hijos, como suelen hacer los padres carnales.

Y si esta agonía se pasa en engendrarlos, ¿qué piensa, Padre, que se pasa en criarlos? ¿Quién contará el callar que es menester para los niños, que de cada cosita se quejan, el mirar no nazca envidia por ver ser otro más amado, o que parece serlo, que ellos? ¿Él cuidado de darles de comer, aunque sea quitándose el padre el bocado de la boca, y aun dejar de estar

entre los coros angelicales, por descender a dar sopitas al niño? Es menester estar siempre templado, porque no halle el niño alguna respuesta menos amorosa. Y está algunas veces el corazón del padre atormentado con mil cuidados, y tendría por gran descanso soltar las riendas de su tristeza y hartarse de llorar, y si viene el hijito, ha de jugar con él y reír, como si ninguna otra cosa tuviese que hacer. Pues las tentaciones, sequedades, peligros, engaños, escrúpulos, con otros mil cuentos [millones] de siniestros que toman, ¿quién los contará? ¡Qué vigilancia para estorbar no vengan a ellos!, ¡qué sabiduría para saberlos sacar después de entrados!, ¡paciencia para no cansarse de una y otra y mil veces oírlos preguntar lo que ya les han respondido, y tornarles a decir lo que ya se les dijo!, ¡qué oración tan continua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos porque no se mueran! Porque si se mueren, créame, Padre, que no hay dolor que a éste se iguale; ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo, como el tormento de la muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre. ¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal ninguno; no con ver que si unos mueren, otros nacen; no con decir que suele ser suficiente en todos los otros males; *Él Señor lo dio, el Señor lo quitó, su nombre sea bendito* (*Job* 1, 20). Porque como sea el mal del ánima, y pérdida en que pierde el ánima a Dios, y sea deshonra de Dios, y acrecentamiento del reino del pecado nuestro contrario bando, no hay quien a tantos dolores tan justos consuele. Y si algún remedio hay, es olvido de la muerte del hijo; mas dura poco, que el amor hace que cada cosita que veamos y oigamos, luego nos acordemos del muerto, y tenemos por traición no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraría y moriría si posible fuese. Cierto, la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nacimiento, y bien de todos los otros.

Por tanto, a quien quisiere ser padre, le conviene un corazón tierno, y muy de carne, para haber compasión de los hijos, lo cual es muy gran martirio, y otro de hierro para sufrir los golpes que la muerte de ellos da, porque no derriben al padre, o le hagan del todo dejar el oficio, o desmayar, o pasar algunos días que no entienda sino en llorar; lo cual es inconveniente para los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solicito y vigilante; y aunque esté el corazón traspasado de estos dolores, no ha de aflojar ni descansar; sino habiendo gana de llorar con unos, ha de reír con otros, y no hacer como hizo Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos, y siendo reprendido de Moisés porque no había hecho su oficio sacerdotal, dijo él (*Lev* 10, 19): *¿Cómo podía yo agradar a Dios en las ceremonias con corazón lloroso?* Acá, Padre, nos mandan siempre busquemos el

agradecimiento de Dios, y pospongamos lo que nuestro corazón querría; porque por llorar la muerte de uno, no corran por nuestra negligencia peligro los otros.

De arte, que si son buenos los hijos, dan un muy cuidadoso cuidado; y si salen malos, dan una tristeza, muy triste; y así no es el corazón del padre sino un recelo continuo, y una atalaya desde alto, que de sí lo tienen sacado, y una continua oración, encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de él de la vida de ellos, como San Pablo decía (1 *Tes* 3, 8): *Yo vivo, si vosotros estáis en el Señor*.

4. Razón es que diga a V. R. algunos avisos que debe guardar con ellos, los cuales no son sino sacados de la experiencia de yerros que yo he hecho; querría que bastase haber yo errado para que ninguno errase, y con esto daría yo por bien empleados mis yerros.

Sea el primero, que no se dé a ellos cuanto ellos quisieren, porque a cabo de poco tiempo hallará su ánima seca, como la madre que se le han secado los pechos con que amamantaba sus hijos. No los enseñe a estar del todo colgados de la boca del padre; mas si vinieren muchas veces, mándeles ir a hablar con Dios en la oración aquel tiempo que allí habían de estar. Y tenga por cierto que muchos de éstos que frecuentan la presencia de sus espirituales Padres, no tienen más raíz en el bien de cuanto están allí oyendo; y más es un deleite humano que toman en estar con quien aman y oyen hablar, que en estar tomando cebo con que crezcan en la vida espiritual. Y de aquí es, que no crecen más un día que otro, porque piensan que todo lo ha de hacer el padre hablando; y así hacen perder el aprovechamiento a su padre, y no crecen ellos cosa alguna. Tienen también esta condición: que en cualquier tribulación que les venga, luego corren a sus padres todos turbados, porque ninguna fuerza tienen en sí; y aunque el padre no deba faltar en tales tiempos, mas decirles que vayan delante nuestro Señor, y se le representen con aquella pena, porque no pierdan tal tiempo de comunicación con Él, que es el mejor de los tiempos; y para que le oigan con atención les anula Dios la pena, no para que se vayan a consolar con los hombres, y pierdan las grandes lumbres y aprovechamientos que Dios suele dar al que acorre a él en el tiempo de las tribulaciones. La suma de esto es, que les enseñe a andar poco a poco sin ayo, para que no estén siempre flojos y regalados, mas tengan algún nervio de virtud; y no se de él tanto a otros, que pierda su recogimiento y pesebre de Dios; porque más provecho hará con hablar un poco, si sale de corazón encendido, que con derramar palabras frías acá y acullá. El medio en esto

pídale a su conciencia, mirando que no se enfríe; y lo que mejor es, pídalo al soberano Maestro que se lo enseñe por el espíritu suyo.

Item, no se meta en remediar necesidades corporales, salvo ordenando en general como se remedie, así como ordenando esa cofradía o cosas semejantes, y con eso cumpla; y lo sepan así sus hijos, que no han de llegarse a él, ni esperen de él favor temporal alguno; porque si en esto no mira, le será grande estorbo para el camino que quiere caminar. Y esto está mandado en el Concilio Cartaginense IV (cap. 17), donde se dice: «Él Obispo no haga por sí mismo los negocios de las viudas y huérfanos y peregrinos, sino por el Arcipreste o Arcedianos; y dijo abajo (capitulo 20): «Que solamente entienda en la lección y oración, y palabra de predicación.» Ruegos de jueces o de personas a quien se debe algo, porque suelten o esperen, huya de ello; y si mucho le importunaren, cumpla con darles una breve carta en que lo ruegue con toda modestia. Finalmente, de todo esto temporal huya, acordándose cómo el Señor daba en rostro, diciendo (*Jn* 6, 26): *Me buscáis, no por las señales que visteis, mas porque comisteis y os hartasteis*. Esta regla tiene excepción. Si supiere de alguna particular necesidad corporal, de la cual pende cosa del ánima, entonces puede entender en ella; lo cual acaece pocas veces en la verdad, aunque quien la padece diga que muchas.

No descubra a hijos secretos particulares de la comunicación de Dios consigo ni con otra persona; porque hallará por experiencia tan poco secreto en ellos, que no lo pudiera creer si no lo probara; si no fuere cosa particular de persona secreta que se le pueda fiar.

No les suelte la rienda a comulgar cuantas veces quisieren; que muchos comulgan mas por liviandad, que no por profunda devoción y reverencia; y acaece a éstos venir a estado que ninguna mejoría ni sentimiento sacan de la Comunión, y esto es grande daño, y se debe evitar. Téngalos siempre debajo de una profunda reverencia a este misterio; y al que sin ésta viere, repréndale, y quítele el pan hasta que mucho lo desee, y se conozca muy indigno de él. Al vulgo basta comulgar tres o cuatro veces en el año, a los medianos, nueve o diez veces, a las personas religiosas, de quince a quince días, y si son casadas, se puede esperar a tres semanas o un mes; y a los que muy particularmente viere tocados de Dios y se conociere casi a los ojos el provecho, comulguen de ocho a ocho días, como aconsejó San Agustín. Y más frecuencia de ésta no haya, si no se viese tan grande hambre y reverencia, alguna extrema tentación o necesidad que otra cosa aconsejase;

en lo cual se tenga miramiento de algunas personas cerca de esto ([1]). Y creo que hay muy pocos que les convenga frecuentar este misterio más que de ocho a ocho días. Y San Buenaventura dice que en todos los que él conoció, no halló quien más a menudo de aqueste término lo pudiese recibir. San Francisco de Paula, primero confesaba cuatro o cinco veces en el año; después de muy santo, cada domingo. Aprendan, en pago de aquella celestial comida, hacer algún servicio a nuestro Señor, o en le quitando alguna pasión cada día o en otra cosa alguna que corresponda a cada vez que comulgare; que allegarse a los pies del confesor y luego al altar, se tornará en tanta costumbre a algunos, que casi ninguna cosa hay más para aquello, que aquel ratico que están allí.

También me parece cerca de esto, que V. R. no curase de confesar ordinariamente, porque hay algunos peligros en ello, que quizá le turbaran; y porque será tan combatido, que no tendrá tiempo para entender en lección ni oración, lo cual conviene que nunca se deje, porque luego es todo casi perdido. Si alguna cosa quisieren de él, dígales que le digan aquello particularmente, y respóndales a ello. Y muchos hay que para contar sus necesidades corporales piden confesión, y no cae hombre en ello [no cae hombre en la cuenta] hasta que ha perdido el tiempo, y lo digo así, porque por maravilla se saca provecho de los que así viven. Otros, para contar una cosa o escrúpulo, piden confesión; debe decir a éstos: «Mirad si alguna cosa particular me queréis decir que no la fiáis de otro, u os parece que yo la podré remediar, decídmela, que la confesión no faltará con quien se haga.» Y es buen proveimiento tener hablado a algunos confesores, y platicado con ellos el arte de confesar, para que entrambos sean a una, y enviar a aquéllos los que vinieren a pedir confesión, diciéndoles: «Yo os daré quien os confiese mejor que yo». Y es bien tener tasa en el negociar [tratar con los prójimos], porque si a cada hora que vienen les ha de responder, no le dejarán rato de quietud. Señáseles a la mañana y tarde ciertas horas, y si en otras vinieren, avise al portero que les diga que vengan a sus horas.

Item, conviene mucho, a los hijos que de nuevo nacen encomendar el silencio; porque como sienten un poco de vino nuevo en el corazón, luego querrían hablar de lo que sienten, y quedan por esto vacíos; porque, como dijo San Bernardo: «Él más apto instrumento para vaciar el corazón es la lengua.» Callen y obren, y disimulen todo lo posible el don que nuestro Señor les ha dado, porque ya sabe el proverbio que dice: «Hablar como muchos, y sentir como pocos.» Y de no guardar este proverbio, se sigue, o

[1] Ahora debemos atenernos al espíritu de la Iglesia sobre la comunión frecuente y aun diaria.

que los otros persiguen al nuevo caballero de Jesucristo y lo derriban por impaciencia, o lo alaban por santo y lo derriban con mayor caída. Y, por tanto, mientras el árbol está en flor, bien es guardarlo de todo inconveniente. No se hagan luego maestros queriendo predicar a los otros. No piensen que los que no siguen lo que ellos, van perdidos; mas pongan los ojos sobre su salud solamente, y óbrenla como dice San Pablo (*Filip* 2, 12), *con temor y con temblor*, dejando el negocio ajeno al Señor, que sabe lo que cada uno tiene, y en qué parará. Finalmente, les haga vivir [*en el temor del Señor*]; y coman su pan en silencio; y si algún poquito de liviandad, de soberbia viere en ellos, repréndaselo gravemente, conforme al soberano Maestro, cuando a los discípulos que se gloriaban, dijo (*Lc* 10, 18): [*Vi a Satanás...*]

5. Las recetas generales que se deben dar a los que quieren servir al Señor, además de las dichas, son cuatro.

La primera, que frecuenten los Sacramentos de la Confesión y Comunión, como es dicho; y para bien confesarse, se han de examinar cada noche lo que han pasado aquel día, y de allí tomar lo principal, y encomendarlo al papel por cifras, y principalmente a la memoria para brevemente confesar.

La segunda, que sean muy amigos de la lección; porque según la gente está durísima, le es muy provechoso leer libros de romance. Libros que son más acomodados para esto: PASSIO DUONUM ([2]), CONTEMPTUS MUNDI ([3]), LOS ABECEDARIOS ESPIRITUALES ([4]), la SEGUNDA PARTE y la QUINTA, que es de la oración. La TERCERA PARTE no la dejen leer comúnmente, que les hará mal, que va por vía de quitar todo pensamiento, y esto no conviene a todos. Los CARTUJANOS ([5]) son muy buenos: *Opera Bernardi*, CONFESIONES de San Agustín.

La tercera cosa es la oración, en la cual es menester mucho tiento,

---

[2] *Passio Duorum:* Tratado de devotísimas contemplaciones de la Pasión del Hijo de Dios y de la Compasión de la Virgen Santa María su Madre; por esta razón llamado Passio duorum, Obra anónima que Nicolás Antonio atribuye a Fr. Francisco Sánchez del Campo, franciscano.

[3] CONTEMPTUS MUNDI: título con que era nombrado el libro DE LA IMITACIÓN DE CRISTO.

[4] ABECEDARIOS ESPIRITUALES, de Fr. Francisco de Osuna.

[5] EL CATUJANO llamábase Ludolfo de Sajonia (1295-1378). Fue fraile dominico y pasó a la Cartuja en 1340. Ya cartujo, escribió su celebérrima *Vita Jesu Christi...* libro de profunda piedad, de fondo evangélico, comentado por los SS. Padres, aunque no exento de revelaciones privadas y otras fuentes menos admisibles. Hubo traducciones castellanas muy antiguas.

porque no se torne en daño lo que nuestro Señor nos dejó para provecho nuestro. *In primis* ([6]), les ha de aconsejar se desocupen un poco por la mañana, y otro a la tarde o noche, y recen algunas oraciones vocales a las cinco Llagas, o algunas horas. Después de rezar, lean un poquito en cosa que sea conforme a lo que quieren meditar, así como si tienen los pasos de la Pasión repartidos para cada día de la semana, lo cual es buen orden. Y si quisieren hoy pensar en el Huerto, lean en aquel paso; y aunque no lo lean todo, no hace al caso que otra semana pasarán a otro poco, y así a los otros pasos: que con leer, se recoge el corazón y se calienta algo, y hallan alguna puerta los principiantes para entrar en la meditación; que de otra manera pasan grave trabajo, si no hace el Señor merced particular. Y después de haber leído, mediten un poco por la mañana en un paso de la Pasión con todo sosiego de ánima, contentándose con aquella vista sencilla y humilde, acatando [mirando con los ojos bajos; reverenciando] a los pies del Señor, y esperando su limosna y misericordia. Y sobre esto, oigan Misa, pensando aquel paso que en casa pensaban. En la tarde o noche recen otro tanto, y lean, y después piensen en la hora de su muerte, y cómo han de ser presentados ante el Juicio del Señor: y acúsense, y avergüéncense, y afréntense delante del acatamiento de Dios, sintiéndose como si estuviesen presentes; y pongan a una parte los bienes que han recibido y a la otra los males que ellos han hecho, y pidan al Señor sentimiento de su propia maldad. Y allí pueden pensar un poco en el infierno, y reprenderse de las faltas aquel día cometidas.

Todo se ha de hacer con el más sosiego que pudieren, para que si Dios los quisiere hablar, no los halle tan ocupados en hablarlo todo ellos, que calle Dios. [*Entiende lo que quiero decirte, pues el Señor te dará la inteligencia de todo*] (2 *Tim* 2, 7). Avísenles que guarden la cabeza, y que se contenten con estar un rato en la presencia del Señor, aunque otra limosna no reciban: y de aquel meditar, aunque sea seco, se saca algún bien. Algunos hay a quien Dios toma los corazones, y obra en ellos, que no es menester sino recogerse a Dios, y luego hallan tanta lluvia de pensamientos buenos y comunicación de Él, que no han menester sino seguir tal guía. Otros hay tan rudos, que no es menester imponerlos en más que rezar y leer. Entre día encomiende que piensen o en la presencia de Dios, o en aquel paso que pensaban por la mañana. Toda esta meditación se ha de hacer, no llevando la imaginación a partes lejos de sí, sino dentro de sí, o a par de sus pies, porque es cosa más descansada, y más provechosa para arraigarse en el corazón.

---

[6] Más cumplidamente se explica este punto en el AUDI FILIA, caps 58 y siguientes.

La cuarta cosa es, que entiendan en obras de caridad, cada uno según pudiere: quien pudiere dar limosna, casa, consejo, no deje nada por hacer, que aunque algún poco el ánima se distraiga, no cure de ello; ni todo se ha de gastar en recogimiento, ni todo en acción exterior. Alguna penitencia, especial si son mozos. La unción del Espíritu Santo le enseñará, etc.

6. En lo que me manda que le diga algo de los libros que ahora se usan, no tengo cosa que me parezca digna de enviársela. De lo que yo me he aprovechado en esa parte es la *Summa de vitiis et virtutibus*, de Guillermo Parisién ([7]).

Esto es, carísimo, lo que se me ha ofrecido escribir, y sabe el Señor entre cuántas ocupaciones, tomando y dejando la pluma. Bien creo que el Señor le ha mostrado otras cosas mejores que éstas; sino yo me atreví a decir los males en que ya he caído, para que haya compasión de mí, y ruegue al Señor perdone mis ignorancias que en este oficio he hecho, y dé a V. R. gracia que no caiga en ellas, como yo creo que no lo permitirá.

7. Olido he de su carta que el mundo le es contrario; no le pene ni poco ni mucho; tenga por averiguado que hallará a Dios tan favorable en este negocio, que no lo podrá creer sino quien lo prueba. Negocio es de Dios, y tan suyo, que no hay cosa en la tierra en la cual ponga Él sus sacratísimos ojos con tanto cuidado y favor, como en la vocación y justificación y guarda de sus escogidos. Quiera el mundo o no, los que Dios tiene determinado que, por instrumento del pobrecito predicador, se salven, no los podrá excusar, aunque se junte todo el infernal poderío a contradecirlo. Cobre, Padre, un ánimo grande para mandar de parte de Dios al Cielo si es menester. Todas las cosas creó Dios por causa de los escogidos, y la salud de éstos nos encomendó Él en nuestras manos, para que los llamemos, esforcemos y ayudemos a colocarlos en el Cielo. No se ha de pensar que olvidará Dios a éstos, que *ab aeterno* para sí escogió y amó. Ordene bien lo que ha de hacer, ejecute con toda osadía, y no haga cobarde un oficio y un lugar donde tantos tan osadamente han hablado, y aunque les haya costado la vida de acá, han salido con el bien de las ánimas y de la suya, que era la empresa que pretendían. Asiente en su corazón las palabras de Cristo (*Lc* 12, 4): [*Os digo a vosotros, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo,*] etcétera. Y sepa, que la diligencia que este Rey nuestro trae en el negocio de la salvación de nuestras almas, es tan grande cuanto no se puede hablar ni pensar.

---

[7] Guillermo de Auvernia escribió la célebre Summa a que alude el autor († 1255).

Christo gloria et imperium in saecula saeculorum. Amen.

2.— AL P. FRAY ALONSO DE VERGARA, PREDICADOR.

Consolándole en una persecución; le enseña la confianza en Dios, y los medios para entender la Escritura.

CHARISSIME:

1. A quien desea saber qué cosa es el hombre cuando Dios le ayuda y regala, le enseñaría yo una carta de V, R, que los días pasados me envió; y a quien quisiese conocer la flaqueza del hombre cuando anda por sí, le enseñaría ésta que ahora me envió. ¡Oh válgame Dios y cuán de verdad *es Dios nuestra gloria, y el que levanta nuestra pesada cabeza* (*Sal* 3, 4), y la salud de su pueblo, y la lumbre de nuestro rostro, y el báculo de nuestra vejez, y todo nuestro bien! ¡Y cuán grande abismo de miseria es el hombre, y cuán pocas [pequeñas] cosas lo derriban, y cuán presto se muda, como una flaca ceniza delante de un viento! La letra de sus cartas es una; la firma, un hombre suena; mas ¡oh poderoso Dios, y qué va del fulano de la una al fulano de la otra! ¿Quién dirá que es todo uno el hombre que en una no echa menos a nadie con el favor y regalo de Dios, y en otra le da el agua hasta la barba, y a peligro de ahogarse? Es en la una, llevado por la mano de Dios, y enseñado familiarmente de su santa voluntad; y en la otra parece que duda de lo que su misma conciencia y Dios le han enseñado, y anda como a tientaparedes aun en la luz del mediodía. ¿Qué diré sino que el hombre con Dios es como Dios, y el hombre sin Dios es grandísimo tonto y loco?

2. Me pregunta V. R. si pienso que vive, o si le cuento por uno de los muertos, pues no le escribo. Le respondo que no le olvido; mas guardaba mi carta para este tiempo, porque en el otro no era menester. San Antón se quejó de nuestro Señor porque en el tiempo de la batalla no veía a nuestro Señor; y le responde que allí estaba: mas estaba mirando cómo peleaba para hacerle reinar. ¿Pensaba V. R, que no había de andar a solas sin carretilla, y sin que mano ajena le tuviese por la suya? ¿Y cómo, Padre, había de aprender a andar? ¿Todo había de ser comer manjar de niño y papitas y leche? ¿Cómo había de ser perfecto varón? ¡Oh Padre mío!, y si no fuese porque veo a V. R. penado, y ¡cuán de buena gana, oyéndole quejar y temblar, me reiría yo, como quien oye a un niño llorar y temblar, porque le han asombrado con un león de paja o con una máscara!

3. ¿Qué ha, Padre?, ¿qué ha? ¡Así se le ha olvidado lo que dijo Moisés,

siendo rogado que sacrificase al Señor en Egipto, y no se fuese al desierto, dejando a los gitanos [egipcios]! Se lo quiero recordar: [*es abominación para los egipcios. ¿No nos apedrearían los egipcios si ofreciéramos ante sus ojos un sacrificio que para ellos es abominable?*] (*Ex* 8, 22). Pues si V. R con la fuerza de Dios, ha muerto lo que los mundanos adoran, y esto delante de ellos mismos, ¿espantase que lo quieran apedrear? Ellos adoran honra, juicio propio, espíritu propio, duplicidad, tibieza, propio amor y propia fiucia, y [*otros ídolos similares a estos*], *quae a Moyse abominationes vocantur, id est, a lege Dei. Tu autem homo Dei non idola vana, quae salvare non possunt, sed ipsum qui vere adorandus est, adorasti*. ¿Qué maravilla, que haya contienda donde hay tanta diversidad de pareceres y fines? Mas esta contienda la levantan los hijos de ella, y la sufren los hijos de la paz; los unos mordiendo como canes, y los otros sufriendo y orando y amando como corderos; [*pero Cristo es el que gobierna*], vencerán los corderos a los perros, y aun a los lobos; que para eso los envía Dios [*como corderos en medio de lobos*] (*Mt* 10, 16).

4. Gran enojo tomaron los reyes comarcanos a Gabaón porque los de aquella ciudad se habían confederado con Josué, capitán del pueblo de Dios; y por el mismo hecho *se juntan cinco reyes* a pelear contra ellos; porque les parecía gran pérdida perder una ciudad tan grande y real, y que se acrecentase aquel favor y gente a Josué su enemigo (*Jos* 9). Y así han hecho los demonios y mundanos con V. R viéndole darse a Jesucristo, capitán enviado por el Padre para meter al pueblo de Dios en el Cielo prometido; y lloran amargamente, y se paran a contar las calidades del que han perdido, como con ellas se le acrece mucha ganancia al partido de Jesucristo; huelen ya la fuerza que Dios le ha dado para herir corazones con la palabra de Dios, y lloran llanto doblado por lo que ellos pierden y Jesucristo gana. De aquí es la contradicción en todo y de todos; de aquí el combate de los cinco que *a una se juntan*, y con una voz dicen lo que dicen, y hacen lo que hacen. Mas si el combatido enviare mensajeros a su capitán, de devota, humilde y perseverante oración, como lo enviaron los otros a su Josué, vendrá a él Jesucristo, y hará que venza a sus contrarios, y que *les ponga el pie sobre la cabeza*, porque hará que desprecie lo que ellos hablan; y *los meterá en la cueva con una piedra a la puerta*, para que viva sin miedo de ellos.

5. ¿Por ventura es V. R, el primer atribulado porque se pasó a Cristo? ¿O será el primer desamparado de los que padecen por Cristo? ¿No ve, Padre mío, que la causa por que somos perseguidos no es nuestra, sino de Dios? ¿No ve que le va a Él la honra en ella? Dígame, ¿por qué antes tenía tantos pacíficos, y ahora tantos contrarios? [*¿No es acaso porque se ha*

aceercado a Cristo el Señor?] ¿Pues qué rey habría, que no tomase por muy grande injuria que por sólo haberse uno ofrecido a él por criado, y él haberle recibido, hubiese quien le despreciase y persiguiese? ¿Por ventura no es deshonra del rey perseguir a quien le quiere servir, sólo porque entró a vivir con él? ¿No toca esto al rey? ¿No es causa suya? Es, por cierto. Y por eso dijo David (Sal 74, 22): [*¡Álzate, oh Dios, a defender tu causa, acuérdate del necio que te provoca todo el día!*] Causa es de Dios, y deshonras son de Dios aquellas que al servidor de Dios se hacen; como es honra de Dios, y causa suya, cuando a sus *chiquitos* hacemos bien y los honramos (*Mt* 25, 40).

Acuérdese, pues, V. R, de la palabra de Dios, que fue hecha sobre el levita Jazihel, confortando al pueblo de Judá, que salía a la guerra; en el cual y por el cual manda Dios que no teman; y la causa es: [*Porque esta guerra no es vuestra, sino de Dios; por tanto, apostaos y quedaos quietos, y veréis la salvación del Señor que vendrá sobre vosotros*] (2 *Crónicas* 20, 15.17). Y si los que persiguen piensan que no ofenden a Dios en ello, ¿qué se me quita a mí de mi confianza, pues expresamente están amonestados los servidores de Dios (*Jn* 16, 2), que han de ser perseguidos de gente que [*creen que agradan Dios en perseguirlos?*] Ellos padecen por Dios, y porque se llegaron a Dios, y la persecución es contra Dios. Si los perseguidores otra cosa piensan, quizá disminuyen algo su culpa, mas no nuestra corona; y si ellos, engañados, piensan que sirven a Dios, nosotros, desengañados, perseveremos en servir a Dios.

6. ¿Qué se le da, Padre, de pareceres de hombres ciegos, pues está él certificado ser de Dios la doctrina que predica, y ser bueno el modo con que la predica, según por el fruto parece? [*Guárdate de abatirte en tu sabiduría, dice la Escritura*] (*Eccli* 13, 11). Ose despreciar los vanos ídolos, con conocimiento y amor del verdadero Dios; y hallese tan rico con el tesoro escondido que Dios le ha manifestado, que no tenga por daño perder cuanto tenía, por alcanzarlo. No estime a Dios en tan poco, que quiera dar poco por Él, pues Dios le estimó a él en tanto, que no quiso dar menos que a Sí por él. Amado fue en cruz, ame en cruz; caro costó a Cristo, y con gemido le parió, y le ganó; no quiera él ofrecer a Dios [*sacrificio gratuito*] pues David no lo quiso hacer. ¡Qué mayor honra, Padre mío, que padecer por Cristo! ¡Verdadera gloría, *feliz injuria* ([*dice San Agustín*]) [*en que Dios es la causa!*] Negocio es éste de amor, y [*el amor es un tipo de guerra*]. No son admitidos aquí los cobardes; [*de ninguna manera, el segundo precepto del Señor, excluye la pelea*].

¿Qué se queja, Padre, de palabras y estimas de hombres, y juicios de ciegos? [*He aquí que el cielo es testigo tuyo, el juez tuyo que te justificara; ¿quién es el que te condenará?*] *Quia minimum est te ab omni humano die judicari, si tu pro minimo haberes a minimis judicari. Quia omnes, ut vestimentum veterascent, et tinea comedet eos; et ille vere commendatus erit, quem Deus commendat, etiam si omnes reprobent. Quare, Pater mi, tam parva movent te*, pues que *Magnus magna pertulit pro te, et magna tibi dabit, et hic et in futuro? Numquid usque ad sanguinem restitisti? Numquid sanctior es Apostolo, qui ait: Quotidie morior? Numquid narrare poteris persecutiones, contumelias, ictus lapidum, verbera, carceres, quae ille narrat pro Christo pertulisse? Quare, Pater, delicatum agis militem in praelio Domini, habens Dominum eujus faciem possuit Pater ut adamantem et silicem, ut nullis contumeliis, alapis, cedere noscat ab incepto opere?* [*Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe, Jesús, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia*], etc. [Hebreos 12, 1-2]

7. Y acuérdese de su palabra, que [*no es el siervo mayor que su Señor*]; y así como le halla verdadero en las persecuciones que le profetiza, así le espere verdadero en los galardones que promete. Cruz le manda llevar, reino eterno le promete; y si es dura palabra [*permanecer con Él en las tentaciones*], dulcísima [*sentarse en su mesa con Él en su reino*]. ¡Oh Padre!, ¿y por qué hemos de irnos a sentar a aquella mesa de perseguidos, deshonrados, [*hostigados, tentados, y pasados a espada*], no habiendo nosotros padecido nada? ¿Qué vergüenza sería parecer predicadores delicados delante de aquellos que con tantas persecuciones y derramamientos de sangre lo fueron? Llevemos algo de que gloriarnos: traigamos alguna empresa de amor por nuestro Verdadero Amador, para que no sea nuestro amor de sola palabra. Hollemos esta víbora de la tribulación; pasemos adelante aparejándonos a mayores cosas; que *a la medida de lo que padecemos nos dará Dios los consuelos en el ánima nuestra* (*Sal* 93, 19), y el fruto en las ajenas No se dejan tomar estas truchas sin que se moje el pescador, pues el Señor de todo, aun no quiso ser de esto exento.

8. Ofrezca, Padre, su vida y honra en las manos del Crucificado, y hágale donación de ella, que Ella pondrá en cobro, como ha hecho otras: [*Sé de quién me he fiado, dice Pablo*], etc. (2 *Tim* 1, 12), y no le fue de ello mal. *Poco es y momentáneo* lo que se padece: y a quien grande parece, es porque él es chico en el amor, y tiene pesos falsos. [*Crezca y coma; el alimento*

verdadero es Cristo]. Y aunque se dilate su socorro. Él vendrá, y amansará la mar, y reñirá por la poca fe que en el tiempo de la tempestad tuvo su discípulo; que, pues estaba de ello avisado, no se había tanto de turbar; y pues había comido de la mesa del monte Tabor, había de tener esfuerzo para comer de la del monte Calvario; que para eso mantienen al jumento, para echarle la carga; y mientras mayor la refección, mayor carga espere.

9. [*No obstante, di, Padre mío*]: ¿cuál quiere más: abrazos de Dios con añadidura de pedradas de hombres, o carecer de entrambas cosas? Hayamos vergüenza de quejarnos, pues hemos recibido de Dios de que tanto gozarnos [*en fe y en esperanza*]. Le demostró su amigo la luz, y luego la encerró en su mano, mas él la tornará a abrir, y la tornara a enseñar con tan grande alegría, que *lapides torrentis dulces tibi sint, et flagellatus gaudeas, quia dignus habitus est pro Jesu contume lias pati*. Probarlo ha querido nuestro Señor, no dejarle; se escondió la madre tras del paño, y está oyendo llorar al niño, que no se halla sin ella; mas ella saldrá, que no se lo sufrirá el corazón, y tomará al niño en los brazos, y le dará leche, y estará él tan contento, que olvide los trabajos pasados como si no hubieran pasado. Y muchos de los que ahora persiguen, seguirán, según la promesa de Dios: [*Acudirán a ti encorvados los hijos de los que te humillaban*] (*Is* 60, 14). Y si el que a Dios conoce con amor, tornase atrás por la persecución de ellos, será acusado él día postrero; y ellos serán los que más gravemente le acusen, diciendo: «Si te perseguimos, no teníamos conocimiento; y tú, que lo tenías, fuera razón que no lo dejaras; que si nosotros conociéramos lo que tú, no lo dejáramos por persecución de quien no conocía. Dañaste a ti y a nosotros, porque a perseverar en la virtud, viniéramos en conocimiento de ella.» Y por eso, Padre mío, se debe esforzar en el Señor, y creer de muy cierto que si persevera, [*así como abundan en ti los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo tu consolación*]. (2 *Cor* 1, 5), y que le pagará el Señor con ganancia de ánimas lo que pierde en esas otras cosas en los ojos de los mundanos

10. Muy bien me parece la ida a alguna parte donde vacase a sí solo algún día. Y en lo de la Escritura sagrada le digo, que la da nuestro Señor a trueco de buena vida y persecuciones ([8]). *Vobis, inquit ipse, datum est nosse mysterium regni Dei, caeteris autem in parabolis. Sed qui sunt isti vobis? Vobis, discipulis meis, diligentibus Deum, ut ait glossa, segregatis a mundo,*

[8] Por haber sido perseguido en la Inquisición, dio el Señor al M. Avila aquel extraordinario conocimiento del misterio de Cristo, clave de la Escritura. Así se lo oyó decir Fr Luis de Granada. (*Vida*, part, 2, 6)

tribulatis pro me, factis peripsema hujus mundi. Me parecía que en leyendo a San Juan y a San Pablo y a Isaías, que luego habían de saber la Escritura; y veo a muchos leerlos, y no saben nada de ella. Y así veo que, *si aperit ille qui habet clavem doctorum, nullo alio reserante, Scripturae pandentur, ut Hieronymus ait*. Yo no sé más que decirle sino que lea a éstos; y cuando no los entendiere, vea algún intérprete santo sobre ellos; y especialmente lea a San Agustín *Contra pelagianos*, y contra otros de aquella secta; y tome un crucifijo delante, y Aquél entienda en todo, porque él es el todo, y todo predica a éste: ore, medite y estudie.

Acuérdese V. R. del ciego, que el Señor sanó *con lodo* (*Jn* 9, 1); que después, cuando decían si era él el que primero era ciego y mendigaba, y otros decían que no era él, respondió, no tomando la honra falsa, mas confesando su enfermedad y pobreza pasada, y dijo: *Yo era aquel pobre ciego, y ahora veo*. No hemos de haber por malo que nos digan quién fuimos; porque a gloria de Cristo pertenece esta confesión de nuestra enfermedad, y a grande provecho nuestro; porque ya aquí se celebra nuestro juicio, y así escapamos del de allá; y no se canse en tornar por sí, ni dar muchas disculpas de su inocencia: [*Vosotros callad, que el Señor peleará por vosotros*.] (*Ex* 14, 14).

3.—A un predicador

Qué frecuencia de comunión se debe aconsejar y cuál reprender [9].

CHARISSIME:

1. La continua falta de mi salud me hace faltar a vuestra merced en escribirle, aunque me hace nuestro Señor merced de darme algún suspiro y oración, que por el bien de vuestra merced yo le presente, suplicándole cumpla Él sin mí y por mí lo que yo le debo y deseo.

En lo que vuestra merced pregunta de la frecuencia de comuniones que en esa ciudad hay, me parece que ninguno debe poner tasa absolutamente en la comida de este celestial Pan; pues mirándolo así, es bien, y gran bien, tomarlo cada día, si hay cada día aparejo para recibirlo. Todo el negocio ha de ser ver no haya engaño en el aparejo, pensando que lo hay donde no lo hay.

2. Y, cierto, se engaña alguna gente de la devota en ello, así como los que solamente son movidos a hacerlo porque su amigo o vecino o igual lo

[9] Ahora debemos aconsejar la frecuencia recomendada por la Santa Iglesia.

hace; y algunas de estas personas se afrentan por ser tenidas por menos santas de los confesores, si ven que dan licencia a la compañera que comulgue, y a ella no. A éstos no los llama Dios a su mesa; su liviandad los lleva, y lo que habían de imitar para tener igual llamamiento divino, quererlo imitar con igualdad de carne. Y claro es que, aunque una persona sea menos buena que otra, puede la menos buena tener alguna causa justa de comulgar alguna vez y más a menudo que la otra más buena, por haber mayor necesidad, o por estar alguna temporada con más aparejo, o por otras particulares causas que no concurren en la más buena. Así que este error se debe mucho reprehender, que, cierto, es dañoso y usado ir al celestial convite sin llevar llamamiento del Señor de él.

Verdad es que aprovecha, y no poco, ver comulgar a otros, y uno de los provechos es gana de imitar tan santa obra; mas han de entender que han de imitar el aparejo, si quieren imitar la obra. Así como si uno se va a soledad, o vive vida en virginidad, o es predicador, o cosa semejante, no es bien, porque aquél lo hizo, hacerlo yo, sin mirar que llevó a aquél espíritu bueno, y me lleva a mi espíritu humano. Se quiso Dios servir de aquél por allí, y no de mí; y así acá, quiere el Señor que uno llegue a su celestial mesa más veces que otro, y por esto no ha de ser regla lo que unos hacen para que lo hagan los otros.

3. Otros se engañan en pensar que es aparejo suficiente una gana tibia de hacerlo, más fundada en costumbre que tienen, que en otra cosa. Y si a esto se junta que echan alguna lagrimilla al tiempo del recibir al Señor, tienen por muy bien hecho su negocio. Y el engaño de éstos consiste en no mirar al provecho que reciben del comulgar, que es ninguno; o de no saber que la verdadera señal del bien comulgar es el aprovechamiento del ánima; y si éste hay, es bien frecuentarlo; y pues no lo tienen, no lo frecuenten. Vienen éstos aun mal grande, del cual había de temblar todo hombre que lo oyese, que es recibir al Señor, y no sentir provecho de venida de Huésped tan bueno, y que ordena esta venida para bien de la posada; y cuando los remedios, y tan grande como éste lo es, no obran su operación, es cosa muy peligrosa, y que mucho se debe huir; con condición que se mire que algunos, aunque no parece que crecen, sacan este bien de la comunión, que no tornan atrás, teniendo experiencia que si no lo frecuentan, caen en cosas que no caen cuando lo frecuentan; a éstos bien les está hacerlo con frecuencia, pues se sigue provecho de evitar caídas con la frecuencia del comulgar.

Mas hay otros que ni van adelante ni evitan males, sino con una vida como de molde, no habiendo más ni menos, así como así. A éstos se les

debe predicar cuán terrible cosa es meter el fuego divino en el seno, y no calentarse; el celestial panal, y no sentir su dulzura; y tan eficacísima medicina, y quedarse tan enfermos; y se les debe quitar el manjar, como a gente ociosa, para que, lastimados con verse apartados de bien tan grande, aprendan a estimarlo en algo, y pasen algún trabajo para ir mejor aparejados, castigando con rigor las faltas en que caen, deseando con ardor el remedio de ellas, orando y haciendo el bien que pudieren, para que así vayan al Pan celestial con hambre interior; porque, como San Agustín dice: *Panis hic interioris hominis esuriem desiderat.*

4. Aunque algunos hay que tan mal se saben aprovechar de quitarles la comunión, que no por eso se aparejan mejor, sino les parece que es aparejo el ir más de tarde en tarde que solían; lo cual no es aparejo, como San Jerónimo dice muy bien: que de esa manera, mientras más tarde fuesen, mejor aparejo llevarían; como lo dicen y hacen los que, por desamor y pereza y gana de estarse en sus pecados, dilatan la comunión para una vez en el año, pareciéndoles que, por ir tarde, van con más reverencia que si fueran más veces, aunque llevaran menos pecados y mejor aparejo. Llaman reverencia a un temblor de esclavos, y turbación que de la gran pesadumbre de pecados llevan, y aun gana de huir de la comunicación del Señor, si no fuera por miedo del mandamiento de la Iglesia. Quien dilata la comunión lo ha de hacer por algún día o días; para en aquéllos andar aparejándose con diligencia y castigando sus caídas, y procurando todo bien, para que así vaya con alguna mejoría al Señor todo bueno; que el solo pasar el tiempo no mejora a nadie.

5. Viniendo a lo particular que vuestra merced escribe, de la mucha gente del estado de casados que en esa ciudad comulga cada día, digo que me engendra sospecha no ser Dios agradado de ello, por decir que son muchos los que lo hacen. Porque como este negocio de comulgar cada día pida muy grande aparejo, y tanto, que los teólogos, como vuestra merced sabe, especialmente Santo Tomás y San Buenaventura, hablan de ello más como de cosa posible que de *in ese* [real, existente], y esta dificultad de aparejo crece en el estado del matrimonio, así por los continuos cuidados que distraen el ánimo, como por el uso conyugal, que en gran manera le embota; no entiendo que en muchos haya tan grande santidad, que en tan grandes impedimentos haga aparejo cual quiere Dios, para que cada día le reciban. Tengo creído que éstos no sólo no saben que es comulgar, mas ni aun qué es orar; porque el Apóstol aconseja que para orar se aparten los casados, teniendo por impedimento de ello el usar el conyugal ajuntamiento; y cuando teme que hay peligro de la parte de la carne, dice, que *revertantur*

in idipsum [vuelvan a juntarse] (1 *Cor* 7, 5). Y conozco yo casados, que él y ella se dieron a la oración, y como fueron entrando en ella, entendieron que no venían bien uso de matrimonio, y familiar plática y comunicación con Dios; y movidos y enseñados con esta experiencia, apartaron la comunicación de la carne, por tenerla con el Señor, que es espíritu; y ya hace tres años que viven así. Lo cual concuerda asaz bien con el dicho de San Pablo; porque el espíritu que le hizo a él hablar aquello, hizo a éstos hacer esto otro. Pues si es doctrina de Dios no venir bien uso de carne con uso de oración, ¿cómo le parecerá bien que se junten en uno cuidados que impiden la oración y carne que impide la elevación del espíritu, y lo embota para recibir al Señor, que quiere ser recibido con sentido que [*discierna el cuerpo del Señor*] (1 *Cor* 11, 29), y lo discierna de todo lo que no es Él, y esté pronto para conocerle en la habla, como San Juan, y en la *fracción del pan*, como los dos discípulos? (*Lc* 24) Si me dijeran que algún casado o casada hacían esto cada día, aún me maravillara, mas no mucho; mas que muchas, no alcanza mi fe a creer que el Señor es de ello contento.

6. Ni me mueve para aprobarlo lo que en la iglesia primitiva se hacía, pues los casados de entonces eran tan sin cuidados temporales, tan devotos y llenos del Espíritu Santo, que con mucha abundancia en ellos se derramó, que no tienen los de ahora, por la mayor parte, que defenderse con la sombra de aquéllos en el comulgar cada día, pues no los imitan en la vida. Y, pues, de los Decretos que entonces se hacían, se ve que pedían mucha limpieza en la carne a los casados para comulgar, y el dicho de San Pablo, ya alegado, no era tenido en poco, alguna moderación debía de haber en el comulgar cada día, en lo que toca a los casados en general ([10]).

7. Ni me mueve autoridad de hombre devoto, que ahora aconseje a todos los que confiesa o van a él, que hagan lo mismo; porque pienso que dice de la feria como le va en ella, y no mira a muchas partes que en esto hay que mirar. Y aunque parezca esto temeridad, juzgar sin oír, no valga por juicio, sino por una vehemente sospecha y temor, causado, con mucha razón, de dichos de Escritura sagrada y de Santos, y de muchas experiencias que tengo. Incitar a que vivan de arte que merezcan comulgar cada día, esto, sí, San Ambrosio lo aconseja; mas creer que haya muchos casados que hacen esto que es menester para cosa tan alta, yo no lo creo, y me abstengo de no juzgarle. De sólo San Apolonio se lee, entre los Padres de los monasterios del Yermo, que hacía comulgar cada día a sus monjes; mas lo hacía con monjes, y tales como los había en aquel tiempo, y no con casados

[10] La iglesia permite hoy a los casados la comunión frecuente, y aun diaria.

de éste; y creo yo sería el cuidado del buen abad tan ferviente por el aprovechamiento de sus monjes, que con su oración y diligencia les haría andar aparejados para la alteza de la obra que les aconsejaba. Ni hay ahora aquellos Padres, ni aquellos discípulos, ni aquel aparejo, ni aquella vida, que llama San Jerónimo «vida se ángeles», y que por oraciones de ellos el mundo se sustentaba. ¡Qué mucho que estos comulgasen cada día!

8. Se junta a esto lo que toca a terceros, que es la inquietud causada en los maridos por la tardanza continua de las mujeres en la iglesia, y los males que acaecen en casa por la ausencia de la señora. Cosas claras son éstas no ser de espíritu bueno, pues contradicen a los mandamientos de Dios, dichos por boca de San Pablo (*Ef* 5), que en una parte manda que *obedezcan las mujeres a sus maridos como a Cristo y les sean sujetas*; y en otra, que [*sean sumisas a sus maridos*] (*Tit* 2, 5); o como el original griego dice, *domus custodes*. Les debe vuestra merced predicar que cumplan con la obligación que a su estado tienen, y que lo que de aquí les sobrare den a su devoción. Y no harán poco sí reciben al Seños bien de ocho a ocho días; y esto, no todas; y algunas más a menudo, que, como he dicho, no hay una regla para todos.

9. En lo que toca a esa persona, que confiesa sentir provecho de la frecuencia de la comunión y daño de haberla pasado a ocho días, no se rinda vuestra merced luego; pruebe, si, con añadir cuidado, si le va bien con este modo de comulgar; que hay gente que el día que no comulgan no se saben tener en pie, ni hay más devoción ni aliento sino de haber comulgado. Bien lejos estaban esto de aquellos Padres pasados, ejemplo de verdadera santidad, que estaban días y meses sin comulgar, mas no por eso desaprovechados, porque la gran diligencia de aprovechar suplía el sabor que de comulgar recibían. Y a este espejo es bien que miremos y hagamos a otros que miren, especialmente a mozas, que les va la vida en tratar sus negocios con Dios a solas, sin medio de hombres; y si fuesen tales cuales Dios quiere, con pocas comuniones se pasarían, y no alegarían para su andar y hablar: «Me siento mal sin comulgar cada día». Niñerías son éstas de gente que pide alfeñique [pasta de azúcar], y no son para comer pan de destetados. Trabajen y revienten por poderse pasar con poca plática de hombres; y si lo hacen así, verán, al cabo de poco tiempo, otro fruto en sus ánimas; mas si hay pereza y liviandad, no me aleguen que la falta de la comunión lo hace.

10. Lo que me parece que se debe predicar es los grandes bienes que de la frecuencia se reciben, y que ninguno juzgue a otro por comulgar cada día, pues se puede bien hacer; antes se compunja y acuse de flojo e indevoto, pues él no es para hacer bien hecho lo que el otro hace. Y con

esto, se avise a los que comulgan de los peligros que hay si bien no lo hacen; y que por no poderse dar una regla para todos, ni para uno en diversos tiempos, se remite el cuándo al juicio del confesor, con que sea prudente y devoto; y que parece ser término razonable para gente medianamente aprovechada comulgar de ocho a ocho días, salvo si no se ofrece algún caso particular en la semana; y que quien más que esto quisiere, que le hable a vuestra merced en particular y le dirá su parecer; y a quien viere claro que hay provecho de ello, concédalo; y esto, a pocos; y a los otros, quítelo, pidiendo primero lumbre a nuestro Señor para acertar. Y puede ser más largo en esto con personas no casadas que casadas, y con personas de edad que mozas, porque la madureza de seso y reverencia y peso es gran parte para fiarles la frecuencia de la comunión.

11. Ya sabe que San Francisco el de Asís no comulgaba cada día, ni San Francisco de Paula, aun después de viejo, sino de ocho a ocho días. Y con esto, entiendo que a los no tan santos es bien comulgar de ocho a ocho días, y también más a menudo; porque entiendo que la necesidad que la malicia de tiempos, y engaños del demonio y propia flaqueza, causan ahora, pide mayor recurso al remedio y mesa que contra todos los males acá Dios nos dejó; yendo a ello, no como tan santos como aquéllos, mas porque no lo somos; y como más necesitados, vamos al médico más veces para que nos cure.

Y así concluyo, que en púlpito se favorezca mucho la comunión, y se dé un poco de aviso para que no se yerre cuando comulgan muchas veces; de arte que queden los tardíos en ella confundidos, y los que la frecuentan favorecidos, aunque avisados. Y es muy bien tratar esto en particular con los confesores. Y Cristo lo trate con unos y otros por su gran bondad, para que cosa en que tanto va se use mucho, y bien usada.

Mi salud es tal cual he dicho, y parece que el Señor me la ha dado para hacer esto. Vuestra merced me encomiende a su misericordia, y haga a otros que me encomienden.

4.—A UN PREDICADOR

Trata que está sobre las humanas fuerzas ser buen ministro de la palabra de Dios, y qué es lo que en ella se ha de buscar; y del miramiento que en no faltar a su aprovechamiento ha de tener, y de la frecuencia de comuniones, y el silencio que han de tener los siervos de Dios.

CHARISSIME:

1. Las señas que vuestra merced me da para que de él me acuerde, no son menester; porque quiso nuestro Señor que tenga tanta memoria de vuestra merced, que después de una vez visto, no le olvidase más. Y, cierto, digno es que yo, que soy un gusano, me acuerde de aquel de quien Dios se acuerda para hacerle misericordias, y del que de Dios se acuerda para servírselas. Ruego a la misericordia del Salvador Cristo, que quiera acabar con próspero fin lo que ha comenzado en esa ánima con tan buen principio, para que no sea [*como la luna, que siempre cambiante*], mas [*como la luz del alba, que va en aumento hasta llegar a pleno día*] (*Prov* 4, 18).

2. Piense, Padre, muchas veces en qué negocio le ha puesto nuestro Señor, y verá con cuánta vigilancia lo debe tratar. No tiene Dios negocio que más le importe, que el de las ánimas; y por ellas lo creó todo, y Él mismo se hizo hombre, para, en la carne que tomó, poder comunicarse con los hombres. Gran dignidad es traer oficio en que se ejercitó el mismo Dios, ser vicario de tal Predicador, al cual es razón de imitar en la vida como en la palabra. Sobre fuerzas humanas es ser buen ministro de Dios en la conversión de las ánimas; y por esto dice el Apóstol (2 *Cor* 2 y 3): [*¿Quién es idóneo?*] Cierto, no de nosotros; mas [*nuestra suficiencia proviene de Dios, que nos hace ministros idóneos del Nuevo Testamento; no letrados, sino espirituales*].

3. Trabajemos, Padre, por morir, antes que demos *maculam in gloriam nostrum* (*Eccli* 30, 24). Y pidamos al Señor con cuidado que del todo y en todo obre Él y hable en nosotros; porque, nosotros hollados, Él sea el precioso en nuestros ojos y en los de todos. No miremos a otra parte sino a la gloria de Dios; y ésta busquemos, y de ésta seamos pregoneros; que quien mira a la propia es semejable al que fuese a decir a una doncella que la quería por mujer el hijo del rey, si ella quería dar consentimiento, y el tal mensajero granjease para sí la que había de ganar para el hijo del rey. Enviados somos que quieran a Cristo, pues que Él las quiere; miremos no nos busquemos a nosotros, que sería extrema traición. Fidelísimo fue Cristo a su Padre, cuya gloria siempre predicó y buscó; en los milagros que hacía y

palabras que predicaba todo decía que le venía del Padre, y que alabasen al Padre; y si los predicadores de Cristo su gloria han de predicar, y a Él referir todo lo que bien obran y hablan, para que así sean coronados por Él, como Él lo fue por el Padre. Todas las cosas dijo Josef que le había dado su señor (*Gen* 39), mas no la mujer, aunque ella lo convidaba consigo. Y así piense el pregonero de Cristo que todo lo que quisiere le dará Él, salvo la honra y el amor de las ánimas; que esto, Padre, aunque se os ofrezca, no la habéis de tomar; mas holgaros con que amen a Cristo y le honren, y a nosotros que nos aborrezcan y huellen y nos escupan en la cara; para que así ganen ellos y ganemos nosotros; ellos con mirar a Cristo, nosotros con ser despreciados por Él.

4. Muchas veces, Padre, acaece en este oficio ser honrados, y ser despreciados; mas el siervo de Dios, tan sordo debe pasar a lo uno como a lo otro; aunque más se debe alegrar con el desprecio que con la honra, cuanto más le hacen conforme a Cristo, que por buscar la honra del Padre, fue Él deshonrado. Tengamos la conciencia pura y nuestros ojos puestos en Dios y esperemos su reino; que todo lo que acá se puede ofrecer es ruido que presto se pasa, y ligeramente es vencido de quien vive bien y se esconde en las llagas de Cristo, pues para nuestro refugio están abiertas. Allí hallamos descanso para cuando somos de la prosperidad combatidos y de la adversidad; y ninguna cosa puede turbar a quien allí ha fijado su pensamiento.

5. Me dicen que vuestra merced trabaja mucho: querría que se templase, a lo menos en las confesiones; porque, cierto, somos de *carne*, la cual es *flaca, aunque el espíritu sea fuerte*; y no querría verle como yo estoy de indiscretos trabajos, que a cada sermón me da una calentura. Esto es en cuanto a lo del cuerpo; en lo cual encomiendo que ni sea regalado, ni demasiadamente lo trabaje. Y porque por carta no se puede esto especificar, baste esto.

6. Cuanto a lo del ánima, le encomiendo que de tal manera aproveche a otros, que nunca pierda su oración mental y recogimiento; y en esto mire muy mucho, porque he visto algunos que han dado cuanto tenían, y se quedaron pobres para sí y para otros. Suelen, Padre, decir que «de ello con de ello» [de lo uno y de lo otro]; y en la limosna temporal dice San Pablo (2 *Cor* 8, 13): [*No que paséis apuros para que otros tengan abundancia, sino con igualdad*]. Más dura y más aprovecha lo que va más poco a poco; y más imprime una palabra después de haber estado en oración, que diez sin ella. No en mucho hablar, mas en devotamente orar y bien obrar está el

aprovechamiento. Y por eso así hemos de mantener a los otros, como nunca nos apartemos de nuestro pesebre, y nunca falte el fuego de Dios en nuestro altar. No sea, pues, muy demasiadamente continuo en darse a otros, mas tenga sus buenos ratos diputados para sí; y crea en esto a quien lo ha bien probado.

7. También le aviso que no se dé mucho a confesiones de mujeres, especialmente mozas, que es una muy peligrosa negociación, si no hay muy particular don de Dios que haga la carne como insensible. Y generalmente ponga más los ojos en aprovechamiento de hombres; porque si comienza a mirar a ellas, no le vagará a entender en otra cosa, según hacen gastar el tiempo en cosas de poco provecho. Su principal intento querría que fuese predicar, que mucho hará si bien lo hace; y el confesar ni tomarlo del todo, ni dejarlo del todo. Espero en Cristo que Él enseñará el cuándo y cómo y a quién.

8. Sabido he que se usa mucho la comunión por allá, y en algunas tierras más de lo que yo querría, aunque no hay cosa que a mí más alegría me dé que este ejercicio cuando es como se debe hacer. He visto algunos que, siendo flojos en el cuidado del aprovechar, piensan que con comulgar muchas veces, y con sentir un poco de devoción entonces, que dura poco y no deja fruto en el ánima de aprovechamiento, les parece que comulgan bien; y después vienen a perder aun aquella poca devoción, y quedan tales, que no sienten ya más de la comunión que si no comulgasen; lo cual se causó de la frecuentación de este sacrosanto misterio sin haber vida digna de ello. Por tanto, esté sobre aviso, que no todas veces abra la puerta de este sagrado y divino Pan; mas mirando la conciencia de cada uno, así dispensarlo. No querría que hubiese quien más frecuentemente lo tomase que de ocho a ocho días, como San Agustín lo aconseja, salvo si no hubiese alguna tan particular necesidad o particular hambre, que pareciese hacer injuria a tanto deseo quitarle su Deseado. Y a los demás, o de quince a quince días, o de mes a mes se les dé, avisándoles que si les deleita este convite, que les ha de costar algo en la enmienda de la vida: que si viven flojamente, no quieran recibir el Pan, que para los que sudan y trabajan en resistir a sus pasiones y en mortificar su voluntad se ordenó. Cierta sentencia es la de San Pablo (2 *Tes* 3) —en el un pan y en el otro—, que *quien no trabaja no coma*; que de otra manera el pan come de balde; y este santísimo Pan, ¿quién sin trabajar y pelear lo tiene en su ánima?

9. Y no olvide, Padre, de encomendar a los que a Dios se allegaren, que obren y callen; no presuman enseñar a otros, antes tiemblen de nombrar

al Señor en mi boca; y piensen, aunque muy adelante les parezca que están, que no han comenzado. Nunca vi durar mucho en el bien a quien presto lo parla. No hagan caso de revelaciones, ni digan lo que en su corazón sienten, si no es a su confesor, y esto no sin necesidad, sino para pedirle consejo, por no ser del demonio engañados. Escondan las buenas obras lo más que pudieren; si no, les acaecerá lo que a las florecitas del árbol, que un viento que viene se las lleva, por tu ternura. De estas y otras rosas es menester avisar a los que comienzan a servir al Señor, porque no pierdan por imprudencia la merced que el Señor les ha hecho, y lloren después cuando se les haya ido la gracia, la cual no tornará tan presto como se va. Encamíneles en leer buenos libros, y vuestra merced también lea, y ore y ruegue al Señor por mí.

5.—Al Maestro García Arias, predicador.

Enséñale en qué se debe ejercitar el día y la noche y cómo se habrá consigo y con los prójimos.

Muy reverendo Padre mío:

1. Puesto que [A pesar de que] he sabido que mi carta no ha parecido allá a todos muy bien, no dejara de obedecer la voluntad de vuestra merced, que quiere ser informado de lo que debe hacer, pues con tanta humildad lo demanda, que parece que lo debo tomar por mandamiento de Dios; cuyo favor invocando, digo: que el ejercicio principal de vuestra merced, por ahora debe ser en quitar los ojos de la encomienda de la vida ajena, y ponerlos en la suya, y rogad a otros que le ayuden a ello.

2. Y la regla particular que para esto me pide parece que debe ser ésta. Ha de recogerse cada noche en tocando a la oración del Avemaría, o un poquito antes; e hincando las rodillas, hecha la señal de la cruz, diga el *Confiteor Deo*, y el salmo de *Miserere*: e hiriendo sus pechos, confiese al Señor su propia indignidad y pecados, pidiéndole misericordia por el sacrificio de la Pasión de su Hijo, que amansó la ira que nuestros pecados merecían. Y luego se sosiegue de rodillas, si lo pudiere sufrir sin daño del cuerpo y sin vagueamiento del pensamiento —el cual suele acaecer cuando el cuerpo está penado—, o sentado en el suelo o en silla.

3. Piense con atención en el paso de su muerte lo más entrañablemente que pudiere, como si en ella estuviese, notando particularmente cómo estará en la cama, la candela en la mano, y todo lo demás que el Señor le diere. Y

tras esto, cómo salida el ánima, quedará acá el cuerpo, y será llevado a enterrar; y haga cuenta que oye los cantos y lloros, y todo lo demás que se suele hacer; y cómo echado su cuerpo debajo de la tierra, será hollado, y quizá de los animales, y podrá ser que anden rodando los huesos y les den con los pies. Y pues esto ha de venir, haga cuenta que ha venido, y se dé por muerto a este mundo, volviéndole de verdad las espaldas, y echando de su corazón toda criatura, y todo amor de honra, y todo temor de deshonra; y haga cuenta que ya está en el otro mundo, y viva acá como en una inmutabilidad entre las mudanzas, mirando cómo ya es todo pasado, y él y los que ve están ya olvidados, y todo se ha ya pasado, así como agua que corría con zurrido [ruido desapacible].

4. Y cumplido con el pensamiento del cuerpo, piense cómo su ánima ha de ser juzgada con verdadero juicio; y preséntese delante del tribunal de Cristo, ni más ni menos que se presenta un ladrón delante de un juez, las manos atadas, y los ojos bajos, y con vergüenza en el rostro, Porque le tomaron con el hurto en las manos. Piense como allí será acusado de demonios y de su propia conciencia; y trabaje por *sentir* esto; que no el *pensar*, mas el sentimiento es el fin del pensar. Y entonces debe suplicar al Señor que le haga merced de descubrirle algo de los méritos de su proceso, y darle a entender quién ha sido en la vida pasada, y qué ha hecho contra Dios, y qué ha hecho Dios con él, comenzando desde que fue creado, y qué bienes ha recibido de Dios, y cuán mal le ha respondido a ellos. El cual pensamiento, cuando viene del espíritu humano solamente, hace entristecerse un poco; mas cuando viene del espíritu del Señor, es tan lúcido, que ve el hombre en sí tal indignidad, que le parece milagro sufrirlo la tierra, y tiene mucho que hacer en creer que tiene Dios tanta bondad que baste para sufrirle; y tiene tan grande enojo contra sí mismo por haber así vivido, que si no fuese por no ofender al Señor, pondría las manos en sí mismo, y desea que todas las criaturas vengasen la injuria de su Señor. Lo que aquí se siente cuando Dios descubre al hombre en qué quilates debe estimar lo que ha hecho, no se puede decir, porque es por espíritu sobrehumano. Y no debe vuestra merced acordarse muy en particular de todos los pecados; basta acordarse de algunos más graves, que humillen mucho al hombre: y en lo demás, mirarse en general como una cosa abominable, a lo menos después de haber algunos días examinándose particularmente. Tras esto debe pensar los infernales tormentos y los del purgatorio, y el día del juicio; y el fin de esto es el sentirlo.

5. Debe también examinar los defectos aquel día hechos, y sentirlos más que los pecados pasados, mirando muy atentamente sus inclinaciones, y

pedir luz al Señor para escudriñar este abismo, que sólo Dios le escudriña, y el hombre cuanto Dios le da de lumbre para ver los rincones de él.

6. Esto es en lo que se debe de ocupar desde en anocheciendo hasta dos buenas horas, que sean las ocho u ocho y media: y luego coma un bocado de cosas livianas; porque así ha de ser la cena, que en ninguna manera dé pesadumbre al ánima para entender en la oración. Y querría que sobre la cena no hablase, mas que guardase silencio desde anocheciendo hasta haber dicho Misa otro día. Digo, pues, que después de haber tomado el bocado, debe rezar vocalmente alguna cosilla, y leer algo que más le incite a devoción que a sutileza de ingenio, y en esto serán ya casi las nueve y media: y entonces aparéjese un poquito para dormir, lo cual ha de ser como lo hacen los otros para morir. Y recogiendo un poco el ánima, y encomendándola en las manos del Señor, duerma pensando cómo lo han de tender en la sepultura, o cómo el Señor fue sepultado.

7. Y comenzando a dormir a las diez, dormirá hasta las tres, y entonces levántese y rece Maitines; y éstos acabados, piense, hincadas las rodillas, un paso de la Pasión del Señor. tomando cada día un paso, porque no ande vagueando con el pensamiento, y puede ordenarlos así: que el lunes piense la ida al huerto, y oración, y prendimiento; martes, desde allí hasta la columna inclusive; miércoles, la coronación y Ecce Homo; jueves, la sentencia y llevada de la cruz; viernes, la crucificación y muerte; sábado, la deposición de la cruz y sepultura; domingo, la resurrección y gloria que tienen los del Cielo, figurada en la resurrección de Cristo. En esto estará casi dos horas, y después recline un poquito la cabeza para tomar un poco de sueño, por causa de la cabeza, hasta las seis o seis y media. Y después rece Prima, Tercia y Sexta; y póngase en oración, aparejándose para la Misa, pensando en este profundísimo misterio. Y considerada su propia indignidad, irá a recibir a Aquel mismo cuya Pasión pensó en la madrugada; porque pensando al Señor en la Misa de la forma que lo pensó en su oración, se ayuda mucho lo uno a la otro. La Misa acabada, recójase media hora a dar gracias y holgarse con el que en sus entrañas tiene, y aprovéchese de Él, no de otra manera que como cuando acá vivía fue recibido de Zaqueo o de Mateo, o de otro que se lea; porque el más quieto tiempo de todos es aquel mientras el Señor está en nuestro pecho, el cual tiempo no se debe gastar en otra cosa, si extrema necesidad a otra cosa no nos constriñese.

8. Tras este ratico estudie hasta comer, que serán un par de horas; y el estudio será comenzar a pasar el Nuevo Testamento, y si fuese posible, querría que lo tomase de memoria. El estudiar será, alzando el corazón al

Señor, leer el texto, sin otra glosa, si no fuere cuando algo dudare, que entonces puede mirar a Crisóstomo o a Nicolao ([11]), o a otro que le parezca que declara la letra no más; y no se meta sino en saber el sentido propio que el Señor quiso allí entender, que por ahora no es menester leer más.

9. Después de comer huelgue un poco el pensamiento; que aunque parece que cuando pican la piedra del molino no se hace nada, mas mucho se hace en aparejarla para más moler. Y si su cabeza ha menester un poco de sueño, tómelo enhorabuena; y después rece Nona, y Vísperas y Completas, y gaste la tarde en provecho de sus prójimos de esta manera; que sepa qué enfermos hay peligrosos para morir, y váyalos a visitar y animar, y trabaje por hallarse a la muerte de ellos, porque ganará mucho él y aprovechará mucho a ellos; y otras vaya al hospital, y consuele a los enfermos; otra vez, si supiere que algunos están en discordia, que cree podrá aprovecharles, hábleles, y querría que ordinariamente leyese [explicase, diese clase], habiendo algunos mancebos bien inclinados, cada tarde alguna cosa de buenas costumbres, así como Tulio, o *Eticas* de Aristóteles, o algo de Platón, o cosas semejantes, sin meterse en misterio de cosa de cristiandad, porque de aquéllos ha de tenerse aún por insuficiente aun para ser discípulo. Y en esto se pasará la tarde, y sucederá la orden ya dicha.

10. Resta avisarle de algunas cosas acerca de lo dicho: que cuando pensare la Pasión, no se vaya el pensamiento muy lejos de sí a los lugares donde acaeció lo que piensa; mas todo lo piense como si dentro de sí mismo o cerca de sí acaeciese. Y no trabaje por llorar ni sentir pena, sino lo más sosegadamente que pudiere. Imagine, no con demasiada fuerza, el paso que quiere, y párese a mirar simplemente lo que el Señor pasaba, como si presente estuviera. Digo *simplemente*, porque no ha de curar de razones, ni de mucho discurrir de pensamientos; mas con una vista sosegada, a modo de inteligencia, mire al Señor, y las más veces sus pies, y considerarlo cómo estaba, esperando lo que el Señor allí le diere; porque lo principal de este negocio es recibir los movimientos e influencias del Señor, y antes que éstas vengan [*en vano os levantáis antes de amanecer*] (*Sal* 126, 2), aunque se debe hacer lo que en nosotros es. Y lo que entonces le fuere dado, ahora sea compasión, ahora sea amor, o temor, o dolor de pecados, o edificación de costumbres, o lágrimas, tómelo sin desechar nada; y si ninguna cosa le dieren, no se altere; mas renunciándose en las manos del Señor, tenga por muy gran merced haber su Majestad consentido delante de su presencia un tan hediondo leproso como él es; y con esto se consuele.

[11] Nicolás de Lira: *Postilla perpetua in Vetus et Novum Testamentum.*

Item, si pensando en algunas cosas de las dichas sintiere que el ánima se deleita de dejar aquello y pensar otro, debe seguir lo que el ánima quiere con libertad, con tal que no sea a cada viento, sino cuando sintiere que es llevada a otra cosa; que si no, se esté quedo, aunque no sienta devoción en lo que piensa.

Item, trabaje de, las más veces que pudiere, recogerse dentro de su corazón todo el día, aunque ande en ocupaciones, y traiga a la memoria el paso de la Pasión que aquel día le cabe de pensar; porque los que esto no hacen, se hallan muy indevotos cuando después tornan a la oración. Y por esto decían los santos Padres del Yermo que debía el monje hacer algunas oraciones breves y frecuentes, porque no se apagase la oración.

11. *Item*, porque hay algunos que no pueden entrar en el pensamiento de la Pasión sino tarde y con mucha pena, es bien que sepa, si fuere uno de éstos, que es muy buen remedio comenzar primero a leer algún libro devoto de la Pasión, y leer aquel paso que entonces quisiere pensar; y se quedan en la memoria las circunstancias de aquel paso, y queda la voluntad algo movida. Querría que vuestra merced lo hiciese, y de los libros que para esto me parecen mejor es *Passio duorum*, o la primera parte del *Abecedario espiritual*; probándolos verá cuál es mejor.

Item, se debe ejercitar en libros simples, que sean devotos y espirituales, así como *Vitas Patrum y Casianus de Collationibus Patrum, Summa de virtutibus et vitiis* ([12]), sin el cual no esté; y éstos bastan por ahora. Oiga sermones de persona que le pareciese que mora en ella Dios, y de buena doctrina, y comunique con los tales poco y como discípulo rudísimo, y mire bien lo que le fuere dicho, y óbrelo.

12. Suelen venir en la oración algunas cosas muy vivas para el entendimiento; y otras veces la misma persona que ora se pone allí para predicarlo o enseñarlo, o para saberlo no más. Todo lo cual ha de mortificar vuestra merced enderezando su intención a su propia edificación, y diciendo a su ánima que aquellos ratos los quiere para sí mismo; que no quiere allí aprender cosas para otros; que otro tiempo habrá para ello; y así, en toda simplicidad y humildad busque el provecho de su ánima, sin querer hacer escuela del entendimiento lo que es de la voluntad.

13. Lo que en su corazón pasa con Dios cállelo con grande aviso, como debe callar la mujer casada lo que con su marido pasa; y no diga palabra por la cual le puedan tener en algo; mas con toda disimulación y llaneza conversará con sus prójimos, para que no le sean estorbo para la

[12] Para las obras citadas, véase la Carta 1, números 5 y 7.

comunicación del Señor. Isaías (24) dice: *Secretum meum michi*; y dice San Bernardo que lo ha de tener el siervo de Dios escrito en su celda o corazón. Esto está en la Epístola *ad Fratres de Monte Dei*, la cual lea, y si quiere, también los *Cantares*. No descubrir su corazón es cosa que le ayudará para mucho sosiego.

14. Diga Misa cada día, aunque no sienta devoción, y confiese a más tardar de tres a tres días con profundo conocimiento de sus males y crédito que son muy más y mayores que él conoce, y con entera fe y devoción en este sacramento por la palabra del Señor: [*A quienes perdonéis los pecados*] (*Jn* 20, 23); y si Dios le da luz con que se conozca, y fe para esta palabra, le será este santísimo sacramento grandísima dulcedumbre y consolación. Si alguna persona le importunare mucho que la confiese, lo haga con aquel aparejo como cuando va a decir Misa; y no querría que fuesen mujeres, ni que fuese a muchos, sino a alguna casa particular que parezca mandarla Dios.

15. En el predicar debe pensar que no es para ello; y [*esto digo por ingulgencia, no por mandamiento*] (I *Cor* 7,6). Los Advientos y Cuaresmas predique de ocho a ocho días poco más o menos, estudiando primero el sermón tres o cuatro días sin congoja, y el día antes del sermón ocuparlo en gustar lo que ha de decir, y no predicar sin estudio, ni sin este día tener recogimiento particular.

16. La exterior conversación sea llana, sin que pueda notar de él devoción exterior, y sin juzgar a nadie, ni llorar las perdiciones de los otros; mas olvidado de las faltas ajenas, y mirando sus bienes, volver los ojos sobre sus propios males, y éstos llorar y remediar.

Esto es lo que se me ha ofrecido por ahora y de prisa; y lo que más se ofreciere escribiré a vuestra merced; y lo uno y lo otro examine vuestra merced para tomar lo que bien le pareciere, que yo con tal intento lo escribo.

6.—A un sacerdote

Enséñale cuál será la mejor preparación y cuál consideración más provechosa para llegarse a celebrar.

Montilla, 21 septiembre 1561.

Muy reverendo Padre mío:

1. Plega [plazca] a nuestro Señor que la tardanza de mi respuesta sea recompensada con que sea verdadera, y provechosa a vuestra merced;

porque según la pregunta es de mucha importancia, también lo será la respuesta si fuese tal como he dicho.

Pregunta vuestra merced qué aparejo será el mejor, o qué consideración más provechosa para celebrar el Santo Sacramento del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo, porque teme no le sea tornado en daño, por falta de aparejo, lo que de sí es tan provechoso.

2. Ya vuestra merced sabe ser diversas las complexiones de los cuerpos, y así ser diversas las inclinaciones de las ánimas; y también diversos los dones que reparte Dios; y a unos lleva por unos medios, y a otros por otros; y así no se puede dar regla cierta que a todos cuadre, de qué consideración le sea más provechosa para lo dicho. Esto es cierto: que aquello le será a uno mejor, que nuestro Señor le diere, y con que más le moviere. Y quien tiene noticia (como en estas cosas se puede tener, que ni son de fe, ni hay evidencia) de que su aparejo o consideración es impulso de Dios, no hay que buscar otra, hasta que nuestro Señor la mude; y esto se ha de averiguar, dando cuenta a persona que tenga de ello experiencia y prudencia, y asentar en aquello. Mas hay otros que no se sienten particularmente movidos a esta o a aquella consideración; y para éstos también es necesario, que den parte de su disposición interior, para ver si han menester ser llevados por consideración de amor, o de temor, tristes, o alegres; y conforme a lo que hubieren menester, aplicarles el remedio.

3. Y porque creo, según la relación que de vuestra merced tengo, que la disposición de vuestra merced es de persona aprovechada en la virtud, y que le está mejor ejercitarse en consideración que le provoque a fervor de amor con reverencia que a otras, digo que para este intento yo no sé otra mejor que aquella que nos da a entender, que aquel Señor con quien vamos a tratar es Dios y hombre, y la causa por que al altar viene. Cierto, señor, eficacísimo golpe es para despertar a un hombre considerar de verdad: «¡A Dios voy a consagrar, y a tenerlo en mis manos, y a hablar con Él, y a recibirlo en mi pecho!» Miremos esto, y si con espíritu del Señor esto se siente, basta y sobra para que de allí nos resulte lo que hemos menester, para, según nuestra flaqueza, hacer lo que en este oficio debemos. ¿Quién no se enciende en amor con pensar: «Al Bien infinito voy a recibir»? ¿Quién no tiembla de amorosa reverencia de Aquel de quien tiemblan los poderes del Cielo, y no de ofenderle, sino de alabarle y servirle? ¿Quién no se confunde y gime por haber ofendido a aquel Señor que presente tiene? ¿Quién no confía con tal prenda? ¿Quién no se esfuerza a hacer penitencia por el desierto, con tal viático? Y, finalmente, esta consideración, cuando anda en

ella la mano de Dios, totalmente muda y absorbe al hombre y le saca de sí; ya con reverencia, ya con amor, ya con otros afectos poderosísimos, causados de la consideración de su presencia; los cuales, aunque no se sigan necesariamente de la consideración, nos son fortísima ayuda para ello, si el hombre no quiere ser piedra, como dicen.

4. Así que, Señor, ejercítese vuestra merced en esta consideración; haga cuenta que oye aquella voz (*Mt* 25, 6): [*¡Ya está aquí el novio! ¡Salid a su encuentro!*]; y enciérrese dentro de su corazón, y ábralo para recibir aquello que de tal relámpago suele venir. Y pida al mismo Señor que, por aquella bondad misma que tal merced le hizo de ponerse en sus manos, por aquella misma le dé sentido para saber estimarlo, reverenciado y amarlo como es razón. Importúnele que no permita Él que esté vuestra merced en presencia de tan alta Majestad, sin reverencia, temor y amor.

Acostúmbrese a sentir lo que debe de la presencia del Señor, aunque otra consideración no tenga. Mire a los que están delante los reyes, aunque no digan nada; aquella mesura, reverencia y amor con que están, si están como deben. Mas mejor es pensar cómo están en la corte del Cielo aquellos tan grandes en presencia de la Infinita Grandeza, temblando de su pequeñez, y ardiendo en fuego de amor, como abrasados en el horno de él. Haga cuenta que entra él entre aquellos grandes y tan bien vestidos, tan bien criados, tan diligentes en el servicio de su Señor; y puesto en tal compañía y en presencia de tal Rey, sienta lo que debe sentir, aunque, como digo, no tenga entonces otra consideración. Quiero decir, que una cosa es *saber hablar* al Rey, y otra *saber* (aunque callando) *estar delante del Rey*, para estar como debe estar. Y esta unión de su alma con nuestro Señor es la que debe tener en la Misa, colgado de él, como cuando está en la celda en lo más íntimo de su corazón unido con Dios, y de tal manera, que las palabras que lee no le distraigan de esta unión, porque hallará en ella más fruto que en las palabras; aunque se ha de tener cuenta con ellas, mas se ha de acostumbrar, teniendo el corazón unido y presente a Dios, tener la atención que conviene a lo que hace y dice.

5. ¡Oh, Señor, y qué siente una ánima cuando ve que tiene en sus manos al que tuvo nuestra Señora, elegida, enriquecida en celestiales gracias para tratar a Dios humanado; y coteja los brazos de ella, y sus manos y sus ojos, con los propios! ¡Qué confusión le cae! ¡Por cuán obligado se tiene con tal beneficio! ¡Cuánta cautela debe tener en guardarse todo para Aquel que tanto le honra en ponerse en sus manos, y venir a ellas por las palabras de la consagración! Estas cosas, señor, no son palabras secas, no con-

sideraciones muertas, sino saetas arrojadas del poderoso arco de Dios, que hieren y trasmudan el corazón, y le hacen desear, que, al acabar la Misa, se fuese el hombre a considerar aquella palabra del Señor (*Jn* 13, 12): [*¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?*] ¡Oh señor!: ¡Quién supiese [*qué hacer nosotros con el Señor*] en esta hora!, ¡quién lo gustase con el paladar del ánima!, ¡quién tuviese balanzas no mentirosas para pesarlo!, ¡cuán bienaventurado sería en la tierra! ¡Y cómo, al acabar la Misa, le es gran asco ver las criaturas, y gran tormento tratar con ellas, y su descanso sería estar pensando [*qué hacer con el Señor*], hasta otro día que tornase a decir Misa! Y si alguna vez diere Dios a vuestra merced esta luz, entonces conocerá cuánta confusión y dolor debe tener cuando se llega al altar sin ella; que quien nunca lo ha sentido no sabe la miseria que tiene cuando le falta.

6. Junte vuestra merced a esta consideración de quién es el que al altar viene, el por qué viene, y verá una semejanza del amor de la encarnación del Señor, del nacimiento, de su vida y de su muerte, que le renueve lo pasado. Y si entrare en lo íntimo del Corazón del Señor y le enseñare que la causa de su venida es un amor impaciente, violento, que no consiente al que ama estar ausente de su amado, desfallecerá su ánima en tal consideración. Mucho se mueve el ánima considerando: «A Dios tengo aquí»; mas cuando considera que del grande amor que nos tiene —como desposado que no puede estar sin ver y hablar a su esposa ni un solo día— viene a nosotros, querría el hombre que lo siente tener mil corazones para responder a tal amor, y decir como San Agustín: [*Señor, ¿quién soy para ti, que me mandas amarte?*] [*¿Quién soy yo para ti*], que tanto deseo tienes de verme y abrazarme, que estando en el Cielo con los que tan bien te saben servir y amar, vienes a éste que sabe muy bien ofenderte y muy mal servirte? ¡Que no te puedes hallar, Señor, sin mí! ¡Que mi amor te trae! ¡Oh, bendito seas, que siendo quien eres, pusiste tu amor en un tal como yo! ¡Y que vengas aquí con tu Real Persona, y te pongas en mis manos, como quien dice: «Yo morí por ti una vez, y vengo a ti para que sepas que no estoy arrepentido de ello; mas si fuese menester moriré por ti otra vez»!

¿Qué lanza quedará enhiesta
A tal recuesta de amor?

¿Quién, Señor, *se esconderá del calor* de tu Corazón, que calienta el nuestro con su presencia, y como de horno muy grande, saltan centellas a lo que está cerca? ¡Tal, padre mío, viene el Señor de los Cielos a nuestras

manos!, ¡y nosotros tales lo tratamos y recibimos!

7. Concluyamos ya esta plática tan buena y tan propia de ser obrada y sentida, y supliquemos al mismo Señor que nos hace una merced, que nos haga otra; pues dádivas suyas sin ser estimadas, agradecidas y servidas, no nos serán provechosas. [*Sí, por cierto*], como San Bernardo dice, que el ingrato precisamente en aquello que es lo peor, *eo ipso pessimus, quo optimus*. Miremos todo el día cómo vivimos, para que no nos castigue el Señor en aquel rato que en el altar estamos. Y traigamos todo el día este pensamiento: «Al Señor recibí, a su mesa me siento, y mañana estaré con Él»; y con esto huiremos todo mal, y esforcémonos al bien; que lo que se hace fuera del altar suele el Señor galardonarlo allí.

Y para concluir, digo que se acuerde vuestra merced que se quejó el Señor de Simón (*el leproso, Lc* 7, 44), porque entrando en su casa no le dio agua para sus pies, ni beso en su faz, para que sepamos que quiere de la casa donde entra que le den lágrimas por los pecados a los pies de Él, y amor que hace dar beso de paz. Esta dé a vuestra merced nuestro Señor con el mismo Señor y con sus prójimos, que nazca del perfecto amor; el cual aquí le atormente por las ofensas que él y otros hacen al Señor, y en el Cielo le haga gozar, teniendo el bien de Dios por propio y más que propio, amando a Él más que a sí mismo. Por cuyo amor pido a vuestra merced que si algo o mucho va en esta carta que haya menester enmienda, me la envíe, y por lo bueno dé gracias a nuestro Señor; y se acuerde de mí cuando en el altar estuviere.

7.—Para un mancebo

Que le pidió consejo si sería sacerdote. Trata algo de lo que se requiere para esta dignidad tan alta.

1. Recibí la carta de vuestra merced, y leí todas las señas que para su conocimiento me da. Bien parece que no conoce los corazones, pues piensa que le tengo olvidado; gracias a nuestro Señor que no lo ha permitido; mas me ha hecho merced de darme particular memoria de vuestra religiosa persona, y cuidado entrañable de aprovecharos en lo que pudiese.

Vi también la relación de vuestros ejercicios, y vuestros combates de ultramar y de esta parte del mar, sobre que toméis sacerdocio; y me parece bien que estéis en ello dudoso, temiendo carga tan grande; y mejor me parecería que tan grande y tan santa os pareciese, que del todo huyeseis de

ella. Porque en otros tiempos, cuando se estimaba el sacerdocio en algo de lo mucho que es, no lo recibía nadie si no era para ser Obispo o tener cura de ánimas, o alguna persona eminente en la predicación de la palabra de Dios; y los demás que eran eclesiásticos, se quedaban en ser diáconos o subdiáconos, o de los otros grados más bajos. Y entonces tenían grados bajos y vida altísima; todo lo cual está ahora al revés, que los que tienen el grado supremo del sacerdocio no tienen vida para buenos lectores u hostiarios.

2. Creed, hermano, que no otro sino el diablo ha puesto a los hombres de estos tiempos en tan atrevida soberbia, de procurar tan rotamente el sacerdocio, para que, teniéndolos subidos en lo más alto del templo, de allí los derribe. Que la enseñanza de Cristo no es ésta, sino hacer vida que merezca la dignidad, y huir de la dignidad; y buscar más santa y segura humildad, aun en lo de fuera, que ponerse en lo alto, adonde más y mayores vientos combaten. ¡Oh, si supieseis, hermano, qué tal había de ser un sacerdote en la tierra, y qué cuenta le han de pedir cuando salga de aquí! No se puede explicar con palabras la santidad que se requiere para ejercitar oficio de abrir y cerrar el Cielo con la lengua, y al llamado de ella, venir el Hacedor de todas las cosas, y ser el hombre hecho abogado por todo el mundo universo, a semejanza de como lo fue nuestro Maestro y Redentor Jesucristo en la cruz.

3. Hermano, ¿para qué os queréis meter en tan hondo peligro, y obligaros a cuenta estrecha para el día postrero, pues por bajo estado que tengáis, aun parecerá aquel día gran carga, cuanto más si os cargáis de carga que los hombros de los ángeles temblarían de ella? Buscad aquel modo de vivir que más segura tenga vuestra salvación, y no que más honra os dé en los ojos de los hombres; que al fin este consejo os ha de parecer bien algún día a vos y a cuantos el contrario os dijeren; los cuales, como no saben qué es ser sacerdote, y como tienen los ojos puestos, no en la cuenta que se ha de pedir, sino en cómo vean un poco honrado en los ojos del mundo a su hermano, primo, o pariente o amigo, meten al pobre en lazo tan temeroso; y les parece que quedan ellos en salvo, y que el otro allá se lo haya con Dios. Consejo es, hermano, éste averiguadamente de carne o malicia; y de aquí vienen muchos a tomar y hacer tomar este sacrosanto oficio por tener un modo con que mantenerse, y hacerse entender que lo quiere para servir a Dios. ¡Oh abuso tan grande, de evangelizar y sacrificar por comer, y ordenar el Cielo para la tierra, y el pan del alma para el del vientre! Se queja de esto Jesucristo nuestro Redentor, porque no le buscan por Él, sino por el vientre de ellos (*Jn* 6, 26); y les castigará como a hombres despreciadores de la

Majestad divina. Cierto, mejor sería aprender un oficio de manos, como muchos santos de los pasados lo hicieron, o entrar a un hospital a servir a los enfermos, o hacerse esclavo de algún sacerdote, y así mantenerse, que con osadía temeraria atreverse a hollar el Cielo para pasar a la tierra, estándonos mandado por nuestro Dios y Señor al contrario.

4. Veis aquí, hermano, lo que os aconsejo que hagáis, si queréis agradar a Dios y permanecer en su santo servicio. Y esto es lo que siento del santo sacerdocio, al cual querría más que reverenciaseis de lejos, que no abrazaseis desde cerca, y que quisieseis más esta dignidad por señora que por esposa. Y si algo hubiereis de hacer, sea tomar grado de Epístola, y después de dos o tres años, de Evangelio: quedaos allí, si no hubiere unas grandes conjeturas del Espíritu Santo, que es Dios servido a levantaros al grado más alto; y estáis muy bien donde estáis sin blanca de renta, mucho mejor que en Roma con cuanto tiene el que os convida con ella.

Sabed conocer la dignidad de los enfermos a quien servís, y sabed llevar las condiciones de aquellos con quien tratáis, y haced cuenta que estáis en escuela de aprender paciencia, y humildad, y caridad, y saldréis más rico que con cuanto el Papa os puede dar.

Cristo sea vuestro amor y bienaventuranza. Amén.

8.—A UN SACERDOTE

Enseñándole lo mucho que debe ser agradecido a Dios por haberle hecho sacerdote; y de la manera que debe tener en su vida para ser buen sacerdote.

1. Pues que, por la gracia de Jesucristo, es vuestra merced sacerdote, asaz tiene en que entender para dar buena cuenta de oficio tan alto y tremendo aun para hombros de ángeles. Estime mucho este misterio, agradezca esta merced, y esta consideración le sea bastante a recogerle cuando estuviere distraído, y a ponerle espuelas cuando se viere flojo; y así se enseñoree de su corazón esta merced, que por ella se tenga por muy obligado a servir con gran diligencia al Señor; y le ponga gran cuidado para así ejercitar oficio tan soberano, que agrade a los ojos del que se lo dio.

2. Sea, pues, la primera regla de su vida ésta, que en recordando [despertando] de noche del sueño, le parezca, que oye en sus orejas aquella voz (*Mt* 25, 6): [*¡Ya está aquí el novio! ¡Salid a su encuentro!*] Y pues el haber de recibir a un amigo, especialmente si es gran señor, tiene suspenso y

cuidadoso al que lo ha de recibir, ¿cuánto más razón es que del todo nos ocupe el corazón este Huésped que aquel día hemos de recibir, siendo tan alto, y tan a nosotros conjunto, que es adorado de ángeles y hermano nuestro? Y con esta consideración rece sus Horas, y después póngase de reposo y espacio, a lo menos por hora y media, a más profundamente considerar quién es el que ha de recibir, y espántese de que un gusano hediondo haya de tratar tan familiarmente a su Dios, y pregúntele: Señor, ¿quién te ha traído a manos de un tal pecador, y otra vez a destierro y portal y pesebre de Belén? Acuérdese de San Pedro (*Lc* 3, 8), que no se halló digno de estar en una navecica con el Señor. El Centurión no le osa meter en su casa (*Mt* 8, 8), y otras semejantes consideraciones, por las cuales aprenda a temer hora y obra tan terrible, y a reverenciar a tan gran Majestad.

Piense que esto es un traslado de aquella obra, cuando el Padre Eterno envió a su Hijo al vientre virginal para que salvase el mundo, y de la vida y muerte del Señor; y así viene ahora a aplicarnos la medicina y riquezas que entonces nos ganó en la cruz, y aplicarnos aquella paga. Acuérdese de este misterio de la pasión y muerte del Señor y agradézcasela. Luego presente delante su Majestad los pecados que toda su vida ha hecho en general; y particularmente las pasiones y defectos que de presente tiene; y como enfermo que enseña sus llagas al médico, pídale conocimiento y salud para ellas.

Luego ofrezca al Eterno Padre este sacrificio, que es su Hijo, por las personas particulares que tiene obligación, y por la Iglesia católica, acordándose de cómo se ofreció el Señor en la cruz por todo el mundo, y pídale una poquita de aquella encendida caridad para que el ministro sea conforme con el Señor. Luego suplique a nuestra Señora, por el gozo que hubo en la Encarnación, que le alcance gracia para bien recibir y tratar al Señor que Ella recibió en sus entrañas; y diga la oración: *Deus, qui de Beeatae Mariae Virginis utero…*, acordándose de la Encarnación. Y pida gracia al mismo Señor para lo mismo, diciendo; *Deus, qui corda fidelium...* Y lea algo que hable de este Santísimo Sacramento, así como *Contemptus mundi* ([13]) en el cuarto libro, u otros si hallare. Mas si con la oración estuviere muy recogido y devoto, no cure de leer.

La Misa se dirá el lunes por las ánimas del purgatorio; martes y miércoles, por quien quisiere o fuere en cargo; jueves, viernes, sábado y domingo, por la reforma de las costumbres de la Iglesia.

3. Acabada la Misa, recójase media hora, o una hora, y dé gracias al

[13] De la Imitación de Cristo.

Señor por tan gran merced, de haber querido venir a establo tan indigno. Pídale perdón del ruin aparejo, y suplíquele le haga mercedes, pues suele dar gracia por gracia. Es buen ejercicio acordarse de algún paso del Evangelio donde el Señor hizo algún beneficio, así como cuando sanó al leproso, y libró a los discípulos de la tempestad del mar, comenzando un Evangelista desde el principio, y rumiar cada día después en un paso, y suplicar al Señor que está dentro de nosotros, que haga la misma merced en nuestras ánimas, pues hay la misma necesidad.

4. Desde aquel tiempo hasta comer puede leer algo y rezar las Horas que faltan. Después de comer y dormir [la siesta] rezará sus Horas, y luego leerá un poquito brevemente, y tendrá una poca de oración, acordándose de cómo el Señor ha sido aquel día su huésped. Y después haga algún ejercicio corporal sin que se canse, porque no ahogue el espíritu de la devoción, o en algún huertecito, a escribiendo algo, o cosa semejante, hasta hora de Vísperas, y entonces dígalas; y después lea un rato; y si hubiere algún enfermo que visitar, o si fuere menester irse al campo, o visitar a alguien para provecho del ánima, entonces se haga.

5. A la noche ha de haber otro espacio de hora y media como el que se dijo, en que se entienda en rezar Completas y leer un poquito, especialmente si estuviere indevoto; y luego pensar en la hora de la muerte y en el juicio de Dios; y haciendo cuenta que estamos delante de Él, y que el cuerpo está echado en la sepultura, acusarnos general y particularmente de lo pasado lo uno, y de lo presente lo otro. Mirar lo que el Señor con nos ha hecho, y cuán mal se lo hemos servido, y examinarnos allí con verdadero examen, intentando conocer cuán defectuosos somos, y conocer las raíces de nuestras pasiones muy de verdad; que sin este conocimiento no es cierto el edificio. Y aunque de esta consideración no se saque tanta devoción como de otras, no por eso es de menos valor, porque no por desabrido es peor. Puede el hombre pensar que es esclavo, y obligado a servir con diligencia a su señor, conforme a los de los talentos (*Mt* 25, 14); y como quien entra en capítulo, y examinarse bien como quien está en el artículo de la muerte, según se ha dicho; que grande mal es no pensar primero lo que cierto ha de pasar por nosotros. [*Antes de juzgar examínate a ti mismo, y en el día de la visita encontrarás perdón*] (*Eccli* 18, 20). También es buen pensamiento pensar en la muerte propia y de todos, mirar todas las cosas como acabadas ya, y los hombres como montones de tierra y huesos, y considerar que sólo Dios es el que ha de ser nuestro arrimo, y tener en poco todo lo visible.

6. Los libros en que ha de leer por ahora son éstos: la Glosa ordinaria,

el Nuevo Testamento, y esto después de Vísperas; y en los otros ratos que he dicho de leer han de ser: *Contemptus mundí*, Casiano y a San Juan Clímaco, *Morales* de San Gregorio. Y este leer no hasta cansar, sino para levantar el corazón; *Meditaciones Agustini et Bernardi*.

El pensar ha de ser sin cansarse la cabeza; y en sintiendo que se cansa, sosegarse. Y si puede estar de rodillas toda hora y media es mejor; y si no, esté hasta que se canse; y si puede estar dos horas en el dicho ejercicio, es mejor. Bueno es descansar el pensamiento con una sencilla atención a Dios, especialmente después que hubiere pensado el dicho rato; porque alguna vez suele el Señor darnos entonces más, que cuando hemos toda la noche trabajado nosotros con nuestro pensamiento.

Jueves y viernes es bien dormir en alguna tabla por acompañar al Señor que padeció en aquellos días ([14]).

Propia voluntad nunca en sí la consienta en poco ni en mucho; y sea Jesucristo crucificado su espejo y dechado, con el cual trabaje por conformarse.

9.—A UN SACERDOTE

Que estaba alegre por las mercedes que el Señor le hacía. Alégrase juntamente con él y exhórtalo a que sea agradecido y responda a la vocación de Dios, si quiere gozar de los tesoros que su Majestad suele comunicar a los que animosamente se dan a Él.

1. Si las flores de buenos principios que Dios en el ánima de vuestra merced ha producido por su misericordia, la consuelan y dan contentamiento, como por su carta dice, ¡qué será si vuestra merced se atreviese a andar un poco más ligero por el camino de Dios, para que su misericordia tuviese ocasión de, como ha producido flores, producir frutos! Creo encontraría vuestra merced con tales cosas, que dejaría el cántaro, como la Samaritana, por mejor gozar del agua viva que Cristo da; *de la cual quien bebe, nunca más ha* [tendrá] *sed, porque se hace en el vientre una fuente de agua viva que da saltos hasta la vida eterna* (*Jn* 4, 14). Entonces, señor, se quitarían de gana los deseos de las prosperidades de esta vida, y antes serían aborrecidas que amadas, como cosa que estorba el gusto de las cosas divinas, cuyos cuidados ahogan la palabra de Dios. Gran verdad dijo aquel santo Pontífice [San Gregorio el Grande] que hablaba lo que sentía: *Gustata*

[14] San Juan de Ávila no dormía el jueves y el viernes de cada semana.

carne desipit spiritus, ita gustata spiritu desipit omnis caro; y en otra parte: *Non habet in terror quod amet, qui donum Dei in veritate gustavit*.

2. Entonces vienen al hombre juntamente gozo y dolor. Porque aquel *nuevo vino* que Dios le da a beber, le embriaga con su dulcedumbre, y le hace despreciar todo lo visible; y considerando cuánto tiempo ha carecido de él, y bebido de los ríos de Babilonia y vanidad de este mundo, no puede dejar de decir y llorar con San Agustín. [*¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! ¡cuán desdichado fue el tiempo en que no te amé ni conocí!*] Y aunque él lloraba porque no había conocido a Dios por fe, andando envuelto en errores: mas si nosotros nos contentamos con conocer a Dios por fe, y no lo conocemos por la noticia experimental que del amor nace, y según las conjeturas humanas se puede tener, también tendremos por qué llorar como él, y decir: ¡Ay del tiempo cuando no te amaba!

Y este sentimiento de la pérdida del tiempo pasado es una gran señal que Dios entra en el ánima; porque con la luz se ve en las tinieblas, y con el amor es condenada la tibieza, y con los celestiales conocimientos la sabiduría mundana. Job era gran siervo de Dios, aun cuando estaba en su prosperidad; y creció tanto en el ánima con la tribulación corporal, que dijo: [*Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto y me arrepiento en el polvo y la ceniza.*] (42, 5-6). Muy gran diferencia va, señor, cuando Dios nos da lumbre del Cielo para conocer (aunque a nuestro modo) quién es el Bien sumo al cual hemos ofendido o no servido como debíamos, a cuando lo miramos con la pequeña candelilla de nuestra propia lumbre; porque cuanto excede el Cielo a la tierra, tanto va de la inspiración del Espíritu Santo, que nos alumbra y ayuda a hacer penitencia, a la que es de nuestra cosecha.

3. Y si vuestra merced quiere saber qué cosa es andar la mano de Dios por el ánima; si quiere beber en la tierra una gotilla del vino del río del deleite de Dios; si quiere llegarse a ver la visión de cómo *Dios está en la zarza, y no se quema la zarza aunque arda,* no aguce tanto el ingenio para inquirir, cuanto el afecto para purificarlo. Más valen para esto amargos gemidos salidos del corazón, que sutiles razones ni libros. Arrójese a los pies del Señor Crucificado como hombre culpado, ignorante, y que no ha sabido darle contentamiento, aunque ha gozado de muchos bienes que la divina liberalidad le ha dado. Ensalce cuanto pudiere la divina Bondad, y cuente uno por uno las beneficios que le ha hecho en cuerpo y ánima desde que le creó; y cuente entre ellos, que, no siendo él digno de servirle de mozo

de cocina, le dio en su casa tan honrado lugar de sacerdote suyo. Mire bien cómo ha respondido a estas y otras mercedes; y conjure a la divina misericordia que, por aquellas entrañas con que le ha hecho tantas mercedes, por las mismas dé el conocimiento y agradecimiento de ellas, y el servicio correspondiente a ellas. Quéjese vuestra merced mucho de su propia ingratitud, condene su tibieza en que ha vivido; arda en su corazón el celo de la honra de Dios, y vénguese de sí mismo por haber preciado poco al que le preció a él tanto, que se puso en una cruz por él. Y si estas cosas no le movieren el corazón, téngase no por hombre de carne, sino por corazón de piedra, y confúndase mucho, y gima a Cristo, porque teniendo Él su Corazón sacratísimo y limpísimo abierto con lanza, y *manó de él sangre y agua* en remisión de nuestros pecados, no se hiera y abra nuestro corazón con la lanza de su amor, y salga de nuestro corazón la podre y hedor de nuestras malas y vanas afecciones que en él están encerradas. ¡Oh infeliz de aquel que no es herido con la lanza, clavos y espinas del Señor, y se queda malsano y sobresano, y tiene lo de dentro podrido, según dijo el Señor al otro Obispo (*Apoc* 3): [*Tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto.*]

4. Despertemos, señor, despertemos antes que nos tome la muerte durmiendo; y metamos la mano en lo más íntimo de nuestro corazón, y escudriñémoslo con candelas, porque el juicio de Dios desde allí ha de comenzar, como de lugar de su morada; [*Empezad a partir de mi santuario*], dijo Él a Ezequiel (9, 6). Miremos a dónde mira nuestro corazón, y si no mira al norte, que es Dios, gimamos y temamos y pidamos (*Sal* 118,37): [*Aparta mis ojos de mirar vanidades.*] Porque, ¿qué cosa es todo lo que está debajo del sol, sino vanidad? ¿Y qué son los que estas cosas aman, sino vanos como las cosas que aman? [*Sus hilos no sirven para vestido ni con sus tejidos se pueden cubrir, sus obras son obras inicuas*] (Is 59, 5). ¡Él corazón, señor, a Dios! [*Mis ojos están fijos en el Señor*] (*Sal* 25, 15). Deje a los vanos seguir sus vanidades, que ellos y ellas perecerán: pásese a la región de la verdad, que ha de durar para siempre. Y acuérdese que cuando el Juez soberano se sentare en su silla y juzgare según la verdad, aprobará por mejor el lloro que la risa, y la penitencia más que el regalo, y las temporales necesidades con paciencia llevadas, que las consolaciones que tienen los ricos, a los, cuales dijo (*Lc* 8, 24): [*¡Ay de vosotros!*] Y entonces se holgará uno de no haber tenido muchos a su cargo de quien le sea pedida cuenta, porque verá que tiene harto que hacer en darla de sí; y, en fin, parecerá más cuerdo quien emplea su vida y cuidado en purificar su ánima y ser amador de Dios, que el que se descuidó de esto y puso su mayor cuidado

en otras cosas que se le antojaron.

5. Y pues nuestro Señor ha comenzado a abrir los ojos a vuestra merced, tiene por qué gozarse por la nueva merced; mas tiene por qué temer si no la sabe conocer y acrecentar. Pase adelante, señor, pase adelante, y sabrá qué es aquello que está escrito (*Prov* 4, 11-12): [*Te he encaminado por los senderos de la rectitud. Al andar no se enredarán tus pasos, y si corres, no tropezarás*] Y si quisiere correr por los hermosos caminos de Dios, no vaya muy cargado de tierra; que cuanto más dejare por Dios, tanto Él más le dará de su gracia; y cuanta más gracia, más correrá; y mientras más corriere, más gana le dará de dejar más, por poder más correr. Porque si el que halla el tesoro escondido en el campo, *vende cuanto tiene* (*Mt* 13, 44) por comprarlo, ¿qué hará quien encuentra con el dulcísimo maná escondido de la dulcedumbre de Dios (*Apoc* 2, 18), sino, por comer de él con entrambos paladares, ayunar de todo lo demás de la tierra, y decir con sus entrañas (*Sal* 73, 25): [*¿Quién hay para mí en el cielo? Estando contigo no hallo gusto ya en la tierra. Mi carne y mi corazón se consumen: ¡Roca de mi corazón, mi porción, Dios por siempre!*] ¡Oh parte rica! ¡Oh parte que es todo, al cual, comparado todo, es como grano de mijo a la grandeza del Cielo! ¿Y quién es aquel que contigo no se contenta, y que no desea estar desnudo, para que Tú seas su vestidura, pobre para que Tú seas su riqueza? Y si hicieren burla de él porque *vendió cuanto tenia por comprar aquel campo*, él llorará de compasión de los otros, y se gozara de haber hecho tal trueco, que dejó muchas cargas para mejor seguir a Dios, y compró una perla, que sola ella vale más que lo que dejó, y que todo el mundo.

6 Añada vuestra merced alguna poca de más penitencia a la que hacía, ore más, limosnas más, cuidado sobre su corazón, obras y lengua, y de ésta se guarde como del demonio, y téngala atada como a bestia fiera, dañosa, y no la suelte a hablar sino con grande acuerdo y encomendándose a Dios. Agradezca lo que le ha dado nuestro Señor, para que se haga capaz de más. Sea el altar su deseo, su gozo y descanso, como el nido para el Pájaro; y el Señor, que es fiel, acabará lo comenzado, y le dará aumento de gracia; y cada día le será más agradable, y su vida mas meritoria, y a los prójimos más provechosa; y pare en ganar aquella vida, que sola es vida, y digna de perder mil vidas por ganarla.

El Señor Jesús, que con su muerte nos la ganó, dé a vuestra merced fuerzas para que, holladas todas las cosas, a Él sólo ame, y a todos por Él. Y por su amor le pido se acuerde de éste su servidor en sus oraciones y santos sacrificios; que yo, según mi flaqueza, lo mismo hago por vuestra merced.

Algún día estoy ahora para predicar, gracias a Dios.

10.—A un señor de este reino, siendo asistente de Sevilla.

Le da algunos avisos para ejercitar bien el oficio.

Muy ilustre señor:

Si no entendiera haber dado Dios a V. S. aquella caridad de la cual dice San Pablo (1 *Cor* 13, 4) que [*es paciente*], mucha pena me diera la falta que he hecho en no haber respondido a la carta de V. S. Y si no temiese mi propio amor, que ciega a los hijos de Adán para excusar sus culpas en lugar de acusarlas, procurara de aliviar mi culpa con mis ocupaciones forzosas y continua enfermedad, que no me dejan cumplir con lo que deseo y debo. Y también he sospechado que, pues por la gran misericordia de Dios, la vida y gobernación de V. S. tiene por qué ser imitada más que avisada, se ha dilatado mi respuesta por no ser menester. Y con todo esto, me determino a obedecer a V. S que manda que le dé algunos avisos, confiado en que por merecimiento de V. S, y por respeto del bien público, el Señor me dará algo de provecho que diga.

I.—Dificultad de los cargos de gobierno, que no deben ambicionarse.

El dechado que el Padre Eterno ha dado a todo género de personas para que acierten a servir a Dios según su contento, es su benditísimo Hijo Jesucristo nuestro Señor, cuya doctrina y vida ha de ser el nivel de la nuestra, y ha de ser la que nos ha de juzgar en el día postrero. Y así en el monte Tabor sonó la voz (*Mt* 17, 5): *Este es mi Hijo muy amado; a Él oíd*. Y el mismo Señor, dado por maestro en la doctrina, amonesta muchas veces a la imitación de su vida, así en obrar virtudes como en la mortificación de la cruz, aun hasta perder por su amor en ella la vida. Y como la grandeza de este Señor es muy grande, es dado por ejemplo a pequeños y grandes, a unos, para que sepan vivir, teniendo cuenta consigo solos; a otros para que, no olvidando sus propias obligaciones, tengan cuidado de la gobernación y provecho de otros. Porque el ser bueno para sí solo, cosa imperfecta es; y el ser bueno para otros y no para sí, cosa es dañosa. *Y aquel será llamado grande en el reino de los Cielos* (*Mt* 5, 19), que siendo él bueno, procure de hacer lo mismo a los otros, teniendo tanta vigilancia, que cumpla con entrambas obligaciones, sin que la obligación de mirar por sí le haga estrecho para contentarse con ellas, ni el cuidado de mirar por los otros le haga aflojar el cuidado de sí.

[*Y ¿quién es capaz para esto?*], dice San Pablo (2 *Cor* 2, 16). Ninguno, por cierto, si mira sus fuerzas propias. Y por esto aun en lumbre natural halló Platón y otros filósofos, que el hombre cuerdo no debe buscar, ni pedir, ni desear oficio de regir a otros; y que por muchas partes buenas que para ello tenga, por solamente ingerirse al oficio, es hecho indigno de él, y por el mismo caso se le debe negar. Cosa recia es que, siendo tan dificultoso negocio alcanzar un hombre las virtudes que ha menester para sí solo, cual experimentan los que las quieren alcanzar, y lo tienen por fácil los que no ponen las manos en el arado para reformar su corazón, sea un hombre tan atrevido, que piense cumplir con lo uno y con lo otro, o sea tan malo, que por ganar a los otros, se pierda a sí mismo. Y si éstos se hubiesen hallado presentes a aquella cuenta estrecha que Dios tiene amenazado que ha de tomar a los que presiden a otros, como parece (Sab 6, 6) donde dice el Espíritu Santo: [*Los poderosos serán poderosamente juzgados*], creo que temerían y huirían de este *juicio durísimo*, y procurarían de evitar tan gran peligro; pues no hará poco quien en aquel día estuviere en pie, pues ha de ser estrecho y duro juicio aun para los que tienen cuidado de sí solos. Y esta misma sentencia de los filósofos naturales confirma el Espíritu Santo diciendo (*Eccli* 7, 6): [*No te empeñes en llegar a ser juez.*] Y el mismo dechado nuestro, Jesucristo nuestro Señor, [*tampoco se apropió la gloria del Sumo Sacerdocio*] (Hebr 5, 5); mas lo fue por la voluntad y obediencia del Eterno Padre, que acá le envió.

Y tanto más libremente digo estas cosas, cuanto con mayor certidumbre sé que V. S. ha estado muy lejos de meterse en ese oficio y peligro, y que está en él por pura obediencia de quien no es lícito decirle de no. Resta, que, pues Dios ha hecho merced, que la entrada de V. S. no sea por bardales, sino por la puerta legítima (*Jn* 10, 7), que es Jesucristo nuestro Señor, pida a su misericordia, que Él, que ha guardado su entrada, ordene el proceso de ella, de manera que también guarde la salida de todo pecado y condenación. Y porque es menester con la oración hacer un hombre lo que es de su parte, debe V. S. poner sus ojos en el dechado, que es Jesucristo, y de Él aprenderá el buen uso de su oficio: de manera que no sólo evite condenación, mas alcance galardón en el Cielo; y no cualquiera, sino el que el mismo Señor ha prometido a los que bien ejercitan los oficios públicos, y que dan a sus consiervos *la justa medida de trigo en el tiempo conveniente*, diciendo que el tal siervo es *bienaventurado* [*y le pondrá al frente de toda su hacienda*] (*Lc* 12, 44).

II—El gobernante ha de poner sobre todo la gloria de Dios y el bien público.

Mire V. S. a este Señor, de dentro y de fuera, porque todo Él es digno de ser mirado e imitado; y principalmente mírele *su Corazón,* pues que de allí, según Él dijo (*Mt* 15, 18), *procede lo exterior*. Acuérdese muchas veces de aquellas palabras que con tanta razón se dicen de Él (*Sal* 69, 10): [*Me devora el celo de tu casa, y caen sobre mí los insultos de los que te insultan*.] Considere cuánto más lastimado y espinado andaba aquel sacratísimo Corazón con ver a su Padre tan ofendido, que su sacratísima cabeza lo fue con la corona de espinas, que en el día de su Pasión en su cabeza pusieron. Este celo fue tan grande, que se dice *haber comido al mismo Señor*, porque de tal manera se enseñoreó de Él, que le hizo poner su honra y su vida porque se efectuase el deseo del celo, que era que Dios no fuese ofendido, sino honrado, y las ánimas no condenadas, sino salvas. Lo cual no fue concedido a este Señor de balde, sino muy a su costa; pues *las deshonras de los que deshonraban a Dios vinieron sobre Él*; porque pagó los pecados del mundo por pura caridad, sin tener culpa de uno, chico ni grande.

Este celo, muy ilustre señor, debe procurar V. S, que se encienda en su corazón, si quiere bien ejercitar su oficio; porque sin éste, un gobernador de república será un brasero sin ascuas, una apariencia sin existencia, cuerpo sin ánima, y altar de sacrificios sin tener fuego para ofrecerlos a Dios. Este celo *le ha de comer las entradas;* porque así como uno que come una cosa la convierte en sí mismo, así este celo ha de tragar, comer y convertir en sí mismo al que tiene persona pública. De manera que, como Aristóteles le llama «ley animada» que quiere decir «ley viva», así ha de ser un «fuego vivo» que todo lo abrase. Este ha de hacer que, por el amor de la honra de Dios y el bien público, no se tenga cuenta con hacienda, salud, honra ni vida, cuando fuere menester ofrecerlo todo por la buena ejecución de su oficio.

No es pequeño negocio ser uno persona pública, si lo ha de ser de verdad, y henchir con las obras lo mucho que pide este nombre. Corazón real y divino ha de tener; porque si lo tiene particular, y encorvado hacia sí mismo, no tiene parte en este negocio, pues con particular corazón no se puede ejercitar oficio de persona pública. Profesión es de hacer bien a muchos, aun con pérdida propia; y quien no es rico en amor, vuélvase de esta guerra, que no es para él. Y he pasado del celo al amor, porque, en verdad, el celo hijo es del amor: pues aquello procuramos bien, y de aquello

queremos quitar el mal, a lo cual verdaderamente amamos; y cual es el amor, tal es el celo; pues de causa flaca nace flaco efecto, y de padre enfermo hijo enfermo. Mas el amor que se requiere para engendrar el celo que es menester para cumplir la obligación de este oficio, no es de los de por ahí, como dicen, pues según leyes de filosofía moral y de cristiandad, llega esta obligación hasta poner la vida por el bien público. Y para esto se requiere un amor fuerte, cual está pintado en la Escritura (*Cant* 8, 6), que dice: [*Porque es fuerte el amor como la muerte, implacable como el infierno la pasión.*] No halló la Escritura divina cosas más fuertes que *muerte* y *sepultura*, o *muerte* e *infierno*; pues la una a todos vence, y la otra a todos recibe, y los tiene encerrados; y a la primera compara el amor, y a la segunda el celo; para dar a entender que han de ser tan fuertes, que todo lo que les fuere contrario lo venzan, y por todo pasen, aunque sea por lanzas, por llegar a lo que desean, que es el bien del amado.

No es este pequeño negocio, que las aguas muchas de persecuciones que de fuera vengan, o de afecciones y de intereses que dentro del corazón estén, *no puedan apagar este fuego del amor celoso* (*l. c.*), aunque sean aguas muchas, y que corran con torrente como río; porque todo esto se ha de poner debajo de los pies, por poner encima de nuestra cabeza el contentamiento de Dios y el bien público. Mire y remire el que gobierna república si tiene esta fortaleza de amor, que, como fuerte vino, le embriague y saque de sí y de sus intereses, y pase a ser padre de muchos con el amor, y esclavo de ellos con el trabajo. Y a todo aquello que a esto le contradijere, desconocerlo, por muy conocido y amado que sea, y decirle lo que el Señor dijo a su benditísima Madre (*Jn* 2, 4): *Mujer, ¿qué a Mí contigo?* ¿Qué parentesco, qué conjunción puede haber más íntima que la que el Hijo de Dios tenía con su benditisima Madre? Y cuando se ofreció que convenía a la honra del Padre que eternalmente lo engendró, que el milagro se hiciese, no cuando era pedido, desconoce tal Hijo a tal Madre; para darnos ejemplo de tener cuenta con lo que Dios quiere, sin tenerla, poco ni mucho, con lo que a esto contradijere.

Desnudo fue puesto el Hijo de Dios en la cruz cuando ejercitó oficio público, ofreciéndose en ella por el bien público del género humano. Y el oficio público cruz es; y desnudo de todos los afectos propios, y vestido del amor de los muchos ha de estar el que en esta cruz hubiere de subir, para imitar al Hijo de Dios, y que su cruz sea provechosa para sí y para los otros.

Se dice que el monje que tiene un cornado ([15]), no vale un cornado. Y también podemos decir lo mismo de la persona pública; porque ya que pueda tener y poseer honra, hacienda y cosas semejables, mas ninguna, chica ni grande, ha de tener, que no la tenga ofrecida al provecho común, como cosa menor a mayor. Y si un cornadito, una cosa poca, la tiene con amor propio sin tenerla ofrecida en su corazón al bien común, como es dicho, aquélla le estorbará la ligereza de la corrida [carrera] que en el oficio ha de tener; y de aquello poquito vendrá a ser mayor el impedimento; porque la hierba mala crece presto. Y lo que primero por ser poco le estorbaba la ligereza, después le atará los pies, para que no pueda dar paso con que cumpla su obligación.

Y porque el hombre no venga a tanto mal, que el oficio de hacer bien a muchos se le torne en daño propio, y daño de eterna condenación, avisa Dios con sus entrañas de misericordia al que tal oficio toma, que no se atreva a tomar carga sobre sí, sin que se examine primero si tiene fuerzas para llevarla. Cosa por cierto muy justa; pues uno que gana de comer a llevar cargas, hace lo mismo, tanteando una y otra vez si hay proporción entre la carga y las fuerzas: y si no la hay, no quiere aventurar el daño que le puede venir con caer debajo de la carga, por el interés que le ofrecieron por llevarla. Las palabras del Espíritu Santo son éstas (*Eccli* 7, 6): [*No te empeñes en llegar a ser juez, no sea que no puedas extirpar la injusticia, o te dejes influir del poderoso, y pongas un tropiezo en tu entereza*]. No puede tener fortaleza para castigar las maldades el que no ha vencido en su corazón con fortaleza las propias afecciones, que le pueden hacer temer la faz del poderoso, y ponerle tropiezo en la ligereza que pide su oficio, que es tanta cual el Señor significó a sus Apóstoles (*Lc* 10, 4) cuando los envió entender en el provecho de otros; y como también lo avisó Elías a su discípulo Eliseo cuando lo envió a dar vida al muerto, diciendo: *A ninguno saludes en el camino; y si alguno te saludare, no le respondas* (4 *Reg.,* 4, 29); porque el enviado al bien público ha de ir tan ligero a hacer este oficio, que ninguna cosa contraria le impida de él, ni le aparte de él: ni buscándola él, que eso es *saludar*, ni recibiéndola, aunque se la den, que eso es *ser saludado*; mas matar todo aquello, por el cumplimiento de la Ley de Dios, para ser uno de aquellos en cuya alabanza se dice (*Deut* 33, 9): *Dijo a su padre y a su madre: No os conozco; y a sus hermanos lo mismo, y a sus hijos lo mismo; éstos guardaron tu palabra, y tu concierto, y tus juicios y ley*; y así será participante en las bendiciones que se siguen: *Echa, Señor, tu bendición a la fortaleza de él, y recibe las obras de las manos de él.* Sentencia del Señor

[15] *Cornado* (de *coronado*), moneda de poco valor; se llamaba en diminutivo *cornadillo*.

es, y muy justa, que a la fortaleza del que fuertemente busca el bien público le eche Dios su bendición con acrecentársela y galardonársela; y al que en esto es flaco, le quiten lo bueno, si algo tenía: [*Porque a quien tiene se le dará y le sobrará; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará*] (*Mt* 13, 12).

III.—El fin principal del buen gobierno es hacer virtuosos a los ciudadanos.

He sido tan largo en hablar del amor y celo que se requieren, porque importa mucho asentarse en nuestros corazones esta verdad, que como esta virtud es la más principal de todas para la salvación del cristiano, así también la es para el buen uso del oficio público. Con la cual verdad se deben desengañar los que piensan que lo principal de la buena gobernación consiste en restaurar los muros de la ciudad, en empedrar las calles, proveer de mantenimientos, y a lo más, castigar bien los delitos, y dar a cada uno lo suyo cuando traen pleito. Buenas son estas cosas y necesarias, mas ni son bastantes, ni las principales. El fin que debe pretender el que gobierna república es hacer virtuosos a los ciudadanos, según afirman todos los filósofos que de esta materia hablaron. Y como la virtud esté en el ánima, que es la principal parte del hombre, así se han de ordenar las cosas de la república, de manera que el principal cuidado se ponga en lo que es principal, y fin y paradero de todo lo otro, sin que se deje de proveer lo que es menos, aunque necesario para alcanzar lo que es más. Y para esto sirve el amor de la honra de Dios y del bien público, para hacer que no se contente el hombre con hacer estas cosas pocas, sino que pretenda con todo su corazón que Dios sea servido y no ofendido, y que los ciudadanos alcancen el bien más excelente, que es «la virtud», y «virtud cristiana». Porque ya que en lumbre natural es cosa muy clara que lo que debe pretender el que gobierna república es «la virtud humana» y conservación pacífica de los ciudadanos; mas en la lumbre cristiana también es cosa cierta, que como el fin que nos demuestra la fe es más excelente que el que demuestra la lumbre natural, así el poder y gobernación temporal ha de servir para la edificación de las ánimas, y ser sujeto a las reglas del poder espiritual, que no en balde se dice en la Escritura (1 *Pedro* 2, 9) el reino de los fieles *reino sacerdotal*, sino porque no sólo ha de ser regido por humana razón, para alcanzar su fin y ser llamado humano, mas también por la ley divina, para ser llamado santo y cristiano, pasando de lo humano a lo divino; como cuando a uno bautizan y le ponen nombre de nuevo. Y cumplir con esta obligación no se puede hacer si no arde en el corazón del gobernador este celestial fuego que le queme el corazón, procurando que Dios sea honrado, y sus ciudadanos

alcancen virtud.

IV.—No basta castigar los delincuentes; hay que prevenir los delitos.

Tampoco basta para buena gobernación ser uno buen castigador de pecados; porque esto, una parte es del oficio, que se encomienda al alcalde de la justicia, y aunque necesaria, cierto muy costosa y dolorosa, y que no se debe amar ella por sí, ni comenzar por ella, poniéndola en ejecución, sino que ha de venir a la postre de otros muchos remedios, como un cauterio de fuego que se da a más no poder. Mata un hombre a otro, pongo por caso; ya perdió aquel hombre la vida, y la república perdió un miembro suyo, y los parientes un pariente, y muchas veces se pierde en él padre y marido. Y con esta pérdida se junta, que el matador ha de huir, y lo pierden la república y sus parientes, y queda su casa tan perdida como la del muerto quedó; y esto a buen librar, como dicen, porque se escapó de las manos de la justicia; mas ya que la justicia le tome y haga en él su operación, ¿qué será sino matarlo como él mató, y seguirse las pérdidas que del primer muerto se siguieron? De manera que del delito y del remedio de él se siguió igual pérdida.

Verdad es que este castigo es justo, y si justo, bueno, así para que satisfaga el culpado su culpa, como para ejemplo de otros, y que pueda vivir el bueno entre los malos con seguridad. Mas este remedio tan necesario ha de ser el postrero de los otros remedios. Porque le han de preceder muchos avisos y muchos buenos medios que ayuden al hombre para no hacer cosa que haya menester castigo. Jenofonte, filósofo, dijo esto muy bien, y todos los que tratan de república convienen en ello, que es muy mejor gobernación «prevenir» los delitos que «castigarlos» después de hechos, y vivir por buenas costumbres mejor que por buenas leyes. Y por esto concuerdan todos en que, puesto caso que el castigar sea parte necesaria de la buena gobernación, mas que la principal es acostumbrar a los ciudadanos a que con buenas y frecuentes operaciones sean virtuosos, y tales, que con facilidad y deleite puedan cumplir las buenas leyes que les son puestas; porque, de otra manera, ¿qué son las buenas leyes dadas a hombres malos, sino carga pesada en flacos hombros, tropiezos con que más caigan, y ocasiones de derramar sangre, no por culpa de ellas, sino por flaqueza de ellos? La cual flaqueza debían procurar de esforzar los que gobiernan con todos los medios posibles, aunque muy costosos les fuesen.

V.—Hay que sembrar virtud y castigar con amor a los culpables.

Desengáñense todos les que piensan cumplir con oficio de reinar o gobernar con sólo hacer buenas leyes, y castigar a los que las quebrantan.

Porque pues la Ley que el mismo Dios dio, justa, y con amenaza de castigos, y ejecución de ellos, no bastó hacer buenos a aquellos a quien se dio, grande ignorancia será pensar que ley de hombres alcanzará lo que no alcanzó la Ley del Señor de los hombres. El cual, con el grande amor que tuvo a los hombres, y gran compasión de ver que se perdían por no guardar su santa Ley, descendió de los Cielos, y el mismo que dio la Ley, con los trabajos y muerte que pasó en la tierra, ganó fuerzas para que los hombres pudiesen cumplir lo que Él mandaba en su Ley. Y si tenemos ojos para saber mirar aquesta obra tan llena de humildad y de amor, hallaremos que no sólo da materia para alabar y para agradecer al Señor que la hizo, mas que también es dechado al cual deben imitar los que gobiernan y reinan, para que no se contenten con solo mandar —que aquello, sin amar, se puede hacer—, mas desciendan de su majestad por subir en la bondad, y dejen el ocio y regalo, y tomen el azadón en la mano, y caven, con sudor de su cara, la dura tierra de los corazones de sus súbditos, si quieren gozar del fruto y del nombre de gobernadores cristianos, imitadores de Jesucristo.

Y porque hay pocos que entiendan esta carga, aneja al oficio público, de procurar de hacer buenos a los que le son encomendados, no sólo con mandar como señores, mas con poner buenos medios, como buenos padres, para que sus hijos sean virtuosos, hay tantos que desean estos oficios cuando no los tienen, y están muy contentos cuando los han alcanzado; y sin conocer ni hacer lo que deben a lo principal de ellos, están asegurados, y por ventura esperan alcanzar de Dios el galardón prometido a los buenos gobernadores. Mas cuando sean presentados en el juicio de Dios, y ellos presenten los muchos castigos que han hecho a los que han quebrantado las buenas leyes, y se les replique de parte del justo Juez: «El castigo ha de ser prevenido con buenos medios, para que no sea necesaria medicina tan costosa; ¿qué es de los buenos ejemplos que habéis dado a vuestros súbditos, las paternales amonestaciones, los maestros para que les enseñen virtud, y para que los críen en ella? Si no habéis sembrado aquesta buena semilla, ¿cómo esperabais coger el fruto de la virtud? El corazón del hombre es como una fuente, que si está clara, claros arroyos salen de ella, y si sucia, sucios. Os contentabais vosotros con limpiar la tierra que había ensuciado el agua sucia, y como no limpiabais la fuente, luego tornaba a echar de sí lo mismo que antes; y así se gastó la vida de los súbditos haciendo maldades, y la vuestra en castigarles. Mas si trabajarais en limpiar el hondo de la fuente para que diera agua clara, gozaríais del fruto de los buenos árboles regados con el riego de la virtud.»

Esta cuenta, y más estrecha y con más espantables palabras, será

tomada a los que pensaban que, sin poner trabajo en hacer a sus súbditos buenos, porque les faltaba el amor, cumplían con castigar sus delitos, no se les dando mucho porque no cayesen en ellos, ejercitando oficio más de rigurosos señores que de amorosos padres.

Y no sólo es el amor necesario para esta parte tan principal, que es hacer a los súbditos buenos, mas aun también lo es para usar bien de la menos principal, que es el castigo. Porque castigar sin amor, cerca está de venganza o de crueldad o dureza de corazón; y por esto, muy lejos del castigo humano, y muy más lejos del castigo cristiano. El hombre debe compasión a otro hombre; y aunque la justicia le compela a maltratarlo, no tiene licencia para desnudar sus entrañas de compasión y misericordia para el que es hombre como él, y que como aquél cayó, pudiera caer quien lo juzgar en aquel delito o en otros, y por ventura ha caído. Y el cristiano, cuya virtud muy principal es la misericordia, y tan embebida en su corazón, que se diga tener *entrañas de misericordia* (*Col* 3, 12), en todo debe mezclar esta virtud, conociendo que por misericordia fue él creado de nada, fue hecho cristiano, no fue condenado cuando pecó, fue perdonado cuando se convirtió, es tenido en pie para no tornar a caer, y, en fin, espera ser salvo por la misericordia de Dios: y no es razón que quien tan copiosamente la ha recibido, la niegue al prójimo en la manera que se la puede dar. Si es persona particular, perdone su injuria; si pública, sea cuan moderado pudiere ser en dar el castigo; y el que diere, siéntalo primero en su corazón, y duélale porque no puede dejar de dar el cauterio de fuego a un hijo suyo o hermano. De lo cual puede y debe tomar ejemplo del soberano Dios, supremo Juez, que dice por Isaías (1, 24): [*¡Ay! Voy a vengarme de mis enemigos*]; dando a entender que precede el *¡ay!* de la compasión al castigo de los malos. Y esto mismo declara el Hijo de Dios encarnado, que primero lloró a Jerusalén (*Lc* 19, 41), y al cabo de muchos años la castigó. Y pues el Criador, que con tanta justicia puede castigar al culpado que le ofendió, se inclina a compadecerse primero que castigue, ¿cuánto más lo debe hacer el hombre juez, con otro hombre semejable a él, y por ventura menos malo que él? Poco es razón que duerma la noche antes que hubiere de dar sentencia de condenación; y se la debe pasar en gemidos y oraciones, suplicando al Señor consuele y esfuerce y haga misericordia a aquel su hermano, al cual es él forzado a dar el trabajo de la condenación. Esto conviene hacerse así, por cumplir con lo que debe a su prójimo; y también para que con esta misericordia provoque a la de nuestro Señor, que le sea favorable cuando, el mismo que ahora juzga, sea presentado como reo en el juicio de Dios. Y pues tanto importa hacerse así este negocio, y esto no se puede hacer sin

amor, claramente se ve cuán necesario es el amor, así para evitar los delitos, como para bien castigar a los que en ellos hubieren caído.

VI. Por caridad está obligado a evitar pecados y excesos, no prohibidos por la ley.

Aún hay más cosas para que sirva el amor a la persona pública que lo quisiere ser como debe ser. Y es una de ellas no estar atado a la estrechura de las leyes particulares, mas vivir en la anchura del amor, que comprende obligación de justicia y obligación de caridad. Digo esto, porque algunos que gobiernan repúblicas tienen tan limitado su celo, que no se extienden sino a quitar aquellos delitos que, por leyes particulares, están vedados, y no entienden la obligación en que les pone la ley del amor de la honra de Dios y del bien público, aun de la persona particular. Cierto es que un prójimo no es obligado por obligación de justicia a prestar dineros a otro, aunque esté en gran necesidad, ni a evitarle un daño, ni a corregirle de un pecado, si no hubiese alguna particular obligación por ser su padre, o cura, etcétera. Mas la ley de la caridad obliga a más que la ley de la justicia, y condena —y con pena eterna— al que la quebranta, aunque la ley de la justicia le absuelva; porque la misma ley del amor, ella sola por sí tiene fuerzas para obligar a evitar el daño notable temporal del prójimo, y a *fortiori* el espiritual. Y a semejanza de esto, como a la persona pública le esté encomendada la honra de Dios y el provecho público, tiene obligación de remediar unas cosas limitadas por leyes particulares, y otras por esta general obligación que tiene de evitar deshonras de Dios y daños notables públicos.

¿Quién duda si no que si se ofreciese una particular irreverencia a un templo o a una casa de Dios, sería obligado el gobernador de la república a impedirla o a castigarla? Y si los ciudadanos hiciesen notables excesos en vestir, comer, atavíos de sus personas y casas, y otros excesivos gastos, debería el gobernador irles a la mano, por esta ley general, que es daño de la república empobrecerse los ciudadanos por estos medios tan fuera de razón. Y si un súbdito suyo fuese murmurador o se embriagase, o cosas semejantes a éstas, aunque ley particular no le obligase al remedio de esto, le obliga la ley de Dios por el precepto de la caridad, el cual no cesó, antes más se fortificó, por ser persona pública el que lo ha de ejercitar.

Y digo «fortificó», porque como el precepto de hacer bien al prójimo, o evitarle el mal, obligue más a quien más tiene, o más sabe o más puede —pues conforme a la posibilidad es la obligación de ponerla en obra—, claro es que pues la persona pública puede más siéndolo, que podrá siendo particular, correrá más en él la obligación del aprovechar, que cuando era

persona particular. Y esto es lo que San Gregorio decía, que «crece la cuenta cuanto crecen los dones». Y el Señor, que mentir no puede, lo afirma diciendo (*Lc* 12, 413): *Al que mucho le es dado, mucha cuenta le será pedida*. Y Él galardona a quien bien granjea y trae ganancia de los talentos recibidos, y castiga con infierno a los que no emplean el talento que Él dio; y no se contenta con que se lo tornen entero, si no se lo dan con ganancia (*Mt* 25, 14). Y *talento*, como San Gregorio declara, se entiende ser todo aquello con que el hombre puede aprovechar a su prójimo o evitarle el mal.

Terrible cosa, y muy nueva, para los que piensan que no hay que temer en las riquezas o poder que les es dado, y por eso no piensan tener obligación sino cuando por vía de estrecha justicia son compelidos a ello. Adviértase bien cómo los que tienen mandos públicos, mediante su autoridad y la necesidad que los súbditos tienen de ellos, hallan casamientos muy buenos para sus hijos; pueden mucho sus ruegos con chicos y grandes, y, en fin, por medio de sus personas públicas alcanzan muchas cosas para sí y para sus amigos, que no alcanzaran si fueran personas particulares. Por lo cual claramente se ve cómo su *talento* es más crecido, y por eso más obligatorio; y será la razón de su condenación muy clara; pues empleándolo en cosas propias ganaban mucho, y no lo quisieron emplear en provecho de otros, donde también fuera la ganancia muy cierta.

Y si esto, que tan claro es, las personas públicas quisiesen considerar de propósito, y tantear el bien que pueden hacer, y males que evitar por sí o echando terceras personas, y en fin, por los medios que acostumbran negociar lo que a ellos cumple, sería tanto el provecho que hiciesen en sus repúblicas, que en breve tiempo las tuviesen todas reformadas, o a lo menos muy mejoradas; y tendrían cuenta de *siervos fieles* para el día de su Juicio, ofreciendo al Señor ganancia de *cinco por cinco* y de *dos por dos*; y oyendo aquella alegre y dichosa palabra (*Mt* 25, 21): *Gózate, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor,* evitarían el temeroso tronido de la otra contraria, dicha al que no empleó bien el talento: *Atadlo de pies y de manos, y echadlo en las tinieblas de fuera* (*Mt* 22, 13) ([16]). ¡Cuán valerosa cosa es el amor, y necesario para bien usar del oficio público!, pues él es el que hace emplear bien los talentos, y ser galardonado por ello; y la falta de él hace al hombre descuidado y flojo, y lo echa en penas eternas.

VII.—Sumamente difícil es el arte de gobernar.

---

[16] Esta sentencia no se dio contra el que enterró el talento, sino contra el que entró en las bodas sin vestido nupcial. Nuevo indicio de que el Maestro citaba de memoria.

Pues según dicen los santos, lo que es el ojo en el cuerpo del hombre es el que gobierna a la república, notoria cosa es, para cumplir bien con este oficio, ser necesaria la lumbre de la prudencia, con la cual disponga bien los medios con que alcance su fin, que es la paz y virtud de los ciudadanos. Y de este tal dice el Espíritu Santo (*Eccli* 10, 1): [*El juez sabio adoctrina a su pueblo, la autoridad del sensato está bien regulada.*] Y de aquel a quien falta esta prudencia se dice (*Mt* 15, 14): [*Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo*], echándose a perder a sí y a su ciudad, según está escrito (Eccli 10, 3): [*El rey sin instrucción arruinará a su pueblo, la ciudad se edifica sobre la prudencia de los dirigentes.*] La ciudad, semejanza tiene de nao, y el que la rige se llama gobernador; de donde parece cuán necesaria es la prudencia para bien gobernar, como es el arte en el piloto para dar buena cuenta del gobernalle donde va puesto. Y se acrecienta la dificultad de llevar bien la nao, si la navegación es por mares donde hay corrientes contrarias o frecuentes y grandes tempestades, o peligrosos bajíos; y sobre todo esto, si la navegación es por donde hace mucho que no ha ido nao, y no hay de quien aprender la altura del Norte y los peligros que hay en la navegación. Y acrecienta el temor saber que ha habido muchos pilotos que, juntamente con sus pasajeros, han caído en el profundo del mar. Y con todas estas dificultades que ésta tal navegación tendría, no llega a la que tiene la gobernación de la república, en la cual nunca faltan vientos contrarios; porque ya que de fuera no haya quien los levante, los mismos pasajeros que en la nao van mueven unos contra otros guerra civil, y por esto más peligrosa. «Difícilmente es domado el hombre», como dice Platón; y domar tantos, unos altos y otros bajos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, soberbios y humildes, y, en fin, malos y buenos, cosa es que requiere aquella prudencia, con la cual dice San Pablo (1 *Cor* 9, 22): [*Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos.*] Y como, por nuestros pecados, estén las repúblicas tan mal gobernadas, y de muchos años atrás, y las cosas tan fuera de sus principios, y los ciudadanos tan duros para ser corregidos, que el serlo toman por menoscabo de honra, es cosa dificultosa el abrir camino, que tan cerrado ha estado con las malas costumbres, y ser condenado de novedad lo que es tornar los negocios a las buenas costumbres antiguas.

Séneca comparó al que se encarga de regir la república a un médico que entrase en una enfermería donde hubiese muchos enfermos de diversas enfermedades. Y tiene razón, pues no hay otra tan dañosa y peligrosa enfermedad como el vicio del ánima. Muy sabio médico ha de ser aquel que sepa proveer a tanta diferencia de enfermedades y muchedumbre de

enfermos; mas para curar las malas costumbres de la república mayor maña se requiere, pues los enfermos son más, las enfermedades más peligrosas, y los enfermos más desganados de tomar medicinas, y algunos las aborrecen y al médico que los quiere curar. Y con esto se junta que en un cuerpo enfermo ordinariamente hay una enfermedad o pocas más, y acá hallarán en un ciudadano tres y cuatro y cinco y más vicios, y algunas veces unos contrarios a otros. Y para medicinar tantos y tales enfermos, ¿quién es idóneo?

VIII.—Necesaria es la prudencia natural, pero no basta. Debe perfeccionarse con la lectura de los filósofos, de las leyes del reino, y con los años.

Muchas cosas dijeron los sabios ser provechosas para alcanzar la prudencia necesaria que tal cura requiere. Una es que el tal gobernador sea de su misma naturaleza: prudente e inclinado al amor de la sabiduría; y esta misma es la primera que el Concilio Cartaginense dice que debe tener el Obispo. Condición, por cierto, muy necesaria; porque como sea cosa muy dificultosa pelear un hombre contra su naturaleza, queriendo alcanzar lo que ella le negó, pocas veces sucede bien el arte que no se funda sobre habilidad natural junta con afición. Y en tanto estimaba esto Platón, que dijo que no duraría más el bien de la república de cuanto durare en ella seguir cada uno aquel arte o ministerio a que es inclinado y aficionado; porque de esta manera salen los hombres señalados y excelentes en sus oficios, y los llevan con suavidad y deleite, y con provecho de aquellos que los han menester. Y hablando como cristianos, podemos decir que estas tales son señales de querer Dios que el hombre siga aquel camino, y tener vocación para él. El que esta prudencia natural tiene, haga cuenta que le ha dado Dios fundamento sobre que edifique la casa de la sabiduría.

Mas si se contenta con esto sólo, no será hábil para gobernar; como tampoco la tierra, por fértil que sea, ni el árbol, ni la vid, ni cosas semejantes, darán buen fruto sino se junta, con la virtud natural que ellos tienen, el cuidado y trabajo de quien los cultiva. Y Platón tiene por cosa casi imposible haber ingenio que, por sí solo, sea suficiente a bien gobernar, pues que es cosa difícil bien aun a quien tiene muchas partes para ello. Que cierto, si aquel filósofo que era esclavo, sacado a la plaza a ser vendido, y preguntado qué oficio sabia, respondió que mandar a hombres libres, si dijo verdad, mucho sabía: porque «arte de artes es el regimiento [régimen, gobierno] de ánimas», como San Gregorio dice; y el fin del legislador es hacer en su manera a los ciudadanos virtuosos, lo cual es «regimiento de

ánimas».

Ayuda para alcanzar la prudencia del bien gobernar la lección de los filósofos que trataron de la buena orden que ha de tener la república. Porque aunque no todas las cosas que dicen convengan para nuestra religión, ni para nuestros tiempos, mas muchas hay que sí; y a lo menos se aprende de ellos cuán caídas están nuestras repúblicas, y cuán pocos hay, aun de los que las gobiernan, que sepan regirlas, ni aun entender lo que son. También se conoce la perdición de los ciudadanos y pueblo, y cuán fuera de quicios van sus costumbres, aun cotejadas con la lumbre y razón natural, y cuán dignos son de condenación, pues son hallados peores y muy más desordenados, que aquellos hombres que no tenían más lumbre que la natural.

También se requiere lección de las leyes del reino, y de otras, si para ello tuviere habilidad; porque la lección da lumbre a quien no la tiene, y acrecentamiento de ella a quien tiene alguna. También notaron los filósofos que no se debe encomendar regimiento a mancebos; porque como para bien ejercitarlo se requiere prudencia, según se ha dicho, y ésta pide experiencia, y de muchas cosas, y tiempo, faltando ésta a la mocedad, no puede ser hábil para su oficio. Se confirma lo que estos filósofos dicen por la Escritura divina, en la cual se cuenta que fue dicho a Moisés (*Num* 11, 16) *que eligiese para jueces a viejos*. Y el Juez que el Profeta Daniel (7, 9) vio, dice que era *antiguo de días,* y tenía la cabeza blanca.

IX.—El gobernante sea amigo de tomar consejo; y huya de la ira.

Ser el gobernador amigo de su parecer es cosa muy peligrosa y contraria a la prudencia, como en otra cualquiera persona; y antes se ha de escoger un hombre que sepa menos, si conoce su falta y la remedia con el consejo de los más sabios, que otro que sepa más y está confiado que él es el que acierta, y los otros, no. Verdad es ésta de Dios, el cual dice (*Prov* 26, 12): [*¿Has visto a un hombre que se cree sabio? Más se puede esperar de un necio que de él*.] Las historias divinas y humanas están llenas de ejemplos de los que han acertado por vía de tomar consejo, y han echado a perder a sí y a otros por seguir el propio. Si un hombre no sabe, toda razón pide que pida consejo; y sí es sabio, el Espíritu Santo dice *que oyendo el sabio, será más sabio* (*Prov* 1, 5). Lo que conviene advertirse, es que tome consejo con el sabio y bueno, pues sabemos (3 *Reg.,* 12, 6), haber perdido el rey Roboan, de doce partes del reino, las diez, por haber seguido el consejo de mozos y desechado el que le daban los viejos.

Un filósofo dijo, y con mucha razón, que la ira y la aceleración en los

negocios son enemigos del buen consejo; y así conviene mucho mirar que el que ha de ser lumbre de los otros no tenga él su ojo ciego con la ira, pues el oficio de ella es impedir el conocimiento de la verdad; y esto es así verdad, aunque al airado le parezca que tiene mucha razón en lo que hace. Porque, pues «la ira es breve furor» [refrán griego], no hay por qué creer que el que está loco acierte a juzgar. Y pues también emborracha la ira al ánimo como el vino al cuerpo, y Platón manda que «el que rige a la república no beba vino», claro está que, hasta que se pase la ira, de ninguna cosa se debe fiar el airado, Como tampoco el embriagado hasta que haya dormido el vino, y tornado a su juicio, que con la embriaguez había perdido. Y a esto atendió el bienaventurado San Ambrosio cuando dio por penitencia preservativa al emperador Teodosio, que ninguna sentencia de sangre que se diese, se ejecutase hasta pasados treinta días, en castigo de una cruel sentencia que el emperador había dado arrebatadamente contra los de la ciudad de Tesalónica. Sócrates dijo a un criado suyo: «Te castigaría, no lo hago porque estoy enojado.» ¿Cuánto más debe mirar, y temer su propia ira, quien tiene a cargo de castigar, no esclavos, sino libres, y no cualesquiera sino a gente principal? Perniciosísimos yerros, y algunas veces irremediables, se siguen de ser los gobernadores airados. Y por eso deben procurar con todas sus fuerzas, y principalmente pidiéndolo a Dios, tener muy desarraigada de su corazón esta ponzoñosa víbora, y vestirse de mansedumbre, para que sean imitadores del soberano Juez, que no con ira, sino *con tranquilidad todo lo juzga*.

Y particularmente debe huir de palabras injuriosas y mal criadas, porque éstas antes suelen dañar que enmendar; y cuando son blandas, hacen que aunque uno vaya castigado, vaya consolado. Justo ha de ser el gobernador, y si fuere menester, riguroso en sus obras, mas en las palabras blando y muy comedido.

Y alcanzar esta virtud de mansedumbre los que gobiernan los pueblos, es cosa dificultosa; porque las desobediencias y malas crianzas de los súbditos, la muchedumbre y diversidad de sus negocios y pasiones, los delitos y sinrazones y agravios que hacen, y el no querer ser castigados ni reprendidos por ellos, las malicias y calumnias con que a otros ofenden y a ellos se defienden, todas estas cosas y otras muchas son ocasiones tan vehementes para mover a ira el ánimo del superior, que, si no trae siempre el freno en la mano contra su ira, recelando la caída, como quien va cabalgando en una bestia rijosa por un monte y senda muy estrecha, que en saliendo de ella dará el hombre consigo en grandes despeñaderos, no podrá el tal superior dejar de caer en la ira. Y tanto más debe temer esto, y

procurar por no dormirse ni descuidarse, cuanto más se viere inclinado a esta pasión, especialmente si algunas veces ha sido vencido de ella; porque grave culpa es no hacerse el hombre avisado para no errar, cuando primero ha errado y no sanar con tan costosa medicina. Procure, pues, de no hacer cosa con ira, ni con poca deliberación, y se arrepentirá pocas veces de lo que así hubiere hecho, y tendrá el ojo de la razón claro, para usar de la prudencia que con los dichos medios hubiere alcanzado.

Y después de la larga deliberación, sea breve la ejecución; porque tanto defecto es tardanza en la ejecución, cuanto la presteza en la deliberación.

X.—Sólo con luz divina se puede acertar en los acaecimientos particulares.

Son tantos, tan graves y tan diferentes los negocios a que ha de atender el que gobierna república, que por mucho que se ha dicho de los medios para alcanzar la prudencia que ha menester, aún queda por decir lo más necesario. Y ninguno se maravillará de aquesto si considerare la dificultad que hay en regir a personas tan diferentes, que cada una ha menester medicina y freno por sí: uno ha menester blandura, otro rigor; una pena merece quien peca por ignorancia o flaquea, y otra quien peca por malicia; una cosa es cuando una comunidad toda entera, o la mayor parte, delinque, otra cuando un particular; algunas veces conviene disimular el castigo porque no se siga mayor mal, y otras esperar tiempo mas conveniente para hacerlo. Conviene entender las malicias de los malos, sin haber sido malo, para impedírselas por vías secretas, que no las entiendan; prevenir los alborotos, y sosegarlos después de venidos; y, finalmente, siendo uno, hacerse muchos, cual cada uno lo ha menester. Y como es negocio de actos particulares, en los cuales concurre diversidad y muchedumbre de circunstancias, no unas siempre, mas muy diferentes, y una sola que falte, o que venga de nuevo, hace variar la determinación, resulta de aquí tanta incertidumbre en la prudente determinación, que aun los muy sabios muchas veces tienen diferentes pareceres, como por experiencia se ve, así en lo escrito, como en los consejos se practica, que más parece el acertar —cuando se acierta—, ser acaso, que no por reglas de arte cierta. Y así los filósofos dijeron que las particulares circunstancias no caen debajo de arte, por su gran variedad, y déjense al arbitrio del prudente varón. Y tan dificultoso es el negocio, que ninguna humana prudencia es bastante para no errar. Y por esto es necesaria al gobernador la lumbre del Cielo, que fortifique la prudencia adquisita, y supla cuando ella faltare.

Esta verdad alcanzó Platón, y se afirma en ella una y muchas veces, y

con tanta certidumbre, que se determina a decir que nunca la república será bien regida, ni se pondrá fin a su males, hasta que el regidor de ella, con la potencia espiritual de su ánima, se junte con Dios, y de aquel conocimiento viva su ánima y se mantenga, y traiga lumbre para regir a los hombres por las leyes y regla que conoció en Aquel, que es verdad y bondad de sí mismo y no por ajena participación. A este tal gobernador llama hombre divino, por ser más que hombre, y dice que él ha de exceder a los regidos por él, como excede un hombre a un niño. Y que así como para guardar o apacentar ovejas y bueyes, ninguno pone animal que tenga este cargo, sino a hombre que tiene razón, así quien a hombres ha de regir, más que hombre ha de ser, y éste se llama hombre divino. Cosa de maravillar es cómo este varón alcanzase aquesta verdad; mas no debemos dudar en ella, porque la tenemos confirmada y aun dicha por Dios muchos años antes que Platón la dijese, y aun que naciese.

Se lee en el libro de los Números (11, 16) que quejándose Moisés a Dios de la grande carga que le había echado a cuestas, mandándole llevar sobre sus hombros todos los negocios de la gobernación de aquel numeroso ejército del pueblo de Israel que salió de Egipto, y diciendo que él no podía sufrir a solas carga tan pesada, le respondió el Señor: *Elige setenta varones de los que tú has conocido,* [*de los que sabes que son ancianos y escribas del pueblo. Llévalos a la Tienda del Encuentro y que estén allí contigo. Yo bajaré a hablar contigo; tomaré parte del espíritu que hay en ti y lo pondré en ellos, para que lleven contigo la carga del pueblo y no la tengas que llevar tú solo*]. Trajo Moisés los varones, y el Señor les dio del espíritu que tenía Moisés, sin quitarle nada del que él tenía: y los varones, con el espíritu del Cielo que en ellos vino, profetizaron, y con perseverancia y con este espíritu rigieron el pueblo. Y es de advertir que este regimiento no era espiritual, sino secular, y para hacerlo como se debía hacer, fue dado espíritu sobrenatural. Y lo mismo parece en Moisés, pues también regía el pueblo, y juzgaba entre ellos de las cosas temporales, y consultaba con Dios qué pena daría al que traspasaba la ley, por qué tierra iría, qué capitanes enviaría a la guerra, y todas las demás controversias que en aquel pueblo acaecían, no obstante que él fuese docto en la sapiencia humana, en que abundaban los sabios de Egipto. Tanta es la flaqueza de nuestra prudencia, que aun para gobernación de cosas temporales no basta.

Y esto se declara bien con cierta experiencia en el capitán Josué, elegido por Dios; el cual, con los principales de Israel, fue engañado de los gabaonitas; y la causa de ello no quiso la Escritura divina callarla, por no quitarnos un ejemplo que nos amonestase de nuestra flaqueza, y nos hiciese

recurrir a pedir lumbre a Dios en los negocios que nos acaecieren. La causa, pues, del engaño fue porque se fiaron de las conjeturas, que a su parecer eran tan claras, para determinación del negocio, y no preguntaron a la boca del Señor (*Jos* 9, 14), pidiendo que les enseñase lo que habían de hacer.

XI.—La oración de Salomón.—Insuficiencia de la prudencia humana.

Estos dichos ejemplos, u otros semejantes, movieron al rey Salomón, que habiendo recibido el señorío de todo Israel, temió peso de tan gran carga, cotejado con la flaqueza de su entendimiento; y como el temor sea causa de buscar remedio y consejo, estimulado de él, se fue a Dios, y *le pidió de todas sus entrañas*, como él lo testifica (*Sab* 8, 21), *que le diese* lumbre de sabiduría para regir el reino para el cual el mismo Dios lo había elegido. Alega para esto muchas razones, y una es confesarse por insuficiente para el entendimiento del juicio y de las leyes, humano y divino, según las cuales había de juzgar (*Sab* 9, 13). También alega que pues Dios le eligió para el reino y para edificarle templo, le diese lumbre para hacerlo bien, pues es su costumbre dar lo necesario para bien administrar la dignidad que Él mismo es servido de dar. Alega también el impedimento que, para pensar bien los negocios y alcanzar la humana prudencia, da el cuerpo corruptible que traemos a cuestas, y la dificultad y, por mejor decir, la imposibilidad que en nosotros hay para alcanzar la ciencia y consejo de Dios, así en las cosas especulativas de los misterios de su alta Deidad, como el consejo de su santa voluntad en las cosas particulares que hemos de hacer; porque de éstas se entiende, según lo declara la Glosa, lo que el dicho rey Salomón dice (*Sab* 9, 14): [*Los pensamientos de los mortales son tímidos e inseguras nuestras ideas*]. No hay certidumbre de evidencia que dé entera seguridad en el juicio de las cosas particulares, sino *mezcla de temor*, aunque haya inclinación mayor a creer uno que otro. *Incierto* es lo que juzgamos de presente; incierto lo que proveemos para adelante; y el errar, eso es cosa cierta, y el acertar, muy dudoso. Y porque ninguno piense que está fuera de esta necesidad, por muchos dones naturales que tenga, y le comprenda la sentencia de la divina Escritura, que dice (*Prov* 28, 26): [*El que confía en su corazón es un necio*], y con esta confianza se descuide de pedir a Dios la sabiduría que pidió Salomón, diciendo que por ventura aquél era mozo o no de muy buen entendimiento; proveyó el Espíritu Santo para el remedio de tan dañosa confianza y ciega soberbia, que no sólo el rey Salomón confesase la necesidad que tenía su propia persona de la lumbre de Dios para la buena gobernación de su reino, mas tendiendo los ojos de su entendimiento por todo el género humano, dio esta sentencia de todo él por

lumbre de Dios, diciendo (Sab 9, 6): [*Pues, aunque uno sea perfecto entre los hijos de los hombres, si le falta la Sabiduría que de ti procede, en nada será tenido*]; y lo mismo cuando en el mismo capítulo dice: [*¿Qué hombre, en efecto, podrá conocer la voluntad de Dios? ¿Quién hacerse idea de lo que el Señor quiere?*] (Sab 9, 13)

Bien parece que había leído el mismo testimonio de la gran necesidad que la humana flaqueza tiene de la lumbre de Dios, que había dado su padre David cuando dijo (*Sal* 93, 11): [*El Señor conoce los pensamientos del hombre, que no son más que un soplo*.] Y porque no pensasen los que se tienen por sabios que no les toca a ellos este reproche e infamia de poco saber, declara San Pablo con espíritu de Dios que estos hombres, cuyos pensamientos son vanos, son los sabios, diciendo (1 *Cor* 3, 20): [*El Señor conoce cuán vanos son los pensamientos de los sabios*]; dando a entender que no habla David de la vanidad de pensamientos tocante al deseo de cosas bajas, sino de los engaños del entendimiento en que caen los sabios; y no sólo en uno o dos, mas en pueblos enteros; y no sólo en personas bajas, mas también en las muy principales, como parece claro en otro testimonio que da el mismo David diciendo (*Sal* 32, 10): [El Señor *frustra el plan de las naciones, hace vanos los proyectos de los pueblos*.] Y esto es porque estos consejos son planta que no ha plantado el Padre celestial; que los que Él inspira, de éstos se dice: [*Mas el plan de Yahveh subsiste para siempre*], etcétera. Y el no entender los que gobiernan reinos y repúblicas esta profunda insuficiencia de la humana sabiduría para la buena gobernación de los súbditos, y el descuidarse de no hacer lo que Salomón hizo —por lo cual se quedan sin recibir la lumbre que él recibió—, es la causa de la mala gobernación de las repúblicas, y, por consiguiente, de la perdición de ellas, según lo testifica el Espíritu Santo, diciendo (*Prov* 29, 18): [*Cuando no hay profecías, el pueblo se relaja, pero el que guarda la ley es dichoso*.] Y se llama aquí profecía la divina Escritura y la lumbre celestial de que hemos hablado. De estos tales se queja Dios, y a éstos amenaza diciendo (*Is* 30. 1): [*¡Ay de los hijos rebeldes para ejecutar planes, que no son míos*]. Mal irá a las repúblicas, hasta que sean regidas por hombres regidos por Dios, según lo ha dicho el Espirita Santo en la dicha autoridad. ¿Qué se concluye de aquí sino que, pues de lo dicho consta, según dice una glosa, que para la buena gobernación es necesaria esta sabiduría del Cielo, que el que tiene este oficio no esté sin esta lumbre, si quiere acertar a hacerlo como él se salve, y su república sea bien gobernada? Y así como arriba hemos dicho que para alcanzar «la humanan prudencia» sirve mucho la naturaleza del ingenio inclinado a ella, así para alcanzar «la divina» hace mucho al caso tener un

hombre inclinación a no presumir de su saber, y a pedir a Dios lumbre de todo lo que ha de hacer.

XII.—Lectura de las sagradas Letras. Consejo de varones que tengan luz de Dios. Los Prelados. El confesor. Oración.

Y tras esto conviene que tenga alguna noticia de la ciencia y palabra de Dios que está en la Escritura divina; pues allí están los principios y avisos para gobernar un hombre a sí mismo, que no es pequeña parte para gobernar bien a otros; y también hay doctrina particular para los que rigen a otros. Hay ejemplos de buenos reyes a quien seguir, y castigos de malos que pongan temor. Y no sin causa mandaba Dios que el libro de su Ley fuese dado a los reyes por mano de los sacerdotes, sino para que leyendo en él conociesen de cuya mano tenían el reino, y como lo hablan de gobernar, según las leyes que en la Escritura divina están. Especialmente servirá para esto la lección de Proverbios, Eclesiástico y Sabiduría y libros de Reyes, y algunos lugares de los Profetas que tienen particular cuenta con los que rigen a otros; y el Testamento Nuevo, cuya doctrina es más excelente que otra ninguna. Y convendrá tener una Glosa ordinaria para declaración de algunos lugares que tengan alguna dificultad. También les aprovechará leer algunos lugares de los Santos Concilios de la Iglesia, y el PASTORAL de San Gregorio; porque como se tratan en estos libros cosas de gobierno eclesiástico, se puede de allí tomar aviso para el temporal; y también de lo que a los Obispos se manda, pues sacada la administración de los Sacramentos y cosas espirituales y de la palabra de Dios, en muy muchas cosas conviene el oficio del Obispo con el del señor o gobernador temporal. Y si otros más libros de Santos quisiere leer, no por curiosidad de saber, sino para remedio de su ignorancia o flaqueza, y escogiendo lo más provechoso, no perderá, antes ganará mucho con tal lección para sí, y para gobernar.

Cuán conveniente cosa sea el tomar consejo en negocios importantes, y cuánto lo sean los de la gobernación de la república, la Escritura divina y humana y razón natural y experiencia nos lo demuestra.

Y así como para alcanzar lo que debemos hacer según «humana» prudencia, se ha dicho arriba que se debe tomar consejo con los que la tienen, así para regir según la «divina», conviene también consultar a los que la tienen. Porque aunque, según se ha dicho arriba, el mismo que rige debe tener esta lumbre, para no estar del todo colgado de la sabiduría de otro, mas no por eso ha de pensar que de tal manera la tiene, que le baste para todos sus negocios sin haber menester pedir lumbre a los que la tienen. Porque no hay cosa más contraria a esta sabiduría que desciende del Cielo,

que la soberbia y confianza de sí; ni tan cierta señal que uno la tiene, como tener humildad; porque escrito está (*Prov* 11, 2): [*Con los humildes está la sabiduría*]. Debe, pues, el tal gobernador, alto o bajo, sabio o no sabio, ser amigo de pedir consejo, y blando para recibirlo; porque una de las condiciones que Santiago Apóstol (3, 17) pone de la sabiduría que del Cielo desciende, es no ser porfiada ni tiesa, sino *pacífica y que se deje persuadir*. De lo cual tenemos ejemplo en David, que teniendo el espíritu del Señor, y muy familiar, traía consigo al Profeta Gad (1 *Reg.,* 22); y después al Profeta Natán (2 *Reg.,* 7), por el parecer de los cuales regía su persona y negocios.

San Agustín dice que, aunque viejo y Obispo, estaba aparejado a ser enseñado por el que era Obispo de un año. Todo lo cual se entiende cuando el hombre acierta con personas espirituales, que tengan ciencia espiritual y don de consejo; y acertar con estos es don de Dios muy particular: y darles crédito también lo es. Porque aunque la buena vida a solas, alguna vez sea tanta parte con Dios para alcanzar lumbre de lo que se debe hacer, según dice la Escritura (*Eccli* 37, 18): [*El alma de un varón piadoso descubre algunas veces la verdad, mejor que siete centinelas apostados en lugar alto para vigilar*]; mas esto no es cosa ordinaria, aunque no se debe tener en poco. Mas lo que se debe en mucho estimar, es cuando se junta ciencia divina con vida espiritual y perfecta, y don particular de consejo. Y de esto se entiende (Sab 13, 26): [*La multitud de varones sabios es la felicidad del mundo*]. Porque ni la filosofía ni la Escritura divina llaman sabios a los que tienen cualquiera ciencia que sea, aunque sea la divina, si con ella no se junta la vida ya dicha. Porque a quien ésta falta, está sujeto a muchos errores: y tanto más peligrosos cuanto más se fía de ellos, porque los tiene por acertamientos. Se engaña con la apariencia de su sabiduría, y se engañan muchos viéndola en él; porque hay pocos que sepan conocer los verdaderos sabios; y arrimándose a lo que no tiene existencia y firmeza, por fuerza han de dar muchas caídas.

En el Concilio Cabilonense se dice que «los que rigen los pueblos tomen consejo con los Obispos en las cosas de importancia y que fueren dudosas»; y lo mismo manda el emperador Justiniano con espíritu muy cristiano; y los reyes de Castilla pasados usaron esto mucho: uno de los cuales pidió a los Obispos congregados en un Concilio Toledano, que le diesen leyes con que el reino viviese, y las dieron; y también los reyes presentes tienen por de su Consejo a los sagrados Obispos. Semejanza tiene esto con lo que Dios mandó en tiempos pasados, que si los Jueces de los pueblos del reino de Israel tuviesen varias opiniones en algún negocio, que subiesen a Jerusalén, y lo consultasen con el Sumo Sacerdote, y siguiesen el parecer de

él. Y es de mirar que este recurso que en las cosas dudosas se manda tener a los Obispos, no es tanto por la mayor noticia de las leyes humanas que ellos tengan, sino por la mayor lumbre celestial que de la contemplación de Dios resulta, y mora en ellos como en otro Moisés, con la cual declaran lo que la humana prudencia no podía alcanzar; mas si la dicha lumbre les falta, les faltará lo principal.

Y cosa es muy importante que el tal gobernador elija confesor que tenga las dichas dos partes, de ciencia y de espiritual vida, y que sea desinteresado de toda vida humana y pretendencia, y desocupado de todo otro negocio; porque si ha de usar bien su oficio, tendrá tanta ocupación en guardar de peligros la conciencia de quien tantos negocios dependen, que no le vagará a entender en otros.

Tras esto se sigue imitar al rey Salomón en la oración que al Señor hizo (*Sab* 8), pidiéndole esta sabiduría tan necesaria. Y digo imitar, no solo al pedir, sino con las circunstancias que él lo pidió; conviene a saber, de todas sus entrañas, con profundo conocimiento y temor de su propia insuficiencia, y con corazón no aficionado a riquezas; aunque por este mismo hecho el Señor se las dio, y en gran abundancia, por añadidura de la sabiduría a que se aficionó y pidió, según cl Señor lo acostumbra hacer, y ha prometido hacer, cuando dice (*Mt* 6, 33): [*Buscad primero el reino de Dios*], etc. También alegó que, pues el Señor le había elegido por rey, le diese sabiduría para que bien supiese ejercitar oficio de rey. Y comenzando por esta última circunstancia, parece claro que los que se ingieren y procuran por los medios que ellos saben de alcanzar estos tales oficios, no tendrán lengua para decir al Señor: «Pues que Tú me elegiste para esta dignidad, dame prudencia para el buen ejercicio de ella»; ni el Señor tendrá ocasión de darla, pues ellos, sin Él, se metieron en ella. De los cuales Él se queja (Oseas, 8), diciendo: [*Ellos reinaron, mas no por mí; fueron príncipes mas yo no los reconocí*]; quiere decir, no lo aprobé. Andarán estos miserables entronizados en lo de fuera, y honrados en los ojos de los hombres, mas tenidos por viles en el acatamiento de Dios; gente que no entró por la puerta a regir las ovejas de Dios, caminando por peñas y resbaladeros, tinieblas de noche, en donde se siguen muchas caídas de pecados, y después en las tinieblas de la noche eterna.

XIII.—El gobernante evite los perjurios de los escribanos, alguaciles y oficiales. Juramento exigido al reo.

Lo primero y que más pena da, es ver a nuestro Señor tan ofendido con juramentos falsos, o diciendo mentira en lo de presente, o no cumpliendo lo

que se jura. Y donde más se usa esta desventura es donde más lejos había de estar: conviene a saber, en el ejercicio de la justicia y cosas tocantes a ella. Los que en este caso más desenfrenados están son los escribanos, que jurando todos guardar el arancel de estos reinos, casi ninguno lo guarda; y aunque es verdad que era cosa justa acrecentarles los derechos, pues los tiempos son diferentes, mas no por eso dejan ellos de pecar quebrantando lo jurado, pues *juramentum debet impleri in specifica forma* [el juramento se debe cumplir en la forma especificada], ni Dios deja de ser ofendido. ¿Y quién dirá las veces que en esto lo es? Cuéntense los contratos, testamentos, actos judiciales, y, en fin, todas las escrituras que hacen, y todas las veces que las hacen, y súmense cuántos perjurios habrá cada día en esa ciudad; y cuéntense todos los demás que se hacen en el reino, y parecerán ser tantos, que no haya corazón cristiano donde entre esta consideración, que sea capaz de recibirlos sin reventar de dolor, ni sin temor del castigo que tantas y tales ofensas merecen.

No es de creer que Dios deja sin castigo tantos perjurios, pues un solo juramento que hizo Josué a los gabaonitas (*Jos* 9, 15), aunque engañado de ellos, el cual el rey Saúl después quebrantó, se ofendió tanto nuestro Señor, que en castigo de él estuvo tres años sin llover en el reino (2 *Reg.,* 21, 1-9), y hasta que fueron satisfechos los gabaonitas con la muerte, y muerte de cruz, de siete personas descendientes de Saúl, no se amansó la ira de Dios ni envió su pluvia sobre la tierra. Y para mí tengo, que una de las causas por las que el Señor nos azota en cosas temporales y espirituales, con esterilidad de unas y otras, es por este pecado, como San Jerónimo dice. Y la razón está clara, que pues la divina Escritura dice (*Eccli* 23, 11): [*Hombre muy jurador, lleno está de iniquidad, y no se apartará de su casa el castigo*], ¿cuánto más vendrá este castigo sobre el varón que *mucho perjura*? Lo mismo se dice (*Zacarías*, 5, 3) y en otras partes de la divina Escritura.

Y aunque algunos dicen que el remedio de esto se ha pedido a la real Majestad, y que se responde que, aunque se acrecentasen los derechos, todavía los llevarían demasiados, parece que a lo menos se les quitaría la ocasión de alegar que por no pagárseles lo justo lo toman ellos. Mas entre tanto que la real Majestad no provee esto, ellos verdaderamente quebrantan el juramento, y tienen propósito de quebrantarlo, y por eso están en pecado mortal, y no pueden ser absueltos en el sacramento de la Penitencia; y así ha parecido a muchas personas doctas, que por mandado del reverendísimo Obispo de Córdoba, se juntaron a conferir sobre este negocio.

Y no sólo corren peligro por quebrantar el juramento, mas por ser tan

excesivos los derechos que llevan, que por mucho que el Rey se los tasase, no sería tanto, ni con mucho, como lo que ellos llevan, o pidiéndolo, o recibiéndolo; y lo uno y lo otro les está vedado por leyes de aquestos reinos; aunque pocas personas hay que quieran dar de su voluntad más de lo que deben; y si lo dan, es por entender que el escribano no le despachará con diligencia su negocio, si no es a peso de dinero; y como los escribanos hagan demostraciones suficientes para que esta voluntad suya se entienda, en buen romance, tanto es como pedirlo, y constreñir que se les dé.

Los Jueces tienen obligación a remediar esto, así por vía del perjuicio, pues es cosa pública, como por vía del excesivo precio que llevan, y así está mandado por leyes del reino que sean castigados por ello. Ni los tales Jueces se pueden excusar en el juicio de Dios con decir: «No hay quien los acuse ni se les pide nada en residencia»; porque ya se sabe que si no hay pasión que mueva a pedir estas cosas, no hay a quien se le dé nada por ellas, y por temor de los mismos escribanos, pues es gente que puede dañar, o por lo que a cada uno se le antoja, quiere más callar que meterse en estos pleitos. Y, por tanto, pues esto consta a vuestra señoría, tiene obligación de castigarlo y remediarlo. Y no es cosa difícil al celo y prudencia que Dios a V. S. ha dado, tomar a esta gente con el hurto en las manos; porque como es cosa ordinaria y continua exceder en los derechos en todas las escrituras que hacen, quienquiera podrá dar testimonio de lo que a él le han llevado, y así habrá tantos testigos cuantos hubieren hecho escrituras con ellos. Y si por ser cada uno singular, no fuere bastante para condenación, fácil cosa es de hacer que vayan con él, al tiempo de pagar al escribano, un par de amigos suyos disimuladamente, o con achaque de hacer ellos alguna escritura, o de ser testigos de la que el amigo hace, o con otra disimulación, y así habrá probanza suficiente para el delito; y no faltará sino que suceda el castigo y remedio, para que Dios no sea ofendido, ni el prójimo damnificado. Y aunque entrambas cosas dan causa de justo dolor, la primera más.

Y cierto, si hubiese remedio para no tomarles juramento de guardar el arancel como él lo manda, sino como se usa, y aunque del todo se dejase de tomar, yo lo tendría por menor inconveniente que lo que ahora pasa, pues no habría entonces más de un pecado contra el prójimo, y ahora hay otro mayor, y esto otro no cesa.

En este Estado del señor marqués de Priego se hace muy bien, porque hay tasadores para todo lo que hacen los escribanos, y éstos —y otras veces el juez— tasan lo justo, y así está este barranco allanado. Dios alumbre a V. S, para quitar de esa ciudad y su tierra tan graves pecados; y si le diese

gracia para que de la Majestad real alcanzase remedio para todo el reino, seria doblada merced.

Los alguaciles del campo y guardas de montes, los cuales guardan sus juramentos tan mal, o poco menos, que los escribanos, se les da ocasión con no darles salario con que se mantengan, y han menester hacer lo que hacen para sólo comer, Yo, si pudiera, no recibiera juramento de personas de tan baja suerte y conciencia, por la poca esperanza que dan de cumplirlos. También hay otra cosa que en esto da pena, y es que cuando denuncian de uno, juran ser verdadera la denunciación, y también toman juramento al denunciado; y todo este negocio se funda muchas veces sobre una rama de árbol, que a duras penas puede valer siete u ocho maravedís; y aunque el denunciado jure que no tiene culpa, se juzga por el juramento del denunciador; de manera que no sirve aquel juramento sino de ponerle lazo en que caiga su ánima.

Averiguar los malos conciertos que hacen, tomando dádivas por disimular con los que entran en lo vedado, es fácil cosa, habiendo personas que disimuladamente lo pregunten a los que tratan con ellos.

El secreto de los Cabildos de las ciudades, aunque jurado, se guarda muy mal: sería bien avisarles de ello; y para esto y para el buen ejemplo de ellos, sería cosa conveniente que alguna persona religiosa les hiciese plática una vez en la semana, o a lo menos en el mes, y en la cuaresma más a menudo. Pida V. S. por merced a nuestro Señor le dé gracia para dejar introducida esta buena costumbre en este su Cabildo, cerca de lo cual no digo más, porque la materia es larga, y V. S que la trata de más cerca, la entenderá mejor.

Bien será V. S. encargue mucho a sus oficiales la guarda de sus juramentos, así en lo que toca a llevar derechos, como en hacer bien y fielmente sus oficios; porque la negligencia en esto sería culpa doblada, y todavía se puede temer que excedan y falten en algo. Rastree V. S. los pasos que dan, pues aun, según el juicio de las leyes humanas, se imputa al Corregidor la culpa de sus ministros; y no se espere a que se remedie con la residencia [cuenta del desempeño de un cargo dada ante un tribunal], porque si V. S. se la toma, y cada día, por la ajena poco se remedia. Y también les encargue que todo lo que pudieren excusar lícitamente tomar juramentos, lo excusen, y especialmente cuando se teme razonablemente que se ha de jurar en falso; o, a lo menos, hay más licencia para esto [para excusar el juramento] cuando se toma de oficio, y no a petición de parte.

Igualmente tenga V. S. cuidado de examinar cómo se guardan los

juramentos que se toman a fieles ejecutores, y a los que tienen cargo de mirar los oficios mecánicos, que se hagan bien hechos, porque es tanta la facilidad con que se toman y hacen, cuanta se tiene en no cumplirlos. También hay costumbre de que la primera cosa que hace un juez con un delincuente es tomarle la confesión con juramento; y pues hay tan poco temor de Dios, que por interés de un real se comete un perjurio, por aquí se puede entender cuán poco crédito se debe dar, siendo en causa criminal y en personas de ruin vida. San Pablo dice (*Hebr* 6): *Que el fin de toda controversia es juramento*; y en estos juicios hacen al principio lo que había de ser al fin; y aunque juran, no por eso se acaba la controversia, ni sirve de otra cosa que de cometerse aquel pecado mortal. Tienen el pedir juramento en tan poco, que aunque para condenar a tormento dan traslado de los indicios a la parte, para pedir juramento no se curan de ello: no sé otra cosa, sino porque se tiene el daño del cuerpo en más que el pecado del ánima. He dicho esto, no ignorando que la práctica está en contrario, mas para que V. S. haga en ello todo lo que pudiere, porque el nombre de Dios no sea despreciado, pues hay tantas causas para creer que en estos juramentos lo es.

Y téngase mucho cuidado con inquirir juramentos falsos de testigos; y hallados, castíguense con ejemplares castigos; porque la gravedad del delito y frecuencia lo piden así.

Oído he decir a personas fidedignas que algunos corregidores y jueces tienen por costumbre de reprender a los que sin necesidad juran delante de ellos, y con buena crianza y risa les hacen pagar un cuarto por cada vez. Me parece buena costumbre; y si no se pudiere sacar el dinero, se le dé reprensión.

XIV.—De las escuelas de niños; de llevarlos a misa los domingos.

El mal recaudo que hay en las escuelas de niños, y lo que importa haberlo bueno, por ser aquella edad el fundamento de toda la vida, notorio es a V. S. Téngase mucho cuidado de buscar maestros de buenas costumbres, aunque sea a costa de dineros de la ciudad, y procurese alguna persona religiosa que haga pláticas a los dichos maestros, juntándolos en uno, declarándoles lo que importa a la ciudad hacer bien el oficio, pues de aquellos chicos que él enseña ha de salir el cuerpo de la ciudad, y el galardón o castigo que, según lo hiciere, recibirá de nuestro Señor. Y creo haría V. S. particular servicio a nuestro Señor en llamar algunas veces a los dichos maestros, y enseñarles regalo y favor sí bien hicieren su oficio. No parecerá esto cosa indigna a quien considerare que la majestad de Dios descendió a hacerse nuestro ayo y maestro, y a lavar los pies a unos pobres

hombres, no sólo dándonos materia para decir: «Bendito sea Dios, que tanto se humilló», mas mandándonos que le imitásemos en esta humildad a bajos y altos (*Jn* 12). Se tenga también cuidado que en las dichas escuelas se diga la doctrina cristiana, y que una o dos veces en la semana fuese algún Padre a hacer alguna plática conforme a la capacidad de los oyentes; y se ordenase que el niño que oyese jurar a otro, u ofrecer al demonio, o palabra deshonesta o cosa semejante, avise de ello al maestro para que lo castigue.

Una cosa he deseado; no sé si por ser esa ciudad tan grande se podría hacer, mas no se pierde nada en decirlo. Muchos mancebicos de diez y más años se quedan ordinariamente sin oír misa los domingos y fiestas, y se están jugando o haciendo peores recaudos; y como tengan edad para ser obligados al precepto de la Iglesia, que manda oír misa, es cosa de lástima verse cometer tantos pecados mortales, y públicamente. Y de allí quedan con indevoción de oír misa cuando grandes, y dispuestos para hacer otros muchos pecados. Decir a sus padres que los lleven a misa es por demás; y ya que lo quieran hacer, hay mal aparejo en las iglesias, porque están llenas de gente de más edad, y les sería molesta la inquietud que tienen los muchachos cuando están juntos. Sería cosa conveniente que se deputase para esta gentecilla iglesias u hospitales donde no fuese otra gente, donde los domingos y fiestas las llevasen los maestros de las escuelas a oír misa de algún sacerdote diputado para ello, el cual les hiciese una plática de buenas costumbres con algún buen ejemplo, y cómo se ha de oír misa y lo que han de rezar. Y para esto era menester que anduviesen alguaciles por las calles cogiendo los muchachos para llevados al lugar de la misa, y encomendar a los padres de los niños que aprenden en la escuela, que los enviasen a la dicha escuela para cumplir el mandamiento de Dios, pues los envían el día de entre semana para que sepan leer y escribir.

Grande ayuda sería para esto la ayuda y favor del Prelado; procúrese de cobrar. Y quien advirtiere lo mucho que va en la buena crianza de la primera edad, lo cual aun conoció Aristóteles sin lumbre de fe, cualquier trabajo tendrá por pequeño por salir bien con esta empresa. Y lo mismo se entiende de la Casa de la doctrina de los niños perdidos que se recogen; y aunque esta materia era más larga, la refiero al celo y prudencia de vuestra señoría.

XV.—De las mujeres públicas y de las cárceles.

Las casas públicas de ruines mujeres se permiten para remedio de la concupiscencia carnal, que pone en aprieto al hombre flaco para hacer mayor mal si no se apaga con aquel menor. Y está este negocio tan fuera de

quicios como otros muchos. Convendría que no dejasen parar a hombre en la dicha casa, porque de estar allí, irritan a la misma concupiscencia con las muchas ocasiones que para ello hay, y toman por ocasión de avivar lo que se permite por remedio para apagar lo avivado, si la concupiscencia le vence. Si va allí, véngase luego; ¿qué es menester avivar lo ya muerto?, pues aquello es tornarse en gula lo que se ordenó para necesidad. Conviene, cierto, no dejarlos parar.

Ítem, no se debe consentir que estas tales mujeres se pongan a las puertas, donde irriten la concupiscencia de los que las ven, como se escribe en los Proverbios (9, 15): [*para llamar a los que pasan por el camino*]. Y algunas veces hacen esta persuasión no sólo con palabras, mas con obras. Basta que los hombres miserables sepan que hay casa para cumplir sus miserias; no es menester que ellas estén donde sean vistas ni oídas.

El que se llama *padre* de ellas es muy perjudicial, porque éste las trae cuando no las hay, y otras veces las recibe en empeño, y otras las empresta él más cantidad de lo que la Pragmática real manda; y de aquí viene impedir él la conversón de ellas, y también lo mucho que deben. La excusa que para esto dan los dichos *padres* de ellas es lo mucho que les cuesta el arrendamiento de la casa pública; como hacen los escribanos, que tienen arrendadas escribanías de los señores por tales precios, que si ellos no roban, no pueden pagar la renta, y comer. Y de esta manera están los señores debajo de aquella grave reprensión del Profeta Isaías (1, 23), que dice: [*Tus jefes, revoltosos y aliados con bandidos*]; y está claro, pues ellos y el escribano reparten entre sí lo que uno hurta y el otro dio ocasión de hurtar. Y así parece acá, que llevándoles tal cantidad cual no puedan pagar sin hacer estos pecados, son participantes en ellos, como si ellos los hiciesen. Convendría que se buscase un hombre temeroso de Dios, y fuese puesto en aquel oficio, y le pagasen suficiente salario, sin que pudiese llevar más, ora hubiese muchas mujeres ora pocas; y no interesando éste nada, cesarían los inconvenientes ya dichos, y también daría noticia de los rufianes, que no es pequeño provecho. Y mírese que no se les preste más a las dichas mujeres de lo que manda la Pragmática.

El cuidado de las cárceles, y que no sea largo el tiempo de ellas, y abogado y procurador para pobres; que en mesones y ventas no haya ruines mujeres, ya V. S. lo tendrá advertido y obrado.

Algunos Veinticuatros ([17]) son tan largos en decir su voto, que son

---

[17] *Veinticuatro*: regidor. Llamado así porque en Sevilla y en otras ciudades eran 24 los regidores.

causa de dilatarse muchos negocios; sería bueno que lo abreviasen en siete u ocho renglones.

Las mujeres cantoneras [públicas, que andan por esquinas o cantones] es razón que no estén mezcladas con las buenas; y es mejor que se les diputen tres o cuatro callejuelas donde estén, que no todas juntas en una, y no se debía consentir que saliesen muy acompañadas ni muy ataviadas; porque es grave escándalo la prosperidad de éstas para hacer titubear la castidad de las buenas mujeres que padecen necesidad; y si es verdad lo que he oído decir, que a las de la corte les mandan traer una cierta señal, sería bien hacer lo mismo en esta ciudad.

XVI.—De los jubileos, de los toros, abusos de los escribanos, ordenanzas, remedio de necesidades y el lujo.

Muchos males se hacen por ocasión de los jubileos, yendo juntos hombres y mujeres. Cosa conveniente sería que, pues se pueden ganar por la tarde y otro día, fuesen un día los varones y otro las mujeres.

Correr toros es cosa peligrosísima para la conciencia de quien los manda o da licencia para correrlos ([18]), y a muy muchas personas doctas parece ser pecado mortal, si fuese de manera que no se siguiesen los inconvenientes que se siguen muchas veces. Haga V. S. lo que de su parte fuere, y si no pudiere más, habrá librado su ánima del peligro.

En los pueblos sujetos a esa ciudad, si es como en otras partes, habrá un grande mal, y digno de mucho remedio; conviene a saber, que algunos escribanos del pueblo tienen por trato con alguno otro de la ciudad, de enviarle todas las informaciones, aunque sean de rencillas muy livianas entre vecinos; y aunque se hayan ellas perdonado, va un alguacil allá, y hace tal riza en ellos, que llega a venderles sus bestezuelas y alhajas, de tal manera, qué sé yo de algún pueblo, del cual por sola esta causa se desavecindaban muchos vecinos. El hecho es éste: Vuestra señoría procure de informarse muy particularmente de estas mañas tan perjudiciales, y de los agravios que de parte de la Justicia de esa ciudad reciben los pueblos.

En la visita sería bueno mirar las ordenanzas que tienen los pueblos, porque habrá alguna que convenga quitar o alterar, o añadir otras. Y es buen aviso que quien hace ordenanzas que tenga intención de no obligar a más culpa de lo que la Ley de Dios o la humana obligan por aquel caso, sino a

---

[18] En un memorial inédito al Concilio de Toledo se declara el autor abiertamente contrario a las corridas de toros, por exponerse en ellas a grave peligro la vida humana.

sola la pena.

Muy muchas cosas hay dignas de remedio, que no pueden ser sabidas inmediatamente por los jueces, por muy vigilantes que sean; y por esto es cosa importantísima buscar personas, así en la ciudad como en los pueblos de ella, que teman a Dios, y mandar y encargarles mucho la conciencia, que den aviso de las cosas que han menester remedio, si no fuere de las ocultas; y aun si V. S. podía remediar éstas, guardándose el orden del Evangelio declarado por los teólogos, no como juez, sino como padre, por sí o por tercera persona, les podrá decir V. S, que aun estas tales cosas se le pueden por este orden descubrir. Y tendría por cosa más acertada, que estos tales avisos de lo uno y de lo otro, de la ciudad y de fuera, viniesen al confesor de V. E porque el aviso sería más secreto, y menos cargoso, y más fácil de dar; y en ponerse en efecto esta advertencia, cierto va mucho.

Del grande exceso que hay en los vestidos en esa ciudad, no hablo; porque aunque sea una de las cosas que tienen echada a perder la república, no sé si V. S. tiene mano en lo remediar más de lo que la Pragmática manda; y aunque aquella se guarde, no deja de haber cerrajero en esa ciudad, o lo ha habido, que haciendo su oficio está con jubón y muslos de calzas de carmesí; y ahora hay plateros que también hacen su oficio con jubones de raso y calzas de terciopelo, y oído he decir que bodegoneras se sientan en cojines de carmesí. Pocos años hace que los señores o el rey no usaban más que esto.

No encargo el buen ejemplo que es menester que V. S, y sus oficiales den al pueblo, así en la frecuencia de las confesiones y comuniones, como en todo lo demás, porque creo que se hace mejor que yo puedo decir.

La reverencia a la Iglesia y eclesiásticos encomiendo a V. S no mirando a que somos indignos de ser bien tratados mirando a nosotros, sino a Jesucristo nuestro Señor, que merece que todo lo que a Él toca sea muy estimado y muy bien tratado.

11.—A UN SEÑOR DE ESTOS REINOS

Del conocimiento de Dios y de sí mismo, y cómo se ha de haber con sus vasallos.

La paz en nuestro Señor Jesucristo sea con V. M. I S.

1. Dos cosas pedía en el tiempo pasado el bienaventurado San Agustín a nuestro Señor, diciendo: «Dame, Señor, que me conozca y te conozca».

Cosas son dignas que todos las pidamos, y que ninguno esté sin ellas, si no quiere estar sin la salud. Dos partes tenía el templo de Salomón, y ambas eran santas. Aunque la una era más santa, la menos santa era camino para la más santa. La primera es el conocimiento de sí mismo, que es cosa por cierto *santa*, y camino para el *Sancta Sanctorum*, que es el conocimiento de Dios, donde el Señor responde a nuestras preguntas, y remedia nuestras necesidades, y hallamos una fuente de vida; porque *ésta es la vida eterna*, dice el Señor (*Jn* 17, 3), *que conozcan a Ti y al que enviaste, Jesucristo*.

Y esta cosa tan alta, que es conocimiento de Dios, no se alcanza sin esta otra que parece baja, que es conocerse a sí mismo. Ninguno seguramente miró a Dios, si no se mira a sí mismo. Ni es cosa segura volar alto, sin tener hecho este contrapeso de propio conocimiento, que nos hace sentir bajamente de nosotros, entre las grandes mercedes de Dios. Sabrosamente estarían mirando los discípulos al Señor, cómo se subía a los Cielos el día de la Ascensión. Ya que les quitaba su conversación *Aquel cuya conversación no tiene amargura* (*Sab* 8, 16), hallaban consuelo con estar mirando el camino por donde iba, y el lugar donde iba. Mas ¿qué les mandó hacer el Señor? Por cierto, no que se estuviesen siempre mirando, los ojos al Cielo, aunque parecía cosa justa, mas les fue dicho (*Hechos* 1, 11): *Varones de Galilea, ¿qué miráis al Cielo?*; dándonos a entender que aunque el mirar a Dios es cosa sabrosa, conviene también volver los ojos a mirar a nosotros: lo uno por la reverencia que a Dios debemos, al cual hemos de mirar con vergüenza, teniéndonos por indignos de ello; lo otro, porque cuando un hombre se olvida de sí, luego se engríe, y como no ve sus faltas, pierde el peso del temor santo, y se hace liviano, como nao sin lastre, que pierde las ancoras en tiempo de tempestad: cuyo fin es ser llevada acá y acullá hasta ser perdida.

2. Nunca vi seguridad de ánima, sino en el conocimiento de sí misma. No hay edificio seguro, si no es hecho sobre hondo cimiento. Y es tiempo muy bien empleado el que se gasta en reprenderse a sí mismo; cosa muy provechosa para nuestra enmienda, examinar nuestros yerros. ¿Qué cosa es el hombre que no se conoce y examina, sino casa sin luz, hijo de viuda mal criado, que por no ser castigado, se hace malo, medida sin medida y sin regla, y por eso es falsa, y, finalmente, hombre sin hombre? Pues quien no se conoce, ni se puede regir como hombre, ni se sabe ni se posee a sí mismo; y como sepa dar cuenta de otras cosas, de sí mismo no sabe parte ni arte. Estos son los que, olvidados de sí, tienen mucho cuidado de mirar vidas ajenas, y teniendo los ojos cerrados a sus defectos, tienen más que cien ojos abiertos y velando por saber los ajenos. Estos son los que agravan y

reagravan las faltas ajenas, olvidan las suyas; porque como las ajenas sean de ellos más de continuo y más de cerca miradas, parecen mayores que las suyas, que las miran de lejos, y así, aunque grandes, les parecen pequeñas; de lo cual vienen a ser rigurosos y mal sufridos; porque como no miran su propia flaqueza, no tienen compasión de la ajena.

Nunca vi persona que se mirase, que no le fuese ligero sufrir cualquier falta ajena; y quien maltrata al que cae, testimonio da que no mira sus propias caídas. De manera que si queremos huir de esta ceguedad tan dañosa, nos conviene mirar y remirar lo que somos, para que viéndonos tan miserables, clamemos por el remedio al misericordioso Jesús; porque Él se dice Jesús, que es Salvador, no de otros, por cierto, sino de los que conocen sus propias miserias y las gimen, y reciben, o —no pudiendo— desean recibir los santos Sacramentos, y así son curados y salvos.

3. Y aunque para conocer a nosotros mismos hayan hablado muchas y muchas cosas Dios y los Santos, mas quien quisiere mirar lo que en sí mismo pasa, hallará tantas para desestimarse, que de espanto de su abismo diga: No tienen cabo mis males. ¿Quién hay que no haya errado en lo que más quisiera acertar? ¿Quién no ha pedido cosas, y aun buscándolas, pensando serle provechosas, que después no haya visto que le han traído daño? ¿Quién podrá presumir de saber, pues innumerables veces ha sido engañado? ¿Qué cosa más ciega que quien aún *no sabe lo que ha de pedir a Dios*, como dice San Pablo? (*Rom* 8, 26). Y esto porque no sabemos lo que nos cumple, como acaeció al mismo San Pablo (2 *Cor* 12, 8-9), que pidiendo a Dios le quitase un trabajo, pensando que pedía bien, le fue dado a entender que no sabía lo que pedía, ni lo que le cumplía. ¿Quién se fiará de su deseo y parecer, pues aquel en quien moraba el Espíritu Santo pide lo que no le cumple alcanzar? Grande, por cierto es nuestra ignorancia, pues innumerables veces erramos en lo que más nos conviene acertar.

4. Y ya que una vez Dios nos enseñe lo bueno, ¿quién no verá cuán flaca es nuestra flaqueza, y cómo damos de rostro en lo que vemos que era razón que no cayéramos? ¿A quién acaecido proponer muchas veces el bien, y verse caído y vencido en lo que pensó más verse en pie? Hoy lloramos nuestros pecados con intención de evitarlos; y si estando las lágrimas en las mejillas, se nos ofrece alguna ocasión, llorando porque caímos, hacemos de nuevo por qué llorar. Recibiendo el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con mucha vergüenza de los desacatos que le hemos hecho, y aun habiendo poco que lo tuvimos en nuestro pecho, nos acaece algunas veces por algún pecado echar su gracia de nosotros. ¡Que caña tan vana, que a tantos vientos se

muda! Ya alegre, ya triste; ya devoto, ya tibio; ya tiene deseo del Cielo, ya del mundo e infierno; ya aborrece, y luego ama lo aborrecido; vomita lo que comió porque le hacía mal estómago. Y luego tórnalo a comer como si nunca lo hubiera vomitado. ¿Qué cosa puede haber de más variedad de colores, que un hombre de esta manera? ¿Qué imagen pueden pintar con tantas haces [caras], con tantas lenguas, como este hombre? ¡Cuán de verdad dijo Job (17, 7), que *nunca el hombre está en un estado!* Y la causa es porque al hombre le llaman *ceniza*, y su vida *viento* (Job, 7). Muy necio sería el que buscase reposo entre viento y ceniza. No pienso que habrá cosa más espantable de mirar, si mirarlo pudiésemos, que ver cuántas formas toma un hombre en lo de dentro de sí, en un solo día. Toda su vida es mudanza y flaqueza, y le conviene bien lo que la Escritura dice (*Eccli* 27, 12): *El necio es mudable como la luna*. ¿Qué remedio tenemos? Por cierto, conocernos por lunáticos. Y como en tiempos pasados llevaron un lunático a nuestro Señor Jesucristo para que lo curase (*Mt* 17, 14), ir nosotros al mismo Jesús, para que nos cure como a aquél curó. Aquél, dice la Escritura, que lo atormentaba el espíritu malo, que ya lo echaba *en el fuego*, ya *en el agua*; y lo mismo acaece a nosotros; unas veces caemos en el fuego de avaricia, de ira, de concupiscencia; otras en agua de carnalidad, de tibieza y de malicia.

5. Y si miramos cuántas deudas debemos a Dios de la vida pasada, cuán poca enmienda hay en la presente, diremos, y con verdad (*Sal* 17, 5), *Me han rodeado dolores de muerte, y peligros de infierno me han cercado.* ¡Oh peligro de infierno tan para temer! ¿Y quién es aquel que no mira con cien mil ojos no resbale en aquel hondo lago donde para siempre llore lo que aquí temporalmente rió? ¿Quién no endereza su camino, porque no le tomen por descaminado de todo el bien? ¿Dónde están los ojos de quien esto no mira, las orejas de quien esto no oye, el paladar de quien esto no gusta? Verdaderamente, señal es de muerte no tener obras de vida. Nuestros pecados son muchos, nuestra flaqueza grande, nuestros enemigos fuertes, astutos, y muchos, y que mal nos quieren; lo que en ello nos va es perder o ganar a Dios para siempre. ¿Por qué entre tantos peligros estamos seguros, y entre tantas llagas sin dolor de ellas? ¿Por qué no buscamos remedio antes que anochezca y se cierren las puertas de nuestro remedio, cuando las doncellas locas den voces y les sea dicho (*Mt* 25, 12): *No os conozco?*

6. Conozcámonos, pues, y seremos conocidos de Dios; juzguémonos y condenémonos, y seremos absueltos por Dios; pongamos los ojos sobre nuestras faltas, y luego todo nos sobrará: consideremos nuestras miserias, y aprenderemos a ser piadosos en las ajenas; porque, según la Escritura dice (*Eccli* 31, 18): *De lo que hay en ti aprenderás lo que hay en tu prójimo*. Si

yo me veo caer algunas veces por flaqueza, pensaré también que así puede acaecer a mi prójimo; y como quiero que me sean piadosos en mi yerro, lo he de ser en el ajeno. Cuando me enseñan mis mayores un disfavor y me da pena, he de pensar que así le sienten los sujetos a mí conmigo. Si tengo tristeza, quiero ser consolado; así lo quiere el prójimo. Siento una mala palabra que me dicen, porque digo que soy de carne, y no de hierro; eso me prueba que mi prójimo es de carne también, y se siente. Me pesan las condiciones ajenas y me turban, y querría que las enmendasen, porque no me fuesen ocasión de pecar; eso mismo quieren mis prójimos. De un metal somos todos, y no hay regla mejor para mi prójimo que mirar bien lo que pasa en mí, pues él y yo somos uno.

7. Quien esta misericordia tiene con su prójimo, seguramente se puede llegar al conocimiento de Cristo, y será de Él remediado, porque *los misericordiosos alcanzarán misericordia* (*Mt* 5); mas de otra manera, oirá lo que la Escritura dice (*Prov* 21, 13): *Quien cerrare la oreja a la voz del pobre, llamará él, y no será oído*. Pobre es todo hombre, y no hay quien no tenga alguna necesidad; miremos bien si nos hacemos sordos a ella que así se hará Dios a las nuestras. Ni piense nadie que le medirá Cristo con otra medida, que con la que él a su prójimo mide (*Mt* 7, 2). No piense alcanzar perdón quien no da perdón. Desgracia hallará el desgraciado, y pesadumbre el pesado, e injuria el injuriador, y caridad el caritativo; porque sembrar espinas en el prójimo y querer coger de Dios higos, no es, cierto, posible (*Lc* 6, 44).

Y porque muchos no miran esto, hay pocos que suavemente sean tratados de Dios, y muchos quejosos que Dios se olvida en remediar sus penas. Y se maravillan cómo Dios les envía trabajos de dentro y de fuera, mayormente llamándose misericordioso y hacedor de misericordias, y convidándose a los hombres a que vayan a pedir a Él socorro en sus fatigas. Llaman, piden y buscan, y no hallan remedio, y de ahí les viene la queja; mas si no fuesen sordos a la ley santa que Dios nuestro Señor en su Evangelio tiene publicada diciendo (*Mt* 7,2): *Con la misma medida que midiereis seréis medidos*, verían claro que ellos son los que faltan a sus prójimos, y faltan a Dios en ellos, y por eso les parece que Él falta a ellos. Quéjense de sí, que no tienen caridad con su prójimo; que Dios muy mucha tiene; y no es razón, ni quiere hacerla con quien con su prójimo no la hiciere. Y si alguna vez Él da bienes temporales al que es malo contra sus prójimos, ¿qué aprovecha al malo tener otros bienes, si a él se tiene perdido? Mas cosa, como dicen, que le entre en provecho, no le darán sino con condición que él sea el que debe con su prójimo.

8. Conozcámonos, pues, y seamos con otros cuales queremos que con nosotros sean; y pasemos de nosotros a Dios; del *Sancta* al *Sancta Sanctorum*; y alcemos los ojos al Señor puesto en cruz por nuestra salud, y en Él veremos tantos y más bienes, que en nosotros vimos males. Y si mirando a nosotros, nos entristecemos considerando nuestros grandes pecados pasados y peligros venideros, mirando a Él nos alegraremos, considerando cuán de verdad y con cuánta sobra pagó lo que debíamos, y nos ganó fuerzas para ser más fuertes que nuestros enemigos, Él nos asegura de nuestros peligros, con condición que nos arrimemos a Él. ¿Qué temerá, Señor, quien te sigue? ¿De qué se espantará quien te ama? ¿Quién podrá empecer [dañar] a quien te tomare por defensor? O ¿cómo podrá el demonio llevar a quien está en Ti incorporado? O ¿cómo dejará de amar el Padre Eterno al que ve estar en su Hijo *como sarmiento en la vid*? O ¿cómo no amará el Hijo el que ve que lo ama a Él? Y ¿cómo desamparará el Espíritu Santo al que es templo suyo?

Mayores bienes tenemos en Cristo, que en nosotros males; más hay por qué esperar mirando a Él, que por qué desconfiar mirando a nosotros. Ni hay otro consuelo ni arrimo para quien de sí está desconsolado, sino mirar a este Jesús en la cruz, al cual puso Dios por remedio de todos los heridos de bocados de serpientes espirituales. Y como en otro tiempo (*Num* 13) mandó poner una serpiente de metal, para que todo hombre que mirase en ella fuese sano de la mordedura de las víboras corporales, quien a Él mirare con fe y amor, vive; quien no le mirare, de verdad morirá.

9. Quien se siente llagado y entristecido, mire aquí, y se alegrará, como hacía David cuando dice (*Sal* 41, 7): *En mí mismo mi ánima fue conturbarla; por tanto, me acordaré de ti, de la tierra de Jordán y Hermón y del monte Pequeño*. Quien a sí se mira y ve tantas abominaciones, se turba muy de verdad; y no hallando hora bien gastada en toda su vida, ve sus males muchos y grandes, y sus bienes pocos y flacos, ¿qué hará sino turbarse quien delante de Juez tan estrecho tiene mala cuenta? Que acordándose de Cristo, mirando lo que obró *en la tierra de Jordán y monte Pequeño*, y gimiendo sus males, y recibiendo los santos Sacramentos, viviendo en obediencia de los mandamientos de Dios y de su Iglesia, ose esperar como hijo la herencia del Cielo. Y también se acuerda de lo que obró el Señor en los montes de *Hermón*, que son muchos, y en el *monte Pequeño*, el cual ahora sea Oreb, donde Dios dio la Ley, ahora otro monte, poco nos va a los cristianos, a los cuales Jesucristo nos abrió el sentido para entender las Escrituras; y aquél las entiende que en ellas entiende a Cristo, el cual está en ellas encerrado, como grano en espiga, y como el vino en la

uva. Y, por tanto, *el fin de la Ley es Cristo* (*Rom* 10, 4), porque toda ella va a parar a Él. Los montes de *Hermón* —así fuera de tierra de promisión, como en ella—, y el *monte Pequeño*, a un monte significan, que se puede decir con razón de *Hermón* y *Pequeño*. Este es el monte Calvario, donde nuestra redención fue obrada por el derramamiento de la sangre del Hijo de Dios. Y para que sepamos cuán bien le conviene el nombre, es de saber que *Hermón* quiere decir maldición. Pues ¿qué mejor se puede decir Calvario, que por nombre de *maldición*, pues era el lugar donde llevaban a ajusticiar a los malos, que llama la Escritura *malditos* por ser castigados? Y porque Cristo vio que nosotros estábamos malditos por nuestros pecados, y condenados a maldiciones eternas, quiso por su inmensa caridad tomar Él nuestras maldiciones sobre Sí, quiero decir, el castigo de nuestros pecados, para que viniese su bendición sobre nosotros. Y esto dice San Pablo de esta manera (*Gal* 3, 13): *Cristo fue hecho por nosotros maldición, para que la bendición viniese sobre las gentes*. Él era bendito, nosotros malditos; trocamos personas, tomó Él el lugar de maldito, que era el tormento de cruz que se debía a nosotros, y tomamos nosotros la amistad de Dios y el ser hijos suyos y herederos del Cielo, con otras mil bendiciones que eran de Jesucristo bendito, y en el cual siempre moran. ¡Oh maravilloso trueque: que la vida muera para que la muerte viva! La bendición es maldita, para que la maldición sea bendita; es herido el sano, para que sane el enfermo; el Hijo como esclavo tratado, y el mal esclavo es adoptado por hijo; tratan cruelmente al que merece misericordia, y cae el buen tratamiento y regalo sobre quien merece el infierno. ¿Qué diremos? Prenden al que no hizo por qué, y sueltan al culpado; paga el justo por los pecadores, y la inocencia es condenada, y el culpado, justificado; que escogió Cristo los trabajos nuestros y nos da sus descansos. ¿Qué diremos a tal caridad, sino de día y de noche bendecir a este Señor, que tanto a su costa obró nuestra salud y remedio?

10. Este es verdaderamente el monte de *Hermón* y *monte Pequeño*, y tan de verdad, *que fue estimado*, como dice Isaías (53, 2), *por el más bajo de los hombres*. Por lo cual el mismo Señor dice (*Sal* 21): *Gusano soy, y no hombre; deshonra de hombres y abatimiento del pueblo*. ¡Oh honra de hombres y ángeles!, y ¿cómo eres *deshonra de hombres*? Ensalzamiento del pueblo del Cielo y del suelo, ¿quién te hizo *abatimiento del pueblo*, sino tu gran caridad, que por honramos sufriste tantas deshonras? Que como dicen a uno muy inhabilitado que deshonra su linaje, así decían de Ti que deshonrabas al linaje humano. ¡Bendito seas sin fin, que toda la honra, que todo el linaje de los hombres tiene, es de Ti y por Ti! La cual le diste

juntándote con ellos, haciéndote hombre, y muriendo por el hombre; y los ensalzas tanto, a ser iguales a ángeles y aun a serafines si quieren serlo, y que de hijos del pecado de Adán, sean hechos hijos de Dios y herederos del Padre, juntamente herederos contigo y hermanos tuyos; ¡y eres, Señor, llamado *deshonra y abatimiento* del pueblo! ¡Te abatiste, Señor, para ensalzarnos; y te abatiste más que todos los hombres juntos, para que fuésemos ensalzados sobre los ángeles! ¿Qué te daremos, Señor, por tantas mercedes sino conocer entrañablemente que por Ti tenemos y valemos y somos agradables a Dios, y darte gracias y alabanzas porque un tal como Tú por unos tales como nosotros te ofreciste a padecer tantos trabajos? Te apocaste en el monte Pequeño, para ensalzarnos en el monte grande; moriste en el monte, para que viviésemos en el monte del Cielo. Y por la maldición que allí cayó sobre Ti, nos ganaste y darás aquella bienaventurada bendición tuya (*Mt* 25): *Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os esta aparejado*. A Ti, Señor, maldijeron, y Tú nos has de bendecir; Tú ser muerto, por darnos vida; tu trabajo nos ha de dar descanso. Pues que fuiste juzgado, es razón que seas Juez.

11. Alegrémonos, pues, muy ilustre señor, que quien tanto nos ama ha de ser nuestro Juez; y seguramente iremos a juicio, siendo el Juez nuestra carne y sangre. Si no sabemos lo que hemos de hacer para agradar a Dios, miremos a Cristo, y Él nos enseñará en la cruz la mansedumbre, que aun con los males no maldice a quien le maldice; no se venga, aunque puede, de quien mal le hace; desprecia la honra, la riqueza, el regalo; y, por obedecer la voluntad del Padre, se pone a riesgo de cruz. Quien no sabe ciencia, venga a oír este Maestro sentado en su cátedra. Quien quiera oír buen sermón, oiga a Cristo en el púlpito de la cruz, y será libre de errores, porque *la Verdad*, que es Él, *lo librará*. Y si somos mudables y flacos en el obrar, *miremos al Autor de nuestra fe* (*Hebr* 12, 2) cuán clavado está en la cruz de pies y manos, y tan sin moverse, para hacernos a nosotros por su gracia firmes en el bien y perseverantes.

Quien a Cristo va a que le cure del mal de la mudanza, le dará Él una firmeza como a Ana, madre de Samuel, de la cual se dice (1 *Reg.,* 1) que *su rostro no se mudó más en cosas diversas*. Quien en Cristo está, no se anda acá ni acullá, mas está firme en el bien, según dice la Escritura (*Eccli* 27, 12), que está *firme como el sol*, cuya luz no se mengua. Porque quien en Cristo está, participa de Cristo; y así como Cristo es justo, así él es justo, aunque no tanto; Cristo firme, él también. Porque así como en un cuerpo no hay más de un espíritu, que se derrama por todos los miembros, y todos viven una vida humana, y no una vida de hombre y otra vida de león o de

otro animal, así todos los que están en Cristo viven del espíritu de Cristo, como el sarmiento de la vid y los miembros de la cabeza. Y quien este espíritu tiene, es semejable a Cristo, y de las condiciones de Cristo, aunque, como he dicho, no en tanto grado como Cristo. Y quien no tiene espíritu de Cristo, oiga a San Pablo, que dice (*Rom*, 8, 9): *Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, éste no es de Cristo*.

12. Mírese, pues, y remírese el hombre si tiene dentro de sí conformidad con Cristo; y así, ligero le será guardar las palabras de Cristo, pues tiene dentro su condición. Y si no, váyase a Cristo y pídale su espíritu, con el cual sea hecho firme, como le pedía David (*Sal* 50, 11): *Con el espíritu principal confírmame*. Porque poco me aprovechará haber venido Cristo al mundo, si no ha venido a mi corazón. Cristo trajo consigo bondad, paz, gozo en el Espíritu Santo, con otros muchos bienes; si yo vivo en maldad, guerra, y tristeza y malos deleites, no mora Cristo en mi ánima, y tanto será para mí, como no haber venido al mundo, salvo para mi mal, porque seré más castigado por no haber querido recibir la salud que tan de buena gana me ofrecían. Cristo por todos murió, y a todos quiere recibir; vamos a Él, siquiera por darle placer, y no dejemos que tantos trabajos y tan preciosos vayan sin fruto. El precio de ellos nuestras ánimas son, si las llevamos a Cristo. Derribémonos a sus pies, condenando nuestras maldades y mala vida pasada, desconfiando de nuestro poder y saber y valer; y perseverando en pedir, buscar y llamar nos henchirá de fuerzas para obrar, y de saber para acertar, y de perseverancia para no faltar, según está escrito (*Is* 40, 31): *Los que confían en el señor mudarán la fortaleza; tomarán alas como águilas, volarán, y no faltarán*. Y pues en Cristo hay más bienes que en nosotros males, vamos a Él, conociéndole por nuestro remedio, porque así no desesperemos por nuestros males, mas nos gocemos en sus muchos bienes.

13. Esto me parece, muy ilustre señor, que bastaba para comienzo de una persona que se quiere llegar a Dios. Mas porque en V. S. hay dos personas, tiene necesidad de dos reglas. En cuanto es persona particular, basta lo dicho. En cuanto es persona que tiene cargo de tantos, es necesario que más y más mire por sí. Porque muchos hay que, cuanto toca a su conciencia particularmente, son buenos; y faltan en ser buenos señores, porque lo segundo es más dificultoso y obra como de persona acabada; y se funda sobre la primera bondad, y pasa más adelante. Quien para sí mismo no es justo, no lo será para cuanto toca a los otros; mas no basta ser justo para cuanto toca a su sola persona quien tiene cargo de otros. Bueno era Heli en cuanto a su persona: mas no era bueno en cuanto a sus hijos, pues los

dejó de castigar, y fue él gravemente castigado de Dios. De manera, que bondad doblada han menester los señores, pues tienen la persona doblada.

14. En cuanto a esto segundo, qué es persona de todos, parece que otro espejo no hay mejor en que el señor de otros se mire, que es en el Señor de hombres y ángeles, cuya persona representa. El que en lugar de otro está, razón es tenga las condiciones de aquel cuyo lugar tiene. El señor de vasallos, lugarteniente es de Dios, el cual ordena que haya en la tierra buenos que rijan y manden, y otros que obedezcan. *Y quien a éstos resiste*, dice San Pablo (*Rom* 13, 2), *a la ordenación de Dios resiste*, el cual dejó todas las cosas debajo de orden. Pues mire el hombre qué es el oficio de Dios para con el hombre, y sabrá ser él señor para con sus hombres.

15. Dios castiga a quien yerra, sin aceptar persona alguna, y tan de verdad, que ninguno tiene Él tan privado, que si hace por qué, no se lo pague muy bien pagado; y aun *a su propio Hijo no perdonó* (*Rom* 8, 32), no debiendo cosa alguna, mas porque se obligó a pagar pecados ajenos. Muy lejos está, por cierto, de aceptar personas quien a su Hijo unigénito, y tal Hijo, y tan amado, castiga, y tan recio, y por pecados ajenos. Ninguna cosa ha de inclinar al que rige para dejar de hacer lo que debe; mas estar derecho como la lengua [el fiel] del peso, que ni acá ni acullá se acuesta [se inclina], para que lleve cada uno lo suyo. Toda la república iría perdida y errada, si las cosas públicas se torciesen por afecciones particulares; y en aquel punto una persona deja de ser pública, cuando se acuesta a la particular. Y pues que el propio provecho no ha de torcer al que rige, cuánto menos por el ajeno, pues a ninguno debe tanto como a sí. Cristo, dechado es de todos, no sólo cuanto toca a la conciencia particular, más aun cuanto toca a ser persona pública: porque Él fue Rey y es, aunque no a la hechura de este mundo. Mas estando en la silla de la cruz dijo a su Madre (*Jn* 19, 26): *Mujer, ves ahí tu hijo*; para dar a entender que quien está en silla de persona pública ha de renunciar todo particular amor, aunque de su propia madre sea. Y este ejemplo nos dio Él cuando algunas veces respondía ásperamente a su Madre bendita, para decirnos cuánto nos debemos guardar de nuestras particulares afecciones, aunque otros se enojen y nosotros suframos alguna pena, antes que siguiéndolas descontentar a Dios.

No hay cosa en que tanto los señores deben mirar para estar bien con Dios y con los hombres, cuanto —de verdad, y delante de Dios, y que salga de corazón— estar siempre en el fiel sin acostar acá ni acullá; y esto hará ligeramente el señor que pensare que no es sino ministro de Dios, y como un mero ejecutor, que no puede hacer más de la comisión que le dieron. No

para hacer ni deshacer pone Dios a los señores, mas para ejecutar las leyes de Dios y de su santa voluntad. Y si se dicen señores, son debajo de universal Señor, en cuya comparación son tan vasallos como sus vasallos, y tienen tan limitado el poder como ellos, cuanto toca a torcer de lo que debe hacer. Aquel será, pues, más favorecido y querido, que más justicia tuviere: y más castigado, quien más lo mereciere. Y en esto parecerá el señor al verdadero Señor, que *sin aceptar personas* (*Sab* 5) da a cada uno según sus obras, y algunas veces castiga más a los más privados [íntimos, cercanos], porque era razón que menos le ofendiesen, y porque no piensen que, por ser amados, han de tomar ocasión de hacer lo que quisieren y lo que no es razón. Tanto debe durar la amistad cuanto la bondad, y la enemistad cuanto la maldad: porque de otra manera, *¡ay de los que dicen al bien mal, y al mal bien!* (*Is* 5. 20).

16. Debe también V. S. mirar cómo le puso Dios en ojos de muchos, que aquello tienen por regla lo que ven a él hacer. Haga cuenta que está puesto en alto, y que su habla y vestidos son de todos mirados, y de los más son seguidos. Si un traje se trae en palacio, si una habla se usa, aquello procuran todas de usar. Y si se usase entre señores *a quien les da una bofetada parar el otro carrillo* (*Mt* 5, 39), y aborrecer los pesados, y tener por grandeza el obedecer las leyes de Cristo, sin duda los bajos tendrían por honra hacer lo que ven hacer a los altos. Y, por tanto, creo que de las más ánimas que se pierden son causa Prelados de Iglesia y señores del mundo. Mírese V. S. con cien ojos en cuanto persona particular, y con cien mil por ser persona a la cual miran muchos y se han de ir tras de ella; y tenga su persona y casa tan concertada como la Ley de Cristo quiere, porque quien quisiere imitarla, imite a Cristo, y no halle cosa en que tropezar. El pueblo, sin falta, es como mona. Miren los mayores lo que hacen, que aquello ha de ser seguido, o para la salvación de ellos, si buen ejemplo dan, o para su condenación, si malo. Y esto sólo debería bastar para que los señores viviesen como unos santos, aunque les fuese trabajo, mirando cómo el Hijo de Dios, Señor nuestro, no quiso ser Rey, sino con sus trabajos dar descanso a sus súbditos, y huyó de prosperidades y honras, por no dar ocasión de pecar a los suyos, los cuales pensarían que pues Él las seguía, ellos las debían buscar. Todo es barato por hacer que Dios sea servido.

Y sea la final conclusión, que cuanto uno más mirare e imitare a Jesucristo, tanto será mejor hombre y mejor señor, porque en Él comencemos y acabemos.

12.—A un señor de estos reinos

Cómo se ha de aprovechar de la Cuaresma para sentir en la Semana Santa lo que nuestro Señor padeció. Trátase de la gravedad del pecado y del remedio de la penitencia.

Muy ilustre señor:

1. Vuestra señoría sea venido enhorabuena a su casa, que así lo creo yo que será; porque lo menos bien del propio rincón, es más bien que lo mejor de la corte. No quisiera que tiempo tan santo como entre manos tenemos se celebrara donde tan mal se podía celebrar. Y por eso nuestro Señor le trajo a su reposo, para que con él piense despacio los grandes misterios que en estos días acaecieron. Límpiese V. S., para con limpio corazón comer del Cordero, no ya en figura, mas en verdad; no ya temporal, mas eterno; no hijo de oveja, mas Hijo de Dios en el Cielo, y de Virgen en la tierra. Razón es que este Cordero, aunque es dulce, *se coma con lechugas amargas* (*Ex* 12, 8); porque nuestra es la culpa del sinsabor que tenemos, que no de Él. Nosotros hicimos cosas para que sea menester arrepentir y llorar; que Dios todo es dulce, y fuente de agua muy sabrosa. Mas ya que no tuvimos seso para mirar que no nos ha hecho Dios obras para enojarle, tengámoslo para tener enojo nosotros de lo que dimos a Él.

¡Oh señor, y qué amarga cosa es haber pecado, y cuán presto se hace llaga en el ánima, y cuánto tarda en ella el arrepentimiento! ¡Cuántas lágrimas hace derramar! ¡Cuánto quebrantamiento del corazón! ¡Cuán terribles tormentos, viendo que el ofendido es omnipotente para castigar, y que todo se hace delante de sus ojos para no ignorar cosa, y que aborrece tanto el pecado, que ninguna amistad hay tan firme con Dios, que si el pecado entra en medio, no basta a deshacerla! Gran dolor es, señor, haber pecado, y espina es que nunca sale mientras en esta vida un hombre viviere. Porque si no sabe que le está perdonado, ¿qué lugar tendrá el corazón de alegría, que sabe estar sentenciado para el infierno por los pecados que ha hecho, y no sabe estarle revocada la sentencia? ¿Cómo se alegrará quien no sabe si la misericordia que ha pedido se le ha concedido, por falta de él, no sabiendo pedir como Dios quiere, y no por falta de Dios, que a los que verdaderamente se convierten a Él muy de verdad los perdona? En pecando Adán y Eva, luego *se escondieron*, y temieron la voz de Dios. Y en pecando un hombre, luego viene en temor, que quiera o no.

2. Y si alguna vez quiere la bondad de Dios quitar este temor, y con secretas inspiraciones y con caricias alegrar al hombre, dándole a entender

por algunas señales que está perdonado, diciéndole (*Lc* 7, 48): *Tus pecados te son perdonados, vete en paz*, que es lo que [David] más deseaba, diciendo (*Sal* 50, 10): *A mi oído darás gozo y alegría, y se gozarán los huesos humillados*, se quitará entonces el temor, mas no el dolor. Y no sólo no se quita, mas se acrecienta; porque viendo la bondad del Señor que con él usa en perdonarle, mereciendo castigo eterno, se enciende todo en amor el que tanto conoce deber. Y de este mayor amor nace mayor dolor; porque así como la sombra sigue al cuerpo, así el dolor de la ofensa viene del amor del ofendido, y crece con él y descrece con él; porque viéndose uno más amado, más ama; y mientras más ama, más le desplace hacer ofendido a quien ama. De ahí es que aunque sepamos ser perdonados, no debemos dejar de tener dolor, si del todo no queremos ser tan muertos al amor que Dios nos tiene, que con ninguna cosa le respondamos.

Comamos, pues, señor, *lechugas amargas* ahora, para que en la semana del Cordero por nosotros amargado, podamos tomar parte de sus amarguras, y recibiéndole en nuestras entrañas, sentir alguna cosita de sus dolores. Porque quien no llora sus propias amarguras que a Dios dio pecando, ¿cómo llorará las que los otros le dieron cuando le crucificaron? Y por eso la santa Iglesia nos da esta Cuaresma de término para deshacer con penitencia los malos tratos que entre año hemos hecho, llorando de lo que nos reímos, contradiciendo lo que abrazamos, pareciéndonos mal lo que antes nos agradó, para que así, quitados los pecados de en medio, vengamos a tomar parte de las penas que nuestro Señor pasó, lo cual es de amigos y no de enemigos.

3. Y si V. S. pregunta, ¿qué pensaré para que me dé gana de llorar mis pecados?, le digo yo que lo principal sea que por lo que él hizo, mataron a su Padre, que es Cristo. No sé yo qué hijo habría, que por una cosa que hubiese hecho viniese tanto mal a su padre, que le quitasen la hacienda y casa y la ropa, dejándole desnudo en camisa, después le deshonrasen, difamasen con extremo abatimiento, y no parase en esto el negocio, mas le azotasen, y atormentasen, y después matasen, y todo esto por lo que el hijo hizo; no sería el hijo tan malo por malo que fuese, que no le penase en el corazón lo que había hecho, pues pudiera ligeramente excusar donde tanto mal le vino a su padre. Dígame, señor, ¿quién empobreció a Cristo? ¿quién lo cansó? ¿quién lo deshonró? ¿quién lo azotó? ¿quién lo corrió y crucificó? ¿Por ventura lo hizo otro que nuestro pecado? Yo le afligí y entristecí con mis malos placeres; yo le deshonré por ensalzarme malamente; los deleites que yo en mi cuerpo tomé le pararon tal a Él su cuerpo atado a una dura columna; y porque yo quise vivir vida mala, perdió Él su vida buena. Pues

¿cómo tendremos alegría, habiéndose hecho tan mala obra a quien tantas buenas nos hizo? ¿Por qué toda criatura no había de vengar los males que contra el Criador hicimos? No se puede echar, señor, más carga ni mayor, sobre nuestros hombros para hacernos llorar y aborrecer los pecados, que decirnos que padeció Cristo por ellos lo que padeció. No hay cosa que así nos humille y nos haga estimarnos en poco, como saber que fuimos causa de la muerte de nuestro Señor. ¡Oh quién lo supiera antes que hubiera pecado, para morir antes que pecar! Se pensaba el hijuelo que no hacía nada en lo que hacía; después vino a pesar tanto, que el mismo Dios se puso en la cruz por el contrapeso que el pecado hacía. ¿Cómo podemos mirar al Padre que nosotros pusimos por nuestras locuras en tan grandes trabajos? ¿Y cómo este Padre nos quiere mirar y no nos aborrece, deshonradores de Él y verdaderos patricidas, y que merecen no cualesquier tormentos, mas muy crueles?

4. ¡Oh divina bondad, y hasta dónde llegas! Nos espanta que estando en la cruz rogaste por quien en ella te puso, y deseaste el bien de quien tantos males te hacía. Yo digo que no sólo con aquéllos te mostraste benigno, mas con todos los del mundo hiciste lo que con aquéllos. Porque sí por los que te crucificaron rogaste, todos te crucificamos; y aquellos pocos y todos te debemos aquella oración, y quizá algunos más que los ignorantes sayones que presentes allí estaban crucificándote. Todos, Señor, conspiramos en tu muerte, y a todos conviene lo que dices (*Lc* 23, 34), que *no saben lo que hacen*. ¿Quién, Señor, tan mal te quisiera, que si supiera que el fruto de sus malos placeres tan caro habían de costar a tu Real Majestad, no reventara antes que ponerte en aprieto tan grande? Perdona, Señor, perdona, que no supimos lo que hicimos y ahora que nos lo has declarado, enseñándonos en tu santa Iglesia que por pecados moriste, y que burlando yo hice. Tú lo pagas tan de veras, ¿qué será si a sabiendas reiteramos la causa de tu muerte penosa? No es razón, señor, que queramos bien a quien a nuestro Padre mató; y pues los pecados le mataron, aborrecerlos tenemos, si te amamos a Ti.

5, David dice (*Sal* 96, 10): *Los que amáis al Señor, aborreced la maldad;* y tiene razón, porque pecado y Dios, bandos son contrarios, que es imposible contentar a entrambos. Escoja el hombre de cuál quiere ser: que es imposible al hombre ser de entrambos, porque cualquiera de ellos quiere servidores leales y que mueran por ellos. ¿Qué escogeremos, señor? *¿Él cieno de los aljibes rotos, o la vena de las aguas vivas?* (*Jer* 2, 13). Señor, ¿qué escogeremos? ¿ser malos con el mundo, o buenos con Dios? ¿qué escogeremos? ¿de buscar privanzas de criaturas, o de Criador? ¿Qué en fin?

¿arder con los demonios en el infierno, o reinar con Dios en el Cielo? *¡Oh hijos de Adán!, ¿hasta cuándo seréis de corazón pesado?* (*Sal* 4, 3). Y convidándonos con la verdad que para siempre ha de durar, y hace durar a los de su bando, ¿queréis seguir la vanidad, que hace parar en nada a los de su bando? ¿Hasta cuándo cosquearéis [cojearéis] a una parte y a otra, ya siendo de un bando, ya siendo de otro? Seguid el uno, y sea el de Dios; porque Él sólo basta a hacer dichosos a los que le sirven.

6. Ya Cristo ha muerto al pecado: ¿por qué seguís bando de muerto, y queréis dar vida a vuestro capital enemigo? No améis al pecado, y no vivirá; mas trabajad en deshacerlo con dolor y penitencia, para que se deshaga el que hicisteis amándolo. Sacadlo afuera para que sea juzgado y reprendido y condenado, lo cual se hace cuando lo confesamos; y de ahí adelante tenedlo por capital enemigo, trabajando por contradecirle, estorbándolo doquiera que pudiereis, que no ose aparecer delante vosotros. Porque el amador de Dios, si tiene entrañable aborrecimiento al pecado, trabaja por alanzarlo de sí y de los otros, deseando que la honra de Dios vaya siempre delante, y que en todos reinase Él, pues a todos creó y por todos murió.

Esto, muy ilustre señor, he acordado [recordado] a V. S, para cumplir con la fidelidad que le debo, y por eso le aviso se guarde de este traidor enemigo de Dios: haciéndole saber que si con Dios quiere privar [intimar], otro medio ni remedio no hay, sino hacerse muy entrañable enemigo de todo pecado.

7. Y porque este aborrecimiento es dádiva de nuestro Señor, se le ha de pedir muy de corazón y con mucha humildad y fe; y se ha de buscar con buenas obras, y ayunando y rezando, y dando limosnas, y satisfaciendo lo que debemos, porque quitemos los estorbos al Espíritu Santo; mirando por la justicia de sus vasallos sin inclinarse a una parte ni a otra; mas así como es lugarteniente de Dios para con ellos, así sea semejable a Dios en el tratamiento, en aparejarse a sufrir más que a ser sufrido, y no torcer por pasión alguna, como Dios no tuerce. Qué razón es que quien está en la silla de uno sea semejable a él; y pues en la honra tiene lugar de nuestro Señor, téngalo en la carga, téngalo en el celo del bien común. Ninguno haya, por chico que sea, que no sienta provecho y consuelo de tener tal señor, como ninguno hay en el mundo que no sienta provecho de Dios. Es el señor con el pueblo como el ánima con el cuerpo; lo ha de consolar, avivar, calentar, sustentar y entrañablemente amar, y sentir mucho lo que al pueblo acaece, como siente el ánima lo que al cuerpo se hace; para que siendo semejable al Señor Jesucristo, que buscó el bien de los suyos, aunque con trabajo y

pérdida propia, vaya a reinar con Él para siempre a donde dé por bien empleadas los trabajos que acá hubiere pasado.

13.— A una mujer

Trabajada de peligrosas tentaciones: le avisa que se esfuerce a padecer, porque el fruto que se cogerá de los trabajos será grande sí lo sabe llevar.

1. *¡Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice el Señor Dios vuestro! Hablad al corazón a Jerusalén, y llamadla, porque cumplida es yo su pena y perdonada su maldad* (*Is* 40, 1). Confiad, hermana, que estas palabras dicen a vos, y manda que os consoléis con su favor que os defiende, aunque los infernales poderes y adversarias maldades trabajen por derribaros. Porque si muy cuidadosos andan en perseguiros, más lo está Cristo en abrigaros y defenderos, y sacaros de la guerra llena de muchas coronas, más alegres, cierto, y de estimar, que es la tribulación que tenéis para lastimar. ¿Qué habéis? ¿Qué os lastima? ¿Qué os espanta? Vuestro Dios es salud de estas *llagas*; no miréis a ellas; *y en el día que os las acabare de atar* (*Is* 30, 26) *resplandecerá a vos un sol siete veces más luciente que el que antes de este trabajo os lucía*. Serán vuestras espirituales prosperidades muy aventajadas a las pasadas, pues lo que ahora padecéis es más amargo que lo pasado. Porque estas tales avenidas de angustias, víspera suelen ser de abundancia de espirituales regocijos; como las tribulaciones de Job (42, 10) fueron mensajeros de doblada hacienda y descanso que Dios le dio. Lo amargó, y después lo consoló; lo probó y lo coronó; se le escondió un poco, mas después se le mostró más dulce que primero airado. Esta es la condición del Señor con los suyos; los mortifica aun hasta parecer que los mete en tormentos de infiernos; mas los saca y los alivia sin que la ballena pueda retener ni empecer [dañar] al que tragó (*Jn* 2).

2. Mucha soberbia tienen los demonios, nuestros adversarios, y dicen que nos tragaran; mas digámosles; *Juntaos contra nosotros, que vencidos habéis de ser; entrad en consejo, que destruido será, porque Dios es con nosotros* (*Is* 8, 9). No os pase, hermana, por pensamiento temer estos infernales lobos; que el que una vez en la cruz los venció, los ha vencido y vencerá en vos, y los despojará con gran deshonra suya. Y aunque os parezca ser la guerra brava y el enemigo fuerte, que os haga temer, no desmayéis; porque el Señor dice (*Is* 49): *¿Por ventura será quitada la presa del fuerte?, y lo tomado por el robusto ¿podrá ser salvo?* Verdaderamente

será quitado el cautivo de la mano del fuerte, y se salvará lo que el fuerte había tomado; y esto porque la mano de Dios peleará por vos, y pasará sobre vos como aves que vuelan, defienden y abrigan con sus extendidas alas a los pollicos que mucho aman.

3. ¡Oh si viesen nuestros ojos el celo de Dios, con que guarda a nuestras ánimas, y cuán en salvo las tiene cuando ellas piensan que están ya perdidas! Hacia arriba suelen arrojar el vidrio los que quieren enseñar cómo saben recibir lo que lo que arrojan en alto; y si el vidrio sintiese, temblaría de verse echado en alto, e ir a caer en las piedras duras, donde parece que se ha de hacer doscientos pedazos; mas socorre la mano de quien lo arrojó, y lo toma en sí sin lesión. Y así vos, viéndoos sacada de vos, y combatida de fuegos tan vivos y penas tan crudas, teméis y tembláis, pensando que os habéis de hacer pedazos y caer en ofensas de nuestro Señor; mas pensad que el Señor que en ese trabajo os puso, Él mismo os sacará de él. Ése que se os esconde porque padezcáis, está muy cerca de vos para defenderos; que de otra manera estuvierais diez mil veces tragada de la crueldad de vuestros contrarios. Él os arroja, y Él os recibe; Él mueve el alboroto en la mar, mas Él os guarda porque no os ahoguéis; porque lo que sentís no lo hacéis vos, sino lo sufrís; y por eso quien lo hace, que es el demonio, ése lo pagará. Bien ve Dios vuestro corazón, que es amador de sus mandamientos, y aborrecedor de sus ofensas; el cual os guarde, como lo ha hecho; que de lo que el demonio os trae no tengáis cuidado, pues aunque sea feo y os duela, no os vendrá por ello mal.

4. Cosas son éstas que a muchos suelen acaecer, y no sólo las que vos tendréis, mas sin ninguna comparación otras mayores, y que parecen traslado del mismo infierno, y del fuego y lenguaje que allá hay. Mas no por eso deja Dios sus ánimas; antes cuando todo el humano consejo y fuerza ha faltado, entonces corre con su poderosa mano, y quitando la copa del amargor de la boca, da por ella diez mil consuelos. Y se conoce la persona por flaca, pues vio por experiencia su grande miseria; y conoce la fuerza y maldad de sus enemigos, y procura de huir más de ellos y arrimarse más a Dios, el cual sólo ve ser bastante a librarla de tales refriegas; y así saca de los males pasados luz para tenerse en menos, y mayor confianza en su Dios, y grande cautela para más recatadamente vivir, por haber conocido las traiciones y maldades de los demonios. Lo cual no es de tener en poco; porque así como nuestra vida consiste en conocer y amar a Dios, así es grande parte de los espirituales avisos conocer al demonio, no para amarlo y honrarlo (que esto para Dios es), sino para huir y escapar de sus lazos, los cuales de pocos son conocidos, aunque les parezca que conocen a Dios. Y

por eso es de estimar en mucho el provecho que de estas refriegas se saca, porque se hace el ánima experimentada en la guerra contra este astuto enemigo. Y estas cosas y otras muchas saca el benigno Señor de estos males en que nuestro adversario nos querría hacer caer, y así le hace perder lo que pensaba ganar, y hace burla de él, purificando y aprovechando el ánima por el medio que él pensaba dañar.

5. Y pues os habéis ofrecido al servicio de Cristo, y no sois vuestra desde el día de vuestro bien, no le tengáis por olvidadizo pastor; pues si olvidaros quisiera, no os llamara, ni halagara, ni os hiriera tan dulces promesas. *Acordaos, en el día del mal, del día del bien* (*Eccli* 11, 27), para que no os derribe lo presente, templándolo con lo favorable de entonces. Y pensad que si Cristo no os amara, no os levantara ni diera la joya. Y pues sabéis que por Él comenzasteis este camino, y que le habéis deseado agradar, y según vuestra flaqueza lo habéis procurado, *no deis tal mancha en vuestra honra* (*Eccli* 33, 24) que así perdáis la confianza en Aquel que, estando vos apartada, os llegó Él a sí, y os dio espíritu nuevo y blando en vuestras entrañas, y os señaló con su señal para que fueseis suya, y por tal os tuvieseis. Y si el lobo infernal ha osado acometer a la que estaba herrada [marcada con hierro candente] con la señal de Jesucristo, y que le deseaba servir, no os espantéis, que pruebas son de nuestra fe y de nuestro amor, a ver si desmayamos y tornamos atrás.

8. No hay virtud firme si no es probada, y la fe se prueba entre los peligros y disfavores de Dios; mas sí fina es, no sólo no desmaya, mas cuando más acosada, más esfuerzo toma, y de la soledad saca compañía; porque sabe que ésta es costumbre del Señor, poner a los suyos en los cuernos del toro y esconderse Él para probar la fe de ellos; y como no está arrimada a la vista, sino a la bondad de su Señor, no cura de mirar lo que siente ni de qué parte sopla el viento, sino engendra una confianza que, como áncora fijada en el suelo de la mar, se ase firmemente con el Crucificado, y fija su pensamiento y dice: «Tú, Señor, moriste por mí antes que yo naciese, y me buscaste con dolores, sin buscarte ni llamarte yo; ahora que te llamo y te quiero no me desampares. Si abrigaste a quien te era enemiga, no desecharás a quien te desea servir, y a la que ya tomaste por tuya.» Y en esta fe vive, y está segura entre todas las olas y tempestades que en la mar se le ofrecen, aunque parezca que ya se le hunde la nao; y trabaja por no desmayar, porque no se levante el Señor y le riña como a los Apóstoles hizo, diciendo (*Mt* 8, 26): *¿Qué estáis temerosos, hombres de poca fe?* En lo cual veréis qué de verdad quiere el Señor que estemos esforzados, porque aun entrando las olas en la navecilla ya para sumirle, aun riñe

con los que entonces tienen temor. Y esto porque los que con Él se embarcan no quiere que sean temerosos, pues van con el verdadero Señor de las almas y fiel provisor en las oportunidades. Y pues vos salisteis de tierra, y os embarcasteis con Él entrando a servirle, ¿qué es lo que ahora teméis, pues habéis caminado y estáis en compañía de Jesucristo?

7. Acordaos que San Pedro andaba con los pies sobre las aguas de la mar cuando tuvo fe; *y cuando vio los vientos recios y las olas altas, temió*, y luego comenzó a hundirse; para dar a entender que con la fe andaba seguro, y por atibiarse ella se hundía, y oyó de la boca del Señor (*Mt* 14, 25-30): *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* Y de la misma manera lo dice a nosotros, si temerosos nos ve, por grandes peligros que a los ojos veamos. Y si aquel cuidado tuvo el Señor en librar al discípulo de la muerte del cuerpo, mayor lo tendrá en libraros a vos de la muerte del ánima, y hacer que no os ahogue la gran tempestad que contra vos se ha levantado. Solamente, hermana, no desmayéis ni huyáis de la guerra; que aquí no por ser tentados sino por huir o ser vencidos se pierde la corona. Ofreceos a padecer dolores y fuegos por honra de Aquel que por vos los sufrió; y cuanto mayores fueren, por más ciertas prendas tenedlas del amor entre Cristo y vos. Y pedidle que os esfuerce a padecer, y no que os lo quite, y será un purgatorio con que quedéis apurada [purificada] delante de Dios; y os será compañía la cruz de vuestro amado Señor, que es la cosa que más sus amadores deben desear; y quedaréis como oro en crisol, tanto más resplandeciente cuanto más fuisteis atribulada.

8. Mirad que cualquier amador ha de pasar algo que duela por amor de su amado. Y pues habéis entrado en la guerra del amor, no os acobardéis; mas acordaos de lo mucho que muchas flacas padecieron por Cristo, unas en fuegos, otras en golpes, otras en ser carmenadas [pasadas por peines de hierro] las carnes, y se tenían por bienaventuradas en padecer por amor de su Señor. Pues por Él padecéis; que si a Él dejaseis, no os perseguirían los enemigos; mas *porque os pasasteis al bando de Josué* (*Jos* 10, 1...), por eso mueven guerra contra vos. Y si faltan sayones hombres, suceden en su lugar sayones diablos, que son más crueles y menos se cansan, y con peines de hierro y parrillas de fuego os atormentan, y más en el ánima que en lo exterior. Debéis pensar que estáis en un martirio por amor de Jesucristo, pues por servirlo sois martirizada.

Haced vuestros ejercicios de confesión y comunión, aunque sea de mala gana: y aunque os lo estorbe el demonio, como lo suele hacer, aun hasta enmudecer la lengua que no pueda confesar, y hace entender que han

comido de noche para que no comulguen. Holladle con todas sus astucias, orad al Señor en la cruz, y traedla con vos, y armaos con ella, y ofreceos tan de verdad a padecer, que si el Señor quisiere que os dure toda la vida, que estéis contenta con ello. Y cuanto vos más os pusiereis en la voluntad de Él, tanto más presto os remediará, porque no desecha al que a Él va. Y acordaos que no hay amor sin dolor, y que *por muchas tribulaciones hemos de entrar en los reinos de los Cielos*, adonde una sola hora que veáis a Dios en su hermosura, daréis por bien empleados dos mil años que paséis lo que padecéis. Y pues Dios allá os ha de llevar, según lo podéis esperar, no seáis cobarde en padecer, y tibia en amar, que no os dejará el que por vos murió y para Sí os llamó.

Él sea vuestro consuelo. Amén.

14.— A una mujer

Que sentía mucha ausencia de nuestro Señor: anímala a confiar, enseñándole lo mucho que hay para confiar de su Majestad. Se dan en esta carta las causas por que Dios aflige a los suyos, y los frutos que de ello saca.

1. No tengáis por ira lo que es verdadero amor; que así como la malquerencia suele halagar, así también el amor reñir y castigar; y *mejores son*, dice la Escritura (*Prov* 27, 5), *las heridas dadas por quien ama, que los falsos besos de quien aborrece*; y grande agravio hacemos a quien con amorosas entrañas nos reprende o castiga, pensar o decir que por querernos mal nos persigue.

2. No olvidéis que entre el Padre Eterno y nosotros es medianero nuestro Señor Jesucristo, por el cual somos amados, y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar, si el mismo hombre no lo corta por culpa de pecado mortal ¿Tan presto habéis olvidado que *la sangre de Jesucristo da voces* (*Hebr* 12, 24) pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto, que hace que el clamor de nuestros pecados quede muy bajo y no sea oído? ¿No sabéis que, si nuestros pecados quedasen vivos, muriendo Jesucristo por deshacerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar? Nadie, pues, aprecie en poco lo que Dios apreció en tanto, que lo tiene en suficiente y sobrada paga —en cuanto de su parte es — de todos los pecados del mundo y de mil mundos que hubiera. No por falta de paga se pierden los que se pierden, mas por no querer aprovecharse de la paga, por medio de la fe y penitencia y sacramentos de la santa Iglesia.

Asentad una vez con firmeza en vuestro corazón, que el negocio de nuestro remedio Cristo lo tomó a su cargo como si fuera suyo; y a nuestros pecados llamó suyos por boca de David, diciendo (*Sal* 21, 2): [*las voces de mis delitos alejan de mí la salud*]; y pidió perdón de ellos sin haberlos cometido; y con entrañable amor pidió que los que a Él se quisiesen llegar fuesen amados como si para Él lo pidiera (*Jn* 17, 26). Y como lo pidió lo alcanzó. Porque según ordenanza de Dios, somos tan uno Él y nosotros, que o hemos de ser Él y nosotros amados, o Él y nosotros aborrecidos; y pues Él no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros, si estamos incorporados en Él con la fe y amor. Antes, por ser Él amado, lo somos nosotros, y con justa causa: pues que más pesa Él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que Él sea aborrecido; y más ama el Padre a su Hijo, que aborrece a los pecadores que se convierten a Él. Y como el muy amado dijo a su Padre: «O quiere bien a éstos, o quiere mal a Mí, porque Yo me ofrezco por el perdón de sus pecados, y porque son incorporados en Mí», venció el mayor amor al menor aborrecimiento; y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperanza que no habrá desamparo donde hay nudo tan fuerte de amor. Y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congojada, pensando que Dios la ha olvidado —como la vuestra lo está—, provee el Señor de consuelo, diciendo en el Profeta Isaías (49, 15-16) de esta manera: *¿Por ventura se puede olvidar la madre de no tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquélla se olvidare, Yo no me olvidaré de ti, que en mis manos te tengo escrita*. ¡Oh escritura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta, es la misma sangre del que escribe, y el papel su propia carne!, y la sentencia de la letra dice (*Jer* 31, 3): *Con amor perpetuo te amé, y por eso con misericordia te atraje a Mí*. Tal, pues, escritura como ésta no debe ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el ánima atraída con dulcedumbre de propósitos buenos, que son señales del perpetuo amor con que el Señor la ha escogido y amado.

3. Por tanto, no os escandalicéis ni turbéis por cosa de éstas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos y en testimonio de amaros se enclavaron en cruz. Y si queréis entender lo que os viene al intento que Dios os lo envía, sabed que son pruebas para que seáis examinada; y después, como a persona fiel en la prueba, seáis con corona de justicia, de la mano del mismo Señor coronada. Y porque no penséis que esas cosas que pasáis son señales de reprobación, y que a solos los malos las envía Dios, oíd qué dice David en su persona y de otros muchos que andan el camino de Dios (*Sal* 38, 23): *Yo dije en el exceso de mi ánima: Alanzado soy delante de la faz de tus ojos*. Y aunque es cosa que mucho lastima este

desmayo del corazón, y disfavor sentido en lo de dentro de él, y no atinar el ánima cómo está con Dios, ni cómo estará, ni en qué parará; mas con todo esto, pocas cosas hay con que uno tanto purgue sus pecados, ni tantas cosas aprenda, como en aquella oscuridad tenebrosa y aflicción interior, que hace sudar del corazón gotas de sangre. Lo cual envía nuestro Señor a los suyos, porque no se vayan de este mundo sin sentir que es cruz y tribulación. Y así les hiere en lo del espíritu, donde están vivos; porque si les hiriera en las cosas temporales, a las cuales están muertos, no lo sintieran. Os conviene, pues, dar buena cuenta de este peligroso paso donde Dios es servido poneros, y adorando sus juicios, y confortada, con la confianza de su bondad, abajar vuestra cabeza, y sin mas escudriñar, abrir la boca de vuestro corazón, y tragar esta píldora de oscuridad y del sentimiento de la ausencia y disfavor de Dios, con obediencia del mismo Dios.

4. Sabed cierto que si queréis no desdecir en la prueba que Dios os envía, que os conviene haceros robusta, como dijo el ángel a Josué (1, 6); y vivir muriendo cada día (1 *Cor* 15, 31), como San Pablo hacía. Coceos en el fuego de la tribulación, para que seáis fuerte como ladrillo, y seáis conveniente para sufrir lluvias y vientos de tentaciones y de trabajos; y no blanda como adobe de barro, que se deshace en el agua, y no es fuerte para edificio, que la gente que ha de ser puesta en el edificio del Cielo, con golpes de diversos trabajos y tentaciones ha de ser probada en el suelo, según está escrito (*Sab* 3, 6): *Los probó el Señor, y los halló dignos de Sí*. Enseñaos, pues, a mantener con gruesos manjares, y esforzaos a *convertir en pan las piedras* de las tribulaciones, si queréis tener testimonio de que sois hija de Dios (*Mt* 4, 3). Y si os da gana de pan blando y blanco de consolaciones, remitid eso a la voluntad del Señor, y contentaos con que tendréis tanto de eso en el siglo que está por venir, que lo dulce de allá excede sin comparación a lo amargo de acá; y en lugar de los duros huesos que acá daban a comer a los dientes del ánima, será allá el mismo Dios sabrosísimo pan den vida que nunca se acabe. Esperad esto y esforzaos con esto, porque este negocio ni es para regalados ni para hombres de flaca fe.

En trabajos os veréis muchas veces, que si con sentido humano los miráis, os parecerán ser señales de infierno y principio de él; y los habéis de sufrir con paciencia y sin consolación, y aun sin sentimiento de confianza, para que sepáis qué cosa es padecer de verdad. Porque mientras la confianza está fuerte, no hay cosa que mucho lastime; mas cuando Dios esconde su faz, y no enseña favor al ánima, sino disfavor, y siendo perseguida de sus enemigos, no siente favor en su buen Amigo; entonces es el padecer puro y sabe a tormentos de infierno. No sentiréis entonces esperanza de escapar;

mas contentaos con no desesperar; y os sea aquel desconsuelo penitencia por vuestros pecados, con los cuales algún día os consolasteis; y os sirva de ver a la clara qué es lo que podéis vos de vos. Justo es que quien peca amándose y pareciéndose bien, que lo pague descontentándose entrañablemente de sí; y quien en sí confía, que le demuestren tan a su costa qué es lo que puede. Por este fuego os conviene pasar, si queréis gozar del descanso. Esta guerra habéis de merecer para merecer la corona del Cielo. Mirad que dice la divina Escritura (*Stgo.* 1, 12): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida, la cual prometió Dios a los que le aman*. Si os agrada la corona, no os sea pesada la prueba; y no puede haber prueba sin tentación; y no os vendrá tentación que no pase por la mano de vuestro Padre Dios, midiéndola que sea convenible para vuestro provecho y para vuestra flaqueza (1 *Cor* 10, 13). No temáis de beber con paciencia lo que Dios os da con amor. El mismo dice (*Prov* 3): *Hijo, no te angusties cuando eres de Dios castigado; porque al que el Señor ama, castiga, y como padre en hijo se agrada*. Y en otra parte (*Eccli* 38) dice: *Hijo, en tu flaqueza no te desprecies, mas ora al Señor, y curarte ha.* Y pues nos está mandado de parte de Dios que en ninguna cosa desmayemos, vamos a Él fiados de su palabra, y pidámosle favor, que verdaderamente nos lo dará.

6. ¡Oh hermana, si viésemos cuán caros y preciosos somos delante los ojos de Dios! ¡Oh si viésemos cuán metidos nos tiene en su corazón, y cuando a nosotros nos parece que estamos alanzados, cuán cercanos estamos de Él! Sea para siempre. Jesucristo bendito, que éste es a boca llena nuestra esperanza, que ninguna cosa tanto me puede atemorizar, cuanto Él asegurar. Múdeme yo de devoto en tibio, de andar por el Cielo a oscuridad de abismo de infierno; cérquenme pecados pasados, temores de lo por venir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten y persigan; amenácenme con infierno, y pongan diez mil peligros delante: que con gemir mis pecados y alzar mis ojos pidiendo remedio a Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan apreciado, que fue Dios dado por mí.

7. ¡Oh Cristo, puerto de seguridad para los que, acosados de las ondas tempestuosas de su corazón, huyen a Ti! ¡Oh fuente de vivas aguas para los ciervos heridos y acosados de los perros espirituales, que son demonios y pecados! Tú eres descanso entrañable, fiucia que a ninguno de su parte faltó, *amparo de huérfanos y defensor de las viudas* (*Sal* 67, 6); firme *casa de piedra para los erizos* (*Sal* 103, 18) llenos de espinas de pecados, que con

gemido y deseo de perdón huyen a Ti. Tú defiendes de la ira de Dios a quien a Ti se sujeta. Tú, aunque *mandas* algunas veces *a tus discípulos que entren en la mar sin Ti* (*Mc* 6, 45) y que se desteten de tu dulce conversación, y estando Tú ausente, se levantan en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el ánima, mas no los olvidas. Les dices que se aparten de Ti, y vas Tú a orar al monte por ellos. Piensan que los tienes olvidados, y que duermes, y estás, las rodillas hincadas, rogando por ellos. Y cuando son ya pasadas las tres partes de la noche, cuando a tu infinito saber parece que basta ya la penosa ausencia tuya para los tuyos que andan en la tempestad, desciendes del monte, y como Señor de las ondas mudables, andas sobre ellas —que para Ti todo es firme— y te acercas a los tuyos, cuando ellos piensan que están más lejos de Ti, y les dices palabras de confianza, que son (*Mt* 14, 27): *Yo soy, no queráis temer.*

8. ¡Oh Cristo, diligente y cuidadoso Pastor! ¡Cuán engañado está quien en Ti y de Ti no se fía de lo más entrañable de su corazón, si qui[si]era enmendarse y servirte! ¡Oh si dijeses Tú a los hombres cuánta razón tienen de no desmayar con tal Capitán los que quieren entrar a servirte, y cómo no hay nueva que tanto pueda entristecer ni atemorizar al tuyo, cuanto la nueva de quien Tú eres basta para consolarlo! Si bien y perfectamente conocido fueses, Señor, no habría quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese. Y por esto dices: *Yo soy, no queráis temer. Yo soy aquel que mato, y doy vida, meto a los infiernos, y saco* (1 *Reg.,* 2): quiere decir, que atribulo al hombre hasta que le parece que muere, y después le alivio y recreo y doy vida; meto en desconsolaciones que parecen infierno, y después de metidos no los olvido, mas los saco. Y por eso los mortifico para vivificarlos; para eso los meto, para que no se queden allá, mas para que la entrada en aquella sombra de infierno sea medio para que después de muertos no vayan allá, mas al Cielo. Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar, porque soy Omnipotente; y os querré librar, porque soy todo bueno; y os sabré librar, porque todo lo sé. Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mía. Yo vuestro fiador, que salí a pagar vuestras deudas. Yo Señor vuestro, que con mi sangre os compre, no para olvidaros, mas engrandeceros, si a Mí quisieseis servir, porque *fuisteis con grande precio comprados* (1 *Cor* 6, 20). Yo aquel que tanto os amé, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haciéndome mortal y pasible, el que de todo esto era muy ajeno. Yo me entregué por vosotros a innumerables tormentos de cuerpo, y mayores de ánima, para que vosotros os esforcéis a pasar algunos por Mí, y tengáis esperanza de ser librados, pues tenéis en Mi tal librador.

Yo vuestro Padre por ser Dios, y vuestro primogénito hermano por ser

hombre. Yo vuestra paga y rescate, ¿qué teméis deudas, si vosotros con la penitencia y confesión pedís suelta de ellas? Yo vuestra reconciliación, ¿qué teméis ira? Yo el lazo de vuestra amistad, ¿qué teméis enojo de Dios? Yo vuestro defensor, ¿qué teméis contrarios? Yo vuestro amigo, ¿qué teméis que os falte cuanto Yo tengo, si vosotros no os apartáis de Mí? Vuestro es mi cuerpo y mi sangre, ¿qué teméis hombre? Vuestro mi Corazón, ¿qué teméis olvido? Vuestra mi divinidad. ¿qué teméis miseria? Y por accesorio, son vuestros mis ángeles para defenderos; vuestros mis santos para rogar por vosotros; vuestra mi Madre bendita, para seros Madre cuidadosa y piadosa; vuestra la tierra, para que en ella me sirváis; vuestro el Cielo, para que a él vengáis; vuestros los demonios e infiernos, porque los holláréis como a esclavos y cárcel; vuestra la vida, porque con ella ganáis la que nunca se acaba; vuestros los buenos placeres, porque a Mí los referís; vuestras las penas, porque por mi amor y vuestro provecho las sufrís; vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de vuestra eterna corona; vuestra es la muerte, porque os será el más cercano paso para la vida. Y todo esto tenéis en Mí y por Mí; porque ni lo gané para Mí solo, ni lo quiero gozar Yo solo; pues que cuando tomé compañía en la carne con vosotros, la tomé en haceros participantes en lo que Yo trabajase, ayunase, comiese, sudase y llorase, y en mis dolores y muerte, si por vosotros no queda. ¡No sois pobres los que tanta riqueza tenéis, si vosotros con vuestra mala vida no la queréis perder a sabiendas!

9. No desmayéis, que no os desampararé aunque os pruebe; vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá. Vuestra flaqueza hace parecer más fuerte mi fortaleza. De vuestros pecados y miserias saco yo manifestación de mi bondad y de mi misericordia. No hay cosa que os pueda dañar, si me amáis y de Mí os fiáis. No sintáis de Mí humanamente, según vuestro parecer, mas en viva fe con amor; no por las señales de fuera, mas por el Corazón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que ya no pongáis duda en ser amados en cuanto es de mi parte, pues veis tales obras de amor de fuera, y Corazón tan herido con lanza, y más herido de vuestro amor por de dentro.

10. ¿Cómo os negaré a los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino a los que me buscaban para maltratarme? Me ofrecí a sogas y cadenas que me lastimaban, ¿y me negaré a los brazos y corazón de cristianos donde descanso? Me di a azotes y columna dura, ¿y me negaré al ánima que me está sujeta? No volví la faz a quien me la hería, ¿y la volveré a quien se tiene por bienaventurado en mirarla para adorarla? ¡Qué poca confianza es aquesta, que viéndome de mi voluntad despedazado en mano de perros por amor de los hijos, estar los hijos dudosos de Mí si los amo,

amándome ellos! Mirad, hijos de los hombres, y decid: ¿A quién desprecié que me quisiese? ¿A quién desamparé que me llamase? (*Eccli* 2, 12.) ¿De quién huí que me buscase? Comí con pecadores, llamé y justifiqué a los apartados y sucios. Importuno yo a los que no me quieren, ruego yo a todos conmigo; ¿qué causa hay para sospechar olvido para con los míos, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar el amor? Y si alguna vez lo disimulo, no lo pierdo; mas lo encubro por amor de mi criatura, a la cual ninguna cosa le está tan bien como no saber ella de sí, sino remitirse a Mí; en aquella ignorancia está su saber, en aquel estar colgada su firmeza, en aquella sujeción su reinar. Y debe bastarle que no está en otras manos sino en las mías, que son también suyas, pues por ella las di a clavos de cruz; y más son que suyas, pues hicieron por el provecho de ella más que las propias suyas. Y por sacarla de su parecer y que siga el mío, le hago que esté como en tinieblas y que no sepa de sí. Mas si se fía y no se aparta de mí servido, *la libraré y glorificaré* (*Sal* 90), y cumpliré lo que dije (*Apoc* 2, 10): *Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de vida*. Amén.

15.— A UNA MUJER ATRIBULADA

Le enseña cómo los trabajos suelen venir o por culpas o por prueba del Señor: y cómo se ha de haber en su tribulación.

La paz y gracia de nuestro Señor sea siempre con vos. Amén.

1. El amor verdadero con que os amo en Jesucristo ha causado en mí tanta compasión de lo que padecéis, que me movió a escribiros esta letra, deseando ayudaros en algo.

No sé, hermana, si os alegre, o si antes os ayude a llorar. Ni sé si os diga que es bueno Lo que tenéis, y que lo debéis llevar con alegría, ni si conceda con lo que a vos parece que es malo, y que como tal se debe huir. Veo que si lo pasan muchos buenos, no lo dejan de pasar también muchos malos; y que si en unos es señal de amor, en otros es sospecha de ira. A unos castiga el Señor con esas cosas; a otros, que no han menester castigo, prueba con ellas mismas, y les da en qué merecer. Y aunque eso que vos pasáis pueda proceder de cualquiera de estas dos causas, no me pesa que os persuadáis vos que debe ser azote de alguna culpa liviana —si liviana se debe llamar la que tan grave castigo merece—, y no prueba de vuestra bondad. Porque si los santos no conocen en sí bondad alguna, antes muchas faltas y maldades, cuánto más vos, que tan lejos os conocéis de santidad y tan metida en pecados.

2. Pues si tenéis por más probable que esos frutos nacen de esta raíz, el remedio es que examinéis bien si habéis hecho alguna cosa por donde merezcáis esa corrección. Y sabed que las más veces suele ser algún polvillo de vanagloria. Y si no veis por qué, eso tened por peor, pues habiendo tantas culpas, no veis ninguna; y cuando os sacudieren el golpe, *humillaos debajo de la poderosa mano de Dios* (1 *Pedro* 5), conociéndoos por digna de mayor tormento: y suplicad a nuestro Señor haya misericordia de vos, y que no os alance de Sí. Decid: «Señor, pequé; cualquier castigo es liviano para la gravedad de mis pecados. Si sois servido de castigarme, heme aquí: alzad, Señor, la mano; descargad el golpe, cortad, quemad y matad; mas no me vea yo apartada ni desechada de Vos. Si pequé, no sea el castigo dejarme a que peque más; pues el castigo de la culpa es la pena, y no otra culpa» ([19]) No querría tampoco que por pensar que vuestras culpas han causado eso que tenéis, os desconsoléis y entristezcáis tanto, que caigáis en algún despeñadero de desesperación. Quiero que por una parte os humilléis creyendo que vuestros pecados lo merecen: y que por otra os consoléis acordándoos que sois hija de Dios, y no de las olvidadas, pues se acuerda vuestro Padre de castigaros como a hija, porque no os hagáis más mala. Y creedme una cosa, aunque no sea adivino: que si el Señor con su misericordia no os hubiera humillado así, quizá hubierais caído en alguna soberbia luciferina, que fuera en infinitas partes peor: y con eso os tiene tan humilde, que no osáis, ni aun podéis, alzar cabeza. Agradeced, pues, al Señor esa merced, y os baste su gracia.

3. Pero ya sé que fue diréis: «Si yo supiese que soy hija, y no enemiga, y que es castigo de padre y no pena de juez; si yo acabase de persuadirme que estoy en su gracia, ¿qué me faltaba? Pero creo que si no es en el infierno, no hay en la tierra hombre tan malo que tal tenga: no es vida de hijos de Dios esta mía, sino vida —o, por mejor decir, muerte— de dañados.»

¡Oh hermana, y *si supieseis el don de Dios* (*Jn* 4. 10), y quién son los que estas cosas padecen por la mayor parte, quizá os alegraríais! Si yo viese que solamente los enemigos de Dios pasan tales cosas, cierto me afligiría; mas veo los mayores amigos en eso tentados, ¿por qué no me consolaré con ellos? Él bienaventurado Job (7, 13) se vio un día tal, que dijo: *Me he desesperado*. Tales cosas habían pasado en su pecho, que le pareció haber caído en desesperación. Mas porque veáis que no, luego torna a pedir misericordia: pues quien misericordia pide, no desespera. David, siendo

[19] San Agustín, Enchiridion.

quien sabéis, dijo que ya Dios *lo había alanzado delante sus ojos* (*Sal* 30, 23), y que se vio cubierto de tinieblas y oscuridades *cercado de dolores de muerte y de peligros de infierno* (*Sal* 114, 3): y tales cosas dice que le acaecieron, que no las entenderá sino quien las hubiere pasado.

Cállense las tribulaciones de San Pablo causadas por Satanás, que le hicieran abajar el cuello (2 *Cor* 12. 7), pues tantas veces las habéis oído. En las VIDAS DE LOS PADRES he leído cosas que no las creyera, si el autor no fuera de tanta autoridad; y hoy día vemos y oímos cosas extrañas, que vienen a personas devotas y siervas de nuestro Señor; y a los unos y a los otros sacó y saca nuestro Señor de ellas con mucha ganancia. De donde colegimos que es menester creer hombre en semejantes casos lo que no ve, y *esperar contra la esperanza* (*Rom* 4) como Abraham.

4. Decidme, hermana, ¿habéis visto a los cantareros encender algún horno? ¿Habéis visto aquel humo tan espeso y tan prieto, aquel encendimiento de fuego, y aquella semejanza de infierno que allí pasa? ¿Quién creyera que los vasos que allí dentro están no habían de salir hechos ceniza del fuego, o a lo menos negros como la pez del humo? Y pasada aquella furia, apagado el fuego, al tiempo que deshornan, veréis sacar los vasos blandos de barro duros como piedras; y los que primero estaban morenos, salir más blancos que la nieve, y tan lindos, que se pueden poner en la mesa del rey. Vasos de barro nos llama San Pablo (*Rom* 9); y con mucha razón por cierto, pues tan blandos somos y delicados para sufrir los golpes de los trabajos. Una jarrilla sois, y por cocer habéis estado, y por eso erais tan tierna, y no podíais retener ni conservar bien el licor que Dios os infundía. Coceros quieren, hermana; tened paciencia; metida estáis en el horno de la tribulación; sufrid ahora esos fuegos, y esas humaredas y oscuridades; y confiando en la sabiduría y bondad de nuestro buen ollero ni saldréis hecha ceniza que lleve el viento, ni tiznada con algún mal que se os haya pegado; antes dura para padecer, para que aunque caigáis no os quebréis; blanqueada del descolorido color que primero teníais, y finalmente, hábil y dispuesta para ser *vaso de honra*, y para ser puesta sobre la mesa de Dios. Procurad no salgáis del horno quebrada, porque no os den por ahí de balde. Solamente se quiebran los que en el horno de la tribulación desconfían de Él. Sufrid ahora un poco, que presto se apagará todo. No desmayéis, por más que atice el demonio; persiga cuanto quisiere, confiad en Dios.

5. Señal es que no tiene Lucifer parte en vos, pues va tras vos; que si os tuviera, no os siguiera. Señal es que os habéis ido de su reino, pues tantos escuadrones de gente armada van en pos de vos. Os salisteis de las tinieblas

de Egipto para ir a la tierra que Dios os ha prometido; sale el Faraón tras vos con todo su ejército (*Ex* 14); os halláis ahora atajada: delante de vos el Mar Bermejo, detrás los enemigos: no halláis por qué vía huir. No temáis; esperad, y veréis las maravillas que ha de hacer el Señor: *Él Señor peleará por vos, y vos callaréis* (*Ex* 14, 14); el Señor abrirá camino por medio de las aguas: *las aguas os serán en lugar de muro a la diestra y a la siniestra* (*Ex* 14, 22), y pasaréis a pie enjuto por medio de las tribulaciones y tentaciones, y vuestros enemigos se ahogarán en ellas. Pensad qué gozo será aquél, cuando, habiendo pasado todo el pueblo de Dios este mar peligroso del mundo, tomará María Virgen, figurada en María la hermana de Moisés, el adufe [pandero] de su cuerpo, y comience a cantar, y vos en compañía de las otras vírgenes a responder aquel cantar de tanta alegría.

6. Y porque más os consoléis, sabed que no hay de qué tener escrúpulo; porque más es ese tormento padecido, que pecado cometido. Entretanto que vos no consentís libremente, ni os deleitáis en el pensamiento que el demonio ofrece, ni lo queréis vos pensar, ¿de qué tenéis escrúpulo? Pues, creedme como a hombre que conoce vuestra conciencia, que aunque os parezca que habéis alguna vez consentido, el temor os hace parecer lo que no es, como acaece a los que tienen fiebre o alguna otra fuerte pasión. Y esto sea para excusaros en lo pasado, y no para descuidaros en lo por venir. Y aunque alguna cosilla se os hubiese pegado, aunque alguna heridilla hubieseis recibido, como vos no os rindáis ni deis por vencida, hermosas y gloriosas son las heridas del caballero en los ojos del rey cuando son recibidas en su servicio. Mayor es el bien y merecimiento que sacáis de la victoria, que el dado que padecéis en la lucha; por eso ninguna cosa os turbe. No os engañéis en pensar que las imaginaciones y tentaciones son cosa vuestra, obrada por vos; obras son de Lucifer, palabras son que él habla, e imágenes que representa. Miradlo todo como cosa ajena, y haced como cuando oís a un hombre blasfemar y decir otras palabras feas, que aunque os da grave pena el ver que se ofende Dios, al fin os es algún consuelo ver que no sois vos la que le ofendéis. Os pese que el demonio hable, y haga como quien él es, y consolaos que no sois vos, sino él, y que al fin ha de llevar su pago.

7. San Pablo decía (2 *Cor* 12) que *se gloriaba en sus flaquezas y tribulaciones, porque en ellas resplandecía más la virtud y fortaleza de Cristo*. Hermana, si a Cristo amáis, gozaros debéis de la gloria que saca Él de vuestras flaquezas. ¿No os parece que muestra Dios en vos su fortaleza, pues con las flaquezas de una mujercilla, muchacha y enferma y nada, vence las fuerzas y poderíos de las huestes infernales? Pues porque Jesucristo sea

glorificado, ¿no seréis vos de buena gana combatida? Si por cierto, y de muy buena gana; que eso creo yo de vuestra caridad que vos pretendéis, eso creo yo que deseáis, que se sirva el Señor de vos, y sea en cosas prósperas o en adversas, en dulces o en amargas, en amores o en dolores, en guerra o en paz. Ahora quiere que le sirváis en la guerra con frío y con sol, las armas a cuestas de día y de noche, durmiendo con sobresaltos en pie sobre una pica, y lo que más os duele, lejos de la presencia del Rey. Tras este tiempo vendrá otro, y os mandará que le sirváis en la sala, donde gozaréis de cuanto deseáis. Entretanto, gozaos que servís al Rey. Él fortalezca vuestra ánima para pelear las peleas del Señor, y os saque vencedora, para que merezcáis la corona de gloria que tiene prometida a los que vencieren. Amén.

16.— A una señora casada

Esforzándola a que lleve con paciencia los trabajos.

Señora:

1. Deseo tengo de preguntar a vuestra merced a qué saben los frutos de la cruz, pues tanto come de ellos. El Señor dijo (*Cant* 7): *Subiré a la palma y tomaré los frutos de ella*. Y parece que ha tomado a vuestra merced de la mano, y la ha subido consigo a lo mismo; para que si antes solía subirla para que mirase y contemplase cómo Él comía, ahora no se contenta con que ella lo acompañe con haber compasión de las penas de Él, sino que coma con Él en la cruz, y sea testigo de prueba de lo que Él padecía cuando comía. Bienaventurada oso llamar al ánima que, con la Madre de Dios, está al pie de la cruz del Hijo, como ella estaba penando con Él, comiendo a una mesa, crucificada con Él; que no hay casa tan agradable a los ojos del Padre, como ver a su Hijo y a los que a su Hijo acompañan con imitación de sus trabajos y cruz.

2. No se engañe nadie pensando que se enamora Dios de donaires y niñerías, o que han de reinar con Él cualesquiera. El favor de Dios es para los amadores de los trabajos. No ha de reinar sino el crucificado; para que los hombres sepan que pues acá les pide tanto, aquel reino no es como quiera, sino muy abundante en riqueza y descanso, pues es Dios su joya, y se esfuercen con nuevos alientos a despreciar todo descanso presente, y sufrir todo trabajo. ¿Qué quiere vuestra merced que haga nuestro Señor, sino lo que con sus amados hijos hace y hará? ¿Qué quiere que haga, sino tratarla

como el Padre suyo la trató a Él? *Como el Padre me amó, os amo Yo a vosotros*, dijo Él (*Jn* 15). Pues quien se parare a mirar el tratamiento de tal Padre a tal Hijo, sufrirá con paciencia el suyo, por áspero que parezca.

Espere un poquito, señora, que se pasará esta tempestad, y se gozará de haberla pasado. Abaje su cerviz a la voluntad de su celestial Padre; que así hizo Jesucristo cuando le pusieron al cuello una soga que le desollaba la cerviz, y Él callaba de dentro y de fuera por la obediencia del Padre. ¿Qué nos dice esta dura soga en cerviz tan delicada, y aquella pesada cruz en hombros tan cansados, sino que seamos obedientes en sufrir los trabajos, aunque nos desuellen y arranquen el mismo corazón? No es razón que sea ya vuestra merced parte en sí misma para ordenar su vida, y escoger «Esto quiero, y esto no», pues se ha ofrecido muchas veces por esclava verdadera del Señor a toda la voluntad de Él. Porque no es razón que quiera ahora desdecir en el trabajo lo que antes afirmó en la paz; ni querrá ser como amigo fingido, que en el tiempo del placer hace muchas ofertas, y cuando le dicen que pase algo, desdice lo dicho. *¡Ay de aquellos* —dice la Escritura (*Eccli* 2, 18)— *que perdieron el sufrimiento!* Quiere decir, que como cansados de trabajar y esperar, dieron con su corazón en el suelo, como quien no puede llevar la carga. *¡Él justo*, señora, *de la fe vive!* (*Habacuc* 2, 4), y el Señor le manda que espere, aunque haga tardanza, y promete que vendrá.

3. Mas si el justo tiene reloj que da muy a prisa las horas, y le parece pasarse el tiempo sin que Dios le remedie, han de decirle lo que está en Isaías (*Is* 28): *Él que creyere no se dé prisa, sino ponga su salud en la longanimidad*, como dice San Pedro (2 *Pedro* 3). El Señor vendrá, señora, y la consolará. Alborotada está la mar, y las olas quieren anegar la navecilla, y el Señor duerme de buen reposo, como quien tiró la piedra y escondió la mano; y picó y huyó. Él hizo levantar la tempestad, y luego se echó a dormir. Él ha puesto a vuestra merced en los trabajos que tiene, que no otra mano. Él atribula y hiere, que sin Él no se puede nada hacer. Y el que tan bien ha sabido herir, y tan vivo ha estado para atribular, duerme ahora cuando le piden remedio; y mientras más le piden consuelo, suele acrecentar desconsuelo; y con todo esto quiere que tengamos una fe viva que en todos estos traces no desconfíe; y si lo hacemos, con lo que recuerda [despierta] es reñir y decir (*Mt* 8): *Hombres de poca fe, ¿por qué estáis temerosos?* ¿Ve, señora, cuán esmerada, probada y pasada por fuego quiere esta fe para confiar? Que así como una castidad es probada en cosas contrarias, una humildad con deshonras, una paciencia con trabajos, una caridad con hacer bien a quien nos hace mal, así es la fe y confianza probada con enviar Dios trabajos que parezcan sacar de juicio, y esconderse Él, y parecer que añade

más mientras más es rogado. Conviene pasar esto si queremos oír (*Mt* 15): *¡Mujer, grande es tu fe!* Esta lucha hemos de vencer si queremos nombre y corona de verdaderos y perfectos fieles. Y conviene recibir azotes, y que escuezan hasta el ánima, y creer que son abracijos [abrazos] de grande amor. En esto que de fuera parece ira, hemos de creer el corazón de Dios muy pacifico, y sus entrañas muy paternales, para que no vivamos en sentido de carne, sino en fe, que es muerte de sentido de carne.

4. Esta, señora, es la sabiduría de la Cruz, que a ojos cerrados se sujeta a la santa ordenación de. Dios; y con este no juzgar, sino confiar en Él, es más sabía que todo el saber del mundo. Porque quien a Dios quisiere conocer y agradar, no alce, sino abaje los ojos con humildad; y no escudriñar, y alcanzará el verdadero saber, y hallará al Señor de las virtudes, que en todas las cosas es suave para los suyos, y entonces les hace mayores bienes cuando a los ojos de carne parece que los desampara.

Mas hace días que vuestra merced cantó este cantar (*Cant* 2): *Mi Amado a mí, y yo a Él*. Cántelo ahora, que para el tiempo de los trabajos son los requiebros. Su Amado la mira y tiene de ella cuidado; mírelo ella, y fíese de este cuidador. Él a ella es padre, aunque la azote; sea ella hija en recibir con obediencia y hacimiento de gracias su azote; y si duele mucho mirando el azote, témplelo mirando la mano que envía e azote. Su Amado es, y más Amador que Amado; con amor la azota, con amor lo reciba, para que responda al tono que el Señor le habla. Apurarla, [purificarla] quiere con fuego; no huya del crisol, aunque le duela; que más vale quedar limpia de la inmundicia de la tierra, que es la propia voluntad, aunque quede hecha pedazos, que no sana y suya. Cante al Señor (*Sal* 18): *Probaste mi corazón y lo visitaste en la noche; me examinaste con fuego, y no fue hallada en mi maldad*.

Así, así, señora, apura Dios a sus escogidos: y quien así no es probado y apurado, no es hijo, ni será heredero. Y pues hace días que vuestra merced tiene prendas de heredar, sufra con paciencia la carga aneja a la herencia. Muy rica y gozosa es ella; mas los herederos han de ser muy atribulados acá; y de la cruz los han de quitar acá, cuando entren a reinar allá, que no de placer a placer. Agarrochados salen los buenos toros del coso, que los flojos sanos se van. Y es así el buen cristiano, que de todas partes ha de tener garrochas. Y cuando faltan tiranos y sayones, bastan la casa, hijos, marido y amigos, que, por otras vías más blandas, atormentan más que los otros. Cierto es que ver padecer a quien amamos, cuchillo nos es, y el amor es nuestro sayón, y mientras mayor amor, mayor sayón; mas no le volvamos el

rostro, que este amor fue el sayón de Jesucristo, que más le penó que los de fuera; y este fue el sayón de su Madre, y de cuantos escogidos hay de Dios. Apareje vuestra Merced la cabeza para ser de Él cortada, su corazón para ser atormentado; y en la presencia de Dios y de su Corte, que le están mirando, pelee varonilmente, pues le está aparejada excelente corona. El Señor que envía el trabajo, sabe el tiempo del consuelo, y Él lo proveerá en su tiempo; y entretanto dé paciencia, y sea con vuestra merced siempre. Amén.

17— A D.ª Sancha Carrillo

Enferma; consolándola en sus trabajos y animándola a que los pase por Cristo trabajado.

Señora:

1. He sabido que vuestra merced está mala; y no me pesa de ello; porque si es de alguna demasía de penitencia que ha hecho, bien se le emplea el castigo; y si no es sino que nuestro Señor lo envía, sea muy en buen hora la parte que de la cruz le da. Y aunque por una parte me dé pena su pena cuanto sabe nuestro Señor, por otra me alegro, porque veo clara la ganancia de quien yo deseo muy ganada. No quiero yo para mis hijos consuelo, sino azotes; que después será tiempo de los consuelos. Ahora, señora, no se quiten sus ojos de la cruz, ni su corazón de quien en ella se puso; no descanse hasta que le sepa bien el padecer, que en ello se parece el amor; no haya piedad de sí misma, que en el Cielo y en la tierra tiene quien de ella la tenga muy de corazón; y lo que le viene, muy mirado viene, y pasado por mano de quien la ama muy de verdad. No se atibie la fe en los peligros y necesidades, ni el amor entre los trabajos.

2. Cuando el fuego es grande no se apaga con el viento, antes crece; y así, cuando uno ama a Dios de burla, con un soplillo que le soplan se apaga su fuego como candelilla. Mas el verdadero amor crece en los trabajos; porque más fuerza pone a sufrir, mientras más viene que sufrir; y como sea de Dios, vence a los trabajos, y ninguna agua basta para apagar este fuego que del Cielo descendió. Para amar la llamó Dios, y no es cosa el amor para regalaros. Le conviene aborrecerse para amar a Cristo, y negarse para confesarle, y ser cruel para sí misma, para ser suave y blanda al Señor. Si le quiere y desea gozar, pierda a sí misma; si le quiere ver, por lanzas se ha de meter; si le desea aposentar en su corazón, eche de él a sí misma y a toda cosa creada.

3. Sola la quiere Dios, y atribulada, no por malquerencia, sino después que su Hijo bendito fue atribulado, no quiere ver a sus hijos vestidos de otra librea. Esta es lo que delante sus ojos parece hermoso, ver en nosotros la imagen de su unigénito Hijo. Y así como no hay cosa que de tan buena gana mire una ánima, como a Jesucristo atormentado en la cruz, y mientras más atribulado y afeado está, más hermoso le parece, así mientras más padeciéremos, mejor pareceremos a Dios. Y no es mucho que el ánima, que a Dios desea bien parecer, se ponga este afeite con que a Dios enamore, pues que las mujeres del mundo hacen muchas cosas y muy a su costa para contentar a hijos de hombres. Señora, mudarse tienen los cueros para parecer bien a Dios. Con agua fuerte se apura [acrisola] el oro, y quitada la tierra, sale resplandeciente del crisol. Hayamos vergüenza de ser tan flojos en empresa tan grande como es agradar a Dios, que si lo sintiésemos cobraríamos ánimo para derramar la sangre por Él, porque más hermosos le pareciésemos. Y considerando esto un ermitaño santo, y viendo una mujer del mundo ir muy compuesta y galana, comienza él a llorar y decir: «Perdóname, Señor, perdóname, que el atavío de esta mujer que en un día ha tenido para agradar a los ojos del mundo, sobrepuja al que yo he tenido en muchos años para agradar a los tuyos». Así que, señora, la empresa del amor no es palabras, sino dolor, crudos tormentos, deshonra del mundo, desamparo de criaturas y ausencia del amparo del Criador. Y con todo esto ha de haber buen rostro, no quejas, no caimiento de corazón; mas a semejanza de mártir que le sacaban las entrañas y peinaban con peines de hierro, y no sonaba en su boca sino JESÚS, y en su corazón, BENDITO SEA DIOS, y propósito de pasar más si Dios era servido. Don y merced es padecer por Cristo, y no la da sino a quien Él mucho ama.

4. Gran misericordia es dar a uno papirotes ([20]) y soltarle los azotes. Y si con lo que aquí se pasa se quita lo que allá debemos, trabajemos aquí, y paguemos todo lo que Dios quisiere, porque salidos de aquí, luego veamos la faz de Dios. Baste el destierro de aquí; trabajemos, que en acabándose, luego nos metan en nuestra tierra. San Agustín dice que «hace injuria al mártir el que ruega por el mártir», porque el martirio le hace volar al Cielo derecho. Pues trabajemos nosotros de ser mártires con la paciencia; que aunque no es tan grande nuestro trabajo como el de aquéllos, es más largo. Y debemos desear que esta vida no nos sea apacible, mas un puro martirio; que ésta fue la vida de nuestro Señor, y ésta quiere que sea la nuestra. Muchos mártires hubo por la fe, mas en fin muchos han ido al Cielo sin

[20] *Papirotes: capirote*; golpe en la cabeza con el dedo del corazón violentamente separado de la yema del dedo pulgar.

serlo; mas mártires de amor todos lo hemos de ser, si queremos ir allá. Este nos ha de atormentar, haciéndonos tomar pena porque ofendimos a Dios y porque otros le ofenden; éste nos ha de quitar todos los consuelos de acá, y ponernos la cruz encima los hombros; éste nos ha de hacer abrazar los trabajos, y pasar por encima de ellos con la llama del amor de Dios encendida; éste hace sufrir deshonras, sin sentirlas, y saca a uno de sí, como el vino al borracho, que en esto se parece el amor, que el que lo tiene no busca a sí mismo, sino a solo Dios y su voluntad.

5. Mas este amor tan cruel, ¡qué piadoso será después a quien le abajó su cuello para recibir su martirio! No puede uno sentir las fuerzas del amor con que aquí atormenta, ni las con que después consuela. Creámoslo, señora, pues Dios lo ha dicho, y en fe de su palabra caminemos, que gran camino nos queda. Escoja cuál quiere más: largos trabajos y no muy grandes, o breves y grandes; que de pasar mucho no puede escapar. De esto no se entristezca, que si le da Dios muchos trabajos es porque así lo merecen sus muchos pecados; y así los pagará aquí. Y así lo pido yo al Señor que se los dé; porque si yo muriere primero que vuestra merced, no querría que ella fuese a purgatorio; quizá no tendrá a quien le duela su ánima, ni tenga mucho cuidado de sacarla: y si ella muere primero, harto me bastará la pena que de ella tendré.

6. Perdóneme, que no es razón que ella mire a su provecho, ni yo; sino que aunque sepamos que después de esta vida hemos de ir a tormentos, debemos aquí esforzarnos a pasarlos por amor, y el amor con sólo amar se contenta. Cristo padeció por nuestro amor, padezcamos por el suyo: Cristo llevó la cruz, ayudémosela a llevar: Cristo deshonrado, no quiero honra: Cristo padeció dolores, vénganme a mí; Él tuvo necesidades, ésas quiero yo tener; Él por mí fue aquí extranjero, no tenga, yo cosa en que repose mi corazón; Él murió por mí, sea mi vida por su amor una muerte continua. *Viva yo, ea no yo; mas viva en mí Cristo* (*Gal* 2, 20), y Cristo crucificado, apasionado, desamparado, y en sólo Dios recibido. Este Cristo quiero, aquí lo busco, y fuera de aquí no lo quiero. Haga Él lo que mandare de mí, que yo trabajos quiero por Él; deme galardón o no, que sólo el padecer por Él es muy sobrado galardón. Y si mercedes me quisiese dar, no le pediré otras sino trabajos; porque en esto conoceré que le amo y que me ama, si Él me pone a mí en la cruz, donde Él aquí estuvo, que aunque no busquen mi provecho, bien sé que, si persevero en su cruz, que me llevará a su reino. A Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

18.— A UNA SEÑORA MONJA, ATRIBULADA.

Enséñale cómo los trabajos son prueba de la fe y amor de los siervos de Dios; y cuánto deben ellos estar confiados en su Majestad en medio de sus trabajos.

1. Recibida vuestra carta, di gracias a nuestro Señor porque os ha dado señal que vuestro llamamiento es de su mano; y la señal es que habéis padecido trabajos. No debéis alegraros poco, pues que el Señor os ama; ni debéis descuidaros, pues estáis entre las peligros. Mirando al que os llamó con tan grande amor, debéis cobrar mucho esfuerzo; porque no os llamó para desampararos en medio del camino, mas para guiaros debajo de sus alas hasta enseñaros en el Cielo su faz. No se aduerma en vos la fe en Cristo ni el amor, que Él no dormirá para vuestro remedio. Pruebas son éstas que Él suele hacer con quien ama, para probarlos si le aman entre los trabajos, y confían en Él entre los peligros.

2. No es de agradecer que ame la esposa al esposo en presencia de él, ni es mucho que confíe de él siendo de él regalada; mas conviene que ausentándose él, y aun pareciendo que se olvida de ella, tanto más le ame cuanto más se le ausenta él, y tanto más confíe cuanto menores señales hay para ello. Os basta, hermana, haber conocido por experiencia cuán amoroso ha sido Dios para vos, trayéndoos a su conocimiento. No le pidáis más señales de amor; mas certificada de ello, aunque os azote y parezca que de vos se olvida y extraña, no os turbéis, mas decid: «Probarme quiere, no atribularme.» Amad al Señor, aunque Él os azote; confiad en Él, aunque no le gustéis; buscadle, aunque se os esconda; no le dejéis reposar hasta que recuerde [despierte] y responda; que si sola fiel en su ausencia, le veréis venir a vos con tanta ganancia, que gozando de su presencia, deis por bien empleado el trabajo pasado. Esforzaos a padecer, que a la medida de los trabajos os darán los consuelos.

3. No seáis amadora de vos, y seréis amadora de Dios; perdeos, y os hallaréis. Y si de una vez os fiaseis de Dios, y con amor os ofrecieseis a Él, no habría cosa que os espantase. De la poca fiucia nace la helada turbación, y por eso decía nuestro Señor (*Jn* 14): *No se turbe vuestro corazón ni tema; creéis en Dios, pues creed en Mí.* De manera que la fe con amor es causa del sosiego del corazón. No hay cosa que tanto os convenga tener para llegar al fin de la jornada en que Dios os puso, como confiar en Él con amor. Muchas y grandes pruebas os hará Dios; grandes tribulaciones se os levantarán de donde no pensáis: mas si de esta fe con amor estáis armada, todo lo

venceréis.

4. Acordaos cómo los hijos de Israel, salidos de Egipto con tantos milagros, y pasando tantos trabajos hasta llegar a la tierra que Dios les había prometido, dijeron (*Num* 13, 29): *La gente que la posee es mayor y más fuerte que nosotros; tienen ciudades muy altas, que llegan sus muros al Cielo*: no podremos vencer cosa tan fuerte. ¿Para qué comenzamos este camino? Y aunque algunos que tenían fe los esforzaban diciendo, que siendo Dios de su parte ligeramente vencerían, como hasta allí habían hecho, prevaleció tanto el temor, que se enojó nuestro Señor con ellos, y por la poca fiucia perdieron la tierra, y los mató Dios en el desierto, sin gozar de lo que habían trabajado y Dios les había prometido. Escarmentemos, hermana, en cabezas ajenas, y sepamos que se place Dios en los que le temen y esperan en su misericordia, y se enoja con los que no. Él os sacó del cautiverio de Egipto cuando inspiró en vuestro corazón deseo de ser suya, y os lleva por este desierto tan desabrido, donde unas veces falta el pan de la doctrina, por no haber quien lo reparta; otras, compañía que hable de Dios para que no se sienta el camino; otras árboles de alegría, y en su lugar mil desconsuelos; ya se levantan tentaciones de dentro, ya de fuera, ya de extraños, ya de conjuntos. Mas a esto sólo atended, que quien hizo lo más hará lo menos, Quien de enemigos os hizo amiga, mejor os guardará siendo amiga. Quien no os desamparó desamparándole vos, no os dejará queriéndole vos. ¿Quién habrá que con verdad diga, que buscando a Dios no le ayudé Dios? No temáis, sierva de Cristo, en todo lo que os acaeciere y pudiere acaecer, en confianza del que os amó muriendo por vos. Vuestro favorecedor no es sino uno, mas mucho más puede que todos los que contradeciros pueden. No os parezcan grandes gigantes y fuertes ciudades las que habéis de combatir, porque no sois la que habéis de pelear; mas *vos callaréis, y el Señor peleará por vos* (*Ex* 14, 14). No huyáis vos de la guerra, ni os deis por vencida; *estad constante, veréis el favor del Señor sobre vos* (2 *Crónicas* 20, 17), que en esta guerra, aquel sólo pierde la corona que da a huir de la guerra. Flaca sois; mas en vuestra flaqueza enseñará Dios su virtud. Poco sabéis, mas Dios será vuestra guía. En vuestras miserias enseñará Dios sus misericordias. ¿Quién sois vos para pasar tales trances? Mas decid con David (*Sal* 17, 30): *En mi Dios pasaré yo el muro*. ¿Quién vos para pelear? Mas decid: *Si se levantaren contra mí millares, no temerá mi corazón* (*Sal* 26, 3). Creed, hermana, que cuanto es este negocio para vos difícil, tanto es para Dios ligero. Así desconfiad de vuestra flaqueza, que no desconfiéis de su fortaleza. Verdaderamente os coronará, si perseveráis en su amor, y confiáis que por su gracia alcanzaréis la corona.

5. No os olvidéis de aquella promesa de Cristo (*Mt* 10): *Quien me confesare delante los hombres, lo confesaré Yo delante mi Padre, que está en los Cielos; mas quien me negare delante los hombres, le negaré Yo delante mi Padre, que está en los Cielos*. ¿Os parece que se deben estimar por trabajos los que se pasan por confesar a Cristo, pues tal galardón se les dará, que Cristo con mucha honra el día del juicio nos ha de confesar delante el Padre? ¡Bienaventurado padecer, y deshonra, y pobreza, a la cual tanta honra ha de suceder! ¿Qué será, hermana, oír de la boca de Cristo delante el mundo universo: *Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado*? (*Mt* 25). ¿Qué será cuando los ángeles canten a la que aquí hubiere sido fiel sierva del Rey celestial: «Ven, esposa de Cristo, recibe la corona que el Señor te tiene aparejada», no para un día, mas para siempre? ¿Qué sentirán las esposas de Cristo cuando, pasado el mar de este mundo, quedando los enemigos que nos perturban en él ahogados, con gran alegría por haber pasado este peligroso mundo sin habernos ahogado en sus vicios, cantemos con gozo (*Sal* 123, 7): *¡Él lazo se ha quebrado y nosotros hemos sido librados! Nuestro favor en el nombre del Señor, que hizo el Cielo y la tierra?* ¿Qué será cuando la verdadera María, Virgen de vírgenes, vaya *con su adufe* [pandero] *en la mano* delante (*Ex* 15, 20), que es su cuerpo sagrado, alabando a Dios en cuerpo y en ánima, y cante diciendo (*Sal* 31): *Engrandeced al Señor conmigo y ensalcemos su nombre en concordia y compañía?*

6. Bienaventurada vos si fuereis fiel al Esposo que os escogió. Bienaventurada vos si os atreviereis a perder lo presente, debajo de la promesa certísima de Cristo. Fiad, hermana, de tan cierta palabra; que no sois vos la primera a quien la ha dado y cumplido, ni seréis vos a quien su palabra falte. La dio a Catalina, Inés, y Bárbara y Lucia, con otras innumerables doncellas. Mas decidme, ¡cuán por entero se la cumplió! Se atrevieron a despreciar lo presente; las veis que ahora reinan con Dios. Vivieron acá con trabajos, y ahora para siempre reinan y descansan. ¡Cuántos combates pasaron, y ahora gozan de las coronas del vencimiento! Huyeron los esposos de la tierra, y agradaron al Rey de los Cielos. Si este mundo hubieran seguido, ya fueran sus placeres pasados, y sus memorias en olvido puestas. Mas amaron al Eterno, y por eso ni su bien se acabará, ni su memoria se envejecerá. Fueron escritas en el libro de Dios, y por eso ni agua, ni viento, ni fuego, al tiempo las podrá envejecer; porque aquel libro es incorruptible, y así lo es quien en él está escrito. Hermana, pues, esforzaos en Dios vuestra salud; y no penséis que os vende caro su Cielo, que aún no habéis derramado la sangre por Él como aquéllas la derramaron.

7. Os trata nuestro Señor como a flaca, y os habíais de afrentar de ello. Si más fe y confianza tuvieseis para confiar, y mayor amor para padecer, más peleas os procuraría el Señor, para que mayores coronas ganaseis. No os contentéis con padecer poco, pues tan grande será vuestro galardón, y tan mucho fue lo que Cristo por vos padeció. Él dio su vida por vos, y fue despreciado e injuriado; ¿de qué os quejáis vos de una picadura de mosca? Amad, y desearéis padecer; dóblense vuestros amores, y sufriréis doblados dolores. El amor de Cristo hace a sus poseedores más codiciosos de padecer, que el amor de sí mismo de descansar: hace que pese poco la carga toda que le echan, porque es *más fuerte que la muerte* (*Cant* 8, 0). Quien no ama, gime, como animal perezoso, debajo de la carga; mas el que sí, corre y vuela, porque las alas le hacen no sentir el peso del cuerpo, ni de cuanto le echan encima.

8. No son, hermana, grandes nuestros trabajos, mas es pequeño nuestro amor. No pesa mucho una libra de peso, más un niño dice: «¡Ay, cómo pesa!, Si la alzase un hombre, ni aun miraría en ello. Y así, esto tomad por señal si tenéis poco amor, que os pesarán mucho los trabajos; y si mucho amor, ni aun miraréis en ellos; porque así os embebeceréis en amar, que ninguna cosa de aquel sabor os aparte. En el mismo padecer hallaréis sabor, y de la piedra dura sacaréis agua (*Num* 20), y de las peñas sacaréis miel. Amad, y no trabajaréis, mas iréis sobre los trabajos como señora, bendiciendo a Aquel que os libertó. Si os amenazaren con muerte, diréis que venga en hora buena, para gozar de la vida; si con destierro, que adondequiera estáis desterrada hasta que veáis a Dios, y poco se os da ir al Cielo desde la una parte de la tierra o desde la otra; si a Dios tenéis, dondequiera os irá bien; y si no, en vuestra tierra os irá mal. Si os viereis despreciada, decid: «Cristo es mi precio, Él me precia; desprécienme todos, porque Él solo me precie.» No os afligiréis con la necesidad de las cosas presentes, porque vos misma las despreciaréis por deseo de conformaros con Cristo, que se hizo hombre pobre por vos. ¿Qué cosa puede haber que os espante? Si os ha herido el amor de Cristo, hollaréis los demonios, os reiréis de las amenazas, pasareis con osadía entre los enemigos. Confiad de Aquel que ama a los que le aman. Todas las cosas podréis en Él. Id a comprar de Él, aunque os pida por Él todas las cosas; y no estéis sin amor, aunque os cueste la vida. *Tesoro escondido es;* mas *quien le halla, todas las cosas vende para comprarlo,* porque con sólo Él se halla más rico que con toda la muchedumbre de todas las otras cosas. Y si a todos conviene tener amor, ¿cuánto más a la que Cristo tomó por esposa? Al siervo conviene temer, al hijo honrar a su padre, mas a la esposa amar a su esposo.

9. Amad, hermana, a nuestro Señor y no tengáis reposo hasta que Él este don os conceda. Amadle, y con reverencia; que éste es el amor que le agrada. No le tengáis en menos porque se os comunique; mas admiraos cómo una alteza tan grande se abaja a una tan profunda vileza. De los mal criados es tener a uno en menos porque se hace como compañero, que si se hiciese como señor; mas los que viven en luz, más estiman al Señor, mientras Él más se les abaja. El verdadero amor de Cristo esta señal trae consigo en prueba que es de Él, que así como siente la bondad de Dios y la estima, así siente la maldad del hombre y la desestima.

10. Amad, pues, adorad, *servid al Señor* en gozo; mas *gozaos con temblor,* no que os haga temblar como a esclava por miedo de los tormentos, mas como a verdadera hija, que tiembla de dar un enojo a su padre, por pequeño que sea. Ninguna cosa de estas podréis de vos; mas si os humilláis conociendo vuestras miserias, y os presentáis a menudo delante de vuestro Médico, Cristo, con la oración, y lo meteréis en vuestro pecho por la Comunión, y le oyereis hablar en la lección, y os dejareis curar con todo lo áspero que os acaeciere, tened confianza que poco a poco os irá sanando. No huyáis de sus manos, aunque os duela la cura, que Él os dará sana a su tiempo. Y por las penas que os enviare y placeres que de presente os quitare, Él os dará su abundantísimo placer, que así como río os embriague, a donde os alegraréis para siempre, sin que bien ninguno os falte y sin temor de perderlo. Allí os daréis por contenta y pagada; porque más bien os será dado que vos podréis desear; el cual no es criatura, mas Criador de todas las cosas, verdadero Dios, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

19.—A una doncella

Que le preguntó qué cosa era caridad. Enséñale, por el amor y caridad de los Santos en el Cielo, el amor y caridad que ella ha de tener a Dios y a los prójimos en la tierra.

Devota esposa de Cristo:

1. Me pedís en vuestra carta que os escriba qué cosa sea caridad, para que guiaseis vuestra vida por ella. Porque siendo verdad la sentencia del Apóstol (1 *Cor* 13), si estamos sin ella, todo cuanto hiciéremos, aunque sea entregar nuestros cuerpos a llamas, todo vale nada. La petición es muy grande, y quisiera que el mismo Apóstol San Pablo, cuya sentencia os movió a preguntarlo, os respondiera; porque no sé yo qué mayor cosa me pudierais pedir que ésta, pues que en ello consiste lo supremo de nuestra

cristiana religión, y quien la guarda, dice el mismo Apóstol que *cumple toda la ley*. Así que, devota esposa de Cristo, suplicad al Espíritu Santo, a quien se atribuye el amor, que os enseñe en el corazón qué cosa sea lo que preguntáis, como lo enseñó el día de Pentecostés infundiéndose en los santos Apóstoles, que el verdadero Maestro de este lenguaje, sabed que no es otro sino Él.

2, Porque ¿qué podría decir mi lengua terrena del lenguaje que se trata en los Cielos? Ese lenguaje es celestial; los que del todo la ejercitan, los bienaventurados son, los cuales no entienden en otra cosa sino en amar verdaderamente con todas sus fuerzas a nuestro Señor Dios, y a todo aquello que fe quiere que amen. ¿Cómo os podré yo decir del amor que ningún interés ni amor propio tiene, ni mira a otro hito ni fin sino a Dios, habiéndome dejado mi padre Adán todo revuelto hacia mi propio interés, y vuelto a que me busque a mí en todo? Mirad qué tanto, que aun en las cosas de Dios estamos tan torcidos hacia nosotros, que muchas de ellas las hacemos por nuestro provecho e interés; que aunque las obras sean santas, el amor con que se hacen todavía es propio. No tiene otra diferencia sino que cuando lo buscamos con obras malas corría por caño de barro, y después, buscándole por obras buenas, corre por caño de oro; pero, en fin, hacia nosotros corre. Plega a nuestro verdadero Maestro Jesucristo, el cual siempre buscó la honra de su Padre (*Jn* 6), cuyo amor lo abajó a este mundo, *no a hacer su voluntad, sino la del que lo envió,* que abra mi lengua para que os diga algo de lo que deseáis, que cierto, si vuestro buen deseo no me forzara a deciros algo de lo que he leído, mi poquedad me hiciera callar.

Mas para que entendáis qué cosa es caridad y cómo andéis siempre ocupada en ella, querría que supieseis algo del amor que los bienaventurados tienen en el Cielo, para que de aquél vengáis a conocer en qué consiste la caridad verdadera; porque tanto cuanto más a aquel amor nos llegáremos, tanto más tendremos del amor perfecto.

3. Habéis de saber, hermana, que el amor del Cielo tiene a los Santos transformados en un querer con el de Dios nuestro Señor. Porque uno de los efectos del amor, según dice San Dionisio, es hacer que las voluntades de los amados sean una; quiero decir, que tengan un querer y un no querer. Y como el querer y el amor que nuestro Señor tenga no sea sino de su gloria y de su Ser sumamente perfecto y glorioso, de aquí se sigue que el amor de los Santos es un amor y un querer con que aman y quieren con todas sus fuerzas que el Señor Dios sea en Sí tan bueno y tan glorioso, tan digno de honra como es. Y como vean en Él todo aquello que ellos desean, se les sigue de

aquí el fruto del Espíritu Santo (*Gal* 5), que es un *gozo* tan lleno de bienes y tesoros en Sí mismo. Y si queréis rastrear algo de este gozo divino, mirad cuán grande es la alegría que recibe un buen hijo de ver a su padre, que mucho ama, honrado y querido de todos, sabio, rico, poderoso, honrado y muy estimado del emperador ([21]). Cierto, hijos hay tan buenos, que dirían que no hay cosa a que se compare la alegría que reciben de ver a su padre tan estimado; tanto que, por mucha necesidad y aflicción que ellos tengan, no basta para quitarles tan gran gozo, porque ellos no pretenden sino el bien de sus padres. Si este gozo es tan grande, ¿qué os parece, hermana mía, que será aquel gozo de los Santos, viendo a su verdadero Señor, Criador universal, en quien tan transformados están por amor, tan bueno, tan santo, tan lleno de hermosura y tan infinitamente poderoso Señor y Criador, que por su solo querer todo lo creado tiene ser y hermosura, y sin Él no se puede menear una hoja en el árbol? Cierto, gozo es *que ojo nunca vio, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre pudo entrar* (1 *Cor* 2) conocimiento tan inefable sino en Aquel que lo tiene y posee.

4. Veis aquí, hermana, el amor que los Santos tienen en el Cielo, hablando conforme a la poquedad de nuestro entendimiento. Y de aqueste *río caudaloso, que alegra a la ciudad de Dios* (*Sal* 45), sale el amor del prójimo en el Cielo, que como el deseo y gozo de los Santos sea ver a su Dios —amor verdadero suyo— lleno de gloria y honra, de aquí salen con un ferventísimo amor a amar y querer que todos los Santos sean tan llenos de gloria y hermosura como son, y gozarse en gran manera de aquesto, porque en ellos se glorifica y honra Aquel cuya honra y gloria solamente pretenden. Y porque la causa de amar a los Santos es ésta, de aquí se sigue que más se gozan y quieren la gloria y hermosura de los mayores Santos que de la suya propia, porque ven a su bendito Señor más glorificado en los otros que en ellos. Bien veréis, hermana, cuán lejos anda de esta santa compañía el amor propio y la envidia que de él nace.

Mas me diréis que de ahí se sigue que tendrían algún pesar, porque ellos también no están muy crecidos, pues que crece la gloria de su Dios en ellos.

No se sigue, mirando el primer efecto del amor, que es unir voluntades; porque ellos están transformados en el querer de Dios, y no quieren más de lo que su Señor quiere; y porque ven que, tener uno más gloria que otro, fue por quererlo así el Señor Dios, de aquí vienen a estar muy contentos con la gloria que a ellos les dio. Y también porque la

[21] El autor escribía en tiempos de Carlos V.

diversidad de grados de gloria en los bienaventurados, más hermosea la ciudad de Dios que si todos estuvieran de una color; como es más suave la música de una vihuela, porque tiene diferentes cuerdas y de diversos sonidos, que si todas fueran de uno solo. Y si es así, que habiendo diferentes grados de gloria y diversas mansiones en la Iglesia triunfante (*Jn* 14), está más hermosa que si todos tuvieran una misma gloria, de aquí ven que su Señor está más honrado en ellos que si todos estuvieran iguales, y así no tienen ellos pena por tener menos gloria que otros; porque ellos con sus colores, y los otros con otras más subidas, todos concurren en manifestar la infinita bondad y hermosura del que los creó.

Veis aquí, hermana, el río que vio San Juan en el Apocalipsis (22, 1) *salir de la silla de Dios y del Cordero*, del cual beben los bienaventurados en el Cielo; y con este amor embriagados cantan aquel *aleluya perpetua* (*Apoc* 19), glorificando y bendiciendo a nuestro Señor Dios.

5. Bien habéis ya conocido algo de aquel esmalte con que están esmaltadas aquellas piedras preciosas con que está fundado el templo del monte celestial. Pues *a semejanza de este templo que habéis visto en el monte,* habéis de fabricar la morada de vuestra ánima para el Señor; como le dijeron a Moisés, que mirase que hiciese el tabernáculo *al traslado del que había visto en el monte* (*Ex* 25).

Habéis, hermana—si queréis andar en perfecta caridad y amor del Señor el camino de esta vida—, de traer un querer perpetuo, o el más continuo que pudiereis, con que siempre queráis que nuestro Señor Dios, delante del cual habéis de andar, sea en Sí tan bueno, tan santo, tan lleno de gloria como en Sí mismo es; así con un gozo y complacencia en todos los bienes de Dios, holgándoos y regocijándose vuestra ánima en ver que vuestro Señor, verdadero amor, tiene todo aquello, que es infinitamente bueno y poderoso, de quien recibe todo lo creado ser y hermosura, el cual en Sí mismo es tan lleno de gloria y de bondad, que todos tienen de Él necesidad, y Él de ninguno: éste ha de ser el blanco donde ha de tirar vuestro amor. Y en esto dice Santo Tomás ([22]) que consiste la perfecta caridad. Porque el amor que los nuevos devotos dicen ser caridad, que es cuando están encendidos en devoción, amando tiernamente al Señor, aunque es santo, no es de tan altos quilates como este santísimo amor que transforma las ánimas en su Amado. Al cual amor nos convida la Escritura en muy muchos lugares, diciéndonos (*Sal* 96): *Alegraos los justos en el Señor*. Y San Pablo (*Filip* 4, 4) nos dice: *Gozaos en el Señor*. Y pareciéndole que no

[22] 2, 2, *de charitate.*

era consejo éste para decirlo una sola vez, torna a repetir diciendo: *Otra vez os digo que os gocéis*. Esto mismo nos dijo el Profeta David cuando dijo (*Sal* 36, 4): *Deleitaos en el Señor, y os dará lo que pidiereis.* Este es el gozo en que se alegró la Virgen Santísima cuando dijo: *Se alegró mi espíritu en Dios mi salud* (*Lc* 1). Y con este gozo se alegró Cristo, cuando dice San Lucas (10, 21), que se alegró Jesús en el Espíritu Santo. Y el Real Profeta dice (*Sal* 83), que *su corazón y su carne se alegraron en Dios vivo,* lo cual acaece cuando el ánima está con su voluntad (que *corazón* allí, *voluntad* quiere decir) actualmente amando, y queriendo que el Señor sea en Sí quien es. Y de la gran redundancia, que procede de la alegría que tiene, se enciende la misma *carne* en amor del Señor. Y por ser cosa tan divina y celestial este amor, por eso la Iglesia, regida por el Espíritu Santo, en el principio de los Maitines nos convida con el invitatorio a amar al Señor, diciéndonos (*Sal* 94): *Venid, alegraos en el Señor, y cantemos cánticos de alabanza a Dios nuestra salud.* Y si queréis ver la excelencia de este amor, ejercitadlo, y veréis como no se satisface el ánima si no alaba al Señor, que parece que como ve en su Dios cumplido lo que ella quiere, prorrumpe luego en nacimiento de gracias por haberle cumplido su deseo en bendecirle, que es el mismo efecto que sigue al amor del Cielo, diciendo el Profeta David (*Sal* 83, 5): *Bienaventurados son, Señor, los que moran en tu casa, que en los siglos de los siglos te alabarán.* En este amor estaba inflamado San Agustín cuando dijo, hablando con el Señor: Si Vos fueseis, Señor, Augustino, y yo Dios, os haría yo a Vos Dios y me haría yo Augustino. No creo que era menester traer más testimonios para probar la grandeza de este amor, porque la misma razón dice que éste es el amor que saca al hombre de sí, y le transforma en Dios su amado.

6. De este amor, hermana, se ha de seguir que todas vuestras obras, y ejercicios y oraciones habéis de hacer en gloria y honra de este Señor, el cual merece ser servido y adorado por su sola bondad de cuantas criaturas ha creado, sin que tengáis otro respeto que os ha de galardonar lo que hiciereis; porque aunque sea bueno y santo servirle al Señor por retribución (*Sal* 118, 112), pero no es de perfecta caridad, la cual no busca interés, sino sola la gloria y honra de Dios nuestro Señor. Si quisiereis alguna vez ponerle a vuestra ánima delante el premio que le han de dar por lo bueno que hiciere, para animarla a bien obrar, no sea éste el último fin, sino querer servir al Señor; porque mientras más gloria tuviereis, más gloria y honra recibirá nuestro Señor Dios. De arte, que el último paradero sea glorificar a nuestro benditísimo Señor; y de esta manera podéis inclinar vuestro corazón a los mandamientos de Dios por la retribución, como decía el Profeta David.

7. Me diréis: ¿Quién tiene el ánima despierta para andar alegre y regocijada, gozándose en su Dios, pues está muchas veces tan triste y tan tibia, que en ninguna manera puede entrar en ella alegría? ¿Qué remedio habrá entonces para no faltar en tan perfecto y soberano amor?

Por eso os dije que trajeseis un *querer*, con que quisieseis que el Señor fuese en Sí quien es; porque la caridad en este *querer* consiste; el cual aun el ánima tibia, y seca y triste lo puede tener, así como puede querer que su padre viva estando así triste; entendiendo que es menester gracia de Dios, la cual no negará el Señor a quien se esforzare a andar este camino. Quiero decir, que aunque estéis triste, que queráis que nuestro Señor Dios sea en Sí quien es. Y el *gozo* que de aquí se sigue y alegría en el Señor, eso es *fruto* de Espíritu Santo (*Gal* 5), que se sigue de esta caridad cuando nuestro Señor quiere con más familiaridad comunicarse. Y aquél, cuando su Majestad lo diere, bendigámoslo por ello; y cuando no, perseveremos en este otro, bendiciendo y adorando siempre a nuestro Señor, digno de infinita gloria y alabanza, que es muy gran yerro el de aquellos que piensan que si no hay gozo, aquel acto de voluntad no vale nada, en el cual consiste la caridad; y como el demonio lo siente, no hace sino echar grandes tibiezas y sequedades, para que, pensando que no hacen nada, dejen este santo ejercicio.

8. Debéis luego, haciéndoos sorda a las tentaciones del demonio, perseverar en vuestro ejercicio; porque si no perseveráis, no vendréis a gozar de la corona y paraíso que vienen a alcanzar los aprovechados en este santa amor, aun acá en la tierra. Debéis mirar con cien mil ojos que el fin y paradero de vuestro amor sea todo—en lo que hiciereis—glorificar a nuestro Señor. Porque es tanta la vuelta que dio la naturaleza, por el pecado de nuestro primer padre, a buscar en todo su provecho y su bien, que si no estáis en atalaya, aun en este ejercicio, que totalmente echa fuera el amor propio, os veréis muchas veces buscaros a vos misma, holgándoos porque así amáis al Señor, porque adquirís grandes premios para el Cielo, y porque vuestra ánima recibe consolación, y otros intereses propios que aunque no sean malos, son de imperfecta caridad.

Veis aquí en breve el amor de Dios, que ha de tener vuestra ánima, al traslado del que los bienaventurados tienen en el Cielo. Resta ahora declaraos el amor del prójimo, que desciende de este profundísimo amor.

9. El amor, hermana, que habéis de tener al prójimo, ha de ser queriendo y amando todo el bien que en él viereis, porque con él es adorado y glorificado nuestro Señor Dios, y de aquí mayor será vuestra alegría; y por

el contrario, cualquier pecado y ofensa que en vuestro hermano viereis ha de ser aborrecido de vuestra ánima, porque es ofendido Aquel cuya honra y gloria vos deseáis. Y así como os dije que el amor de Dios consistía en querer que el Señor Dios fuese quien es, y que el gozo en esto era don particular de nuestro Señor, así también el amor del prójimo consiste en un querer de la voluntad con que queráis el bien del prójimo; que el *gozaros* del bien del prójimo, y sentir gran dolor con el pecado que comete, eso es una dádiva del Señor muy especial, que la da Él a quien es servido. De manera que, si bien habéis mirado en ello, habréis visto que el blanco a donde tira el amor de Dios y del prójimo es que sea Dios glorificado y honrado.

Y de aquí veréis cuán falto de amor verdadero anda aquel que de ver a su prójimo crecido en santos ejercicios recibe tristeza y desmayo, mirándose a sí mismo no estar tan crecido. Porque aunque sea verdad que el verdadero amador del Señor debe tener un cuchillo atravesado en el corazón, porque no sirve tanto al Señor como debería y podría, mas no se sigue de aquí que, si ve crecer al otro siervo de Dios más que él, por eso reciba tristeza y desmayo; antes el refrigerio y alivio que ha de recibir su anima en la gran tristeza porque no sirve mucho al Señor, ha de ser en ver que, ya que él por su flaqueza no hace lo que debía, que hay otros que cumplen lo que él desea, glorificando y sirviendo mucho al Señor, que ese otro desmayo que algunos tienen yo entiendo que nace de amor propio; porque cierto está que si el fin por que el verdadero amador desea mucho servir al Señor es honrar y glorificar a su Dios, como se glorifica también con la santidad puesta en el otro como puesta en él, se sigue que le ha dar grande alegría ver que los otros crecen mucho en el servicio del Señor, aunque por otra parte tenga él pena porque no le sirve así.

Veis aquí, hermana, en la obra que habéis de entender en el paraíso de esta Iglesia militante, donde el Señor os puso cuando os llamó a su amor y gracia, si queréis ir a gozar del fruto que se da en la Iglesia triunfante de la gloria. En la cual plega al Señor que todos lo bendigamos, loemos y gocemos por siempre. Amén.

20.— A doña Isabel de Avalos

Abadesa del convento de la Encarnación, en Granada, consolándola en la muerte de su hermano el Cardenal don Gaspar de Avalos ([23]).

Muy reverenda señora:

1. Desde acá veo cuál está el corazón de vuestra merced con la saeta que el Señor le ha tirado, tan aguda para herirla, y tan dificultosa de salir. Juzgo por mi corazón algo de la pena del de vuestra merced; y lo demás saco por lo que el parentesco tan cercano, y el amor tan entrañable, juntos a una, atormentarán ese corazón. Menester es medicina del Cielo, y plega al Señor se la quiera enviar, pues Él ha enviado la llaga.

Señora, no sé, en trabajo tan grande, otro mejor consuelo, que mirar que esto fue a provecho del Cardenal mi señor, que es en gloria; pues aunque dejó su cuerpo acá, en la tierra, debemos confiar en la misericordia de Jesucristo, que llevo su ánima al Cielo; que ni la misericordia de Dios, ni la vida de él, otra cosa nos consienten pensar, por incrédulos que seamos. Muy bien está, señora, gozando de Aquel por quien en esta vida tantos trabajos pasó, y teniendo por galardón al mismo a quien en esta vida tanto sirvió. ¡Oh, válgame Dios!: y si cuando estaba en esta vida tanto era su regocijo en las cosas de Dios, que lo pegaba a quien le miraba, ¡qué tal estará ahora en el Cielo en fiestas perpetuas, sirviendo y viendo servir a nuestro Señor con mayor aparato que él deseaba! Muy alegre está, señora, aquel a quien amamos; en ninguna manera quiere estar acá. Y si nos viese llorar, nos lo reprendería; aunque sí ve, y sí reprende, y por eso es razón que se ponga templanza en ello.

Me decía él algunas veces que el consuelo de sus trabajos era esperar que lo había de llevar nuestro Señor de este mundo en camino de salvación. Y no osaba él con su humildad, de la cual Dios tan abundantemente lo dotó, decir que había de ir luego al Cielo, sino que se embarcaría para purgatorio, y de allí iría a lo alto. Y como nuestro Señor haya dado este consejo, que nos sentemos en el postrer lugar, para que Él nos diga: *Sube conmigo más arriba* (*Lc* 14), bien creo yo que hizo con él más de lo que él esperaba, y que le tiene en su servir gozo, pues acá le dio tanta gracia para servirle y amarle. He aquí sus deseos cumplidos; ya tiene a su Dios por quien suspiraba; ya alaba al que acá predicaba; y también verá a su muy querida y particular Señora, la Madre de Dios. Bendito sea Dios, que de vida tan trabajosa, de

[23] Fue este insigne Prelado amiguísimo del M. Avila

cárcel tan oscura, de cieno tan lodoso le libró (*Sal* 112), y levantó al pobre del polvo, y lo asentó en sus reales palacios, dándole silla de gloria y corona de alegría *con los Príncipes de su pueblo,* y ésta para siempre sin fin. ¡Oh señora, y si nunca saliéramos de esta habla, que tan dulce era, trayendo a la memoria cómo nuestro buen Padre y pastor está reinando con Cristo en la gloria! ¡Oh si no fuera menester hablar para más, que para alegrarnos de su bien, pues que le amamos!

2. Mas volviendo la plática a nuestra pérdida, nos temple el dolor de ella el gozo que de la ganancia de él tenemos. Bendito sea Dios que así lo ordenó, que si a nuestro amado Padre le había de ir bien gozando de su Dios en el Cielo, nos costase a nosotros tan gran soledad en la tierra y tan verdadero dolor en el corazón. Señora, recio trance nos es éste, carecer de quien así nos amaba y así nos aprovechaba en uno y en otro. Se nos cayó el árbol a cuya sombra descansábamos; no puede ser menos sino quemarnos el calor del sol, y la reciura del frió que nos dará en descubierto. ¿Qué diremos o qué haremos? Sea el nombre de Jesucristo bendito, que nos quiso atribular para purgar nuestros pecados, y despertar nuestros ojos, que estaban muertos de sueño. Bastar debe esto para que despertemos y del todo nos desasamos de este mundo, no teniendo en él cosa en que poner el corazón, sino acuciándonos a imitar a nuestro buen maestro y padre, para que vayamos a donde él fue, y nunca jamás le perdamos de vista.

Huérfanos quedamos, señora, en este mundo; alcemos los ojos al que es *Padre de ellos* (Sal. 67, 6), y pidámosle mayor gracia y favor, pues la hemos más menester, y nos llevó consigo a quien solía ayudar. Ya no escribirá a vuestra merced su muy amado hermano cartas de consuelo y esfuerzo; pídale a nuestro Señor que le envíe en el corazón lo que su siervo le enviaba por cartas. Amigo es Dios de los huérfanos desamparados y desconsolados: y quiso parar a vuestra merced tal, para más particularmente tener cuenta con ella, según dice David (Pe. 9): *A ti es dejado el pobre; y al huérfano tú serás ayudador.*

Licencia tiene vuestra merced para sentir este golpe, mas no para desmayarse; pues así como lo primero es cosa cristiana y es fruto de amor, así lo segundo es cosa contra la obediencia que a nuestro Señor se debe en todo lo que con nosotros hace, y contra la confianza que Él manda tener en medio de los trabajos. Dios llevó a nuestro pastor, no para dejarnos descarriados, sino para que con mayor gemido llamemos al Pastor de todos, y seamos oídos y remediados de Él. Para quedar Jesucristo en lugar de hermano y de padre, se llevó al que lo era de vuestra merced, pues la

criatura sin el Criador no puede aprovechar nada, y el Criador a solas sí. Solamente sepa vuestra merced entender las obras de Dios, que no vienen de corazón airado, sino amador; y si es ira, es ira de padre, que castiga para provecho del castigado, y no por apetito de venganza. Sépale responder con amor a este castigo de amor: sepa humillarse a la vara del Omnipotente: y abra su boca, y beba esta purga con paciencia, que el celestial Médico le ha enviado, no para que muera, sino para que sane. Agradézcale mucho que no la dejó de curar con amargura el que con blandura no aprovechaba; y contemple cuán gran cuidado tiene nuestro Señor de su salvación, pues por tantas partes le encamina a ella. Aquesto es, señora, como San Gregorio dice, «un gran empellón para ayudarnos a ir al Cielo»; porque con el dolor se purgan los pecados, y despertaremos de nuestra tibieza, y de hecho nos despediremos de esta vida, y cobraremos nuevos deseos de la otra.

3. Y pues para estos intentos lo envía nuestro Señor, no le seamos pesados en hacerle ofensa con lo que Él envía para que paguemos lo que hemos hecho, y ganemos en lo de adelante; y póngase tasa en la tristeza, pues tenemos Señor a quien obedecer en el gozar y el llorar; y en el medio de la pena digamos lo que el Señor dijo en medio de su angustia: *Padre, no como Yo quiero, mas como Tú quieres sea hecho* (*Mt* 26), para que seamos hijos de obediencia, a los cuales solos está prometida la corona del Cielo. No se nos pase el tiempo en llorar como muerto al vivo, sino entendamos en vivir como Él, para ir a reinar con Él. No nos quitemos de nuestro Señor, ni nos tengamos por menos amados; antes le demos gracias muy de corazón por el bien que a nuestro Padre hizo, del cual nos debemos gozar como de cosa propia; y por el azote que a nosotros envió, porque es para quitar nuestras culpas y coronar nuestra paciencia.

No tenemos, señora, por qué mudarnos; porque si el atribulado es pecador, es purgado; y si es justo, es probado para ser coronado. Entendamos en llorar nuestros pecados, para que presto, sin carga de ellos, volemos al Señor, donde están descansando los que aquí lloraron, y reinan los que aquí tuvieron cruz. En compañía de éstos han metido a vuestra merced, y la han señalado con señal de cruz: trabaje por dar buena cuenta de esta merced, y mire al Señor de todos cómo fue puesto en ella, y la Madre de Él cuán cerca estuvo de ella según el cuerpo, y cuán en ella según el corazón: y quiera más estar cerca de tal Madre y tal Hijo, por agria que le sea esta tribulación, que no estar lejos sin ella. Abaje su cerviz, y tome este yugo, pues en la de Jesucristo hubo soga que la desollaba; y humille su hombro para llevar esta carga, aunque le duela, pues el Señor de todos llevó la pesada cruz por amor de ella. Él la esforzará, pues Él la ha afligido; Él le

enjugará las lágrimas, pues la ha hecho llorar, y le sentirá de aquí adelante más blando, como suelen estar los padres cuando han hecho llorar a sus hijos, que con nuevos regalos y amores les pagan la pena que primero les dieron.

Desembarácese vuestra merced de la demasiada tristeza; no deje pasar el tiempo en balde: alléguese a nuestro Señor como mejor pudiere, que Él estará cerca de vuestra merced según su promesa (*Stgo.* 4), y sacará bien de este trabajo, pues para eso lo envía. Y haga ese corazón recio, teniendo escrito en él lo que dijo Jesucristo (*Jn* 15): *Como mi Padre me amó, os amo Yo a vosotros*. El Padre amó a su Hijo mucho, y le entregó en poder de muchos dolores. Ama el Hijo a vuestra merced mucho, y por esto le envía éstos: llévelos con paciencia como el Hijo llevó los suyos, y será amada de Él, y la sentará en el trono de Él, como Él se sienta en el trono del Padre.

Y sea la conclusión, que *por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los Cielos* (Hechos 14, 21), y que todo es barato con alcanzar tan grande bien. Testigo me es Jesucristo, que tuviera por gran merced de Él poder ir a llorar con vuestra merced la común pérdida: lo estorba ser el tiempo de Adviento, y estar bien prendado por la palabra para una Iglesia que no es lícito dejarla. Suplicaré a nuestro Señor me haga merced de, pasada la Pascua, poderlo hacer. Él sea consuelo de vuestra merced, como vuestra merced ha menester, y como yo lo deseo.

21.—A UNA SEÑORA ILUSTRÍSIMA

Consolándola en la muerte de una hermana suya religiosa. Que daña mucho la demasiada tristeza, y cómo ha de llevar este trabajo.

1. Hace pocos días que supe la merced que nuestro Señor hizo a su esposa la señora Soror María, en sacadla de este peligroso destierro, y llevarla al puerto de la seguridad: y también entendí y supe la pena que con su ausencia V. S. ha tomado. Necesarios me fueron dos corazones, para con el uno gozarme con la que goza, y con el otro penarme con la que pena; pues que a entrambas soy deudor general y particularmente. Mas pues ella ya está en salvo y no tiene necesidad de mi gozo, y acompañar a los penados es cosa que debemos elegir, determino de ocuparme y enderezar esta carta al desconsuelo de V. S. Parte de él tengo, y especialmente porque en ninguna manera querría que hubiese en V. S. lo que temo, y es no tome la pena con algún exceso de la que sería razón tomar, porque esto sería doblada pérdida, con amargura de pena juntarse ofensa de Dios. Suplico a V. S. mire con muy

despiertos ojos, que como no tenemos licencia para los demasiados placeres, tampoco la hay para la demasiada tristeza; pues en lo uno y en lo otro debemos ser sujetos la santa Ley de Dios. Que no menos cumplimos nuestra voluntad en llorar y penar hasta hartar, que en vanamente reír y regocijarnos. No menor impedimento es para servicio de Dios la tristeza, que consume y derriba el vigor del corazón, que la vana alegría, que se hace disoluta y sin peso. Porque ¿cómo podrá el corazón derribado decir con verdad a nuestro Señor (*Sal* 56): *Aparejado está mi corazón, Dios; aparejado está mi corazón?* Pues estando sumido en el abismo de la tristeza y enflaquecidas todas las fuerzas, no se pueden tener en pie para lo que cumple a los prójimos y a lo que cumple al Señor. Así confesó su flaqueza el sacerdote Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos de un golpe, y siendo reprendido de su hermano Moisés de no haber ofrecido sacrificio al Señor, respondió: *¿Cómo podré yo agradar con el sacrificio al Señor con ánimo lloroso?* (*Lev* 10, 19).

Cierto, ilustrísima señora, quien a otro ha de servir, tan ajeno ha de estar de profunda tristeza, como de otro cualquier impedimento; porque no podrá hacer servicio, o irá lleno de hiel para sí o para quien lo recibe. Y por estos y otros males que de la tristeza sobre las difuntos suelen venir, ya que la Escritura dé licencia para que tomemos el lloro, luego acude diciendo (*Eccli* 28, 21): *Consuélate de la tristeza, y no des tu corazón a la tristeza: mas alánzala de ti y acuérdate de tus postrimerías*. Y en otra parte dice (*Eccli* 30, 24): *Alanza la tristeza lejos de ti, porque a muchos mató la tristeza, y no hay provecho en ella*. Y no sólo no aprovecha, mas mucho daña, como en otra parte se escribe al mismo propósito de tristeza causada sobre difuntos: *De la tristeza se sigue* siempre *la muerte, y derriba la virtud y abaja la cerviz* (*Eccli* 38, 19).

2. Y esto, señora, a ser solamente en el cuerpo, no fuera tan de temer; mas toca en el ánima, y por eso se ha mucho de huir. Porque para andar un ánima en pie delante de Dios, y poderse defender de tantos enemigos como la combaten, y poder darse manos a negocios que de ella penden, ha menester un vigor interior y un esfuerzo muy entero, ni más ni menos de como quien anda en la guerra; y durando en ella, está en pie y cumple por todo; y perdido éste, luego es caída; y sobre ella cargan los enemigos, como cuervos sobre animal flaco y caído, al cual acaban de matar con picos y uñas; de manera, que mediante el desmayo y flaqueza, le viene la muerte, como le acaece al ánima con la tristeza. Pues no envió Dios estos trabajos a V. S. para perder, sino para ganar, ni la amargó sino para curarla y sanarla, no vuelva el negocio al revés, enfermando con la medicina, y desagradando

a nuestro Señor en el tiempo que más le había de agradar.

3. Mire al pacientísimo Job, que viendo siete hijos muertos en un día y en una hora súbitamente, no se quejó ni desmayó, mas *bendijo al Señor, que le quitó lo que primero le había dado* (Job, 1, 21). Y aunque los tenía muy bien doctrinados, y gastaba muy santamente su hacienda, y empleaba muy bien su propia salud, quiso nuestro Señor quitárselo todo, para que entendiésemos él y nosotros que le agrada más nuestra paciencia obediente que nos viene de la adversidad, que el uso, aunque bueno, de la prosperidad. Y para ejercitarnos en esto, pone Dios sus ojos para quitarnos delante los nuestros lo que más en ellos lucía, para que tanto más el sacrificio de nuestro corazón lastimado y obediente sea a Él agradable, cuanto a nosotros es más amargo, por carecer de cosa muy amada. Y de esta manera mató Dios la mujer del Profeta Ezequiel (24, 16), de él muy amada, y le dijo: *Hijo de hombre, Yo quito delante de ti lo deseado de tus ojos. Que no llores ni plañas, ni corran lágrimas de tus ojos: gime callando y no hagas plantо* [llanto] *de muertos*. Bastante lastimado estaría el Profeta con haberlo herido en lo que más lucía en sus ojos; y le acrecienta más la tristeza con quitarle el consuelo que, con llorar y plañir, los así heridos suelen tomar; y hartándole su ánima de acíbar, no le dejan hartar de llorar, ni aun gustarlo. Para que entendamos que el siervo de Dios, según he dicho, no ha de soltar la rienda a la tristeza ni lágrimas, mas ser también en esto obediente, como en tomar los placeres por tasa.

Y lo repito esto otra vez, porque no sea V. S. engañada como muchos, a quien finalmente se les persuade que deben huir de la demasía del gozo, porque no ofendan al Señor, y no hay quien los pueda sacar del pozo de la tristeza, pareciéndoles no correr peligro, ni hacer mal con estarse en ella. Los cuales, si supiesen que la cuenta que Dios con nosotros tiene, más es con las raíces de nuestro corazón que con las obras que tenemos de fuera o dentro, verían claro que si toman la tristeza sin regla o medida y sin obediencia de Dios, no lo hacen sino por cumplir en ello su propia voluntad. Y siendo ésta la raíz, tan desagradable es al Señor, como cuando toman los grandes placeres por la misma voluntad.

4. Por lo cual, ilustrísima señora, abra su corazón a la palabra de Dios, y entienda que, no por ser atribulado uno es amigo de Dios, sino por pelear contra la tribulación, y llevarla a lo menos con paciencia, si no pudiere con alegría. Levante el corazón caído y *esfuerce las manos enflaquecidas* (*Is* 35, 3), y luche con el gigante, que es el dolor, para que quede probada en la tentación, y gloriosa con la victoria, y pueda decir al Señor (*Sal* 16):

Probaste mi corazón, y lo visitaste en la noche; con fuego me examinaste, y no fue hallada maldad en mí.

Despierte, señora, y abra sus ojos, y mire a la más Santa de las santas, y más atribulada que todas las santas y no santas, cómo estando su Hijo colgado en un palo, y crucificado con duros clavos, Ella estaba al pie de la cruz. Lo cual quiso el Espíritu Santo que supiésemos nosotros, porque en la manera del estar el cuerpo de fuera, viésemos cuán en pie está, en trance tan recio su Corazón en lo de dentro; cuán de verdad y con cuánto dolor y con cuánto esfuerzo ofreció su querer y su Hijo en la voluntad del Padre, queriendo ser antes hecha millones de pedazos, que perder un solo punto de la leal y esforzada obediencia que a Dios se debe tener.

Mire también el Profeta Elías, tan cargado de tristeza, que deseaba y pidió la muerte al Señor, y se cae dormido con el peso de ella; mas no le responden del Cielo conforme a su voluntad; que no se pagan de tales corazones caídos. Le despertó el ángel del Señor, y le dice (2 *Reyes* 19): *Levántate y come, que mucho camino te queda por andar*. Y así me parece, ilustrísima señora, que veo a vuestra señoría muy apegada con la tristeza y adormecida con la amargura, y tan cansada de vivir, que escogería de buena gana el morir. Mas oiga ahora V. S. por boca de un pecador lo que Elías por boca de un ángel; pues ella está como él, provecho le será oír lo que él, aunque el mensajero sea diverso: *Levántese, señora, que mucho camino le queda por andar*. Deje ya las lágrimas llenas de infidelidad, como San Jerónimo lo dice, sin medida y sin tasa: conténtese ya con la afrenta que ha hecho a la carne, dejándola entristecer y llevar a su voluntad. Levántese de la muchedumbre de pensamientos, que como vientos bravos turban la mar de su corazón, y no la dejan reposar, ni adorar con silencio al que este azote envió sobre ella.

5. Tenga ya algún lugar la razón, para poner tasa a la sensualidad; lo tenga la fe, para confiar que aquella por quien llora, no es muerta, mas goza de muy mejor vida; lo tenga la esperanza, para consolar a vuestra señoría, y darle a entender que, pues Dios con tales golpes aquí la labra, la asentará en el Cielo por piedra escogida. Los golpes oímos, y el estruendo de sierra y de la azuela también. Y pues el oficio de Dios es en este mundo hacer este ruido, labrando a los suyos, para asentarlos después en su templo de paz, y donde no se oye ningún sonido de aquestos, espere V. S. el asiento de la paz. Y pues ve en sí los ejercicios y prueba de la guerra, y pues es una de las desterradas y martilladas con muchedumbre de trabajos, espere que se verá ser una de las ciudadanas contentas del Cielo, pues dice San Pablo (*Rom* 5):

Que la tribulación obra paciencia, y la paciencia probación, y la probación esperanza, y la esperanza no nos saldrá en balde; porque la caridad de Dios es infundida en nuestros corazones. A esta esperanza haga V. S. lugar en la mitad de las muchas aguas de sus tribulaciones: no la deje apagar. Porque si quiere nombre de amadora de Dios, no lo ha de ganar entre los regocijos y acaecimientos conforme a su voluntad, mas entre estos azotes, espinas, hiel y vinagre, y en desierta cruz, a semejanza de Cristo, que metido entre estas cosas, nos enseñó su amor. El cual, señora, fue verdadero, porque fue probado, y permaneció fijo en la tribulación; y así, si V. S. quiere responderle con amor, sepa que no lo hay sin dolor; y que aunque no hay espada que con mano de sayón la martirice, este amor, infundido de la mano de Dios, la martirizará, pues no la dejará andar a su propia voluntad; mas la hará contradecir a su tristeza, y aun a su gozo, por andar a voluntad de su Amado. Y toda esta pena que por una parte sufriere, resistiendo a su voluntad, por otra parte se la quitarán, haciéndola tomar con dulcedumbre la voluntad del Señor más que por propia.

Amor es el que a V. S. ha entristecido, amor es el que la consuele. La ausencia de su querida la ha fatigado, la obediencia y amor de Dios le quite su fatiga. Él fue el que lo hizo; no le parezca a V. S. mal, pues le parece bien al Señor que lo hizo, y con el amor de Él venza el amor de la criatura.

6. Cuanto más, que si no tiene adormida la confianza, con el mismo amor de su querida recibirá consuelo de la llaga que con su ausencia le dio. Porque si acá hizo falta, allá hizo presencia. Si esto dejó, cosas mejores le dieron. A sus hermanas dejó; mas allá halló otras hermanas, y otro padre, y Madre y esposo. A su Dios fue, a su dulce Esposo fue, al cual obedeció, sirvió y amó. ¿Qué mal hizo su Esposo en llevar a su esposa consigo, ni ella en irse con Él? ¿No ve V. S, que ella era desposada, y que había de venir algún día el día de las velaciones, y salir de casas ajenas, e irse con su marido? ¿Qué quiere? ¿Tener la desposada por muchos años, que estaba apartada de su marido? Pues que se da prisa a enviar de las casas de la tierra a los hijos que engendró[24], ¿por qué se le hace tan de mal enviar a esta bienaventurada a la casa del Cielo, pues como a propia hija la ama? Y a que alguna pena se sienta en ver ausentar a quien mucho amamos, mas solémosla templar en ver ir en prosperidad al que a nosotros hace falta. Pues coteje V. S. la prosperidad de los hijos que acá tiene, con la que su amada posee, y verá que pues la ama, debe vencer el gozo de su bien a la pena de su ausencia, como un gigante a un enano, pues aquellos es eterno y lo otro

[24] Por esa frase sospechaos que la carta va dirigida a doña Leonor de Hinestrosa, que tanto gozo tenía de enviar sus hijos pequeños al Cielo.

temporal.

¡Oh señora, si pudiésemos ver cuán bienaventurada está nuestra Soror María! En bodas está, o ataviándola para el día de ellas. Ningún contento recibirá con ver a V. S. con ropas de tristeza en las fiestas de su alegría. Muy bien la ha pagado nuestro Señor el mundo que dejó, el esposo de carne que renunció, la fe que le dio y le guardó, y por mil mundos no trocaría el menor bien de los que allá posee. *Sacándola del lago de la miseria, y del lodo, y de la hez* (*Sal* 39, 3), y de los peligros, la ha trasladado a la región de lo seguridad, dónde luce perpetua luz y gozo, que sale de la vista de la Divinidad, que como río con grande avenida, refresca, harta y embriaga a los ciudadanos del Cielo. Su comida es del Árbol de la vida perpetua, y su vestidura es lumbre y gloria, y su corazón está transformado y absorbido en el mar infinito de la dulcedumbre de Dios, y hecha un espíritu con Él, con atadura, y abracijo [abrazo] tan fuerte, que mientras Dios durare, ninguna cosa será tan fuerte ni tan poderosa para apartarla a la bienaventurada Soror María de este abracijo tan apretado y casamiento tan juntisimo, que entre ella y Dios se ha celebrado, o muy presto se celebrará.

Gozosa está ella con ello: lo estén los que la aman. Y cuan delantera es en el amor, lo sea en el gozar; pues el verdadero amor quiere el bien del amado, aunque sea con pérdida propia. Y cese ya el luto y tristeza, porque nuestro Señor no se ofenda, y ella no reprenda, como Santa Inés a su madre, el tiempo que ni a vivos ni muertos aprovechará, ni a sí, mas a todos daña. Y no sea impedimento para el aprovechamiento de las virtudes, que ha menester alcanzar para lo que le queda de caminar y padecer, hasta llegar al monte de Dios. Para lo cual es menester esforzarse y levantarse con propósitos nuevos, como quien ahora comienza a *comer el pan subcinericio* (3 *Reg.,* 19, 6), que es confesar y comulgar, y *beber el agua,* que es oír la palabra de Dios; porque *para no faltar en el camino,* todo esto es menester: *y comenzar luego a caminar.*

22.—A UNA DONCELLA

La enseña a buscar a Dios con paciencia y humildad.

La bendición que vuestra merced me pide, suplico yo al Padre de las bendiciones la dé a vuestra merced, para que sus santos trabajos fructifiquen, y quitada toda ignorancia delante de sus espirituales ojos, vea a sí, y vea a Él, para que ni atribuya a sí misma bien alguno, ni a Él mal alguno, sino que se quede Él con su divinidad y nosotros con nuestra

animalidad. Y si esto no viene luego, ya le he avisado que este camino, como San Bernardo dice, se ha de pasear, y no volar. Nos tenemos que llegar a Dios como quien ara y siembra, que no pide luego el fruto, sino después de muchos días, y pierde de presente con esperanza del bien por venir. No conviene, señora, desmayar, aunque muchas veces seamos heridos; sino andar y gemir, hasta que nuestro Señor nos mire y haga limosna; y no la hace ahora pequeña en sufrir delante de sí a cosa que merecía estar en los infiernos. Y pues ésta da, Él dará las demás; y si no fuere tan presto, así conviene que los soberbios sean ásperamente tratados hasta que vean con vista de ojos que no es suyo el bien, sino de Dios; que si algo les dan, no se han de engreír, sino temer y avergonzarse cómo a cosa tan indigna le es dado el bien que no merecen.

Y porque los hijos de Eva somos locos, y heredamos aquella soberbia que ella tuvo, cuando *deseó saber a semejanza de Dios* (*Gen* 3), no nos espantemos que nos trate el Señor de arte que veamos que somos necios, flacos y malos. Y hasta que este conocimiento haya [tenga], estaremos tentados y desconsolados y afligidos. Y así estamos menos mal que si algo nos diesen; porque al soberbio peor le va mientras más tiene; porque mientras mejor, es peor, pues es ingrato y desconocido a mayores bienes, y robador de mayor gloria.

Por tanto, conviene caminar con esfuerzo y largueza de corazón, esperando que el Señor hará como quien es. Y que no nos hace pequeña merced en darnos gracia que le busquemos, aunque sea con trabajos y sequedad; y del todo ponernos en sus manos, y el tiempo y el cómo: que por despeñaderos y riscos suele Él llevar al descanso, aunque piense el que va que camina para perderse.

Jesucristo sea con vuestra merced. Amén.

23.—A una doncella

Enferma y desmayada en el camino de Dios, la anima; la enseña por qué da el Señor desvíos a sus siervos.

Señora:

1. Este otro día escribí a vuestra merced, y temo que no fue la carta a sus manos. Si es así, procúrela y léala, que, según me parece, todo será menester para su consuelo.

¿Cómo a la niña que la ausentaron de su madre, y luego enflaquece,

así no pudo velar una hora (*Mt* 20, 40), ni tenerse en pie, sino luego dar consigo en desmayos y enfermedades de una parte y de otra? Y lo peor de todo es la desconfianza que toma de no sucederle con Dios como desea. Mucho me parece al criado del otro, que dicen que andaba todo el año sin capa, etc. Señora, ensanche ese corazón, y alárguelo, primero para sufrir muchos trabajos de dentro, y lo segundo para esperar el remedio de la mano de Dios, aunque sea hasta el fin de la vida. ¿No ha oído que la vida del cristiano es un continuo martirio y una molesta guerra? ¿Qué quiere ella alcanzar luego lo que otros después de muchos años, trabajos y angustias, a duras penas alcanzan? Probada ha de ser muchas veces con darle Dios con la puerta en los ojos; y mientras ella va más ansiosa, le ha de enseñar menos favor, para que así satisfaga algo de lo que ella hizo pasar al Señor, que viniendo a convidar consigo mismo, y llamando a la puerta de su corazón, le cerró la entrada, o si le abrió, echó presto al Huésped una vez recibido. Y pues somos fuertes en el huir de Dios, ¿por qué tan flacos cuando Él un poco huye de nosotros? Quien mucho ha hecho sufrir a otro, ¿no sufrirá él un poco? Quien ciento debe, ¿no pagará uno? ¿Por qué no quiere pasar por la ley que hicimos a nuestro Señor que pasase? Y con falta de conocimiento no sabemos humillarnos a sufrir un poco de disfavor, mereciendo justísimamente el infierno.

2. Despierte ya, señora, y tenga a sí por quien es, y a Dios por quien es. Y si desechada se sintiere, súfralo con humildad, pues así lo merece. Y si el Señor dice que es *perra,* diga con la Cananea que *es verdad;* mas por eso no desmaye y peque dos veces, una en el poco conocimiento suyo, otra en no sentir bien de la suma bondad del Señor, pensando que no la quiere, o no quiere que lo busque. ¿Y por qué osó decir tan gran falsedad y testimonio falsísimo? ¿Por qué pone mancha en la pureza de la misericordia divina y en el blanco Cordero, que dijo (*Jn* 6): *A todo aquel que viniere a Mí, no le echaré fuera?* ¿Por qué tiene por enemigo al que la castiga, y sospecha mal contra su Médico? Amor es todo lo que hace el Señor con ella; sino como no conoce por amor sino al regalo, le parece desamor, como esté escrito que el Señor *azota el que ama* (*Hebr* 12), y que *quien ama a su hijo multiplica los azotes* (*Eccli* 30, 1); y tratándola el Señor así, aun no se conoce, ni es vil en sus ojos, ¿qué sería si Él le enseñase amor? No es para locos el ser abiertamente favorecidos. Baste a vuestra merced que el Señor se sirva de ella, sea por la vía que Él fuere contento; y sepa que hasta que, de lo más profundo del corazón, sienta quién ella es, no sentirá la faz del Señor del todo alegre, ni le cumple. Mil vueltas le han de dar, y en mil trances se ha de ver que la saquen de seso; y en que no sepa qué ha de hacer ni sepa atender;

para que toque con sus propias manos, y vea con sus propis ojos que no es ella sino un pedazo de miseria y flaqueza, y se le quite muy quitada la vanidad de su estima. Porque así como decía un viejo en la Vida de los Padres, que sería uno tentado en la carne hasta que conociese bien que la castidad es don del Señor, y no fuerza propia; así conviene en otras cosas venir al abismo del propio conocimiento, para que de allí le *levante el Señor al pobre, y lo ponga con los Príncipes de su pueblo* (*Sal* 112, 8), sin resabio de vanidad, pues ya conoce su profunda flaqueza.

3. Por eso, póngase vuestra merced a padecer, y tener guerra consigo, y pase adelante, que el Señor la consolará, y le dirá (*Is* 51), *¡Pobrecita! Yo quité de tu mano la copa del adormecimiento, y lo hondo de la copa de mi castigo, y no lo beberás más*. Él vendrá, y satisfará la pena que dio su ausencia y castigo, y alegrará con cien tantos a la que entristeció con justicia, para darle a entender que no es inocente, sino culpable. Perseverancia no falte. Y aunque sea herida en la guerra, cobre ánimo de nuevo; porque no sabe la hora en que el Señor tendrá, por bien de visitarla. Y conciértese lo mejor que pudiere, según su pobreza; y se sufra con paciencia como a otro hiciera, y no deje sus ejercicios en cuanto fuere posible. Y si estuviere enferma, tómelo también por ejercicio, que no es mal tiempo para navegar hacía el Cielo, aunque parezca contrario en esto.

La gracia del Espíritu Santo sea siempre en esa ánima. Amén.

24.—A una doncella

Que quería dejar el mundo y dedicarse a Dios. Le pondera cuanto mayor dicha es tornar por esposo a Cristo que a hombre mortal[25].

Devota sierva de Jesucristo:

1. El placer que mi ánima sintió del nuevo propósito de querer tomar por Esposo al Rey celestial, la que tan bien pudiera tomar esposo de la tierra, fue tan grande que no sabré explicar. Y aunque cuando se me dijo me fue nuevo, porque no lo había sabido, mas no lo fue del todo, que ya yo la había ojeado para el Señor que la creó, y le había pedido por merced que me la diese para Él; y sea su nombre para siempre bendito, que tan cumplidamente lo hizo, que yo no lo supiera tan bien desear. Porque aquel gozo que su ánima tenía de haberse descabullido de las vilezas de la tierra, y quedar ya prendada del amor del celestial Rey, ¿qué era sino unas señales

[25] Audi Filia, cp. 105.

ciertas que esta mudanza no ha sido liviandad de propio pensamiento, mas obra de Dios, que ha puesto la mano en el corazón de ella, y obrado el celestial deseo que tiene? Y también le dio aquel regocijo, en señal y arras de los muchos y grandes y limpios gozos que, si ella le quisiere ser fiel, Él le dará; de los cuales el menor es más de estimar, que todos los que el terrenal marido, hijos, y hacienda, y todo el mundo pueden dar.

2. ¡Oh señora, y si hubiese probado cuán dulce es Dios para aquella ánima que vuelve las espaldas al mundo, por poner los ojos en su Criador! ¡Oh si supiese qué es la suavidad del celestial Esposo para consolar aquellas ánimas que dejan las transitorios deleites, y como tórtolas castas. no quieren consolarse en la tierra, mas suspiran con amor a su Señor que en los Cielos está: y como *la paloma* que se torna limpia (*Gen* 8), sin poner los pies en cuerpo muerto, mas *tornase a la mano de quien la envió!* ¿Qué es lo que más en este mundo florece, sino cuerpo muerto, hediondo? Pues ¿para qué es juntarnos con cosa que nos enlode, y nos deje más desabridos treinta mil veces con su amargo dejo, que nos dio sabor con su compañía? A Cristo dé vuestra merced muchas gracias, que le dio luz para saber distinguir entre lo precioso y lo vil, entre lo eterno y temporal, y entre Dios y el hombre mortal; y le dio pensamiento tan dichoso, en que Dios es aceptado, y el hombre tenido en poco, y por amor del celestial tálamo es despreciado el terrenal, por rico que fuese.

3. Sea, pues, fiel al que por Esposo quiere tomar, que Él lo será tanto para ella, que probará que no de burla se llama Esposo limpio de vírgenes limpias, mas hallará en Él todos los bienes juntos. Y no será como en los casamientos del cuerpo, que las más veces tras un poco de contentamiento, sucede amargo arrepentimiento; mas nuestra obra al principio tiene consuelo; y mientras más tratare a este Señor, más le conocerá, y mientras más le conociere, más le amará. Porque no es como los hombres, que mientras más tratados, más tachas descubren; y el que parecía buen desposado, al cabo de poco no hay quien lo sufra; mas en Cristo no verá cosa que le descontente, ni tampoco en su bendita Madre que es suegra de las esposas del Hijo. ¡Oh bienaventurada hora en que tal propósito en ese corazón se sembró! Y muy más lo será cuando se vea tan visitada de su Esposo que diga: Señor Mío, ¿cuándo yo te merecí estas mercedes, y hallar este tesoro escondido, por el cual dar mil vidas era comprar muy barato?

4. ¡Oh señora, y cuán abastado [abastecido, colmado] y dichoso ha de ser este casamiento, y cuánto regocijo para el Cielo y para la tierra! Dios Padre se huelga en que haya personas en la tierra que así amen a su Hijo

Unigénito, que por su amor dejen los amores de la carne, no sólo los que son vedados por su Ley, mas aun los del matrimonio, que son concedidos; porque señal es de mayor amor que dejemos por uno lo que lícitamente pudiéremos hacer. El Hijo es el desposado, y por eso murió, por tener ánimas que con limpieza espiritual le amasen, y otras con limpieza espiritual y con entereza en la carne. El Espíritu Santo es limpísimo, y muy ajeno de carne; y en viendo una ánima que desprecia de hecho los deleites de ella, allí pone sus ojos, e hincha de espirituales consuelos a los que desprecian los temporales, porque no permite que esté ayuna el ánima que de los manjares de acá no quisiere gustar. Nuestra Señora es Madre del desposado, traslado de Él, amorosa y benigna, principio de vírgenes, amparadora y abogada de ellas, y en gran manera se alegra que haya en la tierra virginidad, que es la flor que ella sembró. No faltan pajes en este casamiento; que los ángeles son criados del Rey del Cielo, y aparejados a todo lo que la esposa hubiere menester.

5. Ni aun faltan hijos, que es lo que acá se suele desear; y cierto no con los dolores del parto, y cuidados que en criarlos se toman, y dolor que dan cuando no salen buenos o se mueren antes de tiempo. Los hijos, señora, de este casamiento son las buenas obras, que se llaman frutos del hombre. ¿Qué placer sentirá cuando por amor de Jesucristo concibiere un propósito de hacer una limosna u otro bien? Y después cuando la ponga en obra, ¿qué placer le dará aquel parto? Estos hijos dan descanso y honra a su madre. Y no ha menester dote, que ellos se la traerán antes para ganar y merecer el mismo Cielo. Y hacen que viva tan descansada su madre, que yo le prometo que cuando de noche se vaya a dormir, duerma con más quietud y paz que si tuviere todo este mundo y cuanto en él se puede desear.

6. Dígame, ¿qué pudiera alcanzar acá, que llegara, ni con muchos quilates, al menor de estos bienes? Y si algún placerillo hubiera, tuviera por contrapeso cada hora de placer más de ciento de dolor y zozobra; y si algo hubiera sin ella, en fin se había de acabar, o morirse el esposo antes que ella, o ella antes que él, y todo le fuera pena, Y también morir los hijos le fuera otra pena, y dejarlos era otra pena; ni ellos a ella, ni ella a ellos se pudieran valer. Gócese, señora, en Cristo, que su Esposo nunca morirá; y cuando ella muera, la cercarán sus hijos, que son las buenas obras que habrá hecho, y no le darán pena cómo los deja, que allá irán con ella acompañándola hasta el trono de Dios, y le pagarán muy bien cuanto en ellos gastó y trabajó; y por amor de los hijos será bienaventurada la madre. Y la muerte no apartará este casamiento, antes pondrá juntos a Él y a ella. Y la librará, porque es Señor de la vida y de la muerte; y no osará ningún demonio arrebatar a la que Dios

tomó debajo del amparo de su favor, y la dotó con nombre de esposa,.

7. Entonces vendrán los ángeles a servirla y presentarla delante de Dios cantando alabanza a Él, y echándole bendiciones a ella, y diciéndole: «Ven, esposa de Cristo, y recibe la corona que el Señor te tiene aparejada.» Y entre estas cosas no estará ausente la Virgen Madre, acompañada de muchas vírgenes, que en este mundo hicieron lo mismo que vuestra merced hace, y no están de ello arrepentidas. Y en compañía de sus semejables, irá de este mundo a donde el Señor ya le tiene aparejado el celestial tálamo, para que eternalmente esté rica, harta y abastada en la casa y presencia de Dios, mirando de hito en hito aquella hermosura infinita, una hora de lo cual es tan gran galardón, que excede, aunque uno hubiese pasado por Dios todos los trabajos que todos los hombres han pasado y pueden pasar. Allí tendrá todo el bien, y habrá alcanzado aquello para lo que fue creada, y estará tan harta en tener a Dios, cuanto ni se puede decir ni pensar; porque así tendrá llenos los senos de su ánima, que rebosen de gozo, como quien está en una muy grande mar de azúcar, que por todas partes está de él cercado. Entonces verá, y amará, gozará y poseerá al Señor de todas las cosas, y dirá: Al que amé he alcanzado, al que busqué he hallado, por quien dejé el mundo ha sido mi galardón y paga: a Él alabaré y amaré en los siglos de los siglos. Amén.

25.—A una señora

Animándola a pelear contra la estima propia.

Señora:

1. Porque creo que vuestra merced pelea las peleas del Señor y se ofrece a todo trabajo porque en ella reine Jesucristo sólo, le es debida con mucha razón la ayuda y esfuerzo por parte de los ministros de Dios; a los cuales está mandado que avisen al malo del mal que le ha de venir, para que se enmiende y lo huya; y al bueno esfuerce, y vaya tañendo una trompeta (*Is* 58) delante cuando viere que entra la guerra. Quiere decir, que ha de esforzar con palabra de Dios a los que viere pelear por su honra; porque de otra manera, así como le será pedida cuenta del malo, a quien no avisó, así también del bueno, porque no lo esforzó; y será castigado por el mal que uno hizo, y por el bien que el otro dejó de hacer.

2. Esfuércese, pues, vuestra merced en la pelea que con la antigua serpiente tiene, queriendo apartarla de Dios, y queriendo ella llegarse a su

Dios. Y esté muy sobre aviso que los principales tiros son al corazón. Porque no se le da a él mucho que uno sirva a Dios con recoger sus ojos, y con guardar silencio, o con rezar y cantar, y con semejantes cosas, sino en el corazón pone él su ponzoña, que es propio complacimento, o propia estima y amor.

Las doncellas locas, doncellas eran; mas por no tener óleo en sus vasos, oyeron de la boca del Señor aquella terrible palabra: *En verdad os digo que no os conozco* (*Mt* 25, 12). ¿Y qué es el vaso, sino el corazón? ¿Y qué *el óleo,* sino el *espíritu de la verdad,* que mantiene y ceba las buenas obras, sí buenas han de ser delante de Dios? ¿Y qué es el *espíritu de verdad,* sino el que hace que el hombre se desplazca y se parezca mal, y de entrañas y de corazón se parezca feo y abominable, y se espante cómo Dios lo sufre sobre la tierra? Y ésta es *la verdad* en que hemos de vivir; y sin esto, en mentira vivimos. Y algunas veces cuanto más bien parece que tenemos y más sanos estamos, estamos peores faltándonos esto. Porque confiando en esto y otras cosas, nos parece que somos algo; y no es así delante los ojos de Aquel que mira los corazones y dice (Apoc 3): *Nombre tienes de vivo, y estás muerto*. Nombre tiene de vivo quien no cae en los pecados que el mundo condena por malos; mas si cae en los que el juicio de Dios condena, ¿qué aprovecha que el mundo absuelva al que el justo Juez condenare? No sabe el mundo tener por malo, ni castiga a uno que se parece bien a sí mismo, y se contenta de sí con soberbia, o no se descontenta. Mas en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego el que no se hiede a sí mismo, como si trajese un perro muerto a sus narices, y tiene entrañable vergüenza delante los ojos de su Criador, como quien estuviese delante de un Juez de acá, habiendo hecho un feo delito. Y si esto llega a ser pecado mortal, cuádrale de todo en todo lo que Dios dice (Jer 3, 3), y si es venial, tócale algo: *Frente de ramera tienes, y no has sabido tener vergüenza*. Y es una mala tacha en el ánima que no sea vergonzosa, como lo es en las mujeres, aun en lo exterior. No condena el mundo una fiucia propia, no una estima propia, no una voluntad viva a buscar su contentamiento. Mas en los ojos de Dios son estas cosas, y otras semejantes, muy grandes males, y que impiden su santa gracia y amistad, si son mortales; y si veniales, impiden el aprovechamiento de la gracia y la comunicación del Señor.

3. Y sabiendo esto el demonio, se le da poco porque en lo más grueso esté una ánima viva, si en lo interior está muerta. Y muchas veces no procura él que aquella persona caiga en muy feos pecados, que si los hiciese se confundiría mucho, porque viéndose así caída en cosas que aun a los ojos del mundo son muy malas, tomaría muy a pechos la penitencia, y se

desplacería muy de corazón y se remediaría; y quiere más tenerla asida con la ceguedad interior, y tenerla segura con que no caiga en otros pecados, que quizá si en ellos cayese saldría de unos y otros, y se le iría de entre las manos.

Por tanto, señora, lo ojos sobre el corazón; y cuando no sintiere un entrañable desprecio y confusión delante del acatamiento de Dios, sepa que no se conoce perfectamente, y que no tiene sino ojos de mundo, y no luz celestial; porque ésta descubre los rincones, y hace avergonzar al ánima de lo que los ojos mundanos alguna vez dirían que es cosa muy buena; y tras ésta vienen lágrimas y verdadera humildad, que de todo en todo sujeta el ánima a Dios y a toda criatura. Y cuando esto no hay, está de otra manera, y no sana de raíz, sino sobresana. Y debe entonces llamar al celestial Médico, y no descansar hasta que poco a poco le dé una poquita de luz para entrar a mirar sus senos y escondrijos, y hallar sus faltas aun en lo que parece bien hecho. No da el Señor luego este don hasta que Él es servido; mas entretanto sepamos no fiarnos de otras buenas obras, si esto nos falta, y esperemos en el Señor que nos lo dará cuando sea servido; porque Él prometió que no daría *piedra* a quien le pidiese *pan*, y que *el Padre del Cielo daría buen espíritu al que se lo pidiere* (Lc 11, 11-13).

Él sea luz de vuestra merced para que conozca a Él para honrarle, y a sí misma para despreciarse, y salga toda de sí, y se sujete toda a Él. Y esté vuestra merced avisada que tiene en la tierra quien le pida cuenta; por eso tenga ganada mucha santidad, para cuando allá vaya y no tenga cosa por la cual me convenga a mí reñir, y ella sea avergonzada, con pena de ambos. Cristo la guarde en su seno rompido con lanza. Amén.

28.—A una doncella consagrada a Dios

Le dice el camino y señales de la tibieza; con qué fervor ha de servir a Cristo, que la defiende como a esposa.

1. El cuidado, devota esposa de Jesucristo, que de vuestra ánima nuestro Señor en el corazón me pone, me hace sospechar que tenéis alguna necesidad de su ayuda; por lo cual me moví a escribiros esta carta, suplicando a nuestro Señor Jesucristo obre en vos, mediante ella, lo que sabe que habéis menester.

Deseo, amada hermana, que os dé nuestro Señor a entender de cuánta importancia es el negocio que habéis comenzado, para que la grandeza de Él

os ponga grande cuidado, y el cuidado os haga ser diligente en agradar a aquel Señor cuya esposa sois, y tras la diligencia os venga el divino favor, que está muy presto a los que de verdad lo buscan, con el cual andaréis segura entre todos los peligros y alcanzaréis el fin de vuestro camino y deseo.

2. La primera puerta de la perdición de muchos que comienzan y no perseveran, suele ser el descuido de sus conciencias, entendiendo en ellas como en cosa que poco va; y estando la guerra cierta y la victoria dudosa, viven así como si todo estuviese seguro, y hubiese ya venido el tiempo de gozar de la victoria, que con muchos trabajos ha de ser ganada. De lo cual viene que como los peligros que nos fuerzan de fuera, y la flaqueza que tenemos de dentro, sean mayores de lo que podemos pensar, y las raíces de los corazones que muchos años hemos dejado plantar hayan menester para ser arrancadas mucho trabajo, se quedan en nosotros, porque ponemos poco; y aunque por un poco de tiempo parecían estar arrancadas, en pasando aquel fervor que a los principios Dios les daba, tornan las raíces, que parecían muertas, a brotar, y vienen a dar frutos tan malos y aun peores que los pasados: y así aprenden muy a su costa, que no debe nadie dejar las armas y el cuidado de aprovechar mientras esta vida durare, que se llama, y de verdad lo es, cruda guerra.

¡Oh si oyeseis que algunos, después de haber algún tiempo gozado de la dulcedumbre de Dios, la perdieron, y vinieron a comer manjar de puercos; y como Jeremías dice llorando (*Lam* 4): *Los que fueron criados en carmesíes vinieron abrazar el estiércol*. ¡Qué cosa hay más lastimera que ver una alma que hallaba deleites en Dios, y dejados aquéllos, deleitarse en pecados; la boca que hablaba del Cielo, hablar de la tierra: y las orejas, por las cuales entraba al alma la palabra de Dios, andar hambrientas por oír consejuelas; y el corazón, que primero con fervor despreció todos los mundanos placeres, pareciéndole amargos en comparación de la divina dulzura, venga a tanta enfermedad, que no halla sabor en lo que de verdad era sabroso, y, como dice Job (30, 7), *tenga por deleite estar debajo de espinas!*

3. Estos son semejantes a los hijos de Israel que después de sacados de la cautividad de Faraón por la poderosa mano de Dios, y habiéndoles Dios prometido que los metería en una *tierra que manaba leche y miel,* fueron tan flojos en sufrir trabajos en el desierto por donde caminaban, que con miserable consejo deseaban más tornar atrás y quedar en Egipto, que pasar adelante y gozar de tantas promesas: y dándoles Dios a comer *el maná*, que

la Escritura llama *Pan celestial* (*Sal* 77, 24), y tan sabroso que para los buenos *contenía en sí todo deleite* (*Sab* 16, 20), tenían los estómagos de sus ánimas tan estragados, que querían más comer de *las ollas carnales* (*Ex* 16, 3), y cebollas, y puerros de Egipto, que del maná celestial, el cual lea era tan desabrido, que *les revolvía el estómago* (*Num* 21, 5). De esta manera, cuando un alma sale de sus pecados, sacándola Cristo, y ahogando la muchedumbre de ellos en las aguas del Bautismo o de la Penitencia, si con cuidado sigue su Dios, se deleita en los trabajos por Él, y halla frescores en este desierto, por seco que sea; porque a este tal mantiene el Señor con escondida y celestial dulcedumbre, según lo tiene prometido diciendo (*Apoc* 2): *Al que venciere daré maná escondido y celestial;* y como la dulcedumbre de Dios sea mayor que la amargura de acá, anda la tal ánima en los trabajos descansada, y en los peligros segura y confiada de la promesa de Dios, en que le promete de llevarla a la hartura del Cielo. Anda y vuela y corre, teniendo en poco de ganar el mundo, ni de perder la vida, por ir a gozar de Dios para siempre. En la boca de ésta no suenan quejas; en el corazón de ésta nunca hay flaqueza; mas hacimiento de gracias por los bienes que ha recibido, y cierta y confiada por lo que espera de Dios recibir. Mas si comienza la tal ánima a darse a la flojera, luego todo le perece mal; no hay trabajo, por pequeño que sea, que no le penetre hasta el corazón y la derribe; siente mucho la herida liviana, se cansa con la poca carga, y a cada paso dice: No puedo. Se queja de cada cosita que no le da Dios a su voluntad, y dice en su corazón, y algunas veces con la boca: ¿Y para qué comencé este camino? No hallo en él sino orar, leer, y cosas delicadas, y contrarías a sangre y carne; *me toma deseo de tornar a comer de los manjares de Egipto,* y me deleita lo que ya vomité.

4. ¿Qué pensáis, doncella, que fue la causa de mudanza tan miserable? Por cierto no otra sino el descuido del corazón, que es madre de la tibieza, y la tibieza del descontento, y el descontento de disolución, y ésta de todos los males. Si estos tales comenzaran a remediar su descuido cuando comenzaron a nacer, no comieran tan amargos frutos; si mataran la madre, no naciera la hija; si cayendo un terrón de la casa, luego la remediaran, no los tomara debajo. Creed que así como ninguno se hace súbitamente muy bueno, ni tampoco se hace muy malo. Escalones hay en medio para subir a mucha bondad, o para descender hasta mucha maldad; porque así como el que está en el primer escalón se debe alegrar para subir, y debe tener confianza que poco a poco subirá a lo alto, así quien está en lo alto y comienza a descender, aunque sea muy poco, debe entristecerse y temer mucho la caída. Y para que os remediéis, si en este peligro estuviereis, oíd

en qué lo veréis.

5. Si a vuestro corazón sintiereis liviano, si os deleitáis en hablar palabras ociosas, si deseareis oír nuevas, si fuereis tarda al ir a orar, y presta para acabar, y sintiereis vuestro corazón seco, que no llueve Dios sobre él devoción, y si alguna vez llueve, es como agua que no harta la tierra, y que presto se pasa; si os viereis los ojos abiertos a las faltas ajenas, y a las vuestras cerrados; si os sabe mal el ser abatida, y os enojáis con quien os reprende; si las condiciones de vuestros prójimos os parecieren pesadas para sufrir, y siempre echáis achaques en el comulgar y confesar, o ya que lo hacéis, más es por vergüenza o costumbre que por amor, y si después de comulgar, habiendo en vos entrado el fuego, no os encendéis, y puesta la miel en la boca no sentís dulzura: cuando estas cosas y otras semejantes viereis en vos, entended que vuestro corazón no está entero con Dios, ni lleno del licor celestial, pues anda hambreando la vanidad de las criaturas. Porque así como el gusto de Dios hace mortificar los sentidos, da abundancia de lágrimas, entrañable hartura, deseo de silencio y de soledad, desprecio de cuanto florece en el mundo, cuidado de la propia conciencia, paciencia en sufrir a los prójimos, con otros mil cuentos [millones] de bienes, así el gusto de la vanidad hace no hallar gusto en la verdad. Como el gusto de Dios echa fuera el gusto del mundo, así el del mundo al de Dios. Y si viereis que el mundo os comienza a saber bien, remediaos presto, antes que del todo vengáis a perder el sabor de las cosas de Dios.

6. Mirad no hagáis cosa que no sea digna de esposa de Jesucristo. Acordaos que habéis ofrecido vuestro cuerpo en sacrificio limpio a Jesucristo nuestro Señor; y el sacrificio mandaba Dios que fuese muy examinado; porque *si tenía falta en los ojos, o manos, o pies, o en otra parte, no consentía Dios que le ofreciesen* (Lev 1 y 22). Y aun en muchas partes más podía este solo defecto para ser desechado el tal sacrificio, que los muchos bienes para ser aceptado. En lo cual se da a entender, como dice Orígenes, que las doncellas que ofrecen su cuerpo a Dios en sacrificio, no cumplen con ser en una cosa limpias. La lengua ha de ser ajena de hablar vanidades, las orejas de las oír, los ojos puestos en tierra; el atavío, ni precioso, ni curioso, ni sucio, y desde los pies hasta la cabeza ha de ser vestida de honestidad; en la alma ha de ser paloma, porque es esposa del Cordero, para que así sean para en uno; y pues en tan alta empresa Dios os ha puesto, no tengáis la vida baja.

7. Quien a tan alto Rey quiso amar y de tan alto Rey es amada, no es razón que duerma. Ninguna cosa os parezca trabajosa de hacer ni pesada de

sufrir por agradar al que una vez ya os disteis. Y si os parece que pasáis trabajos o desconsuelos, no os espantéis; acordaos que *así suele el Señor tratar a sus hijos;* que estas cosas no son señales de ira, mas de bienquerencia. Mientras más os viereis trabajada, teneos por más amada; mientras más desconsolada, más confiada; y la gran tentación viene por víspera de muy gran corona. Ninguna cosa os derribe, pues tenéis por ayuda al brazo del muy Alto y Omnipotente. No huyáis, que sin falta veréis venir sobre vos el socorro del Cielo. No os espanten los muchos enemigos que tenéis, mas os consuele un solo amigo que os ama más que todos los enemigos os desaman, y Él solo puede más que todos ellos juntos. No le hagáis vos traición: no huyáis vos de su campo; llamadle en vuestras necesidades, que de su parte yo os prometo que Él os dará vuestros enemigos vencidos y puestos debajo los pies. *Por un camino vinieron contra vos, y por siete huirán de vos;* si tienen licencia para tentaros, no la tienen para venceros.

8. No es cosa acostumbrada a las maridos fieles desamparar a sus esposas; y si en la tierra, donde tan poco amor hay, esto hay, ¿qué hará donde Jesucristo, Esposo vuestro, está, sino muy mejor defenderos? Quien por amaros perdió su vida, ¿os dejará perder tan ligero? *Ninguno aborreció su propia carne, mas antes la cría y regala* (*Ef* 5, 29). Y nosotros, como dice San Pablo, *carne somos de la carne de Jesucristo, hueso de los huesos de Jesucristo,* a semejanza de Eva, que fue sacada de Adán. Y Él y nosotros no somos dos, sino uno[26], como *marido y mujer,* o *cabeza y cuerpo,* o *vid y sarmiento* o *árbol y ramas*. Pues si mirar Cristo por nosotros es mirar por Sí mismo, ¿qué razón hay para dudar en lo que tanta certidumbre tenemos? Y si esta unidad y casamiento la tiene con sus cristianos, ¿cuánto más con las personas que dejaron de ser esposas de hombres por ser esposas de Dios? Alegraos y cobrad confianza en el arrimo de tal Señor; gozaos de las mercedes que habéis recibido; vivid con tal diligencia, que no perdáis las que os ha prometido. Acá habéis celebrado desposorio con Él, y allá os tiene aparejado el tálamo en que poneros: y va tanto el gozo que allá os dará del que acá os ha dado, como del Cielo a la tierra, como de fin a principio, como de cumplimiento a promesa; porque allí os enseñará Él cuán bienaventurada fuisteis en renunciar el mundo y sus pompas por hacer homenaje a Cristo.

9. Allí veréis cómo el matrimonio es bueno, la virginidad es mejor; y aunque María escogió bien, *la parte de María es mejor. Allí cantaréis cantar nuevo, y tal, que no pueden cantar sino vírgenes:* allí andaréis en compañía de innumerable compañía de vírgenes, que viviendo acá

---

[26] Idea fundamental en la ascética de S. Juan de Avila.

despreciaron lo que vos despreciasteis, y tienen allá lo que vos deseáis; allí veréis y seguiréis a la Bienaventurada María, Virgen y Madre y Esposa; la cual, como la otra María, hermana de Moisés, pasado el trabajo del mar Bermejo, tomó su adufe [pandero] en la mano y comenzó a cantar en alabanza de Dios, y tras ella las otras mujeres: así nuestra María, pasada de este mundo, y después tomando su cuerpo, está cantando en el Cielo alabanzas a Dios con cuerpo y con ánima; y tras ella cantan todas las ánimas buenas, y por particular gloria cantan las vírgenes, *siguiendo al Cordero,* que es Cristo, *adondequiera que Él va,* dándoles su compañía en pago de la soledad que acá pasaron por Él. ¿Os parece que es bien galardonado servir a quien tan bien galardona? ¿Os parece cuán alegres deben estar los que este día esperan? Trabajad, pues, vos por ser una de éstas, que pues el Señor lo ha comenzado en vos, Él lo acabara; y pues se desposó con vos, él se casará, y dará a Sí mismo en galardón para siempre.

Orad y leed y comulgad.

Vuestro siervo por Cristo.

27.—A una señora ilustrísima

Afligida porque la enfermedad la impedía los ejercicios espirituales: le enseña cómo se halla la paz que no está fuera de Dios. Y del gran cuidado que se ha de tener, en que lo que nos aparta de los santos ejercicios sea necesidad, no flojedad y tibieza.

1. El mejor consuelo en los trabajos que nos vienen contra nuestra voluntad es no haber nosotros cometido alguna culpa para que nos vengan; porque a la conciencia limpia fácil cosa le es llevar cualquier carga que le echen; y a la no tal, la pequeña le es incomportable.

Si así supiesen los hombres buscar los medios para su descanso como saben desearlo, gozarían de él, y no se quedarían con sólo desearlo. Ley es de Dios que los que tienen deseos fuera de Él, sean atormentados, o no se cumpliendo o cumpliéndose; porque ya que venga lo que desearon, no pueden gozar de ello por el remordimiento que la conciencia les da; y si no viene, están colgados con la dilación de lo que desean. Muy al contrario de esto es el deseo puro de Dios; porque si David dice (*Sal* 104): *Alégrese el corazón de los que buscan a Dios,* ¿qué será el hallar a Dios? Si la hambre del buscar les da alegría, la hartura de la mesa, ¿qué será?

Por tanto, quien quisiere paz y verdadero descanso, entienda en quitar

deseos, y osada y fielmente ponerse en la voluntad del Señor, y no se verá hollado de tinieblas, ni afligido con acaecimientos. Mas ¿quién hará a los hijos de los hombres que entiendan lo que Dios les manda decir (*Sal* 4): *¿Hasta cuándo seréis de pesado corazón, y amáis la vanidad, y buscáis la mentira?* ¿Quién los desengañará de su ceguedad, que andando buscando paz, hallan guerra, y por la misma vía que la buscan, por allí la pierden?

2. Entiendan todos que como no hay más de un Dios, no hay más de un verdadero descanso; y que como fuera del verdadero Dios no hay Dios, fuera de su descanso no hay descanso. Verdaderamente *mentirosos* eran *los montes y muchedumbre de los valles,* y solamente en el Señor Dios nuestro hay verdadera salud, dicen los que, después de cansados con la experiencia de sus vanos deseos, vienen a conocer quien es Dios y quien los que a Él se allegan. No tenemos, señora, no tenemos pan ni *panes* en nuestra casa *con que dar de comer a nuestro amigo que viene de fuera,* si no lo vamos a pedir a nuestro vecino (*Lc* 11, 5), que es Dios humanado, tan cercano a nosotros, que es nuestra Cabeza, Padre y hermano. Quien a Él alzare sus ojos y le mirare a las manos; quien fuere mendigo de su puerta; quien le deseare y se fatigare de hambre de Él, será recreado con su hartura, que tanto excede a la de las criaturas cuanto excede Él a ellas. Mas fuera de Él no se atreva nadie a hambrear, porque «dondequiera que la carne buscare abastanza —dice San Agustín—, hallará falta»; para que por experiencia entienda qué diferencia va del Criador a la criatura, y desarrimado de ella, pues ya probó no haber en ella lo que buscaba vaya con lleno corazón al que sólo es bastante a darle más de le que el ánima puede recibir.

3. Así que, ilustrísima señora, no se vaya V. S. tras el engaño grande de muchos grandes del mundo, que son muy amigos de su voluntad y están llenos de sus deseos, pareciéndoles que tienen para ser más abundantes en deseos de cosas, cuanta más lo son en estado de acá; y no veo que saquen de aquí sino mayores tormentos; porque a la medida del desear es el penar. Y como San Bernardo dice: «Cese la propia voluntad, y no habrá infierno»; así podremos decir: cese, y no habrá acá ni pecado ni trabajo. Porque no es lo que nos da la pena lo que nos viene, sino el venirnos lo que no queremos que venga. Y por esto nos pide Dios *nuestro corazón* (*Prov* 23, 26), para quitárnoslo de tantos males, y a trueco de él, darnos el suyo, que es pacífico y reposado y alegre en los trabajos. Y necio de aquel que quiere más vivir en su angostura, que en la anchura de Dios, y morir en sí que vivir en la Vida. Y si en algún tiempo o en alguna cosa hemos cometido este mal, de haber dado la rienda suelta a nuestro deseo, humillémonos delante el Padre de las misericordias, conociendo nuestras faltas, y esperemos perdón de Él,

tomando en descuento de nuestro yerro la pena que por nuestro deseo nos vino; con la cual suele Dios quitar el pecado, como quien toma los ramos de un árbol y con ellos pone fuego al mismo árbol, y la quema de raíz.

4. Muy mejor es al pecador que le suceda pena de pecado que no descanso; porque, como San Agustín dice: «No hay cosa más desdichada que la buena dicha temporal del pecador.» Y aprendamos de aquí adelante a dar nuestros deseos a Dios. Y como una piedra va hacia lo bajo, y un fuego a lo alto, y cada cosa a su lugar, así nuestro corazón vaya a su centro con gran ligereza, que es Dios. ¿Quién no se espantaría de ver una gran peña colgada en el aire, sin que fuese a su centro? Y ¿quién no se espanta de ver un corazón, creado para descansar en Dios, detenido en el aire, y menos que aire? Sea, pues, o porque no podemos descansar sino en Dios, o porque merece Él ser Señor de todo nuestro amor, pues es piedra imán de todo espíritu; no hagamos tan gran necedad, *no demos tal mancha en nuestra honra* (*Eccli* 33, 24), no tal traición contra nuestro Señor, que de aquí adelante otro deseo en nosotros entre, sino el de Él, o por amor de Él. Y así huirán de nuestro corazón las nieblas tristes, las congojas desaprovechadas, las esperanzas y temores vanos. Y en lugar de esto nos amanecerá luz nueva, y con ella alegría; porque ver lumbre del Cielo causa es de ella, y el ciego no puede verla. Y por esto decía Tobías: *¿Qué gozo puedo yo tener, pues no veo lumbre del Cielo?* Gran verdad es, cierto, que ninguno que no está desengañado no puede tener verdadera alegría porque aunque le parece que ve, es vista de tierra, y no lumbre del Ciclo. Tras esto es la cura de raíz.

5. Conviene que V. S. no quiera que, con disposición desigual, haya ejercicios iguales. Porque muchos se afligieron ignorantemente, por no alcanzar lo que ni su fuerza ni estado les permitía. Está claro que, con esa disposición, no ha de querer la orden que antes tenía, ni nuestro Señor tal pide; pues su voluntad es muy igual, y templada con misericordia, que no pide sino lo que Él da de aparejo; y no sólo no quiere coger *donde no siembra* (*Mt* 25, 24), más aun se contenta con coger mucho menos de lo que sembró. No se desconsuele V. S. por lo que no puede alcanzar; que eso ¿qué sería sino estar penada porque no tiene alas para volar por el aire? No ponga los ojos en consuelo ni oración, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor. Y pues Él quiere que el tiempo que se gastaba en orar, se gaste ahora en vomitar, sea muy enhorabuena; y Él contento, todos contentos los que tienen en más el contento de Él, que poseer Cielos y tierra. Y si el escrúpulo diere pena con pensar que vino esto por alguna culpa, o que es castigo de dar Dios lo que deseamos, ¿qué hay más que hacer, sino echarnos a sus pies y pedir azote y perdón? Y el Señor dará entrambas cosas, o el perdón sin

azote; mas nunca azote sin perdón, si por nuestra culpa no queda. Y por esto debemos tomar el trabajo por prenda de la paz; y porque ésta haya entre Dios y nosotros, nos venga todo lo que Él mandare.

6. No hay sino una cosa que temer, y es no se solape nuestra pereza debajo la ocasión del «No puedo más.» Aquí es menester vivir con siete ojos, porque esta Eva que dentro de nosotros está, es tan amiga de regalo y de pasearse por el huerto y comer del árbol vedado, que tiene mil mañas para hacer entender a la razón que lo que pide no es demasía, sino necesidad; y se enoja mucho si no se lo dan, y si no se lo creen. Menester, señora, son dos cosas: una, que cuando claramente viere que puede tener sus ejercicios, en ninguna manera los deje. Ose trabajar por el amor del Señor, pues el amor no sabe ser flojo, y cuanto es piadoso para su Amado, tanto cruel y no nada regalado para sí mismo. Acuérdese V. S. de las hazañas que en este mundo ha hecho el amor de Cristo en los corazones donde ha morado; cárceles, tormentos, deshonras ha hecho pasar, y con grande alegría, poniendo delante los ojos del amador el gran valor del Amado. Y pues tanto ha acabado con otros, no sea tan flaco en V. S., que no tenga fuerza para pasar un poco de trabajo por agradar a tan alto Señor al cual tanto más será acepta cuanto con mayor trabajo a Él se llegare. Y el Señor no es amigo de nuestras penas, sino sólo de nuestros amores; y éstos no se pueden conocer ser verdaderos, sino en cosa que duela. Porque *el amigo fijo en el tiempo de la tribulación* aquél es el verdadero (*Eccli* 8. 11). Y aunque Dios conozca sin prueba quién somos, quiere probarnos para que nosotros nos alegremos viéndonos fieles en el amor, y vivamos con esperanza de ir a ver a quien amamos, pues *la prueba obra esperanza,* como dice San Pablo (Rom 5).

7. Así que, ésta sea la orden mientras no hubiere salud para tomar otra: que en estando libre de vómito o dolor, tenga su ejercicio; y haciendo esto pida a nuestro Señor le dé su lumbre para conocer cuándo es engaño de la carne el estorbo que pone, o cuándo es necesidad justa; porque quien bien usa de lo que conoce, alcanzará lumbre para lo que no conoce. Que el otro no tiene boca para pedirlo, pues le pueden responder: ¿Para qué quieres saber mi voluntad y agradamiento, pues en lo que lo sabes no lo cumples? Y cuando hay algún alivio, aunque no sea mucho, haya ejercicio, aunque no sea mucho ni con mucha atención, sino como un conocimiento de nuestro deseo, y un presentarnos delante el Señor. Y con esto y con no dejar caer el corazón, porque va en esto la vida, pasará V. S. hasta que provea Dios de otro tiempo.

8. La Samaritana preguntaba que dónde había de orar: y el Señor responde (*Jn* 4), que *en todo lugar, y en espíritu;* y así ha de hacer el cristiano, que en todas sus obras ha de orar al Señor, no en monte ni en templo sólo, sino en comer y beber, dormir, salud y enfermedad, refiriéndolo todo a Dios, y gozándose en todo por recibirlo de la mano de Dios. Mire mucho V. S. no ensangoste [angoste, estreche] a Dios, pues es inmenso, no piense que no le ha de buscar ni hallar sino en tal lugar o tal obra. En todo está, si ella está con Él; y si en todo le busca, en todo lo hallará. *Me alegré* —dice el Sabio (*Sab* 7, 12)— *en todas las cosas, porque iba delante de mí esta sabiduría;* y así lo hace quien en todo mira a Dios, haciéndolo como Él lo manda, y teniendo atención a Él. Y de otra cosa se sigue tristeza y descontento, y caimiento en el corazón, que es cosa que en gran manera se debe huir, porque según esta escrito (*Eccli* 30, 25): *No hay provecho en la tal tristeza,* antes mucho daño para cuerpo y ánima y prójimos. Mas la alegría da fuerzas, da perseverancia, y hace entristecer a nuestros enemigos, y alegra al espíritu de Dios que en los suyos mora, porque Él es alegre. Y sobre esto use V. S. recibir a nuestro Señor algunas veces.

9. Y pues en el corazón hace Él su morada, no hay que tomar pena por andar el cuerpo como anda; que aunque algún impedimento sea para trabajar, no para dejar de amar. Mayormente que el Señor es todopoderoso, y muy amigo de dar fuerzas al corazón que le desea amar, pues es para cumplimiento de la cosa que en el Cielo y en la tierra más bien le parece, que es el amor; del cual esté V. S. tan abundante en la tierra, que merezca estar más cerca del Señor en el Cielo. Amén.

28—A UNA MONJA

Que quería hacer profesión. Que a imitación de la Virgen cuando se preparaba para dar a luz al Niño Jesús y para la fiesta de la Asunción, se disponga a vivir con el Divino Esposo.

1. Dos veces estuvo la sagrada Virgen María esperando grande fiesta, y se aparejaba con grande cuidado para salir a ella muy ataviada del espíritu, al atavío que es el que luce delante de Dios. Una fue cuando, habiendo concebido al Hijo de Dios por obra del Espirito Santo, esperaba el día en que el encerrado en su vientre, saliese afuera, y viese Ella con sus corporales ojos, y tratase con sus manos, y tuviese en sus pechos al *Deseado de todas las gentes* (*Agg.,* 2. 8), mayorazgo del Eterno Padre y lumbre de Él. ¡Qué

pensamientos tendría la Virgen, y cuán suspenso andaría su corazón, deseando ya haber amanecido el día en que, habiendo salido de sus entrañas un tal Hijo, quedase verdadera Virgen como el día en que nació, y mucho mejor! Cuidadosa andaba no faltase algo de lo necesario, y principalmente de tener tal su ánima, que el día de las vistas del Niño y de Ella no hubiese cosa en toda Ella que no pareciese muy bien a los ojos a Él; y así fue ello.

La otra vez que esta Señora anduvo cuidadosa con la espera de otra fiesta, fue este santo tiempo en que estamos [los días que preceden a la Asunción de María,15 de agosto], en el cual se andaba aparejando para el día en que había de salir de este destierro, y subir a la celestial silla que su Dios e Hijo le tenía aparejada, a donde, servida y reverenciada de todos los ángeles, estuviese Ella reverenciando y bendiciendo, amando y gozando al abismo de la dulzura infinita, que es Dios. Ninguna mujer tanto se aparejó para casamiento, ni para otra fiesta, como esta Señora para el día de su coronación y dignidad; y así salió tan hermosa, que los ojos de Dios se huelgan de mirarla, y sus orejas de oírla; y si atavío buscó, lo halló, y salió a la fiesta sin mancha ni desgracia ninguna

3. ¿Habéis oído estas cosas, sierva de Cristo? ¿Las habéis entendido? Pues a vos dicen, y para vos se dicen. Bendito sea Cristo por siempre, que tan cercana del santo y limpio parto os ven mis ojos y oyen mis orejas, cuando aquel virginal propósito, que habéis concebido por inspiración del Espíritu Santo, saldrá afuera a ponerse en obra, y el Cristo tierno y Niño, que traéis dentro de vuestras entrañas, lo tomaréis en vuestras manos, quiero decir, en vuestras obras, y morará en vos, no sólo en el corazón, mas también en el cuerpo, siendo *sellado con su sello,* dentro *por su amor* y de fuera *por su imitación;* y en el ánima con entereza y en el cuerpo también; el espíritu encendido con el fuego de la caridad, y el cuerpo mortificado con la limpieza de la virginidad.

4. Este día esperáis, y para este día os llama Cristo, diciendo (*Cant* 2): *Levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mis, y ven; porque se ha pasado el invierno, ya se han ido las lluvias; flores han aparecido en nuestra tierra, el tiempo del podar es venido*. Si hasta aquí, señora, habéis vivido en invierno de frialdad del amor divina, ya viene el verano del ardor que santifica; con que *las lluvias* de los pensamientos, y de los descontentos, y de las turbaciones y mudanzas se van, y os nazca alegría nueva y frescor de esperanza. *Las flores* que en vuestra tierra han aparecido, el propósito de virginidad que Dios os ha dado es, que por no estar firmado con voto se llama *flor*. Y dice Cristo que esta flor *ha aparecido en nuestra tierra,*

porque el cuerpo de la virgen particularmente es de Cristo y *tierra suya,* que le acude, no con treinta o sesenta tanto, mas con ciento tanto, por ser la virginidad la cosa más alta que, en lo que toca a la carne, puede haber. Y dice que *ya viene el tiempo del podar,* porque presto convendrá cercenar de vuestra anima mil pensamientos y deseos que antes teníais, que aunque no fuesen pecados, eran muy bajos y llenos de tierra, y en ella habían de parar: y han de nacer otros magníficos, que desprecien todo lo que acá se puede gozar, y se enderecen a ganar a sólo Dios.

Os conviene, señora, echar de vos lo visible, si queréis gozar de lo invisible; os conviene dejar, si queréis recibir: decir *que no* a cualquiera cosa que a vos venga, por decir a Dios que sí. Vaso sois, echad toda la hiel, y recibiréis miel, que los gavilanes que crían para cazar buenas aves, les cierran los ojos, para que no vean las de poco precio y se arrojen a ellas, y encarnizados allí, dejen de seguir las de más precio; y así os conviene cerrar los ojos a todo lo poco, y decir al Señor (*Sal* 18): *Aparta mis ojos, porque no vean la vanidad;* porque no os abalancéis a ello, y quedéis satisfecha con la tierra, pues que fuisteis creada para el Cielo. Dejad aparte lo que se pasa, y abrid los ojos a la caza que es de mucho precio, Dios, y a Él abalanzaos, aunque os cueste la vida. Podad de vos todo lo que Dios no es; cercenad toda cosa que no es a propósito del estado que queréis tomar; que si antes queríais ser una, ya queréis ser otra, tanto diferente cuanto el Cielo de la tierra, y la esposa del rey de la esposa del esclavo. A vida nueva, pensamientos nuevos; a palabras nuevas, obras nuevas, y todo nuevo le pertenece.

5. Este tiempo está ya cerca, cuando vuestro niño salga a luz, y quedándoos virgen, deis fruto de bendición de la mano de Dios, por obra de su Santo Espíritu, que fecundará vuestro entendimiento para conocer a Dios, y abrasará vuestra voluntad para amarle; como hizo a la Virgen María, que le inspiró en el tiempo de concebir, y la hinchó de gracias al tiempo de parir. Ya creo deseáis este parto, pues no ha de ser con dolor, antes con alegría, pues no es de aquellos de los cuales se dijo a Eva (*Gen* 3): *En dolor parirás tus hijos;* porque aquella es cosa de carne concebida en pecado, esta otra es obra de espíritu inspirada por Dios.

6. Y si antes que este día venga, tanta alegría siente vuestra ánima con sólo el olor y esperanza de él, ¿cuánta más copia de ello habrá en la misma fiesta? Osad, sierva de Cristo, decir al mismo señor que os ha convidado para tanto bien; osadle decir lo que la Esposa de los Cantares dice: *Ven, Amado mío, salgamos al campo, moremos en las alquerías, levantémonos*

de mañana a las viñas, veamos si nuestra viña ha florecido, si las flores han parido frutos, y si han florecido las granadas. Allí te daré mis amores. (*Cant* 7) Convidad al que queréis tomar por Esposo a que *salga al campo con vos,* y suplicadle que se desembarace todo vuestro entendimiento y corazón de todo el bullicio de aqueste mundo, y os mortifique tanto a todo lo que pasa, como si ya estuvieseis fuera de este mundo, sola vos y Cristo; y esto es *salir al campo,* porque quien esto ha hecho vive en anchura y alegría, y no la estrechan las marañas que traen consigo las cosas de acá. Y para dar a entender que esto no ha de ser por un rato no más, añade diciendo: *Y moremos en las alquerías*.

Y desde allí *levantémonos de mañana a las viñas;* porque mientras la persona está ocupada y alterada con los presentes cuidados, ¿cómo podrá entender con atención en las cosas de su conciencia, que es *viña* de Dios? Harto tiene que entender en tráfagos y zozobras; y aunque alguna vez desea y propone levantarse a entender en su alma, luego la derriban las olas de las temporales mudanzas, y aunque con remordimiento de conciencia, en fin, de cansada, deja lo que más desea y entiende en lo que aborrecía. Alguna vez llega a tanto la miseria, que deja ya de desear entender en su ánima, porque las muchas olas ahogaron aquel poquito de buen deseo que en ella estaba. Vos, doncella, a quien Dios ha amado y libertado de los cuidados del siglo, *salid al campo* de la anchura del corazón, hollad todo lo de acá, y gozaréis de una alegría que todo el mundo no os la pueda quitar. *Levantaos de mañana* a entender en vuestra conciencia, pues este solo cuidado habéis de tener, y éste ha de ser vuestro oficio; porque, como dice San Pablo (1 *Cor* 7): *La mujer casada tiene cuidado de cómo agrade a su marido y a Dios, y está repartida; mas la doncella que no se casa, lo tiene en cómo agrade al Señor, para ser santa en cuerpo y en espirita*.

7. *Levantar de mañana* es comenzar nueva vida y examinar la conciencia. Cuando Dios envía el rayo de luz, entonces no ha de dejar la persona pasar aquel tiempo; sino como el trabajador se va a trabajar en saliendo el sol, así la tal ánima se ha de esforzar al bien cuando siente espuelas de Dios. Y allí se ve *si las flores han echado frutos,* porque no hemos siempre de estarnos con buenos deseos, sin ponerlos en obra; porque la flor que pasa de su tiempo se seca y marchita; y el niño que no saliese del vientre al tiempo acostumbrado, se moriría; y los propósitos que no se ponen en obra, ¿para qué son? Salga, pues, señora, vuestro propósito a luz; tórnese *en fruto la flor*. Mirad a la Virgen Madre, que concibió por Espíritu santo, y parió con alegría, dando fruto, y quedándose con la flor; porque cuando el buen propósito se pone en obra no se pierde, antes se confirma. Y

también mirad *si las granadas han florecido;* porque la doncella de Cristo no se ha de contentar con cualquier amor de Él, sino amor hasta desear derramar la sangre por Él; y este derramamiento de sangre se significa en *las granadas,* que han de estar muy vivas y floridas en el ánima de la esposa de Cristo.

Y allí *dadle vuestros amores*; porque después que seáis esposa, ¿qué os queda sino cautivaros del amor de Aquel que, por vuestro amor, se hizo extranjero en la tierra, y padeció treinta y tantos años con fríos, calores y cansancios, y después dio su vida por ganar vuestra anima, mejor que Jacob por alcanzar a Raquel? ¿Qué habéis de hacer, sino responder al que os ha llamado, y seguir al que delante de vos va con su cruz, y mirar en hito, sin volver a otra parte los ojos, al que así tan piadosamente os ha mirado, que os ha quitado de la tierra para trasponeros en el Cielo, y os quita, de ser sierva de hombres para que gocéis de ser sierva de Él, que es ser Reina y Señora? Aparejad vuestro tálamo; que así como la Virgen María andaba ahora cuidadosa con la subida al Cielo, así lo debéis vos estar para vuestra subida a la celestial vida. Porque la virginidad no es cosa de la tierra, no es cosa humana; parienta es de los ángeles; y *vivir en la carne, y no según la carne,* no es humana virtud. *Ángel terrenal* es virgen, u *hombre celestial*, pues que desde acá ya guarda entereza e incorrupción, como en el Cielo la hemos de guardar, donde no habrá casamiento ni cosa que le parezca. Y pues queréis subir a cosa tan alta, vivid con cuidado de parecer tal aquel día a los ojos de Dios, que os eche su bendición y os cuente en el número de sus favorecidas. La Virgen Madre fue subida al Cielo, y vio a su Hijo bendito, y está con Él; y vos tendréis en el altar y recibiréis aquel día en vuestro pecho al mismo que Ella trajo en los suyos, y al mismo que reinan el Cielo. Escondido vendrá, mas el mismo es; porque si manifiesto viniese, no se podría sufrir su resplandor y hermosura; y por eso, no por falta de amor, sino por vuestro bien, viene así.

9. Pues quien tal día espera no debe dormir; quien tal Huésped atiende [aguarda], ataviada ha de tener su casa; quien tal Esposo aguarda, no ha de ir fea ni llena de andrajos; y quien tal SÍ QUIERO ha de dar, menester ha de pedir la gracia del Señor para ser bien casada. ¿Qué haréis, señora, para este día alegre y terrible? ¿De dónde compraréis atavíos para bien parecer al que ama vuestra ánima? Idos a los pies de Él, y confesadle vuestra flaqueza y pobreza, y suplicadle que os vista y atavíe de la ropa de sus entrañas, que otro sino Él, no os puede dar la mejor joya para bien parecer. No cura Él de oro, ni plata, ni brocado, ni esas poquedades en que miran los ciegos; mas la lindeza del ánima, que, lavada con la sangre de Él, se para más blanca que la

nieve, más hermosa que la luna y más clara que el sol, y muy mejor ataviada que lo estuvo la reina Ester. Él os vestirá y dotará y hermoseará; suplicádselo vos estos días, entendiendo en pedirle perdón de los años que no le habéis mirado a Él, sino a vos; del tiempo que habéis vivido con vos, no con Él; del tiempo que os habéis amado, y a Él no, sino para vos; y lavad vuestra faz con agua de lágrimas por los años que no habéis conocido ni amado como debíais a quien siempre os miraba, guardaba y amaba.

10. Y leed algunos ratos en libros santos, y repartid algunas limosnas a los pobres, y recogeos un rato a rezar por la mañana y otro a la tarde: y no cesen de deciros Misas; rogad al Señor por vos, el cual os haga tan suya, que podáis decir: *Vivo yo; ya no yo, mas vive Cristo en mí* (*Gal* 2, 20), y os ponga por luz a donde otros miren para gloria de Cristo, al cual sea alabanza y hacimiento de gracias, ahora y para siempre jamás. Amén.

29.—A una señora ilustrísima.

En Adviento: de las tres venidas de Cristo: en carne, a juicio y al ánima: y cómo nos hemos de disponer para recibirle.

1. No dan licencia los muy grandes negocios ni las maravillosas nuevas que se hable en otra cosa, si en ellas no: y así me parece que el tiempo del advenimiento de Cristo nuestro Señor no permite, como cosa muy grande, que en otra cosa se entienda, sino en cómo nos sepamos aprovechar de él. Nuevas son que mucho importan, venir Dios.

Porque si hablamos de su advenimiento en carne, ¿qué cosa mayor puede haber, pues dice San Agustín que ésta «no tiene igual en cuantas Dios en tiempo ha hecho»?

Si hablamos de su venida a juzgar, ¿quién llamará pequeño al negocio de aquel día, pues se han de juzgar en él todos los días que han vivido todos los hombres, y darse a unos vida que siempre viva, e inefable descanso, reinando con Dios, y a otros muerte que siempre estén nutriendo, en compañía de Lucifer y los suyos? No es pequeño día aquél sino para quien no lo piensa: aunque hablando verdad, para aquél será más terrible día y más pesado negocio, que ahora menos caso hace de él.

2. Pues estos dos advenimientos son muy grandes, no se tenga el tercero por pequeño; pues siendo de venir Dios al ánima, es razón que nos ponga grande admiración. ¿Quién, a quién, y a qué viene? ¿Quién vio venir los reyes a las casas de los muy bajos y viles y traidores vasallos? Y esto no

por cosa que a los reyes cumpla, sino puramente por provecho de los que muy mal le han servido. ¿Qué cuidado es razón que ponga esta voz: Él Señor quiere venir a vuestra casa, al ánima que lo cree y quiere gozar de tal Huésped? ¡Oh gran confusión de nuestra mayor desvergüenza! Ponemos cuidado y nos mueve todo el corazón saber que viene a nuestra casa una pequeña criatura, ¡y oímos con orejas sordas y con corazón más que muerto: El Altísimo quiere venir a ti! Abrimos luego a quien llama a nuestra puerta, y veces hay que por nuestro mal, ¡y dejamos estar a nuestro Señor llamando a la puerta de nuestro corazón para entrar cargado de bienes, y nos hacemos sordos, y no le queremos abrir! Justicia tendrá el día postrero en cerrar Él la puerta de su misericordia, y decir (Mt 25): *No os conozco*, a los que llamaren: *Señor, Señor, ábrenos*. Pues no es mucho que desprecie entonces al que ahora le desprecia a Él.

3. ¡Oh quién un rato hablase a solas y en seso con su ánima propia, y le preguntase, que es aquello por lo cual no abre a su Señor, y cuál es el estorbo que tiene para servirle! ¿Quién puede hacer contrapeso a estar Dios llamando a la puerta, convidándonos con que *si le abrimos cenara con nosotros, y nosotros con Él?* (Apoc 3). Él come nuestro arrepentimiento, bebe de nuestras lágrimas, y se goza de cómo le pedimos lo que nos falta, y agradecemos lo que nos ha dado; y nosotros comemos del perdón de los pecados que nos da, del esfuerzo en los trabajos, y de otras mil mercedes que consigo trae, que dejan al ánima tan harta y tan otra, que le parece haber resucitado de muerte a vida. ¿Que es aquello, ánima mía, qué es aquello que tienes en tu corazón porque no abres luego, luego y deprisa al Señor que a tu puerta llama? (Cant 5): *Su cabeza tiene llena de rocío, y sus cabellos llenos de gotas de la noche,* que son los muchos golpes y remesones que le dieron en ella por ti, cuando dijo (Lc 22, 53): *Esta es vuestra hora y poder de las tinieblas*. ¿Por qué eres desagradecida a tanto amor, y mal criada a tal Majestad? Abre ya, y echa de tu corazón cualquier cosa que te estorbe el puro y fuerte amor que le debes; porque cualquier cosa que sea, adúltero es, y no tu varón, pues éste es sólo Dios tuyo.

¿Qué esperas a mañana, que no sabes si lo verás, ni cómo en él estarás? Ya es hora ele levantar, que alto va el sol; y basta lo dormido y perdido de tu vida, pues no has vivido más de cuanto has vivido a Él. No te entristezcas por dejar los estorbos, ni te fatigues al tiempo del levantar, que el Señor hará que te alegres después de levantada, mucho más que es la pena que te da el levantar. Ofrécele al Señor tu dolor y trabajo que pasas por Él. Ofrécele lo que en tus ojos más luce, y el contentamiento que podrías tener. Y cuanto éste fuere más y mayor, tanto más te alegra en dejarlo; porque por

el Grande, mucho se ha de pasar, y mucho se ha de dejar; que al fin, no será tanto, cuanto el Grande pasó por ti, y cuanto Él te quiere pagar.

4. Sea por amor, sea por vergüenza, sea por codicia, sea por temor, no te cumple otra cosa que ser sierva del Señor, y trabajar por tenerle contento; porque Él es el que con su bondad y hermosura merece todo tu amor, aunque mucha más fuerza tuvieras. Cuanto más, que compró justísimamente tu amor con amarte Él primero. Y de aquí nace, que es mucha desvergüenza tuya no reclamar a quien primero te amó. Si vergüenza tienes, mira que fuiste primero amada; paga deuda tan justa, porque no seas llamada mala y desvergonzada. Y mira más, que amándole a Él, te ganas a ti y ganas a Él; porque no hay medio para ser tú salva, si no es por amarle; ni para alcanzarle a Él, si con amor no le hieres. No aprovecha que lo quieras comprar con todo cuanto quieras por Él dar en Cielo ni en tierra, aunque todo sea tuyo y lo des; y con sólo tu corazón que le des, lo has comprado sin falta ninguna; no porque des el precio que Él merece, mas porque Él se quiere cautivar y prender de quien se ve preso de amor por Él.

5. ¡Oh codiciosos!, ¿qué hacéis entendiendo en tratos inciertos, trabajosos y quizá perdidosos? ¡Andad acá a las ferias de Dios! ¡amadle, y es vuestro Dios! ¿Qué hacen los de corazón magnánimo, que esta joya tan grande no buscan, pues con sólo corazón contrito, y despreciados de las poquedades, y apreciador de esta grandeza, alcanzan a Dios? Venid todas las gentes, pequeñas y grandes, al convite del Señor, el cual se da por posesión tan propia de quien lo quiere, que es más nuestro que el pan que comemos y ropa que vestimos. ¿Estaremos, pues, sordos a esta voz? ¿Quedarnos hemos atollados en nuestro cieno, experimentando cada día el poco satisfecho que nos dan las cosas de acá? Comencemos ya, pues, vida nueva y partido nuevo por Dios y para Dios; seamos enemigos de sus enemigos, que son nuestros propios afectos, y aparejémosle posada en nosotros, abriéndole el seno de nuestro deseo. Él se llama *el Deseado de todas las gentes* (Ageo 2), y no quiere venir sino donde es *deseado*; y no sólo deseado, mas llamado y rogado; con que miremos que no le convidemos, y después no tengamos qué darle. Aparejemos nuestro corazón, y de ése comerá; ahondemos en buenas obras, y éstas serán atavío de casa; amemos el reposo y silencio, porque más podamos tratar nuestros negocios con Él; y a tiempos salgamos a nuestros prójimos por la caridad, para que así cumplamos con Él y con ellos; y de tal manera nos hallemos, como si presto hubiésemos de pasar de este destierro a la tierra de los bienaventurados. Allá lleve Cristo a V. I. S. Amén.

30.—A LA MISMA SEÑORA ILUSTRÍSIMA

En tiempo de Pascua de Reyes; le dice cómo ha de ir a adorar al Niño, con los Reyes, guiada por la estrella de la fe; y que le ha de ofrecer oro de amor olivino.

1. El Adviento escribí a V. S. la gran merced que nuestro Señor nos hacía en querer venir a nosotros, y la bienaventuranza del ánima que lo recibe. Espero de su misericordia que habrá venido a la casa de V. S y que lo ha recibido con fe y amor. Y por esto no resta sino que toda se ofrezca en perpetuo sacrificio al mismo que ha querido ofrecerse a ella por Huésped amoroso, y que imite la fe y ofrendas de los Magos después que al Niño hallaron, pues les ha imitado en el trabajo de buscarlo.

2. Bien será que contemple V. S. al gran Señor tan humillado en un portal y pesebre, donde la razón humana de los Reyes no lo pensó de hallar; mas la estrella, que es la fe, no quiere pasar adelante, mas con rayos más resplandecientes declara, como con lenguas, que en aquello escondido a la razón está aposentado el que es sobre todo ciencia y razón, porque así aprendamos a creer más firmemente donde menos señales de ello halláremos. Porque, si como estrella los guió, los guiara su razón, fueran a buscar al Rey nacido en algún gran palacio real, pues el lugar y lo que en él está han de ser proporcionados. Gran merced hizo el Señor a quien le provee de su estrella, que es la fe, para que busque a Dios escondido, así en los pañales y pobreza de su nacimiento, como en el desprecio y muerte de cruz. En una parte le hallan los Reyes, y en otra el Ladrón; porque ellos y él tuvieron ojos de fe, y ésta les hizo adorarle echados en tierra, protestando ser nada delante su acatamiento. Porque si lo conocieran por Rey terrenal, aunque grande, bastara hacerle reverencia de hombre a hombre; mas postrarse unos grandes delante un Niño señal fue de la interior fe con que conocieron la Majestad escondida en la niñez.

3. Y mire V. S, que no parezca vacía delante el Señor; ni piense que da algo si su amor no le da. Ninguna cosa sin Dios puede a V. S. hacer bienaventurada, y ninguna que ella le dé, fuera de sí, puede a Él hacer contento. No es este amor de interés, que mira a las dádivas, sino muy verdadero, que es unión de corazones. Y éste es el lenguaje, como San Bernardo dice, en que Dios y el ánima se comunican y se hablan a un tono. Porque si el Señor me castiga o amenaza, no tengo yo de hacer lo mismo; antes humillarme, mientras Él más se ensalza; mas si me ama, lo he de amar, diciendo como la esposa: *Mi Amado a mí, y yo a Él* (Cant 2). ¡Oh,

gran dignidad de la criatura, poder traer con su Señor el dulce yugo del amor, y responderle como de igual a igual, pues el amor abaja los montes y alza los valles! Ofrezca su amor al que, por amar, de grande es hecho Niño, y de Dios Hombre, y derrama su sangre a cabo de ocho días, que no se contentó con lágrimas cuando nació. No se hurte a este Señor, pues tan verdaderamente es suya, porque no sea de aquellas de quien dice Jeremías (Jer 7): *Se fue consigo misma, como quien se alza consigo*. ¿Dónde con más razón se debe, dónde con más provecho se puede emplear? ¿Dónde más alto puede subir, que en amar a Jesucristo, que la amó y lavo con su sangre, y se da a Sí mismo al que lo ama, y de hombre la torna Dios?

4. Sea en esto recatada, y ofrezca oro al Niño Jesús: porque así como poco de oro vale más que mucho de otros metales, así poco de amor verdadero es más precioso que mucho cobre y otros metales de temor y de interés, o de obras que de estos afectos nacen. Muchos se miden por hacer muchas obras buenas, y no entienden que no mira Dios allí, sino al corazón de que nacen; y que le puede a Él ser más agradable uno con menos, que otro con más, si el de menos obras tiene mayor amor. Persona habrá que en un ayuno o pequeña limosna agrade más al Señor, como la viuda (Mc 12), que otras con muchas; porque lo hace con más amor que no el otro. Y en esto parece la grandeza de nuestro Dios, que ningún servicio, por grande que sea, es grande delante de Él, si no es grande amor. Porque quien no ha menester cosa alguna, ni puede crecer en riqueza ni en otro bien, ¿para qué quiere lo que le pueden dar, sino el ser amado, que es dádiva tan agradable, que ninguno lo debe desechar?

Y así la pide Dios tan de verdad, que quien no se la diere le castigará con eterna muerte. ¿Qué cosa tan sin codicia como el que ningún servicio ha menester? ¿Y quién con tanta, como el que castiga con infierno a quien no le da su amor, y muy de verdad, y sobre todos los amores? Y así decía San Agustín: «Señor, ¿en qué posesión me tienes, que me mandas que te ame, y si no lo hiciere me amenazas con grande miseria?» Este, pues, sea el principal cuidado de V. S., entender en amar al Señor.

5. Y por eso se ha hecho chiquito, porque cuanto disimula de la Majestad tanto demuestra más su bondad; y ésta nos atrae al amor, que mira más la pequeñez que tomó, que a la grandeza que le es natural. Su saber se esconde, hecho Niño sin saber hablar; su poder también, estando ligado con unos pañales y ceñido con fajas; padece del frío; y todo, porque mientras más cosas de éstas esconde, más se manifieste su amor, para que así le amemos a Él cuanto más le viéremos padecer por nosotros. Cierto es que

verle temblar de frío más nos enciende, que si le viéramos muy bien arropado, y que no llegara trabajo a Él. Y por tanto, es muy malo quien le niega su amor, pues tan a su costa lo merece este Niño, y tan a costa del que no lo da será su castigo.

6. Y quien esto da, *ofrece al Señor holocaustos con medulas,* como dice David (*Sal* 65); porque como el fuego quema todo el animal, así el amor todo el hombre, de dentro y de fuera. No consiente pajas de vanidades en lo exterior el fuego del verdadero amor. ¿Cómo podrá acabar consigo de ser amador de pompas el que de verdad ama al Niño Jesús, puesto en un pobre pesebre, pues el amor hace ser semejables? Gran luz nos es ver a Dios acá abajo, para saber por dónde hemos de caminar para agradarle. Y pues camina al revés del mundo, escojamos de qué guía más nos fiamos, que a entrambas no podemos seguir, y la del mundo para en error, pues Cristo es verdad que salva a los que la creen y siguen. Y tenga médula el animal, porque es cosa blanda y que presto se derrite. Y así tiene el corazón el que al Señor ama; porque ahora sea para las cosas de Él, como para lo que toca a los prójimos, no tiene sequedad ni dureza, sino blanda ternura. Y tiene guardado muy bien su amor, como está la médula dentro del hueso; porque antes que llegue al amor, tiene puesto en guarda la piel y la carne y la dureza del hueso. Todo lo que tiene y desea pone delante quien ama, para que antes se pierda aquello, que no tocarle en el amor. Y tiene un propósito firme y duro, así como de hueso, de no perder el amor del Señor, aunque arriesgue todo lo que es y ser puede. Tal ha de ser el oro que V. S. ofrezca al Niño nacido en pobreza, para que *ofrezca abriendo su tesoro* (Mt 2), como los Reyes hicieron; porque si este corazón no abre, que es su tesoro, todo lo otro diremos que de fuera le cae, y es oropel y no oro, y tomarse para sí lo mejor, y dar al Señor lo peor.

7. Abra, pues, su corazón y meta en él al Niño nacido, pues aquel corazón sólo vive en quien Él está; y pues es poco pesado, no lo quite de su seno, como *el manojito de mirra* que dice la Esposa (*Cant* 1). Trátele con reverencia, porque es Dios; ose comunicarse con Él, pues que es Niño, y tan suave tiene el Corazón, cual parece en lo de fuera. Guárdelo bien no se le caiga, porque pide mucho cuidado para guardarlo. Y si no hay mucho amor, luego se le olvidará o le parecerá muy pesado. Y de tal manera negocie con Él, que no descanse hasta que sienta por conjeturas ser amada y amar; que hasta que una ánima esto siente, siempre vive en temor, tristeza y carga de Ley; y cuando a esto ha llegado, no hay cosa que la pueda fácilmente turbar, por pensar que está Dios con ella, y ella en Dios. Y así acaezca a vuestra señoría. Amén.

31.—A Doña Leonor de Hinestrosa[27]

Afligida con trabajos corporales y tristezas espirituales. Que el fundamento de nuestra esperanza no tanto son nuestras buenas obras, cuanto los merecimientos de Cristo.

1. La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

Dos cosas creo que son las que atribulan a vuestra merced: una, el cuerpo que pasa trabajos, y otra, el ánima llena de desconsuelos, los cuales le nacen de parecerle que está contraria a Dios por no servirle como desea. Y aunque padece, como dicen, «por mar y por tierra», creo que cuanto excede el ánima al cuerpo, exceden las desconsolaciones de ella a los trabajos de él. Porque quien tiene deseo de agradar a Dios, fácilmente ofrece su cuerpo a cualesquier trabajos; mas no fácilmente sufre en su ánima las culpas que comete, o le parece que comete, contra el Señor: y de buena gana acrecentaría en trabajos de cuerpo por quitar de su ánima culpas; porque, cierto, dientes muy agudos tiene el gusano de la conciencia para roer las entrañas de quien comete pecado.

2. Mas si Dios encaminase a vuestra merced quien le supiese distintamente declarar qué bien es Jesucristo nuestro Señor, luego huirían de su ánima esas desconsolaciones que tanto desmayo le causan, como *huía del rey Saúl el espíritu malo* al sonido de la música dulce del Profeta David (1 Reyes 16, 23). No hay ánima que tan desconsolada esté, que la nueva alegre de quien es Jesucristo no baste a levantarla de la tristeza y desconfianza, y henchirla de gozo, sí de ella se quiere aprovechar. Y como a tal dijo el ángel a los Pastores (Lc 1): *Os anuncio un gozo grande que tendrá todo el pueblo, porque os es nacido hoy el Salvador.* Y el mismo Señor dio testimonio de esto diciendo (Is 61); *Él espíritu del Señor está sobre Mí, porque me ungió, y me envió a dar buenas nuevas a los pobres, y a sanar los quebrantados de corazón, y a predicar libertad a los cautivos, y dar vista a los ciegos, y a dar suelta a los quebrantados con deudas, y a predicar el año agradable del Señor*.

Y por no saberse vuestra merced aprovechar de la consolación que trae

[27] Así lo dice terminantemente Fr. Luis de Granada, refiriéndose a esta Carta *«excelentísima, que está en el primer tomo de su Epistolario»* (Vida del M. Avila, p. 1.ª, VI) Allí mismo pueden verse las virtudes de esta señora, discípula y hospedadora del M. Avila, que trocó su noble apellido por el de Doña Leonor del Costado (de Cristo).

esta nueva, viene a ser hollada de la desconsolación que tan demasiadamente la aflige, quitando los ojos de este Señor y puesto en cruz, *para que todo hombre que con ojos de fe y de amor le mirare, no perezca* (Jn 3, 15), y poniéndolos en sí misma y en sus obras, que es una vereda tan sin consuelo, que ningún hombre que por ella caminó a solas, puede tener paz ni consuelo. Porque como cada cosa da tal fruto cual ella es, no puede tener más paz ni contento quien mira a sus obras solas, de cuanto ellas tienen de bondad. Y aunque no todas sean pecado, como muchas de ellas, especialmente en hombres imperfectos en el servicio de Dios, sean llenas de faltas, y *semejables*, como dice Isaías (64, 6), *a paños de mujer menstruada,* que es grande asco mirarlos, de ahí viene que den crueles bocados de remordimiento al ánima que las obró, y son más causa de lloro que no de consuelo. Lo cual dice San Bernardo haberle acaecido a sí mismo diciendo a su ánima: «¡Oh viña mía, cuántas cosas nos fueron hurtadas por malas astucias, aun en aquel mismo tiempo que comenzamos con más vigilancia a entender en el cuidado de nuestra guarda! ¡Cuántos y cuáles racimos de buenas obras nos los ahogó la ira, o se los llevó la jactancia, o los ensució la gloría vana! ¡Cuántas cosas padecimos del regalo de la gula! ¡Cuántas del espíritu de la acidia! ¡Cuántas de la desconfianza y tempestad del espíritu!» De esto que San Bernardo dice, y de lo que cada uno en sí experimenta. se ve claro que quien se arrima a cosa tan llena de menguas no puede tener en pie la alegría de la confianza, mas por fuerza ha de ser apretado con angustias y desordenado temor, cotejándose con la ley de Dios y viéndose falto en ella, sin saber a dónde arrimarse.

3. Gran temor dio la ley cuando fue dada en el monte Sinaí, y tanto que dijeron los que allí estaban (Ex 20): *No nos hable el Señor, porque no muramos*. Y de esta manera, cuando un ánima considera los mandamientos de Dios y las terribles amenazas que están puestas, y que de cierto vendrán, contra quien los quebranta, y ve que ella es una de aquestos, se le sigue muy grande tristeza, Sintiendo tanto mal de presente, y temiendo otro mayor en lo por venir, y anda con tal remordimiento y acusación y tormentos dentro de sí, que le parece ser él para sí un intolerable infierno. De lo cual le nacen bravísimas desesperaciones, porque es cosa recia sufrir luenga vida con remordimiento continuo de la conciencia. Y no sólo este mal, mas muchos suceden de aqueste desmayo y desconfianza, que nace de mirar el hombre a sí mismo a solas.

¿Pues qué remedio tendremos, pues que no nos podemos dejar de mirar, y mirarnos causa desesperación? Por cierto, el que suelen dar a los que pasan por algún río y les avisan, diciendo: No miréis al agua que corre,

porque se os desvanecerá la cabeza y caeréis y os ahogaréis; mas mirad hacia arriba fuera del agua, e iréis por las aguas seguro. Estas aguas, señora, que corren hacia abajo, nuestras obras son, a las cuales solas ningún hombre miró, que no le diese desmayo, por justo que fuese; porque delante el acatamiento de Dios todos se conocen faltos, y le suplican (*Sal* 142): *No entres, Señor, en juicio con tu siervo*. Y aunque muchas obras hagan justas con que agradan a Dios, mas mirando todo el discurso de su vida, dice San Agustín que «aunque sean santos, tienen de qué llorar». Conviene, pues, no mirarnos a solas; mas con mirarnos y llorarnos, alzar los ojos arriba, considerando a Jesucristo nuestro Señor, el cual es tan lleno de misericordia y remedio, y de merecimientos para nosotros, que basta y rebasta para consolar y enriquecer a los muy tristes y pobres.

4. Sépalo, señora, si no lo sabe, que la confianza y consuelo de los cristianos que sé desean salvar, no ha de estar puesta en sus propias fuerzas ni obras solas, mas en la gracia que nos es dada en las de Jesucristo, que por su infinita bondad las quiso comunicar con todos los que con fe y penitencia se sujetaren a Él, según dice san Pablo (*Hebr* 5, 9): *Que fue hecho causa de salud a todos los que le obedecen*. Y teniendo tal arrimo en Él como tenemos, estamos tan confiados y sosegados, cuanto es razón que lo estén los que participan de merecimientos de Dios humanado.

Porque el negocio de salvarse los hombres, más es gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, que fuerza y valor de nuestros trabajos propios. Y más quiere Dios ser glorificado de salvar por gracia, que de pagar lo que debe; porque pagar quienquiera lo hace, mas darnos su Hijo y por Él tomarnos por hijos, y darnos el don de su gracia y como a tales darnos fuerza para servirle como buenos hijos, y como a tales prometernos la herencia, ésta es merced inestimable de Dios, y por tal quiere Él que sea conocida y agradecida. Y por esto dijo San Pablo (*Rom* 6, 23), que *la vida eterna es gracia de Dios*; porque aunque requieren merecimientos del hombre para entrar en ella, mas éstos no tienen su valor principal de parte del hombre, mas de la gloria del Señor y de ser incorporados en su Unigénito Hijo, lo cual resulta no en alabanza del hombre, mas en la de Dios y su gracia. Porque una cosa es herencia que se da a hijos que obedecen y sirven con amor a su padre, y otra es jornal que se da al extranjero, teniendo cuenta con el valor sólo de sus trabajos. Y lo que nosotros esperamos, herencia es: y aunque se ha de ganar con buenas obras, y por eso se puede llamar *jornal*, mas no se han de hacer con ánimo de jornalero interesado y extraño, mas de hijo, que con amor sirve a su padre, cuyos servicios más son

galardonados por ser servicios de hijo, que sudores de jornalero[28].

5. Y pues este negocio es entre padre e hijos, no piensen los desconfiados que por cada cosa que un hijo haga o deje de hacer no conforme a la voluntad de su padre, luego le han de desheredar. Porque, según hemos dicho, esta herencia, y este consuelo y confianza para alcanzarla, no está fundada principalmente sobre nuestro arrimo, ni fuerzas ni obras; porque si así fuera, ¿qué cosa hubiera de mayor desconsuelo, que en cosa tan importante, estar arrimados a cosa tan flaca; y que si nuestra fuerza u obras faltaran, ya no hubiera más remedio para cobrar la gracia perdida, ni esperar herencia de padre? Como se suele hacer con los jornaleros, que si no trabajaron, o mal trabajaron, se les niega el jornal por justicia, sin remedio de cobrarlo por misericordia. Acá nuestro fundamento y arrimo es la misericordia de Dios, que, por las merecimientos de Jesucristo su Hijo, nos quiere salvar, dándonos remedio para que aunque nuestras obras falten, aunque sea quebrantando los mandamientos de Dios, podamos, si queremos— y Él nos ayuda a querer—, alcanzar perdón, y recobrar la gracia perdida, y ser salvos por Jesucristo nuestro Señor, cuyos merecimientos nos alcanzan la misericordia que nosotros no merecíamos.

Y sí vuestra merced dice, como suele decir, que allende de estos merecimientos de Cristo son menester los nuestros de buenas obras, y que la sola fe no basta, digo que es verdad; mas ¿qué tantas han de ser estas buenas obras para esperar el perdón del pecado, o la herencia del Cielo? En esto, señora, gravemente se engaña. Porque todo aquel que tiene fe, esperanza y amor, que le causa propósito de obedecer a los mandamientos de Dios y de su Iglesia, en gracia de Dios está; y si con esto muere, salvo será para siempre, aunque tenga madera, o heno, en que pagar en el purgatorio.

Y porque aquí hablo para ella, cuya vida tengo conocida, le digo de parte de nuestro Señor —en todo cuanto a mí se me entiende—que con esa vida que tiene, tal cual ella ve que es, se contenta la infinita bondad de nuestro Señor; y que mientras Él le diere en ella perseverancia, puede esperar de su misericordia que la salvará. Mas si siente de la bondad divina y de los merecimientos inmensos de Jesucristo nuestro Señor tan estrecha y bajamente, que piense que si uno no es tan perfecto cual ella lo tiene pintado y desea ser, que este tal no será salvo, no es así, porque Cristo tiene en su cuerpo místico miembros perfectos e imperfectos. Sospecho que le ha de decir nuestro Señor: «Como lo crees»; o por mejor decir: «Pues que no crees así, no te salves.»

---

[28] Véase el *Tratado* 10 *del Santísimo Sacramento*.

6. Deje ya, señora, de medir a Dios con tan chico palmo, y alabe la gracia que en su Hijo le hizo, que es tomarla por hija, y prometerle la herencia, cuando le dio gracia de que, con dolor de sus pecados, se confesase y propusiese de ahí adelante de servir a Dios. Y sobre estas prendas, no dadas por nuestros merecimientos, mas por la muerte de Jesucristo, prosiga los ejercicios de su buena vida con alegría y esfuerzo; y si cayere, procure de levantarse con el socorro de los Sacramentos. Y no piense que, aunque sea hija imperfecta, le han de negar la herencia del Cielo; porque aunque entre los hijos haya uno enfermizo, y cuan ruin le quisiere pintar, en fin, porque es hijo también hereda, aunque no tanto como los otros. Los pecados veniales, señora, no impiden la herencia de hijos; acá o en purgatorio se pagan. Y si fuere mortal, y le socorriere el remedio de la penitencia, tampoco nos quitará el Cielo: porque el grande amor que Dios nos tiene por Jesucristo su Hijo, le movió a darnos remedios para que cuando nuestra virtud faltare, seamos con la suya remediados y fortalecidos.

7. Y me parece cierto que uno de los mayores pecados que vuestra merced tiene es sentir tasadamente de la bondad del Señor, que es sin medida. Y por una parte tiene a Dios por altísimo, y al pecado por muy malo, por ser contra Él; y por otra parte siente de Dios bajamente, pues no confía que, por la inefable gracia que hizo al mundo en darnos su Hijo, usa de misericordia con los desamados, para que sean traídos por la penitencia a ser amados, y reciban mercedes los que no merecían el pan que comían, y aun eran dignos de azotes; y por el mismo Señor son sufridos y amparados los que, mirando a sí mismos, merecían ser castigados. Esta, señora, es la verdad, cuya confesión redunda en gloria de Jesucristo; y si nosotros de nuestra parte no lo merecemos, lo mereció Él para nosotros. Quien esto cree, alaba a Dios, y de la cosa que Él más quiere ser alabado, que es de ser bueno y bienhechor de los hombres, aunque ellos no lo merezcan. *Porque si la gracia que se da por Jesucristo a los penitentes fuera por merecimientos de ellos, no fuera gracia, sino deuda,* como dice San Pablo (Rom 11, 6); y si dar Dios el Cielo fuera por las obras de los hombres, como cosa a ellos debida sin tener cuenta con la gracia, tampoco fuera gracia. Y por eso no se da por ellas a solas, si no se junta con ellos la gracia que se da por Jesucristo nuestro Señor, de la cual y del cual las obras del hombre tienen valor de merecimiento para tan grande bien como es el eterno reino.

8. En los tiempos pasados pretendía Dios ser estimado por justo castigador, sabio y fuerte, y ser reverenciado y temido por tal; mas como ya escogió obras nuevas, quiere también que se le den alabanzas nuevas. ¡Qué mayor novedad pudo ser, que hacerse Dios hombre, y ser pobre y cansarse

el que es riqueza y descanso del Cielo y la tierra! ¡Qué mayor novedad que morir el que es vida! De las cuales obras nuevas y amor nunca visto ni oído salen para con los hombres tales efectos de misericordia, que es mucha justicia que alabemos ya al Señor con todas nuestras fuerzas con nombres de amador y de lleno de misericordia, con más frecuencia que con nombre de sabio, ni fuerte ni justo. Y no es pequeño consuelo para los que son flacos en su servicio pensar que Él es tan rico en amor y misericordia, que nos sufre y ama, aunque nosotros no le respondamos tan por entero como era razón.

9. Y si vuestra merced sintiese la palabra que me escribió, diciendo que Dios la ama, no sería menester escribir yo tantas, no para otro fin, sino para persuadir a vuestra merced lo que ella misma me escribe. Pregunto, señora: Si Dios la ama, ¿de qué está acongojada, entristecida y desconfiada? ¿Por ventura no ha oído lo que dijo San Agustín, que «Dios no ama y desampara»? ¡Oh divina Bondad, que amaste a los que estaban lejos de Ti, y por amor les inspiras la penitencia, y los traes a Ti, no habiendo en ellos cosa digna para ser amados, mas muchas para ser aborrecidos! ¿Y por qué no confiarán los que Tú trajiste, que tendrás bondad para sufrirlos siendo ya hijos, pues tuviste bondad para traerlos siendo enemigos? Olvidaste, Señor, y perdonaste por la penitencia tantas abominaciones como Tú sabes que contra Ti se hicieron, y ¿pensaré yo que me tienes guardados mis pecados menores que ahora hago? Que aunque, por vía de conocerte más, y de haber recibido mayores mercedes, sean en alguna manera mayores; mas, en fin, ellos en sí son muy menores, y me dañarán menos; porque conociendo tu misericordia mejor que antes, y el remedio medicinal de tus Sacramentos, que para los penitentes has ordenado por el merecimiento de Jesucristo nuestro Señor, tengo más ocasiones y alientos para pedir el perdón y para esperarlo. Y si Tú, Señor, quieres sacar de mis caídas esta alabanza, que digan que eres tan bueno, que salvaste un tan malo como yo, sea tu gloria para siempre ensalzada, y plega a Ti que mis males y bienes sirvan, Señor, a que Tú seas glorificado. A unos salvas guardándoles de caídas, y a otros perdonándoles las que dan. Y aunque yo quisiera ser más de los que no caen, no por eso dejaré de esperar de tu bondad que me salvarás aunque haya caído, y que me ayudarás a levantar en lo de adelante. Bendito seas Tú para siempre, que me enseñaste el remedio de todos mis males, y me declaraste a dónde me arrime para no caer, y a quién dé la mano después de caído; a quien dé gracias cuando estuviere en pie y a quién pida perdón cuando hubiere pecado.

10. ¡Oh Jesús benditísimo, Hijo de Dios Padre y de la bendita Madre

Virgen María, Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, abogado y amansamiento delante del Padre por nosotros tus siervos, consuelo de tristes, riqueza de pobres, poderoso esfuerzo de los enflaquecidos! Por eso te llama San Pablo (2 *Cor* 1) *esperanza nuestra*. ¿Qué diré, Señor, de Ti que digno sea de tus alabanzas? Amparo de nuestra Orfandad, merecimiento de la justificación de nuestros pecados. esposo de nuestras ánimas, escudo fuerte que recibiste los golpes de la justicia divina que merecían nuestros pecados, muro y antemuro de nuestra ciudad, torre de nuestra fortaleza, vida que muriendo nos avivaste, justicia que siendo vituperada de los hombres nos hiciste justos delante del acatamiento de Dios, ganándonos la gracia que teníamos perdida, y siendo Tú condenado nos absolviste, y cayendo sobre Ti las maldiciones de la Ley y deshonras de hombres, hiciste que cayesen sobre nosotros las bendiciones de Dios. Te abajaste, Señor, hasta ser acompañado de los ladrones, para darnos a los ángeles por compañeros. Pregonado fuiste por malo en la ciudad de Jerusalén; y después en el monte Calvario, lugar de los malhechores, fuiste deshonrado y atormentado, desamparado y muerto con extrema pobreza, y allí nos ganaste la gracia con que merezcamos la compañía de Dios en el monte santo del Cielo, adonde entremos a gozar de tus benditos sudores.

¡Oh Padre, muy amador de tus pobres hijos! ¡Quién te viera velar, trasnochar, caminar y sudar, y después morir, para con tu vida y tu muerte dejar a tus hijos ganado tanto favor y riquezas, que aunque ellos falten en tu servicio, tengan remedios y favores y valor para ir a gozar de lo que por sí no merecieron, y alegres en el conocimiento de tus riquezas, bendigan para siempre tu amor, que te constriñó a vivir y morir por el bien de tus siervos! En este amor me gloriaré y confiaré, que es fortísimo; no en el flaco que yo a Ti tengo. Esta es mí gloria cuando bien me glorío; esta mi riqueza y mi esperanza y en esto estoy confiado, y cantaré: *Bien sé a quién creí, y cierto estoy que es poderoso para guardar lo que le deposité para aquel día*, como dice San Pablo (2 Tim 1). Y si pregunta por qué, diré lo que dice San Agustín: Que tuvo Dios amor para tomarme por hijo, y poder para hacer bien a quien ama y verdad para cumplir lo que promete.

11. Este Señor es fundamento certísimo, en quien debemos estribar; que nuestras obras, muchas de ellas, son tales como *caña* flaca y *quebrada*, que quien a ella se arrima la mano, que se pueda sustentar en ellas; y las que son buenas y de valor, por la gracia de Dios lo son, ganada por los merecimientos de Jesucristo, en los cuales me gloriaré, y en su gracia que me ganó; *mas en mí mismo no, sino en mis flaquezas* (2 d 5). ¡Señor Jesucristo! Yo confieso delante de Ti que soy pobre, desnudo, hombre flaco

y pecador, lleno de muchas deudas antes que te comenzase a servir, y también después; mas yo te confieso por perdonador de los que con corazón quebrantado te piden perdón. Mayor es tu misericordia que mi maldad, y por esto confío más por Ti, que desespero por mí. Tengo por gran merced tuya no confiar en justicia que yo tenga de mí; mas en la tuya, Señor, que por tus merecimientos infundiste en mí, dándome tu gracia con que te agrade, y que mis pequeños trabajos, que de sí son tan pequeños, reciban valor de vida eterna y te sean agradables. Y tengo, Señor, confianza que sufrirás con paciencia las faltas de aquel que trajiste a Ti con amor. Y mientras me durare contigo la fe y el amor que por tu misericordia me has dado, me durará la esperanza viva que me has de salvar, y que me darás perdón de mis faltas cuanto te lo pidiere, como dulcísimo Padre a su indigno hijo, que por ser hijo lo sufres y ligeramente perdonas.

12. Tengamos, pues, esta firme confianza en el Salvador del mundo, Jesucristo nuestro Señor, *y metamos en el seno la esperanza* (Job, 19, 27) de la gloria que nos ganó. Y así, pues ha dado conjeturas que tenemos su gracia, esforzados corramos con buen talante, con acrecentamiento de esta gracia y obediencia de los mandamientos de Dios, y echemos fuera las desconfianzas que nuestras obras malas nos trajeren, poniendo luego la medicina de la penitencia sobre ellas, en confianza que, por los merecimientos de Jesucristo y virtud de sus Sacramentos, somos perdonados. No obremos con desconfianzas; mas adorando y agradeciendo al Eterno Padre que nos dio a su Hijo, por el cual y en el cual nos hizo agradables, dándonos su gracia y favores, confiemos que agradamos a Él, no sólo en las obras altas, más aun en las muy comunes, así como dice San Pablo (1 *Cor* 10): *Ahora comáis, ahora bebáis, o cualquiera otra cosa que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios*. Y de esta manera tengamos reposado nuestro corazón, pensando que pues el Señor nos tomó por hijos, le agradamos como a Padre eso lo que conforme a su ley y razón hacemos. Esta alteza y dignidad no la hubimos de nuestra cosecha; nuestro Señor Jesucristo nos la ganó para que participásemos del agradamiento que Él tiene delante del Padre.

13. Y así como en lo que hiciéremos, yendo bien hecho, hemos de pensar que agradamos a Dios, así en lo que nos viniere debemos pensar que nos lo envía Él por nuestro bien, y esforzarnos a recibido con hacimiento de gracias. No envía Dios a los suyos lo que les envía para ponerles tropiezos ni lazos, mas con amor paternal, para que de todo saquemos bien y conozcamos el cuidado que de nosotros tiene. Y de esto no debemos sacar desconsuelo, como lo suelen hacer los hombres llenos de achaques, que de

las mercedes que Dios les hace sacan más desconfianza, diciendo: Lo próspero que Dios me envía, es por pagarme en este mundo y condenarme en el otro, y lo adverso es para principio de condenación infernal. No deben hacer así los que al Señor desean servir; mas en lo uno y en lo otro deben entender que Dios les quiere ayudar a salvar, y que su voluntad es que andemos alentados y consolados con las señales que tenemos en ser amados y muy amados de un Rey y tal Rey. Y así usaremos de lo que Dios envía conforme a su voluntad y a nuestro descanso; porque recibiéndolo con la desconfianza ya dicha, no es otra cosa la vida sino un continuo tormento. De manera que debemos traer el corazón confortado y fiado de Dios, estribando en Sí, y no en nuestra flaqueza, y con corazón amoroso hacer y sufrir lo que conviene según su ley.

14. Y ese cuerpo, que Dios dio a vuestra merced para martirio, no sé en qué mejor lo pueda emplear que en ofrecérselo para que le sirva en ese estado que le usó, pariendo y criando. Y pues el mismo Señor tomó carne delicadísima, para tener en qué padecer por nosotros, piense vuestra merced que la que Dios dio a ella es sensible para que padezca por Él.

Confiado estoy de su misericordia que Él está de ella contento. Deseo que vuestra merced esté sosegada, y que las cosas de su ánima y de su casa las haga con este corazón que le he dicho, confiando de su bondad, que pues Él le puso en esa atahona, que Él se sirve que ande alrededor de ella. Y si lo que le he dicho no basta para sacarle de sus desconfianzas, que tanto le dañan, no resta sino que roguemos a Dios que Él de su mano le dé confianza y conforte [fortaleza, confortación] de corazón, pues es dádiva suya; esperando con estos prendas y conjeturas ya dichas de estar en su gracia, que nos hará merced de guiarnos hasta meternos en la celestial tierra prometida, donde veremos y poseeremos al mismo Dios. Sea Él en quien esperamos, y Él sea lo que esperamos, porque de nadie podemos alcanzar a Dios, si Él no se da, ni es razón esperar de Dios cosa menor que el mismo Dios.

32.—Para Juan de Dios

El de Granada; animándole al amor y servicio de los pobres, no olvidándose de su particular recogimiento.

Vuestra carta recibí, y no quiero que digáis que no os conozco por hijo; porque si por ser ruin, decís que no lo merecéis, por la misma causa yo no merecía ser padre; y así, mal podré yo despreciaros a vos, siendo yo más

digno de ser despreciado. Mas pues nuestro Señor nos tiene por suyos, aunque somos tan flacos, razón es que aprendamos a ser misericordiosos unos de otros, y a llevarnos con caridad, como Él hace con nosotros.

Yo, hermano, tengo mucho deseo que vos deis buena cuenta de lo que nuestro Señor os encomendó; porque *el buen siervo y leal* ha de ganar *cinco talentos con otros cinco que le dieron,* para que oiga de la boca de nuestro Señor: *Gózate, siervo fiel y bueno; porque en pocas cosas que te encomendé fuiste fiel, Yo te pondré sobre muchas* (*Mt* 25). Y de tal manera tened cuenta con lo que os encomendaron, que no olvidéis a vos mismo, sino que entendáis que el más encomendado vos sois. Porque poco aprovechará que a todos saquéis el pie del lodo, si vos os quedáis en él. Y por eso os torno otra vez a encargar que busquéis algún ratico para rezar vuestras devociones, y que oigáis cada día misa, y el domingo sermón; y en todo caso os guardaréis de tratar mucho con mujeres; porque ya sabéis que ellas son el lazo que el diablo arma para que caigan los que sirven a Dios. Ya sabéis cómo David pecó por ver a una, y su hijo Salomón pecó por muchas, y perdió tanto el seso, que puso ídolos en el templo del Señor. Y pues nosotros somos muy más flacos que ellos, temamos de caer, escarmentemos en ajenas cabezas. Y no os engañéis con decir: Las quiero aprovechar; que, debajo de los buenos deseos están los peligros cuando no hay prudencia; y no quiere Dios que con daño de mi alma yo procure el bien ajeno.

Y acerca de las necesidades que tenéis, ya os he escrito cómo hay dondequiera tantas, que si vamos a pedir, dicen que harto tienen que remediar en lo que tienen delante. Y pensé que el señor duque de Sesa os había enviado recado, porque me decían que le habíais enviado a pedir. Él no os ha enviado, tornadle a pedir, que él os enviará, que os quiere mucho por entender en los pobres; y si no, el Señor ha de proveer, aunque se dilate.

Y me he holgado mucho de la caridad que habéis hallado en la casa que decís; y dad mis encomiendas a quien os las dio para mí.

Y porque estoy de camino, no os escribo más, sino que estéis firme en Jesucristo, que Él os ha de favorecer; y que miréis por vos, porque no se goce el demonio con haceros pecar, sino Dios con ver vuestra penitencia de lo pasado y enmienda de lo por venir. Y sea el Espíritu Santo con vos. Amén.

33.—Al mismo Juan de Dios

Animándole a la perseverancia en el servicio de Dios y guarda de su alma; y en particular le encarga la prudencia en los negocios que tratare.

1. Vuestra carta recibí, y no penséis que me dais pena porque me escribís largo; que como el amor es mucho, no puede parecer larga la carta. Y os ruego que os acordéis de ser tal, que cuando me escribiereis, o yo de vos sepa, me alegre yo de saber tales nuevas cuales deseo. Y pues vos deseáis no darme enojo, no seáis perezoso en ponerlo por obra, aunque algo os cueste; que el amor no se parece en las palabras, sino en las obras; y entonces se demuestra más, cuando más duele lo que hacemos por quien amamos.

2. Mirad, hermano, cuán caro costó a nuestro Señor el bien que en vuestra ánima puso; y como, si os hubiera dado una joya que le costara su sangre, la pusierais en buen recaudo, así habéis de hacer el bien que en vuestra ánima os dio; pues por eso se os dio, porque Él lo ganó, no como quiera, sino peleando por vos en el monte Calvario, y perdiendo la vida porque vos la cobraseis. Pues ¿qué sería entregar vos *debajo de los pies de los puercos* lo que nuestro Señor os dio para que fueseis semejable a los ángeles? ¿Qué sería si perdieseis aquella hermosura que Él pone en las ánimas, con que son a Él más agradables y hermosas que el mismo sol? Más vale morir que ser desleal a nuestro Señor. Y para ser fiel es menester ser prudente, que así dice nuestro Señor que ha de ser su siervo que puso sobre su familia, *fiel y prudente* (*Mt* 24); porque si no hay prudencia, cae el hombre en mil cosas que desagradan a Dios, y es castigada su necedad con recio castigo. Y por esto hemos de aprender de una vez para otras, y basta que el hombre sea necio una vez, para escarmentar toda su vida; pues el perro apaleado no osa tornar donde le apalearon, ni el pájaro a la losilla donde se libró. Porque si el cuerdo escarmienta en la cabeza ajena, y el necio en la propia, ¿qué será de aquel que, aun después de muy descalabrado, no escarmienta? ¿Qué merece este tal, sino que el Señor le deje del todo, para que sea castigado con los muy necios que van al Infierno?

3. Grande obligación tiene de mirar por sí y por la honra de Dios el que ha recibido dones de Dios, y lo ha sacado Dios del infierno, y le ha dado prendas del Ciclo. Y mientras más vamos adelante en la vida, es más razón que nos mejoremos en las buenas costumbres; porque poco aprovecha haber comenzado bien, si acabamos mal. Y grande enojo siente un cazador, que

teniendo un ave que ha cazado en la mano, después de tenida se le va sin más verla, y no tiene tanta pena de la que nunca tuvo en su poder. Y así nuestro Señor se ofende más viendo que un ánima que Él ha ganado y limpiado, y hecho templo suyo, se le vaya con su enemigo el demonio, que no de otras que nunca fueron suyas. Y el demonio se huelga más de ganar estas tales ánimas que primero servían a Dios, que las que fueron antes malas. Y por esto, hermano, es razón que abramos los ojos, y tengamos en alto la bandera de nuestro Señor muy enhiesta, y no le demos este enojo, ni al demonio tal placer, que dejemos el camino que hemos comenzado, quedando ya tan poco que andar.

4. Llamad a nuestro Señor de corazón, y no olvidéis el rezar y el oír misa, que es cosa muy buena; y mirad dónde ponéis el pie, para que por hacer bien a otros, no os hagáis mal a vos. No pierda vuestra ánima su pesebre; porque si anda hambrienta y desconsolada y mala, ¿qué aprovecha todo el bien que a otros hacéis?, pues dice nuestro Señor (*Mt* 16): *¿Qué aprovecha al hombre que gane todo el mundo, si pierde su ánima?* Entended que la cosa en que más podéis agradar a Dios es tener vuestra ánima limpia delante su acatamiento; y la mayor misericordia que podéis hacer es tener vuestra ánima agradable a Él. *Por tanto, velad y orad,* como dijo nuestro Señor (*Mt* 26); porque no os halle el demonio desapercibido, que os anda buscando mil achaques y lazos para derribaros.

Y me parece bien que vayáis a la corte a pedir por esos señores de Castilla, siquiera porque no os adeudéis tanto estando ahí. Y mirad por vos estando ahí y fuera de ahí, porque hagáis a nuestro Señor servicio, y ganéis la gloria para que nuestro Señor os crió. Y Él sea siempre vuestro favor y amparo. Amén.

5. Aquella persona que os rogaba con pagaros las deudas y echarlas a cuestas la otra carga, debiera de ser el diablo en figura humana, que os quería engañar; y con deciros: «No es pecado», querría hacer que perdieseis el llamamiento para que Dios os llamó. San Pablo dice (*Ef* 4), *que cada uno permanezca en el llamamiento que Dios le llamó;* porque si Dios quiere que yo le sirva de camarero, y yo no quiero sino guardar puercos, pecaré contra Él, y le he dar cuenta de todo lo que pudiere ganar en el otro oficio. Y así, hermano, si un muy resplandeciente os apareciere, que dijere ser ángel de Dios y os trajere tal embajada, decidle que no es sino diablo, y que no queréis vos dejar el camino en que Dios os puso: que Él dijo en el Evangelio (*Mt* 21): *Quien perseverare hasta el fin, será salvo*. Y leed esta cédula muchas veces, y Dios os guarde de todo mal. Amén.

No tengo vestidos que enviaros ahora; yo diré Misas por vos en lugar de ellos, que os cubrirán mejor.

34.—A una doncella

En tiempo de Navidad. La exhorta al amor de Cristo y al ejercicio de la oración.

La paz de Jesucristo sea siempre en vuestro corazón.

1. No he recibido tantas cartas como, señora, decís que habéis enviado; mas aunque muchas hubiesen venido a mis manos, y yo no respondiese, tengo tanta fiucia en nuestro Señor, que el que me pone a mi verdadero amor de vuestra ánima, Él os dará a entender en lo secreto de vuestro corazón que no queda el no escribir por falta de memoria y amor, y con esto estoy consolado mucho, aunque os vea quejar.

2. Hermana, mía en la sangre de Jesucristo, no os descuidéis, para que no lloréis. Mirad el amor con que habéis sido tratada de este Niño que nace, y no endurezcáis vuestro corazón a tan grande fuego, que basta para derretir las piedras durísimas. ¿Qué hacéis si no le améis con todas vuestras entrañas? ¿De quién sois, si suya no sois? ¿A dónde miráis sino a Él? ¿De qué habláis? ¿En qué pensáis? ¿Qué os traba el corazón sino este Señor, que así le trabasteis vos de su Corazón, que os trajo en Él treinta y dos años y tres meses, pensando en vuestro remedio y llorando vuestra perdición?, y al cabo fue, por vuestro bien, puesto en cruz, y le abrieron su Corazón, para que veáis vos el lugar amoroso donde vos andabais.

Hermana, amad a quien os amó cuando Niño, teniendo frío por vos, y llorando en el pesebre por vos. Amad a quien os amó de ocho días nacido, derramando sangre por vos; y no sabe hablar, y sabe amar. Y como crecen los días, crece el amor, demostrándose las obras con los hombres. Quien, siendo Niño, tiene amor, ¿qué os parece que hará cuando mayor? Crece el cuerpo, y crecen los trabajos; crecen los dolores y tormentos y cruz. Amad, pues, a quien primero os amó, y ahora os ama desde los Cielos. No os contentéis en servirle como quiera, que Él no se contentó con buscar vuestro bien con tibieza; mas todo Él se empleó por vos. No conozcáis a nadie por conocer mucho a Él. No tengáis en el corazón a criatura alguna aposentada, por darle a Él el corazón y posada desembarazada. Sabed que cuanto más miraseis criaturas, os será quitada la vista del Criador. Y dándolas toda a Dios, aun faltaréis en muchas cosas; ¿qué será si os repartís? Ya dejasteis el

mundo, y os disteis a Dios; no tornéis a tomar lo dejado, que perderéis lo prometido. San Pablo dice (1 *Cor* 7), *que la doncella que a Dios se ofrece, ha de ser santa en cuerpo y en espíritu, y no ha de tener más de un cuidado, que es agradar a nuestro Señor;* y así vos no entendáis en otra cosa, para que hagáis ésta bien hecha. Que pues bastáis a Dios y Dios con vos se contenta, os debe Él bastar a vos, pues basta a los ángeles y a cuantas cosas Él creó.

3. No sé cómo os va de oración, y no querría que os fuese mal; porque si en ella aflojáis, sentirá vuestra ánima un hambre que tanto os enflaquezca, que os veréis caída en lo que antes muy ligeramente vencíais. Toda vuestra fuerza está en Dios; que de vos, ¿qué tenéis sino caídas? Y Dios comunica su favor a quien en la oración es vigilante; que a quien duerme, agriamente le reprende, diciendo como a San Pedro (*Mt* 26, 40), *¿No pudiste velar una hora conmigo?* Hermana, desocupaos de las hablas de las criaturas para que gocéis de la comunicación del Criador; que tenerlas entrambas, ya vos sabéis que no puede ser. Vivid siempre en vuestro corazón sola y desterrada, para que podáis pedir a nuestro Señor que os visite como a huérfana y extranjera.

Y para esta soledad de corazón mucho os aprovechará la comunicación poca de fuera; que bien sabéis vos que otro rato tan alegre no hay, como cuando estamos solos con Dios; y que si por acá nos consolamos, que después cuando vamos a hablar con el Señor, o se nos esconde, o nos riñe hasta que decimos que otra vez no derramaremos el corazón. Y el que ama al Señor no ha de ser tan mal criado que espere que el Señor le diga una cosa muchas veces; mas debe vivir con entrañable cuidado para conocer la voluntad del Señor, y ésta sabida, cumplirla; y si alguna vez por flaqueza la traspasó, llorarlo mucho, y guardarse con doblado cuidado de tornar a dar enojo a Él, que es lumbre de sus ojos y entrañas de su corazón.

4. Y así vos, hermana, pues amáis amad mucho; pues servís, servid bien; pues a Dios habéis escogido, dejad todo lo que no es Él. Si la casa eterna de Dios os ha contentado, no busquéis acá cosa en las casillas de barro, que presto se han de acabar. Ensalzada habéis de ser en el Cielo entre los coros de los ángeles; haceos ahora tan baja, que beséis el suelo y tierra que huellan los más bajos de vuestra casa. No tengáis miedo de despreciaros, que a vuestro amor despreciaron, y lo permitió Él, porque con sus desprecios sois vos preciada, y con sus deshonras muy mucho honrada. No queráis cumplir con regalos de carne, que la de vuestro Esposo atormentada fue con azotes y rompida con clavos. *No debemos nada a la*

carne (*Rom* 8, 12) que ya por Cristo se deshizo el mal concierto que teníamos con ella cuando Cristo no vivía en nosotros; mas cuando vino el concierto espiritual con Él, se deshizo el carnal de la carne. No tenéis que ver con mundo; por eso romped con él, que vuestro Amor dice (*Jn* 16): *Confiad, que Yo vencí al mundo*. No miréis honra ni deshonra; mas bajad vuestra cabeza como al ruido que pasa por el tejado, y meteos en las llagas de Cristo, que allí dice Él que mora su paloma, que es el ánima que en simpleza [con sencillez] le busca, Finalmente, después que suya quisisteis ser, no tenéis ya que cumplir con vos ni con nadie. Él os recibió, y no os dejará, si vos no le queréis dejar a Él, y cumplirá con vos lo que por mi boca os prometió; por tanto *sedle fiel hasta la muerte, y os dará la corona de vida* (*Apo*c 2), que nunca se acaba en compañía de tanta bienaventuranza, cual *ni ojo vio, ni oído oyó, ni lengua de hombre puede decir* (Is 64); la cual os dé Él por quien Él es, como yo se lo suplico porque Él me lo manda. Y ésta hayan por suya las que estuvieren presentes a vuestra carta.

Cristo con todos. Amén.

35.—A una monja devota

Enséñale cuál ha de ser la confianza en el Señor.

1, Escrito está que *el hermano que es ayudado de su hermano es como ciudad firmísima* (*Prov* 18, 19). Y aunque yo haya más menester el ayuda de vuestra oración que vos la mía, el cuidado que nuestro Señor me pone en mi ánima de la vuestra, junto con el oficio que tengo, me hacen olvidar mi insuficiencia, y esforzar por esforzar a vuestra ánima en el camino del Señor, en que Él os ha puesto por su sola bondad.

2. Hermana mía, creada y redimida por Dios: no penséis que os llamó nuestro Señor para daros luego el descanso que quizá deseáis. Primero habéis de trillar, o por mejor decir, ser trillada, que os den a comer el pan del consuelo. No penséis que aquella perfecta paz, de la cual dice Dios por Isaías (48, 18): *Ojalá hubieras mirado a mis mandamientos; paz te hubiera venido así como río*, que luego se ha de hallar tras la puerta. Ni penséis que aquel gozo continuo, del cual dice San Pablo (2 *Cor* 6, 10): *Andamos como tristes, mas siempre gozosos;* y en otra parte (*Filip* 4. 4) amonesta diciendo: *Gozaos en el Señor siempre. Otra vez digo: Gozaos,* que a la primera jornada se halla. Muchos han recibido escándalo en el camino del Señor por no entender el tiempo de sus promesas, pensando ser engañados por ellas, pues no venían al tiempo que ellos pensaban y pusieron duda en la verdad

divina por la mucha codicia de anticiparse a gozar de sus bienes. Abominable hombre —dice la Escritura (*Eccli* 20) —*es aquel que hoy presta y mañana viene a pedir lo prestado;* y así es la persona que a Dios se ofreció, y por Dios renunció sus placeres, si luego quiere que Dios le dé el consuelo por lo poco que dejó. Catorce años sirvió Jacob por Raquel, no con livianos trabajos; y cuarenta años gastaron de camino los hijos de Israel desde que de Egipto salieron, que significa el pecado, hasta la tierra de Promisión, que significa el gozo de las divinas promesas que en el Cielo se darán, y algunas veces algo de ello acá. No os acongojéis antes de tiempo, porque no perdáis lo que Dios os tiene prometido en su tiempo. Mirad que dice la Escritura (*Prov* 20): *La herencia que al principio se apresura carecerá de bendición en el fin*. Quiere el Señor que estemos entre mil trabajos, que todos nos conviden a impaciencia y desesperación, y entre todas aquellas marañas, que esté firme nuestra esperanza y asosegada nuestra voluntad.

3. Mirad que la virtud, sí no es combatida, no es probada; y la no probada no es mucho de estimar. Y así como tiene la castidad sus combates, y la paciencia y otras semejantes virtudes, así los tiene nuestra fe y esperanza; y así como la mejor castidad es la más combatida, así cuando no sintiereis en vos cosas que os combatan vuestra confianza, no penséis que es mucho de estimar. Por eso la fe de Abraham fue alabada del Apóstol San Pablo, porque creyó y esperó *en la esperanza* que le daba la palabra de Dios *contra la esperanza* (*Rom* 4, 18) que le daban las razones que él veía. No es de alabar la mujer que por eso es casta, porque no hay quien la siga; ni el hombre que es paciente, porque no hay quien lo persiga; ni tampoco el ánima que está muy confiada, porque no siente cosas que le conviden a perder la confianza. La fe que agrada a Dios es la que cree sin tener prendas de milagros ni razones; y el amor que le hiere su corazón es el que le tenemos cuando Él nos maltrata: y la buena esperanza cuando nos parece dar cosas contrarias a las que esperamos: y la buena paciencia cuando sin ningún consuelo interior ni exterior padecemos; y la buena confianza cuando, asidos de su bondad y palabra estamos firmes entre muchas ondas de desconfianza; que de lo que sentimos en estos combates quiere el Señor que aprendamos a tenerlo por verdadero y por bueno: y esto en ninguna parte se hace mejor que en aquestos trances, en los cuales lo que sentimos de Él nos tiene que no caigamos. Y este sentimiento es, no dulzura, mas antes una gran amargura de no tener en nosotros sentimiento de Dios con aquella firmeza que querríamos; y con esto es un arrojarnos a oscuras en su verdad, que prometió favor a los que pelean por Él, y en su bondad, que es una

misma, aunque no la gustemos. Y cuando el ánima está enseñada de esta firmeza en ausencia de la firmeza, dale nuestro Señor muchas veces la firmeza que desea; porque ya no pierde en recibirla; como acaece muchas veces hacer Dios por milagro que vea uno lo que cree; y esto porque ve Dios que es tan grande la fe de aquel, que no cree más por ver, que antes que no veía.

4. Así, hermana, acostumbraos a tener a Dios por, quien es, aunque no le gustéis; comed pan de dolor, que Él os dirá algún día (*Jer* 31): *Cese tu voz de llorar, y tus ojos de lágrimas; que galardón tiene tu obra*. Contentaos ahora con su cruz, aunque os la dé seca, que Él os dará algún día la suave unción suya. No os espanten los adversarios; que el Señor quiere mostrar su grandeza en vencer con langostas gigantes. No derribéis vuestro corazón porque os veáis ser otra de la que debéis ser y deseáis; que ninguno hay que con tanta paciencia os sufra como el Señor benigno, que conoce muy bien vuestra flaqueza. Y aunque pueda el ánima que no está del todo sana, tener gozo entrañable, sabed que así como agrada al Señor la perfecta justicia del justo, así le agrada la vergüenza humilde del imperfecto. Así que, si os pena lo que faltáis, que os consoléis en lo mucho que os sobra en Jesucristo. En éste holgad, cuando no viereis en vos sino trabajos; aquí esforzaos; de aquí pagad la que debéis, que la fe y amor y la devoción en Él, y el pesar y conocimiento de vuestros pecados y miserias, hacen vuestro a Jesucristo, según la cantidad que de esto llevareis. Adoradlo y tomadlo; confiad y gozad; conoced vuestra enfermedad, y también vuestro Médico, y más consolaos en Él que os desconsoléis en vos.

El papel faltó, aunque sobra la gana. Cristo os guarde, que por vos murió, y para vos vive. Amén.

36.—A UNA RELIGIOSA

Desconfiada: Que es peor la desconfianza que las faltas; y aunque tenga graves caídas no debe desmayar.

SEÑORA:

1. Confieso a vuestra merced, cuando veo sus cartas, que se me mueven las entrañas de compasión, y quizá se me rasgan, de no ser para ayudarle en algo a llevar su trabajo Y si a vuestra merced le parece que está en mi mano la ida a ayudarla, sepa vuestra merced que hay otra cosa; *y si de arriba no viene, no podemos tomar nada,* como dijo San Juan (3, 27). Plega

a nuestro Señor de esforzarla y consolarla como yo deseo. Amén.

2. Y me parece, según en su carta veo, que no ha estudiado vuestra merced lo que a vuestra merced otras veces he escrito, diciendo que conviene mucho no entristecerse por las faltas en que cae, porque se sigue mayor mal de ello que de las mismas faltas. Y digo esto por las tristezas grandes que dice tener, que cierto han nacido de no desecharlas a los principios. Le pido por amor de nuestro Señor, que no lleve este negocio a fuerza de brazos, pues vale más maña que fuerza; y que se contente con que, por la sangre que Jesucristo derramó, ella tiene una vida, que ya que no sea de perfecta monja, es, a lo menos, de cristiana pecadora, y puede esperar de ir a purgatorio con ella. Y ya que no creciese en bien, no se derribe ella misma a mayores males, como quien dice: «Pues no me dan lo que quiero, yo desecharé lo que me dan. Y vaya con dolor su camino; que al fin no será su ánima perdida, sino cobrada en el Cielo por Jesucristo. Y esto le pido que me crea, no obstante que no me escriba los males que tiene, porque aunque le parezcan muchos, nuestro Señor la quiere salvar, y la salvará, y Él sabe el porqué no le da el deseo de su corazón; que posible es que si se lo diese, sería dañoso, por las partes que ella no sabe; pues hemos visto a muchos haberse dañado con la espiritual prosperidad, otros haber ido seguros con la pobreza y fatiga, como ella va.

3. Haga vuestra merced aquello para que nuestro Señor le da fuerzas, y trabaje por no caer en ofensa mortal, lo cual espero en nuestro Señor que le dará para ello su mano; y si la quitase, no por ello desmaye, sino váyase luego a lavar a la fuente de la limpieza, que es el sacramento de la Penitencia, y torne a caminar como primero. Y si le parece que este modo de vivir es desconsuelo, por no estar su ánima sana, verdad es; mas le digo que lleve su desconsuelo con paciencia, como un enfermo hace con su enfermedad, y conténtese, que no es mal de infierno su mal; y esto agradezca mucho a nuestro Señor, pues por su infinita bondad, al fin puede esperar, con la vida que tiene, que se ha de salvar; que no ama nuestro Señor tan livianamente las ánimas, que así de ligero las condene al infierno. Y sí vuestra merced no fuere una de las que irán a Él por el camino muy derecho, y con hermosura muy grande, y haber guardado por entero su Justicia, será salva en compañía de muchos por haberle pedido misericordia: y con esta esperanza viva, y haga lo que pudiere. Y no piense que sus males son bastantes a perderla, pues está la sangre del Cordero de Dios en medio, y le da gracia para no caer en unos males, y para buscar remedio en otros que cae, sino llévese con dolor más que con desmayo, esperando la salud de nuestro Senos, y ofreciéndose toda en sus manos, y contentándose con lo

que viene; y de esta manera huirá del lazo que el demonio le arma con esta desconfianza, que le hace mucho más daño que todo lo demás en que cae.

4. Dígase a sí misma: Si yo soy la que debo, el Señor me salvará, como salva a otros pecadores por su misericordia, pues me da gracia que me pese de mis pecados, y le pida perdón, y reciba sus sacramentos: y si no soy tal cual otros, hago a nuestro Señor gracias que me puso en su Iglesia, aunque yo soy la persona más baja que en ella hay, y la menor que se ha de salvar. Crea, señora, que no es pequeño bien tener una vida con que uno pueda esperar ser salvo, aunque sea al cabo de dos mil años de purgatorio; porque pues de allí han de ir al Cielo, y aqueste Cielo será descanso para siempre, no se debe tener en mucho cualquier mal, si el paradero es tan gran bien.

El Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced, y le esfuerce y abrigue, y haga bienaventurada en el Cielo. Amén.

37.—A UNA PERSONA

Que estaba muy congojada por su poco aprovechamiento, que se han de refrenar los deseos desordenados de la perfección.

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestra merced.

1. La raíz de todos los males es el amor propio, así como la de todos los bienes es el amor de Dios. Y así como el que a Dios ama no halla que sufrir, porque no busca sino el querer de Él, y en éste se deleita, así el que se ama halla todas las cosas ásperas y contrarias, y es atormentado con fatigas y diversidades de acaecimientos. No está el descanso sino en desear poco o nada por amor de Dios, y contentarse con ello por Él: al cual tanto ofrecemos y damos, cuanto por Él dejamos de desear. Y si Dios *abre nuestros ojos para que consideremos,* con David (*Sal* 118, 18), *las maravillas de su Ley,* hallaremos que no sólo hay peligro acerca de este mal amor propio en lo exterior y visible, más aun en lo que a muchos parece que es santidad desear más y más. Y si pregunta vuestra merced que es aquesto, digo que las virtudes, y paz del ánima, y el paraíso, y el Señor de él; para que así veamos cuánto es nuestro peligro, pues en lo que es seguridad, lo hay; y cuánta la maldad del propio y desordenado amor, pues en cosas tan buenas no teme entremeter su maldad; no porque las haga él malas a ellas —que no puede—, mas porque deseando las cosas buenas por nuestro fin y amor último, nos hacemos malos nosotros, tornando al revés el orden que el

amor de Dios da, que es querer todo lo bueno, y a nosotros con ellos, por Dios y para Dios, y de la manera y con la medida que quiere Dios.

No consiste el amor de Dios, por más que la boca lo diga, en desear muchas virtudes, y al mismo Dios, desenfrenadamente y con demasiada congoja y codicia, como otras cosas se suelen desear. Porque si yo me muevo por Dios, no será mi principal deseo tener aquello, mas tenerlo si Dios quiere que lo tenga, y cuando y como y cuanto quisiere; y no ser codiciosa de ello por mi bien, mas en que la voluntad de Dios sea cumplida, aunque fuese estar yo sin virtudes y Cielo. Digo «aunque fuese», porque no lo es; mas a lo menos ha de estar nuestra voluntad tan puesta en la de Dios, que esté aparejada a querer todo lo que Dios quiere que queramos, sin sacar alguna excepción. Porque si nuestro amor está vivo, tanto es peor y más encubierto su mal, cuanto lo que deseamos parece mejor; porque en aquello, como en cosa segura, se suele él más descuidadamente extender; y diciendo que deseamos amor de Dios, estamos llenos del nuestro, que nos hace desear a Dios para nosotros, sin orden ni ley, habiendo de ser al contrario.

Me acuerdo que dicen algunos Doctores que esta maldad cayó primero en Lucifer, el cual deseó cosa buena, que era la bienaventuranza; mas no la deseó como, ni cuando, ni en quien, ni por quien era razón desearla, mas con una desenfrenada codicia, que mira al bien propio, como puede un avariento codiciar tener mucha hacienda, o un soberbio la honra. Por cierto, si la raíz y fin es uno, no hace la cosa deseada toda la diferencia; antes, como he dicho, es peor cuanto lo deseado es mejor. Porque no hay peor mal que desear uno para sí, como para último fin, el último fin, el Sumo Bien de los bienes, que es Dios, el cual debe ser el fin y el paradero de todos nuestros deseos.

2. Y si alguno dijere —por no entender bien lo que digo—, que parezco decir que no debemos ser fervientes en desear ser más y más virtuosos, mas que lo dejemos a Dios, así lo del ánima como lo del cuerpo, digo, que así como en las cosas exteriores hemos de ser diligentes, y no congojosos ni codiciosos, mas ponerlo en manos de Dios, y tomar con paciencia lo que nos viniese, así en lo del ánima debemos ser más diligentes: mas con condición, que si con todo ello, viésemos que no tenemos cuanto queremos, no hemos de dejarnos caer en una impaciencia que sea peor que la principal falta porque nos da la pena; mas conformarnos en todo con la voluntad de Dios, al cual agrada más la humildad y paciencia en las flaquezas que la soberbia devoción y contentamiento en la fortaleza. Y si no alcanzamos a estar sin faltas, demos gracias a Dios porque nos dio conocimiento de nuestras faltas.

¿Por ventura echó a perder otra cosa al fariseo soberbio (Lc 18), sino el contentamiento de sus buenas obras? ¿Y salvó al publicano, sino el conocimiento y desplacer de sus malas, pidiendo a Dios misericordia? No todos son para conservar la humildad entre la alteza de las virtudes; y muy pocos hay a quien no descontenten sus faltas, Y por eso, aunque el primer camino es más alto, el segundo es más seguro. Todo lo cual dispensa al sapientísimo Dios, guiándonos por diversos caminos para un mismo fin, que es Él.

3. Y por más codiciosos que seamos, esto nos debe consolar, que es esperar que iremos al paraíso, ahora sea por la alteza de virtudes, como algunos van, ahora por conocimiento de cómo nos faltan, y con penitencia de ello, como otros muchos van. Y aunque por esto no debemos dejar de imitar a los muy mejores que viéremos, pues Dios nos ha dado deseo de ello, e y nos será tomada cuenta si no lo hacemos, empero así deseemos ser mejores, como tengamos paz, si no llegáremos a lo que deseamos, que de otra manera, no creo que ha habido hombre en este mundo (dejando aparte lo que todos entienden) que no desease ser mejor de lo que es; mas esto no les quitaba la paz, porque no lo deseaban por su propia codicia, que nunca dice «Harto hay» [basta], mas por Dios, con cuyo repartimiento están contentos, aunque menos les diera, teniendo por verdadero el contentarse con lo que él le da, mas que el desear tener mucho, aunque diga el amor propio que es para más servicio de Dios. Y no creo que hay paz en aqueste mundo, sino en la paciencia; ni creo que es verdadera paciencia la que sufre a sus prójimos y no sufre a sí mismo; no para que deje de castigar y enmendar sus faltas, mas para que no se le derribe el corazón. ni se entristezca demasiadamente, sino que ande, en todo lo que le acaeciere, contento de dentro y de fuera, haciendo sus diligencias; las cuales todas, si no las hiciere, vale más que le pese y se levante presto con alegría que dobla las fuerzas, que no que, pensando que llora sus faltas por Dios, desagrade al mismo Dios con servirle mal con el corazón caídas las alas, y con otros ramos que de esto suelen nacer.

La conclusión sea lo que dice San Pablo (1 Tes 5, 18): *En todas las cosas dando gracias a Dios.*

Use la oración, y le irá bien.

Jesús sea con vuestra merced y con todos. Amén.

38.—A Doña Sancha Carrillo

Animándola a confiar en el Señor; le encarga el ánimo en el camino de Dios.

Muy magnifica señora:

1. La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

En dos cosas nos conviene mucho estudiar, si no queremos ofender a nuestro Señor: una es en amar su bondad, otra en confiar de su misericordia. Grandísima es la ceguedad del ánima que a tan buen Señor no ama; y grande es la flaqueza de quien en tanta muchedumbre de misericordia no confía. Y así como las mercedes que nos ha hecho nos deben incitar a amarle (pues que son hechas con el amor que Dios nos tiene, el cual pide amor), así nos deben esforzar a confiar, pues que quien nos ha dado lo pasado y metido en su carrera, nos dará el acabar en ella. Y lo mismo debemos sacar de la Pasión de nuestro Señor, al cual debemos amar, pues Él fue el que murió por nuestro amor, y tener confianza en sus merecimientos. Váyase, pues, a lejos toda duda, toda flaqueza de corazón y toda desconfianza; pues cuanta es la virtud de su Pasión, tantos son nuestros merecimientos, pues que ella es nuestra, siendo nosotros de Jesucristo: que Él nos la dio. Allí confío yo y presumo, allí hago burla de mis enemigos, ahí pido yo al Padre ofreciéndole a su Hijo, de allí pago lo que debo, y me sobra. Y aunque mis dolores son muchos, allí hallo mayor remedio y causa de alegría, que en mí de tristeza.

2. ¡Oh amoroso Dios y todo amor, y cuán grande bofetada te da quien de todo su corazón en Ti no confía! Si con habernos Tú hecho tantas mercedes, y lo que más es, con haber por nosotros muerto, aun no confiamos de Ti, ¡no sé qué diga, sino que somos peores que brutos! ¿Cómo, y qué creeremos que no nos darás, pues tanto nos has dado? ¿No creeremos que defenderás a los que sacaste del infierno? ¿No darás de comer a los que tomaste por hijos? ¿No enseñaras la carrera a los que, siendo descaminados, pusiste Tú en ella? ¿No darás lo que te pidieren para tu servicio a los que dabas muchas cosas andando fuera de tu servicio, y ofendiéndote ellos, los defendiste Tú, y huyendo de Ti, los seguiste y trajiste a Ti, y los limpiaste y diste tu espíritu, y henchiste sus ánimas de gozos, dándoles beso de paz? ¿Y para qué todo esto? Por cierto para que crean que pues por Cristo los reconciliaste contigo siendo enemigos, mejor los guardarás por Cristo siendo ya amigos.

¡Oh Dios mío y misericordia mía! ¡Plega a Ti que no permitas que,

después de tantos millares de beneficios, ande nuestro corazón en dudas y preguntando si nos amas o no, si nos has de salvar o no! Más claros son tus testigos, los cuales son las cosas que has obrado, que el sol de mediodía, que dan testimonio que nos quieres bien, y esperanza que nos has de salvar.

3. Asentemos, pues, nuestro corazón con esta fiucia de Dios, la cual tengamos aunque no sintamos en nosotros el dulzor de las consolaciones de Dios. Porque así como la fe verdadera es la que cree sin milagros y razones, y el amor verdadero el que ama aunque es azotado, y la verdadera paciencia del que sufre más sin consolación, así la verdadera confianza, es cuando estamos firmes, y no sentimos los regalos de Dios. Confiemos un día de Dios sin que nos dé prendas, y osemos esperar que nos irá bien en Él, pues Él lo mandó que así lo esperemos. ¿Nos sentimos flacos? Esperemos en Dios, y seremos fuertes; porque *los que en Dios confían mudarán fortaleza; y tomarán alas como palomas, volarán, y no faltarán* (*Is* 9).

¿No sabemos lo que hemos de hacer? Confiemos en Dios, y nos será dada luz, como dice Isaías (50, 10): *Si alguno anduvo en tinieblas y no tiene luz, espere en el nombre del Señor, y arrímese sobre su Dios*; y en otra parte está escrito (Sab 8): *Los que confían en el Señor entenderán la verdad*. ¿Estamos en tribulaciones? Esperemos en Dios, y seremos librados, como dice Dios por David (*Sal* 90): *Esperó en Mí, y Yo le libraré*. En las cuales palabras hemos de mirar que no pide Dios otro merecimiento para librarnos, sino esperar. Y con mucha razón, porque los que caen en tribulaciones, por poca fe caen. Como San Pedro, que mientras no tuvo temor, anduvo por encima la mar como si fuera firme tierra; y cuando temió, luego comenzó a hundirse, y oyó de la boca de Jesucristo (*Mt* 14): *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* Temamos, pues, esta reprensión. Aunque la mar de las tentaciones ande muy brava, no caiga ni migaja de duda o temor en nuestro corazón; mas confiados en quien tan de verdad nos ama, estemos seguros en medio de cualesquier peligros.

Todo esto he dicho, porque así como querría ver a vuestra merced creer la santa fe católica sin error, y amar a Dios sin pizca de tibieza, así la querría ver confiar en Dios sin pizca de duda o temor. Créame, que basta Dios para todas nuestras dudas y tentaciones. Pluguiese a Dios y ya nos convirtiésemos del todo a Él, Y nos arrimásemos a Él; que, cierto, no es menester criaturas, sí bien supiésemos darnos al Criador. Y si alguna vez dudáremos algo, no nos determinemos en ello, sino pasemos a entender en otras cosas; que pues Dios no nos da medio para saberlo, no debe de ir mucho en saberlo.

4. Lo que en esta Cuaresma encomiendo a vuestra merced y al señor don Pedro[29] (para el cual también escribo esta carta) es que tenga mucho tiento en los ayunos y cosas que tocan al cuerpo; y miren que no olviden esta palabra. Y que trabajen mucho que ayunen sus memorias de todo pensamiento de criaturas, y aunque sea de sí mismos; mas todo olvidado, nosotros también nos pasemos a Dios, y en Él moremos. Y ayunen de toda consolación de cualquiera criatura, para que viviendo en soledad de pensamiento, venga Dios a henchir las ánimas que estuvieren vacías de criaturas. Y cuando delante de Dios se hallaren, trabajen más por escucharle que por hablarle, y mas por amarle que por entenderle.

El mismo Jesucristo, de quien hablamos, sea con vuestra merced y con todos. Amén.

39.—A UNAS MUJERES DEVOTAS

Que padecían trabajos: les anima a llevarlos conociendo que son mercedes de Dios; y les declara su amor para con los hombres.

1. Vuestra carta recibí con tanto amor con cuanto me fue enviada; porque de verdad podéis creer que si nuestro Señor Jesucristo ha mandado y obrado en vuestros corazones que me améis por Él y en Él, lo mismo ha hecho en mí para con vosotras.

Y cuanto a lo que decir de vuestros trabajos, me place que los tengáis, y me pesa que los sintáis; porque creed por muy cierto, que otro camino no hay para alcanzar los gozos del Cielo, que pasar acá trabajos por Cristo; que si otro hubiera, nuestro Redentor y Maestro Jesucristo nos lo hubiera enseñado por palabra y por obra. Mas, pues su bendita boca llama *bienaventurados a los que lloran, a los que padecen hambre y sed, a los que padecen persecuciones* (*Mt* 5), y toda su vida no fue sino un continuo martirio, ¿qué duda nos queda a los que somos discípulos suyos, sino que firmemente creamos que éste es el camino de la salud? No dudéis, hermanas muy amadas, de seguir la luz, que es Cristo; que, sin falta, sí vais por donde Él fue, iréis a donde Él fue; porque palabra suya tenemos, que *a donde El estuviere, estará su sirviente* (Jn 12, 26). No miréis de quién o por quién vienen los trabajos, como hacen los que dicen: Si Dios me los enviase, los sufriría; mas vienen de Fulano y Fulano, ¿por qué los he de sufrir? Estos,

[29] Don Pedro, sacerdote ejemplar, y muy fiel discípulo del M. Avila, por cuyo consejo desistió de pretender prelacías, y se dio a imitar las virtudes de su santa hermana, doña Sancha.

teniendo ojos no ven, porque los tienen puestos en tierra, y por eso se ciegan; mas si a Dios los alzasen, verían la luz de la doctrina de Dios, que nos enseña que por mano de los malos limpia Dios a los suyos, y por mano de esclavos enseña a sus hijos, y que todo lo ordena Él para provecho de quien le ama.

2. Nunca tengáis cuenta con muchos, que es cosa de grande trabajo; tenedla con Dios, y en sus benditas manos arrojaos; y venga el trabajo de donde viniere, recibidlo de su mano, y dadle gracias por los trabajos y por el descanso, que todo viene de una mano y de un amor, y el fin de todo es para nuestra santificación. Y si Dios os diese viva fiucia de que sois amadas de Él, y que todo lo que os viene os lo envía Él por vuestro bien, y para, en testimonio que os ama, no os hallarían esas tinieblas; antes, aunque muy incrédulas fueseis, creeríais a amor probado con tantos testigos. ¡Oh fuego de amor perpetuo, y cuántos son tus testimonios del amor que nos tienes! Para esto creaste el Cielo y la tierra, para esto nos sirven tus criaturas altas y bajas, para esto nos creaste y conservas después de creados, para que, pues es cierto que todo esto Tú nos lo das, y no por temor que nos tengas, ni por esperanza de lo que te hemos de pagar, veamos claro tu amor que está secreto, pues tantas señales públicas de él nos manifiestas. ¿Quién será aquel tan descreído que, no habiendo pasado ni un solo momento de todos los años que ha vivido, en el cual no haya recibido bienes de Dios, no crea de corazón que Dios le ama, pues otra cosa sino el amor no le compele a hacernos mercedes? Cobran fama los hombres de dadivosos por diez o doce mercedes que hacen, son creídos los hombres por dos o tres testigos que traen en prueba de lo que dicen; ¿Y por qué, hermanas, no cobrará el Señor en nuestro corazón fama y crédito de amador, pues cuantas criaturas hay, y cuanto tenemos y somos, dicen a voces que nos quiere bien Dios?

3. Y porque no pusiesen los hombres tacha en estos testigos, por ser cosas bajas para dar testimonio de tan alta cosa como es el amor que nos tiene Dios, quiso Él, por su infinito y eterno e incomprensible amor, darnos por amor a su amado Hijo, para que teniendo una prenda y testigo de amor tan excelente como el mismo Dios, creyésemos esta verdad: que nos ama Dios.

¡Oh abismo de infinita bondad, del cual tal dadiva sale al mundo, que *así lo ames, que des a tu Unigénito Hijo, para que todo hombre que crea en Él y le ame, no perezca, mas tenga la vida eternal* (*Jn* 3, 16). Te alaben los Cielos con todo lo que en ellos está, y la tierra y la mar con todo su arreo, porque Tú, tan grande, has amado tan grandemente a los que eran dignos de

desamor. Y ¿quién será aquel que dude en tu amor, viendo dar a tu Hijo? ¿Quién será aquel que no te ame, viéndose tan amado? ¿Quién será aquel que no esperará verte en el Cielo, pues por nosotros fue visto Dios en la tierra, y tan abajado, que podamos bien creer que seremos ensalzados por Él? Porque más fue abajarse Dios a ser hombre, que los hombres ser ensalzados a ser participantes de Dios. Gran cosa es los hombres ser hechos hijos de Dios; mas cosa mayor es Dios ser llamado y hecho hijo de Virgen. Gran cosa esperamos en ser compañeros de ángeles, mas mayor fue ser Dios acompañado de ladrones en el día de su Pasión. Y si os parece mucho unos tales como nosotros haber de ir delante el acatamiento de Dios a gozamos con Él y para siempre, mayor cosa fue el Hijo de Dios estar colgado en la cruz ante tanto acatamiento de gente, y con tanto propósito de padecer por los hombres, que si conviniera al provecho de ellos estar en la cruz padeciendo hasta la fin del mundo, allí lo estuviera. Porque determinado tenía de rescatar a los hombres, costase lo que costase; mas porque bastó y sobró lo que dio, no pasó más. Aunque nosotros le debemos dar gracias por lo que pasó, y por el amor con que determinó de pasar por nosotros mil tanto, si menester nos fuera.

Considerad, pues, esta muerte tan penosa y tan larga en la intención de Cristo nuestro Señor, y veréis que no es mucho que den vida sin fin y con gozo a los hombres que tuvieren fe y amor a este Señor, pues Él por ellos ofreció una vida tan valerosa. Asentad, señoras, en vuestro corazón lo que dice San Pablo (*Rom* 8), y nunca de vuestra memoria se parta: *Que cuando Dios a su Hijo nos dio, todas las cosas nos dio con Él*. Claro es que quien dio el Hijo, dará la casa y la hacienda y todo lo demás; porque todo es menos que el Hijo, y tal Hijo.

4. Pues si todo esto habéis escuchado con aquellas orejas con que se oyen las cosas de Dios, yo sé que en todas las cosas que os acaecieren sintáis el vivo amor con que Dios os las envía, y os sean todas unas luces que os declaren la benevolencia y bienquerencia que Dios os tiene, y hallaros habéis tan cercadas de saetas de amor, que no podáis (si piedra no sois) dejar de amar a quien tanto os ama. No esperaréis horas ni lugares ni obras para recogeros a amar a Dios; mas todos los acaecimientos serán despertadores de amor. Todas las cosas que antes os distraían, ahora os recogerán; y las que derribaban vuestra confianza, ahora os la esforzarán. Porque, decidme, ¿quién no confiará de quien ve ser tan amado, que a cada momento le hace mercedes? Bienaventurado aquel a quien Dios dio sentimiento de su bondad en todas las cosas, y que de todas usa en viva fe; y miserable de aquel que hace de las armas de la confianza instrumento para

desconfiar, y se le tornan carbones apagados y apagadores los encendidos carbones que Dios le envía para encenderle.

5. Mirad, hermanas, todo lo que os viniere con estos ojos, y daréis al Señor alegría; porque gran descanso es para un señor tener un criado que le entienda bien lo que dice. No seáis como los edificadores de Babilonia, que pidiéndoles instrumentos para edificar, derriban. No seáis maliciosas y sospechosas; que si os saludan, penséis que os maldicen. No seáis víboras, que la dulzura de las flores que la abeja torna en miel, torna ella en ponzoña. Sabed contratar con Dios, pues ya una vez os abrió los ojos. Y no le seáis tan desabridas, que lo que Él os envía para señal que os ama, lo toméis por señal que no os ama. Él lo envía para que más y más confiéis ene Él; no lo toméis para entristeceros, y derribar vuestro corazón con desconfianza. Señales son de paz, no de guerra, si vosotras mismas no estáis al revés. ¡Maldito sea este parecer propio, que tanto trabajo da a quien lo tiene, y tanto desacato es contra Dios! Este es el que no os deja reposar, y el que mil cuentos de veces os turba y angustia, y os hace que no halléis anchura donde reposar; la cual veríais tan ancha y más ancha que lo es la anchura del Cielo, si dejado vuestro corto parecer, os encomendaseis en la infinita bondad del Señor, de la cual veis que tantas veces ha usado con vosotros. Gran mal es, por cierto, no confiar que os ama, después de raídas, el que os trajo a Sí estando apartadas. Os amó estando afeadas por vuestros pecados, ¿cómo no os amará ahora que os ha limpiado y emblanquecido con su sangre hermosa? No seáis de tan poca fe para con quien es razón que tanta tengáis. Poco hacéis en fiaros de quien tantas prendas tenéis. Vivid en fe de quien nunca desamparó a los que con humilde corazón de Él se fiaron. Tened cuidado, no de regiros, mas de contentaros como Dios os rigiere. Vuestra voluntad es tuerta [torcida], y vuestro parecer ciego; no queráis tales guiadores. Os guíe aquella voluntad sumamente buena, y que no puede querer sino lo bueno. Os rija aquel saber que ni engaña ni es engañado. Echad vuestro cuidado en Aquel que tan bien cuida y vela sobre los que a Él se encomiendan. Arrimaos a Aquel que os miró antes que vosotras nacieseis; dad gracias a Aquel que os trajo al conocimiento de su santo nombre y que os tiene aparejado un reino sin fin.

6. Y porque si esto creyeseis y sintieseis, los trabajos os serían rosas, por eso dije que me pesa que lo sintáis: y si lo sentís, no os derriben, mas sea vuestra fortaleza Aquel que por nosotros se hizo flaco.

No hay más papel, y por eso no escribo más. Esta hayan por suya todos los que vosotras mandareis, y rogad por mí.

40.—A unos sus devotos

Afligidos por una persecución que se había levantado: animándolos al amor de la Cruz de Cristo: de cuya imitación habla regaladamente. Consejos para el tiempo de la persecución.

1. *Bendito sea Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación, de manera que podamos nosotros consolar a los que en toda angustia están; y esto por la consolación con la cual Dios nos consuela. Porque así como las tribulaciones de Cristo abundan en nosotras, así por Cristo es abundante nuestra consolación* (2 *Cor* 1, 3-5). Palabras son éstas del Apóstol San Pablo. *Tres veces fue azotado con varas, y cinco con azotes, y una vez apedreado* hasta que fue dejado por muerto, y perseguido de todo linaje de hombres, y atormentado con todo género de trabajos y penas (2 *Cor* 11, 25), y esto no pocas veces; mas como él en otra parte dice (2 *Cor* 4, 11): *Nosotros siempre somos traídos a la muerte por amor de Jesucristo, para que la vida de Jesucristo sea manifiesta en vosotros*. Y con todas estas tribulaciones no sólo no murmura ni se queja de Dios, como los flacos suelen hacer; no se entristece, como los amadores de su honra o regalo; no importuna a Dios que se las quite, como los que no las conocen, y por eso no las quieren por compañeras; no las tiene por pequeña merced, como los que las desean poco; mas toda la ignorancia y flaqueza dejada atrás, bendice en ellas y da gracias por ellas al Dador de ellas, como por una señalada merced, teniéndose por dichoso de padecer algo por la honra de Aquel que sufrió tantas deshonras por sacarnos de la deshonra en que estábamos sirviendo a la vileza de los pecados, y nos hermoseó y honró con su espíritu y adopción de hijos de Dios, y nos dio arras y prenda de gozar en el Cielo de Él y por Él.

¡Oh hermanos míos muy mucho amados! Dios quiere abrir vuestros ojos para considerar cuántas mercedes nos hace en lo que el mundo piensa que son disfavores, y cuán honrados somos en ser deshonrados por buscar la honra de Dios, y cuán alta honra nos está guardada por el abatimiento presente, y cuán blandos, amorosos y dulces brazos nos tiene Dios abiertos para recibir a los heridos en la guerra por Él, que sin duda exceden sin comparación en placer a toda la hiel que los trabajos aquí pueden dar. Y si algún seso hay en nosotros, mucho deseo tendremos de estos abrazos; porque ¿quién no desea al que todo es amable y deseable, sino quien no sabe qué cosa es desear? Pues tened por cierto que si aquellas fiestas os agradan,

y las deseáis ver y gozar, que no hay otro más seguro camino que el padecer. Esta es la senda por donde fue Cristo y todos los suyos, que Él llama *estrecha,* pero *lleva a la vida* (*Mt* 7, 14); y nos dejó esta enseñanza, que si queríamos ir donde está Él, que fuésemos por el camino por donde fue Él; porque no es razón que yendo el Hijo de Dios por camino de deshonras, vayan los hijos de los hombres por caminos de honras, pues que *no es mayor el discípulo que el maestro, ni el esclavo que el señor* (*Lc* 40). No plega a Dios que nuestra ánima en otra parte descanse, ni otra vida en este mundo escoja, sino trabajar en la cruz del Señor. Aunque no sé si digo bien en llamar trabajos a los de la cruz, porque a mi parecen que son descansos en cama florida y llena de rosas.

2. ¡Oh Jesús *Nazareno,* que quiere decir *florido,* y cuán suave es el olor de Ti, que despierta en nosotros deseos eternos, y nos hace olvidar los trabajos, mirando por quién se padecen, y con qué galardón se han de pagar! ¿Y quién es aquel que te ama, y no te ama crucificado? En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste, dando tu vida y sangre por mí en manos de crueles sayones; pues en la cruz te quiero buscar, y en ella te hallo, y hallándote me curas, y me libras de mí, que soy el que contradice a tu amor, en quien está mi salud. Y libre de mi amor, enemigo tuyo, te respondo, aunque no con igualdad, empero con semejanza, al excesivo amor que en la cruz me tuviste, amándote yo y padeciendo por Ti, como Tú amándome, moriste de amor de mí. Mas, ¡ay de mí, y cuánta vergüenza cubre a mi faz, y cuánto dolor a mi corazón!; porque siendo de Ti tan amado, lo cual muestran tus tantos tormentos, yo te amo tan poco como parece en los pocos míos. Bien sé que no todos merecen esta joya tuya, de ser herrados por tuyos con el hierro de la cruz; sin embargo mira cuánta pena es desear y no alcanzar, pedir y no recibir, cuanto más pidiéndote, no descansos, mas trabajos por Ti.

Dime, ¿por qué quieres que sea pregonero tuyo, y alférez que lleva la seña de tu Evangelio, y no me vistes de pies a cabeza de tu librea? ¡Oh, cuán mal parece nombre de siervo tuyo, y andar desnudo de lo que Tú tan siempre, y tan dentro de Ti, y tan abundantemente anduviste vestido! Dinos, ¡oh amado Jesús!, por tu dulce cruz, ¿hubo algún día que aquesta ropa te desnudases, tomando descanso? ¿O te fue algún día esta túnica blanda, que tanto a raíz de tus carnes anduvo, hasta decir (*Mt* 28, 28): *Triste es mi ánima hasta la muerte*? ¡Oh, que no descansaste; porque nunca nos dejaste de amar, y esto te hacía siempre padecer! Y cuando te desnudaron la ropa de fuera, te cortaron en la cruz, como encima de mesa, otra ropa bien larga desde los pies a la cabeza, y cuerpo y manos, no habiendo en Ti cosa que no

estuviese teñida con tu benditísima sangre, hecho carmesí resplandeciente y precioso: la cabeza con espinas, la faz con bofetadas, las manos con un par de clavos, los pies con uno muy cruel para Ti, y para nosotros dulce; y lo demás del cuerpo con tantos azotes, que no sea cosa ligera de contarlos. Quien mirando a Ti, amare a sí y no Ti, grande injuria te hace. Quién viéndote tal, huyere de lo que a Ti lo conforma, que es el padecer, no te debe perfectamente amar, pues no quiere ser a Ti semejable. Y quien tiene poco deseo de padecer por Ti, no conoce a Ti con perfecto amor; que quien con éste te conoce, de amor de TI crucificado muere, y quiere más la deshonra por Ti, que la honra, ni todo lo que el engañado y engañador mundo puede dar.

Callen, callen, en comparación de tu cruz, todo lo que en el mundo florece, y tan presto se seca; y hayan vergüenza los mundanos del mundo, habiendo Tú tan a tu costa combatido y vencido en tu cruz; y hayan vergüenza los que por tuyos son tenidos, en no alegrarse con lo contrario del mundo, pues Tú, tan reprobado y desechado y contradicho fuiste de este ciego mundo, que ni ve ni puede ver la Verdad, que eres Tú. Más quiero tener a Ti, aunque todo lo otro me falte —que ni es *todo* ni *parte*, sino miseria y pura nada—, que estar yo de otro color que Tú, aunque todo el mundo sea mío. Porque tener todas las cosas que no eres Tú, más es trabajo y carga que verdadera riqueza; pero ser Tú nuestro, y nosotros tuyos, es alegría de corazón y verdadera riqueza; porque Tú eres el bien verdadero.

3. Olvidado me había, amados hermanos, de lo que comenzado había de hablaros, rogándoos y amonestándoos de parte de Cristo que no os turbéis y no os maravilléis, como de cosa no usada o extraña de los siervos de Dios, con las persecuciones o sombra de ellas que nos han venido. Porque esto no ha sido sino una prueba o examen de la lección que cinco o seis años hace que leemos diciendo: «¡Padecer! ¡Padecer por amor de Cristo!» Lo veis aquí a la puerta; no os pese, a semejanza de niños que no querrían dar lección de lo que han estudiado; mas *confortaos en el Señor y en el poder de su fortaleza* (*Ef* 0, 10), que os ama para querer defenderos; y aunque es uno, *puede* más que todos, pues que es omnipotente; pues por falta de saber no temáis, pues no hay cosa que ignore: pues mirad si es razón que se mueva quien con estos *tres nudos* estuviere atado con Dios. Ni os espanten las amenazas de quien os persigue, porque de mí os digo que no tengo en un cabello cuanto amenazan, porque no estoy sino en manos de Cristo.

Y tengo gran compasión de su ceguedad, porque el Evangelio de Cristo, que yo en ese pueblo he predicado, está cubierto a los ojos de ellos, como San Pablo dice (2 *Cor* 4, 3-4), q*ue el Dios de este siglo,* que es el demonio, *cegó las ánimas de los infieles para que no les luzca la gloria del Evangelio de Cristo*. Y deseo mucho, y lo pido a nuestro Señor, que tenga misericordia de ellos, y les dé bendiciones en lugar de las maldiciones, y gloria por la deshonra que me dan, o por mejor decir, dar quieren; porque en la verdad, yo no pienso que otra honra hay en este mundo, sino ser deshonrado por Cristo. Haced, pues, así, amados míos, y sed discípulos de Aquel que *dio beso de paz,* y llamó *amigo* (*Mt* 20, 50) al que le había vendido a sus enemigos. Y en la cruz dijo (*Lc* 23, 34): *Perdónalos, Padre, que no saben toque hacen*. Mirad en todos los prójimos cómo son de Dios y cómo Dios quiere su salvación, y veréis que no queráis mal a quien Dios desea bien. Acordaos cuántas veces habéis oído de mi boca que hemos de amar a nuestros enemigos; y con sosiego de corazón, y sin decir mal de persona, pasad este tiempo, que presto traerá nuestro Señor otro.

Y estad sobre aviso, que no tornéis atrás ni en un solo punto, del bien que habíais comenzado, porque eso sería extremo mal; más asentad en vuestro corazón que éste a quien habéis seguido es el Señor de Cielo y tierra, y de muerte y de vida, y que, en fin, aunque todo el mundo no quiera, ha de prevalecer su verdad; la cual trabajad por seguir; que siguiéndola, no sólo a hombres, mas ni a demonios, ni aun a ángeles, si contra nosotros fuesen, no los temáis.

4. Usad mucho el callar con la boca hablando con hombres, y hablad mucho en la oración en vuestro corazón con Dios, del cual nos ha de venir todo el bien; y quiere Él que venga por la oración, especialmente pensando la Pasión de Jesucristo nuestro Señor. Y si algo padeciereis de lenguas de malos (que otra cosa no hay que padezcáis), tomadlo en descuento de vuestras culpas, y por merced señalada de Cristo, que os quiere limpiar con lengua de malos, como con estropajo, para que ella quede sucia, pues habla cosas sucias, y vosotros limpios con el sufrir, y vuestro bien esté cierto en el otro mundo. Mas no quiero que os tengáis por mejores que los que veis ahora andar errados; porque no sabéis cuánto duraréis en el bien, ni ellos en el mal; mas *obrad vuestra salud en temor* (*Filip* 2, 12) y en humildad; y de tal manera esperad vuestro bien en el Cielo, que no juzguéis que vuestro prójimo no irá allá; y así conoced las mercedes que Dios os ha hecho, como no despertéis las faltas de vuestros prójimos; porque ya sabéis lo que acaeció entre el fariseo y el publicano (*Lc* 18, 10), en lo cual debernos escarmentar.

No hay santidad segura sino en el *temor* santo de Dios, *en el cual envejeced,* como la sagrada Escritura dice (*Eccli* 2, 6), para dar a entender que no sólo conviene a los principios, más aun al fin, temer a nuestro Señor Dios. Este temor no da fatiga; mas en gran manera es sabroso, y quita toda liviandad del corazón, y hace al hombre que aun lo que bien hace no ose aprobarlo por bueno, mas deja a Dios el juicio de sí y de todos, como San Pablo decía (1 *Cor* 4, 3): *Yo no me juzgo a mí; mas quien me juzga es el Señor*. Este temed si queréis perseverar en el bien, y que vuestro edificio no se caiga, mas crezca firme hasta llegar al Altísimo Dios; lo cual se hace por el amor: el cual plega a Jesucristo nuestro Señor de daros. Amén.

Rogad a Dios por mí muy de corazón, como creo que lo hacéis; que yo espero en Él que os oirá, y me os dará para que os sirva como de antes.

41.—A una señora

En tiempo de Navidad, que Dios, porque es bueno, ama al hombre.

1. El Niño nacido por nuestro bien dé a vuestra merced parte de los bienes que trae, pues tomó Él los males que nosotros teníamos, Él le dé fuego vivo de su amor, en que a vivas llamas arda; pues por encender éste en nosotros, viene tan pobre y arrecido [aterido] de frío. Mientras este Niño más padece, más nos roba el corazón para amarle; y mientras más le amamos, más deseamos padecer por Él. Porque el amor huye del descanso como de una cosa contraria a su intento; y buscando los otros libertad y placer, el que ama aborrece esto, y desea ser siempre esclavo, y trabajar por quien ama. Señora, ¿quién constriñó a Dios a hacerse hombre? No otro sino el amor. ¿Quién le constriñó que, ya que era hombre, fuese nacido en tiempo tan recio, en lugar extranjero, en casa de establo, en tanta pobreza y bajeza, que se ha de tener de Él compasión? Cierto, otro no lo hizo, que el amor que desde el Cielo le trajo preso al vientre virginal de nuestra Señora, y del vientre le llevó al duro pesebre, y de allí a otros trabajos, y después a la cruz, en donde amándonos verdaderamente, nos hizo que de verdad le amemos, según Él mismo lo dijo antes (*Jn* 3): *Si me ensalzareis de la tierra, todas las cosas traeré a Mi*. *Ensalzar de la tierra* quiere decir morir en cruz, como murió; y entonces *trajo todas las cosas a Sí,* mediante el grande amor que encendió en los corazones. Porque mirando a este verdadero Amador, unos han olvidado sus tierras, viviendo en peregrinaje; otros dejado sus haciendas, viviendo en pobreza; otros se han ofrecido a trabajos, y muerte, deseando más padecer por Cristo que holgar sin Él.

2. Y sea su clemencia por siempre bendita, que entre los que por este noble amor del Crucificado han olvidado sus cosas, y a sí con ellas, es una vuestra merced; no de ella, mas de Aquel que en ella obra para gloria de Él; y así no lo dejará en las flacas manos de ella sola, pues Él, y no ella de sí, lo comenzó. Alegrase, señora, en Dios su alegría, pues es cobijada con manto tan fuerte y tan blando; fuerte para defenderla de sus enemigos y de sí propia, que es el mayor enemigo, y blando para consolarla entre sus trabajos, y para sentirlos como si de Él fuesen, Y para darle parte de su Corazón, muy herido de amor por ella. ¿Cómo el Señor pudiera haberla esperado, traído, guardado y sustentado, sí muy de verdad no la hubiera amado? ¿Cómo no le provocaran a ira las faltas de ella, si no hubiera en Él tanto amor, que cerrara los ojos a ellas, y los abrió a lo que le cumple?

3. Y me dirá: ¿De dónde a mí tanto bien, que el Rey eterno me ame, y por eso me sufra, y me dé bienes en lugar de males?

Respondo, señora, que me diga ella, ¿por qué el fuego quema, y el sol alumbra, y el agua refresca, y cada cosa hace según su naturaleza? Y si dice que porque el fuego es fuego por eso quema, así le digo que, porque Dios es Dios, por eso nos ama, libremente, y hace misericordias a quien no las merece. No tiene nada, no, nuestra soberbia de que gloriarse; mas la vergüenza y deshonra es nuestra, y la honra es de Él. De los bienes nosotros gozamos; mas la gloria, suya es, que así lo cantaron los ángeles, nacido el Niño (*Lc* 2): *¡Gloria sea a Dios en los Cielos, y paz a los hombres ele buena voluntad!* Gloria demos, señora, al Señor de todos por las misericordias que de su mano hemos recibido. Gloria sea a Él, porque con tanto poder nos libró de las manos de aquellos, a los cuales nosotros, con miserable consejo, nos habíamos entregado. Gloria sea al que, siendo tan desgraciados, nos trajo a su gracia, y nos sustenta, *y corona con misericordia y misericordias* (*Sal* 102, 4), y nos da a entender que acabará lo que ha comenzado. Porque de aquél suele ser el cuidado y carga de un negocio, de quien ha de ser la honra; y quien lleva la honra ha de tener el cuidado. Y pues aqueste bendito Señor quiere ser en nosotros glorificado, y llevarse la honra de nuestra victoria. Él quiere tomar el cuidado de nuestra pelea, y Él hará que caminemos a Él por Él, y nos atará con nudo de amor tan fuerte, que ni muerte ni vida de Él no nos apartará. Él hará que le miremos con ojos abiertos, y que a todas las cosas los tengamos cerrados; y tanto se nos imprimirá en el corazón, que por su amor y memoria olvidemos todas las cosas, y a nosotros también. Esto hará el que es piadoso y *poderoso, y es santo u nombre* (*Lc* 1, 49); y el que más nos ama, que nosotros sabemos decir ni pensar; porque sus obras son sobre todo sentido.

A Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

4. A lo que me pregunta de mi salud, mal me va, pues soy flaco; que si no lo fuese, no me quitaría tan presto Dios los dolores como me los quita.

Y a lo demás, respondo que el fuego grande, mientras más encerrado y callado, más arde. Cristo la haga discípula verdadera y fiel del enseñamiento de su amor, para que en algo sepa responder a su inefable y divino amor, como yo se lo suplico.

42.—A una señora

Que deseaba servir a Dios, y no se atrevía a comenzar. Anímala a que comience, fiada de Dios, que le puso el deseo. Enséñala cómo ha de amar a quien la agravió. Remedio para escrúpulos y vanagloria.

1. De vuestros santos deseos de agradar al Señor huelgo mucho, y de vuestra pusilanimidad en ponerlo por obra tengo pena; porque tengo por mal caso osar quedarse uno en la vanidad de su vida, y no osar comenzar partido nuevo por Dios, confiando del mismo Dios. Hermana, ¿y *quién hubo desde que hubo hombres, que esperase en Dios, y tuviese cuenta con sus mandamientos, y fuese de Él desamparado? ¿Quién le llamó* con entero y perseverante corazón *que de Él no fuese oído?* (Eccli 2 11-12). Él nos anda buscando e incitando a que le sirvamos: ¿cómo es posible, pues Él es bueno y verdadero, que no salga al encuentro, y nos eche sus brazos encima, y nos favorezca cuando vamos a Él? Si hará, cierto, si hará, y muy más cumplidamente que nosotros podamos entender, según dice San Pablo (*Hebr* 9).

2. Comenzad, sierva de Dios, y comenzad arrimada a Dios, fiada de Dios, confiando que quien el deseo os dio, os dará el obrar y el acabar, pues no despierta al dormido sino para hacerle muchas mercedes después de recordado. Comenzad con denuedo, con diligencia y fervor; porque no hay peor cosa que principiante flojo, y que tiene mucha cuenta, con su cuerpo de regalarlo, y con el mundo de contentarlo. Cerrad los ojos a las alabanzas humanas, y a los vituperios también, que presto veréis tornado polvo y ceniza al que alaba y al alabado, y al que deshonra y al deshonrado, y seremos todos presentados delante el juicio de nuestro Señor, donde tapará su boca la maldad, y será lo virtud muy honrada. Entretanto asíos de la cruz, y seguid al que en ella fue deshonrado y perdió la vida por vos; y escondeos en aquellas llagas, para que cuando venga el Señor por vos, os halle dentro

de Él, y os hermosee con sus dones, y os dé a Sí mismo, en pago que dejasteis todas las cosas por Él, y a vos con ellas. Mas ¡oh cuán poco deja quien todo lo deja, pues no deja sino lo que presto ha de dejar, quiera o no quiera! Y aun el gozar de ello es una grave miseria, pues todo lo que Dios no es, es grave carga y dolor para el ánima. Abastaos Dios, abridle las entrañas y gozad de Él, que blando lo hallaréis y lleno de amor, mucho más, de lo que pensar podéis.

3. Algunas veces me paro yo a pensar cómo una persona quiere o puede querer mal a otra, estando en medio de entrambas Jesucristo nuestro Señor, cómo puede tener desabrimiento con el cuerpo, quien tiene, o debe traer, amor con la cabeza. ¿No sabéis, hermana, que cuando el Señor resucitó y apareció a sus discípulos *se puso en medio de ellos* (*Lc* 24), y no a la cabecera ni en otra parte? Y esto ¿para qué, sino para que entendiésemos que está en medio de nosotros, y que no podemos querer ni hacer mal a nadie, sin que primero lo hagamos a Él? Quien al prójimo quiere mal, a Cristo, que es su cabeza, quiere mal; y quien a Cristo quiere mal, mejor le fuera no haber nacido, pues no sabe conocer aquello para que fue creado, que es para amar a este Señor. Pensad, hermana, que vuestros prójimos son cosa que a Jesucristo toca, que son imágenes suyas, que son cosa por la cual dio su sangre; y decid: «¿Cómo querré yo mal a quien mi Señor quiere bien? ¿Cómo desearé muerte a quien Él quiere dar la vida? Murió mi Señor por estas personas, y tornaría otra vez a morir por ellas si menester fuese; ¿y dejaré yo de amar a quien Él tanto ama? ¿Qué se me da a mí que me hagan malas obras, pues no las amo yo por quien ellas son, ni por lo que a mí hacen? Por Cristo las quiero: ¿qué parte son sus obras para quitarme el amor que por Cristo les tengo? Plega a Dios que sean muy grandes delante su acatamiento, y que gocen ellas de Él, y Él de ellas, para que haya más templos donde mi Señor more, más ánimas que le alaben y sirvan, más corazones que le amen, pues Él lo merece.» Y cada vez que las viereis, decid: «¡Señor!, gozad Vos de estas ánimas, y no sean de otro sino vuestras. ¡Señor!, gocen ellas de Vos, pues queréis daros a todos. ¡Señor!, vuestras imágenes son; estén tales, que representen a Vos; y a ellas y a mí y a todos dadnos perdón, gracia y gloria.» Y si la carne no quisiere decir esto, dígalo el espíritu, y alzad el corazón al Señor pidiéndole socorro, y diciendo: «¡Señor!, por tu amor, y no por ellas.» Poco a poco os hallaréis en paz; y si guerra hubiere, no seáis en ella vencida, ni digáis ni hagáis cosa que no sea buena para con ellas, ni consintáis cosa en vuestro corazón que sea perjuicio contra ellas.

4. Los escrúpulos de las confesiones son tentaciones del demonio para atormentaros y quitaros la dulcedumbre del corazón, y dejaros sin gusto de las cosas de Dios. Porque el corazón escrupuloso no está bueno para amar ni para confiar, ni le parece bien el camino de Dios; y luego se va a buscar otros caminos donde más se deleite, por no hallar en el de Dios lo que le contentaba; y tiene la culpa el escrupuloso que levanta tranquillas donde hay paz, y no el camino de Dios, que es muy suave y muy llano. Haced burla de ellos, y sujetaos a lo que os dicen vuestros confesores, y no os dejéis llevar del escrúpulo ni de vuestro parecer, sino decid: «Mi Señor Dios no es escrupuloso; yo hago lo que me mandan de su parte; no tengo más que dar cuenta.» Daos, hermana, prisa en amar, y se os quitarán los escrúpulos, que nacen del corazón temeroso, y *el amor perfecto echa fuera el temor* (1 Jn 4, 13). Orad al Señor, y decidle: [*Dios mío, ilumina mis tinieblas!*] (*Sal* 17). Y confiad de su misericordia, que sirviéndole vos, Él la hará con vos, y os dará a entender cada día qué os falta, para que lo remediéis.

5. También reíros de la vanagloria, y decidle: «Ni por ti lo hago, ni dejaré de hacer, Señor, a Ti ofrezco cuanto hiciere, dijere y pensare.» Y cuando venga la vanagloria, decidle: «Tarde venís, que ya está dado a Dios.» Buen consejo es que los principiantes no hagan cosas que parezcan de mucha santidad; porque como son tiernecitos, y su negocio todo está en flor, suele el viento hacerles daño; y les es mejor esconder sus bienes, que no demostrarlos. Y así hacedlo en cuanto fuere posible, y lo que no, hacedlo sin miedo, y alzad luego el corazón al Señor, y decid: [*No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria*]. O decid: *Gloria Patri, et Filio,* etc.

Y por conclusión os encomiendo que echéis de vuestro corazón todo aquello que Dios no es, y améis en este mundo el lloro, soledad y humildad y trabajo: y (*Sal* 24, 15) *vuestros ojos, siempre al Señor, porque librará vuestros pies de los lazos*. Poned en obra la Ley de Dios, y veréis cómo os allana el camino y os pone vuestros enemigos debajo de los pies, y entenderéis obrando lo que no podéis hablando ni oyendo; porque en este camino aprenden poco los flojos y habladores, y mucho los diligentes obradores. Jesucristo va delante de vos; seguidle con vuestra cruz y con Él os veréis en el Cielo.

43.—A UN DEVOTO SUYO

Que le pidió cómo sería bueno. Enséñale que reforme sus obras exteriores, pida con humildad un corazón nuevo, ame al prójimo y se disponga a padecer trabajos.

1. Recibí vuestra carta, y os digo verdad, que si no fuese porque yo tan pocas veces os escribo por mis ocupaciones, yo os rogaría muy mucho que muy a menudo me escribieseis, porque recibo mucho gozo en saber de vos y de vuestra casa. Mas, pues tanto yo os debo en otras cosas, no dejéis de echarme también en esto cargo, que todo lo pagará nuestro Señor.

Huelgo que me pedís que os escriba con que seáis bueno, porque mucho tiene andado del camino el que lleva buena gana de andarlo. Mas mirad no sea como a muchos acaece, que el saber la voluntad de Dios no les sirve de ponerla en obra, mas de obligarlos a mayor pena; porque, según dice el Señor (Lc 12, 47): *El siervo que supiere la voluntad de su señor y no la hace, será azotado con muchos azotes*. Por eso no se obliga a poco quien pide ser enseñado en el camino de Dios, y creo yo que la intención con que vos lo pedís no es otra, sino para poner en obra lo que os dijere, y por eso es mucha razón que se os diga.

2. Hermano, las buenas obras son en dos maneras: unas son exteriores, así como rezar, ayunar, dar limosna, no jurar, no mentir, no murmurar, no hacer mal al prójimo, no enojarle y otras semejantes obras. Otras hay que están en lo dentro de nosotros, que son un corazón encendido en amor de Dios y del prójimo, un profundo sentimiento de nuestra indignidad, un entrañable agradecimiento a las mercedes de Dios, una reverencia que a la divina Majestad tenemos, que nos tornamos delante de su grandeza como si fuésemos nada, con otros muchos sentimientos interiores que decir no se pueden. Las primeras buenas obras de fuera son más ligeras de hacer, y es muy de culpar el hombre que en ellas es flojo; porque el que en lo menos es perezoso, ¿cómo será cuidadoso en lo más? No tiene razón para quejarse que no le da Dios cosas mayores quien no es para refrenar su lengua, y tener a raya su cuerpo, y ejercitarlo en buenas obras.

3. El templo de Dios tenía un portal, en el cual entraban los legos, y otro más interior, donde no entraban sino los sacerdotes. Y así el oír Misa y honrar a los mayores, no hacer mal ni decir mal, con otras semejantes obras, comunes son a los cristianos que son amigos de Dios, y a los que no lo son. Mas el corazón lleno de fe y de caridad, éste es el propio don de los amigos de Dios, y que distinguen entre los hijos de perdición y de salvación. Y así

como por el primer portal entran al segundo, así por estas buenas obras primeras van a este santo corazón; no porque estas obras engendren a este corazón, que sola la gracia de Dios lo da, mas porque a los que hacen, según su propia flaqueza, lo que en sí es, corresponde nuestro Señor conforme a su grande misericordia. El corazón nuevo, así como es la cosa que más nos cumple tener, así es la cosa que menos nos cumple pensar que la podemos tener de nosotros. No es fiel quien no cree que Dios le dio *el ser* que tiene; ni tampoco lo es quien piensa que otro que Dios le puede dar *el ser bueno,* pues que es mejor el buen ser que el solo ser. Y los que piensan que por su saber o poder han de alcanzar este don, al cabo de muchos trabajos pasados, y muchos caminos andados y probados, se hallan estar más lejos cuanto más cerca pensaban estar.

4. Por abatirnos y despreciarnos alcanzaremos lo que deseamos, más que por otra porfía soberbia. *Dios es muy alto; mas a las cosas bajas miran sus ojos en el Cielo y en la tierra* (*Sal* 112, 6). Y en balde trabajó por agradarle quien por otra parte que por abajarse lo procura. Ya vino el Hijo de Dios a la tierra, y nos enseñó en su vida y palabras el camino para ir al Cielo, y este camino es humildad, según Él lo dijo (*Lc* 14, 11): *Él que se abajare será ensalzado*. Hermano, pues, si queréis que Dios os dé corazón nuevo, enmendad primero vuestras obras, y después sentid vuestras faltas, reprended vuestras culpas, no alivianéis vuestras tachas, juzgaos en verdad, y no os ciegue vuestro amor; y sintiéndolas, no las olvidéis, mas ponedlas delante los ojos, y presentaos a Jesucristo, Salvador y Médico nuestro, y lloraos delante de Él; que sin falta Él os acallará. No hay armas tan fuertes como lágrimas de niño para su padre; ni hay cosa que así nos haga victoriosos delante de Dios como llorarnos delante de Él y quejarnos de nosotros a Él; no para que haga justicia, mas misericordia. Llamad, que no lo habéis con sordo; presentadle todas las llagas que en vuestra alma sintiereis, que no lo habéis con ciego; contadle vuestras miserias, que piadoso es para remediaros; confesad y comulgad, y llegándoos al Señor, sentiréis derretirse vuestra ánima de suave dulzor, y diréis: *¡Cuán grande es la grandeza de tu dulcedumbre, Señor, que escondiste a los que te temen!* (*Sal* 30, 20).

5. Mas mirad que, cual sintiereis ser el Señor con vos, así tened cuidado de ser vos con vuestros prójimos; que de otra manera hallareis a Dios desabrido, si el prójimo os halla así a vos. Ya sabéis su firme sentencia, que *con la medida que midiereis, os ha Él de medir* (*Mt* 7, 2). Pues no seáis vos corto, porque Dios no lo sea con vos. Por una cosa que vos perdonáis, seréis de Él perdonado en muchas. Por poco que vos sufrís,

os sufre Él muchas cosas. Dais poco, recibís mucho; por tanto, esforzaos de guardar con mucho cuidado la ley de la caridad, que en ella está vuestra vida.

Veis aquí, hermano, cómo habéis de vivir, en breves palabras dicho. Tened cuidado de enmendar vuestras palabras y obras; y usad la oración, pidiendo a Cristo corazón nuevo y derecho, y no haciendo contra vuestros prójimos cosa que les sea cargosa, antes todo el buen tratamiento de palabra y obra que vos pudiereis. Y así haréis lo que debéis para con vos, y para con Dios y para con el prójimo.

6. *Haced esto, y viviréis* (*Lc* 10, 20), con que sepáis que si habéis de ser amigo de Dios, que os aparejéis a sufrir trabajos; que sí esto no hay, ¿qué es el bien que uno tiene, sino ciudad sin muros, que al primer combate es vencida? La paciencia es el escudo do las otras virtudes; y ella faltando, en un rato perdemos trabajos de muchos días. Y por eso nos amonesta nuestro Maestro y Redentor (*Lc* 21, 19): *En vuestra paciencia poseeréis vuestras ánimas;* que ésta faltando, no somos nuestros; porque así roba el juicio la ira, como el beber vino. Haced el corazón fuerte para sufrir trabajos: que sin pelear no podéis gozar de victoria; y *no se dará la corona sino a quien venciere*. No os parezcan grandes vuestros trabajos, que para lo que merecemos, y para lo que Jesucristo nuestro Señor pasó, y para el galardón que por ellos nos será dado, muy chicos son. Acordaos que presto saldremos de este mundo, y todo lo pasado nos parecerá una breve sombra, y estimaremos por mejor el trabajo que el descanso. Sabed vos aprovecharos de las penas, que gran tesoro traen al ánima. La apuran [la purifican] de los pecados pasados; porque *lo que es el fuego para el oro, es la tribulación para el justo* (*Sab* 3, 6), porque le dará muy apurado; mas los malos quedan más sucios, porque en lugar de ser agradecidos a Dios, se quejan de Él; y en lugar de ser mejores con el azote, hacen pecados con los trabajos, y pierden lo que pudieran ganar, y ganan el infierno con mucho trabajo. Vos, hermano, no así; mas estad más fuerte mientras más probado.

7. En las tribulaciones prueba Dios a los suyos: y quien no es probado, no será coronado; porque según dice Santiago (1, 12): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida, la cual prometió Dios a los que le aman*. ¡Oh si entrase en nuestro corazón el valor de esta corona, y cuán de buena gana seríamos atribulados ahora! ¡Oh si pensásemos de corazón cuán alegres están ahora, y estarán para siempre, los que un poco lloraron acá! Hasta la tierra nos abatiríamos, con deseo de ser en el Cielo ensalzados, y los placeres de acá

desecharíamos, aunque nos los diesen, porque con la esperanza de aquéllos perderíamos éstos. Presto se descubrirá la vanidad de este mundo, y aparecerá el reino de Dios, Vivid ahora como extranjero; y teniendo acá vuestro cuerpo, tened vuestro corazón allá, para que cuando el Señor os llamare, no os halle durmiendo, mas aparejado para ir con Él, y para oír aquella dulce voz: *Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor* (*Mt* 25, 21).

44.—A UNOS AMIGOS

Que tenía en la ciudad de Écija y habían comenzado a servir a Dios. Les exhorta a pelear valerosamente contra mundo, demonio y carne, y a abrasarse en el amor de Dios.

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros. Amén.

1. Después que de vuestra presencia me partí, siempre os he tenido en mi memoria presentes; porque el amor que os tengo no me consiente otra cosa. Amaos para Dios, pues que ya una vez os disteis a Él, y yo fui testigo de ello; y por tanto, querría que no os arrepintieseis de haberos ofrecido a Dios, pues Él se ofreció a la muerte por vosotros. Combates tendréis, y no pequeños, porque nuestros enemigos son muchos y muy crueles; por tanto, no os descuidéis; si no, luego sois perdidos. Si los que velan, aún tienen trabajo en guardarse, ¿qué pensáis será de los descuidados, sino ser todos vencidos? Acordaos que el placer que el pecado nos ofrece es poco y sucio y breve, y el dolor que después queda, muy grande, y la pérdida que nos viene, muy mayor. ¿Qué dolor, por grande que sea, puede ser igual con la pérdida que es perder a Dios? ¡Oh cosa para temblar en sólo oírla! Que si amamos al pecado, no tendremos parte en Dios. Quien a esto no despierta, muerto está, no durmiendo.

2. Miremos, pues, cómo vivimos, que en breve apareceremos delante de Dios a dar cuenta de nuestra vida. No nos engañen la suciedad de la carne, la vanidad del mundo, la astucia del demonio; mas miremos a Cristo puesto en la cruz, y verle hemos atormentada su carne, y deshonrado del mundo, y vencedor del demonio, ¿Quién a Cristo miró que fuese engañado? Ninguno, por cierto. Pues no apartemos nuestros ojos de Él si no queremos tornarnos ciegos. No le parezca que le tenemos en tan poco, que aun muriendo por nosotros, no le queremos mirar. Por eso murió, porque nosotros nos esforzásemos, mirando a Él, para morir a nuestros pecados. Muera, pues, ya en nosotros *nuestro viejo hombre,* pues murió por nosotros

en cruz nuestro *nuevo Hombre,* que es Cristo. Lleguemos a Él nuestras llagas, que con las suyas serán sanas. Y sí el apartarnos de nuestros pecados nos parece penoso, muy más lo fue a Él apartárselo su alma de su cuerpo cuando murió porque nosotros para siempre vivamos;

3. Ea, pues, cobremos ánimo para seguir a tal Capitán, pues que Él va delante de nosotros en el hacer y en el padecer. Crucifiquemos nuestra carne con Él, porque no vivamos según los deseos de ella, mas según el espíritu. Si el mundo nos persiguiere, escondámonos en sus santas llagas, y sentiremos las injurias por tan suaves como una acordada música, y las piedras nos parecerán piedras preciosas, y las cárceles palacio, y la muerte se nos tornará vida. Oh Jesucristo, y cuán fuerte es tu amor; y cómo *todas las cosas convierte en bien,* como dice San Pablo! (Rom 8, 28). Cierto, quien de tu amor se mantiene no morirá de hambre, no sentirá desnudez, no echará menos cuanto en el mundo hay: porque poseyendo a Dios por el amor, no le falta cosa que buena sea. Tomemos, pues, muy amados hermanos, deseo de ir a ver aquesta visión, *cómo arde la zarza y no se quema* (*Ex* 3, 3). Quiero decir, cómo los que aman a Dios, en las injurias no sienten injurias; en la hambre, están hartos; desechados del mundo, no se afligen; tentados del fuego carnal, no se queman; hollados, están en pie; parecen pobres, y están muy ricos; feos, y son hermosos; extranjeros, y son ciudadanos; acá no conocidos, y muy familiares a Dios. Todo esto y más hace el noble amor de Jesucristo en el corazón donde se aposenta. Y ninguno puede venir a esto, si no *se descalza los zapatos,* que son sus afecciones mortecinas, que nacen del amor propio, que es la raíz de la muerte, como el amor de Dios es causa de vida. La *tierra santa no sufre zapatos,* ni la vida espiritual los deseos del propio amor. Quien a Cristo ama, a sí se ha de aborrecer; quien a Cristo no quisiere ser cruel, no sea a sí piadoso. Los que son dulces a sí, amargos son a Cristo; y los que a sí miran, no pueden mirar a Cristo. Demos, pues, nuestro todo, que es chico todo, por el gran todo, que es Dios. Dejemos de seguir nuestra tuerta [torcida] voluntad, y sigamos con diligencia la de Dios. Tengamos todas las cosas por estiércol, por ganar la perla preciosa, que es Cristo; y por verle en su gloria hermoso y gozoso, abracemos acá su deshonra y trabajo.

4. Cierto, no va engañado quien tal trueco hace: porque *cuando aparezca Dios con sus Santos, y venga a dar a cada uno según sus obras* (*Filip* 3, 8), entonces parecerá locura lo que ahora es tenido en gran precio, y llorarán los que ahora gastan su vida en deleites; y sólo aquel será conocido de Cristo, que acá hiciere su santa voluntad. ¡Oh cuánto será el gozo de los buenos entonces, cuando honrados por Dios se asienten en las sillas

aparejadas *ab aeterno,* y junto con los coros angélicos alaben a Dios su Señor! ¡Oh cuánto será el gozo de aquellos que *han de ver al Rey en su hermosura!* (*Is* 33, 17). En la cual contemplando, estarán tan contentos, que ningún seno les quedará, que no rebose de lleno de aquel licor y bálsamo que crió todos los licores buenos; al cual comparada toda hermosura es fealdad, y la luz del sol es tiniebla, y los grandes deleites son amargura; y por no decir cada cosa por si, todas las cosas juntas en comparación de ésta, no son cosa, ni por algo se deben contar.

5. ¡Oh Dios, que eres todas las cosas, y ninguna de ellas, porque eres sobre todas ellas! Y ¿cuándo ha de ser el día que te hemos de ver? ¿Cuándo se ha de quebrar este vaso de barro que tanto bien nos impide? ¿Cuándo se romperán estas cadenas que no nos dejan volar a Ti, descanso verdadero de los que descansan? No miremos, hermanos, a otra parte sino a Dios. Llamémosle a nuestro corazón, y tengámosle muy apretado con nosotros, porque no se nos vaya; que, ¡tristes de nosotros!, ¿qué haremos sin Él, sino tornarnos en nada? Echemos ya esto detrás que tan delante traemos, y comencemos ya *a gustar* algún día *cuán suave es el Señor* (*Sal* 33, 9). Corramos tras de aquel que corrió a nosotros desde los Cielos, para llevarnos allá. Vamos a quien nos llama, y con tanto amor, desde lo alto de la cruz, despedazada su carne, y quemada con fuego de amor, para que más sabrosa nos sea. ¡Oh si comiésemos! ¡Oh si nos quemásemos! ¡Oh si nos transformásemos! ¡Oh si nos hiciésemos un espíritu non Él! ¿Qué nos detiene? ¿Qué nos estorba? ¿Qué nos engaña, que no nos lleguemos a Dios?

Si es nuestra carne, refrenémosla. Si es nuestra honra, despreciémosla. Si es nuestra hacienda, echémosla sí podemos, y si no, tengámosla como estiércol, entendiendo en ella con diligencia y sin amor de ella. Si es la mujer, dice San Pablo: *Los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen*. Si los hijos, querámoslos para Dios. Y si otra cualquiera cosa, digámosle y con lágrimas: ¡No me apartes de mi Dios! ¡Oh si tanto llorásemos por Dios, que de aquella agua se encendiese fuego que quemase todo aquello que de Dios nos aparta! Las lágrimas nos lavarían, y el fuego nos quemaría, y seríamos animales santos ofrecidos a Dios en fuego.

¡Oh fuego, Dios, que consumes nuestra tibieza, y cuán suavemente ardes! ¡Y cuán sabrosamente quemas! Y ¡con cuánta dulcedumbre abrasas! ¡Oh si todos y del todo ardiésemos por Ti! Entonces *dirían todos nuestros huesos: Señor, ¿quién es semejante a Ti?* (*Sal* 34, 11). Porque del fuego del amor tuyo, nacería conocimiento de Ti. Pues quien dice que te conoce y no te ama, es mentiroso. Amémoste, pues, y te conozcamos por el

conocimiento que de amarte resulta; y tras esto venga el poseerte, pues tan ricos son los que te poseen; y poseyendo a Ti, seamos poseídos de Ti, y así nos empleemos en alabarte, pues toda la virtud de los Cielos te alaba y confiesa por Dios Trina y Uno, Rey infinito, sabio, poderoso, bueno, hermoso, perdonador de los que a Ti se convierten, sustentador de los que a Ti se llegan, glorificador de los que te sirven, y Dios de cuya perfección no hay fin; porque eres sobre todo entendimiento, sobre toda lengua, y de Ti sólo eres del todo conocido. *A Ti sea gloria en los siglos de los siglos. Amén*.

45.—A UNA SEÑORA

En Adviento: le persuade a recibir al Niño Jesús y amarle con ferviente amor.

1. ¡Cuán ocupada estará vuestra merced en este santo tiempo en aparejar posada al huésped que le ha de venir! Paréceme que la veo solícita como Marta, y sosegada como Magdalena, para que con los servicios exteriores e interiores servir al que viene, pues de uno y de otro es digno y Señor. ¡Oh bienaventurado tiempo en que se nos representa la venida de Dios en carne, a morar entre nosotros, para *alumbrar nuestras tinieblas, y encaminar nuestros pies en la carrera de la paz* (*Lc* 1. 79), y haciéndonos hermanos suyos, gozar de una herencia con Él!

2. No sin causa vuestra merced desea su venida, y le apareja su corazón por morada; porque este Señor, deseado fue antes que viniese, y el Profeta (*Ag* 2) le llamó el *Deseado de todas las gentes*; y a ninguno se da, si primero no lo desea. Muy mal empleado es el buen manjar en el gusto que no toma sabor en él; y así es Dios en quien no lo desea. *El deseo de los pobres oye Dios* (*Sal* 9), porque tiene sus orejas puestas en el suspiro del corazón que otra cosa no desea sino a Él; y a este tal viene, y no se le niega, según lo dice en los Cantares (4): *¡Heriste mi corazón, hermana mía, esposa; heriste mi corazón en uno de tus ojos y en un cabello de tu cabeza!* ¿Puede ser cosa más tierna, que la que es herida con la mirada de sólo un ojo? ¿Puede ser cosa más flaca, que la que es atada con un solo cabello? ¿Dónde están los que dicen que Dios es difícil de alcanzar, y riguroso para tratar, e incomportable para sufrir? Querellémonos, señora, de nosotros, que por querer mirar a muchas partes, no ponemos la vista en Dios, y no queremos cerrar el ojo que mira a las criaturas, para con todo nuestro pensamiento mirar a sólo el Señor. Cierra el ballestero un ojo para mejor ver

con el otro, por acertar en el blanco; ¿y no cerraremos nosotros toda vista de lo que nos daña, para mejor acertar a cazar y herir al Señor? Coja y recoja su amor, y asiéntelo en Dios quien quisiere alcanzar a Dios, que como Dios sea amor, de sólo amor se deja cazar, y no tiene que ver con los que no le aman. *Y si dicen que le conocen* como lo deben conocer, *no dicen verdad,* como dice San Juan (1 *Jn* 2, 4). Y éste que con amor es herido, con un cabello es atado; porque lo que amor prende, el pensamiento recogido y atento lo conserva que no se pierda.

3. Y para que se diese más confianza a los hombres que podrían alcanzar a Dios, y que no huye de ellos, se hace uno de ellos, y se pone en los brazos de una Doncella, teniendo Él fajados los suyos, sin poder huir del hombre que buscarle quisiere. ¡Oh celestial Pan, salido del seno del Padre, y puesto en la plaza de este mundo, convidando contigo mismo a cuantos te quisieren comer y gozar! ¿Y quién es aquel que puede sufrirse de no ir a Ti y tomarte, pues por sola hambre te das? ¿Y pides más, sino que suspire el ánima por Ti, y confesando sus pecados, te quieran a Ti y te reciban? Grande miseria es la de aquellos que, viniéndoseles el pan a su casa, ellos se quieren más morir de hambre, que no abajarse y tomarlo, ¡Oh pereza, y cuánto mal haces! ¡Oh ceguedad, y qué bienes pierdes! ¡Oh sueño, y cuántos bienes nos quitas! Pues estando prometido que *todo el que busca halla, y el que pide que le darán, y al que llama que le abrirán* (*Mt* 7 y 21), está claro que si mal nos va, por nuestra negligencia es. Pues ¿cómo, señora, ha de pasar esto así? Habiendo Dios venido a curarnos, ¿nos hemos de quedar enfermos? Estando a la puerta de nuestro corazón, llamando y diciendo: *Ábreme, amiga mía, esposa mía* (Cant 5, 2), ¿dejarle hemos de estar llamando, envueltos en nuestras vanidades, y no salirle a abrir?

4. Anima mía, ven acá, y dime, de parte de Dios te lo pido, ¿qué es aquello que te detiene de no ir toda y con todas tus fuerzas tras Dios? ¿Qué amas, si a este tu Esposo no amas? ¿Y por qué no amas mucho a quien mucho te amó? No tuvo Él otros negocios en la tierra, sino entender en amarte, y buscar tu provecho, aun con su daño: ¿qué tienes tú que ver en la tierra, sino tratar amores con el Rey del Cielo? ¿No ves que se ha de acabar todo esto que ves, que oyes, que tocas, que gustas y tratas? ¿No ves que es todo esto tela de arañas, que no te puede vestir ni defender del frío? ¿A dónde estás cuando en Jesucristo no estás? ¿Qué piensas?, ¿qué estimas?, ¿qué buscas, fuera del único y cumplido bien? Levantémonos, señora, ya, y rompamos este mal sueño. Despertemos, que es de día, pues que Jesucristo, que es luz, ya ha venido; y hagamos obras de día, pues algún tiempo hicimos obras de noche. ¡Oh si tanto nos amargase el tiempo que a Dios no

conocimos, que nos fuese grandes espuelas para ahora con grande ansia correr tras de Él! ¡Oh si corriésemos! ¡Oh si volásemos! ¡Oh si ardiésemos y nos transformásemos! ¿Qué hace, señora, la criatura pues ve a su Criador hecho hombre solamente por amor? ¿Quién nunca oyó amor como éste, que amando uno a otro, tornase él? Nos amó Dios cuando nos hizo *a su semejanza*; mas mucha mayor obra es hacerse Él a imagen del hombre. Se nos abaja para llevarnos consigo; se hace hombre para hacernos dioses, y desciende del Cielo para llevarnos allá; y, en fin, murió para darnos vida. ¡Que entre estas cosas esté yo durmiendo, y sin agradecimiento a tan grande amor!

5. *Alumbra, Señor, mis ojos para que no duerman en tal muerte* (*Sal* 12); y Tú, que hiciste la merced, danos el sentimiento de ella; que de otra manera, el mayor bien se me tornará mayor mal. Abre, Señor, mis ojos para que te consideren descender del seno del Padre, y entrar en el de la Virgen Madre: y agradeciéndotelo mucho, me humille yo por Ti. Te vea yo en un pesebre por cama, llorando con frío, y fatigado con pobreza, y aprenda yo a desechar el regalo por Ti; suenen tus lágrimas en mis orejas, para que se ablande mi ánima, y se te dé como cera a todo lo que Tú quisieres. Y no permitas Tú que llore Dios, y no lo sienta el hombre; que no sé de cuál de estas dos cosas me maravillaría más. Sella, Señor, en mi ánima tus palabras, para que yo no peque contra Ti. Recójase en mi corazón la sangre que por mi derramaste, y todo Tú seas mi amor, porque quedes contento de cuantos trabajos pasaste por mí. A mí buscaste, por mí lo has, por mí son todas tus justas, libreas y gastos; no me vea yo de ser otro, pues tan bien me mereces Tú.

6. Ea, señora, aparéjense esas entrañas, que viene Dios a nacer, y no tiene casa ni cama; téngalas muy encendidas de amor, porque el Niño ha mucho frío. Y si las tiene tibias, con el frío del Niño las calentará; porque mientras más frío padece por nosotros, más amor enseña tenernos; y donde más amado me veo, allí debo más amor. De fuera frío padece, mas del mucho amor que tiene, no sufre ropa; que desnudo nace, y desnudo lo ponen en la cruz; porque al nacer y al morir nos enseñó mayor exceso de amor. Apareje, señora, cuna para dormirlo, que es sosiego de contemplación. Y mire que lo trate y cure bien, que es Hijo de alto Rey; Hijo es de Virgen, y en virginales corazones reposa de buena gana; porque la carne que Él come, carne muerta y crucificada es. Y porque tiene muchos parientes pobres, y quien a Él quiere, también ha de querer a ellos, tienda vuestra merced la mano para darle, porque son hermanos del Criador.

Y después de nacido en ella, guárdelo bien.

Él la guarde y la salve por su misericordia. Amén.

46. A una señora

Que había comenzado a servir a Dios: animándola a perseverar en la virtud y confianza en el Señor.

1. Una de las cosas que nuestro Señor encomendó a los hijos de Israel cuando los sacó del cautiverio de Egipto, fue que se acordasen del día en que tanta merced les había hecho (*Ex* 12). Encargó esto nuestro Señor tan encargado, que mandó que en memoria de esta merced le celebrasen cada año una pascua que durase ocho días, con mucha solemnidad, comiendo en ella un cordero en memoria del que fue muerto cuando ellos fueron librados para vivir. Y si esto nuestro Señor mandaba en memoria de libertad corporal, la cual recibida, no se hicieron mejores, ¿qué debe vuestra merced hacer en memoria del día que la poderosa y piadosa mano de Dios la sacó del peligroso cautiverio en que su ánima estaba, y la puso en el camino de la tierra de Promisión, no la del suelo, sino la del Cielo? Y si bien me acuerdo, víspera de nuestra Señora de la Visitación fue el día de su libertad, y de las promesas que de parte de Dios con ella asenté, usando del oficio que Moisés usó con el pueblo (*Ex* 16); a las cuales vuestra merced creyó, como también a él creyeron; aunque algunas veces, siendo atribulados con la aspereza del camino y otras tribulaciones, se quejaban de él y ponían duda en sus palabras.

Mire, señora, la poderosa obra que Dios aquel día en ella obró, haciéndole despreciar lo que antes amaba, y, sobre el arrimo de su palabra, fiarse toda de su ministro. Grande obra fue la que Dios hizo en secar la mar para que su pueblo pasase; mas yo no tengo por pequeña la que acá Dios obró, apartando del corazón lo que a otras tanto suele impedir. Y pues las obras de Dios no son imperfectas, ni sus promesas salen en vano, alégrese vuestra merced en haber sido tan maravillosamente librada, y espere buen suceso de su camino, que será para entrar en la tierra celestial prometida. No se desmaye si alguna falta hubiere hecho por este desierto; que bien conoce nuestro Señor nuestra flaqueza, y también salva a los que conocen su poquedad propia y le piden perdón de sus flaquezas, como a los que con fortaleza le sirven y alaban. Y no falten, señora, la diligencia y la fe, y no la desechara nuestro Señor debajo su amparo.

2. Muchas cosas les sufrió nuestro Señor a los que del cautiverio sacó; mas cuando comenzaron a llorar, diciendo: «No podremos entrar en la tierra prometida, porque los enemigos nos tragarán como gigantes a langostas», entonces se enojó el Señor y los desechó (*Num* 13). Porque así como quien esto comenzó fue Dios, que todo lo puede, así quien lo ha de acabar es Él con nosotros. Tenga, pues, Señora, su esperanza cierta, y diga con San Pablo (1 *Tim* 1): *Bien sé a quién creí, y cierto estoy que es poderoso de guardarme lo que le encomendé para aquel día*. Todo lo que vuestra merced tenía lo dio al Señor, dejándolo por Él: no piense que lo ha perdido, que en buenas manos está. Se lo dará el Señor, y a Él con ello, el día postrero cuando querríamos haber dejado más, para recibir más.

Y pues de Dios se ha fiado, viva alegre; que no es pequeño bien haber echado tal carga sobre nuestro Señor, que nunca faltó a quien de Él se fio. Aparéjese para la corona que le han de poner; que no será otra sino el mismo Señor que se llama *corona de esperanza ataviada de gloria*. Alce sus ojos al Cielo, como a casa donde ha de ir a morar, y verá cuántos gozan ahora, que pasaron aquí por este desierto. Mire cómo cumplió Dios con Abraham e Isaac y Jacob, y otros santos Padres, que los trajo desterrados de sus tierras, y perseguidos de los malos, y hambrientos, y llenos de muchos trabajos, que piense ella que será una de las que gozan, pues ha sido una de las que han andado en peregrinaje. Recójase toda a Dios; huélguese de haber sido extranjera por Él; alégrese de haber dejado el mundo por Él; porque cuantas veces de corazón se alegrare de lo bien hecho, tantas veces lo recibe nuestro Señor como si de nuevo lo tornase a hacer. Acuérdese de aquel fervor y esfuerzo con que tal día como hoy comenzó esta empresa; y mire delante de cuánta gente siguió la bandera de la Cruz, y séale espuelas para darse tan buen recado, que el día que ha de ser vista de toda aquella gente, y de las demás que la han conocido y oído, aparezca gloriosa, y den todos gracias a nuestro Señor, que en cosa tan flaca obró sus grandezas, y *donde abundó el pecado, abundase su misericordia* (*Rom* 5) para gloria de Jesucristo, del cual mana todo bien.

Al cual sea gloria en los siglos de los siglos, Amén.

47.—A una persona

Que tenía deseo de servir a Dios, que se ha de comenzar por la humilde reverencia del conocimiento de sus pecados, y penitencia de ellos.

1. Devota sierva de Jesucristo: No han hecho poca impresión en mi

corazón las palabras de vuestra merced, porque salen de su corazón, y corazón deseoso de comenzar nuevo partido por la honra de Jesucristo, Señor de todos, y Esposo de vuestra merced. Me han penetrado tanto, que me han entristecido mucho, por haber faltado a deseo de ánima tan sedienta del agua de la doctrina de Dios. Y pues tomé propósito firme de, aunque otra cosa no estuviese en medio, no dejar de ir a ayudar las santas inspiraciones que el Señor en su ánima ha sembrado, pues por una sola Cristo muriera. Lo que a vuestra merced pido por amor del Señor es que no se desmaye por la falta de la cuaresma, que he hecho allá; que el Señor ordenará cómo se supla. Y entre tanto comience vuestra merced a caminar hacia el Cielo, que el Señor será su ayudador, el cual suele ser muy favorable a las solas y que *no tienen hombre que a la piscina les lleve*. Acuérdese vuestra merced a cuántas personas ha enseñado el Señor sin medio de maestros humanos; y pues no las deja ella de tomar por no quererlos, sino por no tenerlos, ella será una de las personas cuyo maestro es Jesucristo. Llámelo, señora, con grande ahínco y suspiro, que Él conocerá la voz de su paloma, pues Él la despertó a que viese lo que no veía, y a que cerrase los ojos a lo que veía. No atribuya vuestra merced a mí el bien que concibió, que no es obra nuestra engendrar en las ánimas santas, sino de Aquel que dijo en el principio del mundo (*Gen* 1): *Hágase luz, y fue hecha*. Aquel mismo luce en los corazones, y habla palabras de vida, aunque nosotros somos los instrumentos. Suplíquele vuestra merced acabe lo comenzado, y que no permita cerrarse los ojos que ya una vez Él comenzó a abrir.

2. Y si me dice por dónde comenzará a caminar, le digo que por una humilde reverencia que haga al Crucificado, pidiéndole entrañablemente perdón de sus pecados, y gracia para servirle. Échese muchas veces a los pies de Él, como persona culpada, y que ha traído sus pies fuera del camino del Señor, y bese los de Él, regándolos primero con lágrimas con la Magdalena. Porque quien al Señor ha ofendido, ¿cómo osará llegarse a Él sin dolor en el corazón, y vergüenza en la cara, y lágrimas en los ojos? Pues el mayor mal de los males es desvergüenza delante de Dios; y el remedio de todos los males es confundirse y llorarse delante de Él. ¡Oh señora, y cuán mal lo miramos cuando a Dios ofendemos! Y ¿por qué? ¡O cuán amarga cosa es haber enojado al que con tantos trabajos buscó nuestro consuelo aun hasta morir! Nosotros despreciamos al que nos preció hasta dar a Sí mismo por nosotros, siendo unos malos esclavos, dignos del infierno. Meta vuestra merced la mano en su pecho, y mire quién ha sido Dios con ella, y quién ella con Él; cuántas veces ella le ofendía y Él la defendía de peligros y

demonios, que la quisieran llevar a donde ellos tienen su miserable morada de cárcel y fuego perpetuo.

¡Oh misericordia tan dulce de Dios, y qué nos has sufrido, disimulado, encubierto! Y como quien anda a porfía, Tú andas tras nosotros para salvarnos, y nosotros huyendo de Ti para condenarnos. Así, Señor, nos sigues, como si la vida te fuese en seguirnos y hallarnos; y así huimos de Ti como si nuestra muerte y perdición estuviese en hallarte. Y al revés es, que tu muerte, Señor, en nosotros estuvo, pues nosotros te matamos por nuestros pecados; y nuestra vida en Ti está, pues por Ti y en Ti vivimos.

Señora, ¿qué le parece cuánto tiempo se os ha pasado sin conocer y amar a tan piadoso Dios, tan dulce Bienhechor y tan amoroso Esposo? ¡Cuán poco y pocas veces hemos vuelto nuestros ojos a Él, por ponerlos en cosas que tan presto se han pasado, y tan mal nos han burlado, y lastimado! ¿A dónde están ahora las cosas en que tanto nos ocupamos? ¿Qué es de la vanidad de nuestros pensamientos y afecciones? ¡Cómo nos han engañado quedándonos con lo amargo de ellas, y cuán presto se pasó lo que parecía sabroso!

3, Sierva del Señor, ¿qué es de lo que tenéis atesorado de espirituales riquezas en vuestra ánima, en los años que habéis vivido? ¿Qué es del fruto que habéis dado, árbol plantado por amor? ¿Es fruto dulce a vuestro Esposo, o hiel y vinagre que amarga su boca? ¿A quién habéis buscado? ¿A quién habéis querido más contentar: a Él o a vos? ¡Oh pobres ciegos de nosotros, que por buscar nuestro contento, lo perdemos, y el Señor también! Porque quiera o no quiera, quien a sí como a último fin se busca, perderse tiene; quien su contento quiere, en su descontento ha de caer, pues es como idolatrar consigo mismo, y dejar a su verdadero Dios, que es único descanso de nuestras ánimas.

Volvamos, señora, la hoja; pensemos nuestros caminos errados, y volvamos los pies a los testimonios de Dios, para caminar por ellos; y pongamos nuestro corazón con Dios, y quitémoslo de nosotros. Busquemos su contento, aunque con descontento nuestro; y seamos crueles contra nosotros, por ser blandos para Él, pues algún tiempo por regalarnos, tanto desagradamos a Él. Crucifiquemos ya este mal hombre, y viva en nosotros Jesucristo bendito, pues murió por darnos su vida. Humillémonos a toda criatura por amor de Él en satisfacción de nuestra grande soberbia, y en imitación de su grande humildad; y echando de nuestro corazón toda ira de sierpes [serpientes], vistámonos de la mansedumbre de nuestro Cordero. Pues es comparada a paloma el ánima que ha de agradar al Señor, por estas

dos virtudes hemos de comenzar, para ser discípulos de nuestro Señor, que nos dijo: *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón*. Porque quien no está mortificado a soberbia e ira, ¿cómo podrá seguir al Señor hasta su cruz, donde tantas injurias, desprecios y blasfemias le dijeron e hicieron? Conviene romper con el mundo y su honra, y ponernos en el más bajo lugar, y sufrir con paciencia nuestro desprecio, aunque nos mofen como a locos, y traten como a malhechores. Y ¿qué mucho que las piedras se levantasen a apedrear a quien hizo tal locura, que trocó al Criador por un breve contentamiento de su sensualidad? ¿Dónde habrá entonces razón, pues cosas tan sin razón hicimos, y que siendo mantenidos de Dios, convidándonos con su gracia y amistad y quizá teniéndola, quisimos más placer con costa de infierno, que placer con galardón celestial?

4. Humillémonos, señora, *hasta la muerte y muerte de cruz*. Rompamos con todo fervor nuestras espaldas, pues tan malhechores hemos sido, y tan desagradecidos contra el Señor. Ya hace días que morimos al mundo, y así lo prometimos al Señor, aun delante testigos. ¿Qué hacemos en este destierro, teniendo los corazones tan metidos, enlodados y encallados en él? ¡Volemos a Dios! ¿Qué tememos las cadenas que tiene nuestra ánima? Sacudamos el yugo de nuestra vanidad; y como quien ha sido flojo y perezoso en lo más del día, démonos prisa a la tarde. No nos contentemos con cualquier vida, pues no han sido cualesquiera nuestros pecados. Y pues tuvimos fuerza para pecar, tengámosla para satisfacer. ¿Qué razón consiente que, habiendo servido con miserable diligencia al pecado, sirvamos con tibieza a la virtud; fuertes para mancharnos, y flacos para limpiarnos; y que seamos tan miserables, que en lo que algún tiempo el demonio alcanzó de nosotros, y pudo con nosotros, que no lo alcance ahora Dios? Mirémoslo mejor, y veremos qué diferencia va del fruto que de aquellos sacamos, al que de esto otro sacaremos; y que lleva mucha ventaja virtud a vicio, y Dios al demonio, y paraíso para siempre, a infierno para siempre. ¡Oh señora, y quién contará nuestro descuido y gran ceguedad, que no entendemos lo que va de reinar con Dios para siempre en el Cielo, a arder siempre con Lucifer en el infierno, sino que nos estemos tan caídos en el camino de Dios, como si fuese poco en ir así o así!

Y pues el Señor ha dado algún toque a la casa y ánima de vuestra merced, respóndale, agradézcale esta merced, y comience, como le he dicho, por postrarse a aquellos sagrados pies, considerando cuántos llagados de cuerpos y ánimas se postraron allí, y se levantaron remediados y perdonados; y confíe que uno de ellos ella será. Él la ha despertado y convidado; Él la recibirá y la enseñará. Él es el maestro que el Padre nos

envió; oiga sus palabras, piense en su vida, mírese en Él puesto en cruz, como en un limpio espejo. Haga su morada (*Cant* 2) en los *agujeros de la piedra,* a los pies sagrados de su Señor; porque allí como paloma estará guardada de sus pecados y demonios y de todo otro mal. Sepa gemir allí, pues es paloma del Señor; y con la sangre que allí hay y con recibir los sacramentos. en los cuales está su virtud, será esa ánima *lavada y emblanqueada más que la nieve;* y oirá algún día de la boca del Señor: *Levántate, paloma mía.* Porque a los que se humillan y se lloran con amargor de su vida, suele el Señor levantar a confianza de Él y a alegría espiritual, y a los dulces abrazos de amor; *porque es bueno, y para siempre su misericordia.*

Al cual sea gloria.

48.—A una doncella

Que teniendo hecho voto de virginidad, se quería casar; animándola a la perseverancia en lo prometido. Enséñala cómo se ha de haber en las tentaciones que contra la castidad se le ofrecen[30].

1. La gracia y consolación del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre.

Si tengo de decir verdad de lo que sentí con una información que de parte de vuestra merced me dieron, diré que tuve mucha compasión de una doncella que, por voto de virginidad, había muchos años que tenía por esposo a Jesucristo, Señor del Cielo y de la tierra, y después de tan largo desposorio, con engañado y miserable consejo quería dejar aquel tan bienaventurado desposorio, cuyos frutos son virtudes sin corrupción, por hacer otro con un hombre mortal, cuyo cuerpo para en la sepultura, y se torna huesos y tierra, dejando engañados a los que a él se arrimaban y lo preciaban.

Deseo preguntaros, señora, lo que en otro tiempo Dios preguntó a su pueblo, diciendo (*Jer* 2): *¿Qué tacha hallaron vuestros padres en Mí, porque se alejaron de Mí y se fueron tras la vanidad, y se hicieron vanos?* Os pregunto, señora, ¿qué tacha habéis hallado en Jesucristo nuestro Señor, porque queréis hacer divorcio de Él, e iros tras la vanidad, y ser hecha vana?

2. Nuestro Dios muy diferente es de las criaturas, y su trato también; porque, como San Gregorio dice: «Cuando los espirituales deleites no son

[30] Véase AUDI, FILIA, cap. 105.

tenidos, no son estimados; y cuanto más tenemos de ellos, más los estimamos.» Porque lo bueno, mientras más conocido y más tratado, más satisfacción da, y comiendo de ello no da fastidio, sino más gana de comer de él. Mas las criaturas y sus placeres parecen algo cuando no son poseídos, y engendran a los que poco saben muy grande deseo de alcanzarlos y tratarlos. Mas como ninguna cosa puede dar más de lo que tiene, en siendo tratados descubren su poquedad y bajeza, y al cabo de poco tiempo se torna en grande fastidio lo que primero se pensaba que había de dar grande satisfacción. Vanidad es, hermana, toda criatura, y por eso no puede dar entero contentamiento. Y ley es que no puede faltar, que dondequiera que la carne busca hartura, allí ha de hallar mucha mengua y falta. Y entonces queda la tal persona confundida y arrepentida, y se maravilla mucho de su ceguedad en dejar a Dios por la criatura. Y a alguna doncella, según leemos, ha acaecido con miserable consejo perder su virginidad; y después, viendo cuán grande bien había perdido por tan bajo precio, vino a tanta tristeza, que determinó de ahorcarse, y lo hizo; pensando primero que cumplir lo que deseaba era vivir, y con mucho consuelo. Doncellas he visto que después de haber ofrecido a nuestro Señor su cuerpo por voto o propósito de virginidad, siendo tentadas por el demonio o por su flaqueza, procurando de satisfacer a su conciencia con razones verdaderas o falsas, han tomado estado de matrimonio, con escándalo de los que las habían visto en hábito de virginidad, y con graves descontentos de haberse casado, y con no hacérseles cosa ninguna bien, por verse a ojos vistas que Dios les contradecía y les desayudaba, y daba bien a entender que le pesaba de que su esposa se casase con otro. Escarmentad, señora, en cabezas ajenas, y pensad que también se tendrá Jesucristo por afrentado de que deshagáis el desposorio que con Él hicisteis, y que os castigara como a otras, pues hacéis lo que hicieron otras.

3. ¡Cuánto mejor consejo sería que estuvieseis firme en vuestro propósito, e imitaseis a tanta muchedumbre de santas doncellas, que estimaron en tanto su virginidad, y amaron tanto a Jesucristo, inspirador de ella, que ni promesas, ni dádivas, ni amenazas, ni tormentos, no las pudieron atraer a que, habiéndose casado con Dios, se casasen con hombre; y perdieron sobre ello la vida de este mundo, mas ganaron la eterna del Cielo; y no están de ello arrepentidas, pues cuanto más padecieron por guardar la primera fe a su primer Desposado, tanto más copiosamente son galardonadas por Él con tanta copia de bienes, que el menor de ellos vale más que todo lo que acá pudieran haber, aunque se casaran con

emperadores! Porque ya veis[31], hermana, que los placeres de acá se acaban, y los señoríos también; y la mujer que hoy andaba muy rica y acompañada y servida, y llamada Majestad, que de aquí a pocos días se muere, y cesa todo, y se olvida todo, como si ninguna cosa hubiera pasado; mas las que esto desprecian, ganan lo eterno, y están en el Cielo bienaventuradas, y sus memorias acá celebradas.

4. ¿Qué hay aquí que andar vacilando en sí seguiremos lo celestial o lo terrenal, lo breve o lo eterno, lo que tiene tomo o lo vano, la incorrupción o la corrupción? Decidme, señora; ¿por qué habéis olvidado que el casamiento hinche la tierra, y la virginidad el Cielo? ¿Por qué habéis tenido en poco lo que Dios promete a las vírgenes que guardaren el concierto que con Él concertaron, cuando se le ofrecieron en sacrificio limpio de virginidad? Leed en Isaías (56, 5) y hallaréis que dice Dios: *Yo les daré lugar en mi casa y en mis muros, y les daré nombre más excelente que a los otros mis hijos e hijas; nombre sempiterno les daré, que nunca perecerá*. ¡Oh si el sentido de aquestas palabras de Dios penetrase vuestra ánima, y con paladar sano gustaseis la suavidad que en ella hay! ¡Y si vieseis con vuestros ojos subiéndoos al Cielo con vuestro pensamiento, cuán grandes bienes son éstos, y cuán de verdad los cumple Dios allá a los que en este mundo mortificaron su carne, despreciaron sus placeres y eligieron incorrupción y limpieza por Jesucristo, más que la corrupción sucia que de la carne se pega!

5. ¿No sabéis, hermana, que la que se casa con Jesucristo tiene a la Virgen María por suegra, y a Dios Padre por suegro, pues son la Madre y el Padre del Desposado? ¿No sabéis que pues Jesucristo es Rey, su esposa es Reina, y que aunque mientras vive en este mundo sea pobre y atribulada, a semejanza de como Él lo fue, que cuando venga el tiempo de las bodas hará tan bienaventurada a su esposa, cual conviene serlo esposa de tan alto Rey? Y entonces, sentada en un tálamo con ÉL le daréis gracias porque os tomó por espesa, y apartó vuestros ojos y vuestro corazón del amor de la criatura, y os mandó que a Él sólo miraseis y amaseis como esposa leal. Y será entonces vuestra compañía con Él tan firme, y atada con nudo tan inseparable, que no sólo estaréis con Él cuando Él estuviere en su trono, mas como las vírgenes *siguen al Cordero dondequiera que va, y le cantan un cantar nuevo, que no le puede nadie cantar, si no fuere virgen* (*Apoc* 14).

6. Pensad, pues, cuán preciosa cosa es la soledad que pasa la virgen en esta vida, y cuán valerosas las devotas lágrimas que por Cristo derrama,

[31] ¿Alude, acaso a la muerte reciente de la emperatriz?, ¿o a alguna de las mujeres de Felipe II?

pues en el Cielo estará acompañada con Dios, y con la Virgen de vírgenes, la gloriosa María; la cual, como Capitana de ellas, cantará el nuevo cantar, como María, hermana de Moisés, pasado el mar Bermejo (*Ex* 15); y con el adufe [pandero] en las manos, que quiere decir su virginal cuerpo, comenzará el cantar, y la seguirán Catalina, Bárbara, Agata y Lucia (cuya vida os encomiendo leáis), con otra innumerable copia de vírgenes que conocemos y no conocemos, alegres de tanto bien que ganaron por su virginidad y gozando para siempre de la incorrupción que aquí comenzaron.

7. ¿Quién habrá que, por alcanzar esto, no desprecie esto otro? ¿Quién no mortificará a su carne con santos trabajos y castidad, para que así maltratada, se esconda *como grano de trigo debajo de tierra* (Jn 12 29), para que, muriendo acá, *dé mucho fruto* en la eternidad? Y pues hay muchas que, provocadas con estos bienes, dejan los casamientos de acá, aunque muy rogadas, por casarse con Cristo, más razón es, hermana, que vos, habiéndoos casado con Él, no os descaséis ni tornéis atrás; pues que las buenas casadas de acá sufren con paciencia los trabajos del matrimonio, ya que está hecho. Y si el demonio o vuestra flaqueza, os afligen para que dejéis lo comenzado, no por eso os desmayéis ni maravilléis, porque no sois vos la primera a quien acaece tener batalla por tener en pie la bandera de la virginidad; la cual es joya tan preciosa, que es mucha razón que no se alcance ni posea sin mucho trabajo.

8. Mas no es esto sin fruto ni sin honra, porque mientras más seguida es una buena mujer, y ella no cae, tanto más honrada es acerca de su marido, y tanto mayores dádivas le da; y como vuestro Esposo Jesucristo sea más agradecido, amoroso y fiel que todos los otros, sedlo vos a Él en no dejaros vencer de la tentación; y dirá a sus ángeles en el Cielo, que tiene una esposa en la tierra que, por serle leal, pasa muchos trabajos, y por su amor desprecia otros amores. Y así recibís vos mayor consuelo —viendo que amáis a Dios tan de verdad, que por su amor dejáis de gozar de lo que mucho deseabais— que pudierais recibir alcanzándolo. Y entonces diréis lo que está escrito (*Sal* 16): *Probaste mi corazón y lo visitaste en la noche; me examinaste con fuego, y no fue hallada maldad en mí*. Esforzaos, hermana, a padecer esos fuegos, que así como son semejanza de martirio en la pena que dan, hacen semejante a mártir a quien los padece. Llamad vos a vuestro virginal Esposo y a su limpísima Madre; y tomad por abogada alguna virgen mártir de las pasadas; y usad más a menudo el confesar, comulgar, orar y leer buenos libres. Trabajad vuestro cuerpo, y nunca estéis ociosa. Huid conversación de todo hombre, y de mujer que no sea muy amiga de la virginidad, y tened confianza en quien os tomó por esposa, que os dará gracia para perseverar.

Y si hasta aquí no os ha favorecido mucho, ha sido porque vuestro corazón ha andado cosqueando [cojeando] y dudando sobre qué esposo tomaréis. Determinaos una vez ya a morir, antes que dejar a vuestro primer Esposo; y decidle que, pues Él conoce vuestra flaqueza, os dé fuerzas para cumplir lo que habéis prometido. Y aunque no os sintáis luego del todo libre de vuestras pasiones, no desmayéis, porque el Señor va sanando poco a poco nuestras enfermedades, y recibe la pena que nos dan —cuando no las queremos tener— en descuento de los pecados que hicimos en consentirlas o flojamente despedirlas. De manera que, ahora el Señor nos dé paz, ahora paciencia en la guerra, todo lo ordena para nuestro provecho.

9. Y pues Dios os ha hecho merced de haber ya pasado los peligrosos golpes de la mocedad, y lleváis vuestra nao cargada de muchas riquezas, no hagáis tal necedad que al cabo de la navegación, cerca del puerto, os ahoguéis en el cieno, por no esperar un poco a coger en el Cielo los frutos de la virginidad que acá habéis guardado. Y no os parezca que queda mucho tiempo hasta desembarcar; que quizá se acabará más presto de lo que pensáis, y os dará pena, si en el mundo os metéis, de por cuán breve gozo perdisteis tanto bien. Mas si esperáis, y esperáis en Dios, Él os proveerá de consuelo y contento, y daréis alegría a los que bien os quieren, y buen ejemplo a los que por ventura se habían comenzado a escandalizar; y en el Cielo será recibido vuestro *Sí* como si de nuevo lo dierais; y harán fiesta los ángeles, cuya parienta es la virginidad, por el nuevo y firme propósito de la perseverancia que Dios os ha dado. A cuya misericordia plega alumbrar vuestros ojos, para conocer cuán mejor camino es el que vuestra ánima eligió, prometiendo virginidad, que el que vuestra carne quiere tomar, buscando medio para perderla.

49.—A un estudiante

Que le escribió la sequedad que hallaba en sus ejercicios. Enséñale en qué consiste le perfección, y cómo se ha de haber con sus padres.

Más consiste el aprovechamiento del ánima en negar la propia voluntad, y con corazón esforzado hacer aquello que el hombre siente ser agradable al Señor, que no en tener ternura de corazón y dulcedumbre devota; porque en lo uno se muestra el verdadero amor que a Dios se tiene, en el cual consiste la perfección de la cristiandad, y en lo otro puede estar escondido el amor propio, que todo lo ensucia. Por lo cual no debéis desmayar por la sequedad del corazón que decir que tenéis, mas caminar por

el desierto, donde no hay árbol fresco, ni sombra que refresque, ni agua que alegre. Y si en la oración no halláis aprovechamiento, leed un rato; [*y entre lectura y lectura*], meditad alguna cosa conforme a lo que leéis, mezclando la lección con la meditación; y rezad algunas oraciones vocales, teniendo delante alguna imagen de la Pasión del Señor o su cruz; y perseverad en esto aunque sintáis mucha sequedad, ofreciendo al Señor el rato que allí estuviereis, y Él lo recibirá, pues mandó que se hiciese; y recibid al mismo Señor de quince a quince días, o si provecho sintiere vuestra ánima, de ocho a ocho. Y vivid confiado que agradáis a los ojos del Eterno Padre por estar incorporado en su bendito Hijo; pues tenéis señales que os ha dado su amor, según Él dijo (*Jn* 16, 27): [*El Padre mismo os quiere, porque me queréis a mí y creéis que salí de Dios*.]

Y si vuestros padres están en necesidad tan extrema, que en ninguna manera puedan vivir sin que vos entendáis en negocios, entended en ellos por la obediencia de Dios, que manda honrar a los padres no sólo con palabras, mas con temporal subsidio, como el Señor lo declara en el capítulo 15 (v. 4) de San Mateo. Y si esta necesidad tan grande no tienen, aunque alguna haya, dejad los lazos del mundo, y proseguid vuestro estudio, tomando para vuestro mantenimiento esa renta que decís que podéis haber.

Y sea vuestro amor Jesucristo crucificado, pues tan verdaderamente os amó, que dio la vida por vos.

50.—A UN CABALLERO DE CÓRDOBA.

Que le está mejor residir en Montilla que en Córdoba, que ejercite su oficio de caballero en pelear contra el enemigo de Dios, que es la propia voluntad. Aviso a ciertos noveles caballeros de Cristo.

1. He oído las razones de vuestra merced para persuadirme que es más acertada cosa estar en esa ciudad que en esta villa; y cierto, aunque ellas son sutiles, no por eso me mueven; porque es más cierto lo que por ejemplo de Cristo se hace, y lo que por oración se alcanza, y lo que por experiencia se ve, que por humano parecer, y *forte* aficionado, se juzga. ¿Quién duda sino que vuestra merced, como morador de esa ciudad, y como favorecedor de mi poquedad, deseando mi estada ahí, es juez y testigo en su propia causa? Y por eso lo que gasta en buscar razones, gástelo en devotas oraciones; y acaecerá a vuestra merced con el predicador lo que San Bernardo dice que ha de hacer el predicador con los oyentes: [*Si persuadere, inquit, vis,*

gemendo magis quam clamando id facies.]

Y aunque en lo que he dicho vuestra merced me parece que excede, en otra cosa lo gana, y me edifica; conviene a saber, en la mucha paciencia que ha tenido en escribirme tres cartas sin ver respuesta mía. Estimo esto en más que el vivo razonar, cuanto va de obrar a hablar. Y es cosa que yo deseo mucho de quien me escribe; porque hallo tantos impacientes en esto, que querría más que no me escribiesen, que no que tan presto se enojasen. [*Hasta aquí sobre este punto*].

2. ¿Qué diré a vuestra merced, o qué le pediré, pues le tengo por mi señor? Que pues es caballero, que pelee, y no tenga el nombre en falso, que es la cosa que un cristiano más debe huir, pues es amador de la sencillez; y de ser tal, sea cual se nombra y parece. Bien entiendo, que la vigilancia que nuestro capital enemigo el demonio trae por nosotros hacer de su bando, y para que no ganemos lo que él perdió, traerá muchas veces en la memoria de vuestra merced que *es pelea la vida del hombre sobre la tierra* (Job, 7, 1), y le hará alguna vez gemir con el trabajo de su molesta importunación, y le hará clamar al Señor, [*a que venga a socorrerle*] (*Is* 38, 14): [*Señor, estoy oprimido, sal por mí*]. Y pues hay quien a vuestra merced haga acordar que vive en guerra, le quiero yo acordar que de tal manera se haya, que venza en ella. Porque de esta guerra no se puede, esperar sino grande bien o grande mal; pues la joya de la victoria es Dios poseído eternamente, y la pérdida del ser vencido es perder a Dios para siempre.

¡Oh quién pudiera dar una voz que a todos los hombres llegase, y los asombrase con este temor, y los animase con esta esperanza! ¡Oh hijos de Adán!, ¿hasta cuándo ciegos, que esto no veis; sordos, que esto no oís; insensibles, que esto no os penetra hasta lo más dentro del corazón? Decid, ¿por qué os habéis rendido debajo de los pies de vuestros enemigos, y sin temor ni vergüenza, os vais las manos atadas tras de ellos? ¿No sabéis que *quien se deja vencer del pecado es cautivo del diablo*? (2 *Pedro* 2, 19). ¿No sabéis que *el sueldo que da el pecado es de muerte* (*Rom* 6, 8)— y de cuerpo y de alma— en los infiernos, y esto para siempre jamás? ¿Por qué os queréis tan mal, que busquéis vuestro mal, y os andéis dando de puñaladas vosotros mismos, enojándoos tanto porque os hacen un breve y chico enojo? ¿Por qué no sentís la pérdida de Dios y de su amistad, pues tanto sentís la de una poca de hacienda o de honra, que tenerla ni perderla no os hace menos ni más? *¿Qué responderéis en el día de la visitación y de la angustia que sobre vosotros viene* (*Is* 10, 3), cuando, pasadas estas sombras, y desvanecido este humo, salgáis de esta carne que tanto amasteis, y dejando

esto presente que estimasteis, seáis presentados delante del riguroso Juez, que tanto más recio le hallaréis contra vosotros, cuanto Él menos sujetos os halló para Sí? ¿Que queréis que os conozca por sus caballeros, pues anduvisteis peleando en el real de sus enemigos, y manteniéndoos Él de sus bienes, y dándoos la misma vida que vivís, obedecisteis a las leyes de su capital enemigo y aborrecisteis las suyas? ¿Que queréis que os pague Dios lo que no le servisteis? ¿En qué razón cabe servir a uno y pedir la paga a otro? ¿Cómo ofender a uno e irle a pedir paga como leal servidor?

No nos engañemos, ¡oh hombres!, en esto, que *no cogerá cada uno sino lo que sembró* (*Gal* 6, 1): *Quien en carne siembra, corrupción cogerá, y quien vida quiere coger, siembre en espíritu* (Lc 6, 24): *Que no nacen de espinas uvas, ni de los abrojos higos*.

Olvidado me había, hablando con muertos como si fueran vivos. ¿Qué aprovecha tocar trompeta al que está sordísimo? ¿Qué aprovecha decir: «Oíd esto» a los hombres que aún no les entra a la primera puerta del corazón? ¿Qué haremos, señor, que está hoy cumplida aquella amenaza de Dios por el Profeta Isaías (6, 9): *Oyendo oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no veréis,* etcétera? Porque ni palabra, ni azotes, ni halago basta a despertar de este mortífero sueño, hasta que venga el fin de los miserables, y todos oigan la sentencia que los envía al infierno, y vean sus males sin remedio de ellos. Gran mal es éste, y bienaventurado aquel a quien el Señor de él libró, dándole conocimiento de sus malos caminos, y voluntad de los buenos.

Acuérdese el hombre de aquel día en que Dios le llamó, y sepa, que entonces le abrió las orejas y ojos para ver y oír, como si un sordo o ciego sanara: y acordándose, agradézcalo mucho, pues le fue dado un don, si él se dispuso, que le vale más que todas las cosas, pues le fue dada amistad con el Señor, a la cual no se puede comparar cosa alguna. Y ésta sea la señal del verdadero agradecimiento, el verdadero cuidado de perseverar, de tener sus ojos abiertos y sus orejas también. Porque muy más de culpar sería quien teniendo los ojos abiertos cayese, viendo que se cae, que el que no los tiene. Una cosa es hacer locuras un loco, y otras hacerlas el hombre que tiene juicio. Y así desagrada más al Señor la caída del que Él levantó y puso en pie, y le dio su luz con que viese, que las que dio primero que a Dios conociese y amase.

3. Por tanto, Señor, avise vuestra merced a esos caballeros nuevos del Rey celestial, que no tomen el negocio de burla, pues el castigo de la negligencia y el galardón del cuidado no se dan de burla. Gran Señor es

Dios, que quiere ser diligentemente servido; y al siervo perezoso no le dio menor castigo que *echarlo, atado pies y manos, en las tinieblas de fuera* (*Mt* 25, 30), que quiere decir, excluirlo de los bienes de Dios y su casa. Y pues por privar [llevarse bien, intimar] con el Rey, y para conquistar una poca de tierra, son menester cuidados, vigilias, trabajos y derramamiento de sangre, no emperecen [se dejan dominar por la pereza] ellos en esta pelea, pues Dios, cuya [pelea] es, será su capitán, con cuyo brazo, cierto, saldrán victoriosos. El enemigo que han de vencer, la ciudad que han de conquistar, su propia voluntad es; a ésta pongan delante de sí, y contra éste asesten sus tiros. A éste digan: Tú eres enemigo de Dios, pues quieres lo contrario de Él; y, por tanto, eres mi enemigo, porque soy de Dios, y amigo de sus amigos, y enemigo de sus enemigos; no he de tener paz contigo, por no tener guerra con Dios; reine Dios en mí, y no mi voluntad; regirme tengo con lo que Él manda, y no con lo que se me antoja. Preguntaré a mi Dios que me enseñe su querer, y aquél será mi ley, aunque mi querer otra cosa quiera; duela o no, me determino de atarme con Dios, pues allende [además] de debérselo, pues Él se ató con la cruz por mí, me cumple llegarme a Él; pues todo aquel que no se llegare acá por amor, será apartado allá de Él por desamor. Cuésteme mi sangre y no pierda yo a Dios. Y por oír de su boca: *Gózate, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor* (*Mt* 25, 21), todo lo que se puede pasar es muy poco; que al fin, es temporal todo esto, y aquello eterno; esto liviano y aquello de peso. Y, por tanto, digamos de corazón con David (*Sal* 26, 4): *Una cosa pedí al Señor, y ésta buscaré, que more yo en la casa del Señor en la longura de los días*. Y sea la conclusión que nunca el Cielo costó caro.

Nuestro Señor lo dé a vuestra merced y a todos por la sangre suya. Amén.

51.—A una persona virtuosa

Que tenía criados y familia; le enseña cómo los ha de tratar, cómo ha de llevar sus faltas y los ha de corregir.

1. Tengo por providencia de nuestro Señor el haber caído a vuestra merced en suerte sufrir esa persona; porque ¿cómo se ha de cumplir lo que muchos años hace le fue mostrado, que había de padecer en todo, sin sacar una pajita, si así no? Y también, ¿cómo había de aprender paciencia, y mortificación y humildad, sino en estas tales guerras con esa persona y con las demás de su casa? Porque aunque tenga vuestra merced muchos y

buenos propósitos de padecer y de mortificarse, si no hay quien los ejercite, sueño son más que verdades. En la guerra se conoce la fortaleza; que fuera de ella todo es blasonar. Y parece ser esto así, pues que cuando algo de esto a vuestra merced acaece, se turba y se pone como la persona a quien corrige. En todo caso, conviene ejercitar la paciencia; y no se puede ganar con quitar ocasiones; porque si dentro está la raíz, no hay sanidad de fuera, aunque parezca haberla por no haber quien la ejercite. Haga cuenta vuestra merced que le envió Dios esa gente para que mortificasen la mucha viveza de vuestra merced, y le parasen tal, cual se lee haber sido aquel hijo del rey, que siendo injuriado del viejo de Atenas, se rió, diciendo que se reía, porque él le daba de balde lo que le había costado muchos dineros que otros le dijesen.

2. Acuérdese vuestra merced de los desprecios que hicieron a nuestro Señor, y no pare hasta holgarse de ser así tratado, y téngase por más dichoso el día que tal le acaeciere por dar algún placer a nuestro Señor. Santa Isabel, hija del rey de Hungría, siendo muy injuriada de muchas personas, oró por ellas con lágrimas, suplicando a nuestro Señor diese a cada una merced por cada injuria que le habían hecho; y le respondió nuestro Señor, que nunca oración tan acepta le había hecho, y que por aquélla le perdonaba todos sus pecados. No es pequeño negocio vencerse un hombre, cuanto más en lo que es inclinado; y no es de pequeña estima delante de Dios ser despreciado de los que le habían de servir. Y esto acaeció a Job (19, 16), entre otros trabajos, que *su criado, llamado, no quería venir ni le estimaba*. Y el Señor padeció traición de su mismo discípulo, y deshonras y muerte de quien había de servirlo. San Agustín dice: «No penséis que viven los malos de balde en este mundo; porque Dios los tiene y sufre aquí para que se conviertan, o para que ejerciten a los buenos, No puede ser Abel, a quien no ejercita la malicia de Caín; ni podría haber mártires, si no hay crueldad de sayones; ni se prueba la castidad, si no es perseguida, ni la paciencia sino con golpes. Así que, reciba vuestra merced eso de la mano de Dios como muy particular merced, y agradézcasela, y aprovéchese de ella, hasta que no se halle sin ella, como decía el Santo Job (30, 29): *Compañero fui de avestruces y hermano de dragones*. Y en cómo le va a vuestra merced en esto verá en qué grado está de santidad, mejor que en la dulcedumbre de la consolación, y que en los trabajos de la enfermedad, porque como ésta es tan áspero de sufrir, es a Dios muy agradable de que haya amor en nuestro corazón para pasarlo por Él.

3. Esto es en lo que vuestra merced ha de imponer su corazón. Y en lo que toca al castigar, esté avisado que no lo haga cuando el corazón está

alterado, sino déjelo pasar, y después corregir por amor, más como quien ruega que no como quien riñe; porque este medio es muy más eficaz para aprovechar al prójimo, que es lo que debemos pretender cuando ha errado, y no satisfacernos de nuestra injuria o desacato que nos hicieron. Aprenda también a disimular cosas. Y aunque le parezca que no salen con tan buena crianza como vuestra merced querría, pase por ello: porque a veces se esconde nuestra ira y soberbia con decir que pretendemos que nuestro criado haga lo que debe. Cierto, es el corazón del hombre profundo; y muchas veces él mismo se engaña. Y por eso es mejor declinar a la parte de nuestra mortificación que a la contraria, y avezarnos [acostumbrarnos] a sufrir que nos hagan un sinsabor y otro, hasta que, como he dicho, nos holguemos y sintamos gran placer en ser así tratados.

Así que, convendrá disimular muchas veces; y como decía uno que está aquí, a otra persona muy viva: «Señor, hágase vuestra merced tonto, y cuando sea menester reprender, sea con blandura, diciendo: Catad que deseo vuestro bien, y me da pena ver que no sois el que deseo, ni el que nuestro Señor quiere; y esto es lo que me da pena más que las faltas que me hacéis»: y así con blandura corregir. Y cuando esto no basta, por mejor tengo darles alguna penitencia de ayuno o cosa semejante, que herir con palo ni mano. Mas si fuese mucha la perseverancia, se sufrirá darle con el bordón. Y en todo esto ha de andar la oración por ellos, que sin ésta no hay nada hecho.

4. Y quien no entiende que tener criados es tener señores, y tener a quien sufrir, y por quien rogar, no sabe qué es tenerlos, ni imita a nuestro Señor, ni al trato que tenía con sus discípulos. ¡Oh, qué blando, qué amoroso, qué sufrido, qué orar por ellos, qué morir por ellos! Esto ha de mirar el mayor con sus menores, pues el Señor les lavó los pies, y dilo: *Ejemplo os he dado*.

Y sea la suma, que trate vuestra merced más a los suyos con amor de padre, y padre amoroso, que no por rigor de señor; y que haya mucho de blandura y sufrimiento y de oración, y algo de rigor, poco.

52.—A UN RELIGIOSO

Animándole al perfecto amor de Dios, y enseñándole algunos medios para alcanzarlo.

MUY REVERENDO PADRE:

Pax Christi.

1. Pues que nuestro Señor Jesucristo no es servido que yo esté por ahora donde gozase de la comunicación de vuestra merced y de esos señores colegiales como deseo, sea su nombre bendito, y lo sufro en paciencia. En lo cual creo que no hago poca penitencia, porque difícil cosa es de sufrir estar apartado de quien el hombre ama. Y de verdad nunca tanto deseé la corrección de vuestra reverencia como ahora, porque creo que fuera para mucho servicio de nuestro Señor. Mas pues al que le ama todas sus cosas le parecen bien, hablaré un poquito por ausencia, hasta que Dios dé la presencia.

2. Deseo mucho, señor mío, que buscásemos a Dios nuestro bien; y esto no como quiera, mas como quien busca un muy deseado tesoro, por amor del cual *vende todo lo que tiene*, creyendo quedar rico con tener una sola cosa, en lugar de muchas que poseía.

¡Oh Dios y Señor, y descanso de lo de dentro de nuestro corazón! ¿Y cuándo comenzaremos, no digo a amarte, mas siquiera a desearte amar? ¿Cuándo tendremos un deseo de Ti, digno de Ti? ¿Cuándo nos ha de mover ya la verdad, más que la vanidad: la hermosura que lo feo; el descanso, que el desasosiego; el Criador, tan lleno y suficientísimo, que la criatura, pobre y varia? ¡Oh Señor, y quién abrirá nuestros ojos para conocer que, fuera de Ti, no hay cosa que harte ni que permanezca! ¿Quién nos descubrirá algo de Ti, para que, enamorados de Ti, vayamos, corramos, volemos y nos estemos siempre contigo? ¡Ay de nosotros, que estamos lejos de Dios, y tan poca pena tenemos de ello, que ni aun lo sentimos! ¿A dónde están los entrañables suspiros de las ánimas, que una vez han gustado a Dios, y después se les aparta algún tanto? ¿A dónde lo que decía David (*Sal* 131, 4): *Si diere sueño a mis ojos, y descanso a mis párpados, hasta que halle casa para el Señor?* Y esta casa somos nosotros, cuando no nos perdemos repartiéndonos en cosas diversas; mas nos recogemos en unidad de deseo y amor, y entonces nos hallamos y somos casa de Dios.

3. Creo que es la causa de nuestra tibieza lo que uno decía, que quien a Dios no ha gustado, ni sabe qué cosa es haber hambre, ni tampoco hartura. Y así nosotros ni tenemos hambre de Él, ni hartura en las criaturas; mas estamos helados, ni acá ni allá, llenos de pereza y desmayados, y sin sabor en las cosas de Dios, y propios para causar vómito al que quiere sirvientes no tibios, mas encendidos en fuego, *el cual Él vino a traer a la tierra, y no quiere sino que arda* (*Lc* 12, 99), y porque ardiese ardió Él mismo, y fue quemado en la cruz, como la *vaca rufa* lo era *fuera de los reales* (*Num* 19, 2), para que tomando nosotros de aquella leña de la cruz, encendiésemos

fuego y nos calentásemos, y respondiésemos a tan grande Amador con algún amor, mirando cuán justa cosa es que seamos heridos con la dulce llaga del amor, pues vemos a Él, no sólo herido, mas muerto de amor.

4. Justo es que nos prenda el amor de quien, preso por nosotros, fue entregado en manos tan crudas. Entremos en la cárcel de su amor, pues Él entró en la del nuestro, y por eso fue hecho *como manso cordero delante de los que le maltrataban*. Y esta cárcel le hizo estar quedo en la cruz; porque muy mayores y más recias fueron las cuerdas y prisiones de nuestro amor, que los clavos y sogas que le apretaron, aquéllos al cuerpo, y el amor al Corazón. Y, por tanto, átese nuestro corazón con su amor, atadura de salud, y no queramos tal libertad que estemos fuera de su cárcel; porque así como está mal sano el que de su amor no está herido, así es mal libre quien de su cárcel no está preso.

No le resistamos ya más; dejémonos vencer de sus armas, que son sus beneficios, con los cuales quiere matarnos, para que vivamos con Él; quiere quemarnos, para que, consumido este hombre viejo conforme a Adán, nazca el hombre nuevo por el amor conforme a Cristo; quiere derretir nuestra dureza, para que, así como en metal líquido con el calor se imprime bien la forma que quisiere el artífice, así nosotros, tiernos por el amor, que *hace derretirse en oyendo hablar al Amado* (*Cant* 5, 6), estemos muy aparejados y sin resistencia, para que Cristo imprima en nosotros la imagen que Él quiere; y la que quiere es la del mismo Cristo, que es la del amor; porque Cristo es el mismo amor, y *Él nos mandó que nos amásemos como Él nos amó* (*Jn* 15. 12). Y San Pablo (*Ef* 5, 2) nos dice que *andemos en el amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros*. De manera que si no amamos, desemejables estamos a Él, tenemos ajeno rostro, no le parecemos, somos pobres, desnudos, ciegos, sordos y mudos y muertos; porque sólo el amor es el que aviva todas las cosas, y él es el que es cura espiritual de nuestra ánima, sin el cual está ella tal, cual está el cuerpo sin ella. Amemos, pues, señor mío, y viviremos; amemos, y seremos semejables a Dios, y heriremos a Dios, que con sólo amor es herido; amemos, y será nuestro Dios, porque sólo el amor es el que aviva todas las cosas, y él es todas las cosas, pues que todas nos servirán, según está escrito (*Rom* 8): *Los que aman a Dios en todas las cosas tienen buen fin*. Si este amor nos aplace, pongamos la segur de la diligencia a la raíz de nuestro amor propio, y hagamos caer a este nuestro enemigo en tierra.

5, ¿Qué tenemos de nosotros? Pongámonos en Dios, no hagamos caso de nosotros, mas de Dios: no nos duelan nuestras pérdidas, mas las de Dios,

que son las ánimas que de Él se apartan. Y porque es dificultoso dejamos de amar, echemos lágrimas con que sea fácil de cavar esta tierra. Gimamos a Dios de lo profundo de nuestro corazón; que nuestras lágrimas hieren a Dios, aunque ellas son tiernas, y Él es omnipotente. Pensemos buenos pensamientos, porque, como dice David (*Sal* 38, 4): *Es una fragua de fuego mi pensamiento*.

Sobre todo, metámonos, y no para luego salir, mas para morar, en las llagas de Cristo, y principalmente en su costado, que allí en su Corazón, partido por nosotros, cabrá el nuestro, y se calentará con la grandeza del amor suyo. Porque, ¿quién, estando en el fuego, no se calentará, siquiera un poquito? ¡Oh, si allí morásemos, y qué bien nos iría! ¿Cuál es la causa por la que tan presto nos salimos de allí? ¿Por qué no tomamos estas cinco moradas en el alto monte de la cruz, a donde Cristo se transfiguró, no en hermosura, mas en fealdad, en bajeza, en deshonra? Las cuales moradas nos son otorgadas, y somos rogados con ellas, siendo negadas a Pedro las tres que pedía (*Mc* 9, 4).

Y si algún poquillo de fuego en nosotros se enciende, guardémoslo bien, no nos lo apague el viento, pues es poco; cubrámoslo con ceniza de humildad, y callar y esconder, y lo hallaremos vivo; y echemos cada día leña, como Dios mandaba que el sacerdote hiciese (*Levit* 6, 12), la cual es hacer buenas obras, huyendo de perder tiempo.

Y, sobre todo, allleguémonos al fuego que enciende y abrasa, que es Jesucristo nuestro Señor, en el Sacramento Santísimo. Abramos la boca del ánima, que es el deseo, y vayamos sedientos a la fuente de agua viva; que, sin duda, poniendo la miel en la boca, algo gustaremos; y el fuego en el seno nos calentará. Y después y antes de comulgar tengamos algún aparejo; y los mejores son la fe cierta que vamos a recibir a Jesucristo nuestro Señor, y el pensamiento y amor de su Pasión, pues en su memoria se hace. Y así recreados, aparejémonos para comulgar otra vez; porque quien entonces se apareja solamente a ella, muy pocas veces se hallará aparejado. Corramos, pues, tras Dios, que no se nos irá; clavado está en la cruz; allí le hallaremos muy cierto; metámosle en nuestro corazón, y cerremos las puertas de él, porque no se nos vaya. Muramos a las cosas visibles, pues las hemos por fuerza de dejar. *Renovémonos con novedad de espíritu* (*Ef* 4, 23), pues tanto tiempo hemos vivido en vejez. Crezcamos en conocimiento y amor de Cristo, que es Sumo Bien.

7. Y todo esto se alcanza con humilde oración y con perseverante cuidado. Más se recibe en el ánima, que se hace del ánima [por el ánima];

más es ser movida y dispuesta, que obrar ella de sí. Y, por tanto, quitemos los impedimentos nosotros, y soseguemos nuestro corazón dentro de nosotros; esperemos allí a Cristo, el cual *entra, las puertas cerradas,* a visitar y alegrar sus discípulos, y sin duda será con nosotros, porque de Él dice David (*Sal* 9): *Oyó el Señor el deseo de los pobres, y el aparejo de su corazón oyó su oído*. Y pues Cristo principalmente ha de obrar esto en nosotros, no hay por qué desconfiemos; mas fuertes en la fe de tal guiador, comencemos con fervor esta carrera, que lleva hasta alcanzar a Dios.

Y sí luego no pudiéremos sujetar nuestro corazón como queremos, sufrámosle en paciencia, hasta que Dios se levante y caigan todos nuestros enemigos (*Sal* 67, 2), hasta que despierte y mande a la mar que esté queda; mas quiere que tengamos nosotros confianza en Él, aun entre las grandes tentaciones, aunque ya se quiera la navecilla hundir. Por tanto, no titubeemos, no desmayemos, no penemos a otros por el enojo que nos causa esta guerra continua de habernos de vencer. Algún día vendrá que *ponga Dios nuestros fines en paz* (Sal 147) y durmamos sin que haya guíen nos despierte. Y ya que no alcancemos esta tal paz luego, más vale que andemos sudando y peleando por desarraigar nuestras pasiones, que estar en sosiego por no querer seguir la perfección, y contentarnos con vida de tibios. Sin duda es muy grande parte de la perfección el trabajar de verdad por alcanzarla. Desconfiemos, pues, de nosotros mismos, y confiemos en Dios, y comencemos en virtud del Omnipotente; y nuestro principio sea humildad, figurada en la ceniza, y nuestro fin sea el amor, figurado en la Resurrección: y así tendremos buena Cuaresma y buena Pascua.

8. A todos esos señores beso las manos, y me encomiendo en sus oraciones, y que les suplico que amen mucho a Dios y al prójimo, para que en el día del examen sepan bien responder, y les den el grado de laureados, y sean recibidos en el colegio de los Angeles y de los Santos, a donde para siempre aprendan del Libro de la Vida, que es Dios; el cual estará abierto delante de nuestros ojos para que le conozcamos y amemos y para siempre poseamos.

Jesús sea con vuestra merced.

53.—A Tello de Aguilar

Exhortándole al amor de Dios y enseñándole los medios para alcanzarlo.

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced.

1. Señal muy clara es de no amar, afligir sin compasión al que ama. Creo que vuestra merced y la señora doña Leonor piensan que tengo yo el corazón de piedra o de hierro, pues que tan sin duelo se quejan de mí con palabras que me dan tormento. Certifico a vuestra merced que los amo tan tiernamente, que más he menester consuelo de cómo no les voy a servir, que no reprensiones y quejas. Pero ¿qué haremos, que hemos de negar nuestra voluntad por la de Dios? En la cual tengo yo confianza firme que me guía por quien Él es en la predicación de su palabra, pues es negocio que Él tiene tanto a su cargo, por tocarle en cosa que tanto ama, que son las ánimas. No lastimen, pues, ya al que tiene trabajo por disimular su pasión, y se hace fuerza por no amar tanto, a lo menos por no recibir tanto las impresiones que causa el amor.

Pero ¿qué hago? Gasto tiempo en rogar que no me den pena. Creo que yerro en ello; que más quiero que ellos descansen en quejarse de mí, si en ello aplacan su pena, que excusar a mí del trabajo que sus quejas me dan. Plega a Dios y tanta merced me haga a mí pecador, que por el bien de esas ovejicas, yo ponga mi vida; que aquel sería descanso mío, aprovecharles en algo.

2. ¡Oh!, ¿cómo nos detenemos en palabras, teniendo tanto bien de que gozar como es Dios? ¿Por qué entendemos en otra cosa, pues en esto hay tanto que hacer? ¡Oh ceguedad de los hombres, que huyen del gozo, pensando que van a buscar algún gozo; vuelven las espaldas a quien siempre los querría abrazar y dar beso de paz! ¡Oh Dios nuestro, y amador de los hombres! ¿Cuándo tornaremos a Ti con crédito firme que nos quieres bien, y con ánima vacía de las nonadas de las criaturas, para que sea llena de Ti, oh descanso lleno de dulcedumbre, y hartura de los Cielos y de la tierra! ¡Ay de nosotros, tan crueles para nosotros por perder tanto bien y tan crueles para con Dios, pues no le queremos cumplir su deseo, que es de hacernos mercedes, y darnos besos de paz! Él cual deseo es tan grande en Él, que creo, si Él pudiese padecer, le mataría, o le haría caer enfermo de amor. ¿Por qué afligimos a quien consolarnos desea? ¿Por qué huimos de compañía tan agradable? ¿Por qué quitamos los ojos de tal hermosura? ¿Por qué no queremos abrir nuestro seno, y recibir en él al que en Cielo y tierra no cabe, para que, de hombres, nos tornemos divinos? ¡Oh maldita sea tal dureza y porfía y tan sin razón! Y ¿hasta cuándo ha de durar, y hemos de salir con la nuestra? Dejémonos ya vencer de las saetas de Dios tan amorosas; y siendo heridos, le heriremos a Él: y enflaquecidos, seremos fuertes; y muertos, viviremos; porque pasaremos de nosotros a Él, trocando nuestra nonada por su cumplimiento de bienes, los cuales comunica Él a quien le ama, pues de

los amigos todas las cosas son comunes, y dando el corazón por el amor, todo lo demás va tras Él.

3. ¡Oh codicia de loa avarientos!, y ¿dónde estás tan mal empleada? Si esto no sabes, óyelo bien: que puedes ganar Dios, si ama a Dios Y si esto sabes y no vienes con la bocas abierta, *como ciervo herido y sediento a las fuentes de las aguas* (*Sal* 41), muy necia eres, pues eres tan poca [chica, pequeña], que con tan poco te hartas. Amemos a Dios; amemos a Dios, y será nuestro Dios. ¡Oh Dios tan bueno, que de tan bueno, eres muy importuno, no en pedir que te den, mas en rogar que reciban, no oro ni plata, mas lo mejor que Tú tienes, que eres Tú mismo.

¿Qué os parece, oh hombres, de este don? ¿Pondréis en él alguna tacha, por achacosos y mal contentadizos que seáis? No podréis, por cierto; ninguna razón tenéis para no quererlo. Hermoso es, provechoso es, bueno, rico, sabio, piadoso, fuerte para pelear por ti, y blando para recibirte a ti, riguroso contra tus enemigos, manso en sufrirte y recibirte, aunque tú eres grande enemigo, pues no le amas, habiendo tanta razón de amarle.

Mas dirá algún achacoso: No sé si querrá ser mío; que yo deseo le tengo.

Deja por Dios los achaques, que nacen o de pereza o de poca fe. Pluguiese a Dios que abriésemos ya nuestros ojos, ciegos con la vista de las criaturas, y desocupados los vasos de los corazones, los pusiésemos a esta fuente de agua, que harta y refresca; y veríamos que si ahora no corre es porque está detenida, por no hallar quien quiera beber. La poca codicia y deseo es impedimento para que no corra; la mucha plática que en nuestros corazones traemos nos impide la habla de quien tanto desea hablarnos, y estos sentimientos devotos y ardores de amor, los cuales son sus palabras muy encendidas, que callando dan voces. Este, pues, sea nuestro cuidado y nuestro trabajo, apartarnos primero de darle enojos, olvidar luego todas las cosas, por mejor acordarnos de Él, y olvidarnos, lo tercero, de nosotros mismos, pues somos una de las criaturas, todas las cuales conviene pasar, para del todo emplearnos en Dios. No nos parezca esto recio, pues lo menos de ello hemos de hacer nosotros. Lleguemos ya a nuestro Dios, desocupados los corazones acostumbrados a amar las criaturas, siquiera los tres raticos acostumbrados de la mañana, tarde y noche; y de día —quiero decir entre las ocupaciones— trabajemos de acordarnos de Dios; porque muy poca es la obra para impedir esta nuestra obra, si queremos darnos a ello y perseverar. No digamos: no puedo, a lo que no hemos probado. Mucho puede el uso y porfía, y sobre todo la gracia de Dios, que sale al camino de quien le quiere

buscar. Se enseña Dios ciertamente a quien persevera en buscarle; porque, si no quisiera darse, no convidara consigo, pues es suma verdad que a nadie engañó. Metámonos en nuestro corazón y cerremos las puertas; que así entró Cristo a sus discípulos, y allí callemos, oyendo a Dios, que es mejor que hablar nosotros a Dios; porque nuestras palabras suelen ser mentirosas, y las que hablamos, siendo habladas de Él, son verdaderas. Y siendo consolados y abrazados de Él, acordémonos de su santísima Ley, que es que como Él lo hace con nosotros, quiere que lo hagamos con nuestros prójimos.

No más; que pues *el fin de toda Ley* y mandamiento *es la caridad* (1 *Tim* 1), razón es que lo sea de nuestra carta prolija, escrita con caridad. Trabajemos en enmendarnos, porque es ya vergüenza pasársenos los días, y no venirnos el seso.

Jesús sea con vuestra merced y con todos. Amén.

54.—A UNOS AMIGOS ATRIBULADOS SUYOS

Del amor que Dios y Cristo nos tienen, de donde procede enviarnos preciosos trabajos, y ayudarnos a padecerlos.

1. Bendito sea Jesucristo nuestro Redentor, Señor, Padre y Maestro, que por tantas vías busca nuestro bien, enseñándonos su amor, aunque de los que poco saben y aman no sean sus obras entendidas ni recibidas con la reverencia y agradecimiento que sería razón; del número de los cuales suplico al mismo Señor saque a vuestras mercedes, y les dé *lumbre con que vean la lumbre* (*Sal* 35, 10) de aquesta verdad, de lo cual vendrá la obediencia y agradecimiento. Porque ninguno habrá, si extremadamente malo no fuere, que no reciba de buena gana lo que es su provecho, y que no agradezca a quien se lo envía, mayormente siendo enviado con mucho amor. ¡Oh Amador! ¡Oh amor, de nosotros muy verdadero y probado Jesucristo bendito! ¿Y quién dudará de tu amor, habiendo sido de él testigos del Cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos está? Tú, Señor, lo diste, y porque nos amas lo diste; que ni esperas provecho de nuestros servicios, ni nos lo debes, pues todo lo que tenemos es tuyo. Ni hay otro motivo en Ti para hacernos mercedes, sino tu sola bondad, en la cual nos amas verdaderamente. Señor, desde que oídos tenemos, otra cosa en nuestras orejas no suena sino: «Bien os quiero.» Porque, si sordos no somos, ¿qué otra cosa es la vida, la salud, el pan, el vino, la tierra y el Cielo, y todo aquello con que *vivirnos y nos movemos y somos*, sino voces que pregonan el amor que nos tienes y pides? Lo cual sentía bien San Agustín cuando

decía: «Todas las cosas me dicen a voces que te ame.» Y esto es por lo que hemos dicho, porque nos dicen que Dios nos ama.

Mas porque estos testigos son bajos, por ser criaturas, el mismo Criador nos vino a testificar su amor con el testimonio más cierto que hay; el cual es no sólo dar, porque aquello poco duele, mas darse y padecer por nosotros; lo cual es tanto mayor señal de amor, cuanto va de su persona a los dones. Y este testimonio, porque sin duda fuese de nosotros recibido, lo firmó con su muerte, habiéndolo escrito con su sangre; que pues no se puede más por uno pasar, por muy amado que sea, que morir por él, sepan los hombres que son amados de Cristo, pues puso por nosotros lo último que se pudo poner.

2. ¿A qué propósito esto? Para acordar a vuestras mercedes que confíen que los quiere bien Cristo. ¡Oh palabra alegre en las orejas de los pobrecicos, la cual tienen los ángeles en gran reverencia! ¡Oh palabra, que nos dice la causa de cuanto bien tenemos y esperamos tener! Porque no de otra parte ni principio nos viene, sino porque somos amados de Cristo. ¡Oh si en otra cosa no hablásemos ni escribiésemos, sino que nos quiere bien Cristo! Y este amor, aunque sólo basta para hacernos ricos y en hora buena nacidos, porque grande bien es hallar gracia en los ojos de tan alto Rey; mas su amor no es estéril, antes su amar es hacer bienes. Y como San Agustín dice: «No amas, Señor, y desamparas.» Por lo cual reverenciemos, agradezcamos, y con fe y amor participemos de los merecimientos que Cristo nos ganó; y confiando en lo mucho que nos amó, dejemos todo pecado, y desterrada toda tristeza que suele venir en las tribulaciones, desterrada toda cobardía que suele combatir a los flacos, alanzando todo descontento que suele venir con lo adverso, *hinquemos las rodillas* de nuestro corazón *a este Padre de las misericordias y Dios de toda consolación* (*Ef* 3, 14), que nos amó y amará, y agradezcámosle la merced que nos hace en enviarnos señales de amor; porque verdad dijo el que dijo (*Hebr* 12, 5-6): [*Hijo mío, no menosprecies la corrección del Señor; ni te desanimes al ser reprendido por él. Pues a quien ama el Señor, le corrige; y azota a todos los hijos que acoge*]. Y puesto que duela, hemos de mirar el principio de donde sale y el fin donde va a parar, y con esto conformar nuestra voluntad.

3. Los que miran no más de las manos de Dios se engañan muchas veces, juzgando su Corazón por sus obras; mas los que le miran a su Corazón no son engañados, antes tienen el verdadero conocimiento de las obras, pues conocen de dónde nacen y dónde van a parar. No se engañe nadie, pensando que la prosperidad que Dios envía es siempre señal de

amistad; porque algunas veces suele ser señal de recísima ira: ni huyamos de lo adverso pensando que es ira de Dios, porque casi siempre suele ser señal de su amor. Y pues con amor, y lo que más es, por amor nos atribula, debemos agradecérselo, pues no se debe menos al padre cuando castiga a su hijo que no se pierda, que cuando le halaga amorosamente. Y si miramos que la intención del Señor es nuestro provecho y su gloria, adoraremos a su Majestad, que tanta merced nos hace, aunque el medio nos parezca amargo. Esto se nos dio a entender en la reina Esther (5, 2), que *besó el cabo de la vara dorada del rey Asuero*; porque aunque la vara de nuestra corrección nos espante, mas mirando *el fin o cabo* de ella, que es nuestro provecho y gloria de Dios, debemos besar este fin, aceptando lo que el Segur nos envía.

4. Y esto no será muy dificultoso de creer quien cada día[32] manda purgar con acíbar y otras cosas más amargas a los que bien quiere, haciende en ellos justicias y amándoles mucho. No es mucho que un cristiano tome la purga que Dios le da para sanarle su ánima, pues que el hombre toma la purga que el hombre médico le da para sanarle el cuerpo; y en la purga de Dios esta cierta la salud, en las otras no; y del celestial Médico estamos ciertos que no errará en dar más o menos, porque todo va dispensado por un saber infinito, que no se le puede disminuir ni crecer, mas en el del suelo podemos dudar. Pues ¿qué sinrazón sería quien pide licencia y confianza a sus enfermos cuando los cura, que no la tenga en Dios cuando le cura? Esforcémonos en Jesucristo nuestro Señor, que de cierto no nos dará más purga de la que podamos beber.

5. Y aun, porque de buena gana la bebamos, bebe Él con nosotros; lo cual sintió San Pablo cuando decía de Jesucristo (*Hebr* 2, 9), que *por la gracia de Dios gustó la muerte por nosotros*. Sobre lo cual dice Crisóstomo, que así como el médico gusta primero la purga amarga por hacer la salva y quitar el espanto al enfermo, así Cristo, por quitarnos el temor de los trabajos y muerte lo quiso primero gustar por nosotros. ¡Oh si mirásemos cómo bebió Él toda la purga sin estar enfermo, porque nosotros lo estábamos! ¡Y cuánto acíbar hallaba en ella cuando decía (*Mt* 26, 39): *¡Padre, si es posible, pase este cáliz de Mí!* Mas mirando nuestro remedio y salud que de su trabajo venía, mirando la voluntad del Padre que así lo había ordenado, dice: *Mas no como Yo quiero, sino como Tú*.

¡Oh palabra, que hace al que de verdad la piensa y ama ser invencible de carne, mundo y demonio e infierno! ¿Quién puede dañar a quien dice de corazón: *No como yo quiero, sino como tú?* Esta es la verdadera señal de los

[32] ¿Serían médicos o enfermeros los destinatarios?

hijos de Dios, que dejan su voluntad propia y hacen la de Él; y esto no en las prosperidades (que aquello, poco es), mas en las adversidades, a donde vale más un «¡Gracias a Dios!, un «¡Bendito sea Dios!», que tres mil gracias y bendiciones de prosperidades. Estas son *las trompetas* en las cuales nos está mandado que *alabemos a Dios* (*Sal* 150, 3), porque son hechas a golpes; y ésta es la música a las orejas de Dios más acepta que le podemos cantar.

Bien veo yo que estas cosas más presto se dicen que se hacen, y que es más ligero consolar que sufrir, y que no se conoce el cristiano en saber consolar a los otros, mas en saber consolar a sí en la tribulación. Mas en todo esto *fiel es el Señor* (1 *Cor* 10, 13), cuyas manos hieren y consuelan, y en cuya fortaleza ha de ser nuestra confianza.

6. No debemos derribar nuestro corazón, por más que las penas crezcan, porque tanto más aparejo hay para que parezca la fortaleza de Cristo en nosotros, cuanto nuestras flaquezas fueron mayores. Y esto es lo que nuestro Señor dijo a San Pablo (2 *Cor* 12, 9): *La virtud* (quiere decir *la fortaleza*), *en la flaqueza es más perfecta*. La *fortaleza*; no *la tuya*, que no la tienes, como lo pruebas; mas la *mía*, mas fuerte parece mientras tu flaqueza fuere mayor; porque cuando Dios defiende una cosa muy perseguida y muy enflaquecida, parece ser fuerte [muestra Dios su fortaleza], pues a cosa tan flaca sustenta contra tantas flaquezas. Y pues la intención del Señor es demostrar su gloria, y mientras nosotros más atribulados y con menos fuerzas, más aparejo hay parar que Dios gane honra, fortaleciéndonos con su fortaleza; no debemos desmayar, por mucho que crezca la tempestad; mas mientras ella más crece, más confiar y decir al Señor: «Esta es tu hora.» Esto rogaba David al Señor cuando decía (*Sal* 70, 9): *Cuando faltare mi fortaleza, no me desampares, Señor*. Y pues que esto es así, digamos con San Pablo (1. c.): *De buena gana me gloriaré en mis flaquezas, porque more en mí la virtud de Cristo*. Flaquezas llama a las tribulaciones. Si en sustentar Cristo a San Pablo en ellas, moraba *la virtud*, que es la fortaleza, de Cristo, en San Pablo parecía la honra de la fortaleza de Cristo. Y, por tanto, San Pablo, que *antes rogó tres veces al Señor que le quitase la tribulación porque le dolía* —la cual no creo, ni es de creer, que era tentación de la carne, mas otro trabajo—: ya no pide que le sea quitada, porque ve que teniéndola, y no siendo derribado, parece [se muestra] la fortaleza de Cristo en la flaqueza de él. Y porque nuestros ojos no deben mirar a nuestro descanso, sino a la gloria de Cristo, dice San Pablo, que *está contento con ellas*, pues sucede en gloria de Cristo, aunque sea con trabajo. Así que, hermanos, no pensemos que la victoria de esta pelea ha de ser por nuestras fuerzas a solas; Cristo nos pone en ella, y Él quiere la gloria de la victoria;

Él peleará por nosotros y con nosotros. *No desmayemos, y veremos el favor del Cielo ser con nosotros* (2 *Crónicas* 20, 17).

7. Aprovechémonos de esta medicina para conocer cuán flacos somos, lo cual es principio de salud; y cuán miserable cosa es vivir sobre la tierra, y cuán colgados estamos de Dios, y cuánto nos ama, *pasando*, no a más no poder, *por nosotros*, mas de su gana, lo que a nosotros tan recio nos parece de sufrir. Porque, a la verdad, nunca hombre, por contemplativo que sea, tanto conoció los dolores y amores de Cristo, como quien pasa algo de ellos. Sepamos también cuán necios somos en pecar, pues nos obligamos a otros mayores dolores; y cuan bueno es Dios, que mereciendo nosotros estar en continuos dolores acá y allá, nos hace merced [nos dispensa] del infierno de allá, y nos ayuda para pasar lo de acá, satisfaciendo por nuestros pecados y ganando en el Cielo coronas. Estas y otras doctrinas aprenderéis en la tribulación mejor que en cuantas escuelas y púlpitos hay, y más de verdad; porque en estos lugares se suele oír con las orejas, estando quizá el corazón en otra parte; en la tribulación se oye; que Dios enseña con obras.

8. No piense vuestra caridad que solamente es menester fortaleza para pelear en el campo por Cristo; en la cama y casa hay aparejo para ganar coronas; y no cualesquiera, porque la pelea de la enfermedad y dolor no es cualquiera. Cierto es que cuanto la cosa que nos viene es más contraria a nuestro querer, tanto es más recia la pelea, y más agradable a Dios la victoria. Pues por cierto (a lo que yo alcanzo y experimento), cosa es muy desabrida la enfermedad, mayormente si trae dolor. Y cuando uno, con el favor de Cristo y por Cristo, viene a hacer tan buen rostro al dolor y desabrimiento de ella como a la salud, me parece que tiene gran victoria de su sensualidad, y será su corona grande.

A esto nos debemos esforzar, como Séneca decía; porque si el dolor es poco, no es mucho que se sufra; y si es mucho, no es poca, mas mucha la gloría que de sufrirlo se sigue; y por esto no hay excusa para no sufrir.

9. Cuanto más si miramos a la alta ordenanza de Dios, que, como dice San Pablo (*Rom* 8, 29), *predestinó a sus escogidos a ser semejables a la imagen de su Hilo*. Pues si hemos de ser semejables en la gloria, también en los dolores: porque no es razón heredar con Cristo los gozos del Cielo, y no querer parte con Él en los dolores del suelo. Oigamos lo que dijo a sus discípulos, y a nosotros con ellos (*Lc* 22, 28-29); *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones; y Yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso a Mí, para que comáis y bebáis sobre mi mesa en mi reino*. De estas palabras parece claro que los que quisieren sentarse a la

mesa a gozos eternos con Cristo, primero les conviene sentarse con Él a sus trabajos que tuvo en el suelo; porque *a éstos dispone el reino, como su Padre a Él.* ¡Oh si tuviésemos ojos para ver cuán gran soberbia es no contentarnos con pasar por la ley que Jesucristo pasó, y no aceptar el reino con la condición que su Padre se lo dio a Él! Notorio es que el Eterno Padre únicamente ama a su Unigénito Hijo; mas por eso no dejó de disponerle el reino con tantos dolores y deshonras como pasó. Pues, ¿por qué yo pensaré que el Señor no me ama aunque me envíe trabajos? ¿Por qué no me gloriaré, que me trata como a su Hijo? ¿Por qué no le daré gracias, pues que me viste de la librea de su amado Hijo? ¿Por qué no tendré esperanza que me hará participante en su gloria, pues me veo serlo en sus trabajos?

¡Oh bendito seas, Dios y Señor y Padre nuestro, que quisiste que tu amado Hijo fuese *el primogénito de todos sus hermanos* (*Rom* 8, 29), dándole más gloria que a otro alguno, y quisiste que fuese también el principal, y que no tuviese igual ni segundo, en el padecer dolores y otros trabajos! Lo hiciste metro y mensura de nuestra perfección y gloria, para que uno, mientras mas llegado a su vida en este mundo, más perfecto sea; y mientras más llegado a Él en el otro, más gloria tenga. Pues si bien miramos qué tuvo Cristo en esta vida sino trabajos, mientras más fuésemos trabajados, más conformes, más cercanos a Cristo; y por eso más ciertos de serio en el Cielo, a donde *limpiará Dios las lágrimas de nuestros ojos* (*Apoc* 7, 17), a donde nos recibirá como Padre amador de sus hijos, a donde nos coronará la pelea de acá, a donde parecerá mejor el cristiano que va herido y ensangrentado de la guerra de este mundo, que el otro que saliere sin herida.

55.—A UNA DONCELLA

Regalada de Dios, enseñándola cómo se ha de haber en medio de los favores que no debe desear.

DEVOTA ESPOSA DE SESUCRISTO:

1. ¿Qué os parece quién es Dios? ¿Qué os parece cuán bueno es, pues se inclina a amar y tratar con la podredumbre de la criatura, que no siendo digna aun del pan que come, le dan por manjar y posesión al Criador de todas las cosas? Él ingenio humano no puede alcanzar esto, ni los ángeles pueden dar gracias suficientes a nuestro Señor por la merced que hace a un pobre gusanillo en acordarse de él y visitarlo. El mismo Señor se alabe, que se conoce; Él se bendiga, se ame se goce; que otro no hay que le pueda bastantemente engrandecer ni dar gracias por lo que hace con nosotros, si Él

no.

2. Y así, hermana, cuando viereis sus misericordias sobre vos, y vuestra grande indignidad e insuficiencia para agradarle y servir, salid de vos, como de casa angosta, y de una pura flaqueza, y sepultaos en el mismo Señor en quien está nuestra vida. No viváis en vos, que moriréis; arrojaos en Él, transformaos en Él, dormid en Él, y encontraréis con aquel dulcísimo panal que sobrepuja toda dulcedumbre. Y mientras más amada os viereis, más afrentaos viendo cuán bueno es Él, y mala vos. Sabed distinguir entre el oro que de Él os viene, y el lodo que vos sois; y no creáis que subís más en su conocimiento, de cuanto bajáis en el vuestro. Porque así como a una ánima que a Dios gusta, no hay cosa más dulce ni más olorosa ni preciosa que Él, así no hay cosa más hedionda en su mismo acatamiento que ella misma, considerando lo que tiene de sí. Un perro muerto trae en sus narices quien a sí mismo se conoce; y no se podría sufrir, si no se fuese Dios, y viviese en Él, y mirase a Dios en sí y en su ánima.

3. Y así, hermana, os encomiendo que ningún don del Señor os lleve mucho los ojos, sino conocerle a Él para amarle, y a vos para aborreceros y despreciaros. Porque muchos ha habido que por tenerlos le han desagradado, porque les entró el polvo de la vanidad y del propio contentamiento, y sin entenderlo ellos descontentaron al Señor. *Malo es el corazón del hombre* (*Jer* 17, 9), y tan ciego, que muchas veces tiene cosas que él no entiende, y las ve el Señor con sus lucientes ojos que miran a los abismos, y por ellas da lugar justamente a nuestro adversario para que nos engañe pensando nosotros que vamos acertados. Y la principal causa es por tener un corazón con una secreta vanidad y complacimiento, con algún deseo, aunque pequeño, de cosas que pueden traer alguna singularidad o alteza. Y derríbalos el Señor tanto más bajo, cuanto ellos piensan que van altos. Y por esto la seguridad, en el temor del Señor está, que hace a un hombre temblar en sí mismo, y buscar más lo que le aprovecha que no lo que tiene grandeza y novedad; antes huye de ello, y suplica a nuestro Señor que lo lleve por camino llano, pues según su flaqueza, aun en lo llano caerá. Y aunque esto muchos lo digan, pocos lo sienten en el corazón; porque heredamos de Adán una tan secreta y arraigada vanidad, que sin lumbre de Dios no puede ser conocida, y menos curada.

4. He dicho esto para amonestaros que importunéis al Señor os dé su luz para conocer vuestra vileza muy de corazón; y que os ponga en el postrer lugar en todos sus otros dones, salvo en conocerle y amarle, y conoceros a vos y despreciaros; porque de esta manera vuestro camino irá

seguro, y el demonio huirá de vos, y gozaréis de aquel Señor que desea dárseos todo por vuestro, si vos os atrevieréis a ser del todo suya.

56.—A UNA DONCELLA

Afligida y temerosa, consolándola en sus aflicciones y animándola en sus temores.

1. Más querría reñir con vos que regalaros: por ventura sanaríais más aína [presto], como las mujeres que, por ser tratadas de sus maridos [de modo] un poco áspero, se hacen ellas fuertes y para mucho. Vos andáis porque os digan que Dios está bien con vos; y yo no os lo quisiera decir: y durmierais en la cruz por cama, y comierais en ella como en mesa, y morarais a la continua en ella como en casa. Y así lo quiere el Señor cuando os esconde el amor que os tiene, y al cabo de vuestra vejez no lo entendéis, y estáis más tierna que una niña, y pedís leche a cabo de tantos años.

2. ¿Que habéis [tenéis], sierva del Crucificado, que tanto os quejáis? ¿Quién os asombra, que tanto teméis? ¿No sabéis que no suelta Cristo tan presto las ánimas que una vez toma? ¿No sabéis que, aunque es celoso para sus esposas, y las castiga por cosas al parecer muy livianas, que no por eso las deja de amar? Antes porque las ama, y por no quitar de ellas su amor, por eso las castiga; y mientras más castigadas, mayor prenda les da que no las desama. Porque Él dice que amenaza al ánima mala: *Yo quitaré mi celo de ti*. Y si no sois castigada, ¿de qué os quejáis? Y si lo sois, ¿por qué os desmayáis, pues que el serlo os había de dar a entender que es celo de amor el que al Señor mueve a trataros así, y no ira de quien mal quiere? Y si os parece que el castigo dura mucho, sufridlo por amor de Él que fue castigado sin culpa.

3. Y creo yo que todo ello, o lo más, vos misma os lo habéis tomado por pura ignorancia, temiendo donde no había que temer; y vos misma pagáis, no culpa pasada, que no la hubo, sino presente necedad que os atormenta. Y aunque dicen que el loco por la pena es cuerdo, vos no acabáis ya de abrir los ojos a ver que no es todo eso sino sombra y fantasma, que os quiere quitar vuestra paz, y que se os atreve el demonio a espantaros como a niña con máscaras feas, sin haber sino un león lleno de paja. Sentíos de aquella afrenta, y tomad ánimo de persona amada del Rey celestial, y comenzad a ojear al demonio y a vuestra necedad, que han hecho nido en vuestra cabeza. Y sabed que el Señor tiene paz con vos: no tengáis vos guerra con Él. No se diga de vos lo que dice Job (15, 21) del malo, que

habiendo paz, sospecha que hay asechanza.

4. Vos os conocéis a vos, y por eso teméis y estáis inquieta; mas no conocéis o no pensáis en Jesucristo, y por eso no gozáis de la paz que cantaron los ángeles cuando nos nació, y que da al ánima a la cual se da a conocer y amar. Sabed, señora, que tiene bondad para querer bien a las tales como vos; y esta bondad no se la puede quitar toda vuestra maldad junta, aunque fuese mayor de la que es. Por eso decid a quien otra cosa os dijere, que tarde viene, y que habéis creído al amor de Jesucristo, y que vivís en fe y amor de Él, y que de su amor no habrá tormento que os aparte, ni de su confianza flaqueza alguna que os derribe.

5 Ya os disteis a Él, y Él os recibió; ni vos os habéis dado a otro, ni Él ha soltado su derecho de vos, y suya sois, y Él es contento que lo seáis, aunque a todo el infierno le pese. Y Él saldrá con su empresa al fin, que es el salvaros delante la faz de vuestros enemigos, para que viendo quebrados sus lazos, que os habían armado, y ser querida de Dios, y favorecida la que ellos deseaban echar a perder procurando que desesperase, sean confundidos y remordidos, y aprendan con su propio daño, que al que Dios defiende, poco pueden ellos empecer [perjudicar]; antes mientras más le persiguen, más le aprovecha; obrándolo esto la Bondad suma, que convierte los males en bienes, y endereza los yerros, y de las caídas saca avisos y provechos para gloria perpetua suya. Por la cual Él os ama y amará para que vos le glorifiquéis, y sus trabajos que en la cruz pasó no sean perdidos

6. Por eso haced cuenta que habéis dormido, y oíd a San Pablo, que dice (*Rom* 13), que *es hora ya de recordar* [despertar]; y con la nueva alegre del Niño que nace, quitad el luto de la tristeza; y vestíos de gozo, pues los ángeles anunciaron *gozo a los pastores y a todo el pueblo por haber nacido el Salvador*; a cuyo pesebre os remito, para que moréis por aquestos días; y el que fue reclinado en él sea todo vuestro amor. Amén.

57.— A una monja

En tiempo de Navidad; en que la anima a recibir al Niño Jesús; y enséñale cómo lo ha de concebir y dar a luz, y tratar y guardar.

Señora:

1. Hágale muy buena pro el Niño nacido en el portal de Belén, y de allí en su corazón; que, como nació para muchos, espero yo de Él que una de muchos es vuestra merced y que no sólo nació para ella, más nació de ella;

pues dice Él (*Mc* 3, 35), que *quienquiera que hiciere la voluntad del Padre, que está en los cielos, aquel es mi hermano y hermana y mi madre*; y sí a alguno está esto bien, lo está a las monjas, las cuales por ser vírgenes, tienen más semejanza con la Madre Virgen que lo parió, que no otras personas, y se huelga mucho el Niño de ser concebido, nacido y envuelto y tratado de cuerpo virgen, porque Él es virgen: que de Él es escrito (*Cant* 6), que *se apacienta entre los lirios*, que significan las flores de la virginidad. Y aunque vírgenes, no han de ser estériles, pues que eran malditas las estériles en Israel (*Deut* 7, 14), y significaba aquella esterilidad del cuerpo a la del ánima. Porque serlo en el cuerpo no es culpa ni peligro para el ánima, mas serlo en lo del ánima es causa de ser maldito de Dios, como lo fue la higuera, que por tener hojas y no fruto, fue de Él maldita (Mc 11).

2. No esté, pues, la doncella en el cuerpo sin fruto en el ánima, y éste sea el Niño Jesús, fruto bendito, por el cual es bendita la que lo concibe. Este se concibe con el amor del corazón, y nace cuando sale el amor a la obra. Aunque alguna vez, acaece lo que dice Isaías (37, 3), *venir los hijos hasta el parto, y no haber fuerza para parirlos*; que es cuando uno está con sus buenos deseos, y nunca se atreve a ponerlos en obra, por pereza o por temor o por otra cualquier causa. Estos serán acusados y condenados en el juicio de Dios por personas que ahogaron los hijos que habían concebido, pues que nunca sacándolos a luz de la obra es matarlos dentro del vientre. ¡Ay de éstos, que se les pasa la vida en deseos, y les halla la muerte sin obras, y van al lugar donde no sólo no les aprovecharán los deseos que tuvieron, mas serán castigados porque no efectuaron las buenas inspiraciones! Se tornarán contra ellos sus propios hijos, como fueran por ellos si los sacaran a luz. Señora, no sea ella de aquestos, mas diga como dice Isaías (26, 9): *Mi ánima te deseó en la noche, y mi espíritu en mis entrañas; en la mañana te velaré*. Aquí está junto *deseo* con *obras*, pues *desea de noche y se levanta por la mañana*, por no ser como el perezoso, del cual dice la Escritura (*Prov* 26, 14) que se *está en deseos, sin levantarse de su sueño y cama* de mala costumbre para velar al Señor.

3. No esté, señora, sin este Niño, por mucho que le cueste, porque todo es barato, aunque a trueco de Él le pidan la vida. Y lo pare, no con tristeza como Eva parió, mas con alegría como la Virgen María. Quiero decir, no sirva al Señor con quejas ni tristezas, sino con ánimo voluntario, que le parezca todo lo que hace que no es trabajo de media hora: que sí decía Jacob por amor de Raquel (*Gen* 29), y San Bernardo decía: «Lo que yo paso por Jesucristo, a duras penas es trabajo de media hora; y si más es, con el amor no lo siento». Muchos conciben buenos deseos con placer; mas al tiempo

del parir la buena obra sienten tan grande dolor, que no quieren restituir lo que deben, perdonar a quien les injuria, dejar sus placeres; los cuales son muy al revés de nuestra Señora y Madre del Niño, que lo parío con mucha alegría, para darnos ejemplo que sus hagamos nosotros, y tengamos por tan gran bien, el ser Madre de Él, que cualquier pena que se pase en las obras, se nos torne alegría, *porque nos ha nacido hombre en el mundo* (*Jn* 16, 21), que es Hombre y Dios.

4. Mas quiero, señora, avisarle de una cosa que mucho le cumple: que de tal manera se goce con el Niño que le ha nacido, que no se descuide en la guarda de Él, porque no se le maten o no se le muera. Porque, casi en naciendo, luego se levanta Herodes contra Él con deseo de matarle. Y por esto avisa el mensajero de Dios a José *que le quite de allí y lo lleve a Egipto* (*Mt* 2); dándonos a entender que en naciendo Cristo en el ánima, luego se levanta el demonio con deseo rabioso de matarnos el bien que en el ánima nos ha nacido. Y por eso nos hemos de gozar con temor, porque la demasiada seguridad no nos traiga a peligro, y tengamos más pena por haber perdido el bien, que placer por haberlo tenido. Muchos han habido que supieron ganar, y se vieron ricos con los bienes del ánima; y porque se descuidaron de criar lo que había en ellos nacido, se lo mataron o se les murió de hambre. A Isboset mataron dos malos hombres porque se durmió la portera, que estaba ahechando [tamizando] el trigo (2 *Reg.,* 4); porque quien no tiene vela sobre su corazón para discernir quién entra en él, si es trigo o si es paja, poco tiempo durará con la vida. Y por esto nos amonesta la Escritura diciendo (*Prov* 4): *Con toda guarda guarda tu corazón, porque de él procede la vida*; y mal puede guardar quien duerme, ni discernir paja de trigo quien tiene los ojos cerrados. ¡Oh cuántos no miraron que es menester ser prudentes en el servicio de Dios, y no oyeron lo que dijo San Pablo (*Ef* 5): *¡No queráis ser hechos imprudentes; sino entended cuál es la voluntad del Señor!* Y por no saber apartar lo verdadero de lo aparente, fueron poco a poco engañados; y del descuido vino el sueño, y de aquél la muerte al que guardaban. Vele mucho, vele el pensamiento de la persona que tiene en su pecho a Jesucristo, y mire con siete ojos quién es el que entra en el ánima; porque tan gran bien, como es conservar a Dios en el ánima, no se deja poseer de los descuidados ni necios, y pagan después con lloros su poco saber, que tan caro les costó; y plega a Dios no con infierno.

5. Otros hay que aunque no haya Herodes, que es el demonio, que les mate su Niño, ellos mismos lo dejan morir de hambre; porque se dejan vencer de la pereza, y tras ella viene la pobreza, y así mueren de hambre sus hijos, y el padre fue el que los mató. Raquel decía a su marido Jacob (*Gen*

30): *Dame hijos, sino yo moriré*; y así lo dice la gracia que en el ánima mora; porque si no se ejercita en producir frutos de sí, poco a poco viene a morirse; y ¡ay de aquel que queda sin ella! ¡Oh malaventurada pereza! ¡Oh malaventurada ocupación, que fue causa que se nos fuese la gracia, por la cual éramos amigos del altísimo Dios! ¡Y malaventurado descuido que en cosa tan preciosa hubo, a trueco de cuidar cosa de tanta vileza! Él solo decirlo y oírlo da grande espanto, y nos debe ser suficiente motivo para desterrar toda pereza: y puesto silencio a todo lo que estorbare, pueda entender en dar mantenimiento de buenas obras, palabras y pensamientos, al Niño que nos nació: porque no nos acaezca lo que a la higuera que el Señor maldijo porque no tenía fruto, sino hojas de vana apariencia (Mc 11). Y si Él nos maldice, ¿quién nos bendecirá? Secarnos hemos de raíz, y después se secará todo lo que en nosotros hubiere, que no quedemos para otra cosa sino para arder en el fuego como leña muy seca.

6. Pongamos, pues, cuidado en el Niño nacido, y guardémoslo de las asechanzas del demonio, como el ángel avisó a San José; y vivamos como diligentes obreros en el ejercicio de la Ley de Dios, para que demos de comer al Niño y no se nos muera. Y no esperemos al punto que está para morir, dándole entonces el mantenimiento; mas traigámosle vivo, y gordo, y alegre, contento y harto, dándole muy bien de comer con abundancia de buenas obras; porque si lo dejamos enflaquecer, allende que no es buen padre quien así trae a sus hijos, muchas veces acaece de tanta hambre y flaqueza venir a morir; y por esto quien le desea la vida, guárdelo de flaqueza y enfermedad. Y no ame el pasear, sino el trabajar, quien tiene hijos de mantener; y así lo haga quien tiene a Jesucristo en su corazón. Pues que los hijos de los reyes son curados de sus amas con gran cuidado, y aun con gran galardón o castigo, según hacen el oficio; mas por mucho que sea, es mayor el que nuestro Señor da al que bien lo haya criado en su corazón. Porque si el Niño muere, el ánima muere, y así, so pena de la vida del ánima, ha de trabajar de guardar la vida del Niño; mas si vive, le será dada vida, y vida eterna, siendo el mismo Dios Hombre galardón de la tal ánima en los reinos celestiales, manteniendo Él a ella, y cuidándola, y velándola y defendiéndola, hartándola, y dándole todo lo que ha menester, y que le sobre muy sobrado. De esta manera paga Dios a sus madres que le conciben, y amas que lo crían.

7. Plega a Él dar a vuestra merced gracia para que sepa servirle muy a contento de Él. Y ésta dará si la pide; como hizo su verdadera y natural Madre, que pidió con instancia la gracia para saber tratar al que reverenciaba como a su Dios y amaba como a Dios e Hijo, y le fue dada, y nunca le hizo

servicio que a Él desagradase. De esta Madre sea vuestra merced devota, porque, a ejemplo de Ella, sepa criar su Niño; y pidiéndole su intercesión, mire su diligencia y cuidado.

58.—A UNA MONJA

Cercana a la muerte: Consuélala y anímala, y enséñale lo que en aquel tiempo ha de hacer.

DEVOTA SIERVA DE JESUCRISTO:

Me envió vuestra merced a decir que estaba en las postrimerías, y que me acordase de ella, que ahora era tiempo. Así señora, se hace; y aunque las nuevas que me da son para dar pena a la carne, mas mirándolas con ojos cristianos, son para alegrar el espíritu; y así lo debe estar el de vuestra merced, como el Señor dice en el Evangelio (*Lc* 21): *Cuando estas cosas comenzaren a hacerse, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención*. Porque aunque Cristo la libertó de la cautividad de pecados mortales por la bondad y merecimiento de su sangre, mas queda el poder caer en ellos, y queda el caer en veniales y queda el cautiverio del cuerpo tan sujeto a miserias, que hace gemir a un San Pablo y a otros como él, según él lo cuenta y dice (*Rom* 8) que *estaban esperando la redención de su cuerpo*. Allá, señora, no pecará mortal ni venialmente; porque por la sangre del Cordero, que por nosotros se derramó, no tendrá que ver con infierno, donde siempre pecan, sino con purgatorio, donde, aunque penan, no pecan; y de allí saldrá a ver a su Esposo, y a gozar de los bienes que le ganó, con los clavos en las manos y en los pies puesto en la cruz. Y pues es cosa más maravillosa ver a Dios puesto en la cruz, que verse vuestra merced puesta en el Cielo, espero de su bondad, que pues la tuvo para hacer lo más, la tendrá para hacer lo menos. Allá, señora, la llevará consigo; allá se la llevará; que el desposorio, que cuando acá profesó, con Él se celebró, algún día se había de concluir con estar en el Cielo Esposo y esposa. Allí se verá en tanta anchura y abundancia, que dé por bien empleado su encerramiento y trabajos de acá.

Y después le darán un cuerpo, que aunque sea el mismo en sustancia que acá tenía, mas será tan diferente en la salud, vida y otras cosas, que se alegrará con él, mucho más que acá le da pena. Toda entera, señora, toda entera, cuerpo y alma ha de estar bienaventurada y hermoseada, como conviene a la honra de quien por esposa la tomó, que es Jesucristo, el cual es Señor del otro mundo y de éste.

Por esto no esté desmayada, con qué merecerá cuando muera. Todo lo puede Jesucristo, y Él la ama, y no la desamparará, que, pues en el tiempo de navegar la ha guardado entre las tempestades de esta vida, no la dejará perder al tiempo del desembarcar. Póngase muy en sus manos, ofreciéndose de corazón a Él para vida o muerte, o para lo que Él quisiere; y pídale perdón por su sangre de todo lo que le ha ofendido: y confesada y comulgada, arroje sus pecados y a sí misma a los pies de Jesucristo, y pídale una gota de su sangre con que sea lavada, y tenga confianza que así lo hará.

Apártese de comunicación cuando su enfermedad lo sufriere; que el Señor cuando quiso morir, así dejó a sus discípulos, para en soledad orar a su Padre (*Lc* 22); dándonos a entender que en este trance así lo debemos hacer. Y su plática sea con Jesucristo y con su Madre bendita; y para que su flaqueza esto no impida, será bien mirar una imagen del Crucifijo y su Madre par de Él. Dé gracias a Dios muy de corazón por las mercedes que le ha hecho, así generales como particulares; y métase en las llagas de Jesucristo, que es la iglesia[33], de donde la justicia no sacará a los malhechores arrepentidos; y allí descanse, y espere que por aquella sangre y muerte ira a gozar en el Cielo de la vida que nunca se acaba.

Sea Jesús con vuestra merced.

59.—A un desconsolado

Porque no hallaba la paz que quería. Le enseña a no desmayar por sus faltas, confiando en el amor que Dios nos tiene. Consejos sobre la oración y comunión.

Leyendo la de vuestra merced, y viendo que dice que no sabe valerse en prosperidad ni adversidad, y de la sequedad de corazón y batalla de pensamientos que no le dejan reposar, me acordé de un viejo de los Padres, que habiendo consolado muchas veces a un mozo, y dándole reglas cómo se hubiese, y con todo esto el mozo decía que no hallaba descanso, ni aquel aprovechamiento en su corazón que quería, le preguntó el viejo: «¿Hace cuánto que estás sirviendo al Señor?» Respondió el mozo: «Ocho años.» Le responde el viejo: «Yo hace que le sirvo veintitantos, y no puedo hallar el reposo que tú buscas; ten paciencia, y espera en el Señor.» Esto dice a vuestra merced, porque me parece que se desconsuela y turba mucho con sus faltas, lo cual tengo por muy peor que las mismas faltas. No conoce

[33] Alude al derecho de asilo, de que gozaban las iglesias.

vuestra merced las entrañas de nuestro Señor que con sus hijos tiene, y por eso no se sabe llevar y soportar a sí mismo, y hace consigo como haría con otro que hiciese con vuestra merced lo que Él hace con Dios. Mayor y mejor es Dios que el hombre, y se precia Él en este negocio de blandura de decir: No soy yo como el hombre. Así lo dice en un Profeta (*Os* 11): [*No daré curso al ardor de mi cólera, porque soy Dios, no hombre*]. Los que a sí se miran, y no a Dios, viven desabridos y desmayados: y de aquí nace la flojedad, madre de todo mal.

Un amor nos tiene el Padre en su Hijo, que no se les quitará por estas faltas, pues no son mortales; y el grande amor *cobija la muchedumbre de los pecados* (1 *Pedro* 4, 8) y ama, no obstante ellos. Porque los ríos de las maldades *no pueden apagar aquella encendida llama de amor* (*Cant* 8, 7) que en el pecho de Dios arde; pues vemos que estando tan llenos de pecados y tan húmedos con estas aguas, con repugnancia de ser encendidos en el amor del Señor como leña verde y mojada, sopló tan fuerte el espíritu del Señor que echó fuego en nuestras entrañas, que apagó el agua de nuestra maldad haciendo bien a los malos. Quien este amor ha experimentado, ¿por qué anda dudoso del amor del Señor, pues se ve por su bondad libre de aquellas grandes humedades de primero? No bastaron las primeras para que el Señor no *atrajese a Sí* a quien amó (*Jer* 31, 3): no bastarán éstas para que eche de sí al que recibió. Quiere Dios ser conocido por amoroso, pues lo es; y que la gloria de esto sea conocida ser suya, pues, sin merecerlo, nos ama. Y si quiere hallar un gran libro para leer cuán bueno es Él, mire cuán malo es vuestra merced, y crea que Dios le ama, y verá un retablo de hermosura de amor, pintado en la vileza de sus propias maldades.

He dicho esto para que entienda que no se huelga Dios que sus hijos anden desabridos, aunque sea por sus propios defectos; mas quiere que luego miren a Él, para templar la tristeza que les viene de mirarse a sí mismos. Los quiere esforzados, mirando que son amados, y no pusilánimes, viendo que deben ser aborrecidos. Y por esto conviene ir poco a poco y con buena esperanza en este camino, cantando al Señor, que *es bueno, y para siempre su misericordia* (*Sal* 135,1), en traer, en sufrir, en amar, en glorificar. Y en esto respondo a lo que vuestra merced me pide: cómo conocerá a Dios y tratará con Él. Digo que lo que ha menester conocer de Dios es, quien es para con vuestra merced; y esto conocerá entrando en cuenta con sus misericordias, desde que de la nada le creó, hasta el punto en que estuviere cuando lo pensare; y pidiéndole lumbre para conocer sus misericordias por no ser ingrato, se la dará poco a poco, y cocerá quién es Dios, pues tanto ha hecho por uno tan indigno, y cobrara un ánimo

esforzado y amoroso para tratar con Dios. Y éste es el modo como Él quiere que traten con Él los suyos, y estén con amor y confianza.

No conviene fatigar la cabeza con el recogimiento, porque este negocio es de pura gracia del Señor. Me parece que antes de la oración vuestra merced lea algún libro que trate de lo que quiere después pensar, porque con esto se recoge un poco el corazón. Y es mal hecho dejar la comunión, aunque falte la devoción, como quien no se quiere llegar al fuego si no está caliente. Nunca pase de ocho; y si hubiere alguna particular necesidad, o mucha hambre de Él, recíbale alguna vez en la semana. El aparejo ha de ser la buena orden que tenga en toda la vida y semana; según uno decía, que nunca había particular preparación para comulgar, porque cada día hacia todo lo que podía. Mas bien será que haya más templanza en la cena la noche antes, y particular pensamiento de esta palabra: [*He aquí que viene el esposo; he aquí que tu Rey viene a ti; prepárate para cumplir con Dios*]. Y Cristo sea su luz.

60.—A una doncella

Que había comenzado a servir a Dios, que reconozca el beneficio de la vocación divina, y corresponda con amor, gratitud y obediencia.

Devota sierva de Jesucristo:

1. Perdonadme que no os he escrito esforzándoos en el propósito santo que nuestro Señor os ha dado, y en la guerra que contra los demonios tenéis por el nuevo camino que habéis comenzado. Y conozco en esto mi descuido; porque así como el padre, que según la carne engendra, es obligado a mantener lo que engendró, así a quien Dios da una ánima para que, mediante su santa palabra, la engendre para el servicio de Dios, es obligado que la recree, regale, enseñe y esfuerce en lo comenzado. Placerá a su misericordia, y me dará gracia para hacer lo que hasta aquí he faltado, porque vos seáis consolada y yo salga de culpa.

2. Lo primero, doncella, que me parece que debéis hacer, es conocer el gran beneficio que de la mano de Dios habéis recibido en haberos dado corazón que desprecie lo presente, y haceros amadora de lo que no se ve con estos ojos, ni se oye con estas orejas, ni se toca con estas manos; mas se gusta con la limpieza del ánima, y es cosa que más que todas éstas juntas vale sin comparación. San Pablo ruega a Dios que dé a entender a los de Éfeso (1, 16-18) *el grande bien para que son llamados;* y yo suplico lo

mismo para vos, para que conociendo el gran valor de vuestra esperanza, seáis más agradecida a quien os llamó, y holléis [despreciéis] de mejor gana estas poquedades de acá, como a quien le diesen oro, de buena gana dejaría el lodo y estiércol.

3. ¿Sabéis, hermana, para qué os llama Dios? ¿Sabéis cuál es el fin del camino que habéis comenzado? ¿Sabéis cuál es la joya de vuestra pelea, y la corona de vuestra victoria? Es Dios mismo. No puede vuestro bien subir en el precio; ni tenéis por qué desear lo que las reinas poseen, pues, en comparación de vuestro Amado, todo lo otro es como nada, y más da pesadumbre que contentamiento. ¡Oh cuán dichosa habéis sido en haberos puesto Dios en el camino para Él! ¡Y con qué alegría es razón que corráis, aunque sea metiéndoos por lanzas, a gozar de los dulces abrazos de vuestro Padre y Esposo, con que os está esperando, para en compañía de otras doncellas, que dejaron lo que vos dejáis, y amaron lo que vos amáis, haceros para siempre gozosa y bienaventurada en Él! ¡Oh si vieseis las coronas de las que hollaron la carne, despreciaron el mundo, escogieron aquí el más despreciado lugar, y con entrañas encendidas amaron a nuestro Señor! ¡Cuán buen trueco hicieron!: lo terreno por lo celestial, el gozo que presto se pasa, por el que no tiene fin: y finalmente, trocaron lo creado, y alcanzaron al Criador, con el cual reinan, no arrepentidas por lo que dejaron, mas muy gozosas con lo que hallaron, y para siempre poseen. ¡Bendito sea Dios, que en el número de estas dichosas os hizo dichosa, y os alzó vuestros ojos para que miraseis a Él, y quitándolos de la vanidad, los empleaseis en la verdad!

4. Amadle mucho, doncella, pues Él os ha amado mucho, y primero que vos a Él, que si lo miráis, dormida estaríais en el sueño del olvido, mas vuestro fiel Amador no dormía olvidándoos a vos; mas veló sobre vuestro remedio, y se acordó de vos atrayéndoos a Sí. Mucho amadle, que mucho le debéis, pues os perdonó en lo que caísteis, y os libró de lo que pudierais caer; todo aquello contad por perdonado, que hicierais si no os guardara su mano. Y por eso todos le deben, ahora caigan y los perdone, ahora no caigan y los preserve. Pues ¿en quién vos mejor os podéis emplear, que en servicio de tan buen Señor, que así tan piadosamente os sufrió, esperó y para Sí llamó, para daros de esposa, y teneros guardado tálamo limpio, y corona de reina como conviene a esposa de Rey celestial? *Alegraos otra vez; otra vez os digo alegraos* (Filip 4, 4); y sabed estimar vuestro bien que en Jesucristo tenéis, pues es vuestro Esposo el que es mayor que los ángeles; y al que ellos llaman Señor, podéis vos llamar Esposo, porque lo quiso Él así. ¿Qué le daréis vos por estas mercedes? ¿Qué haréis vos por Él? Conoced que este bien no se puede pagar ni servir; merced es y gracia, no galardón de

merecimiento. Porque antes que una persona conozca a Dios, ¿qué tiene sino desmerecimientos muchos, y ninguna cosa buena delante el acatamiento de Dios? Amada fuisteis, y de balde lo fuisteis; y conocedlo así, para que más sabroso os sea el bien, cuanto, sin merecerlo vos, os fue dado. Y eso poco que sois ofreceos en perpetuo sacrificio a nuestro Señor, y decidle: Señor: por Vos vivo, para Vos quiero vivir; vuestro amor me guardó y me llamó, para amaros quiero vivir. ¡Oh Señor, y quién tuviera muchas fuerzas para con todas amaros y deciros (*Cant* 2): ¡Mi Amado a mí, y yo a Él! Vos me amasteis con todo Vos, entregándoos todo por mí en manos de crueles sayones: yo me ofrezco en manos no crueles, sino piadosas, que son las vuestras, para que hagáis Vos de mí a vuestro querer, y viva yo para Vos y no para mí, que con el amor y agradecimiento le tendréis contento en lo que toca a Él.

5. Conviene más que miréis cuán amigo fue Él de obedecer y de humillarse, pues fue sujeto a criaturas, siendo Él su Criador; y andaba a la voluntad de ellas el que, por su querer se rige el Cielo y la tierra; y quiere de vos que seáis mansa y humilde, a semejanza de Él, blanda y callada, obediente y sosegada como una paloma; porque, pues Él es Cordero, vos debéis ser cordera, para que seáis semejables, para ser Esposo y esposa. Preciaos mucho de ser obediente, aunque sea en cosas muy duras, pues vuestro Esposo lo fue hasta la muerte de cruz. Porque obedecer en lo que no da pena, no es mucho de agradecer; mas en lo que no hemos gana, es contado por muy gran sacrificio, que huele muy bien delante de Dios.

6. Y con estas dos cosas estaréis armada contra las astucias del diablo, para que si os quisiere traer al pensamiento lo placentero que hay en el mundo, le respondáis: ¡Mejor es mi Jesucristo! Y si os quisiere desmayar, que no habéis de salir con lo comenzado, decidir: *Quien lo comenzó lo acabará* (*Filip* 1, 6), que es Jesucristo. Él me amó antes que yo le amase; ahora que lo quiero no me desamparará. Si os dijere que habéis pecado mucho, y que no habéis de ser perdonada, decidle que vuestro Esposo a todos los que le piden perdón perdona, aunque fuese al mismo demonio. Y si os trajere vanagloria de que habéis pecado poco y hacéis mucho bien, decidle que ninguno hay que pueda decir tener pocos pecados, ni que hace todo lo que puede en servicio de Dios. Y si algo os dijere que hagáis, decidle que no sois vuestra, sino que tenéis a quien obedecer; y con la señal de la cruz y nombre de Jesús, y firme y perfecta fe en el corazón, no os podrá nada dañar. No le tengáis miedo, antes despreciadle. A sólo Cristo temed, y a Él reverenciad y amad; el cual os haga muy suya como yo se lo suplico y deseo. Amén.

61.—A una doncella

Animándola al encerramiento y vida de trabajos y menosprecio del mundo.

Desde acá me parece que recibo consuelo con el crédito que tengo de vos, pensando que andáis ahora con más cuidado en el camino de nuestro Señor que cuando yo estaba allá; que para ser buena hija así lo habéis de hacer. Porque las buenas mujeres casadas, en ausencia de sus maridos se prueban, y las buenas hijas, en ausencia de sus padres; y de esta manera prueba nuestro Señor a las ánimas, que muchas veces se les esconde, y las deja en sequedad y tristeza, para ver qué paciencia tienen, y si le sirven como antes, o si van a buscar consolaciones de fuera, como les faltan las de dentro.

Mirad, hermana, el fin de las cosas, y no seréis engañada por ellas; que en una sepultura para toda la flor del mundo y la lindeza de la carne; y gusanos comen al cuerpo, por mucho que a placeres y regalos se haya dado; y con gran hedor demuestra la carne lo que es y cuán engañado es quien la sigue. ¿Qué es de los malos que ante nos han pasado, por grandes placeres que hayan tenido? ¿No están sus cuerpos tornados polvos, y sus ánimas en fuegos eternos, por unos breves y sucios deleites, que se pasaron así como sombra? ¿No están en amargura sin fin, sin tener un solo momento de consuelo, los que, viviendo acá, huían del trabajo, buscaban la vida ancha, y daban a su cuerpo contentamiento? ¡Oh cuán de buena gana trocarían ahora la vida regalada que pasaron, con la que otros pasaron en aspereza! Mas no hay allá lugar de arrepentimiento, sino de recibir cada uno lo que acá hizo. Y para esto es la discreción, para en este breve tiempo que tenemos, escoger el trabajo, por no caer en aquel que para siempre dura: y hacer fuerza a nuestros deseos, por no caer en aquel lugar donde todo se hace contra los deseos de quien allá va.

¿No es mejor penar aquí un poco por Cristo y con Cristo, que arder allá para siempre con Lucifer? ¿No es mejor escondernos un poco al mundo, y después en el reino de Dios parecer gloriosos delante de todos, que, por querer gozar de un poco de humo, perder esto y aquello? Porque el malo tan poco goza acá como allá, pues la mala conciencia le da acá amargura y tristeza y allá el infierno le atormenta; mas quien por Cristo pasa trabajos es consolado por Él, y con la alegría de la buena conciencia y con la esperanza de su galardón vive contento, y se le tornan los trabajos rosas. Mas ¡triste de aquel que anda atemorizado con su mala vida y a sombra de tejados,

huyendo de Dios, y no queriendo que viniese la hora para parecer delante del Señor! Porque este tal, aunque se ría con el cuerpo, y aunque dé a su carne lo que desea, nunca siente placer, por el gusano del corazón que le está siempre royendo.

Y pues esto, hermana, entendéis, escoged lo mejor, y haced de vos sacrificio a nuestro Señor, ofreciéndoos a la cruz por Él. Y sí os parece cosa recia un encerramiento tan grande, miradle a Él clavado en una cruz en lugar tan estrecho, que por no caber los dos pies juntos, fue menester poner un pie sobre otro. Y sabed que así se gana la anchura del Cielo, mejor que con los anchos y grandes edificios del suelo; porque el Señor lo ha determinado así, que por cruz, y no por anchura, vayan a Él. Presto vendrá nuestro día, y dejaremos este destierro, y parecerá ser cuerdo quien aquí se escondió, y entendió en ataviar su conciencia: y parecerá loco quien quiso gozar de la sombra y humo, y perdió lo que para siempre es durable. El Espíritu Santo sea siempre con vos, y os haga tal como yo os deseo.

62.—A una señora

Que sentía muchos impedimentos en el servicio de Dios, enseñándola la confianza que debe tener en el Señor.

1. La lumbre y fuerza del Espíritu Santo sea siempre en el ánima de vuestra merced.

Los que por el profundo mar navegan con nuevas de alguna tierra lejos, y muy sana y muy rica, que van a buscar y esperan hallar, suelen pasar grandes trabajos, ya de tempestades de la mar, ya de falta de mantenimiento, ya de otros peligros que hay en la mar, especialmente cuando no se ha navegado por allí; y con la esperanza de la tierra rica sufren todo lo que les acaece, aunque pierdan la vida. Y pues hay en la tierra tanto esfuerzo para padecer mucho en busca de cosas pequeñas, no se desmaye vuestra merced, a quien Dios ha dado nueva del bien que en los Cielos tiene aparejado para los que le aman; mas sufra mucho, pues anda en empresa tan grande. Y no se maraville de quedar algunas veces como encallada, y que no ve luz ni norte donde atine, sino que todo le parezca tinieblas; que Dios quiere meter a los suyos en tales trances, que ellos, por necios que se muy claro que no les aprovecha su juicio ni fuerzas; mas no los desampara ni deja en aquel abismo de oscuridad y desmayo; mas los saca, o luego, o al tiempo que a Él place, y salen humillados y más confiados de Dios. Verdad es que después vienen a otros trances, que tan poco se puede el hombre aprovechar de

aquella merced que Dios le hizo en sacarle, como si no hubiera pasado: y quedan del todo tan pobres como antes. Y así trae el Señor a los suyos tan colgados de Sí, que tiemblan mirando en qué abismos caerían si de arriba no viniese socorro. Y quiere Él tomar este negocio por suyo, y estar más cerca de su siervo, cuando al siervo parece que está más lejos; y aunque el siervo no puede confiar con aquella firmeza que querría, no deja Dios de guardarle, para que así vea el hombre que Dios es fiel (1 *Cor* 10, 13), que no deja a los suyos, aunque ellos falten en muchas cosas.

2. Como redoma de vidrio en manos de hombre que juega de manos, que la echa muchas veces en alto, que piensan los otros que se ha de caer y hacer cien mil pedazos; mas el diestro jugador la toma muy seguro en la mano, y la torna a echar, hasta que ya se les quita el miedo a los que lo ven, y tienen por tan diestro al jugador, que se admiran de su destreza: no tema la pecadorcita, mas confíe que la mano poderosa de Dios la tiene en su mano, y la echa en alto y en el profundo, mas siempre le ha ido bien, por la fidelidad de Dios que la ama; y aunque ella tiembla y no halla la fiucia y firmeza en su corazón que querría, sepa que mudándose ella, no se muda Dios; mas allí en medio de los torbellinos y de los grandes despeñaderos, allí puede estar confiada, pues está escrito (*Jn* 10): *Las ovejas que tengo en mi mano, ninguno me las quitará*. Y por la bondad de Él, puede pensar que ella es oveja de Dios.

3. Me acuerdo que los tiempos pasados deseaba con grande ansia Rebeca, mujer de Isaac, tener hijos; y rogó su marido a Dios que se los diese, y luego concibió; y al cabo de ciertos días sintió dos hijuelos andar en su vientre, con tanta brega uno contra otro, como si fuera un torneo o batalla. Espantada de esta novedad y fatiga con sentir guerra dentro de sí, se va a su marido y le dijo: *Si así había de pasar este negocio* de tener hijos, *no sé* para qué los deseé, ni *para que concebí;* te ruego que me digas qué es esto, o que significa. Se pone el marido en oración, y le responde de parte de Dios: que aquellos dos hijos significaban *dos pueblos* que *saldrían de ellos*; y que *el mayor de aquellos niños serviría al menor*, aunque el mayor era guerrero y combatidor de sus hermanos (*Gen* 25, 21); y así se sosegó.

Señora, si desea vuestra merced saber qué es lo que tiene, oiga: Dos hijos trae en su alma, y el uno pelea contra el otro, y dan pena a la medre. El uno es instinto e inspiración de Dios; el otro es tentación del demonio; y el uno es manso, lleno de paz; el otro es turbación y regaño. Consuela el uno a su madre en los trabajos que pasa y le dice que se pasarán presto, y que más merece Dios que sufra por Él: y el otro dice que vida tan larga y siempre

trabajos, ¿quién los ha de llevar? Él uno esfuerza, diciendo que Dios acabará lo comenzado: el otro desmaya y trae desesperación, tanto, que fatigadas algunas madres con pelea tan cruda y continua, dicen: Si estos puertos hay que subir en el camino de Dios, ¿para qué me metí en este camino? Mas dice el varón por consejo de Dios, que no tema la buena mujer; que de estos dos hijos, ha de prevalecer el menor, y mandar al mayor; y que con esta esperanza se consuele y sufra su trabajo. Primero, señora, tuvimos el mal pensamiento y el mal corazón que el bueno; y por eso el mal hijo es el mayor; y después viene el bueno, y ve ahí la guerra entre ellos. Mas como el bueno sea cosa de Dios y siempre vence, sepa toda criatura que siente esta guerra, que vencerá el menor al mayor, y le pondrá tan sujeto, que no ose rebullirse él, ni pensamiento que venga de él.

4. Por eso, señora, pues Dios ha vencido en vuestra merced hasta aquí, espere que vencerá de aquí adelante; y aprovéchese del ruin hijo para ver cuán ruin es la madre que le engendró. Ese hijo es propio suyo, y de ella sola; que el bueno infundido es por el Espíritu Santo; y suya es la gloria, no nuestra. En todo la sacará Dios victoriosa, porque toca así a su honra. Con estos tormentos purificará esa ánima, y la hará vaso escogido suyo, y sacará mil provechos si está atenta ella; y aprenderá a sufrir faltas ajenas, viendo cuán poco puede quitar las propias suyas hasta que las quita Dios; y se acabará de purgar de mil cosas, que sin tribulación ni prueba, no se pueden quitar ni entender; porque escrito está (*Eccli* 34, 9) que *el varón que no es tentado, ¿qué sabe?* Y de pedir leche de niña, vendrá a comer pan con corteza; y en lugar de lo que me envía a decir acerca de mi ida, me enviaría a decir palabras de grande, como Dios le ha enseñado que se han de decir. Esperando estoy este día para hacer fiesta en él, como lo hizo Abraham cuando destetó su madre a su hijo Isaac (*Gen* 21, 8). Mas si tan presto no viniere este día, no recibiré yo pesadumbre de *hacerme flaco con el flaco para ganarlo para Cristo* (1 *Cor* 9, 22). Y servir así o así, y todo el tiempo de mi vida, lo tendré por muy grande merced de Dios, como hasta aquí lo he tenido. Cristo la guarde debajo de sus alas. Amén.

63.—A LA MISMA SEÑORA

Que el camino del Cielo es la cruz, y cómo se llevará con alivio.

1. Señora: Ya sabe que no ha de costar poco el Cielo; ya sabe que, unos de una manera y otros de otra, no se ha de salvar nadie sin cruz. Y que no está en manos del hombre escogerla, sino que ha de tomar la que el Señor

da. Porque si el hombre la escogiese, ni le sería provechosa, ni se probaría la obediencia de la voluntad que a Dios se debe, sujetándonos a Él en lo que queremos y no queremos. Muy mejor sabe Él lo que nos envía, que nosotros lo sabemos pedir; y por esto hemos de pasar adelante, aunque sea por puertos muy agrios y agujeros muy estrechos que nos hagan sudar; y saliendo de una guerra, entrar en otra, y decir cada día; *Ahora comienzo* (*Sal* 76, 11). Porque esta santa porfía es la que vence al demonio, y agrada al Señor. Porque no es arremetida, sino la larga perseverancia que cobija al hombre hasta su fin; como la vestidura que hizo Jacob a su hijo Josef (*Gen* 37), que llegaba hasta el calcañar, cubriéndolo todo. Adelante, señora, adelante, que *por fuego y agua hemos de pasar al descanso* (Sal 65, 12). Más merece el Señor que se pase por Él. Mucho más será el descanso que el trabajo; pues será mayor en calidad, y mayor en el durar. Todo lo de acá tiene fin; lo de allá no.

2. Los que se cansaron en el desierto, y se desmayaron, por ser el camino largo y duro, y los enemigos grandes como gigantes (Ex 13, 29), desagradaron al Señor y fueron de Él desechados, porque se contentaban más de haber estado en Egipto en cautiverio que de haber salido tras el Señor por camino áspero; y perdieron sus trabajos pasados, por pereza de no sufrir los presentes. San Pablo cuenta de los trabajos de los Santos Patriarcas y Profetas (*Hebr* 11), alabando en ellos mucho la longanimidad del corazón, que es una virtud que hace al hombre muy largo en el esperar, y nunca ahitarse [cansarse, hartarse] de la tardanza de las promesas de Dios. Y por esto dijo Dios por Isaías (22): *Él que creyere no se dé prisa*. Lo cual el Señor dijo porque, mandando anunciar por boca del Profeta la venida de su Unigénito al mundo, quizá habría algunos que pensasen que había de ser a cabo de pocos años; mayormente, como el Señor decía, que de ahí a poquito vendría. Avísales, pues, que no traten con Él, ni con sus promesas como hombres de corto corazón, oyendo hoy y esperándolo mañana, sino que sea su creer sin mucho aguijar [aguijonear], esperando luego lo prometido.

Baste, señora, que el camino que vuestra merced ha caminado ha sido por desierto; y como dice Jeremías (2, 6), *por tierra de sed, y que tiene imagen de muerte*. Y me parece que el desierto no es acabado; más queda que andar. Y a las veces queda, al cabo de la jornada, una gran cuesta para subir a la ciudad a donde vamos; y al cabo de la copa de la purga suele estar lo que más amarga; y al cabo del cautiverio de Egipto fue la persecución mayor contra el pueblo de Dios, que nunca había sido. Y aunque por una parte dé esto desconsolación, porque parece agua caliente sobre quemadura, y viene sobre tanto cansancio, por otra es cosa que debe consolar, pues tras

la cuesta está la Ciudad, y acabado de beber el suelo de la purga, no hay más que beber; y tras la grande persecución de los gitanos [egipcios] viene la liberación de la mano poderosa de Dios, y uno es víspera de otro.

3. No conviene, señora, desmayar por la grandeza de los enemigos, no por sus astucias, no por tormentos que den: que tanto será más acepta a su Señor, cuanto más fuere perseverante en mayores tormentos por Él. En cruz conviene estar hasta que demos el espíritu al Padre; y vivos, no hemos de bajar de ella, por mucho que letrados y fariseos nos digan que descendamos, y que se seguirá provecho de la descendida, como decían al Señor (*Mc* 15). La cruz se tomó por Él, y Él la ha ayudado a llevar hasta ahora; y si alguna vez es tan pesada, que hace arrodillar, así también hizo a nuestro Señor; y no se maravillará Él que nuestra flaqueza arrodille, pues su gran fortaleza arrodilló; lo cual Él quiso hacer para que no desmayasen los flacos, cuando con el peso de los trabajos algunas veces les parece que, no pudiendo sufrir tanto, quedan atollados con tristeza y como con alguna desconfianza, y sin aquella alegría en el padecer que otras veces. Bien sabe el Señor nuestra masa, bien sabe nuestra mancha; que en la frente la traemos escrita para con Él; no se maravilla de nuestras flaquezas, y más ama nuestra humilde confesión de nuestra falta, que nuestro engreimiento con la justicia. Padre nuestro es, guía es de nuestro camino; aunque alguna vez se esconde a los caminantes, como la estrella a los Reyes, no por eso los dejó, que luego les tornó a enseñar su luz, con la cual se gozaron de gozo nuevo, como quien tenía tristeza por haberla dejado de ver.

4. Por estas mudanzas pasaron los siervos de Dios que ahora reinan con Él: ya con lumbre, ya a oscuras; ya con esfuerzo para vencer todo el mundo y todos los trabajos, ya con tanta flaqueza que una paja les parecía un quintal, y no podían pasar adelante, apesgados [oprimidos] de su propia pesadumbre; y les parecía cosa recia andar en estas mudanzas, y como dice Job (14): *Nunca permanecer en un estado mismo;* y David dice (Sal 29): *Que a la tarde hay lloro y a la mañana alegría;* y otras veces hay tarde alegre, y mañana triste, queramos o no, por esta mar hemos de navegar, que nunca está queda. Diferencia ha de haber de quien reina en la tierra firme del Cielo, a los que navegamos en la mudanza continua de la mar. Y debemos contentarnos con que no huyamos de la guerra, aunque algunas veces nos hieran en ella; que, en fin, no desechará Dios a su pueblo, como dice David (*Sal* 94); y se acordará del amor del desposorio cuando le siguió en el desierto (*Jer* 2). No tiene el Señor olvidado lo que por Él ha pasado; no la tiene olvidada en lo que ahora pasa. En tormentos esta por su honra y amor; Él sacará a puerto su nao, y ojeará los cuervos que vienen a ensuciar su

sacrificio (*Gen* 15, 1). Así trató a otros sus siervos acá, y así los libró y galardonó: y después cuentan con más alegría lo que acá más pena les dio.

Pensemos qué placer será del demonio si en sus manos nos asiese, y qué burla haría de ver que goza él de nuestros trabajos; y por otra parte pensemos qué placer daremos al Señor y a sus ángeles en ser fieles en lo que nos puso, y con cuánto gozo *cantaremos las misericordias del Señor para siempre* (*Sal* 88, 1) en el Cielo por habernos librado de las miserias y lazos de aqueste suelo. Él sea luz y esfuerzo de vuestra merced, amén, para que todo lo pueda confortada por Él.

64.—A la misma señora

Animándola a lo mismo que en las pasadas

1. Mi ánima ama a la de vuestra merced, porque Dios la ama, y porque de su bien me ha de caber a mí no poca parte. San Pablo dice que aquellos a quien predicó eran *su gozo y su honra y su corona* (*Filip* 4, 1); porque recibiendo por su boca la palabra de Dios, habían mudado su vida y entrado en el camino de Dios. Y así daban muy grande gozo a San Pablo; porque allende que se alegraba del bien de ellos, esperaba también el galardón el día postrero, por haber sido instrumento mediante el cual Dios había ganado aquellas ánimas. Por eso les llama *corona*; porque así una como corona hermosea y honra la cabeza de quien se la pone, así los que fueren salvos por la predicación de uno, le honrarán y alegrarán como hermosa corona de ricas piedras. Y siendo esto así, no es mucho de agradecerme que yo quiera el bien de su ánima; porque el bien de ella es mío, por haberme Dios hecho esta merced de habérmela dado por hija, y me la ha de dar por una de las piedras de mi corona, que en aquel día me dará, si yo perseverare en serle fiel en el llamamiento que me ha llamado.

2. Y porque, señora, es vuestra merced piedra que ha de poner en corona, quiere nuestro Señor labrarla muy bien; que no es razón que pongan en corona piedras toscas y de ningún valor; que aquellas han de ir a los infiernos, pues no recibieron la labor y esmalte del espíritu del Señor. Mas las *piedras vivas*, de las cuales se edifica la celestial Jerusalén, son aquí labradas con tantos golpes, que parece que las quiere nuestro Señor quebrar, y que sin compasión les da golpes nuevos, aun antes que se haya quitado el dolor de los dados. Mas no las quiere quebrar, sino purificar; no destruir, sino hermosear y parar tales, que cuanto acá parecían más maltratadas, tanto más resplandezcan el día postrero delante el acatamiento de Dios. Entonces

parecerá misericordia lo que aquí parecía crueldad; y asentará Dios a sus piedras labradas cada una en su lugar, y en tan bienaventurado lugar, que el menor de ellos es de más estima que los reinos e imperios, y que cuantas cosas se pueden pensar. ¡Oh bienaventurados golpes, que en tal descanso han de parar, y bienaventurado trabajo que ha de ser pagado con abrazos de Dios! Hiérenos, Señor, aquí cuanto mandares, porque allí nos halagues; haznos llorar, porque nos enjuicies las lágrimas; desconsuélanos en todo, porque gocemos de Ti, que eres el todo; y senos aquí riguroso, porque nos guardes para allá tu misericordia. En este mundo desterrados estamos, y como en víspera de Pascua y arrinconados; el Cielo es nuestra tierra, y nuestra fiesta, y nuestra anchura; y por eso, como quiera nos pasaremos aquí, para que cuando aparezca la gloria de Dios, aparezcamos nosotros en gloria (*Col* 3, 4), y celebremos aquella alegre Pascua con tantos ciudadanos que aquí primero celebraron la vigilia.

3. Señora, de gracias a nuestro Señor, que la trata como trató y ha de tratar a sus muy queridos, que a su Unigénito Hijo, que es la principal piedra, mire qué de golpes le dieron, que le labraron de pies a cabeza; y aquellos golpes también le lastimaron a la segunda piedra del Cielo, que es la Virgen nuestra Señora; y así conforme al asiento que a cada uno han de dar, así aquí ha de ser labrado. Y si esto conviene aun en los justos, ¿qué diremos los pecadores, sino bajar la cabeza y decir: Señor, poco me castigas para según yo merezco? Poco es todo lo que yo puedo pasar, aunque todos los trabajos yo solo pasase; porque quien el infierno merece, ¿qué pena de acá le debe parecer grande? Conozcamos, señora, que nos es Dios piadoso, aun cuando más riguroso parece; que cierto así es; pues a quien aquí castigare, allá no le castigará, mas consolara; porque escrito está (*Nah* 1, 9) que no juzga Dios una cosa dos veces. Todo lo que pasamos lo merecemos; mas es Dios tan piadoso, que por los azotes que nos envía, nos perdona los pecados, y nos los cuenta en servicio para darnos corona por ellos. Y pues los trabajos de acá excusan el purgatorio, y hacen ganar el Cielo, ¿quién no los amará cuando vienen, y aun pedirá a Dios más y más de los que tiene, y estará triste cuando no los tiene? Quien a Cristo y a su reino conoce, no tiene en este mundo compasión de él; porque tanto más cree ser apto a Él cuantos más trabajos pasa por Él. Y así decía aquel amoroso Ignacio: «Fuego, cruz, fuerza de bestias, cortamiento y apartamiento y quebramiento y destrucción de miembros, y destruimiento de todo el cuerpo, y los azotes del diablo; todas estas cosas vengan sobre mí, porque yo merezca alcanzar a Jesucristo. Ninguna cosa me aprovecharán las cosas de este mundo, ni el reino temporal. Mejor me es morir en Cristo, que reinar en los fines de la

tierra.» Estas cosas dice aquel Santo, como quien conocía y amaba a Jesucristo, y veía cuán bien empleado es todo por ganarle.

4. De esta manera, señora, se esfuerce vuestra merced a padecer purgatorio de sus pecados. Y aunque no hubiera pecado, se había de esforzar a pasar trabajos por el puro amor de Jesucristo, que por ella tantos pasó sin haber hecho por qué. Y así se lo diga, que aunque ella lo debe, que lo quiere pasar por amor de Él, como si no lo debiera: y conforme a su corazón, así lo recibirá el Señor, como empresa que vuestra merced trae por amor de Él. En los amores de acá otras empresas se dan: mas en los de Dios el padecer es la empresa. Y quien no es fuerte a padecer mucho, no diga que ama a Cristo mucho, porque no hay amor sin dolor acá. Espero en Dios que, así como acá le da dolores y trabajos, en el otro mundo le tiene guardado descanso. Aunque harto galardón es padecer por tal Señor; y así como ninguna cosa hay tan para desear en la otra Vida, como gozar con Cristo, así no la hay en esta otra tal, como padecer con Él y por Él. Sufra de buena gana, pues que ha de ser coronada: que los trabajos que pasa le vienen para ganar corona.

65.—A UNA SEÑORA

Que es gran merced de Dios sentirse amada de su Majestad en las contrariedades.

Como cuando los padres oyen comenzar a hablar a sus hijos pequeños se alegran mucho, aunque la palabra no vaya muy bien pronunciada, porque aquélla les da esperanza que el niño hablará perfectamente adelante, así me ha acaecido a mí con la carta, oyéndole decir a vuestra señoría que en no tener habilidad para hacer un examen no se desconsolaba, sino entendía que nuestro Señor le quería mostrar la inhabilidad que ella tiene de sí, y que era para bien de ella, y se consolaba con ello. A Dios gracias, señora, que hablan los niños, que hablan los mudos, que entienden los tontos, y cuanto más vuestra señoría quisiere. Otra vez gracias a Dios, del cual sólo viene esta merced, que uno se sienta amado cuando en lo exterior parece desfavorecido.

Siga esta vena que Dios le ha mostrado, y cave hasta que llegue al cabo; y en todo lo que no hallare lo que desea, entienda que la quiere Dios enseñar cuán poco puede vuestra señoría de Sí, ni aun sabe lo que le cumple. Y esté toda puesta en las manos de la misericordia de Él, tomando lo que le diere con hacimiento de gracias, ahora sea pan, ahora sea piedra, entendiendo que todo es para bien de ella. Y con esta receta podrá oír los

sermones, y podrá hacer todo lo demás con contento de nuestro Señor. Ponga ella su pobre caudal, y espere de nuestro Señor lo que le cumple; y aquello piense que le cumple, que Él le envía.

Plega a su inmensa bondad abrir con gracia sus ojos para que vea cuánto tiene por qué desconfiar de sí propia, y cuánto para confiar en el Padre de las misericordias, que, por remedio de los viles esclavos, dio el propio Hijo. En aquellas entrañas que tal hazaña hicieron encomiendo a vuestra señoría, y en ellas procure morar y acudir en todas sus cosas.

66.—A UNA SEÑORA

Que le preguntó qué haría para ser muy santa. Le responde que se dé a la humildad, y al amor de Dios y del prójimo.

Las cartas de vuestra merced he recibido, y aunque no respondo a todas, no deje vuestra Merced de preguntarme lo que quisiere, si quiere ser muy santa como dice; porque lo otro ni es de humildes, ni obedientes, y, por tanto, no es de santos.

Lo que vuestra merced ha de hacer para ser muy santa es, lo primero, tenerse por muy mala, y tener a Dios por muy bueno, del cual sólo es hacer a los malos buenos, y a los buenos mejores, ayudándose ellos de sus favores que da. Conviene, señora, ser muy leal a nuestro Señor Jesucristo, para darle toda la gloria del bien que tenemos; porque si en ésta le tocamos, en la niña de los ojos le tocamos, y quedarnos hemos sin honra y sin bien.

Item, conviene amarle mucho, para tener mucha santidad; porque el amor hace la santidad; y quien más ama, más santo es. Y se prueba este amor ser verdadero en guardar las palabras de Dios, y en padecer cruz por Él: y mientras más dura y seca, tanto más se muestra el amor de quien la lleva.

Item, se prueba el amor en el propio desprecio y propia abnegación, como el Señor dice, que *quien quiere ir tras Él, se niegue a sí mismo* (*Mt* 16, 24). Gran enemigo de su propio parecer y de su propia voluntad es el que a Dios ama mucho, y agradece mucho a quien le ayuda a vencer estos enemigos con contradecirle y darle enojos y hasta que uno tiene este celo de Dios contra sí mismo, vengándose de sí con la penitencia que puede, y holgándose que otros venguen a nuestro Señor de él, poco ha caminado en el camino del perfecto amor de nuestro Señor, el cual hace santamente aborrecerse a sí mismo, para de verdad amar al Señor y a sí mismo.

Item, la prueba del perfecto amor de nuestra Señor es el perfecto amor del prójimo, el cual crece como crece el de nuestro Señor, y hace al que lo tiene tan uno con todos los prójimos, como son los miembros de un cuerpo; y de aquí nace la oración cuidadosa por todos, y el hacer penitencia por ellos, si puede.

Sea Cristo su amor para siempre.

67—A una señora afligida.

Cuán gran merced de Dios es hacernos mártires de su amor.

He dilatado he la respuesta de la carta de vuestra merced, esperando tener alguna mejor disposición, para con mejor aparejo pedir a nuestro Señor la respuesta que vuestra merced ha de responder a Él; y como todavía dura mi indisposición, me pareció no esperar más, porque no es justo dilatar la respuesta mucho tiempo a tan gran Señor, pues en sabiendo su voluntad, es razón que le demos la nuestra.

Ya vuestra merced ha oído de mi muchas veces que el mayor favor que en este mundo Dios hace a los suyos es padecer por amor de Él; y esta merced es tan grande, que por tal la concedió el Eterno Padre a su amantísimo Hijo, y el Hijo la concedió a los muy amados de Él, honrándolos con hacerlos semejables a Él, y dándoles prenda, que pues los hace semejables en el padecer, los hará también en el reino. Y así, señora, vuestra merced se debe tener por indigna de tal misericordia, y agradecerla de todo corazón al Señor que la hace, y acordarse de aquella palabra que la Sacratísima Virgen María dijo (*Lc* 1): *He aquí la sierva del Señor, sea hecho en Mí según tu palabra*, y cuando David envió a decir a aquella buena y prudente mujer Abigail que la quería tomar por mujer, ella, conociéndose indigna de tal dignidad, respondió (1 Reyes 25): *He aquí tu sierva para lavar los pies de tus criados*.

Téngase vuestra merced por esclava, que de su voluntad se ofrece a servir a su Señor y sus siervos en cualquier cosa que Él mandare, honrosa o deshonrosa, de descanso o de pena, de vida o de muerte. Y un día, cuando quiera comulgar, diga al Señor con reverencia y amor: Señor, yo no soy digna de padecer por vuestro amor; mas pues vuestra Bondad esta merced me ofrece, yo la recibo y la consiento, con que Vos, Señor, con la misma bondad me deis la fuerza para llevar vuestra cruz para gloria vuestra pues conocéis mi flaqueza. Y luego diga: *En vuestras manos, Señor encomiendo*

el espíritu mío (*Lc* 23, 46). Y reciba a su Señor con mucha confianza, que le dará esfuerzo para padecer lo que le enviare, y vuestra merced procurará pedir oraciones para lo mismo.

Nuestro Señor la haga mártir de su amor.

68.—A una señora muy afligida

La alienta a la batalla, poniéndole delante las razones que tiene para confiar en el Señor.

1. La gracia y consuelo del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre.

Alguna pena tengo de no haber recibido carta o encomiendas de vuestra merced; porque temo que lo impide, no el olvido, mas alguna grande tribulación procurada por el demonio para hacerle mal, y permitida por nuestro Señor para hacerle bien. Y tanto más creo que es ésa la causa, cuanto más creo que ha de poner ahora todas sus saetas el adversario para turbar la paz y salir con alguna ganancia; por lo cual conviene, señora, que a la mayor guerra ponga mayor resistencia, y la persecución no le sea causa de desmayo, mas espuelas para más encomendarse a nuestro Señor, y freno para más regidamente vivir, que ya sabe que no hay otro mejor camino para agradar a Dios, sino aqueste de los trabajos. Y ya sabe que quiere que los suyos no piensen que están de Él olvidados, aunque estas cosas les vengan; mas que *contra esperanza esperen* (*Rom* 4, 18), y puestos los ojos en Él lo traspasen todo. Y aunque sientan dentro de sí disfavor y *respuesta de muerte*, la confianza les esfuerce y profetice que les ha de librar el Señor con mucha ganancia.

2. El Apóstol dice (2 *Cor* 1): *Os hago saber, hermanos, la tribulación que pasé en Asia, que fue sobre manera, y fue sobre mis fuerzas, tanto que me daba fastidio el vivir, y dentro de mí tenía ya respuesta de muerte; mas esto fue para que no confiemos en nosotros, mas en Dios, que resucita a los muertos, el cual nos libró de tan grandes peligros, y en el cual esperamos que nos librará, ayudándonos vosotros en la oración*. Señora, pues mire si es razón que nos quejemos los pecadores de ser tratados como lo fueron los grandes amigos de Dios, y que huyamos de lo que purga nuestros pecados, y nos hace hábiles para recibir la corona del reino de Dios. Sepa, señora, que le conviene tener guerras grandísimas, y vida que le parezca muerte, y un puro traslado del purgatorio, para que así entienda cómo trata Dios en esta

vida a sus escogidos, uno de los cuales vuestra merced puede confiar que es, a gloria de Dios. El Apóstol dice (2 *Cor* 4): *Cada día somos traídos a muerte por amor de Jesucristo*. Y en otra parte (2 *Cor* 12, 8) suplicó al Señor *que le quitase la tentación del demonio, que le atormentaba mucho;* y oye que le responde Cristo que *bien está así, y se contente con que está en su gracia*.

3. Por tanto, señora, no se derribe con flaqueza, ni desmaye por las grandes guerras; que este Señor que las permite la sacará victoriosa. No suelen los marineros dejar perder las naos ya que las tienen en el puerto o cerca y con buen tiempo, habiendo pasado primero muchos trabajos con ellas en el tiempo de la tempestad y en medio del golfo. Y tampoco dejará nuestro Señor perder la ánima que, estando en golfos tan peligrosos, la guardó, y no permitió que se sumiese en los infernales tormentos, mas la sacó con tanta muchedumbre de maravillas, que dan esperanza que no desamparará hasta el fin a la que tanto amor ha mostrado en los principios y medios. ¿A dónde está, sierva de Cristo, vuestra confianza, si después de tantas prendas de amor, aún desconfiáis ser amada? ¿Es, por ventura, el Señor semejable a los que enseñan amor y no lo tienen? Antes cierto, es tan amador, que aun cuando de fuera parece que castiga y desama, entonces ama, y más ama. No sospeche vuestra merced enemistades, que en verdad no las hay. El Cordero bendito pagó nuestros pecados, y nos ganó la bienquerencia del Padre. ¿Qué causa hay de desconfianza donde tal Redentor y Medianero tenemos? Si mi dicho valiese, diría que creo muy creído de la bondad de aqueste Señor, que así como por Sí mismo sin nuestros merecimientos sacó esa ánima de sus ofensas, así por Sí mismo la ha de guardar entre todas las guerras, y llevarla hasta su presencia en el Cielo, no obstante sus faltas y ruindades, pues son veniales, y le da dolor de ellas. Él hará como quien es, y mirará a sus llagas que en las manos tiene, y no sólo a las obras de nuestras manos, y a los pensamientos de nuestro Corazón: porque Él guiará como estemos en pie, o nos levantará después de caídos; mas a gloria suya coronará a la que pelea, y alegrará a los que la aman.

4. Humíllese mucho a Dios y a los hombres; que no hay otra arte para escapar de los lazos del demonio, sino ser chiquito, porque David dice (*Sal* 114): *Él Señor guarda los chiquitos: me humillé yo, y me libró Él.* Ármese mucho de paciencia. Pues lo que sufre lo sufre por Dios; y no se enoje por mucho que dure la guerra, porque suele el demonio ser importuno por vencer con sola importunidad. Y si no sintiere el ánima cual desea, preséntela a este Señor, que es Médico de ellas, y espere con largueza de corazón su medicina. Él vendrá, cierto, y entrará en su ánima, y mandará a

la mar que sosiegue, y le reprenderá de poca confianza (*Mt* 8, 26), y le abrazará con mayor suavidad que antes ha sido la amargura.

Acá no hay olvido ni descuido en encomendarla a nuestro Señor; espero de Él que oirá las oraciones de los pobres.

Él sea alegría de vuestra merced en el Cielo, y aquí esfuerzo para mucho padecer por Él, como yo lo deseo.

69.—A UNA DEVOTA SUYA.

Que ame ardientemente a nuestro Señor, y le pida su amor, pero con sosiego de corazón.

1. He estado esperando ver alguna carta vuestra para saber de la salud de vuestra ánima, y para alegrarme si está cual deseo, o penarme si no. Yo suplico a Aquel que por vos vivió y murió, para que os dé con su vida ejemplo y con su muerte fuerza, que desde que no sé de vos, hayáis ido en crecimiento del divino amor, pues por amor fuisteis creada, redimida, llamada y ganada, y que *no deis tal mancha en vuestra honr*a (*Eccli* 33, 24) que siendo amada de un tan alto Rey, dejéis vos de le responder al mismo tono, diciendo lo de la Esposa (*Cant* 2): *Mi Amado a mí, y yo a Él*. ¡Oh hermana, y qué merced nos hizo Dios en darnos licencia para amarle, y de convidarnos a ello, haciéndolo primero Él, guardando con nosotros la ley de verdadero amador, que es hacerse uno con lo que ama! ¿Quién hizo a Dios hombre, y, como San Pablo dice (*Filip* 2), *ser hallado en hábito y manera de hombre*, sino el amor que tuvo a los hombres, para que, tomando Él nuestra pobre compañía, tomásemos nosotros la rica de Él? Se hizo semejable a nosotros para hacernos semejables a Él; desciende Él para que subamos, y murió para que vivamos, y toma nuestras cargas para que libres y desembarazados, corramos a Él con el ímpetu del amor, estimulados con las agudas espuelas de sus beneficios.

2. Amad, hermana, a tan fuerte amador: y porque de vos no tenéis el amor que Él os pide, pedídselo vos a Él, para que tengáis qué darle; y con obras piadosas, y con santos trabajos, y ferviente oración, *no deis silencio al Señor*, como dice Isaías (82, 7), hasta que envíe en vos el fuego de su amor, con el cual dulcemente os queméis, y sabrosamente ardáis, y santamente viváis. Y si no os lo da luego, no dejéis de importunarle; porque suele Él probar a sus deseosos con dilación del deseo, para que cuando les diere el deseo de su corazón, tanto mejor les sepa la merced, y mejor la guarden,

cuanto con más trabajo alcanzada y más tiempo deseada. Y también lo dilata porque quiere ser amado de verdad, y para esto es menester ser deseado de verdad y con perseverancia; porque quien se cansa de andar buscándolo, también se cansará de pasar otros trabajos que vienen con el amor. Y así conviene que en esperar sus mercedes, y en todo, andemos sujetos a su voluntad, aunque Él no ande a la nuestra; y andar contentos con la hambre, pues son llamados *bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia* (*Mt* 5). ¿Y cuál justicia más justa, que amar un ánima a su Criador? ¿Y Cómo dejará de dar este amor a aquel que tan justamente lo pide? No perdáis, pues, vuestra hambre de las ansias del amor; mas pasad vuestra hambre con esperanza de la hartura, que acá o allá os veréis junta con el que desea vuestra ánima, y los senos de ella tan llenos del bálsamo de la vida que aviva los celestiales y cuanto vive, que todos vuestros huesos digan (*Sal* 102, 1): *Bendice, ánima mía, al Señor*.

3. Y acordaos de lo que os encomendé, que vayáis paso a paso en este camino; porque queriendo andar muy aprisa, no tropecéis y caigáis. Porque escrito está (*Prov* 16): *Él que es apresurado en andar, tropieza*. Y también dice (*Prov* 28) que *es más segura la hacienda que se gana poco a poco, que la que de golpe*. Y por esto, así tened diligencia en buscar esta merced, que vaya acompañada de entrañable sosiego, fundado en que (*Jn* 3, 27) *ninguno puede tener más de lo que nuestro Señor le diere*.

Y, mirad mucho vuestra vida, no haya en ella algo que desagrade a los ojos de Dios, y os sea estorbo para que no os dé lo que pedís. Porque quien pretende tener trato de amor con el Rey celestial, conviene que viva con mucho aviso de dentro y de fuera; porque estando en la tierra, y querer comer aunque sea de las migajas de los del Cielo, no se puede hacer sin grande mortificación de lo de la tierra, y mucha limpieza de vida. Sed, pues, agradecida a la merced que el Señor os ha hecho en poneros en esa poca de buena vida, que podáis conjeturar que estáis en su gracia; y que ya que no os acrecentase más virtud, bastaría ésta para salvaros por su misericordia y para vivir consolada; pues no es poco tener esperanza de ir al Cielo, aunque sea pasando por purgatorio, y aunque sea con los menores, pues allá ninguno es pequeño. Y no os digo esto para que viváis en tibieza, hartándoos con el poco amor que tenéis; mas para que se os quiten los desabrimientos y desmayos que por no alcanzar luego todo el amor que deseáis, podríais tener. Pedid mucho amor, porfiad por él, y la perfección de él os ponga cuidado de trabajar; y ese poco que el Señor os ha dado, tomad en prenda de que Él os dará más. Decid con los Apóstoles (*Lc* 17): *Acreciéntame, Señor, la fe*. Pedid mucho amor, como la Magdalena, para que vuestra esperanza

sea muy firme de gozar en el Cielo del Señor que acá deseáis.

Él sea vuestro favor, lumbre y amor ahora y siempre.

70.—A una señora devota.

Que recoja las piedras que el demonio le tira pera ponerlas en su corona.

Plega a nuestro Señor esté vuestra merced como yo deseo; que no en balde se dijo ser el amor cosa llena de temor cuidadoso. Mas, en fin, tengo en el Señor confianza que mirará, como en Jeremías (2, 2 y 6) dice, *el amor con que se desposó con Él* en el tiempo de sus principios, y de cómo le siguió *por el desierto, en la tierra sin camino y llena de trabajos, y que tiene semejanza de muerte.*

Él es muy agradecido a quien con amor le sirve; y en el tiempo de nuestras flaquezas, cuando está nuestra virtud para faltar, entonces mira Él al tiempo que fuimos fuertes, y a la intención amorosa que le tuvimos, y socorre a nuestra miseria con la abundancia de su misericordia. Por eso esté vuestra merced con el corazón esforzado, y como dice San Pablo (Hebr 10): *No queráis perder vuestra confianza, porque tiene gran galardón*. Y ésta es la que el demonio querría quitar o enflaquecer, para derribar al que él derriba; cuanto más siendo mujer, de cuyas manos él se tiene por más despreciado de ser vencido, como dijo Abimelech a su escudero (*Judic* 9): *Mátame tú, porque no se diga que una mujer me mató*. Y había la mujer arrojado un pedazo de un terrón desde la fortaleza. Y así haga vuestra merced cuando el demonio le diere combate; arrójele a Jesucristo, y le dé con Él en la cabeza, que con ser hombre se llama tierra, y así morirá el enemigo. Y si le parece que todavía se queda vivo, sepa que le es gran dolor, y de muerte, el verse vencido, y ser ocasión que vuestra merced gane corona, pensando él que le había de hacer caer en cadenas.

¡Qué mayor mal para su enemigo, que ayudarla a ser ella muy grande en los ojos de Dios! Que, cierto, si los ojos de vuestra merced viesen el tesoro que tienen ganado con resistir tantas veces al demonio, no hay duda sino que templaría bien lo amargo de sus trabajos con lo hermoso y rico de sus coronas. Tantas piedras preciosas tiene para su corona, cuantas veces ha resistido a los consejos del demonio; y tanto ganado de descanso, cuantas veces ha sufrido con paciencia sus pesados trabajos que le trae. Por eso no se canse de ganar piedras preciosas, aunque al tirárselas le hieran un poquito con ellas, porque en tirándole, luego son suyas. Y mire que resista a la

desaprovechada tristeza, que es principio de muchos males; sino, confiada en el Señor, y alegre con su amor, huéllelo todo, y parézcale poco, como dice San Bernardo: «Mi trabajo, a duras penas es trabajo de media hora; y si más es, con el amor no lo siento.» *Huelle al dragón y al león*, y téngale él miedo a ella, y no ella a él; dígase a sí misma: *El Señor es mi ayudador, ¿a quién temeré?* (*Sal* 26). El Señor tiene cuidado de mí: ¿por qué me dará descontento cosa que me viene? *El Señor me rige*, muy bueno va. El Señor se sirve de mí: no quiero otro bien, aunque sea muy a mi costa. Porque hallándola el demonio esforzada y apercibida, no la pueda derribar, y tema de acometerla.

El Señor que la llamó la conserve, y haga tal cual yo se lo suplico. Amén.

71.—A UNA SEÑORA

Que nuestro Señor envía trabajos para acibarar los deleites. Que sólo busque el contento de Dios.

En todo caso querría que vuestra señoría persuadiese a su corazón que el lugar de su descanso es el Cielo, y que acá no hay sino pena y miseria. Y mirar que ningún amigo tuvo Cristo que no viviese acosado de mil maneras de trabajos hasta entristecerse, penarse y llorar, suspirando por su tierra, que es la vista de Dios: y de esta manera fueron bien recibidos allá. Porque ninguno lo es, sino quien primero mucho lo desea; y para mucho desearlo, es menester que nos pongan acá acíbar en nuestra boca, para que, destetados de lo que bien nos sabe, busquemos nuestro propio manjar, que es el espiritual y advenidero.

¡Oh señora, y cuánta es la corrupción de nuestro apetito! ¡Y cuán tarde nos sabe bien al corazón lo que nos trae provecho! ¡Y cuánto nos saboreamos en lo dañoso y liviano! ¡Cuántas sofrenadas [represiones ásperas] son menester contra nuestro corazón para que no tome gusto en lo transitorio! ¡Y cuán de buena gana corre a ello sin que le pongamos espuelas! Grande es nuestra enfermedad, y gran remedio ha menester, y éste procura el Señor por mil artes; y no son de las menores amargarnos y penarnos, para que, como locos, seamos con la pena cuerdos, y heridos vayamos a buscar remedio en Él, y Él de muy buena gana nos lo dé. Conviene, señora, hacer el corazón a trabajos, y como a medicinas de nuestra ánima, amarlos o a lo menos sufrirlos con igual corazón; porque más razón es que queramos nuestra salud eterna con alguna costa, que nuestra

muerte por huir de trabajos.

Trate vuestra señoría con nuestro Señor muy a menudo; trate con profundo conocimiento de su propia necesidad; trate con un corazón sujeto a la ordenación de su providencia, y que sobre todo desee tener contento a este tan inmenso Señor. No quiera que Él le diga a ella lo que ella quiere oír, sino que le tome la voluntad y la ponga en la de Él. Esta sea, señora, su oración, éste su pensamiento, cómo se dará del todo y con amor y muy sujeta a la santa voluntad y Ley del Señor, y ésta le sepa más dulce que la miel y el panal. No se hace esto así tan fácilmente, si no se despega el ánima de lo que se lo puede impedir, ni se alcanza sino con importuna oración. Mas ¡dichosa hora en que se da, aunque mucho haya costado! Y si viniere vuestra señoría a recibir de la mano del Señor alguna centella de su amor, entonces será su corazón ensanchado en mitad de las tribulaciones, y huirán las congojas, nieblas y desconfianzas, y pondrá de muy buena gana sus cosas en las manos del Señor, y esperará de ellas buen suceso, pues de tales manos no sale sino lo mejor. Acuérdese vuestra señoría que el Señor mete en peligros, y saca; y envía recios dolores, para que sea con grandes voces llamado, y muy glorificado cuando hubiere librado de ellos: y por esto no se desmaye, no se desconfíe; traiga su cruz con alegría, que en algo que duela se ha de experimentar el amor, y con ello se ha de servir al Señor y ganar el eterno reino.

Él dé a vuestra señoría mucha copia de su Santo Espíritu, para que, fortalecida con él, la sirva en grande alegría. Amén.

72.—A una señora afligida

Y tentada del demonio. La esfuerza que lleve adelante la bandera de Cristo.

Señora, ¿qué tiene?, ¿qué la duele? No haya miedo, que el Fuerte es su defensor, y la Madre del Fuerte es su Patrona. No piense que la han olvidado; que no es sino que se huelgan de verla en pruebas, para que los demonios queden confundidos en tornarse sin ganancia, y Dios sea glorificado, que hace victoria en las cosas flacas, y su ánima quede hermoseada, y mientras más martillada, más aparejada para ser candelero de oro en el templo de Dios. Ea, señora, levántese del polvo de la tristeza, y sacúdase de lo que nuestro enemigo le trae, *y no dé mancha en su honra* (*Eccli* 33, 24), pues la suya es de Dios. No me entristezca a mí con verla caída, sino alégreme con su victoria, y véala yo tener en pie la bandera de

Cristo, aunque le cueste la sangre. Muerta, sí; vencida. No; y la corona que tiene resplandeciente, no la oscurezca. Y sí el demonio porfía, porfíe ella; si él la quiere derribar, levántese ella por dar contento a nuestro Señor, y por no perder lo servido. Acuérdese qué gozo es haber sido fiel a Cristo, para que oiga de la boca de Él (*Lc* 22): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones; yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso a Mí*. Sea compañera de nuestro Señor, y diga como San Ignacio: ¡Tormentos, cruces, quebrantamiento de huesos, y todos los tormentos por arte del demonio inventados, todos vengan sobre mí, sólo con que yo merezca ver a mi Señor Jesucristo en su gloria! Y pues tiene esperanza que lo ha de ver, tenga esfuerzo para padecer. Y mire que no le tomen de sobresalto; pues tanto antes que le viniesen estos trabajos le han sido dichos. La escogió el Señor para mártir de amor, y para que beba su cáliz con Él; no se escandalice en lo que le envía, que Él dijo (*Mt* 11): *¡Bienaventurado el que no se escandalice en Mi!*

Bueno va, señora, bueno va, pues el que es todo Bueno así lo quiere. Persuadido estoy que la ama, que la cuida y que no da licencia a nuestros enemigos para fatigarla, sino para bien de ella. Él la ha de sacar de esta angustia, como de otras ha hecho; por eso cobre esfuerzo, que ángeles la cercarán, que no demonios; y el mismo Dios está presente, sino que calla cuando están apaleando a su sierva, como hacía a San Antón. Ahí está el Señor viendo su pelea; por eso hágalo varonilmente, que así como a los elefantes les ponen delante sangre para que se esfuercen a pelear, así para que la sierva de Cristo sea esforzada, es bien que esté presente su Señor y su Amado, para que ella le crezca el esfuerzo mirando a Él, y antes muera que sea cobarde. Haga hazañas, señora, y sean de amor, y como llama viva, salga la fe y el amor diciendo: De Cristo soy, no conozco a otro. A Él me encomiendo, no temo a nadie. Mi ánima le he dado; ¿cómo se la podré quitar? Padecer quiero por Él, y ésta sea mi parte en este mundo. Y aún no he comenzado, que mi trabajo liviano es; y si es pesado, con el amor me parece liviano. Aquél es mi confianza, que a nadie faltó. Más creo la verdad de Él, que las mentiras del demonio; más quiero morir en el camino de la verdad, que vivir fuera de él.»

Señora, ya sabe que las obras del demonio son tinieblas, y sus palabras, mentiras; dígales un no, y cierre su puerta; y si viniere a llamar, disimule con él, y como pudiere, llame, o desee llamar, a nuestro Señor, y no se derribe ni se desmaye; mas *sea probada y hallada fiel, y examinada con fuego, y no se halle en ella maldad* (*Sal* 16, 3); que el Señor proveerá de socorro, *y vendrá sobre la mar a la cuarta vigilia de la Noche* (*Mc* 14) y la

mandará sosegar.

El que la ha guardado, Ése la guarde y defienda de todo mal para honra de su santo nombre. Amén.

73.—A un caballero amigo suyo[34].

Que los trabajos ponen esperanza en los justos y temor en los pecadores; y el amor que los justos tienen a Dios los hace mártires en vida.

1. A Cristo gracias, que ha hecho a vuestra merced participante en dolores, que es la prenda del Cielo que más cierta hay en la tierra, pues es la más semejable al Señor, que del Cielo descendió por darnos lumbre para que esto amásemos, y esfuerzo con su ejemplo, y gracia con su merecimiento. No le parezca a vuestra merced crueldad la dispensación de las obras de Dios; que como su galardón no es liviano, no quiere que el medio para alcanzarlo sea liviano; ni hay cosa más ajena de ser cosa de burla y de palabras, que lo que el Señor tiene aparejado para los que le aman. Para que esto se conozca y se estime, es bien que así sean tratados las que de ello han de gozar, para que el mundo se desengañe, pensando que viviendo de burla, han de ir a gozar de galardón de verdad. Avisa el Señor a los suyos, y amenaza a los ajenos; porque a los unos dice que sientan de su galardón grandemente, pues con este rigor lo da; y a otros dice que cómo piensan escapar de las manos de su rigor siendo enemigos, si así son tratados los hijos e hijas escogidos para grande bien.

2. Si miramos este rayo de rigor y justicia, que son dolores, hallaremos ser grande ocasión para esperar y para temer; y en lo uno es glorificada la misericordia de Dios, y en lo otro, la Justicia. Espere descanso el trabajo; tema trabajo quien acá no le tiene. Porque como en cualquiera persona, por justa que sea, haya muchas cosas que merezcan castigo, aunque no de infierno, y éste se ha de dar, si no se purga con tan grande exceso de amor, que la contrición valga por castigo, como en la Magdalena y otras, claro es que aquí o en purgatorio será menester pasar por fuego. Y aunque los que no tienen aquel grande amor de Dios, que causa grande dolor, que vale por la satisfacción, les parezca que se les hace agravio en ir ellos salvos por fuego, y los otros sin él, están muy engañados en esta cuenta. Porque el amor grande de Dios en la tierra, donde Dios es ofendido, causa mayor dolor que los que vuestra merced tiene; y en esto se ve ser así, cuando, quien así ama,

[34] Sospechamos si este señor, «de corazón tan esforzado para las guerras del emperador», será el conde de Feria, don Pedro Fernández de Córdoba.

tomaría de buena gana lo que vuestra merced tiene, porque le quitasen su dolor. Y de esto no nos debemos espantar, pues hay personas que por no verlos pasar a vuestra merced, lo pasarían ellas, en señal que da más pena el amor que uno tiene, que el dolor que pasa otro. Y si vuestra merced ama a una persona mucho, no querría que a él se le quitasen los dolores, si había de ser con condición que se le pasasen a ella, en señal que le dolerían más en ella que le dolerían en él. Pues si esto puede el amor de la criatura, ¡cuánto más lo podrá el amor del Criador, infundido por el santísimo Espíritu del Señor, que excede a toda otra fuerza! Y así es grande verdad que, así o así, no hay quien escape de padecer para ir a gozar. Y quien de esta ley se quejase, quéjese de ser hombre y porque no le hicieron ángel; y quéjese de la justicia y razón, pues toda ella pide que la virtud ha de ser con trabajo, y a ésta corresponde el galardón.

Mas ¡oh Señor!, ¿y quién osará quejarse de Ti porque le tratas con rigor, pues luego le tapas la boca con que *así amaste al mundo, que a tu Unigénito diste* (*Jn* 3, 16), para que a poder de trabajos, dolores y muerte que de Él cargase, el mundo evitase los del infierno y gozase del Cielo? ¿Quién, Señor, se osará quejar, viendo reciamente tratados a tus más amados, y que andan a porfía en tu palacio los favores y los dolores, y que digan, mandándolo Tú, a uno de tus favorecidos: *Porque eras acepto a Dios fue necesario que la tentación te probase?* (Tob 12, 13). Pues si con esta carga das tu gracia, amor y Cielo, y a Ti mismo, no nos quejemos, no, del contrapeso, pues es Dios el peso.

3. No deje vuestra merced caer el corazón debajo de los trabajos; mas acuérdese que algún día deseó hacer y pasar algo por Dios. No es Dios sordo a las hablas de nuestro corazón. Él dio a vuestra merced lo que Él por mejor estimaba: y si ahora le parece recio, confíe de quien lo envía, que dará fuerzas para llevarlo. Se acabará lo que duele, sucederá lo que dará descanso; y no será aquello como esto, sino sin comparación mayor. Y si vuestra merced dice que renunciaría aquello por no pasar esto, no es bien dicho ni de corazón generoso, el cual más quiere verse en peligros y trabajos por la virtud, que estarse ocioso sin ejercicio. Y no es bien que teniendo vuestra merced el corazón tan esforzado para las guerras del emperador, lo tenga flaco para las de Dios. No le piden acá que rija un ejército entero como capitán general, sino que lleve bien la carga de su pica, y dé buena cuenta de su lugar; no sea cobarde vuestra merced en lo menos, pues tiene ánimo para lo más. Métase todo en la Pasión del Señor, y aprenda, en lo que pasa, lo mucho que el Señor pasó, y el grande amor que le tuvo; pues pudiéndolo redimir por otra vía, no quiso sino a costa de dolores, y muy

recísimos. Y así es, que como Él en una hora amaba más a su Padre que todos los hombres juntos, así en una hora pasaba más dolores que todos los hombres; y en toda la vida de ellos no hubo amor igual al suyo, ni dolor.

4. Esfuércese vuestra merced a querer pasar algo por Él. No sea esclavo, pues le quiere y trata por hijo. Que el padre a su hijo azota; y vuestra merced lo está, y por esto se puede tener por hijo: ame a su Padre. Salga ya de si, y dese a Dios; dígale: Señor, seguiros quiero, aunque por dolores: esta ofrenda os quiero ofrecer. No os quiero dar cosa de poco precio, sino que me cueste mi sangre, para me digáis como a Abraham (*Gen* 22, 16): [*Por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo único*]. Mire si Dios agradece a un hombre que da su hijo por Él, cuánta razón es que el hombre agradezca que Dios dio el suyo por él; y aquél solo lo agradece, que en recompensa, da a Dios su propio hijo, que es lo que más en su corazón le duele, para que se pase porque Dios lo quiere. Mire vuestra merced en este dechado el amor que Dios le tuvo; mas sea para sacar de él, que como le dieron sangre y dolores, dé él lo mismo; como le dieron pena, dé él lo mismo, que, cierto, si así responde a los dolores de Dios con dolores, Él responderá a las dolores de vuestra merced con tal galardón, que se agrade mucho de haberlos pasado. Y aunque la carne no crea esto, la fe supla la falta, que cantar tiene vuestra merced (*Sal* 90, 15): [*Devuélvenos en gozo los días que nos humillaste, los años en que desdicha conocimos.*] Así sea. Amén.

74.—A UNA MUJER DEVOTA.

Que Dios nos pide el corazón desocupado, y cuánto importa tomar la voluntad de Dios por nuestra.

Os acreciente Dios las buenas Pascuas, pues en haberlas vos tenido las he recibido yo.

Gracias a su misericordia, que os ha dado mayores prendas de ser vuestro, pues os ha dado mayor deseo de ser suya. Os pide como a tal el corazón desocupado, pues cada uno quiere morar en su casa; y así de aquí adelante os velaréis, no como a vos, sino como a cosa de Dios, y tendréis gran cuidado de morir a todas las cosas, y echarlas de vuestro corazón, diciéndoles: «No impidáis el lugar del Señor»; pues aunque se lo dé todo desembarazado, aún es muy poco. Atreveos a morir un poco antes, y comenzaréis a vivir. Y vuestra pelea sea contra vuestra voluntad, dándosela a Cristo las más veces que pudiereis y lo más entrañablemente que

pudiereis; y decid a vuestro corazón; ¿Cuál es más razón que sigas, la voluntad del Señor o la tuya? Pues por seguir la tuya te has perdido, y por seguir la de Dios te has ganado. Tu amarte ha sido aborrecerte y echarte en los infiernos; mas el amarte Dios ha sido hacerte bienes. De manera, que con más razón te puedes fiar de la voluntad de Dios que de la tuya, pues lo has hallado más fuerte en querer tu bien, que a ti mismo. Toma, pues, esta voluntad buena por tuya, y deléitate en cumplirla, y a ninguna cosa te muevas por la tuya, sabiendo que lo que de ella naciere es fruto de imperfección.

Decid muchas veces con el corazón y algunas con la boca: *Padre, no mi voluntad, sino la vuestra sea hecha* (*Lc* 22, 42). Y en todo lo que hiciereis y pensareis y hablareis, buscad el solo contentamiento de Dios, y lo habéis de hallar en el comer, y en el dormir, y en el hablar, y en el callar; y viviréis consolada en todas las cosas, porque en todas las que no son malas hallaréis al Señor. Y has de aprovecharos para esto de la doctrina de nuestro Señor, que dice (*Mt* 16): *Quien quiere venir tras Mí, niéguese a sí mismo*. Y has de aprovecharos, que cada vez que comulgareis hagáis renunciación de vuestra voluntad en la de nuestro Señor, y el pedirle muchas veces por merced, que pues vos no se la podéis dar, la tome Él, y os dé la suya por vuestra. Y aunque sean pequeñas cosas, no dejéis salir a vuestra voluntad con lo que quiere, sino contradecidla; y amad a quien os la contradice, porque el ensayarse en las cosas pequeñas aprovecha para las mayores.

Cristo os favorezca para que del todo seáis suya. Amén.

75.—A una señora

En la Cuaresma, que Jesucristo en la cruz es un espejo en que aparecen las manchas de nuestra alma, y medicina con que se curan nuestras enfermedades; y que llevar parte de su cruz es empresa de grande honra; y del ansia por comulgar.

1. Si en la noche del Nacimiento del Señor llevaron a vuestra merced al monte Calvario, y le dieron compasión del Crucificado, y lágrimas con que lavar sus pies, de creer es que ahora, en Cuaresma, y cerca del tiempo en que se representa su Pasión, la tendrá el Señor por tan moradora de aquel monte, que de allí no la deje salir. Bien está allí, señora. Dígale al Señor como San Pedro (*Mt* 17): *Bien es que nos estemos aquí,* y será mejor petición. Porque él deseaba el monte donde había el descanso; en eso otro hay trabajo; y por esto lo postrero es señal de mayor amor; pues no en el

descansar, mas en el penar se demuestra y emplea el amor del Señor. Estese, señora, en las llagas de su Señor, pues por sanar las de ella pasó Él aquéllas. Y si no es para pasar ella por Él otras tales, sea para agradecérselo a Él, y para compadecerse con Él, y llorar porque sus pecados le pusieron en aprieto tan grande. More allí, señora, no de paso, como por venta, como *los que pasaban por el camino movían sus cabezas blasfemando del Señor* (*Mt* 27, 39), sino esté de reposo muy fijada par [cerca] de la cruz como la Virgen y Madre, y el amado discípulo y las otras santas mujeres. Porque los que de paso se pasan por este beneficio tan grande, ni lo conocen, ni agradecen, ni les queda más que el sonido; y algunos, como son los infieles, con blasfemar de Él, porque no se paran a mirar despacio esta gran maravilla de amor. Mas el cristiano que mora aquí, dice de corazón (*Sal* 131): *Esta es mi holganza en el siglo del siglo; aquí moraré, porque la escogí*. Y si la esposa no está enclavada en el corazón donde su Esposo está enclavado en el cuerpo, ¿cómo escapará de nombre de desamorada y desagradecida?

2. Allí, señora, hallará remedio para la ponzoña de las falsas alabanzas, y se avergonzará de verse ella honrada y pregonada por buena, viendo al que de verdad es bueno y santo, de éstos ser pregonado por malo y engañador. Allí verá cuán poca razón hay para pensar que es digno de estima, en cuanto es de su parte, lo que ella hace; pues tan falto es, cotejado con lo que el Señor hace allí, y con lo que ella debla hacer. Mírese, señora, en este espejo, y verá bien las manchas de su rostro; pues aun cuando más mansa ha estado, si se coteja con la mansedumbre de Él, será mansedumbre como ira; y su obediencia cotejada con la de Él, será muy suelta, y su humildad muy soberbia. Mas el mundo ciego piensa que no hay otros pecados, sino los que él conoce por malos. Otros son los ojos de Dios, otra la regla con que nos mide, en la cual muchas veces se halló falto lo que en los ojos de los hombres parecía muy justo y cabal. Por tanto, cuando esas lisonjas ponzoñosas le dijeren, diga dentro de su corazón lo que dijo San Pablo (1 *Cor* 4): *Él que me juzga, el Señor es*. Y acuérdese luego de cómo el Señor fue pregonado por malo, y suplíquele que no permita Él que ella lo sea por buena; y calle su boca, que el Señor lo verá. Y mire bien que cuando sea despreciada, que se goce mucho de ello; que quizá no permite el Señor que le digan mala palabra, porque no tiene ella fuerza para sufrirla.

3. Quien quiere algo de la cruz del Señor ha de recibirla como a una preciosa reliquia, con mucha reverencia y agradecimiento, y estimarla en más que otro estimara todo el tesoro del mundo. Y porque hay pocos que estimen como deben las reliquias de la cruz, por eso el Señor no se las da: porque quiere que su cruz sea honrada y muy amada, y llevada con gozo. Y

así nos deja en nuestra niñez, sin enviarnos ejercicios de varones; cuanto más si nos derribamos con impaciencia o demasiada tristeza en alguna cosa de estas que nos envía. Así que, señora, si tiene mucho amor del Crucificado, Él le dará parte de su cruz: mire bien que la reciba como empresa de grande honra, como dice a la Esposa (*Cant* 8): *Ponme como sello en tu corazón y sobre tu brazo; porque fuerte es el amor como muerte.*

4. Y en la pena que tiene por no poder recibir al Señor las veces que quiere, no se turbe; que ya le he dicho que quiere el Señor que le cueste algo; y es mucha razón, pues las ánimas costaron tanto a Él. ¿Piensa ella que en diciendo nuestro Señor: «Sean mías las ánimas», luego se le rindieron? ¿Piensa que el amor que vuestra merced tiene a nuestro Señor, y el señuelo que Él tiene sobre ella, costó poco a Él? No por cierto; que su sangre derramó como un esclavo, en trueque de que su ánima sirviese a Él y fuese de Él. Pues así conviene hacer al ánima que lo quiere alcanzar; que lo sude primero, que lo llore, que lo importune, que sufra malas palabras y aun malas obras; y todo le parecerá poco por recibirlo una vez; y si no se lo dieren, ya habrá ganado mucho en haber sufrido algo por Él; y así no sale en balde el buscar a Dios. Negócielo con Él; y si Él dice sí, no habrá quien lo estorbe: y si se le pusieren a estorbar, no saldrán con ello; y si salen, entienda que ella no ha bien negociado con nuestro Señor, que le quiere decir: «Da voces más altas», y tome este consejo. Y cuando le diere gana de comulgar, piense como si estuviese comulgando, y suplique a nuestro Señor, pues es todopoderoso, que le dé allí, comulgando espiritualmente, lo que le diera si comulgara sacramentalmente: y placerá a su bondad, y no la dejará tornar ayuna, si ella va bien aparejada y de dos o tres días antes. Y por esto no piense que ha de dejar de confesar sus pecados al confesor después; sino hasta que tenga lugar para decirlos al confesor, digo que los diga a nuestro Señor.

5. Y en todo caso tenga su corazón en paz, y conserve la obediencia y humildad con sus mayores y Prelados; que éste es el camino de nuestro Señor, y no conviene salir de Él; y esfuércese a pasar adelante en sus ejercicios, que aunque cuando se hace parece que no se saca provecho, si se saca, y después se siente. Y el Señor mirará algún día a los que han andado mucho tras Él, y vale más un día que Él mira, que los tres de trabajo que anduvieron tras Él. La corona le está aparejada en el Cielo: Dios será su ayudador, y no la olvidará. Persevere en la obediencia *hasta ver al Señor de los señores en Sión* (Sal 83). El cual la haga muy suya, santa y salva.

76.—A UNA DONCELLA

Que se llamaba Inés. La felicita por la Pascua y la exhorta que trabaje por parecerse a su Esposo, el Rey celestial.

El CORDERO que murió por sus ovejas, y resucitó para bien de ellas, os dé muy buenas Pascuas, y os haga muy conforme a su santa voluntad, pues para esto os llama a su servicio.

Hermana, cuando desposan acá en el mundo, preguntan si son «para en uno» el esposo y esposa; y la que quiere ser esposa de nuestro Señor Jesucristo, ha de trabajar de ser muy conforme a Él, no en riqueza de vestidos vanos, ni oro ni plata, sino en lindeza de buenas costumbres. Y si bien lo miráis, vos debéis tener cuidado de esto, porque el Señor os quiere por esposa, y vuestro nombre *Inés* vale tanto como CORDERA; y pues el nombre de Él es CORDERO, y el vuestro CORDERA, mirad que le parezcáis en la obra como en el nombre: sed mansa entre los enojos, sed humilde entre las afrentas, sed blanda en sujetar vuestra voluntad, sed piadosa en lo que a las prójimos toca, sed amiga del trabajo como CORDERA que sacrifican. Y miraos muchas veces en Jesucristo vuestro espejo, para que veáis sí estáis fea o hermosa; y se mirará Él en vos, y bienaventurada seréis por ser mirada de tan alto Rey. Y pues ya estáis prendada de su amor, id creciendo cada día en bondad. Y tened una santa soberbia, como *Santa Inés,* para despreciar todo el mundo entero por amor de Jesucristo bendito.

Y para que os acordaseis del CORDERO del Cielo, os llevaron ese cordero; miradlo con ojos cristianos, y acordaos de nuestro Señor cuando lo viereis. Y os haga el Espíritu Santo muy gran sierva suya. Amén.

77.—A UNA SEÑORA.

Que no hay mayor prueba del amor a Cristo, que padecer trabajos por Él; y que para vencer al demonio, el remedio es confiar mucho en Dios y tener el pensamiento bien ocupado.

1. Bueno llegué acá, gracias a nuestro Señor: y aunque di acá con mi venida mucho gozo, bien creo que di allá con mi partida más pena, por ser el amor mayor. Plega a nuestro buen Jesús que el gozo de acá y pena de allá sea todo para servicio suyo, como espero que lo será; pues acá se entiende en algunas cosas de que es servido, y allá recibe en sacrificio la pena que se pasa.

Y no piense vuestra merced que es al Señor cosa desagradable o de poco valor ofrecerle sacrificio de penas: pues habiendo Él gozado tanto de ellas. no podrá sino amarlas en nosotros como en Él, y darnos a beber del cáliz que su Padre le dio, y pedirnos testimonio si le amamos, como el Padre pidió a Él, y Él lo dio cuando dijo (*Jn* 14): *Para que sepa el mundo que amo al Padre, levantaos, y vamos de aquí;* y el negocio a que iba era a padecer muerte de cruz, porque las injurias a la Majestad del Padre hechas, fuesen satisfechas con pagarlas Él, siendo humillado y acoceado, porque la honra del Padre fuese estimada. Así, señora, hemos nosotros de responder a nuestro Señor diciendo: «Para que Él vea cómo le amamos, esforcémonos a padecer. No tengamos el corazón caído con la carga, mas levantémonos a padecer; y en esto enseñemos el amor que al Señor tenemos, pues no hay mayor prueba de amor que padecer por el amado.» Y por esto dice el Apóstol Santiago (1, 4) que *la paciencia tiene obra perfecta*. Y como los que tienen sentido de carne juzgan una cosa por mala por serles amarga, así los que tienen el del espíritu la han de oler por buena por ver en ella trabajos; porque éstos alegaba el Apóstol San Pablo en prueba de que era Apóstol enviado de Jesucristo (2 *Cor* 11), y de éstos se gloriaba, como suelen contar por honra las hazañas que han hecho.

2. Eche, pues, vuestra merced su cuenta, y mire sí su obra tiene sello, y hallará que desde el primer día hasta ahora está llena de sellos, porque está llena de tribulaciones de dentro y de fuera, de hombres y demonios, de su sangre y de extraños: para que vea en su obra una semejanza de cruz de nuestro Señor, y tanto más la conozca por de Dios, cuanto más la viere adornada de estas señales. No sea ella como los judíos, que se escandalizaron en nuestro Señor porque no trajo descansos y prosperidades temporales, antes trajo lo contrario. Y por esto, así como monas royendo la cáscara amarga, pensaron que todo era así, y así lo arrojaron lejos de sí y lo perdieron, y fueron ellos perdidos. Mas la Iglesia cristiana tanto más lo conoce por su verdadero Esposo y Ungido, cuanto más pobreza y desprecio y trabajos trae. Así como hizo la hija del rey Faraón, que viendo ir por el río abajo una cestica de mimbres, y en ella iba un niño, que ella sacó dijo (*Ex* 2, 6): *De los niños de los hebreos es este infante.* Y ¿en qué lo conoció? En la pobreza, y en ir a tanto peligro; así el verdadero cristiano conoce a su Cristo por verle ir sobre aguas de tribulaciones, y todo al contrario de la carne y sangre.

9. Y así como Él es conocido por esta señal, así sus obras lo son, que no han de ir reguladas con el humano juicio, sino con fe; y que acaecen cosas en ellas, que sola la fe basta a dar satisfacción, y toda razón se turba, y

deja a oscuras a quien a ella se arrima. ¿Quién dijera que habían de hallar los Reyes Magos al Rey del Cielo en un tan pobre portal y pesebre? Y por esto ellos iban adelante a buscarlo en alguna casa grande y rica, conforme al que nació, pues esto parecía conforme a razón. Mas la estrella no quiso pasar de allí, más echaba nuevos rayos, como haciéndose toda lenguas, y diciendo: «Aquí está, donde no pensáis»; hasta que creyendo a la estrella más que a su propia razón, entraron, y hallaron, y adoraron al que buscaban, y gozaron del fruto de su fe, y escaparon del peligro de su razón, que los quería engañar. Sea nuestro Señor bendito, que aunque en vuestra merced ha habido peleas, y muy grandes, entre razón y fe, que en fin ha vencido la estrella, y ha quedado hollada la razón, por muchos colores y afeites que traía; los cuales con la luz de la fe son descubiertos y conocidos por puros engaños. Pase adelante, señora, pase, y hágase fuerte en fe, y no en razones; y parézcale muy bien Jesucristo en todo lo que hace, hará y ha hecho con ella, acordándose de la palabra que dijo a los discípulos de San Juan (*Mt* 11): *Bienaventurado es el que no se escandalice de Mí*.

4. Esté muy asentada, que este a quien siguió es Jesucristo, este por quien todo lo dejó es Jesucristo; y contenta con haberlo perdido todo por Él, esté muy rica. Porque quien más pierde por Él, más glorioso es en el reino de Dios. Y para esto es bueno tener mucho, para poder perder mucho por Él, y tener grande honra delante de su acatamiento y delante los justos, donde cada uno contará lo que por su Dios dejó. Y mire bien no deje hollar [pisar] su corazón de lo que una vez ella holló, ni lo deje vencer de lo que una vez venció, porque no se diga de ella que tomó lo que dejó, y que *después de haberse desnudado la ropa mala, se la tornó a vestir* (*Cant* 5, 3). Esté firme, libre, esforzada, como el día que comenzó la guerra. Y las marañas que el demonio le trajere, huéllelas, diciendo como David (*Sal* 17): *En favor de mi Dios pasaré el muro*. Porque muchas veces representa el demonio unos muros tan altos, que hace decir a los flacos lo que dijeron los hijos de Israel (*Num* 13), *que las ciudades de la tierra de Promisión eran cercadas con muros que llegaban hasta el Cielo, y que tenían moradores tan grandes, que comparados los hijos de Israel con ellos, parecían langostas con gigantes;* y así desmayaron, y perdieron la tierra que ya tenían en las manos. ¿Qué hemos de responder entonces nosotros sino decir: *«En mi Dios pasaré el muro,* por alto que sea; en mi Dios hollaré dragones y leones; y Él vencerá los gigantes con las langostas; pues mientras más flaqueza hay en mí, más honra gana su brazo en vencer conmigo a los fuertes.» Y viéndola sus enemigos fuerte y alegre, enflaquecerán ellos y se entristecerán. Porque como sean envidiosos, nuestra alegría los mata, y nuestra tristeza los aviva.

5. Y mire bien que no esté un momento ociosa; porque no hay persona tan santa, que se pueda valer, si tiene plaza al demonio, escuchándole sus marañas y pensamientos que trae. Y hace mucho al caso para quien tiene pelea con él, tener alguna ocupación que le haga tener atención, para que olvide algo de lo que el demonio trae. Porque de otra manera aunque se trabaje por desechar, no podrá; y mil veces acaece dar el combatiente consigo en el suelo, derribado con el peso de la tristeza. Y entonces se huelga el demonio de verle caído como a bestia debajo de carga, y lleno de tristeza y amargura y caimiento de corazón; y de allí lo lleva a otros pensamientos peores, como se llegan moscas a la olla que no hierve. Y este es su tiro para contra los que están solos, derribarlos con esta tristeza y pereza. Por esto decían los viejos santos ([35]), que cuando el solitario hace la celda, se ríe el espíritu de la pereza, y sienta par de la celda sus reales. Y por esto no hay cosa de que tanto los solitarios huían como de estar sin alguna ocupación que les ayudase a cerrar la puerta contra los pensamientos del demonio; y ya mudaban una, ya otra, trayendo el corazón con fervor, sin dejarlo caer; y con esto andaban siempre fuertes, y no hallaba el diablo por dónde entrarles. Y este es muy mejor modo para pelear que no otro, aunque no consientan en los pensamientos; porque a bien librar, allanan la fe, entibian el amor, y hacen perder el tiempo mirando: «Esto y esto me trae, y esto viene de aquí, y esto otro de allí.» Porque aunque esto no sea consentir, es andar el ánima angustiada, y ocupada solamente en defenderse de los golpes que le dan; mas de la manera que he dicho, anda más guardada, y los enemigos más lejos, y con un fuerte vigor, que pone espanto a los demonios. Y así decían los Padres, que era imposible tener los pensamientos quedos, sin estar el cuerpo ocupado en alguna cosa, y no poder llegar uno a la perfección si por aquí no pasaba.

He dicho esto porque creo que grande alivio sería para vuestra merced no estar siempre a las manos con sus enemigos, sino hurtarles el cuerpo; como cuando uno anda por hablar al otro, y el otro nunca se desocupa para ello, ni le da lugar. Bien sé que, aunque todo se haga, que ha de haber combates, y lanzarse los pensamientos del demonio; sino digo esto para que no tuviese tanto poder, y no diese con ella en el suelo, cargándola de amarguras y flaqueza de corazón.

El Señor que la llamó y la ha guardado, la tenga siempre de su mano, y la haga muy agradable siempre en sus ojos, como yo se lo suplico y deseo. Amén.

---

[35] Así suele llamar el autor a los Padres del Yermo.

78.—A una señora.

Que las enfermedades son aguas y afeites con que se hermosea el ánima; y se han de sufrir a ejemplo de Cristo, que por hermosear las nuestras con su sangre, la derramó con ferviente amor.

Prisa, señora, prisa, que es tarde, y hemos andado poco, y queda mucho por andar para llegar al lugar de la eterna holganza. Dicen que está bien cargada de enfermedades; sea en buena hora, que así estará hermosa delante los ojos de Dios, como esposa ataviada con preciosas joyas. Y aunque sean costosas, todavía se han de amar. Que por mucho que a vuestra merced cueste el estar hermosa y agradable a los ojos de Dios, más le costó a Él, pues a poder de tormentos pagó nuestros pecados que nos afeaban, y con el lavatorio de su preciosísima sangre nos emblanqueció más que la nieve. Y no es razón que, trabajando él tanto por nosotros, le dejemos solo en su cruz, sino que con mucho amor y alegría le acompañemos, no sólo mirando lo que padece, mas padeciendo juntamente con Él. Porque no sé cómo se compadezca su amor viéndole pasar tanto, y no querer tomar parte de sus penas, pues Él tomó las nuestras con tan excesivo amor. Y pues que el descansar era suyo, y el padecer nuestro, derecho tenemos para pedirle penas, pues le pedimos lo que es nuestro. Sino que donde no hay amor no hay querer padecer; y donde poco amor, no se desea; y si algo viene, nos parece mucho; y luego pedimos que nos quiten de la cruz, como gente que tiene poca fuerza de amor.

Prisa, pues, señora, a padecer, que hasta aquí regalo ha sido nuestra vida; y si otra cosa nos parece, es por nuestra tibieza, que con poco se contenta. Prisa a humillarnos, a despreciarnos, y querer ser por su amor despreciados, que la cruz tres brazos tiene, y todos amables y deseables para los que aman al Señor, que en ella se puso; tormentos, desprecio y pobreza son. Y algunos no quieren ser abrazados con ninguno; otros no con todos; mas el amor verdadero, por juntarse con quien ama, todos tres los quiere, y hace un *ramal de tres cuerdas,* que le ata con su Señor, *y difícilmente se rompe* (*Eccl* 4, 12).

Con tanto se ha de juntar amar al prójimo, pues nosotros fuimos la verdadera y pesada cruz que el Señor llevó, y nosotros le apretamos como viga de lagar, y le hicimos derramar su santísima sangre; y así hemos de amar y sufrir a los prójimos, y darnos por esclavos de ellos, mirando en aquel Señor que el Jueves Santo se arrodilló delante sus discípulos y les lavó los pies con agua, y el Viernes siguiente lavó las ánimas con sangre de sus

sacratísimas venas. No sea nadie suyo, alzándose consigo mismo, pues nos compró Cristo por precio muy justo, y nos mandó que por su amor amásemos con corazón, palabras y obras y verdadera paciencia a los prójimos, haciéndonos esclavos por amor, a semejanza de Cristo, que se hizo nuestro hasta morir por nosotros con amor.

Esta es, señora, la prisa que nos hemos de dar para que el Señor nos halle aparejados para las bodas eternas, y nos haga compañeros de su gloria, que tiene aparejada para los que aquí le aman, y por su amor cumplen sus palabras, y llevan cruz, y sirven a prójimos por Él.

Yo he predicado unos días; ya he caído. Debe ser, como no soy para hacer penitencia, ni llevar cruz tomándola yo, la echa el Señor y me la pone de su mano. Le ruegue vuestra merced, ya que no soy para tomarla, sea con su gracia para llevarla, como es digna cruz de tal mano dada. Y el mismo Señor crucificado sea amor único de vuestra merced para siempre.

79.—A UNA SEÑORA ILUSTRÍSIMA.

Que la miseria del hombre es tan grande, que muestra Dios su grandeza en remediarla.

1. Recibí la carta de vuestra señoría, y anteayer escribí a vuestra señoría; mas todavía había que responder, a esta presente, respuesta de hacimiento de gracias a la fuente abundantísima de ellas, y respuesta de reprensión a nuestra maldad, que a tanta bondad no se deja, no la ama, no la sirve, no la conoce como debe. ¿Qué le parece a vuestra señoría quien es Dios? ¿Qué le parece quién es la criatura? ¿Ha visto cosa tan buena? ¿Ha visto cosa tan mala? No veo para qué somos buenos, sino para que se demuestre quién es Dios, amando y librando a unos tales; y a Él gracias, que le servimos de algo, siendo ocasión que su gloria aparezca más clara en la oscuridad de nuestras tinieblas. Si el Altísimo toma por su honra hacer mercedes a unos tales, ¿quién le irá a la mano? ¿Quién desmayara por sus faltas, si el Señor quiere *enseñar sus riquezas en los vasos miserables para gloria de su misericordia?* (*Rom* 9, 23). Alabada sea tal bondad, de donde tales obras proceden.

2. ¡Qué razón es que deseemos ver corazón del cual tales frutos proceden! ¿Qué le parece a vuestra señoría que será la admiración y el amor y el gozo que, cuando a este inmenso mar de bondad veamos, tendremos, sí parece que no cabe en nosotros cuando una centella de sus obras nos enseña

acá? Si sus manos son tan hermosas, ¿qué tal será su faz, sino la misma hermosura infinita, que saque los corazones de sí mismos y los ponga en Sí mismo, transformándolos en Sí, y más contentos con ser de Él, que con ser suyos propios, y nadando de gozo en las mismas entrañas de Él, hechos un espíritu con Él, tan unidos como está un hierro metido en una fragua con el fuego, poseído de él, y tan lleno de él que parece ser fuego? ¡Ya viniese aquel día, cuando tuviésemos presente la hermosura del todo Hermoso, para que viéndolo delante los ojos, no se nos fuesen a otra parte, pues tan mal empleados fuera de Él son!

3. Entre tanto, señora, trabajemos de alzarlos a Él; que según su palabra que en David dice (*Sal* 24): *Mis ojos siempre al Señor, porque Él sacará mis pies del lazo*. Y otro remedio igual no lo hay, que en el tiempo de la necesidad acorrerse luego el niño al Padre; y Él es tal, que luego lo recibe en sus brazos, aunque el mismo niño no lo entienda. Y es tanta su largueza, que, de mucha, no puede la humana miseria creer con sus fuerzas que es esto verdad; porque nunca su corazón llegó a aquel quilate de bondad ni lo vio en otro. Y como unos flacos ojos, que mirando al sol, no tienen fuerza para ver tanta luz, así acaece a nuestra flaca vista con las obras de Dios. Mas la fe ensancha el corazón a creer que, aquello que nos parece tan sobre nuestro juicio, aquello tan sobre todo merecimiento y medida, aquello es Dios, y propio rastro y señal de Él; y cada vez que le falta el esfuerzo para comprender esto, adora aquello que así sobrepuja a todo su juicio, y poco a poco va oliendo y rastreando a Dios, conociéndole ser Él por el rastro de ser la cosa muy maravillosa. Y pues esto es lo que el Señor de vuestra señoría quiere, déselo ya, y le dará descanso, pues desea la salud de ella: y *la voluntad de Él es la santificación de ella* (1 Tes 4, 3). Y cuando fiucia le faltare, aprovéchese de la misericordia; pues hace días que le dije, que entre otras señales de ser amada de Dios, tomase ésta por una, decírselo yo.

Y hace muy mal en pasar liviano por sus mercedes; porque aquello es de ánima floja y no avivada, que no tiene peso para pesar cada cosa en lo que es. Y se verá esto ser así cuando la luz del Señor viene, que hace conocer y estimar en lo que es razón lo que Él hace por nosotros; y sabe muy bien reprender la pesadumbre de nuestra confianza, y la pereza de nuestra tibieza, que con tales prendas aún no se fía, y con tales espuelas no anda ligero. Y de esta manera misma respondiera aquel Padre a vuestra señoría si se le diera relación clara de la enfermedad, la cual nuestro Señor curará en su tiempo, pues ha tomado a su cargo ser médico de su ánima, para que mucho resplandezca su gloria, cuando de tan enferma la parare muy sana; y diciéndole ella (*Jer* 17, 14): *Sáname, Señor, y seré sana; sál-*

vame, y será salva; porque la honra mía Tú eres, la responde Él (*Sal* 34): *Yo soy tu salud,* tu bien y tu paz; quien te ha dado cuanto bien tienes, librado de muchos males; quien te amó antes que fueses, y te hará bienaventurada con tenerme a Mí a toda tu voluntad, y sin temor de perderme. Esto esperemos que hará *el que es poderoso, y cuyo nombre es santo* (Lc 1, 49), inmenso en misericordias, y potentísimo para cumplirlas.

80.—A una señora en Navidad.

Que Jesucristo, encubriendo su fortaleza y mostrando flaqueza, nos descubrió su inmenso amor; y que nació Niño para hacernos niños en su confianza.

San Pablo *se hizo todo a todos para ganar a todos* (1 *Cor* 9, 19-22); y si él lo hizo, por virtud de Cristo lo hizo; que él así lo confiesa, que *moraba y obraba en él Cristo* (Gal 2, 20). Y pues el siervo esto hizo, y con espíritu del Señor, el Señor ¿cuánto más lo hizo y hará? ¿No ve vuestra señoría cuán propio viene a nacer para conformarse con los pequeños? ¿No ve cuán chiquito, cuán niño, cuán sin dar muestra sino de que hace frío, y que Él es delicado? Escondida está la grandeza, y se manifiesta la flaqueza, y ¡cuán a su costa! Y pasa cochura por hermosura, pues mientras más descubre lo flaco, más descubre lo hermoso. ¿Qué cosa hay mas flaca, que llorar, y después morir, y en un palo de malhechores? Mas ¿qué cosa más hermosa, que amar Dios a sus criaturas hasta hacerse niño pobre, y crucificado por ellas? *Aparece la humanidad y benignidad* (*Tit* 3, 2), porque apareció la flaqueza y se escondió la fortaleza y grandeza; y cuanto parece descrecer en lo grande, parece crecer en lo bueno y amoroso. Y digo «parece», pues en Él no hay crecer ni menguar, sino para nuestra consideración.

Y pues tan chico y tan grande está, tan sin rigor de grande y tan acompañado de blandura de Niño, no sé qué se hace vuestra señoría, por qué no pasa de sí *a Belén a ver este Verbo de Dios hecho Niño* (*Lc* 2, 15), pues ve cuán propio está para ella, que siempre, desde que de Él es, le ha sido niña ella a Él, y Él padre y ayo, que de la mano la ha traído, y por ella ha hablado y ha obrado lo que ella ni sabía, ni podía, ni quería.. Mire bien en el pesebre, y se verá a sí misma, y le verá hecho ella para ganar a ella; para que pues ella es tan si saber, fuerza y virtud como niña, sea del todo niña en la malicia y en todo mal. ¿Por qué será grande en la malicia, y niña en la bondad, habiendo de ser, como dice San Pablo (1 Cor 14), *niños en la malicia y grandes en el sentir?* ¿No ve cuán arrimado está un niño a «su

padre», cuán asegurado de él, cuán colgado de él, cuán esforzado con él? Que su único refugio, en todo lo que le viene, «su padre» es, con corazón y con boca; y ni por pensamiento le pasan malicias de desconfianzas con «su padre», ni otra cosa más de «mi padre». Bastarnos debería, señora, esta palabra «mi padre», si nosotros fuésemos niños e hijos. No más que «mi padre», señora, no más, no más: todo lo otro es mi enemigo, mi perdición, mi flaqueza, mi engaño. No haya «yo» en arrimo, no «yo» en amor, no «yo» en nada, sino «mi padre» en todo y en mí.

Y entonces entenderá vuestra señoría cuánta parte de sí ha sido ella, y cuánto ha tomado para sí, y quitado a Dios. Y cuanto le ha quitado, tanto ha perdido; porque no hay salud ni bienandanza, sino en Dios. Cuanto ha tomado de sí, ha perdido de Dios; y por eso restitúyale lo que le ha tomado, y se le restituirá Dios. Sea niña pequeña, para que le diga su Señor (*Cant* 8, 8): *Nuestra hermana es pequeñuela, ¿qué le haremos para el día que le han de hablar?* Toma Dios a su cargo a los pequeños, para guardarlos *en el día que los hablan* las tribulaciones, y en el día *que les habla Él,* o de parte de Él. Y si flaquezas hay en estos tiempos, es por no ser el hombre niño y tener tan gran ceguedad, que siendo pequeño, se tenga por grande y por algo. Flaqueza es ser flaco, mas insufrible cosa es no tenerse por tal. Esta luz pida vuestra señoría siempre, porque no sea hallada ingrata y desconocida a su bienhechor, y ser demonio debajo de vestidura de oveja. Guárdese de hurtar a Dios su honra, y de levantar ídolo contra Él; mas en verdadera niñez se dé a Él. Y lo que no fuere niñez, séale verdadero demonio, ayudándose de la niñez de Jesús, y ayudándola Él con su gracia Y no haya miedo a trabajos, que es vergüenza con tal Padre.

Y me holgué mucho de que desee estar tan firme en la verdad del propio conocimiento.

81.—A una persona escrupulosa.

Que no desmaye por las culpas ligeras: que piense menos en sí, y más en Dios, que la ama.

Bien parece, hermana, que no sois para prueba, ni habéis salido de la niñez, pues en dejándose de reír el celestial Esposo con vos, luego ponéis sospecha que está con vos enojado. ¿A dónde están las particulares misericordias que de su mano bendita habéis recibido, en testimonio que particularmente os ama? ¿Así habéis de olvidar cuánto os ha regalado? ¿Y tan presto habéis de pensar que quita Dios su amor de quien una vez tan de

verdad lo ha puesto? ¿Para qué os ha dado tantas prendas, sino para que le fiéis algo sobre ellas? Fiadle este crédito, que os ama, aunque ahora no os lo muestre. Y pensad que no seréis en ello engañada, pues que ya os he dicho otras veces que el amor que al Señor tenemos no ha de ser tal, que nos derribe con demasiada tristeza, si en alguna culpa liviana caemos: que de esa manera, ¿quién de los hombres tendrá descanso ni paz, pues todos pecamos? Quiere el Señor que os arriméis a Él, y os gocéis en Él, y que pongáis vuestras llagas en las suyas, para que quedéis sana y consolada, por recias y sensibles que sean las vuestras.

¿Hasta cuándo habéis de andar escarbando tanto como escarbáis en vuestro muladar, que no sacaréis sino cieno, y de mal olor? Acabad ya de creer que no por vos, sino por Jesús crucificado, habéis de ser sana y amada. Y no os desmayéis tanto por vuestras faltas, pues, por los frutos que de ello sacáis, podéis ver que no agradáis al Señor en ello. Mejor será tener un corazón varonil y esforzado, mirando el bien que por Jesucristo habéis recibido y tenéis. Y así miradlo, que os doláis de vuestros pecados, y viváis con cuidado de no ofenderle; mas no que perdáis vuestra paz y paciencia si os viereis caída, pues os he dicho muchas veces que tal cual sois os ama el Señor.

Contentaos con ser amada por su Bondad, aunque por vos no merezcáis ser amada. Si una esposa parece muy hermosa a su esposo, porque él la mira con ojos de mucho amor, ¿qué va en ello que ella no sea tan hermosa pues lo es en los ojos de su esposo? Si a vos sola miráis, os dará asco de vos, y desmayaréis viendo tanta miseria. Mas ¿qué os falta, pues tenéis en el Cielo quien os ama, y a cuyos ojos parecéis bien, porque os mira por los agujeros de sus llagas que por vos padeció, por las cuales os dio su gracia, y suple vuestras faltas, y os sana y hermosea? Descansad, pues ya sois sierva del Crucificado, y olvidad las turbaciones pasadas como si no hubieran pasado; que de parte del mismo Señor os digo, como otras veces os he dicho, que Él lo quiere así. Corred de aquí adelante vuestra carrera con ligereza, como quien ha echado de sí una carga pesada que le impedía; que aunque luego no venga la serenidad deseada, no os fatiguéis, que a las veces se camina más con tempestad que con buen tiempo, y se merece más con la guerra que con la paz. El que os regirá como os cumple para ser salva. Fiaos de Él, pues tantas razones tenéis para ello; y lo que escarbáis en vuestra miseria, escarbadlo en su misericordia, y sacaréis de ello más provecho que de lo primero. Esta os cobije con su dulcedumbre eterna, como yo lo deseo, y suplico y espero, pues para eso os llamó.

Encomendadme al mismo Señor por amor de Él. Cristo os tenga siempre de su mano, amén; y rogadle por mí, que yo así lo hago por vos.

82.—Para el P. Antonio de Córdoba, de la Compañía de Jesús[36]

Estando cercano a la muerte, le da el parabién de la partida a gozar de lo que acá trabajó en la religión; y levántale mucho en confianza del reino por medio de la sangre de Jesucristo.

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre.

1. Aunque acá se dice que está vuestra merced de camino para la tierra de los vivos, que puedo pensar que cuando ésta se escribe, por ventura vuestra merced estará gozando ya de los dulces abrazos del todo dulce Jesús, todavía me pareció escribir a vuestra merced dándole la enhorabuena de su promoción a la prebenda de la celestial Jerusalén, donde sin cesar es Dios alabado y visto faz a faz. Vaya enhorabuena, carísimo Padre, vaya enhorabuena a ver todo el Bien, y poseerlo eternalmente. Vaya enhorabuena al seno del celestial Padre, donde Él recibe a sus corderos con gloria, a los cuales aquí apacentó con su gracia, y corrigió con su disciplina. Ahora, Padre mío, verá la merced que Dios le hizo en llamarlo para la vida religiosa, y darle gracia para que, despreciando el mundo, le siguiese a Él por el camino de la cruz, pues el pago de ello será darle el Cielo por la Religión, y gloria por la cruz que por su amor ha llevado.

2. ¡Bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que tiene bondad para dar gloria a los gusanos de la tierra, levantando del [*polvo a los pobres, ¡para sentarlos con los príncipes de su pueblo!*] (Sal 113, 8). ¡Bienaventurada la hora de la muerte corporal, pues por ella se sube a tener silla con los Príncipes que siempre viven en el acatamiento de Dios! ¡Oh día, fin de los trabajos y de los pecados, y en el cual el hombre sube a comenzar a servir al Señor de verdad; y no como acá, donde se desconsuela el hombre por los servicios tan imperfectos que le hace! Porque acá anda el hombre cosqueando [cojeando] y hambreando con deseo de agradar a Dios y de servirle con todo su corazón; mas en el Cielo se cumple este deseo tan cumplido, que todo el hombre es empleado en el servicio y alabanza de Dios, sin que alguno se entremeta a impedirlo. ¡Bendito sea Dios, que tan presto quiso coger a vuestra merced para su granero, *porque la malicia no mudase su entendimiento* (*Sab* 4), y para enseñarle las riquezas de su

[36] El Padre Don Antonio murió santamente en Oropesa a 26 de enero de 1567. (*Monumenta Hist. S. J. Borgia,* 5, pág. 849)

bondad, que por tan pocos años de servicio da galardón eterno!

3. Este es Dios, señor, éste es Dios; éste es el fruto de su Pasión; éste es el valor de su gracia; ésta es nuestra buena dicha, caer en manos de tal Señor, conocerle y amarle, aunque con muchas faltas; mas éstas las limpia Él con su sangre, haciéndonos participantes de sus Sacramentos; y el amor paternal que nos tiene le hace ser fácil en perdonar nuestras culpas, y muy copioso en galardonar nuestros servicios; y por medio del Mar Bermejo nos lleva a la tierra prometida, *apartando de nosotros nuestros pecados cuanto dista el oriente del occidente* (*Sal* 102), y ahogándolos en su sangre; de manera que aunque los veamos, será verlos muertos, y que nos den materia de alabar al Señor, [*que precipitó en el mar caballo y jinete*] (Ex 15, 20).

4. Vaya, señor, con la bendición de Dios nuestro Señor, a gozar de las riquezas de su buen Padre, que la lanza en la mano, y derramando su propia sangre, le ganó, que nunca deja de acudir a los que en Él ponen su esperanza, y amor. Falta nos hará, soledad nos causará; mas pues Dios se la dio a vuestra merced esta buena suerte, tengámosla los que le amamos por nuestra. Y los que acá gemimos, gocémonos con vuestra merced, como los hermanos de Rebeca, que se va a desposar con Isaac, que es el *gozo,* y le decimos (*Gen* 24, 60): [*¡Oh hermano nuestro, que llegues a convertirte en millares de miríadas, y conquiste tu descendencia la puerta de sus enemigos!»*]

5. No digo a vuestra merced como se ha de aderezar para esta Fiesta, que allá tendrá quien le diga y le ayude a pasar de las manos de los hombres a las de Dios. Y el Señor que vino al mundo por él, y subió a la cruz por él, ése sea en socorro de vuestra merced, porque, [*Aunque pase por valle tenebroso, ningún mal temeré*] (*Sal* 23, 4). Llámele vuestra merced que aunque esté [*en el vientre del cetáceo*], oye a los suyos. Llame a su Madre bendita, que también es nuestra; llame a los Santos, que son nuestros padres y hermanos; que con tales favores, no tema perder el celestial reino. Y si el Señor quisiere que pase por purgatorio, sea su nombre bendito, que con esperanza de verlo, todo se pasará de buena gana.

Cristo, que por vuestra merced murió, le acompañe a su muerte, y le reciba en sus brazos, salido de esta vida. Dígale vuestra merced lo que Él dijo a su Padre (Lc 23): [*En tus manos, Padre, encomiendo mi espíritu.*] Y espero de sus misericordia que será de Él recibido como hijo, y tratado como tal heredero de Dios, y juntamente será heredero de Cristo.

83.—A Teresa de Jesús.

Aprueba el libro de su Vida y el espíritu que la mueve. Le da algunos consejos prudentísimos para evitar ilusiones ([37]).

La gracia y paz de Jesucristo nuestro Señor sea con vuestra merced siempre.

1. Cuando acepté el leer el libro que se me envió, no fue tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas de él, como por pensar que podría yo, con el favor de nuestro Señor, aprovecharme algo de la doctrina de él; y gracias a Cristo que, aunque lo he leído no con el reposo que era menester, mas me he consolado, y podría sacar edificación, si por mí no queda. Y aunque, cierto, yo me consolara con esta parte, sin tocar en lo demás, no me parece que el respeto que debo al negocio y a quien me lo encomienda, me da licencia para dejar de decir algo de lo que siento, a lo menos en general.

2. El libro no está para salir a manos de muchos, porque es menester limar las palabras de él en algunas partes, y en otras declararlas. Y otras cosas hay que al espíritu de vuestra merced pueden ser provechosas, y no lo serían a quien las siguiese; porque las cosas particulares donde Dios lleva a unos, no son para otros. Estas, o las más de ellas, me quedan acá apuntadas, para ponerlas en orden cuando pudiere, y no faltará cómo enviarlas a vuestra merced; porque si vuestra merced viese mis enfermedades y otras necesarias ocupaciones, creo le moverían más a compasión que a culparme de negligente.

3. La doctrina de la oración está buena por la mayor parte, y muy bien puede vuestra merced fiarse de ella y seguirla; y en los raptos hallo las señas que tienen los que son verdaderos. El modo de enseñar Dios al ánima, sin imaginación y sin palabras interiores ni exteriores, es muy seguro, y no hallo en él qué tropezar, y San Agustín habla bien de él.

4. Las *hablas interiores y exteriores* han engañado a muchos en nuestros tiempos; y las exteriores son las menos seguras. El ver que no son de espíritu propio es cosa fácil; el discernir si son de espíritu bueno o malo es más dificultoso. Se dan muchas reglas para conocer si son del Señor; y una es, que sean dichas en tiempo de necesidad o de algún gran provecho,

[37] Santa Teresa envió al Maestro el libro de su Vida, del cual dice: «Yo deseo harto se dé orden como lo vea (el Maestro), pues con ese intento comencé a escribir; porque como a él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada; que ya no me queda más para hacer lo que es en mí.»

así como para confortar al hombre tentado o desconfiado, o para algún aviso de peligro, etc. Porque como un hombre bueno no habla palabra sin mucho peso, menos las hablará Dios. Y mirado esto, y ser las palabras conforme a la Escritura divina y a la doctrina de la Iglesia, me parece de las que en el libro están, o de las más, ser de parte de Dios.

5. *Visiones imaginarias o corporales* son las que más duda tienen, y éstas en ninguna manera se deben desear; y si vienen sin ser deseadas, aun se han de huir todo lo posible aunque no por medio de dar higas, si no fuese cuando de cierto se sabe ser espíritu malo; y, cierto, a mí me hizo horror las que en este caso se dieron, y me dio mucha pena ([38]). Debe el hombre suplicar a nuestro Señor no le lleve por camino de ver, sino que la buena vista suya y de sus santos se la guarde para el Cielo y que acá lo lleve por camino llano, como lleva a sus fieles amigos; y con otros buenos medios debe procurar el huir de estas cosas.

Mas si todo esto hecho, duran las visiones, y el ánima saca de ello provecho, y no induce su vista a vanidad, sino a mayor humildad, y lo que dicen es doctrina de la Iglesia, y dura esto por mucho tiempo y con una satisfacción interior que se puede sentir mejor que decir, no hay para qué huir ya de ellas. Aunque ninguno se debe fiar de su juicio en esto, sino comunicarlo luego, con quien le pueda dar lumbre: y éste es el medio universal que se ha de tomar en todas estas cosas; y esperar en Dios, que si hay humildad para sujetarse a parecer ajeno, no dejará engañar a quien desea acertar.

8. Y no se debe nadie atemorizar para condenar de presto estas cosas, por ver que la persona a quien se dan no es perfecta; porque no es nuevo a la bondad del Señor sacar de malos gustos, y aun de pecados, y graves, con darles muy dulces gustos suyos, según lo he yo visto. ¿Quién pondrá tasa a la bondad del Señor? Mayormente que estas cosas no se dan por merecimiento, ni por ser uno más fuerte, antes algunas por ser más flaco; y como no hacen a uno más santo, no se dan siempre a los más santos.

Ni tienen razón los que por sólo esto descreen estas cosas, porque son muy altas, y parece cosa no creíble abajarse una Majestad infinita a comunicación tan amorosa con una su criatura. Escrito está, que Dios es amor (1 *Jn* 4, 16), y si amor, es amor infinito y bondad infinita; y del tal amor y bondad no hay que maravillar que haga tales excesos de amor, que turben a los que no le conocen. Y aunque muchos le conozcan por fe, mas la experiencia particular del amoroso, y más que amoroso, trato de Dios con el

[38] Véase la Autobiografía de Santa Teresa, capítulo 29.

que quiere, si no se tiene, no se podrá bien entender el punto donde llega esta comunicación. Y así he visto a muchos escandalizados de oír las hazañas del amor de Dios con sus criaturas; y como ellos están de aquello muy lejos, no piensan hacer Dios con otros lo que con ellos no hace. Y siendo razón que por ser la obra de amor, y amor que pone en admiración, se tomase por señal que es de Dios, pues es maravilloso en sus obras, y muy más en las de su misericordia, de allí mismo sacan ocasión de descreer, de donde la hablan de sacar de creer, concurriendo las otras circunstancias que den testimonio de ser cosa buena.

7. Me parece, según del libro consta, que vuestra merced ha resistido a estas cosas, y aún más de lo justo. Me parece que le han aprovechado a su ánima: especialmente le han hecho más conocer su miseria propia y faltas, y enmendarse de ellas. Han durado mucho, y siempre con provecho espiritual. Le incitan a amor de Dios, y a propio desprecio, y a hacer penitencia. No veo por qué condenarlas; inclíname más a tenerlas por buenas, con condición que siempre haya cautela de no fiarse del todo, especialmente si es cosa no acostumbrada, o dice que haga alguna cosa particular y no muy llana: en todos estos casos y semejantes se debe suspender el crédito, y pedir luego consejo. *Item,* se advierta que aunque estas cosas sean de Dios, se mezclan otras del enemigo, y por eso siempre ha de haber recelo. *Item*, ya que se sepa que son de Dios, no debe el hombre parar mucho en ello, pues no consiste la santidad sino en amor humilde de Dios, y del prójimo, y estas otras cosas se deben temer, aunque buenas, y pasar su estudio a la humildad, virtudes y amor del Señor. También conviene no adorar visión de éstas sino a Jesucristo en el Cielo o en el Sacramento; y si es cosa de santos, alzar el corazón al Santo del Cielo, y no a lo que se me representa en la imaginación; baste que me sirva aquello de imagen para llevarme a lo representado por ella.

8. También digo que las cosas de este libro acaecen aun en nuestros tiempos a otras personas, y con mucha certidumbre que son de Dios, cuya mano no es abreviada para hacer ahora lo que en tiempos pasados, y en vasos flacos, para que Él sea más glorificado.

Vuestra merced siga su camino, mas siempre con recelo de los ladrones, y preguntando por el camino derecho: y dé gracias a nuestro Señor que le ha dado su amor y el propio conocimiento, y amor de penitencia y de cruz; y de esas otras cosas no haga mucho caso; aunque tampoco las desprecie, pues hay señales que muy muchas de ellas son de parte de nuestro Señor, y las que no son, con pedir consejo no le dañarán.

Yo no puedo creer que he escrito esto con mis fuerzas ([39]), pues no las tengo; pero la oración de vuestra merced lo ha hecho: le pido por amor de Jesucristo nuestro Señor se encargue de suplicarle por mí, que Él sabe que lo pido con mucha necesidad, y creo basta esto para que vuestra merced haga lo que le suplico. Y pido licencia para acabar ésta, pues quedo obligado a escribir otra.

Jesús sea glorificado de todos y en todos. Amén.

De Montilla, 12 de setiembre de 1568 años.

Siervo de vuestra merced por Cristo

Juan de Avila.

84.—A una monja, hija suya espiritual.

De la misericordia que hace Dios a los que llama a le Religión; de los ejercicios de una religiosa, y de la obligación que tiene a Dios.

Sierva de Jesucristo:

1. Algunas veces he pensado si nuestro Señor os ha llevado de esta presente vida a gozar de Sí, pues estando acá, y estar tanto tiempo sin hacerme saber de vuestra ánima, me parece cosa casi increíble. Aunque algunas veces es tanto lo que da acá nuestro Señor a sentir de sí mismo, que no se acuerda el ánima de nadie, por estar toda ocupada en Aquel que es todas las cosas. Plega a su bondad que la causa de vuestro no escribirme sea ésta, porque no sólo no me quejare, mas en gran manera me alegraré; porque ¿qué otra cosa debo yo desear al ánima que en Dios amo, como verla toda ocupada en amar y ser amada de nuestro Señor, pues éste es el fin de lo que con vuestra ánima he trabajado, y de lo que Dios con vos ha hecho?

2. Esposa de Jesucristo, ¿cómo os va con É? ¿Le tenéis muy asentado, muy querido en vuestro pecho? ¿Hiere el cuidado de tenerle contento a vuestro corazón, para buscar su santa voluntad, aunque sea contra la vuestra? Porque su amor, aunque es gozo y descanso del ánima, por otra parte no la deja reposar, sino, como perpetua espuela, anda aguijando y solicitando al ánima, para que cada día más y más procure de agradar al que ama. Y por esto se compara con el fuego, que es cosa que no está quedo, mas siempre la llama viva está obrando y subiendo hacia arriba. No tiene que ver este amor con tibieza, ni sabe descansar sino en su Señor. Y este es

[39] San Juan de Avila se hallaba deshecho por la enfermedad en el último año de su vida.

amor de esposa leal, que vos, señora, es razón que seáis, pues lo sois en la profesión, y tenéis interior llamamiento para poner en obra a lo que de fuera sois llamada. No os olvidéis del día en que a vuestro Esposo os ofrecisteis en mano de vuestro Prelado; ni del día en que vuestro Esposo metió la mano en vuestro corazón, y os dio a conocer a vos misma y a Él, cuando dijo en vuestro corazón: *Hágase luz* (*Gen* 1, 3), y huyeron tinieblas y tristeza, y como quien ve la lumbre del Cielo, vive en alegría, y sabe por dónde ha de ir sin tropezar. Porque si de estos días os acordareis, veréis que en el primero quedasteis obligada a poner muy particularmente vuestro amor en nuestro Señor, pues el contrato del matrimonio obliga a cada una de las partes a amar a la otra; y en el segundo día el Señor os demostró el amor que os tiene, y os dio a vos fuerzas para pagarle vos, según vuestra flaqueza, el amor que le debéis. Porque de vuestra parte, ¿qué tenéis vos, sino obligación, y no de qué pagar, ni cómo salir de ella; como pobre adeudada, que merece estar en la cárcel *presa en mendicidad y hierro*, como dice David? (*Sal* 106). Mas el rico Jesucristo os dio de la riqueza de su gracia, con que le conozcáis y améis, y podáis vencer lo que os contrasta, y derribar al fuerte Goliat, que es el demonio, peleador contra los que a Jesucristo quieren servir.

3. No es razón, señora, no es razón que olvidéis lo que debéis, ni lo que os dieron para pagar; y por lo que os dieron quedáis más obligada a servir a Dios, pues el ser monjas es de muchas, y el recibir lumbre y favor particular del Cielo para servir al Señor no es de muchos. Abraham dio dones a los hijos de sus menos principales mujeres; mas al hijo legítimo de la más querida mujer su herencia le dejó, para que entendamos la diferencia de los dones que Dios da en esta vida a unos y a otros. A Dios gracias, que *vuestras cuerdas y suertes cayeron en lo mejor* (*Sal* 15, 6), pues os fue dada gracia para mudar vuestra vida, para despreciar el mundo de todo corazón, para despreciar a vos misma, y para obedecer a vuestra Prelada como a madre, y amar a todos como hermanos, y a Dios más que a la lumbre de vuestros ojos. Esta es la razón celestial que os fue dada, para que vos fueseis rica y abastada [colmada, llena] en Jesucristo puesto en la cruz; y de allí os viene la mudanza tan favorable y saludable que en vuestra vida hicisteis, la hermosura invisible que en vuestra ánima fue puesta. ¿Qué resta, sino que, como quien tiene de las riquezas del mundo, luego toma criados para guardarlas, así vos seáis cuidadosa en guardar las que nuestro Señor os ha dado, para que no vengáis a empobrecer en el ánima después de haber sido rica, que es vida muy más trabajosa y triste que la de los que nunca supieron qué eran riquezas?

4. Acordaos de lo que vuestro Esposo dice (*Jn* 5, 14), y pensad que lo dice a vos, como es verdad: *Ya estás sano; mira no quieras pecar más, porque no te acaezca otra cosa peor*. Vivid en un santo recelo, si habéis de poner en guarda lo que nuestro Señor os ha dado; si habéis de ganar *cinco talentos con los cinco* que os dieron (*Mt* 25); si habéis de tener *óleo en vuestra lámpara* (1. c.), no unos pocos de años, sino hasta que suene la voz de la muerte en vuestras oídos: *¡El Esposo viene, salid a recibirlo!* Porque si con este cuidado vivís, bien ocupada andaréis, y no tendréis lugar de poner vuestros ojos en cosa del mundo; porque este cuidado basta para dar en qué entender y enflaquecer; la Escritura dice (*Eccli* 31, 1) que *basta para quitar el sueño*. Y si no lo tenéis, me pesará mucho, porque faltando éste, luego se entra la vanidad, curiosidad, y tantas cuentas con vidas ajenas, cuanta falta de mirar por la propia, y poco a poco viene el ánima a ser siete veces peor que de primero. No espero de vuestra caridad tales frutos, llenos de tanta amargura, mas de bendición y dulcedumbre, *como árbol plantado cerca de las corrientes de las aguas* (*Sal* 1), que con hoja y con fruto alegra al que lo labró. Y si por humana flaqueza os habéis algo descuidado, como suele acaecer, despertad luego, y no pase el sueño adelante, porque no sea sueño mortal; y pedid perdón a nuestro Señor, *que es benigno y misericordioso* (*Joel* 2, 13), y aunque se enoja con los defectos de los que ya le conocen, y los castiga, no desecha a los hijos, mas castígalos, no con furor, mas con vara de Padre. Idos luego a Él aunque penséis que lo habéis enojado; que para eso os enseña el enojo, para que se lo quitéis con vuestra humildad y propósito de enmienda. Luego os perdonará, y muchas veces os hará particulares mercedes en pago de vuestros descuidos.

5. No os dejéis endurecer con la tibieza, que es muy mala enfermedad de curar. Ni os desmayéis porque no os estáis siempre en aquel fervor que era razón; y sois mujer, y no ángel; flaca, y no con firmeza. El mayor placer que a vuestro enemigo podéis dar es quedaros caída en el camino, como atollada en el lodo, y quebrantada con la desconfianza, y como a quien ya no toca el negocio del Cielo. Quiere el Señor que *sintáis de Él en bondad* (*Sab* 1, 1) y que no desecha a los que, conociendo la propia flaqueza, van a pedir remedio y fuerza. Y es tanta nuestra soberbia, que muchas veces, por sanarnos de ella, nos deja caer en cosas que estaban muy lejos de nosotros; y caídos, nos levanta; y conociendo por experiencia quién somos, agradecemos quién es para con nosotros, y vivimos de ahí adelante con mayor cuidado y recelo de no tornar a perder lo que ya una vez perdimos. Y así nuestro sapientísimo Médico y amantísimo Padre saca medicinas de nuestras heridas y vida de nuestra muerte, y muestra su bondad en nuestra

maldad; y aunque peleamos nosotros contra Él con armas de pecados provocativos a que nos deseche, sale su bondad vencedora, haciéndonos mil cuentos de beneficios.

6. Servid, pues, a este Señor con todas vuestras fuerzas; y si así lo habéis hecho, dadle por ello gracias; y si le habéis faltado, tornad a Él con vergüenza y propósito de enmienda; y consolad vuestra ánima con los santos Sacramentos y remedio que dejó; y comenzad el camino de nuevo, y aprended a no tropezar en lo que más veces tropezasteis, para que seáis de aquellos que dice San Pablo (*Rom* 8): *Que a los que aman a Dios, todas las cosas se les tornan en bien*; y que *aunque caen, no se quiebran, porque el Señor los tiene debajo su mano* (*Sal* 36, 24).

Y entre estas cosas, acordaos de mi pobreza, para pedirme delante del Señor misericordia. Y dad mis encomiendas a todas las personas que en esa casa sirven al Señor; el cual sea vuestro eterno amor. Amén.

85.—A un predicador

Contra la tentación de la desconfianza; y de los bienes que tenemos en Cristo.

1. No tenga vuestra merced queja de mí, le suplico, sino *me las done*, como dice San Pablo (1 *Cor* 12), pues Dios nos donó las que contra nosotros tiene. Ya sabe vuestra merced mis faltas, que bastan a hacer cualquier falta en el servir; y otras veces falta mensajero como ha faltado de donde he estado y ahora estoy; si no hay quien me avise de él, yo no sé dónde le busque. Le suplico crea que en cosa de más importancia tengo amor para servirle.

2. Por tentación cierta tengo la desconfianza de salvación que vuestra merced dice; y no sólo por cierta, mas por necia; que tal nombre merece la que no se quita con los bienes que tenemos en Cristo, como si este negocio fuese obra de nuestras manos, o premio de nuestros méritos, y no antes gracia de Dios por Jesucristo. Ensanche vuestra merced su pequeño corazón en aquella inmensidad de amor con que el Padre nos dio a su Hijo, y con Él nos dio a Sí mismo, y al Espíritu Santo y todas las cosas. Reciba esta gracia con nacimiento de gracias y goce de Dios, pues Dios se la da. Y si le desmayan sus deméritos, acuérdese que una de las dádivas que el Padre en Cristo nos da, es suelta de nuestras deudas, y amansamiento de la ira que merecían nuestros pecados. ¿Qué duda de perdón, pues no duda de la Pasión

que por los pecados pasó? ¿Qué aprovecha confesar que *Cristo murió por nuestros pecados, justo por injustos* (1 *Pedro* 2), si no cree que su muerte mató nuestros pecados? Y si son muertos, ¿por qué los teme? Pues los hijos de Israel, a quien Dios sacó de Egipto, *viendo a sus enemigos ahogados en el mar* (*Ex* 15), no temieron, mas cantaron alabanzas a Dios, tomando materia de ello en los mismos enemigos que los hablan perseguido primero, y a quien antes habían temido.

3. Y aunque no tengamos tan cierta fe de que nuestros pecados nos son perdonados, cuan cierta la tenemos que el Señor murió por ellos, por no saber de cierto si su satisfacción se aplica a nosotros; mas el corazón nuevo que Dios nos dio cuando nos llamó para Sí, si nos es señal de su amistad y perdón, con la cual podamos tener confianza que estamos de Él perdonados; *el espíritu de hijos* que nos dio cuando nos dio amor con Él como con Padre, ése tenemos por prenda que en el corazón de Dios somos estimados por hijos, pues en el nuestro le estimamos a Él por Padre; pues es blasfemia pensar que amando yo a Dios, no me ame Él a mí, siéndome dado el amor de su mano. No sienta vuestra merced del Señor en cortedad y estrechura, mas *en bondad* (*Sab* 1), como nos está mandado. Y alce los ojos a la señal de nuestra salud, Cristo, a la prenda de nuestra esperanza, al agradamiento del Padre, participando de la cual somos agradables a Él, y tenemos, por su sangre, cierta la vida delante del trono de Dios. Y si le parece que sus obras son menguadas y faltas, así es la verdad. Mas ¿qué parte es eso para desconfiar? Por Cristo fuimos hechos de enemigos amigos, y por Él conservados en su amistad. Más fuertes contrarios de estar bien con Dios teníamos en nuestro pecados, primero que a Dios conociésemos, que lo son ahora las faltas que hacemos; y como no pudieron los pecados pasados estorbar la fuerza de la gracia que en Cristo nos fue comunicada, tampoco podrán los pecados estorbar la amistad, pues estamos incorporados en Cristo, amado del Padre. Buena cosa es sentir nuestra falta y pobreza, mas con condición que sintamos la largueza y riqueza de la misericordia de Dios, y glorifiquemos su bondad en nuestra maldad, pues sufre con amor a hijos tan faltos, ruines y miserables. ¿Por qué priva vuestra merced a Dios de esta gloria, de ser ancho en el amor para con sus hijos? Que, por la fe y amor que a su Hijo tienen, les sufre las faltas que ellos tienen y cometen, habiendo ellos llorado sus pecados y hecho verdadera penitencia de ellos.

4. Persuádase ya que hay bondad en Dios para amarle, y que hay merecimiento en Cristo para ser amado por Él; y viva en hacimiento de gracias por los bienes recibidos, y también por el perdón de sus pecados que cada día comete y cada día recibe; y *pelee las guerras del Señor con*

alegría, como se dice de Judas Macabeo (1 Mac 3). Y con darle Dios lo que le da, espere de gozarle en su reino, aunque haya de pagar en *fuego* temporal *el heno, paja y madera* que hubiere en su ánima (1 *Cor* 3, 15). Anhele siempre a mayor aprovechamiento; mas vaya fundado sobre quietud y confianza, que si no creciere más, esto le basta para su salud. Porque si a sí mismo se mira, como todos seamos llenos de faltas, nunca en su alma faltará desmayo ni sentiría ser amado; y andando así, ¿cómo servirá al Señor, ni contentará a su Santo Espíritu, que en nosotros mora, pues es Él alegre y nosotros le entristecemos con nuestra angustia y desmayo, contra lo cual San Pablo dijo (*Ef* 4): *No queráis entristecer al Espíritu Santo del Señor?*

5. Es la suma, que conozca sus faltas, y le parezcan muy grandes, y las llore y gima por la confesión y penitencia; pero mayores [son] los bienes que en Cristo tenemos, por el cual confíe ser amado, con mucho hacimiento de gracias; y si más no le dieren de lo dado, eso basta para esperar la salud eterna.

86.—A UN DISCÍPULO SACERDOTE

Que los trabajos exteriores se deben desear por el servicio de Dios.

MUY REVERENDO PADRE Y SEÑOR MÍO;

1. Recibí la carta de vuestra merced, y obró en mi lo que otras suyas; conviene a saber: hacimiento de gracias a nuestro Señor por los dones que le da, según las palabras dan testimonio de lo que está en el corazón. Y también obró en mi mucha confusión de haberme llamado maestro y padre del que ya pensaría hacerme nuestro Señor merced de acertar a ser su hijo y discípulo. Y especialmente me confundió, y aun penó, venir en el fin de la carta, que había muchas veces que escribirme, y que no la hacía por guardar el decoro de oyente y discípulo. No es cosa que se puede llevar adelante, porque no es cosa que pierda yo por querer aprovechar a vuestra meced. Y si de este arte lo ha de hacer, me hará oír y callar.

2. No sé si el otro día le escribí se guardase de un yerro que he visto en algunas personas que se tienen por espirituales, y es despreciar los corporales trabajos y aflicciones tomadas por amor el Señor. Y sí lo escribí, no hay nada perdido tornarlo a decir: y si no, es necesario escribirlo. Después que la lumbre —señor— de nuestros ojos, Jesucristo, vivió en este mundo en tantos trabajos, y murió con tantos dolores, quedaron sus siervos tan hambrientos de padecer, que excede al hambre que los hombres

mundanos tienen de descansar. Y no sólo se contentan de sufrir el trabajo que les viene, y más el que es necesario para evitar que el hombre no caiga en ningún pecado: antes buscan todas las vías que pueden para poder hallar algún trabajo, y con el mostrar el amor que a Jesucristo penado tienen, como Él lo mostró para con nosotros en los trabajos que pasó. Así como el tibio no querría trabajos, mas los que vienen los sufre con paciencia por no ofender al Señor, así el ferviente amador de Jesucristo no querría descanso, y sí alguno por fuerza ha de tomar, lo sufre con paciencia porque lo mandó Jesucristo. De manera, que así como el tibio tiene los consuelos en deseo, y el trabajo en paciencia, así el verdadero cristiano tiene el trabajo en deseo y el descanso en paciencia. Esto viene del espíritu de Cristo, que obra donde perfecto está lo que en el mismo Cristo obró, que fue amor de trabajos, para más enseñar el amor. Y de aquí es que así como consuelan a un tibio cuando le viene el trabajo, así a un cristiano cuando le viene el descanso; porque el uno sufre el trabajo y no le ama, y el otro sufre el descanso y no le ama.

3. Y esto es parte de lo que nuestro Señor Jesucristo nos dijo, cuando nos mandó llevar la cruz, si queremos ser sus discípulos. Digo parte, porque lo principal en que consiste la cruz, es la muerte del parecer y voluntad propia y de las racionales pasiones; esto es el hombre viejo que ha de morir conforme al hombre viejo de Cristo que murió en la cruz. ¿Cuál es este hombre viejo? Él mortal y pasible cuerpo. Muerto ha de ser en nosotros este hombre malo que he dicho.

4. Mas aunque éste sea el principal *llevar la cruz*, no se ha de quitar lo que es también parte, aunque sea menos principal. Y aunque San Pablo dice: [*Los ejercicios corporales sirven para poco*] (1 *Tim* 4, 8), no quiere el siervo de Jesucristo dejar de agradarle ni aun en una cosa mínima. Y porque no cayésemos en este error, dice en otra parte (1 *Cor* 9, 27): [*Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre*]. No entiendo yo esto que lo decía porque era tentado de carne (como algunos entienden el estímulo de que se queja), mas lo quiso por cura preservativa, y trabajaba su cuerpo por no venir a enfermar (2 *Cor* 4, 10), contando los trabajos que pasaba: [*Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes la mortificación de Jesús*]; a donde llama mortificación de Cristo, que es la misma cruz, a los corporales trabajos. Y en otra parte dice (Gal 5, 24): [*Los que son de Cristo, crucifican su carne.*] Si quisiera entender solamente la crucifixión de los afectos, bastaba decir, [*con los vicios y concupiscencia*]; mas diciendo [*carne*], con el mismo cuerpo lo ha. Y esto explica él muy bien a los Corintios (2 *Cor* 6, 5), a donde pone, entre las cosas en que se deben ejercitar los ministros, los corporales trabajos, como ayunos y vigilias; de manera que todo el hombre

ande en cruz, pues todo Cristo anduvo en ella; el ánima por la compasión y memoria de Jesucristo crucificado, y por mortificación del viejo hombre que es dicho; el cuerpo también en cruz por corporales trabajos; porque así todo el hombre sea conforme con Cristo penado, pues ha de serlo con Cristo glorioso.

5. [*Esto he dicho*], porque debe cada uno medir las fuerzas que Dios le dio, y emplearlas en hacer y padecer todo cuanto pudiere, no sólo mirando si es menester para otro buen fin, sino aunque no sea sino para ser conformes con Jesucristo trabajado, no por necesidad, sino por amor. Aunque ni el cilicio, ni pobre cama, y semejables cosas, tomadas por amor de Jesucristo, nos salven; [*de hecho, solo en la cruz de Cristo está la salvación*]; mas a lo menos sea imitación de aquella extrema pobreza y aspereza de Cristo crucificado, lo cual no es de tener a poco, si no falta el amor de Cristo: [*Verdaderamente gran gloria es servir al Señor*. *Hasta aquí sobre esto*.]

Otros dos puntos tenía pensado de escribir, y no hay tiempo; los escribiré, porque no se me olviden, con condición que me escriba lo que hay que enmendar sobre aquesto.

87.—Para una religiosa, hija suya espiritual.

Que los desvíos de Dios no son señales de desamor; y que nuestra salud pende de su bondad, más que de nuestros merecimientos; y contra la desconfianza.

1. Muchas [cartas] vuestras he recibido después que de esa ciudad partí, en algunas de las cuales me significabais los trabajos en que vuestra ánima estaba, y en otras el consuelo que el Señor os había comenzado a dar; y creo que en algunas de ellas decíais haberos del todo sido tornada la paz y consolación que primero teníais. A ninguna de estas cartas he respondido, o porque mis pecados impiden que, yo no tenga gracia para consolaros, o porque vos teníais confianza en mi poquedad. Ahora a la postre recibí una carta, en la cual me decís estar tan afligida o más que primero; me pedís que os escriba. Me dio pena vuestra pena, y ésta me ha movido a rogaros que, por amor ele Jesucristo crucificado, no os dejéis cegar de las tinieblas que la demasiada tristeza suele traer, mas que os acordéis cuán fiel es el Señor a quien vos os ofrecisteis, y cómo es cosa usada a su sabiduría infinita salvar a los suyos por medios que ellos no saben, escondiéndoles el amor que los tiene, y enseñándoles algún rigor; y esto no por cruel, mas por verdaderamente misericordioso, sabiendo Él que nuestra enfermedad va más

segura debajo del azote de la tribulación, que encima de las palmas de la prosperidad. Muy agria cosa os parecerá la desconsolación que tenéis; no podréis sufrir el peso de la airada cara de nuestro Señor que decís que os muestra, y desvíos que decís que os da. Mas yo os digo, hermana, que cuando ahora tiene la tribulación tanto peligro, tanto peligro tiene la consolación. Y mucho más debe ser temida la prosperidad que la adversidad; porque en la una corre el ánima peligro de perder a su Dios, y en la otra, aunque padece trabajo, él mismo la incita a más llegarse a Dios. Y si decís que el peso de la desconsolación algunas veces pone en riesgo el ánima con la impaciencia, verdad es; mas sabed que muchas más veces, y con trances más peligrosos, peligra el ánima con la dulzura de la consolación.

2. Acordaos del Apóstol San Pablo, que con la gracia del Crucificado, tenía por gloria los trabajos de la cruz; y aunque de fuera le cercaban guerras, y dentro temores (2 *Cor* 7, 5), su ánima estaba guardada como en puerto seguro. Mas era tan grande el peligro que corría de la bonanza de las consolaciones y revelaciones, que si no permitiera Dios que sobrevinieran algunas tempestades de trabajos interiores y exteriores, que con grandes pescozadas abajasen su cuello para que no se ensalzase, corriera peligro por ocasión del consuelo, al que no habían podido derribar los muchos desconsuelos; y así lo amargo fue cura de lo dulce, y *el ángel de Satanás* (2 *Cor* 12, 7) fue ocasión de provecho al que, de la comunicación con Dios, se levantaba, por su propia flaqueza, ocasión de caída. Pues en aqueste vaso de escogimiento [elección] esto acaeció, y le fue necesario el padecer para librarse de los peligros del gozar, ¿qué os maravilláis vos que haya Dios mezclado vuestro gozo con lloro, y *se haya tornado vuestra arpa en llanto* (*Job* 30, 31), y vuestras dulces comunicaciones con Dios en desabridos desvíos de Él? Sus ojos ven lo que no ven los nuestros, y sabe muy bien la vanidad de vuestro corazón, que no sería para sufrir el peso del favor divino, o habiendo algunos excesos de trabajos corporales con la dulcedumbre del gusto divino, o teniéndoos en más que a los otros que de estas consolaciones carecen, o por otras muchas faltas que en la maldad de nuestro corazón caben, cuyo abismo no se puede escudriñar sino de Aquel que lo hace (*Jerem* 17, 9).

3. Y si no hay en vos necesidad de esta medicina, porque quizá, aunque Dios os enseñaba favor, no cayerais en estos males, otras muchas causas hay por las que el Señor trate así a los suyos, todas las cuales paran en amor, aunque al humano sentido parezcan desamor. Ya sabéis que se suele decir: Quien bien te quiere, te hará llorar; y la Escritura (*Prov* 27, 6) dice que *son mejores las llagas del que nos ama, que los falsos besos del*

que nos aborrece. Y tened por cierto que el Señor os ama, y por eso os trata de esta manera; porque escrito está (*Hebr* 12. 6): *Castiga el Señor al que ama, y azota a todo aquel que recibe por hijo*. Y así como en tiempos pasados enviaba Dios a sus amados espantables martirios por manos de crueles sayones, poniéndolos en graves guerras, para después darles hermosas coronas, así ahora, pues han cesado los exteriores martirios, envía a sus amados otros interiores, tan grandes o mayores —aunque secretos— que los exteriores. Porque acullá martirizaban los hombres y consolaba Dios, y con la fortaleza del más fuerte eran sobrepujados los tormentos que daban los flacos; mas acá el que desconsuela es nuestro Señor que se esconde, y los demonios, como crueles sayones, por mil artes atormentan al anima, que es más sensible que el cuerpo; del cual tormento muchas veces redunda al mismo cuerpo. Y está el hombre entero todo, por dentro y fuera, puesto en desconsuelo de cruz; gime y pide socorro a nuestro Señor, y no sólo se hace sordo y escondido más que detrás de siete paredes, más aun siente que el Señor se desvía de ella, no sólo no dándole favor, más aun enseñándole el disfavor, como lo hizo con la Cananea, que primero no la respondió, y después la llamó de perra (*Mt* 15, 26). Hora es aquélla de grande angustia; y en ninguna parte halla el ánima reposo, como cuando uno se ahoga en un profundo mar, sin hallar en qué hacer pie, o como el que está atado de pies y manos, y prueba a levantarse, y no puede. Porque así como aquel a quien Dios consuela, ningún tormento ni pena le puede desconsolar, así al que Dios desconsuela ninguna cosa le puede alegrar.

4. Mas por tal desierto e imagen de muerte conviene ir a los siervos de Dios tras su Señor, y por aquellas tinieblas y tristezas conviene pasar para llegar al descanso. Este martirio ha de pasar por su Esposo el ánima que por Él desea traer empresa de amor; y entre estas espinas se ha de espinar la que quiere ser conforme a su Cabeza espinada: y estos tragos ha de beber, y estos sudores ha de sudar la que quiso compañía con Aquel que el Jueves Santo en la noche, estando en agonía cruel, sudó por su cuerpo gotas de sangre (*Lc* 22, 44), en testimonio de que *su ánima estaba triste hasta lo muerte*. ¿Pensabais, por ventura, que era cosa muelle el servir a Cristo? ¿O que comenzaste pequeño negocio cuando comenzaste de amarle? *Morir conviene cada día*, como hacía San Pablo (1 *Cor* 15, 311, a los que pelean las peleas del amor, y ser crueles contra sí mismos, como *unos vasos perdidos* (*Sal* 30, 13), por no faltar a la fidelidad del amor, al cual nunca bien sirvió el flojo ni el desconfiado: el uno porque busca su propio regalo, habiendo de buscar el contento de su Amado; el otro, porque, no creyendo ser amado, enflaquece en el amor.

5. Y de estos males libra la fe, junta con obediencia, haciéndonos creer que Dios nos ama, y entonces más cuando más se esconde su amor, y cuando más riguroso y cruel se nos muestra. Porque la condición de la verdadera fe es creer no sólo con prendas y señales, mas sin ellas; y no sólo sin ellas, mas contra ellas, pareciendo es esto a cualquiera virtud, que allí demuestra su mayor fuerza y resplandor, donde menos ayudas y mayores impedimentos se ofrecen. Aquél es verdadero amor, que ama al que merece ser desamado; y aquélla verdadera paciencia, que sufre las sinrazones e injusticias; y entonces la castidad merece muy buena corona de gloria, cuando en diversas tentaciones ella está firme. Y así, sabed conocer el verdadero valor de la fe verdadera, que (*Rom* 4, 8) *cree y tiene esperanza* en la verdad y bondad de Dios *contra la esperanza* —o desesperación—que la razón humana o los sentidos podían causar. Y con ella vemos lo invisible, por escondido que esté; y por mitad de las lanzas —que son los disfavores de Dios que sentimos— entramos, y llegamos hasta lo más secreto del corazón de Dios, y conocemos que nos ama, aunque muestre señales de desamor; las cuales entonces estimamos según verdad, cuando las tomamos por prueba de nuestra fe, y ejercicio de nuestro amor, y acrecentamiento de nuestra corona, y materia de nuestra obediencia.

6. Si no, decidme, ¿cómo será probada la mujer casta, sino con combates, y contrarios a su castidad? ¿Y cómo se probará vuestra fe, sino con sentir señales de desamor, que os muevan a desconfiar? No os penéis porque vuestro Esposo quiere probar vuestra fidelidad; que cosa es muy usada entre esposo y esposa; y el fin de ello suele ser aumento de mayor amor; el cual no es razón que lo tengáis ocioso, porque en él esta vuestra vida y vuestro tesoro, y para hacer este oficio os escogió Dios; y si ejercitarlo queréis, ha de ser con amor sin que sintáis ser amada; queriendo vos, y siguiendo al que parece que huye de vos; porque el que no ama sino cuando siente que es amado, no es verdadero amador, pues tiene respeto a sí mismo. Mas en esto se verá si sois Cananea, en que, siendo injuriada y desechada, importunéis al Señor; y siguiendo al que huye, y humillándoos al que os trata como a perra, no le dejéis de amar pura y sencillamente, como si sintieseis grandes regalos y favores de Él; que al fin os responderá: *¡Mujer, grande es tu fe; hágase como tú quieres!* Mas estad vos determinada de serle fiel, y que le digáis de corazón: «Yo, Señor, os quiero amar, aunque Vos no me améis; yo os quiero buscar y enseñar buena cara, aunque Vos huyáis de mí. Os ame yo, y haced de mí lo que fuereis servido.» Y así, se os tornarán los disfavores en ejercicios de verdadero amor, con el cual debéis de quedar más contenta que con los disfavores penada.

7. Y no sólo en ello agradaréis a Dios, más aun ganaréis para vos muy grande corona; porque a la medida de los desconsuelos se ha de cortar la ropa del gozo que en el Cielo nos han de dar (*Sal* 93, 19); y de *las semillas* de las lágrimas hemos de coger *los manojos* de la alegría (*Sal* 125, 6). Y no por ser consolados y devotos hemos de ser coronados, mas por ser trillados con diversidad de tentaciones, y por gustar gustos de hiel, que tengan imagen de infierno y tormentos de él, sufriendo con ánimo igual todas estas cosas, creyendo ser *pocas y livianas*, en comparación del *sobrexcelente peso de gloria* que en los así humillados y mortificados será revelada (2 *Cor* 4, 17); y preciarnos de ser obedientes a la ordenación de Dios, no solo en lo que bien nos sabe, más aun en lo que nos lastima. Porque de otra manera, ¿qué mucho hace la esposa en obedecer al esposo en lo que a ella trae contento, pues para aquello no es menester amor, mas la propia codicia basta para engendrar aquella obediencia? Y no sé yo con qué ojos le mirará, pues Él por ella obedeció al Padre en la obediencia de tanto trabajo, diciendo: *No como Yo quiero, sino como Tú quieres sea hecho* (*Mt* 26), diciendo ella al contrario: «No como tú quieres, sino como yo quiero»; queriendo ser llevada por otra regla que su Cabeza fue, y que la voluntad siempre buena de Dios sea torcida, para conformarse con la nuestra, que busca, no lo que verdadera y eternalmente nos cumple, mas lo que parece nos da algún temporal descanso.

8. *Despertad*, doncella, del sueño en que estáis, *porque ya es hora* (*Rom* 13, 11); *tomad el escudo de la fe*, pues que Dios os armó con él; desechad vuestros desmayos, creyendo que sois amada, aunque no regalada; y quejaos de vos, que un poco de disfavor presente basta más para derribaros, que los muchos favores pasados para teneros en pie. Muy al revés lo hacéis; porque siendo razón que en el tiempo de la tribulación os acordaseis de la pasada consolación, creyendo que lo que ahora tenéis es para probaros qué tanto fiáis de Dios, ponéis vos sospecha en el amor, creyendo más a la señal y hoja, que a la raíz y verdad. No tenéis causa para estar desmayada, aunque estéis trabajada; porque el Señor no se ha ido de vos, sino fingió que se iba, y quiere ver que hacéis vos, como la madre que se esconde detrás del paramento, para mirar y escuchar lo que el niño hace y dice pensando que la ha perdido, mas después sale y lo consuela con nuevos regalos.

9. Y si tenéis temor que por vuestras faltas e ignorancias os ha dejado y dado carta de partición [en señal de repudio], muy engañada estáis, porque en mayores caídas Él consuela, diciendo: *Tú has fornicado con muchos amadores; mas tórnate a Mí, y Yo te recibiré* (*Jerem* 3, 1). Aunque Él quiere que sus siervos conozcan las faltas en que caen, no quiere que se desmayen

ni demasiadamente entristezcan; porque suele en esto recibir mayor deservicio que de la misma caída. Ni tampoco quiere que, la falta que es como un grano de mijo, la tengan por muy grande elefante; y muy menos quiere que tengan por pecado lo que no lo es. De manera que, no habiendo caído y estando penada como estáis, ofendéis a su verdad; si hubierais caído, ofendéis a su misericordia en no creer de llano que os ha perdonado, y ofendéis a su amor sospechando de Él que os ha olvidado, y ofendéis a lo que os envía teniéndolo por mensajero y señales de ira, siéndolo de verdadera misericordia.

10. Atreveos, pues, ya a salir de vuestro estrecho sentido, y *sentid de Dios en bondad* (*Sab* 1, 1), como conviene a la honra de Dios; y no viváis tan ciega, que queráis medir el corazón bueno de Dios por las reglas del vuestro apocado; ni penséis que os será ahora riguroso Juez el que en otro tiempo y en negocios mayores os ha sido piadoso Padre. No miró a vos cuando os perdonó y llamó, sino a la sangre que por vos derramó; ni está ahora colgado de vuestras manos para amaros por ellas; mas vos estáis puesta y escrita en las suyas, según Él lo dice por Isaías (49, 16), y por ellas os ama, y con ellas os guarda, aun cuando a vos parece que os da bofetadas. Más es misericordia suya vuestro remedio y salud, que no merecimiento vuestro. Hija sois que por vía de herencia, y no de trabajo de jornalera, habéis de heredar; confiad de Dios y dadle gloria, porque en cosa tan indigna pone sus ojos y a cosa tan baja a tanta alteza ha de ensalzar. Y sabed que no ha menester cosa de vos; y si algo quiere, es que le deis *sacrificio de alabanza* (*Sal* 49, 14), confesándole por vuestro gracioso perdonador, y piadoso levantador de vuestras caídas, y velador nunca dormido (*Sal* 120, 4) para haceros mercedes, y para sacar bienes de vuestros males, y vuestro sapientísimo guiador, que os lleva y salva por tales caminos, que a vuestra ignorancia parecen rodeos muy descaminados. Todo esto hace por su sola bondad, mirando quién es Él; lo cual pesa más para salvaros, que vuestra maldad para condenaros; y vos lo debéis creer así, que no es mucho que lo más venza a lo menos, y Dios a la criatura. Y sea la última conclusión, que como vuestra bondad no fue parte para que Dios os amase y llamase, así hará Él que vuestra maldad y flaqueza no impida a las misericordias que os ha de hacer para siempre.

Continuad vuestras comuniones, y os eche Dios su bendición, que a mí muy bien me parecen, y en el día que tenéis señalado comulgad, y Dios os dará fuerzas para que no os dañe, pues no tiene enojo con vos. Él sea vuestro amor, pues lo es Amador.

88.—Para Torreblanca

Doncella recogida en Córdoba. De lo que vale un alma, y el cuidado que se debe tener de que no caiga; y que cuando cae, tenga esperan y se levante.

1. No sé por qué palabras os dé a entender la culpa que me acusa, y la pena que temo. Miro el mucho tiempo que ha pasado sin escribiros, habiendo vos sido encomendada a mí para que, mediante mi cuidado, vuestra ánima fuese aprovechada en el servicio del celestial Rey, pues Él fue servido de recibiros por suya, mediante su palabra que os prediqué; y he hecho como mal siervo de Cristo, que negligentemente he tratado su negocio, que tan de Verdad tenía por suyo, que le hizo a Él cuidadoso, y aun dar la vida por él. Y no sólo he pecado contra Él, mas contra vos. A Él he sido mal siervo, y a vos he sido mal padre, pues ni he conservado la hacienda, ni os he mantenido a vos con el mantenimiento de su palabra, *cuyo despensero me hizo, para que a su tiempo, prudente y fielmente, diese a cada uno lo que ha menester* (*Lc* 12). Duéleme mucho tal negligencia, y temo, como culpado, el castigo de mi culpa; no tanto que el Señor me azote o atribule o castigue con fatigas y tormentos, como con permitir que a vuestra ánima no le vaya bien. Porque a quien no sabe qué es cuidado de hijos ni criarlos, justicia es que los vea morir, y muertos delante sus ojos, porque el dolor le atormente, le haga abrir los ojos que su descuido cerró.

2. Señora—oso decir *mía*, pues sois esposa de mi Señor—, ¡quién supiese cómo os va, para tener descanso con vuestro bien, o recibir tormento de tristeza con vuestro mal! ¡Quién supiese que duran vuestras fervientes lágrimas, que lavaban vuestra ánima delante el acatamiento de vuestro Esposo, y la humedecían con devoción, para que diese fruto al Señor de ella! ¡Y si duran vuestras vigilias, en las cuales solíais hablar en secreto y soledad con Aquel que vuestra ánima ama, pensando en los dolores que por vuestro amor pasó, y deseando vos por el suyo pasar algo semejable a Él! Plega a su misericordia no hayáis perdido vuestro santo silencio, que era habla con Dios; vuestra rica pobreza, que os hartaba más que todos los bienes del mundo; el desprecio de vos, que os daba valor delante el Señor, y la santa mudanza de vuestra vida, que tenía maravillados a quien os miraba, y alababan a Dios en vos. Plega a Él no oigan mis oídos que la sierva de Cristo está otra que solía. No sea tal, que con otro viva ni a otro mire, ni otra cosa piense, sino en sólo Cristo, al cual se ofreció. No haga trueco en que sea engañada, que *habiendo gustado el don celestial* (Hebr 6, 4), y habiendo

comido de las migajas de la mesa de Dios, venga después a probar de la amargura de Egipto, y los manjares que comían los hombres desechados de Dios; y hartando aquí su cuerpo de manjares de puercos, y después ardiendo en compañía de demonios.

3. Sierva de Jesucristo, ¿qué tal estáis? ¿qué tal estáis? Plega a Cristo estéis bien delante de Él; porque San Pablo decía *estar su vida en ir bien a sus hijos* (*Tes* 3, 8); y aunque no con aquel fuego mas con un poquito que Dios me da, os oso decir que la mía está en iros a vos bien delante de Dios. ¡No me place vivir en cuerpo, si mi hija está muerta en el ánima! Ni entrará placer en mí, hasta que sepa que el Esposo vuestro, que en vos aposenté, tiene morada en vuestro pecho. Y si otra cosa hay, yo tengo la culpa, y yo haré la penitencia; y no estéis vos enojada de Él. No me lastiméis, hermana más que mi culpa y el amor que a vuestra ánima tengo me lástima. Y si enojo tenéis de mi negligencia, amansaos con mi confesión llena de vergüenza y dolor; y creed que con el favor del Señor, vos me veréis muy enmendado. Y por esto debéis olvidar cómo os fui mal padre, pues Dios olvida con esto a los que fueron malos hijos y siervos. Y si más satisfacción queréis, tomad al camino, si de él os habéis apartado, o hacedme saber que estáis en él, porque yo sepa que os va bien, y tenga fuerza para sufrir la penitencia que darme quisiereis por mi descuido. Digo descuido en el escribir, mas no en acordarme de vos; porque en esto no ha permitido nuestro Señor que haya sido descuidado: porque fue tan grande el amor que por veros sierva de Dios os cobré, y entrasteis tan dentro en mi corazón, mirando que obró Dios en vos sus misericordias, que nunca más de mí seno habéis salido, aunque no ha sido para esforzaros y consolar en este camino. Perdonadme, hermana, por amor de Jesucristo; y no seáis cruel contra vos, y sedlo contra mí en todo lo que mandarais.

4. Amad al Señor; que no merece Él mal ninguno por el descuido del siervo. Y sí le habéis olvidado, ya lo conocéis, que ha prometido que recibirá al que se le hubiere ido. Y perdonando vos a mí, perdonará Él a vos, y os hará misericordias como al principio, y os mandará que *cantéis los cantares de vuestra mocedad* (*Os* 2. 15), cuando os llamó para Sí, que fue el tiempo de vuestra juventud y nacimiento. No deis gozo a los demonios, pues ya una vez los hicisteis llorar; no entristezcáis a vuestro ángel, pues ya dio gracias a Dios, alegre de vuestro llamamiento; no deshagáis *la fiesta que en el Cielo se hizo el día de vuestra conversión* (*Lc* 15). Y si, por mis pecados, algo de esto ha pasado, no desmayéis, que el Señor tendera sus brazos y os recibirá, pues por vos se tendieron en cruz; y suele Él amar más al que huyó de la guerra y se torna con mayor esfuerzo, que al que nunca huyó y siempre

fue tibio. Guerra es ésta, en la cual, no por recibir heridas se pierde la victoria, sino por huir de la batalla y darse por vencido. Cobrar ánimo, y comenzad de nuevo, que a Cristo hallaréis aparejado para ayudaros, no os confundirá; viéndoos postrada a sus pies, no os alanzará ni dará de coces; y llamando vos a los que en el Cielo están, por intercesores, no se harán sordos a las voces que a ellos diereis estando acá. Y porque yo tengo la culpa del mal, sí alguno hay, yo haré la penitencia, y suplicaré al Señor levante y restituya lo que mi negligencia derribó, y mire a que Él comenzó la obra, y no a que yo no la supe conservar. Y lo hará así, porque es amador de las ánimas y *disimula los pecados de los hombres por la penitencia* (*Sab* 11, 4). Él por quien es os tenga guardada debajo de sus alas, y graciosa delante de Sí, y castigarme a mí en todo lo que fuere servido; por el cual os pido me escribáis, aunque me conozco ser indigno de la respuesta.

89.—A don Pedro Guerrero[40]

Electo Arzobispo de Granada. Le compadece por su promoción al arzobispado. Promete ir a visitarle lo antes posible. Le aconseja se dé a la oración y a la predicación. Modo de gobernar, sencillez en el trato de su persona, que busque predicadores.

Reverendísimo y muy ilustre Señor:

1. ¿Qué le parece a vuestra señoría el que [*no depende del hombre su camino, que no es del que anda enderezar su paso*]? (*Jer* 10, 23). Es cierto que después que la nueva de la promoción de vuestra señoría no cesé de maravillarme de la altura de los juicios de Dios; y esto no sin temor, cómo pone en lugar alto y a muchos peligros al que estaba contento con su suerte; le pone donde [*otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras*] (*Jn* 21, 18), quien no miró con otros ojos a las prelacías, sino como a muy pesada cruz, donde el Prelado es crucificado, andando hecho esclavo de tantos, y tan malos de contentar. Compasión muy entrañable me ha causado vuestra señoría, porque se me traslucen los muchos gemidos que esta pesada carga le ha de hacer dar; pues es cierto que *celisitudo culminis est vera tempestas montis*; y que *quot homines quis principare videtur, tot super humeros portat: et quis sustinebit?* Mas ya no hay que hablar en esto, pues está hecho el casamiento, sino entender en cómo se llevarán las cargas del matrimonio,

[40] Fue celebérrimo por su intervención en las últimas sesiones del Concilio de Trento. La amistad entre el Maestro Avila y don Pedro Guerrero ser remonta al tiempo de los estudios, que hicieron juntos, en la Universidad de Alcalá.

de arte que aunque con trabajo, [*no obstante sin ofensa de Dios*]. Y para esto tuviera yo por señalada merced de nuestro Señor poder luego echar a mis cuestas todo lo que pudieran llevar, pues no de otra manera me lastima la carga de vuestra señoría, que si mía propia fuera, convidando y aun constriñendo a esto muchas causas pasadas y presentes, las cuales no es razón olvidar; y espero en nuestro Señor ordenará cómo este mi deseo salga en obra, pues del que da gracia para desear se puede esperar el efectuar.

2. Yo tengo tantas trampas —que así llamo a mis ocupaciones—, que no así luego [no tan pronto] puedo desembarazarme, y me es necesario visitar unos pueblos, aunque no creo me detendrán mucho; y el cuándo será no lo sé. Señalar tiempo en que vaya, nunca lo suelo hacer, por no decir cosa que después no pueda cumplir, de lo cual huyo mucho. A lo que más me extiendo es a decir que pienso hacer, dejando el efecto de ello a la voluntad del Señor, sin que me quede cerrada la puerta para hacer lo que más conforme a ella me pareciere. Y bien entiendo que de esta parte [antes] de Pascua no he de poder desocuparme: ésta pasada, o a lo más *Corpus Christi*, pienso quedar libre de acá, y poder ir allá, si otra cosa, como digo, no se ofreciere que me haga probabilidad ser la voluntad del Señor otra cosa. Lo que a vuestra señoría suplico es: Lo uno, que con sus oraciones y sacrificios lo encomiende al Señor, porque mi ida no sea por humana voluntad, sino a mucho contentamiento del Señor; y lo otro, que fíe esto de mi corazón, pues está muy de verdad deseoso de acudir a vuestra señoría en carga tan pesada; y crea que este mi deseo es obligación más fuerte que cualquiera otra que me pudieran echar; y para entretanto, me atrevo a apuntar algunas cosas, las cuales yo creo son a vuestra señoría manifiestas, mas descansaré yo con decirlas.

3. Lo primero, que vuestra señoría se convierta de todo su corazón al Señor, frecuentando el ejercicio de la oración, encomendando a la misericordia divina el buen suceso del bien de sus ovejas, y pidiendo sustento del Cielo para que tenga qué darles; porque si de allá no viene, ¿qué les podrá dar sino cosa que no les engorde ni vivifique? Que de Moisés leemos que en todas sus dudas acudía al tabernáculo del Señor, y de allí salía enseñado de lo que había de hacer, y con fuerza para ponerlo en obra. Y Salomón, con oración alcanzó sabiduría para regir su pueblo (3 *Reg.,* 3, 12). Y oración ha de ser el incensario con que el Prelado amanse al Señor, como Aarón cuando [*se puso entre los vivos y los muertos*] (Núm., 16, 48). Aprenda vuestra señoría a ser mendigo delante del Señor, y a importunarle mucho, presentándole su peligro y el de sus ovejas; y si verdaderamente se supiere llorar a sí y a ellas, el Señor, que es piadoso: [*No llores*] (*Lc* 7, 13), le

resucitará su hijo muerto. Porque como a Cristo costaron sangre las almas, han de costar al Prelado lágrimas; y será bien que cada día vuestra señoría diga misa, si muy legítimo impedimento no hubiere.

4. Lo segundo, sea el ejercicio del predicar, el cual ha de ser muy continuo, como San Pablo dice (2 *Tim* 4, 2), [*oportuna e inoportunamente*]; que pues los lobos no cesan de morder y matar, no debe el Prelado dormir ni callar. El Arzobispo don Gaspar de Avalos (que sea en gloria) a ninguna fiesta dejaba de predicar, aunque fuesen tres a reo [seguidas], sino cuando decía Misa de pontifical; y es buen ejemplo para los Prelados cuya es la mies, y por eso más frecuentes en el segar.

El remedio de los colegios consiste en tener buen Rector y buenos colegiales; y por maravilla hay quien con verdad informe de quién es virtuoso. Me parece que vuestra señoría debe tener muy particular cuidado de conocer los que hubiere; y aparéjese vuestra señoría a sufrir importunaciones sobre admitir indignos, y aun a sufrir odios y blasfemias: [*porque el que por un depravado es maldecido, por Cristo es bendecido*].

Particulares amistades de caballeros ni de otras personas excuse vuestra señoría; porque son dañosas; y quieren hoy los amigos de los Prelados que lo que piden se les conceda, por injusto que sea; mejor es estar sin ellos.

No tengan a vuestra señoría en posesión [opinión] de que no castiga, porque le menospreciarán. Como la menos gente tiene espíritu de amor, les daña la blandura, y menester es que entiendan que no se han de burlar con el Prelado. Y aunque en las palabras sea blando y dulce, sea en las obras duro y rígido cuando sea menester. San Gregorio dijo esto bien: *Talem Praelatus exhibeat se, ut ridens timeri, et iratus amari possit*; y el PASTORAL de él es cosa muy buena.

5. Cama de seda no cumple, ni paños de corte tampoco. *Episcopus vilem supellectilem, et tamen eam pauperem habeat, et authoritatem dignitatis suae fide et vitae meritis tueatur*, dice un Concilio.

6. Conviene favorecer el Colegio de Santa Catalina, porque de allí se han de proveer oyentes para la Teología; y pues hay en él también Rector, vuestra señoría le favorezca; y creo, según he dicho, no sólo para los que han de estar allí, mas en los otros colegios.

7. Menester eran predicadores devotos y celosos para discurrir por el arzobispado a ganar almas que tan perdidas están; mas ¿dónde los hallaremos? Saúl llamaba a su compañía a cualquier caballero fuerte de quien tenía noticia; hágalo así vuestra señoría, para que sea en su tiempo

bellum potens adversus Philistaeos (1 Reg., 14, 52); pues sin caballeros no se puede hacer la guerra.

Una persona discreta y fiel es menester para que examine necesidades de pobres que están en sus casas, para que les provea lo necesario. No se me ofrece ahora a quién; yo pensaré y avisaré.

Y perdone vuestra señoría mi atrevimiento, que el amor lo ha hecho; y sea el Espíritu Santo maestro y fuerza de vuestra ilustre señoría para que en todo acierte y con todo salga. Amén.

De Montilla, a 2 de abril.

El Canónigo ordinario es bueno para Limosnero.

Siervo de vuestra ilustre señoría, — *Juan de Avila*.

90.—A don Pedro Guerrero, Arzobispo de Granada

Acerca del Sínodo. Le exhorta a entrar con fortaleza y confianza en Dios en la guerra del Sínodo.

Reverendísimo y muy ilustre señor:

De Judas Macabeo se lee (1 *Mac* 3, 2) que [*sostuvieron con alegría la guerra del Señor.*] No sé si la tiene vuestra señoría para entrar en la guerra de su Sínodo. Cristo le esfuerce, pues no faltarán dudas y dificultades, para las cuales sea menester su luz y esfuerzo. Y aunque yo no estoy muy esforzado en estos negocios, no se perderá tanto, por estar ahora tan lejos de la guerra, cuanto se puede perder si tuviese miedo quien ha de entrar en ella, mayormente siendo capitán. Todas las veces que Judas Macabeo venció, precedió una gran confianza en Dios, mirando que era suya la causa; y cuando temía los enemigos, entonces fue vencido. Quiere el Señor que no estribemos en nuestra prudencia, mirando los sucesos por la cortedad de ella, pues que nos ha avisado que *sunt in victoriis providentiae nostrae*, y que muchas veces nos sucede mal de lo que más confiados estábamos, y bien lo que teníamos perdido.

Demos a Dios la gloria de Señor y sabedor de todo, y obrador de todo lo bueno; y hagamos todo lo que de nuestra parte fuere con toda diligencia y muy cumplidamente, porque no seamos castigados por desconfiados, como lo fueron los que salieron a la tierra de Promisión. Acordémonos que [*no es nuestra la guerra, sino de Dios*] (2 *Cron* 20, 15); y salgamos a la guerra, y [*el Señor esté con nosotros*]. Y si por nuestros pecados no sucediere como lo ha menester nuestra necesidad, demos a Dios gloria de justo, y a nosotros

[*en cambio, la confusión del rostro*] (*Baruc* 1, 15). Mas a lo menos desde lo primero hasta lo postrero no perdamos el ánimo, ni dejemos de hacer todo lo que en los negocios de Dios pudiéremos (*Eccl* 11, 6): [*De madrugada siembra tu simiente y a la tarde no des paz a tu mano. Pues no sabes si es menor esto o lo otro o si ambas cosas son igual de buenas*]; y si no naciere nada, no perderá su galardón quien lo hubiere trabajado. Y aunque la caridad no se consuela con sólo su bien, pues pretende el de todos, mas a lo menos evita culpas y gana méritos; alábanle todos en sus juicios sujetándose a ellos, lo cual no es pequeño servicio que se hace al Señor, por cuya misericordia plegue a El perficionar a vuestra señoría reverendísima los deseos de su corazón, pues Él los ha plantado.

De Montilla, a 5 de septiembre.

Siervo de vuestra señoría reverendísima, que sus muy ilustres manos besa, = *Joannes de Avila*.

91.—A don Cristóbal de Rojas y Sandoval, Obispo de Córdoba. [41]

Cuando iba a presidir un Concilio provincial en Toledo. Exhórtale a promover con fortaleza apostólica el bien de la Iglesia e imitar a Jesucristo en el trato de su persona[42].

1. Con la merced que Dios me hizo de darme a vuestra señoría por Padre y Pastor, y con la licencia, [*verdadero*] mandato de la Escritura, que dice (Deut., 32, 7): [*Interroga a tu padre, que te cuente*,] me atrevo a suplicar a vuestra señoría me diga, ¿qué es el fin y pretensión de Jesucristo nuestro Señor en hacer a vuestra señoría Presidente de este Concilio por un rodeo no pensado? (Prov., 14, 35): [*El favor del rey para el siervo*

[41] Don Cristóbal de Rojas y Sandoval (1502-1580), hijo del marqués de Denia, fue colegial mayor de Alcalá, capellán del emperador de Alemania, Obispo de Oviedo (1546), de Badajoz (1556), de Córdoba (1563) Arzobispo de Sevilla (1571-1580). Sus virtudes pastorales le colocan entre los insignes Prelados del siglo XVI. Una preciosa carta suya a San Ignacio puede verse en MONUMENTA HIST. S. J. *Epistolae* IV, 654; y varias a su pariente San Francisco de Borja.

[42] A la sazón era Arzobispo de Toledo Fray Bartolomé Carranza, que estaba preso por la Inquisición; por esta razón presidió en Toledo, como sufragáneo más antiguo, el Obispo de Córdoba. El Concilio se inauguró el 8 de septiembre de 1565 y se clausuró el 25 de marzo de 1566. (P. P. *Toletanorum Opera,* tomo III, página 344.)

prudente.] Y por serlo vuestra señoría, es razón que no deje pasar esta ordenación de Dios sin entenderla, y corresponder a ella con la reverencia y diligencia y fidelidad que a tan gran Señor y a tan importante obra suya se debe. Y porque entiendo que vuestra señoría me ha de mandar que diga lo que de esto siento, lo diré, aunque con algún temor del mucho amor que a vuestra señoría tengo, el cual suele cegar los ojos aun de los prudentes, de los cuales yo no soy, y por eso tengo más por qué temer mi determinación.

2. Yo, reverendísimo señor, me he alegrado de este lugar que Dios a vuestra señoría ha dado, porque como Él haya dicho (Mt 25): [*en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré*], parece que podemos tener alguna conjetura de que vuestra señoría ha administrado bien la presidencia o superintendencia sobre su clero y ovejas, pues Dios le da superintendencia sobre pastores de muchas ovejas. Porque estoy persuadido de la misericordia de nuestro Señor, que si vuestra señoría ejecuta este mandato del Señor como debe, que ha de ser causa de gran reformación en los Obispos y obispados del reino; pues éstos a quien Dios envía a vuestra señoría son los principales de él, y lo que en este Concilio se hiciere, será para todo él una gran luz, y un ejemplo a quien sigan. Mire vuestra señoría en cuán glorioso negocio le ha puesto nuestro Señor, y cómo ha fiado de él su honra y contentamiento, y el aprovechamiento de tantos pastores y ovejas; que sólo el pensarlo da grande alegría, pues la más justa y grande es que las ánimas conozcan, amen y sirvan al Señor que por ellas murió.

3. Si vuestra señoría mirare con ojos cristianos el valor de esta empresa, el galardón de ella, y principalmente la grandeza del Señor que se la encomienda, no dudo sino que se tendrá por indigno de ella, y dirá como San Pedro (*Lc*., 5): [*Apártate de mí, Señor, que soy un pecador*]; porque la humildad de vuestra señoría le hará creer y confesar que la pudiera Dios encomendar a otros que tuvieran más partes para cumplirla. Mas si vuestra señoría, con la humildad de San Pedro y de Moisés, dijere que no es para empresa tan grande, porque no tiene lengua y habilidad para ella, le dirá el Señor: [*Así pues, vete, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que debes decir*] (*Ex* 4, 12). Y con tal merced y tal arrimo, bien podrá vuestra señoría emprender no sólo ésta, mas mayores empresas.

4. Solamente mire vuestra señoría que [*muéstrese ministro idóneo de tal Rey*]; y que pues Dios ha de ser el que por boca de vuestra señoría ha de hablar, y el que ha de enseñar con su lumbre a su corazón, procure quitar de sí todos los impedimentos a la inspiración del Señor, y a las obras que Él por medio de vuestra señoría quisiere obrar. Haga como Isaías (50, 5), que dijo:

[*El Señor Dios me ha abierto el oído. Y yo no me resistí, ni me hice atrás.*] No plega a Cristo que haya en vuestra señoría cosa, por amada que sea, que le impida a hacer, pensar y hablar lo que sintiere ser agradable al Señor y provechoso a su Iglesia. Córtelo vuestra señoría, y con agudo cuchillo. sea la que fuere; acuérdese de aquello del Profeta Moisés, que celando la honra de Dios, dijo (*Ex* 32): [*El que sea del Señor, que se me junte*]; y se le juntó la tribu de Levi; y siendo mandados por Moisés que matasen a cuantos encontrasen en el real, hasta pasar de parte a parte, le obedecieron tan de verdad, que aunque encontraban con parientes e hijos, también los mataban, teniendo en más la honra de Dios que el amor de la sangre, y tan propincua. Haga vuestra señoría cuenta que el Señor le envía por celador y restituidor de su honra, que tan perdida está en la clerecía y en el estado laical; y cíñase su espada de la palabra y verdad de Dios, y menéela con grande amor y fervor, y mate todo aquello que a la santa voluntad de Dios contradice. Saque sangre, porque no le toque lo que está escrito (*Jer* 98, 10): [*Maldito el que prive a sus espada de sangre.*]

Mas ha de comenzarla de sus mismas venas y debe vuestra señoría, para bien ejecutar este ministerio, ir mortificado no sólo a las cosas y afectos que no le sean muy penosos, sino a los tan amados como su sangre, la cual se dice ser tesoro de la vida. Aquél *saca sangre,* que ofrece a Dios lo que mucho le duele; y ésta es digna recompensa del cristiano para con nuestro señor, que pues él derramó la sangre por nosotros, y pues Él murió por nosotros, nosotros muramos por Él, o perdiendo la vida corporal, o perdiendo los afectos, por muy entrañables nos sean; porque a trueco de haber el Señor dado su vida y su sangre, dar nosotros, no lo que nos duele, sino una cosa de poco valor, es caer en aquella maldición (*Malaq* 1, 14): [*¡Maldito el tramposo que tiene macho en su rebaño, pero que promete en voto y sacrifica al Señor bestia defectuosa!*]

5. Estudie vuestra señoría, pues, con mucho cuidado en qué manera irá a dar esta embajada de parte de Dios, de manera que lleve más eficacia, y sea mejor recibida y con más fruto, aunque le cueste la sangre y la vida. ¿Qué mejor remate de vida puede vuestra señoría tener, que, o ser mártir, o mortificado por la honra de Cristo y bien de su Iglesia? ¿Qué mayor gloria que no llevar gloria mundana al Concilio, sino gloria conforme a la del Señor, pues está escrito (Eccli 23): [*La mayor gloria es seguir al Señor*]? Mire vuestra señoría qué tal vino cuando el Padre le envió por embajador al mundo, a anunciar su voluntad, y a sacarlo de sus malos caminos y meterlo en los de Dios. Cierto es que nació en pobreza y aspereza, y de la misma manera vivió, y con crecimiento de esto murió. Y habiendo Él traído la

embajada del Padre con este tan humilde aparato, no se agradará que su embajador, pues es de Rey celestial, vaya con aparato de mundo, pues dijo por San Juan (20, 21): [*Como el Padre me envió, también yo os envío.*] El Corazón ardiendo en celo de la honra del Padre y de la salvación de las almas le trajo el mundo; y aquel gran fuego del celo de la casa de Dios quemó todo el aparato mundano, que pesado con justas balanzas, no es sino pajas, y donde hay fuego de amor de Dios luego son quemadas con gran ligereza. No piense vuestra señoría persuadir a nadie reformación, si él no va reformado; ni piense que por otros medios ha de ser su embajada provechosa sino por los que Jesucristo, por ordenación de su Padre, tomó para cumplir la suya, porque si otras hubiera más convenientes, ni la Sabiduría divina las ignorara, ni su Providencia las dejara de ordenar. Mas pues con tanto acuerdo, y siendo tan costosas a su propio Hijo, ordenó las que sabemos, gran temeridad es querer el siervo y criado huir de los medios que tomó el Hijo, y tener en más la propia y carnal sabiduría que la de Dios. Alce los ojos vuestra señoría al Hijo de Dios puesto en una cruz, desnudo y crucificado, y procure desnudarse del mundo y de la carne y sangre, codicia de honra, y de sí mismo, para que así sea todo él semejante a Jesucristo, y sea su embajada eficaz y fructuosa. Muera a todo, y vivirá a Dios. Y será causa para que otros vivan: porque si esto no lo hace, se perderá a sí y a los otros, pues la palabra de Cristo Señor nuestro no puede faltar (*Jn* 12, 24): [*Si el grano de trigo no cae, etc.*]

¡Oh muerte dichosa, pues tantas vidas y tan preciosas y eternas se siguen de ella! ¡Y desdichado de aquel que, por quererse quedar encima de la tierra, pretendiendo algo de ella, se pierde a sí y a los que pudiera ganar! ¡Cuánto mejor consejo es ofrecer vuestra señoría sus dos cornadillos, cuerpo y alma. al mismo Señor que se los dio, y que murió por él para provocarle a que de buena gana le tornase lo mismo que Él le dio, y evitar la deuda propia y ajena, y ganar de presente gracia delante del Señor, y después aquella corona que le será dada cuando, como dice San Pedro (1 *Pedro* 5, 4). [*Y cuando aparezca el príncipe de los pastores, recibiréis la corona de gloria que no se marchita*]: y así, cuando diga el Señor a vuestra señoría (Mt 25, 21): [*¡Bien, siervo bueno y fiel!*], piense vuestra señoría en esta corona, y tendrá en poco todas las de acá; piense en aquel [*gozo en tu Señor*], y tendrá en poco los gozos y los trabajos de acá. Y tenga por cierto que si se atreviere a ser fiel embajador de Jesucristo, y ser de su bando todo él entero, que le será muy bien agradecido, y se cumplirá en él lo que el Señor dijo (*Jn* 12): [*Donde yo esté, allí estará también mi servidor.*] ¡Gran galardón es éste y eterno! El trabajo es poco, y presto se acabará; y cuando no pensemos,

vendrá la hora en que seamos presentados en el juicio de este Señor que ahora encomienda a vuestra señoría un negocio tan importante: y entonces se holgará de haberlo hecho fielmente y a contento de Él, aunque sea a disgusto de todo el mundo. Plega a la bondad que esta merced ha hecho a vuestra señoría, añada otra, y sea darle su Santo Espíritu, para que vestido de él, tenga luz del Cielo para saber la santa voluntad de Dios, y fortaleza para anunciarla (*Stgo.* 1, 17): [*para gloria de Él, de quien procede toda dádiva buena y todo don perfecto.*]

Él sea con vuestra señoría a la ida, estada y venida, y nunca le deje solo ahora, ni en la eternidad que esperamos. Amén.

92.—Al Obispo de Córdoba, Presidente del Concilio.

Le significa cuánto importa no abreviar las sesiones da Concilio Provincial de Toledo, hasta dar cima a la reforma de la Iglesia.

Reverendísimo e ilustrísimo señor:

Considerando las muchas ocupaciones de vuestra Señoría y el poco provecho que mis cartas pueden hacer, me he abstenido de escribir y contentándome con tener algún cuidado de encomendar a vuestra señoría en la misericordia de nuestro Señor, suplicándole provea Él de todo aquello que para la buena expedición del negocio en que a vuestra señoría puso es necesario.

Ahora he oído decir que ese Santo Concilio acaba presto, y he temido no sea causa de ello el poco gusto que se toma de entender en los negocios de Dios, y el mucho de ir a descansar a sus casas; porque estando las cosas tan fuera de sus quicios como por nuestros pecados están, y habiendo tan poco tiempo que en el remedio de ellas no se ha entendido, no sé cómo en tiempo tan breve se pueden hacer muchas cosas y dificultosas.

Deseo que vuestra señoría hiciese cuenta que ése era el postrer Concilio en que se vea ([43]), y que tuviese una santa soberbia de dar muy buena cuenta de esa ocasión que le dio nuestro Señor de poder hacerle muchos servicios un poco antes que de esta vida le lleve, para tener ocasión de, como a siervo fiel, galardonarle muy copiosamente en el Cielo. Y de este galardón y corona inmarcesible, corno dice San Pedro (1 *Pedro* 1, 4), querría que vuestra señoría estuviese tan codicioso, que por alcanzarlo

[43] Tenía el Obispo a la sazón sesenta y tres años, dos menos que el Maestro Avila.

ningún trabajo le pareciese grande, y cualquier servicio le pareciese pequeño,; antes con hambre y sed de la gloria de Cristo ardiese su celo corno fuego muy gastador; que después de haber hecho mucho, dijese: Aún no he hecho nada por mi Señor.

Ayuda de a ese esto que dicen que ha dado nuestro Señor gracia a vuestra señoría con los reverendísimos de ese Concilio ([44]), y que podrá salir con lo que intentare con el favor de Cristo, cuyos negocios vuestra señoría solicita. Y puede que en cosas que tan provechosas pueden ser a la Iglesia vuestra señoría no dejase de hacer ni una de las que pudiere; porque no se podrá llamar leal el siervo que pudiendo acrecentar la hacienda de su señor mucho, se contentase con poco; pues, según sentencia del Evangelio (*Mt* 25, 20), con cinco se han de ganar cinco, y con dos, dos; no dejando perder ocasión ninguna que para el aprovechamiento de la Iglesia se pueda ofrecer; porque de otra manera, seremos compañeros con el siervo perezoso, que no empleó el talento recibido, por lo cual fue condenado. No puso Cristo a vuestra señoría en este ministerio para condenación, sino para su salvación y de muchos. Empléese todo en hacerlo tan aventajadamente, que a los hombres dé buen ejemplo, y a Cristo gloria y contentamiento. Y como quien en breve se ha de ver delante de su Señor, haga tales hazañas, que ninguna cosa le parezca grave, ninguna dificultosa, pues el amor hace lo dificultoso fácil; y con haber hecho mucho, tenga hambre de más. Que del fuego centellas saltan; y así del amor (aunque puesto en obras), grandes deseos de más servir a nuestro Señor. El cual sea con vuestra señoría reverendísima siempre, y le haga ministro de su gloria en la tierra, para que sea glorificado por Cristo vuestra señoría en el Cielo.

No sé si se llevó por memoria que los señores que llevan diezmos eclesiásticos tienen obligación de hacer hospitales en sus tierras y dotarlos, y así lo hace el rey en el reino de Granada, y se debe mandar a los señores lo hagan.

Estos señores Marqueses están buenos, e yo a ratos.

De Montilla, 12 de noviembre (1565) ([45]).

---

[44] Los Padres del Concilio fueron: el Obispo de Sigüenza, don Pedro La Gasca, celebérrimo pacificador del Perú; los de Segovia, Palencia, Cuenca, Osma, y el abad de Alcalá la Real. Por teólogo del Obispo presidente asistió *el licenciado* Francisco Gómez, S.J.

[45] Afortunadamente, los temores del Maestro no se realizaron, y los trabajos del Concilio continuaron y terminaron con éxito feliz, siguiendo las directrices que el Maestro Avila, secundado per su fiel discípulo el Licenciado, había trazado en sus

93.—A LA MUY ILUSTRE SEÑORA LA CONDESA DE FERIA, MI SEÑORA.[46]

Que la mayor riqueza de todas es ser rico en amor del Señor y abundante en los trabajos por Él.

MUY ILUSTRE SEÑORA:

No entiendo de qué procede la indisposición de vuestra señoría sino de que nuestro Señor le habrá tomado alguna palabra a vuestra señoría, por secreta que ella lo haya dicho, y querrá ver si se dijo de verdad.

Suelen los que comienzan a tratar a con nuestro Señor decirle que desean pasar algo por Él; y quizá piensan que nuestro Señor se contenta con palabras, y Él pide obras. Así que si vuestra señoría ha deseado alguna empresa de amor por nuestro Señor, ya se la envía; recíbala con alegría, que *al dador* y al sufridor *alegre ama Dios* (2 *Cor* 9, 7). Y si le parece la empresa chiquita, quéjese de que la tratan como chica en el amor, y pida con mucha instancia que la dé nuestro Señor muchos amores, y entonces acreciente, si fuere servido, los dolores, que muy baratos serán viniendo con tal riqueza; pues la mayor de todas está en ser rico en amor del Señor, y abundante en trabajos por Él. Acuérdese vuestra señoría del Señor crucificado, y verá cómo ella fue empresa de Él, y se animará a querer que Él sea empresa de ella.

Séalo por su bondad, y todo su bien. Amén.

94.—A SAN IGNACIO DE LOYOLA

Contesta a una del Santo sobre las persecuciones que la Compañía padecía en España y sobre el modo de portarse en ellas[47].

MUY REVERENDO SEÑOR Y DIGNÍSIMO PADRE:

1. La caridad de vuestra Paternidad causa en su corazón que le parezca

---

memoriales.

[46] La condesa era ya religiosa clarisa, con el nombre de sor Ana de la Cruz, hija espiritual y muy estimada del Maestro Avila.

[47] Terrible tempestad levantó Melchor Cano contra la naciente Compañía de Jesús en Salamanca. El Santo fundador escribió, a 24 de enero de 1549, al MaestroAvila. persona de tan autoridad en España, informándole de lo que sucedía.

tener obligación de escribirme, y agradecer mi deseo y afición cerca de la santa Compañía de Jesús, de la cual vuestra Paternidad es administrador; y con hacerlo echa sobre mí una tan verdadera obligación, cual a nuestro Señor plega darme fuerzas con que, siquiera en algo, de ella pueda salir.

Yo, señor, he hecho poco en servicio de esta Compañía, porque puedo poco; mas a la fuente de la luz sean gracias, que me ha dado, desde el primer día que la oí, sentimiento de ella ser obra del mismo Señor, y obra de misericordia, así para los que en ella entraren, como para los que por medio de ella han de ser aprovechados. Mas, señor, que yo hubiera hecho algo, ¿qué hay que agradecerme, pues hago lo que debo, y no llego a esto ni con muchos quilates?

2. Dejado esto, me parece bien que en todas las partes que hubiere contradicción a esta obra de Dios, se proveyera de remedio por parte del Vicario suyo en la tierra, para que las lenguas de los que, con buena o mala intención, la quieren hacer sospechosa, sean refrenadas, pues los corazones de los que en esta Compañía están, no serán movidos en esto con amargura de ira, mas con fortaleza de celestial celo de la casa y negocio del Señor; el cual, cuando esto permite, no hace fuera de su antigua costumbre, pues es cosa usada, viéndolo Él y callando, que desde el principio del mundo nunca faltó bondad que padeciese y malicia que persiguiese. Ni tampoco le es nuevo sacar a luz su juicio y declarar sus obras cuando Él ve que cumple, y entonces está muy bien; porque no agradece Él tanto a sus siervos que se ejerciten en buenas obras, cuanto que sufran y lleven con alegría y fe las malas que les fueren hechas. Que de otra manera, ¿cómo se distinguiría el siervo leal del fingido si faltase el toque que lo demuestra, que es la persecución? Las águilas tienen señal para conocer las que son sus legítimos hijos, y los plateros de la tierra tienen toque para no recibir metal falso y aparente por verdadero. A Cristo pareció tener prueba en que los suyos sean probados, que es, como la Escritura dice (*Eccli* 2, 5): *In camino humilationis*. Y pues en nuestra Cabeza primero hubo Pasión que resurrección, no deben los miembros huir de pasar por la ley que la cabeza pasó, ni dejen de esperar lo que en ella acaeció. Dicho he esto, no por necesidad que haya de decirlo yo, sino por consolarme en decir verdad, que creo ser obrada de esta santa Compañía.

3. Aunque yo no sé la disposición de las tierras de allá, sospecho que la más dura para recibir esto es esta España, por causas que no es menester cansar ni ocupar a vuestra Paternidad con ellas; y sería bien que se enviasen por acá de las personas más eminentes que Dios tuviese en esta Compañía,

para que a mayor resistencia viniese mayor fuerza y venciese; y así suplico a vuestra Paternidad lo haga. No hay falta en los que acá hay, sino que para tanta mies son pocos. Vuestra Paternidad tenga cuenta con esto por amor de nuestro Señor, el cual le dé aquellos alientos y espíritu que la empresa en que lo ha puesto ha menester, para que él, y todos los que a su cargo están, y muchos por ellos, sean ganados al Señor, cuyos somos, en perpetua gloria de Él, y salud de muchos. Y de mi poquedad suplico a vuestra Paternidad tenga cuidado, como de un muy pobre, que en su caridad se encomienda, y deseoso de ver glorificado el nombre del Señor por medio de esta santa Compañía.

De Córdoba, 13 de abril de 549.

Servus vestrae Paternitatis.

JOANNES DE AVILA.

Sobrescrito.— Muy reverendo señor dignísimo Padre, el P. Ignatio, Prepósito de la Compañía de Jesús, en Roma, mi señor.

95.—AL P. DIEGO LAÍNEZ[48].

Le felicita por su elevación al gobierno general de la Compañía; aconseja que sean difíciles en admitir sujetos.

REVERENDÍSIMO SEÑOR Y PADRE:

1. Aunque por mi negligencia me he tardado en escribir a vuestra reverendísima Paternidad, no ha dejado la divina Bondad de darme algún conocimiento de la merced que a muchos ha hecho en constituir a vuestra Paternidad por General ministro de la santa Compañía, pues que de ello podemos esperar que será de ello Dios glorificado, y las ánimas, por quien dio su vida, aprovechadas. Y como los que, por su don, tenemos algún deseo de aquesto, y gemimos la falta de ello, tenemos puestos los ojos en esta santa Compañía, como señal y prenda de la benevolencia que Dios nos tiene, pues nos la envió en tiempos de tanta necesidad, no podemos dejar de alegrarnos, viendo este cuerpo bien proveído, con darle el Señor por cabeza a vuestra Paternidad. Él será por sus misericordias bendito, y por ellas mismas le plega dar a vuestra reverendísima Paternidad aumento de su gracia y dones, para que de él, como de cabeza, venga espiritual aprovechamiento a la Compañía, como a cosa más cercana, y de allí a nosotros,

[48] Inmediato sucesor de San Ignacio en el gobierno general de la Compañía de Jesús.

que fuera estamos: todo para gloria del Señor, de cuya mano todo bien viene.

2. El amor del bien de la Compañía me hace decir lo que, mirando a mi poquedad, no dijera; y es, que deseo que la gente de esta santa Congregación no fuese mucha; no porque esté el bien en ser pocos, sino porque está en ser buenos, y de lo bueno suele haber poco; y los desórdenes que en otras Ordenes acaecen por ser muchos, ya se ve lo que obran, pues se salen tantos de ellas, o son intolerables y perniciosos quedándose dentro. Bien sé que hay en la Compañía largo término para examinar al que ha de ser recibido; y cierto es muy buen medio. Y con esto [con todo esto, a pesar de esto] entiendo que, cuando está uno dentro, es difícil cosa echarlo, aunque no sea para estar; y fuera fácil cosa no lo admitir primero, gastando parte del tiempo que se toma para probar al entrado, en mirar y remirar al que se ha de admitir a entrar.

3. A este fin conduce que, también deseo que hubiese en la Compañía letrados eminentes, y que no se contentasen con, en oyendo un curso de Teología, cortar el hilo de las letras; porque la necesidad de los tiempos y lo que de esta santa Compañía se espera, no es cosa vulgar; y si no me engaño, el intento del fundador de ella, que está en gloria, fue tener gente imitadora de Apóstoles; y que no excediese en mucho al número de ellos, pues en ellos se vio cuánta obra del Señor hacen pocos, y llenos de su santo espíritu.

4. Todavía pido a vuestra reverendísima Paternidad perdón de mi atrevimiento, y también que retribuya por mí, al P. Maestro Salmerón, la caridad que me hizo, en impetrarme de Su Santidad facultad para celebrar *ante lucem* ([49]). Y yo, desde acá, suplicaré a nuestro Señor le dé mucha parte del santo Sacrificio del Altar cada vez que yo lo celebrare; que no sé en qué otra cosa le sirva.

Sea el Espíritu Santo favor cumplido de vuestra reverendísima Paternidad para que todo lo pueda en Él, y con ganancia del copioso fruto en su Iglesia, sea vuestra Paternidad recibido en el Cielo con muchos merecimientos.

De Montilla, 27 de marzo de 559.

Servus vestrae Rmae. Paternatis.

JOANNES DE AVILA.

---

[49] El año 1558, el Padre Salmerón, S. J., obtuvo del Papa Paulo IV un Breve en que se concedía al Maestro Avila, en atención a sus enfermedades y méritos, licencia para que, pasada la medianoche, pudiera celebrar o comulgar.

96.—A SAN FRANCISCO DE BORJA

Que acepte con paciencia el gobierno de toda la Compañía. Sobre los Padres Guzmán y Doctor Loarte. Pide que el Padre Vergara confiese a una religiosa.

REVERENDÍSIMO SEÑOR Y PADRE MÍO:

1. No se queje vuestra Paternidad de la cruz del regimiento ([50]) que nuestro Señor ha puesto en sus hombros, que harto le ha dejado holgar debajo del obedecer. Y ya que vuestra Paternidad es viejo o va a serlo, ha de tomar para sí lo dicho a San Pedro, que [*extenderás tus manos, y otro ce ceñirá y de llevará a donde no quieres*]. Admirable es la sabiduría del Señor, que sabe mortificar a los malos con humillaciones, y a los humildes con darles honra y lugares altos. Tenga vuestra Paternidad paciencia, y confíe en el que es Todopoderoso que le dará lo necesario para el cargo que le dio; y los pobres ayudaremos con nuestros suspiros; pues el bien de vuestra Paternidad es nuestro.

2. Porque los años pasados escribí al Padre General pasado, que es en gloria, cómo me parecía que los dos compañeros, don Diego de Guzmán y Doctor Loarte ([51]), se estuviesen por allá, y ahora he sabido que el primero va a las Indias de Portugal, escribo ésta para que vuestra Paternidad sepa que para el doctor no hay impedimento que estorbe su venida, si al servicio de Cristo conviene que venga. Y cierto impedimento que al Padre Bustamante pareció, estando acá, que podía haber de parte del Colegio de Baeza, ha salido en vano, y está el negocio llano, según yo estoy informado de personas más cercanas al negocio, que la que informó a su reverencia; y así se lo puede vuestra Paternidad decir al Padre Bustamante, al que beso las manos ([52]).

3. Y porque de las cosas de acá vuestra Paternidad tendrá informaciones por otras partes, yo no canso con ellas. Una cosa le pido por Jesucristo crucificado, que una licencia que a vuestra Paternidad se pedirá para que el Padre Vergara confiese a doña Teresa, monja de este monasterio, sobrina de la señora marquesa, la conceda, Porque corre grave peligro esta

---

[50] Sucesor inmediato del Padre Laínez en el gobierno de la Compañía de Jesús.

[51] Son dos antiguos discípulos del Maestro Avila, que él envió a la Compañía, donde en efecto, vivieron y murieron santamente.

[52] Sobre el impedimento que tendrían los dos Padres para residir en España, véase al Padre Nadal, que habla de dificultades con la Inquisición. (MONUMENTA HISTÓRICA S. J. Nadal, I, 168).

ánima, si esto no se le concede. Y Cristo conceda a vuestra Paternidad abundancia de su santo espíritu para que con su gracia sea regido y la grey a él sometida; y no se olvide de encomendarme a su misericordia.

De Montilla, 19 de febrero [1566]

Besa las manos de vuestra reverendísima Paternidad,

Joannnes Avila

Sobrescrito.—Al reverendísimo señor y Padre mío, el Padre Francisco de Borja, General de la Compañía de Jesús, en Roma.

97.—A San Francisco de Borja

Sobre los Padres Guzmán y Doctor Loarte. Conversación con el Padre Guzmán.

Muy reverendo Padre mío en Jesucristo:

1. Heme consolado en el Señor con la presencia del Padre don Diego ([53]), y le he dicho lo que sé de aquel impedimento que escribí al Padre Maestro Laínez, que es en gloria, y también el medio que para ello se me ofrece llano, y con el favor de Cristo, seguro y cierto, por medio del Padre Bustamante; el cual tiene el negocio por muy fácil. Yo quedo encargado de tratarlo con el Padre Provincial [Diego de Avellaneda] en viniendo aquí, y daré aviso a vuestra Paternidad de lo que pasa, para que este impedimento quitado, pueda vuestra Paternidad disponer de este sujeto en la parte que Dios más de él se sirva. De su compañero ya he escrito a vuestra Paternidad cómo no hay cosa que le impida la venida, si al servicio de Cristo conviene.

2. Algunas cosas me ha sacado el Padre don Diego, como por fuerza, que pueden ser provechosas para la república cristiana; las cuales yo pensaba enviar a vuestra Paternidad con sus fundamentos, para que vuestra Paternidad las enmendase e hiciese de ellas lo que fuese servicio de nuestro Señor. No hubo lugar para hacerlo. Si el Señor me diese disposición, hacerlo he, y de otras también: que aunque, por pasar por mis manos, merezcan no ser efectuadas, puestas en las de vuestra Paternidad (que sabrá ponerlas en las de Cristo), podrán ser de provecho ([54]). También lleva un recado de la

[53] Don Diego de Guzmán, de quien se habla en la Carta anterior.

[54] Quizá responde a estas palabras San Francisco de Borja, que a 16 de abril de 1567 escribe a Avila: «Aquí deseamos ver lo que vuestra merced tiene trabajado y escrito para aviso del universal Pastor.» Éralo San Pío V.)

señora Abadesa y Condesa, de este monasterio, tocante a la veneración del Santísimo Sacramento. El amor de Él hará a vuestra Paternidad solicitador del negocio. Yo tengo alguna mejoría de salud, y predico alguna vez, aunque como viejo.

Dé vuestra Paternidad gracias al Señor por mí, y pídame su luz y amparo; y éste sea con vuestra Paternidad siempre.

De Montilla, 9 de septiembre de 1566.

Siervo de vuestra Paternidad.

JOANNES DE AVILA.

Sobrescrita.—Al reverendísimo señor y Padre mío en Cristo, el Padre Francisco de Borja, General de la Compañía de Jesús, en Roma.

98.—AL PADRE MARTÍN GUTIÉRREZ

De la Compañía de Jesús. Le exhorta al amor de Dios. Que no le envíe amanuense.

CHARISSIME:

Si el Señor Jesús da a vuestra merced más mies que segar, Él le dará más fuerza para ello. Amelo mucho, que cierto es digno de ello; y ruegue a todos que no le quiten el amor tan debido, y confíe vuestra merced mucho en Él, porque hacer esto, es darle honra de bondad y mucho contentamiento.

Y en lo que vuestra reverencia me quiere hacer merced de buscarme escribiente, le suplico que, aunque lo halle, no lo envíe, ni le quite asiento alguno que tenga, hasta que [por] propio o por correo me lo haga saber, porque puede ser que tenga ya tomado otro, o que haya tan poca salud, que no sea menester ni uno ni otro. Ahora estoy en pie.

Jesucristo tenga siempre a vuestra merced debajo de su amparo.

De Montilla, 21 de enero [1568].

Servus vestrae reverentiae.

JOAN DE AVILA.

99.—A UN HIJO ESPIRITUAL

Que trabaja en un colegio. Exhórtale a pregonar la gloria de Cristo.

CHARISSIME:

No es esa ánima la más olvidada de mí: no soy yo el más olvidado de ella, para que no le haga saber cómo me va y no desee saber cómo le va. Llegué bueno y lo estoy gracias a nuestro Señor, en el cual espero que la obra de este Colegio, que Él ha inspirado, ha de ser para ensalzamiento y alabanza de su santo nombre, que es lo que todos deseamos, y con mucha razón. Porque así como Él, siendo verdadero Hijo, empleó su vida y su muerte en predicar y dar a conocer el nombre de su Eterno Padre, buscando en sus palabras y sus obras no su propia honra, mas la del Padre, así nosotros, si somos lo que debemos, hemos de buscar cuantos modos pudiéremos para que la gloria y conocimiento de Jesucristo se ensalzada hasta los Cielos y más, y extendida hasta los fines de la tierra, y más adelante.

Hermano mío y mi hijo por el Evangelio; y ¡quién pudiese tener mil millones de lenguas para pregonar por todas las partes quién es Jesucristo! ¡Cuán paciente es en nuestras ofensas, cuán piadoso en llamar a los que van perdidos, cuán fuerte en mudarles los corazones, cuán blando en recibirlos cuando van a Él, cuán madre en curar las llagas que por apartarse de Él se hicieron, y cuán padre en proveerlos, guiarlos y favorecerlos! ¿Qué diré de la corona que tiene aparejada, ataviada de gloria, a los que merecían, por las malas obras, cadenas de infierno? Angeles da por compañeros a quien merecía demonios, y dice que le verán los ojos que no son dignos de mirar la más chica de sus criaturas. ¿Qué diremos de estas cosas y de aqueste Señor? Amemos, hermano, a tan buen padre, pues Él primero y tan de verdad nos amó; y sirvamos con todos nosotros a quien con todo Él nos amó y sirvió; tornémonos polvo y ceniza, que así lo hizo Él por nosotros. Se contentó Él con nuestro provecho; seamos contentos nos con su honra; su voluntad busquemos; y hallada, amémosla; y pues no se ha despreciado de recibirnos en el número de sus pequeños, preciémonos de servirle y de ser despreciados por Él; no demos mácula en nuestra honra, que es la limpieza de nuestra ánima.

Él, por las riquezas de su bondad, guarde esa ánima que redimió por su sangre, y tenga siempre los ojos de su misericordia puestos sobre ella. Amén.

100.—A un sacerdote

Que se abrase en celo por la salud de las almas.

Muy Reverendo y Padre:

Hace días que no he sabido de vuestra merced, ni de su hermano y mío; y aunque soy flojo en el escribir, querría a menudo saber cómo les va allá, pues su buen suceso o lo contrario es mío, y lo tengo por tal.

A Cristo plega prosperar a vuestra merced en el espiritual ejercicio de los ánimas, pues le ha dado el deseo de ellas, para que Él goce de los trabajos de la redención, y vuestra merced del premio de ser fiel siervo que con mucha ganancia acude a su Señor, y oiga de su boca aquella bienaventurada palabra: [*Entra en el gozo de tu Señor*] . ¡Oh Padre!, si de verdad nos quemase las entrañas el celo de la casa de Dios. ¡Oh si trajésemos atravesadas en el corazón estas joyas, que trajeron atravesado el del Señor hasta ponerlo y alancearlo en la cruz, para que se viese cuán herido estaba de amor interior el que así apareció herido del hierro! ¡Cómo puede uno, que al Señor ama, no amar cosa tan conjunta a Él! ¡Cómo tendrá paciencia en ver las esposas de Cristo enajenadas de Él y atadas con nudo de amor tan falso como el que el Señor aborrece! ¡Y deshonran a Él y se pierden a sí! Creo yo que, si fuésemos lo que debemos, no daríamos *sueño a nuestros ojos*, ni descanso a nuestras sienes, hasta que hallásemos *morada para el Señor*, pues tan desechado y alanzado está de las que por tantos títulos son suyas. *Mittat Dominus ignem sui spiritus de excelso ut erudiat nos. inflammet ex alto induatque virtute ut eo confortante omnia posimus.* Amén.